

DRAGONLANCE

CRÓNICAS

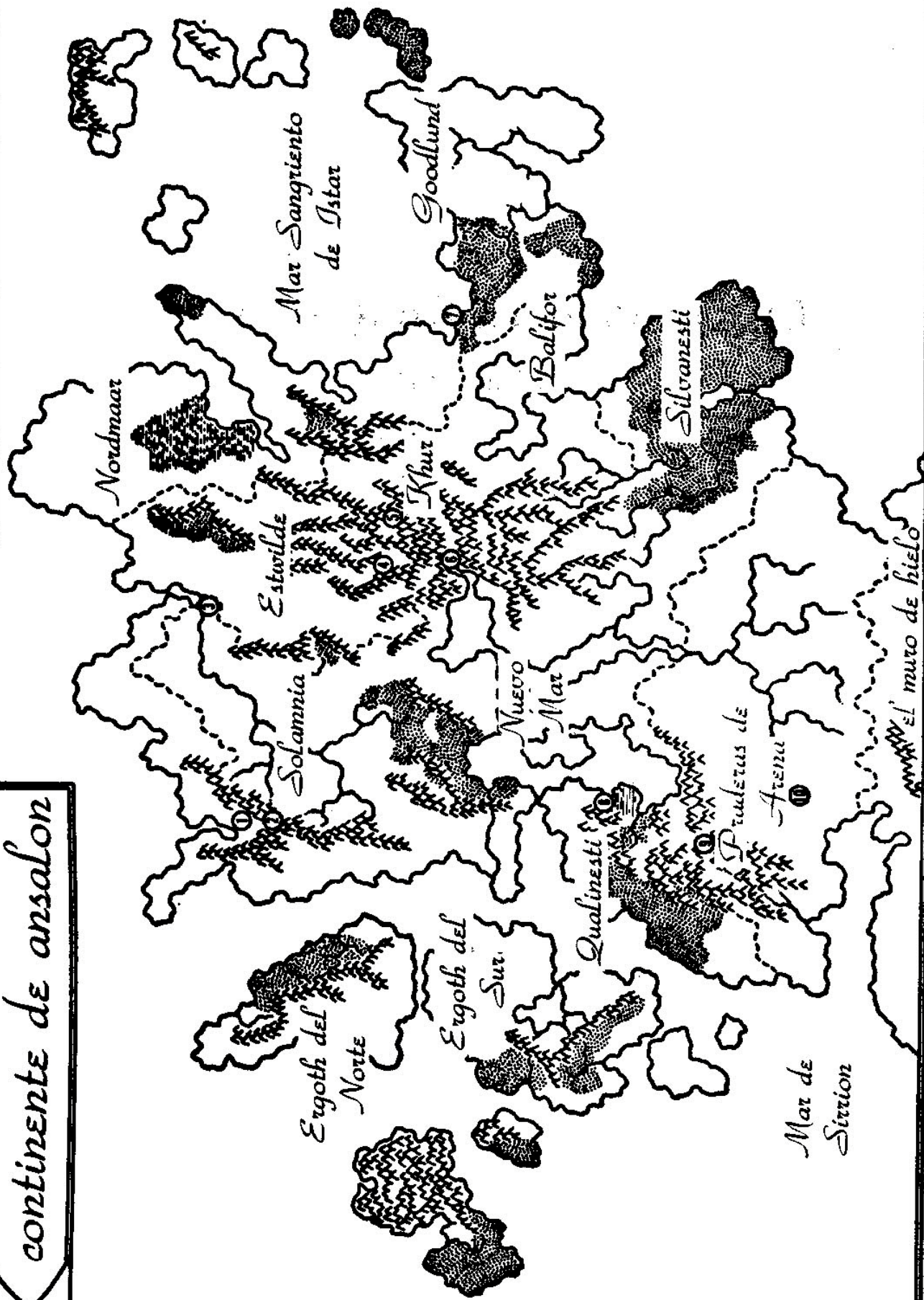


LA TUMBA DE HUMLA

MARGARET WEIS Y TRACY HICKMAN

Poemas:
Michael Williams

continente de ansalon



- 1 palanthis
- 2 torre del sumo sacerdote
- 3 kalamán
- 4 godshome
- 5 neraka
- 6 sanction
- 7 slotsam
- 8 solace
- 9 thorbardin
- 10 tarais

Soplaban los vientos del invierno, pero en el interior de las cavernas de los Enanos de las Montañas, más allá de las Montañas Kharolis, no se sentía la furia de la tormenta. Mientras el Gobernador pedía silencio a los enanos y humanos reunidos, un enano bardo avanzó unos pasos para rendir homenaje a los compañeros.

Canción de los Nueve Héroe

Del norte venía el peligro, tal como ya sabíamos.

En los albores del invierno, la danza de un dragón
asolaba las tierras, hasta que de los bosques,
de las praderas, surgiendo de la materna tierra,
el cielo se abrió ante ellos.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,
bajo la luz de un atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban
hacia el corazón de la historia.

Uno surgió de un jardín de roca,
de los paranifos de los enanos, del tiempo y la sabiduría,
donde el corazón y la mente se unen
en la azulada vena de la mano.

En sus paternales brazos, se concentraba el espíritu.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,

bajo la luz de un atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban

hacia el corazón de la historia.

Uno de un cielo de chorreantes brisas,

ligero como el viento,

de los ondeantes prados, del país de los kenders,

donde el grano surge de la pequeñez

para crecer verde y dorado, y verde otra vez.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,

bajo la luz de un atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban

hacia el corazón de la historia.

Una provenía de las praderas, la armonía de las extensas tierras,

nutridas en la distancia de horizontes vacíos.

Llegó portando una vara, y los rayos

de luz y de misericordia iluminaron su mano.

Sobrellevando las heridas del mundo, llegó ella.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,

bajo la luz de un atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban

hacia el corazón de la historia.

Uno más de las praderas, a la luz de las lunas,
con sus hábitos, sus rituales, siguiendo a la luna
en sus fases, su colmo y su mengua, que controlaban
la marea de su sangre, y su mano de guerrero
ascendía hacia las jerarquías del espacio hasta la luz
Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,
bajo la luz del atardecer de otoño.
Mientras el mundo caía, ellos se alzaban
hacia el corazón de la historia.

Una en el interior de las ausencias, conocidas por las partidas,
la oscura espadachina en el corazón del fuego.
Su gloria el espacio entre las palabras,
la canción de cuna recordada con la edad,
recordaba al límite del despertar y del pensamiento.
Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,
bajo la luz del atardecer de otoño.
Mientras el mundo caía, ellos se alzaban
hacia el corazón de la historia.

Uno en el corazón del honor, formado por la espada,
por los siglos de vuelo del martín pescador sobre las tierras,
por Solamnia arruinada y ascendente, surgiendo de nuevo
cuando el corazón se alza hacia el deber.

Mientras danza, la espada es una herencia eterna.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,

bajo la luz del atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban

hacia el corazón de la historia.

Otro en una simple luz que su hermano oscurecía,

dejando que la mano de la espada intentara todas las sutilezas,

hasta las intrincadas tramas del corazón. Sus pensamientos,

estanques rotos por el cambiante viento...

El no puede ver su fondo.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,

bajo la luz del atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban

hacia el corazón de la historia.

El siguiente era el jefe, semielfo, traicionado

mientras las sangres gemelas dividen la tierra,

los bosques, el mundo de elfos y hombres.

Llamado para la valentía, pero temeroso en el amor,

y temiendo que, llamado a ambos, no llegue a realizar ninguno.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,

bajo la luz del atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban

hacia el corazón de la historia.

El último, de la oscuridad, respirando la noche
donde las abstractas estrellas esconden nidos de palabras,
donde el cuerpo soporta la herida de las cifras,
rodeado por el conocimiento, hasta que, incapaz de bendecir,
sus bendiciones caen sobre los ignorantes.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,
bajo la luz del atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban
hacia el corazón de la historia.

También se unieron a ellos
una desgraciada muchacha, agraciada más allá de la virtud.
Una princesa de semillas y arbolillos, llamada a un bosque.

Un anciano tejedor de accidentes.

Pero no podemos predecir a quién reunirá la historia.

Eran nueve, nueve bajo las tres lunas,
bajo la luz del atardecer de otoño.

Mientras el mundo caía, ellos se alzaban
hacia el corazón de la historia.

Del norte venía el peligro, tal como ya sabíamos.

El campamento de invierno, el sueño del dragón
ha poblado las tierras, pero de los bosques,
de las praderas, surgen de la maternal tierra

que define el cielo ante ellos.
Eran nueve, nueve bajo las tres lunas
bajo la luz del atardecer de otoño.
Mientras el mundo caía, ellos se alzaban
hacia el corazón de la historia.

El mazo

—¡El Mazo de Kharas!

La triunfal exclamación resonó en el gran Salón de Audiencias del Rey de los Enanos de la Montaña. Le siguió un bullicioso alboroto —las profundas y resonantes voces de los enanos entremezcladas con los gritos algo más agudos de los humanos—, a la vez que las inmensas puertas del Salón se abrían de par en par para dar paso a Elistan, clérigo de Paladine.

A pesar de que el Salón en forma de cuenco era grande, se hallaba completamente abarrotado. La mayor parte de los ochocientos refugiados de Pax Tharkas se alineaban en las paredes, mientras los enanos se apiñaban sobre los bancos de piedra labrada.

Elistan apareció al pie de un largo pasillo central, sosteniendo respetuosamente en las manos el gigantesco mazo de guerra. Al ver al clérigo de Paladine, vestido con su túnica blanca, el griterío aumentó, retronando contra la inmensa cúpula del techo y reverberando por la sala hasta que pareció que el suelo temblaba debido a las vibraciones.

Tanis se encogió, pues el ruido retumbaba en su cabeza. Se sentía sofocado en medio de tanta gente. Además, no le gustaba estar bajo tierra y, aunque el techo era tan alto que se alzaba sobre la llameante luz de las antorchas desapareciendo en la penumbra, el semielfo se sentía encerrado, atrapado.

—Estaré bien cuando esto acabe —le susurró a Sturm que estaba a su lado. Sturm, siempre melancólico, parecía más preocupado y caviloso que de costumbre.

—No me gusta nada todo esto, Tanis —murmuró cruzando los brazos sobre el reluciente metal de su antigua cota de mallas.

—Lo sé —le respondió Tanis nervioso—. Ya lo has dicho, no una vez, sino varias. Ahora ya es demasiado tarde. Lo único que podemos hacer es intentar que esta situación se resuelva lo más satisfactoriamente posible.

El final de esta frase se perdió en otro ruidoso vítor al levantar Elistan el Mazo sobre su cabeza, mostrándoselo a los asistentes antes de comenzar a avanzar por el pasillo. Tanis se llevó la mano a la frente. Empezaba a sentirse mareado, pues la fresca caverna subterránea iba caldeándose con el calor de los cuerpos.

Elistan comenzó a caminar por el pasillo. En el centro del Salón, sobre una tarima, estaba Hornfel, Gobernador de los enanos de Hylar, quien se levantó para recibirle. Tras él había siete tronos de piedra labrada, todos ellos desocupados; Hornfel estaba en pie frente al séptimo trono, el más suntuoso de todos, el trono del Rey de Thorbardin. Vacío durante mucho tiempo, volvería a ser ocupado cuando Hornfel aceptara el Mazo de Kharas.

—Hemos luchado para recuperar ese Mazo —dijo Sturm, con lentitud, contemplando fijamente el reluciente objeto—. El legendario Mazo de Kharas, utilizado para forjar las lanzas Dragonlance, teniendo como modelo la Dragonlance de Huma. Ha estado perdido durante cientos de años, encontrado y perdido de nuevo. ¡Y ahora lo entregamos a los enanos! —exclamó con repulsión.

—Ya fue entregado a los enanos anteriormente —le recordó Tanis fatigado, sintiendo resbalar por su frente gotas de sudor—. Si has olvidado la historia pídele a Flint que te la cuente. De cualquier forma, ahora es realmente suyo.

Elistan había llegado al pie de la tarima de piedra donde le esperaba el Gobernador, vestido con la pesada túnica y las gruesas cadenas de oro que los enanos adoran. Elistan se arrodilló al pie de la tarima; un gesto político, ya que de otra forma el clérigo hubiera estado cara a cara con el enano, a pesar de que la tarima se elevara algo más de tres pies de altura sobre el suelo. Los enanos le vitorearon por ello. Tanis notó a los humanos más apagados y vio que algunos murmuraban entre sí, enojados al ver a Elistan postrado ante el enano.

—Aceptad este regalo de los nuestros... —las palabras de Elistan se perdieron en un nuevo vítor de los enanos.

—¡Regalo! —espetó Sturm—. La palabra «rescate» sería más adecuada.

—A cambio del cual —prosiguió Elistan cuando pudo ser oído—, agradecemos a los enanos su generosa oferta de permitirnos refugiamos en su reino.

—Por el derecho a quedar sellados en una tumba... —murmuró Sturm.

—¡Y suplicamos el apoyo de los enanos si sobreviniera una guerra! —gritó Elistan.

Los vítores resonaron por toda la sala, subiendo de tono cuando Hornfel se inclinó para recibir el Mazo. Los enanos patearon el suelo y silbaron.

Tanis comenzó a sentir náuseas. Miró a su alrededor. No les echarían de menos. Hornfel iba a hablar; así como cada uno de los otros seis gobernadores, por no mencionar a los miembros del Consejo de Sumos Buscadores. El semielfo tocó a Sturm en el brazo, haciéndole un gesto para que le siguiera. Ambos salieron en silencio de la sala, teniendo que agacharse al pasar bajo un estrecho arco. A pesar de seguir en el interior de la montaña, por lo menos estaban lejos del ruido.

—¿Estás bien? —preguntó Sturm, advirtiendo la palidez de Tanis bajo su barba. El semielfo aspiraba largas bocanadas de aire fresco que se filtraba a través de algunas grietas de la montaña.

—Ahora sí. Ha sido el calor... y el ruido.

—Pronto saldremos de aquí. Siempre que el Consejo de Sumos Buscadores apruebe que partamos hacia Tarsis.

—Oh, no hay duda alguna de lo que votarán —dijo Tanis encogiéndose de hombros—. Ahora que ha traído a la gente a un lugar seguro, Elistan controla claramente la situación. Ninguno de los Sumos Buscadores osará llevarle la contraria, por lo menos cara a cara. No, amigo mío, tal vez antes de un mes estemos navegando en uno de los barcos de alas blancas de Tarsis, la Bella.

—Sin el Mazo de Kharas —añadió Sturm con amargura y en voz baja, como recordando una leyenda, dijo: «Los dioses nunca abandonaron a los mortales y concedieron a un escogido, el Ser del Brazo de Plata, el poder de forjar una nueva Dragonlance como la del Caballero Huma y muchas más, capaces de derrotar a los Dragones. Y el Mazo de Kha-ras se devolverá al reino de los enanos...».

—Y ha sido devuelto —exclamó Tanis haciendo un esfuerzo por contener su creciente enfado.

—¡Ha sido devuelto y va a quedarse aquí! —Sturm escupió las palabras—. Podríamos haberlo llevado a Solamnia para forjar nuestras propias lanzas Dragonlance...

—¡Y así tú te convertirás en un nuevo Huma, cabalgando hacia la gloria con una Dragonlance en tus manos! Mientras tanto dejarías morir a ochocientas personas...

—¡No, no las dejaría morir! —gritó Sturm con ira—. La primera posibilidad de que disponemos para poseer las lanzas Dragonlance y...

De pronto dejaron de discutir, al advertir repentinamente una silueta deslizándose entre las oscuras sombras que los rodeaban.

—Shirak —susurró una voz y comenzó a resplandecer la brillante luz de una bola de cristal, incrustada en la dorada garra de un dragón y labrada sobre un sencillo bastón de madera. La luz iluminó la túnica roja de un mago.

El joven mago caminó hacia ellos, apoyándose sobre su bastón y tosiendo levemente. La luz del bastón iluminaba un rostro esquelético, cuyos finos huesos estaban recubiertos por una reluciente y tirante piel metálica de color dorado. Sus ojos resplandecían también con un tono dorado.

—Raistlin —dijo Tanis con voz tensa—, ¿querías algo?

A Raistlin no parecieron preocuparle en absoluto las enojadas miradas que ambos hombres le dirigieron, aparentemente acostumbrado al hecho de que muy pocos se sentían cómodos en su presencia ni deseaban que estuviera a su alrededor.

Se detuvo ante ellos y alargando una mano frágil dijo:

—Akular-alan suh Tagolann Jistrathar —y ante los atónitos Tanis y Sturm se perfiló la tenue imagen de un arma.

Era una lanza de unos doce pies de altura. La punta estaba hecha de plata pura, afilada y reluciente, y el asta labrada en madera bruñida. El extremo inferior era de acero y estaba diseñado para poder ser clavado en el suelo.

—¡Es preciosa! —exclamó Tanis admirado—. ¿Qué es? —Una Dragonlance —replicó Raistlin.

Sosteniendo la lanza en su mano, el mago avanzó entre Sturm y el semielfo, quienes se hicieron a un lado para dejarle pasar, como si no quisieran ser tocados por él. Sus ojos estaban fijos en la lanza. En ese instante Raistlin se volvió y se la tendió a Sturm.

—Aquí tienes tu Dragonlance, Caballero. Sin ayuda del Mazo ni del Ser del Brazo de Plata. ¿Cabalgarás con ella hacia la gloria, recordando que, para Huma, con la gloria: llegó la muerte?

Los ojos de Sturm relampaguearon. Al alargar el brazo para asir la Dragonlance, contuvo la respiración, sobrecogido. Ante su asombro, ¡su mano la atravesó! Al querer tocarla, la Dragonlance se evaporó.

—¡Otro de tus trucos! —le espetó al mago. Girando sobre sus talones, se alejó de allí intentando sofocar su ira.

—Si pretendías gastarle una broma —dijo Tanis pausadamente—, no ha tenido ninguna gracia.

—¿Una broma? Deberías conocerme mejor, Tanis. Sus extraños ojos dorados siguieron al caballero mientras éste se encaminaba hacia la espesa negrura de la ciudad de los enanos bajo la montaña. El mago rió con aquella extraña risa que Tanis había escuchado tan sólo una vez. Después, haciendo una sardónica reverencia ante el semielfo, Raistlin desapareció, perdiéndose en la penumbra tras el caballero.

Libro 3



Capítulo 1

Los barcos de alas blancas

Esperanza más allá de las Praderas de Arena

Tanis, el Semielfo, estaba presente en la reunión del Consejo de Supremos Buscadores y escuchaba con el ceño fruncido. Aunque oficialmente la falsa religión de los Buscadores ya había desaparecido, se seguía denominando de esta forma al grupo que ostentaba la jefatura política de los ochocientos refugiados de Pax Tharkas.

—No es que no agradezcamos a los enanos que nos permitan vivir en su reino —declaró Hederick agitando su mano, chamuscada en la chimenea de «El Último Hogar»—. Todos les quedamos muy reconocidos, de eso estoy seguro. Así como también estamos agradecidos a aquellos cuyo heroísmo al recobrar el Mazo de Kharas hizo posible que viniésemos aquí —Hederick se inclinó ante Tanis, quien le devolvió el saludo asintiendo ligeramente con la cabeza—. ¡Pero nosotros no somos enanos!

Esta enfática declaración provocó murmullos de aprobación, lo que enardeció considerablemente a Hederick.

—¡Nosotros los humanos no hemos sido hechos para vivir bajo tierra! —hubo más gritos de aprobación y algunos aplausos—. Somos granjeros. ¡No podemos hacer crecer alimentos en el interior de una montaña! Queremos tierras como las que nos vimos obligados a dejar atrás. ¡Y yo digo que aquellos que nos obligaron a abandonar nuestro hogar deberían proveernos de uno nuevo!

—¿Se refiere a los Señores de los Dragones? —le susurró Sturm sarcásticamente a Tanis—. Estoy seguro de que estarían encantados...

—¡Esos locos deberían dar gracias por estar vivos! —murmuró Tanis—. ¡Mírales, volviéndose contra Elistan como si fuese culpa suya!

El clérigo de Paladine se puso en pie para responder a Hederick.

—Precisamente porque necesitamos nuevos hogares —dijo Elistan con una profunda voz, que resonó en toda la caverna—, propongo que enviemos una delegación al sur, a la ciudad de Tarsis, la Bella.

Tanis había oído el plan de Elistan con anterioridad por lo que su mente se dedicó a recordar el mes que había transcurrido desde que él y sus compañeros regresaran de la Tumba Derkin con el Mazo sagrado.

Los diferentes territorios de enanos, reunidos ahora bajo el gobierno de Hornfel, se encontraban entonces preparándose para combatir el mal proveniente del norte. Su temor no era muy grande, ya que su reino en la montaña parecía inexpugnable. Habían mantenido la promesa que le habían hecho a Tanis a cambio del Mazo: los refugiados de Pax Tharkas podrían instalarse en la Puerta Sur de la montaña, el extremo más meridional del reino de Thorbardin.

Elistan guió a los refugiados a Thorbardin. Éstos intentaron reconstruir sus vidas, pero la situación no era totalmente satisfactoria. Sin duda alguna estaban a salvo y seguros, pero los refugiados, granjeros en su mayoría, no eran felices viviendo bajo tierra en las inmensas cavernas de los enanos. En primavera podrían plantar sus cosechas en la ladera de la montaña, pero aquella tierra rocosa no produciría alimento alguno. Querían vivir bajo el sol, al aire libre. No querían depender de los enanos.

Fue Elistan el que rememoró las antiguas leyendas de Tarsis, la Bella, y sus barcos alados. Pero eso era todo lo que eran, leyendas, tal como había señalado Tanis la primera vez que Elistan mencionó la idea. Ningún ser de esta parte de Ansalon había oído nada sobre la ciudad de Tarsis desde el Cataclismo, más de trescientos años atrás. En esa época, los enanos habían cerrado el reino de la Montaña de Thorbardin, interrumpiendo toda comunicación entre el norte y el sur, ya que la única forma de cruzar las Montañas Kharolis era atravesando Thorbardin.

Tanis escuchó sombrío el voto unánime del Consejo de Supremos Buscadores aprobando la sugerencia de Elistan. Propusieron enviar a un pequeño grupo a Tarsis con instrucciones de averiguar qué barcos llegaban a puerto, a dónde se dirigían, y cuánto costaría reservar pasaje o, incluso, adquirir una nave.

—¿Y quién va a guiar a ese grupo? —se preguntaba Tanis en silencio, a pesar de conocer perfectamente la respuesta.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Pero antes de que Tanis pudiese hablar, Raistlin, que había estado escuchando todo lo que se decía sin hacer comentario alguno, avanzó hacia el Consejo, se detuvo ante ellos y se los quedó mirando con sus relucientes ojos dorados.

—Sois unos necios —dijo con un matiz de desprecio en su voz susurrante—, y estáis viviendo el sueño de un necio. ¿Cuántas veces debo repetirlo? ¿Cuán a menudo debo

recordaros el portento de las estrellas? ¿Qué os decís a vosotros mismos cuando miráis al cielo nocturno y veis esos dos negros agujeros en el lugar donde deberían estar las constelaciones?

Los miembros del Consejo se agitaron en sus asientos y varios de ellos intercambiaron largas y expresivas miradas de aburrimiento. Raistlin lo advirtió y continuó en un tono cada vez más desdeñoso.

—Sí, he oído decir a alguno de vosotros que no es más que un fenómeno natural, algo que ocurre, parecido a la caída de hojas de los árboles.

Varios de los miembros del Consejo murmuraron entre ellos, asintiendo. Raistlin les observó en silencio durante un instante, con una mueca de escarnio en los labios. Después habló una vez más.

—Os repito que sois unos necios. La constelación conocida como la Reina de la Oscuridad ha desaparecido del cielo porque la Reina está presente aquí, en Krynn. La constelación El Guerrero, que representa al viejo Dios Paladine, como nos revelan los Discos de Mishakal, ha regresado también a Krynn para combatirla.

Raistlin hizo una pausa. Elistan, que estaba entre los Buscadores, era un clérigo de Paladine, y muchos se habían convertido a su nueva religión. Podía notar la creciente ira ante lo que algunos consideraban una blasfemia. ¡La idea de que los dioses pudieran involucrarse en los asuntos de los hombres! ¡Escandaloso! Pero a Raistlin nunca le había preocupado ser considerado un blasfemo. Elevó el tono de su voz.

—¡Recordad bien mis palabras! Con la Reina de la Oscuridad han venido sus «ululantes huestes», como se dice en el «Cántico del Dragón». ¡Y sus ululantes huestes son dragones! —Raistlin pronunció la última palabra en un tono que, como dijo Flint, «helaba la sangre».

—Eso lo sabemos todos —respondió Hederick con impaciencia. Hacía ya rato que había transcurrido la hora del diario vaso de vino caliente del Teócrata, y la sed le daba, coraje para hablar. No obstante se arrepintió de ello inmediatamente, cuando los ojos en forma de relojes de arena de Raistlin, parecieron atravesarlo como saetas negras. ¿Adó-adónde quieres llegar?

—Esa paz ya no existe en ningún lugar de Krynn. Buscad barcos, viajad donde queráis. Donde quiera que vayáis, cada vez que alcéis la mirada hacia el cielo nocturno, veréis esos dos grandes agujeros negros. ¡Dondequiera que vayáis habrá dragones! Raistlin comenzó a toser. Su cuerpo se encogía con los espasmos y estuvo a punto de caer, pero su hermano gemelo, Caramon, corrió hacia él y le sujetó con sus enormes brazos.

Después de que Caramon hubiese guiado al mago fuera de la reunión del Consejo, pareció como si hubiese desaparecido un oscuro nubarrón. Los miembros del Consejo volvieron a agitarse en sus asientos, rieron —un poco temblorosos— y comenzaron a hablar de temas superficiales. Imaginar que había guerra en todo Krynn era cómico porque, aquí en Ansalon, la guerra casi había terminado. El Señor del Dragón, Verminaard, había sido vencido y sus ejércitos de draconianos se habían retirado.

Los miembros del Consejo se pusieron en pie, se desperezaron y dejaron la sala para dirigirse a la taberna o a sus casas.

Olvidaron que nunca le habían preguntado a Tanis si accedería a guiar al grupo hacia Tarsis. Sencillamente supusieron que lo haría.

Tanis, intercambiando una mirada ceñuda con Sturm, salió de la caverna. Era su noche de guardia. A pesar de que los enanos podían considerarse a salvo en su montaña, Tanis y Sturm insistieron en que debía realizarse una guardia en la Puerta Sur. Habían llegado a temer demasiado a los Señores de los Dragones para poder dormir tranquilamente... incluso bajo tierra.

Tanis se apoyó en el muro exterior de la Puerta Sur con rostro serio y pensativo. Ante él se extendía una pradera cubierta de suave nieve en polvo. La noche era tranquila y callada. Tras él se erguía la inmensa mole de las Montañas Kharolis. La Puerta Sur era; en realidad, un gigantesco tapón en la ladera de la montaña. Era una de las zonas de defensa de los enanos que había mantenido incomunicado al mundo durante trescientos años tras el Cataclismo y las guerras de los enanos.

Con una base de sesenta pies de anchura y casi el doble de altura, el portal se manipulaba a través de un inmenso mecanismo que lo impulsaba hacia adentro o hacia afuera de la montaña. El centro tenía más de cuarenta pies de grosor, por lo que la puerta era considerada la más indestructible de todas las conocidas en Krynn, a excepción de otra igual que había en el norte. Una vez cerradas no podían distinguirse de las laderas de la montaña, tal había sido el artesanal trabajo de los antiguos enanos constructores. No obstante, desde la llegada de los humanos a la Puerta Sur, en la abertura se habían colocado antorchas que facilitaban a hombres, mujeres y niños el acceso al exterior, necesidad humana que para los Enanos de las Montañas suponía una inexplicable debilidad.

Mientras Tanis estaba ahí, contemplando los bosques que había tras la pradera y sin encontrar ninguna paz en su callada belleza, se le unieron Sturm, Elistan y Laurana. Evidentemente los tres habían estado hablando de él, lo cual creó un tenso silencio.

—¡Qué solemne estás! —le dijo Laurana a Tanis dulcemente, acercándose a él y posando una mano sobre su brazo—. Opinas que Raistlin tiene razón, ¿verdad, Thanthal... Tanis? —Laurana enrojeció. Todavía le resultaba difícil pronunciar su nombre humano, a pesar de que le conocía lo suficiente para comprender que su nombre de elfo únicamente le producía dolor.

Tanis bajó la mirada hacia la pequeña y esbelta mano posada sobre su brazo y la cubrió con la suya. Sólo unos pocos meses antes el roce de esa mano le hubiera irritado, llenado de confusión y culpa, ya que su amor se debatía entre una mujer humana y, como él se decía a sí mismo, un enamoramiento de infancia hacia la doncella elfa. Pero ahora el contacto con la mano de Laurana le llenaba de paz y calor, además de hacer bullir su sangre. Antes de responder a su pregunta, consideró brevemente esos nuevos y perturbadores sentimientos.

—Hace tiempo que creo que el consejo de Raistlin es sensato —dijo, a pesar de saber que eso les preocuparía. No se equivocaba, el rostro de Sturm se ensombreció y Elistan

frunció el ceño—. Creo que esta vez tiene razón. Hemos ganado una batalla, pero estamos muy lejos de haber ganado la guerra. Sabemos que hay guerra en el norte, en Solamnia. Pienso que es fácil deducir que las fuerzas de la Oscuridad no están luchando tan sólo para conquistar Abanasinia.

—¡Pero eso son sólo especulaciones! —argumentó Elistan—. No dejes que el misterio que rodea al joven mago nuble tu pensamiento. Puede que tenga razón, ¡pero no es motivo para abandonar la esperanza, para seguir intentándolo! Tarsis es una gran ciudad portuaria, por lo menos eso es lo que nos han dicho. Allí encontraremos a aquellos que puedan decirnos si la guerra se ha extendido por el mundo. Si así es, seguro que todavía quedan refugios donde podamos encontrar la paz.

—Escucha a Elistan, Tanis —dijo Laurana en voz baja—. Es sabio. Cuando los nuestros dejaron Qualinesti no huyeron ciegamente. Viajaron hasta un pacífico refugio. Mi padre tenía un plan, aunque no osó revelarlo...

Laurana dejó de hablar, alarmada al ver el efecto que causaban sus palabras. Tanis se apartó bruscamente de ella y volvió su mirada a Elistan, con los ojos llenos de rabia.

—Raistlin dice que la esperanza es una negación de la realidad —declaró Tanis fríamente. Pero al ver la expresión de preocupación de Elistan y su triste mirada, el semielfo sonrió con fatiga—. Discúlpame, Elistan. Estoy cansado, eso es todo. Perdóname. Tu sugerencia es buena. Viajaremos a Tarsis con esperanza, ya que no se nos ocurre mejor solución...

Elistan asintió y se volvió, disponiéndose a marcharse.

—¿Vienes, Laurana? Sé que estás cansada, querida, pero hay mucho trabajo que hacer antes de poder entregar el mando al Consejo en mi ausencia.

—Estaré contigo dentro de un instante, Elistan —dijo Laurana enrojeciendo—. Quiquero hablar un momento con Tanis.

Elistan, tras dirigirles a ambos una mirada de comprensión, desapareció en la oscuridad del portal con Sturm. Tanis comenzó a apagar las antorchas, preparándose para cerrar la inmensa puerta. Laurana se quedó cerca de la entrada, con la expresión cada vez más fría al hacerse obvio que Tanis la ignoraba.

—¿Qué te ocurre? —dijo finalmente la elfa—. ¡Es como si te pusieses de parte de ese mago de alma oscura en contra de Elistan, uno de los humanos más sabios y mejores que nunca haya conocido!

—No juzgues a Raistlin, Laurana. Las cosas no son tan blancas o tan negras como vosotros los elfos creéis. El mago ha salvado nuestras vidas en más de una ocasión. He llegado a confiar en su forma de pensar, la cual, admito, me parece más fácil de aceptar que esa fe ciega.

—¡Vosotros los elfos! —gritó Laurana—. ¡Cuán típicamente humano suena esto! ¡Hay más de elfo en ti de lo que eres capaz de admitir, Thantalas! Solías decir que no te habías dejado la barba para ocultar tus orígenes, y yo te creí. Pero ahora no estoy tan

segura ¡he vivido lo suficiente entre humanos para saber lo que piensan de los elfos! Pero estoy orgullosa de mi herencia. ¡Tú no! Tú te avergüenzas de ella. ¿Por qué? ¡Es por esa mujer humana de la que estás enamorado! ¿Cuál es su nombre, Kitiara?

—¡Ya basta, Laurana! —exclamó Tanis. Dejando una antorcha sobre el suelo, se acercó a la doncella elfa—. Si quieres discutir relaciones, ¿qué me dices de t; y de Elistan? Puede que sea un clérigo de Paladine, pero es un hombre... ¡hecho que puedes, sin duda, testificar! Sólo te oigo decir —dijo imitando su voz—. «Elistan es tan sabio», «pregúntale a Elistan, él sabrá qué hacer», «escucha a Elistan, Tanis...».

—¿Cómo te atreves a acusarme de tus propios errores? Quiero a Elistan. Le venero. Es el hombre más sabio que he conocido, y el más amable. Se está sacrificando... dedica toda su vida a servir a los demás. Pero sólo hay un hombre al que amo, el único hombre al que he amado nunca, a pesar de que estoy empezando a preguntarme si tal vez no haya cometido un error. Tú me dijiste en aquel terrorífico lugar, el Sla-Mori, que me estaba comportando como una chiquilla y que lo que tenía que hacer era crecer. Pues bien, he crecido, Tanis, semielfo. En estos amargos meses pasados he visto muerte y sufrimiento. ¡He pasado más miedo del que nunca creí que pudiera pasar! He aprendido a luchar y he llevado a mis enemigos a la muerte. Todo ello me ha herido profundamente, insensibilizándome hasta tal punto que ya no puedo sentir dolor. Pero lo realmente doloroso es verte con otros ojos...

—Nunca he dicho que sea perfecto, Laurana —dijo Tanis pausadamente.

Solinari y Lunitari habían aparecido, ninguna de las dos estaba llena aún, pero brillaban lo suficiente para que Tanis pudiese ver lágrimas en los luminosos ojos de Laurana. Alargó las manos para tomarla en sus brazos, pero ella dio un paso atrás.

—Nunca lo has dicho —dijo ella desdeñosamente— ¡pero en verdad disfrutas sabiendo que así lo creemos!

Ignorando sus brazos tendidos, tomó una antorcha de la pared y caminó hacia la oscuridad de la gruta, hacia el interior de la montaña de Thorbardin. Tanis la contempló mientras se alejaba admirando el ligero brillo de sus cabellos color miel, y su airoso caminar, tan airoso como los esbeltos álamos de su hogar elfo en Qualinesti.

Mientras veía cómo desaparecía de su vista, estuvo mesándose la espesa barba pelirroja que ningún elfo de Krynn podía dejarse crecer. Reflexionó sobre la última frase de Laurana y, extrañamente, comenzó a pensar en Kitiara. Evocó imágenes de su rizada cabellera negra, de su sonrisa curva, de su ardiente e impetuoso carácter y de su cuerpo fuerte y sensual, el cuerpo de una experimentada espadachina. Pero ante su asombro descubrió que la imagen se disolvía, atravesada por la serena y clara mirada de un par de ojos elfos ligeramente sesgados.

Se oyó un estruendo en la montaña. El eje que hacía mover la inmensa puerta de piedra comenzó a girar, haciendo que ésta se fuese cerrando. Tanis decidió no entrar. «Sellados en una tumba». Al recordar las palabras de Sturm, sonrió, pero sintió una punzada en el alma. Durante unos segundos permaneció mirando hacia la puerta, notando cómo su peso iba interponiéndose entre él y Laurana. La puerta se cerró con un sordo estampido. La faz de la montaña aparecía vacía, desierta, inabordable.

Tanis suspiró, envolviéndose en su túnica comenzó a caminar en dirección al bosque. Era mejor dormir sobre la nieve que bajo tierra. Además debía comenzar a acostumbrarse, las Praderas de Arena que debían atravesar para llegar a Tarsis estarían probablemente cubiertas de nieve, a pesar de que el invierno acabase de comenzar. Mientras pensaba en el viaje, elevó la mirada al cielo. Estaba bellissimo, plagado de relucientes estrellas. Pero dos negros agujeros desfiguraban aquella belleza. Las constelaciones desaparecidas de Raistlin.

Había brechas en el cielo y también en su interior. Tras su discusión con Laurana, a Tanis casi le alegró iniciar el viaje. Cada uno de los compañeros había decidido ir. Tanis sabía que ninguno de ellos se sentía totalmente en casa entre los refugiados.

Los preparativos para el viaje le daban mucho en qué pensar. Podía decirse a sí mismo que no le importaba que Laurana le evitase. Y, al principio, el mismo viaje resultó agradable. Parecía que estuviesen en los primeros días de otoño, en lugar de a principios de invierno. El sol brillaba caldeando el aire y Raistlin era el único que llevaba túnica de abrigo. Mientras los compañeros caminaban por la parte norte de las Praderas la conversación era alegre y ligera, cuajada de bromas, chanzas, y recuerdos de las risas compartidas en Solace en tiempos mejores. Nadie habló de los sucesos malignos y oscuros vividos recientemente. Era como si al vislumbrar un futuro más brillante, desearan que esos hechos no hubieran ocurrido jamás.

Por las noches, Elistan les explicaba lo que iba aprendiendo acerca de los antiguos dioses en los Discos de Mishakal, que llevaba con él. Aquellas historias inundaban sus almas de paz y reforzaban su fe. Pero Tanis, que había pasado toda su vida buscando algo en qué creer, ahora que lo había encontrado, lo contemplaba con escepticismo. Quería asumir el mensaje de Mishakal, pero algo se lo impedía y, cada vez que miraba a Laurana, sabía lo que era. Hasta que no consiguiera resolver su propia agitación interna, nunca conocería la paz.

El único que no compartía las conversaciones, la alegría, las chanzas y bromas y las charlas alrededor del fuego, era Raistlin. El mago pasaba los días estudiando su libro de encantamientos. Si alguien le interrumpía, le contestaba con un grito. Después de las cenas, en las que comía poco, se sentaba solo, mirando al cielo, y contemplaba los dos negros agujeros que se reflejaban en sus pupilas con forma de relojes de arena.

Tras varios días de viaje los ánimos comenzaron a flaquear. Gruesas nubes oscurecieron el sol, y empezó a soplar el frío viento del norte. Caía tanta nieve que un día ya no pudieron avanzar más y se vieron obligados a buscar refugio en una gruta hasta que se acabara la tempestad. Por la noche montaron doble guardia, a pesar de que nadie sabía exactamente por qué. Lo único que tenían era la impresión de que el peligro y la amenaza aumentaban. Riverwind contempló inquieto las huellas que habían dejado tras ellos en la nieve. Como dijo Flint, hasta un enano gully ciego podría seguirlos. La sensación de peligro aumentó, una sensación de ser observados y escuchados.

¿Pero quién podía acechar aquí, en las Praderas de Arena, donde nada ni nadie habían habitado desde hacía más de trescientos años?

Capítulo 2

El Señor del Dragón

Un viaje funesto

El dragón suspiró, batió sus inmensas alas y alzó su pesado cuerpo de las cálidas y tranquilas aguas de los manantiales. Emergiendo de una ondulante nube de vapor, se impulsó para pisar el frío suelo. El penetrante viento invernal le escocía en sus delicados ollares y le picaba en la garganta. Tragando saliva con dificultad, resistió con firmeza la tentación de regresar a los estanques y comenzó a trepar hacia el alto saliente de roca que se alzaba ante él.

El dragón, irritado, plantaba sus garras sobre las resbaladizas rocas cubiertas de hielo, ya que en aquella atmósfera gélida, los vapores que emanaban de las aguas termales se enfriaban casi instantáneamente. La piedra se resquebrajaba y rompía bajo sus garrudas patas, rebotando y resonando en el valle que se extendía más abajo.

Resbaló una vez, perdiendo momentáneamente el equilibrio. Desplegando sus inmensas alas, consiguió recuperarlo con facilidad, pero el incidente sirvió para acrecentar su malhumor.

El sol naciente iluminaba los picos de las montañas, rozando al dragón y haciendo que sus escamas azules reluciesen doradas, pero contribuyendo poco a caldear su sangre. La bestia se estremeció de nuevo, plantando las patas sobre el pavimento. El invierno no estaba hecho para los Dragones Azules, ni tampoco el tener que viajar por ese insondable país. Con este pensamiento en la mente, y después de una amarga e interminable noche pensando lo mismo, Skie miró a su alrededor en busca de su Señor.

Lo encontró de pie sobre un saliente de roca. Era una imponente figura ataviada con un casco astado y una armadura de escamas azules. El Gran Señor, con la capa azotada por el aire helado, contemplaba con profundo interés la inmensa y llana pradera que yacía más abajo.

—Venid, Señor, volved a vuestra tienda, y permitidme regresar a los cálidos manantiales —añadió Skie mentalmente—. Este viento penetra hasta los huesos. ¿De todas formas, que hacéis aquí afuera?

Skie podía haber supuesto que el Gran Señor estaba haciendo un reconocimiento, pensando en la disposición de las tropas, o en el ataque de los dragones voladores. Pero éste no era el caso. Hacía ya tiempo que la ocupación de Tarsis había sido planeada, planeada de hecho, por otro de los Señores de los Dragones, ya que estas tierras estaban bajo el dominio de los Dragones Rojos.

Los Dragones Azules y sus Grandes Señores controlan el norte. En cambio yo estoy aquí, en estas áridas tierras del sur y tras de mí hay toda una escuadrilla de compañeros —pensaba Skie irritado. Bajó la cabeza ligeramente, mirando a los otros Dragones Azules que batían las alas en la temprana mañana, agradecidos por el calor de los manantiales que aliviaba sus entumecidos tendones.

Necios —siguió pensando Skie desdeñosamente—. Lo único que esperan es una señal del Gran Señor para atacar, iluminar los cielos y arrasar las ciudades con sus mortales rayos de luz, eso es lo único que les preocupa. Tienen una fe ciega en Su Señor. Claro que no es extraño —admitió Skie— porque éste los condujo de victoria en victoria en el norte, sin que en su grupo se produjese baja alguna. Sin embargo, dejan las preguntas para mí, porque soy la cabalgadura del Gran Señor, porque estoy más cerca de él. Bien, que así sea. El Gran Señor y yo nos entendemos perfectamente.

—No hay razón alguna para que estemos en Tarsis —Skie expresó sus pensamientos claramente a su Señor, al que no temía. A diferencia de muchos de los dragones de Krynn, quienes servían a sus señores con repugnante aversión, sabiendo que éstos eran los verdaderos gobernantes, Skie servía al suyo con afecto y respeto—. Los Dragones Rojos no quieren que estemos aquí, eso seguro. Y no nos necesitan. Esa exquisita ciudad, que te atrae tan extrañamente, caerá con facilidad porque no tiene ejército. Este fue engañado y partió hacia la frontera.

—Estamos aquí porque mis espías me han comunicado que ellos se encuentran en Tarsis o llegarán dentro de poco tiempo —fue la respuesta del Gran Señor. Hablaba en voz baja pero podía oírsele pese al ululante viento.

—Ellos... ellos... refunfuñó el dragón, tiritando y paseando incesantemente de un lado a otro del amplio saliente—. Abandonamos la guerra del norte, malogramos un tiempo valioso, perdemos una fortuna en acero. ¿Y por qué...? Por un puñado de aventureros itinerantes.

—Ya sabes que la riqueza no significa nada para mí. Podría comprar Tarsis si quisiera —el Señor del Dragón acarició el cuello del dragón con un helado guante de cuero que crujía con cada uno de sus gestos—. La guerra marcha bien en el norte. A Ariakus no le importó que me fuese. Bakarís es un comandante joven y experto que conoce mis ejércitos casi mejor que yo. Y no olvides, Skie, que son algo más que vagabundos. Esos «aventureros itinerantes» mataron a Verminaard.

—¡Bah! Ése ya había cavado su propia tumba. Estaba obsesionado, perdió de vista el verdadero objetivo —el dragón lanzó una mirada a su señor—. Lo mismo puede decirse de otros.

—¿Obsesionado? Sí, realmente Verminaard lo estaba, pero sé de algunos que deberían tomarse más en serio esa obsesión. El sabía el daño que podía causarnos el que el conocimiento de los verdaderos dioses se difundiera. Ahora, de acuerdo con los informes que nos han llegado, la gente sigue a un humano llamado Elistan, que es clérigo de Paladine. Los adoradores de Mishakal han devuelto la curación a la tierra. No, Verminaard era previsor, todo esto es sumamente peligroso. Deberíamos reconocerlo e intentar detenerlo, no mofarnos de ello.

El dragón resopló burlón.

—Ese Elistan no es el líder de todo el mundo sino sólo de ochocientos miserables humanos, esclavos de Verminaard en Pax Tharkas, que ahora están refugiados en la Puerta Sur con los enanos de las montañas —el dragón se tendió sobre el suelo de roca, sintiendo finalmente como el sol de la mañana proporcionaba algo de calor a su escamosa piel—. Nuestros espías comunicaron, además, que en estos momentos están viajando hacia Tarsis. Para esta noche, ese Elistan será nuestro y así acabará todo. ¡No volveremos a oír hablar de ese clérigo de Paladine!

—Elistan no me sirve de nada. No es a él a quien busco.

—¿No? ¿A quién, entonces?

—Hay tres personajes en los que tengo especial interés. Te facilitaré la descripción de cada uno de ellos... —el Señor del Dragón se acercó más a Skie—, ya que nuestra participación en la destrucción de Tarsis, mañana, tiene la finalidad de capturarles. Estos son los que busco...

Tanis avanzaba por las heladas praderas, pisando ruidosamente con sus botas la gruesa capa de nieve alisada por el viento. A sus espaldas el sol comenzaba a elevarse, iluminando el valle pero sin caldearlo. Envolviéndose todavía más en su capa, el semielfo miró a su alrededor para asegurarse de que nadie quedara atrás. Los compañeros caminaban en fila india; los más débiles iban los últimos, siguiendo las huellas dejadas por los que marchaban en cabeza abriendo camino.

Tanis les guiaba. Sturm caminaba tras él, tan constante y fiel como siempre, aunque continuaba apesadumbrado por la idea de tener que dejar atrás el Mazo de Kharas, el cual poseía una cualidad casi mística para el caballero. Parecía más preocupado y fatigado que de costumbre, pero no por ello dejaba de seguir a Tanis a buen paso. Esto no resultaba tan sencillo como pueda parecer, pues Sturm insistía en viajar ataviado con su antigua cota de mallas que, al no haber sido forjada por los enanos, pesaba considerablemente y hacía que sus pies se hundieran en la espesa capa de nieve.

Tras ellos se encontraba Caramon, que avanzaba como un gran oso, arrastrando su cuantioso arsenal de armas, sus provisiones y las de su hermano gemelo, Raistlin. El

mero hecho de contemplar a Caramon, agotaba a Tanis, ya que el inmenso guerrero no sólo avanzaba por la nieve con gran facilidad, sino que, además, se las arreglaba para ensanchar el camino para los que le seguían.

El siguiente era Gilthanas, al cual de entre todos los compañeros, Tanis podía haberse sentido más cercano, ya que habían sido criados como hermanos. Pero aquél era el hijo más joven del Orador de los Soles, gobernador de los elfos de Qualinesti, mientras que Tanis era un bastardo y tan sólo un semielfo, producto de la brutal violación de una elfa por un guerrero humano. Para empeorar más las relaciones, Tanis había osado sentirse atraído —aunque fuese de modo infantil e inmaduro—, hacia la hermana de Gilthanas, Laurana. Por tanto, lejos de ser amigos, Tanis tenía siempre la incómoda sensación de que al elfo, posiblemente, le alegraría verle muerto.

Tras el elfo caminaban Riverwind y Goldmoon. Para los bárbaros, envueltos en sus gruesas capas de pieles, el frío significaba poco. Hacía poco más de un mes que estaban casados, y el profundo amor que sentían el uno por el otro —un amor de sacrificio personal que había traído al mundo el descubrimiento de los antiguos dioses— se veía ahora acrecentado al hallar nuevas maneras de expresarlo.

Los seguían Elistan y Laurana. Tanis encontró extraño que, al pensar con envidia en la felicidad de Riverwind y Goldmoon, su mirada hubiese topado con Elistan y Laurana. Siempre juntos. Siempre enzarzados en serias conversaciones. Elistan, clérigo de Paladine, avanzaba resplandeciente en su blanca túnica que relucía incluso en contraste con la nieve. De barba blanca y cabello cada vez más escaso, era aún una figura imponente, el tipo de hombre que podría perfectamente atraer a una joven. Pocos hombres o mujeres podían mirar a los fríos ojos azules de Elistan sin sentirse conmovidos, intimidados por la presencia de alguien que ha recorrido los senderos de la muerte y ha encontrado una fe más firme y renovada.

Con él caminaba su fiel «ayudante», Laurana. La joven doncella elfa había huido de su hogar en Qualinesti para seguir a Tanis, impulsada por un enamoramiento adolescente. Se había visto obligada a madurar rápidamente, se le habían abierto los ojos al dolor y al sufrimiento del mundo. Sabiendo que muchos del grupo —Tanis entre ellos—, la consideraban un estorbo, Laurana luchaba para probar su valía. Al lado de Elistan había encontrado su oportunidad. Hija del Orador de los Soles de Qualinesti, había nacido y se había educado en la política. Cuando Elistan luchaba por tratar de alimentar, vestir y controlar a ochocientos hombres, mujeres y niños, fue Laurana la que facilitó su tarea. Se había hecho indispensable para él. Esto era algo que a Tanis le resultaba difícil de asimilar. El semielfo apretó los dientes, dejando que su mirada se apartase de Laurana para caer sobre Tika. La camarera, transformada en aventurera, avanzaba junto a Raistlin, pues Caramon le había pedido que acompañase al frágil mago ya que él debía permanecer en la vanguardia. Ni Tika ni Raistlin parecían satisfechos con ese arreglo. El mago envuelto en sus colorados ropajes caminaba malhumorado, con la cabeza agachada para defenderse del viento. Se veía obligado a detenerse a menudo debido a fortísimos ataques de tos que le hacían flaquear. En esos momentos Tika, dubitativa, le rodeaba con el brazo, consciente de la preocupada mirada de Caramon. Pero Raistlin siempre se separaba de ella gritándole enojado.

A continuación iba el anciano enano, que parecía rodar por la nieve; la punta de su casco y la borla «de melena de grifo» eran lo único que sobresalía de la blanca capa que

cubría la tierra. Tanis había intentado explicarle que los grifos no tenían melena, que la borla era de pelo de caballo. Pero Flint mantenía testarudamente que su odio a los caballos provenía del hecho de que le hacían estornudar violentamente, por lo que no creía al semielfo. Tanis sonrió, sacudiendo la cabeza. Flint había insistido en caminar al frente de la línea. Sólo después de que Caramon lo hubo rescatado en tres ocasiones en las que quedó sepultado por la nieve, Flint accedió, refunfuñando, a quedarse en la «retaguardia». Deslizándose tras el enano iba Tasslehoff Burrfoot. Desde el frente de la línea, Tanis podía oír su aguda y estridente voz. Tas estaba deleitando al enano con un maravilloso relato sobre la ocasión en que encontró a un lanoso mamut al que dos trastornados hechiceros habían hecho prisionero. Tanis suspiró, Tas estaba consiguiendo ponerle los nervios de punta. Ya había reprendido al kender por golpear a Sturm en la cabeza con una bola de nieve. Pero sabía que era inútil. Los kenders viven buscando aventuras y nuevas experiencias. Tas estaba disfrutando cada minuto de ese funesto viaje.

Sí, estaban todos ahí. Todos le seguían. Tanis se volvió bruscamente, mirando hacia el sur.

¿Por qué me siguen a mí? —se preguntó con resentimiento—. «Cuando yo apenas sé hacia dónde camina mi vida». Se supone que debo guiar a otros. Yo no comparto la meta de Sturm de liberar la tierra de los dragones como hizo su héroe, Huma. Tampoco comparto la búsqueda religiosa de Elistan, el difundir entre la gente el conocimiento de los verdaderos dioses. Ni siquiera tengo la ardiente ambición de poder de Raistlin.

Sturm le dio un codazo y señaló hacia delante. En el horizonte se divisaba una hilera de pequeñas colinas. Si el mapa del kender era exacto, la ciudad de Tarsis quedaba tras ellas. Tarsis, sus barcos de alas blancas, sus cúspides de reluciente blanco. Tarsis, la Bella.

Capítulo 3

Tarsis la Bella

Tanis extendió el mapa del kender. Habían llegado al pie de una hilera de desnudas y áridas colinas desde las cuales, de acuerdo con el mapa, debía verse la ciudad de Tarsis.

—No podemos subir a esas montañas a la luz del día —dijo Sturm retirándose la bufanda de la boca—. Nos convertiríamos en una diana perfecta a cien metros a la redonda.

—No —coincidió Tanis—. Acamparemos aquí, al pie. No obstante subiré a echarle un vistazo a la ciudad.

—¡Esto no me gusta nada! —murmuró Sturm apesadumbrado—. Algo marcha mal. ¿Quieres que te acompañe?

Al ver la expresión de cansancio del caballero, Tanis negó con la cabeza y le dijo:

—Será mejor que te encargues de organizar a los demás. Ataviado con una capa de invierno blanca, el semielfo se preparó para trepar a las rocosas colinas cubiertas de nieve. Cuando se disponía a partir, notó la presión de una mano sobre su brazo.

—Iré contigo —le susurró Raistlin.

Tanis le contempló asombrado y luego elevó la vista a las colinas. No sería fácil trepar por ellas, y sabía lo costosos que le resultaban al mago los grandes esfuerzos físicos. Raistlin notó su mirada y comprendió.

—Mi hermano me ayudará —dijo haciéndole una seña a Caramon, quien pareció extrañarse pero se puso inmediatamente en pie para acudir a su lado—. Quisiera ver la ciudad de Tarsis, la Bella.

Tanis lo miró con inquietud, pero el rostro de Raistlin aparecía tan impassible y frío como el metal al que se asemejaba.

—Muy bien, pero en la cima de esa montaña, vas a resultar más visible que una mancha de sangre. Será mejor que te cubras con una capa blanca —la sonrisa sardónica del semielfo fue una perfecta imitación de la de Raistlin—. Pídele la suya a Elistan.

Una vez en la cima de la montaña, desde la que se veía la legendaria ciudad portuaria de Tarsis, la Bella, Tanis comenzó a maldecir en voz baja. Con cada ardiente palabra salían de su boca pequeñas nubes de vapor. Bajándose la capucha de la pesada capa, contempló la ciudad con amarga desilusión.

Caramon le dio un codazo a su gemelo.

—¿Qué ocurre, Raistlin? No comprendo...

—Tienes el cerebro en el brazo con el que manejas la espada —susurró Raistlin entre toses—. Mira. ¿Qué ves?

—Bueno... Es una de las ciudades más grandes que he visto en mi vida, y, tal como nos dijeron, veo barcos...

—Los barcos de alas blancas de Tarsis, la Bella —apuntó amargamente el mago—. Observa los barcos, hermano mío. ¿No notas nada extraño?

—No están en muy buenas condiciones. Las velas están rasgadas y... —Caramon parpadeó y dio un respingo—. ¡No hay agua!

—Una observación muy perspicaz.

—Pero, en el mapa del kender...

—Era anterior al Cataclismo —interrumpió Tanis—. ¡Maldita sea, debería haber tenido en cuenta esa posibilidad! ¡Tarsis, la Bella, completamente cercada de tierra!

—E indudablemente lleva así trescientos años —susurró Raistlin—. Cuando la montaña ígnea se desprendió del cielo, creó mares —como vimos en Xak Tsaroth— pero también los destruyó. ¿Qué hacemos ahora con los refugiados, Semielfo?

—No lo sé —le respondió Tanis irritado. Contempló una vez más la ciudad y luego se volvió—. De cualquier forma, es inútil permanecer aquí. El mar no va a regresar para hacemos un favor a nosotros —dijo comenzando a descender lentamente por la ladera de la montaña.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Caramon a su hermano—. No podemos regresar a la Puerta Sur. Sé que alguien o algo nos ha estado siguiendo —miró a su alrededor con expresión preocupada— y siento que, incluso ahora, nos están observando... Raistlin agarró a su hermano del brazo. Durante un extraño instante, ambos se parecieron terriblemente. Habitualmente se asemejaban tanto como la luz a la oscuridad.

—Haces bien en confiar en tus sentimientos, hermano mío —dijo Raistlin en voz baja—. El peligro y el mal nos acechan. Desde que los refugiados llegaron a la Puerta Sur, lo he sentido cada vez más intensamente. Intenté advertirles... —sus palabras se vieron interrumpidas por un súbito ataque de tos.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Caramon.

Raistlin sacudió la cabeza, incapaz de responder durante unos segundos. Después, una vez el espasmo hubo pasado, respiró profundamente e, irritado, contempló a su hermano.

—¿Aún no te has enterado? ¡Lo sé! Pagué por mi conocimiento en las Torres de la Alta Hechicería. Pagué por ello con mi cuerpo y casi con mi mente. Pagué por ello con... — Raistlin se detuvo, observando a su gemelo.

Caramon estaba pálido y silencioso como cada vez que se mencionaba la Prueba. Comenzó a decir algo, se atragantó y carraspeó. Raistlin suspiró y sacudió la cabeza, retirando la mano del brazo de su hermano. Después, apoyándose en su bastón, comenzó a descender por la colina.

—Nunca lo entenderás. Trescientos años atrás, Tarsis, la Bella había sido la gran ciudad señorial de las tierras de Abanasinia. De allí partían las naves de alas blancas, en dirección a todas las tierras conocidas de Krynn. Y allí volvían, cargadas con todo tipo de objetos, valiosos y extraños, horrendos y delicados. El mercado de Tarsis era algo asombroso. Gran número de marinos poblaban sus calles y los dorados pendientes que llevaban relucían tanto como sus cuchillos. Los barcos traían a exóticas gentes de tierras lejanas que llegaban con la intención de vender sus mercancías; algunos de ellos vestían vaporosas sedas de alegre colorido adornadas con joyas. Vendían té y especias, frutas y perlas, y jaulas para pájaros de brillantes colores. Otros, ataviados con cuero, vendían lujosas pieles de animales tan extraños y chocantes como los que les habían dado caza.

Desde luego en el mercado de Tarsis también había compradores. Eran casi tan raros, exóticos y peligrosos como los vendedores. Hechiceros ataviados con túnicas blancas, rojas o negras, recorrían los bazares en busca de los extraños componentes que requerían sus mágicos encantamientos. Como incluso entonces se desconfiaba de ellos, caminaban entre la gente aislados y solitarios. Casi nadie hablaba con ellos, ni siquiera con los que vestían la túnica blanca, y nadie osaba estafarles. También los clérigos buscaban ingredientes para sus pócimas sanadoras, ya que antes del Cataclismo había habido clérigos en Krynn. Algunos adoraban a los dioses del bien, otros a la neutralidad y otros finalmente a las divinidades del mal. Todos ellos tenían gran poder y sus rezos eran escuchados y entre toda la gente chocante y peregrina reunida en los bazares de Tarsis, la Bella. Se hallaban los Caballeros de Solamnia; manteniendo el orden, guardando la tierra, viviendo sus disciplinadas vidas con estricta obediencia al Código y a la Medida. Eran seguidores de Paladine, y destacaban por su estricta obediencia a los dioses.

La amurallada ciudad de Tarsis disponía de su propio ejército y —tal como se decía— nunca había caído ante una fuerza enemiga. La ciudad era gobernada bajo la atenta mirada de los caballeros por una familia noble, y había tenido la buena fortuna de estar bajo el mando de uno de estos linajes con sensibilidad y sentido de la justicia. Tarsis se convirtió en un centro de enseñanza; los sabios de tierras cercanas llegaban a ella para compartir sus conocimientos. Se fundaron escuelas y una gran biblioteca, así como templos dedicados a los dioses. Hombres y mujeres jóvenes sedientos de conocimientos viajaban a Tarsis para aprender.

Las primeras guerras con los dragones no habían afectado a Tarsis. La inmensa ciudad, su formidable ejército, su flota de barcos de alas blancas y sus vigilantes Caballeros de Solamnia intimidaban incluso a la Reina de la Oscuridad. Antes de que ésta pudiera consolidar su poder y arrasar la ciudad, Huma aniquiló a sus dragones de los cielos. Por tanto Tarsis prosperó y se convirtió, durante la Era del Poder, en una de las ciudades más opulentas y orgullosas de Krynn y como ocurrió en muchas otras ciudades, con su esplendor aumentó su presunción. Tarsis comenzó a pedir más y más de los dioses: gloria, poder y riquezas. La gente adoraba al Sumo Sacerdote de Istar quien, viendo la ambición reinante, pedía a los dioses con arrogancia lo que éstos le habían concedido a Huma en su humildad. Incluso los Caballeros de Solamnia —sujetos a las estrictas leyes de la Medida, cerrados a una religión que se había convertido en puro ritual con poca profundidad— cayeron bajo el dominio del poderoso Sumo Sacerdote.

Entonces sobrevino el Cataclismo —una terrorífica noche en la que llovió fuego—. La tierra se rajó y resquebrajó cuando los dioses, furiosos con razón, lanzaron una montaña

de roca sobre Krynn, castigando al Sumo Sacerdote de Istar y a los habitantes por su orgullo.

La gente se dirigió entonces a los Caballeros de Solamnia.

—¡Vosotros que sois justos, ayudadnos! —gritaban—. ¡Aplacad a los dioses!

Pero los caballeros no podían hacer nada. De los cielos cayó fuego, la tierra se partió en dos. Las aguas del mar desaparecieron, las naves se tambalearon y zozobraron, la muralla de la ciudad se desmoronó.

Cuando acabó aquella noche de horror, Tarsis estaba completamente rodeada de tierra. Sus barcos de alas blancas yacían sobre la arena cual aves heridas. Los sobrevivientes, ensangrentados y aturcidos, intentaron reconstruir la ciudad con la confianza de ver llegar, en cualquier momento, a los Caballeros de Solamnia, quienes dejarían sus inmensas fortalezas del norte y viajarían desde Palanthis, Solanthis, Vingard Keep y Thelgaard hacia Tarsis, para ayudarles y protegerles una vez más. Pero no llegaron. Tenían sus propios problemas y no podían abandonar Solamnia. y aunque les hubiera sido posible hacerlo, un nuevo mar dividía las tierras de Abanasinia. Los enanos del reino de la montaña de Thorbardin cerraron sus puertas negando la entrada, por lo que los pasos entre las montañas quedaron bloqueados. Los elfos se retiraron a Qualinesti para curar sus heridas, maldiciendo a los humanos por la catástrofe. Tarsis pronto perdió todo contacto con el mundo del norte. Por tanto, tras del Cataclismo, cuando se hizo evidente que los caballeros no iban a proteger la ciudad, llegó el Día de la Proscripción. La situación llegó a ser muy delicada para el Señor de la ciudad, quien en realidad no creía en la corrupción de aquellos, pero comprendía que la gente necesitaba culpar a alguien. Si respaldaba a los caballeros, perdería el control de la ciudad, por lo que se vio obligado a cerrar los ojos cuando el enojado populacho atacó a los pocos que quedaban en Tanis, expulsando a unos y asesinando a otros. Tiempo después volvió a restablecerse el orden. El Señor y su familia consiguieron organizar un nuevo ejército. No obstante, muchas cosas habían cambiado. Ahora, todos creían que los antiguos dioses, a quienes habían adorado durante tanto tiempo, les habían abandonado. Encontraron nuevos dioses a los que reverenciar, a pesar de que éstos raramente respondían a sus oraciones. El poder clerical presente en aquellas tierras antes del Cataclismo se pervirtió y comenzaron a proliferar clérigos que pregonaban falsas promesas y esperanzas. La tierra se pobló de charlatanes sanadores que vendían sus falsos cura-lo-todo. Tiempo después, muchos de los sobrevivientes abandonaron Tarsis. Ya no había marinos vagando por el mercado; ya no llegaban elfos, enanos ni seres de otras razas. Los que continuaban viviendo en Tarsis, lo preferían así porque comenzaron a temer y a desconfiar del mundo exterior, y los extranjeros no eran bien recibidos. Pero Tarsis había sido durante tanto tiempo un centro de comercio, que aquellos de los alrededores que aún podían llegar a ella, continuaron haciéndolo. Las afueras de la ciudad se reconstruyeron, y el centro —los templos, escuelas y la gran biblioteca— se dejó en ruinas. Volvió a abrirse el mercado, sólo que ahora era un mercado para granjeros, y un lugar al que acudían los falsos clérigos para predicar las nuevas religiones. La paz envolvió la ciudad como una manta. Las gloriosas épocas pasadas eran como un sueño del que se hubiese podido dudar a no ser por las evidentes ruinas del centro. Por supuesto, en Tarsis circulaban ahora rumores de guerra que, en general, eran desestimados, a pesar de que el Señor de la ciudad hubiera enviado al ejército a vigilar las llanuras del sur. Cuando alguien le preguntaba por qué lo había hecho,

respondía que sólo se trataba de una serie de prácticas militares. Después de todo, los rumores provenían del norte, y todos sabían que los Caballeros de Solamnia intentaban desesperadamente recuperar su antiguo poder. Era impresionante lo lejos que podían llegar esos traidores, ¡osando incluso inventar historias sobre el regreso de los dragones!

Aquella era Tarsis, la Bella, la ciudad a la que los compañeros llegaron esa mañana poco después del amanecer.

Capítulo 4

¡Arrestados!

Separan a los héroes

Una despedida llena de presagios

Los pocos soldados, medio dormidos, que vigilaban las murallas aquella mañana, despertaron de golpe al ver a un grupo bien armado, pero de aspecto agotado, pidiendo entrada. No se la negaron. Ni siquiera les hicieron demasiadas preguntas. Un semielfo pelirrojo y de hablar calmo —hacía muchas décadas que en Tarsis no veían a un ser parecido dijo que llevaban mucho tiempo viajando y que buscaban cobijo. Sus compañeros aguardaron silenciosamente tras él, sin hacer ningún gesto amenazador. Bostezando, los guardias les indicaron una posada llamada «El Dragón Rojo».

La cuestión podía haber acabado ahí. Después de todo, a medida que los rumores de guerra se extendían, comenzaban a llegar a Tarsis personajes más y más extraños. Pero al atravesar la verja, el viento levantó la capa de uno de los humanos, y un guardia vislumbró el brillo de una reluciente cota de mallas iluminada por el sol de la mañana. El guardia vio el odiado y denigrado símbolo de los Caballeros de Solamnia sobre la antigua cota. Frunciendo el ceño, desapareció entre las sombras, deslizándose tras el grupo que avanzaba por las calles de la ciudad.

El guardia les vio entrar en «El Dragón Rojo». Aguardó fuera hasta estar seguro de que ya debían encontrarse en las habitaciones. Entonces, entrando sigilosamente,

intercambió unas palabras con el posadero. Le echó un vistazo a la sala, y al ver al grupo sentado, cómodamente instalado, corrió a informar a sus superiores.

—¡Esto es lo que ocurre por confiar en el mapa de un kender! —exclamó irritado el enano, apartando a un lado el plato vacío y restregándose la boca con la mano—. ¡Que te lleva a una ciudad portuaria sin mar...!

—No es culpa mía —protestó Tas—. Tanis me preguntó si tenía algún mapa en el que figurara Tarsis. Le dije que sí y le entregué éste en el que estaban dibujados Thorbardin, el reino subterráneo de los Enanos de la Montaña, la Puerta Sur y Tarsis... pero ya le advertí que era anterior a la época del Cataclismo. Todo está donde el mapa decía que estaba. Insisto ¡no es culpa mía que el océano haya desaparecido! Yo...

—Ya está bien, Tas —suspiró Tanis—. Nadie te echa las culpas. No es culpa de nadie. Sencillamente teníamos demasiadas esperanzas.

El kender, algo más calmado, retiró el mapa, lo enrolló y lo deslizó en una caja con el resto de sus valiosos mapas de Kyrnn. Luego apoyó la barbilla entre las manos y permaneció sentado, contemplando a sus abatidos compañeros de mesa. Estos comenzaron a discutir qué podían hacer ahora, hablando sin demasiado entusiasmo. Tas se aburría cada vez más. Quería explorar la ciudad. Estaba llena de todo tipo de extraños sonidos e imágenes —desde que llegaron a Tarsis, Flint, prácticamente se había visto obligado a arrastrarle—. Había un fabuloso mercado completamente abarrotado de cosas maravillosas que aguardaban ser contempladas. Además, había visto a más de un kender, y quería hablar con ellos. Su hogar le preocupaba. De pronto Flint le dio una patada por debajo de la mesa, y Tas, suspirando, volvió a prestar atención a Tanis.

—Pasaremos la noche aquí para descansar, averiguaremos lo que podamos y enviaremos un mensaje a la Puerta Sur —estaba diciendo Tanis—. Tal vez exista otra ciudad portuaria más al sur. Algunos de nosotros podríamos investigarlo. ¿Qué te parece, Elistan?

El clérigo retiró a un lado un plato lleno de comida.

—Supongo que es nuestra única elección, pero yo regresaré a la Puerta Sur. No puedo estar mucho tiempo lejos de la gente. Tú deberías venir conmigo, querida —dijo posando su mano sobre la de Laurana—. No puedo prescindir de tu ayuda.

Laurana sonrió a Elistan. Un segundo después, al posar la mirada en Tanis y ver su ceño fruncido, su sonrisa se evaporó.

—Riverwind y yo hemos estado comentando la situación, vamos a regresar con Elistan —dijo Goldmoon. Sus cabellos de oro y plata destellaban con la luz de los rayos de sol que se filtraban por la ventana—. La gente necesita de mis artes curativas.

—Además de eso, la pareja de recién casados echa de menos la intimidad de su tienda —dijo Caramon en voz baja pero audible, haciendo enrojecer a Goldmoon a la vez que su marido esbozaba una sonrisa.

Tras contemplar a Caramon con repugnancia, Sturm se volvió hacia Tanis y afirmó:

—Amigo mío, yo iré contigo.

—Nosotros, por supuesto, también —dijo Caramon rápidamente.

Sturm frunció el ceño y miró a Raistlin, quien estaba sentado cerca del fuego envuelto en su túnica roja, bebiendo la extraña poción de hierbas que aliviaba su tos.

—No creo que a tu hermano le convenga mucho viajar... —comenzó a decir Sturm.

—Te noto repentinamente preocupado por mi estado de salud, Caballero —susurró Raistlin con sarcasmo—. Pero, no es mi salud lo que te inquieta, ¿verdad, Sturm Brightblade? Es mi creciente poder. Me tienes miedo...

—¡Ya es suficiente! —exclamó Tanis al ver ensombrecerse el rostro de Sturm.

—O vuelve el mago, o vuelvo yo —declaró fríamente el Caballero.

—Sturm... —comenzó a decir Tanis.

Tasslehoff aprovechó esa oportunidad para escabullirse rápidamente de la mesa. Todos estaban absortos en la discusión entre el Caballero, el semielfo y el mago. Tas se deslizó por la puerta principal de «El Dragón Rojo», nombre que le parecía especialmente divertido, pero a Tanis no le hubiera hecho gracia.

Mientras cavilaba sobre esto empezó a caminar, a la vez que contemplaba entusiasmado la ciudad desconocida, Tanis ya nunca se reía de nada. En verdad parecía que el semielfo cargara sobre sus hombros con todo el peso del mundo. Tasslehoff creía saber qué era lo que le sucedía a Tanis. Sacando un anillo de uno de sus bolsillos, lo examinó con atención. Era de oro, hecho por un elfo, tallado en forma de hojas de enredadera. Lo había recogido en Qualinesti. Esta vez el anillo no era algo que el kender hubiese «adquirido» sino que había sido arrojado a sus pies por Laurana en una ocasión en la que se hallaba furiosa y humillada porque Tanis le había devuelto la joya.

El kender sopesó todo esto y decidió que a todos les iría bien separarse y partir en busca de nuevas aventuras. El, desde luego, iría con Tanis y Flint —porque creía firmemente que ninguno de los dos podía salir adelante sin él—, pero antes echaría un vistazo a esa interesante ciudad.

Tasslehoff llegó al final de la calle. Si miraba atrás, aún podía ver la posada. Todavía no había salido nadie a buscarle. Se hallaba a punto de preguntarle a un buhonero, que pasaba por la calle, cómo llegar al mercado, cuando vio algo que prometía convertir aquella apasionante ciudad en un lugar todavía más interesante...

Tanis consiguió aplacar la discusión iniciada por Sturm y Raistlin, al menos por el momento. El mago había decidido quedarse en Tarsis para explorar los restos de la antigua biblioteca. Caramon y Tika se ofrecieron a quedarse con él mientras Tanis, Sturm, Flint y Tasslehoff, marchaban hacia el sur con el propósito de recoger a los hermanos y a Tika a la vuelta. El resto del grupo viajaría a la Puerta Sur para comunicar las decepcionantes nuevas.

Decidido esto, Tanis se dirigió al posadero para pagarle las habitaciones. Se hallaba ante el mostrador contando las monedas de plata, cuando notó una leve presión en el brazo.

—Quiero que pidas que me cambien a una habitación que esté más cerca de la de Elistan— le dijo Laurana.

—¿Cómo? —le preguntó Tanis intentando disimular la aspereza de su voz. Laurana suspiró—. ¿No vamos a volver a discutir este asunto de nuevo, no?

—No sé lo que quieres decir —dijo Tanis fríamente, alejándose del sonriente posadero.

—Por primera vez en mi vida, estoy haciendo algo útil y pleno de sentido —dijo Laurana asiéndole firmemente del brazo— y tú quieres que lo abandone debido a los extraños celos que sientes...

—No estoy celoso —interrumpió Tanis enrojeciendo—. Ya te dije en Qualinesti que lo que pasó entre nosotros cuando éramos jóvenes, acabó ya. Yo... —hizo una pausa, preguntándose si aquello sería cierto.

Mientras le hablaba, su alma se estremecía ante la belleza de la elfa.

Sí, ese enamoramiento adolescente había terminado, pero, ¿acaso estaría siendo reemplazado por algo más fuerte y duradero? ¿Y estaría él echándolo a perder? ¿Lo habría perdido ya a causa de su indecisión y testarudez?

Estaba actuando de una forma típicamente humana, rechazando lo que estaba a su alcance, sólo para lamentarse de ello una vez perdido —pensó el semielfo. Confundido, sacudió la cabeza.

—Si no estás celoso, ¿por qué no me dejas en paz y me permites proseguir mi trabajo con Elistan? —le preguntó Laurana con frialdad—. Eres...

—¡Silencio! —Tanis alzó una mano. Laurana, enojada, se disponía a continuar hablando, pero al ver la severa mirada de semielfo, decidió callarse.

Tanis aguzó el oído. Sí, tenía razón. Podía oír claramente el quejido agudo y penetrante de la honda de cuero que encabezaba la Vara Jupak de Tasslehoff. Era un sonido muy peculiar, y se producía cada vez que el kender blandía la vara en círculo sobre su cabeza; ponía los pelos de punta. Significaba una señal de peligro para los kenders.

—Problemas —dijo Tanis en voz baja—. Avisa a los demás. Laurana obedeció sin hacer preguntas.

Tanis se volvió rápidamente para enfrentarse con el posadero quien, en ese preciso momento, intentaba escapar furtivamente de detrás del mostrador.

—¿Adónde vas? —le preguntó el semielfo secamente.

—Me disponía a disponer vuestras habitaciones, señor —dijo suavemente el posadero, tras lo cual desapareció en la cocina.

En ese instante Tasslehoff irrumpió en la puerta de la posada.

—¡Soldados, Tanis! ¡Y vienen hacia aquí!

—No puede ser que nos busquen a nosotros —respondió Tanis. Pero luego se quedó callado, mirando fijamente al kender de ágiles dedos, sin poder evitar sospechar de él—. Tas...

—¡No he sido yo, de verdad! —protestó Tas—. ¡Ni siquiera llegué a ir al mercado! Acababa de alcanzar el final de la calle cuando vi a toda una tropa de soldados avanzando en dirección a mí.

—¿Qué decís de unos soldados? —preguntó Sturm recién llegado de la sala—. ¿Es otra de las historias del kender?

—No. Escuchad —dijo Tanis. Al guardar silencio todos escucharon el sonido de pisadas avanzando en dirección a la posada y se miraron los unos a los otros preocupados—. El posadero ha desaparecido. Ya me extrañó que entráramos en la ciudad con tanta facilidad, debía haber imaginado que iba a ocurrir algo —Tanis se mesó la barba, consciente de que todos le miraban aguardando sus instrucciones.

—Laurana, Elistan y tú id arriba. Sturm y Gilthanas, quedaos conmigo. El resto id a vuestras habitaciones. Riverwind, te nombro responsable. Caramon, tú y Raistlin protegedlos. Si llega a ser necesario, Raistlin, utiliza tu magia. Flint...

—Yo me quedo contigo —declaró firmemente el enano.

Tanis le sonrió y posó una mano sobre el hombro de Flint.

—Por supuesto, viejo amigo. No creí ni que fuese necesario decirlo.

Frunciendo el ceño, Flint alargó el brazo para asir su hacha de guerra.

—Toma esto —le dijo a Caramon—. Mejor que la tengas tú que no uno de esos miserables y piojosos soldados.

—Es una buena idea —dijo Tanis. Desabrochándose el talabarte, le tendió a Caramon la espada mágica Wyrmslayer, que le había entregado el esqueleto de Kith-Kanan, el Rey Elfo.

Gilthanas le tendió silenciosamente su espada y su arco elfo.

—Las tuyas también, caballero —dijo Caramon extendiendo la mano.

Sturm frunció el ceño. Su antigua espada de doble puño y la vaina eran la única herencia que había recibido de su padre, un honorable Caballero de Solamnia, que había desaparecido tras enviar a su esposa y a su hijo pequeño al exilio. Lentamente Sturm también se desabrochó el talabarte y se lo tendió a Caramon. El jocoso guerrero, al ver la evidente preocupación del caballero, se puso serio.

—Sturm, ya sabes que tendré mucho cuidado con ella.

—Ya lo sé. Y además, si no siempre está la gran oruga, Catyrrpelius, para protegerla, ¿no es así, mago?

A Raistlin le sorprendió escuchar esa inesperada alusión a una vez —en la arrasada ciudad de Solace— en que había hecho creer a unos goblins que la espada de Sturm estaba hechizada. Aquello era lo más próximo a una expresión de gratitud que el Caballero hubiera pronunciado jamás ante el mago. Raistlin esbozó una sonrisa.

—Sí. Siempre está la oruga. No temas, caballero, tu arma está a salvo, así como las vidas de aquellos que dejáis a nuestro cuidado... si alguien está a salvo... Adiós, amigos míos —siseó mientras sus ojos en forma de relojes de arena centelleaban—. y va a ser una larga despedida. ¡Algunos de nosotros estamos destinados a no volver a encontrarnos en este mundo!

Tras decir esto, saludó con la cabeza y comenzó a subir las escaleras.

—¡Vamos! —ordenó Tanis irritado—. Si lo que dice es cierto, ahora no podemos hacer nada.

Tras mirarle dubitativamente, los demás hicieron lo que Tanis había ordenado, subiendo rápidamente las escaleras. Sólo Laurana, en el momento en que Elistan la asía del brazo, le lanzó una mirada temerosa al semielfo. Caramon, con la espada desenvainada, aguardó hasta que todos hubieron subido.

—No te preocupes —dijo el guerrero con inquietud—. No pasará nada. Si no estáis aquí cuando caiga la noche...

—¡No se te ocurra venir a buscarnos! —dijo Tanis, adivinando las intenciones de Caramon.

Al semielfo, la agorera despedida de Raistlin le había preocupado más de lo que quisiera admitir. Hacía ya muchos años que conocía al mago y había ido presenciando cómo aumentaba su poder.

—Si no regresamos, llevad a Elistan, Goldmoon y a los otros a la Puerta Sur.

Caramon asintió a regañadientes y luego caminó pesadamente escaleras arriba acompañado de un repiqueteo de armas.

—Probablemente no sea más que una investigación de rutina —murmuró apresuradamente Sturm al ver, a través de la ventana, llegar a los soldados—. Nos harán algunas preguntas y luego nos dejarán marchar.

—Tengo el presentimiento de que no es algo rutinario. Es muy rara la forma en que todos se han evaporado —dijo Tanis en voz baja cuando los soldados ya entraban por la puerta, encabezados por el condestable y acompañados del vigía de la muralla.

—¡Son ellos! —gritó el guardia señalándolos—. Ahí está el caballero, como os dije y el elfo barbudo, el enano, el kender y el elfo noble.

—Bien, ¿dónde están los demás? —preguntó secamente el condestable. A un gesto suyo, los soldados apuntaron con sus armas a los compañeros.

—No entiendo qué es todo esto —dijo Tanis suavemente. Estamos en Tarsis de paso, vamos camino del sur. ¿Es así como les dais la bienvenida a los extranjeros en vuestra ciudad?

—En nuestra ciudad, los extranjeros no son bienvenidos—respondió el condestable. Volviendo la mirada hacia Sturm, sonrió con desprecio—. Especialmente un Caballero de Solamnia. Si como decís, sois inocentes, no os importará responder a unas preguntas del Señor y del Consejo. ¿Dónde está el resto de vuestro grupo?

—Nuestros amigos estaban fatigados y se han retirado a sus habitaciones a descansar. Nuestro viaje ha sido largo y difícil, y no tenemos intención de causar problemas. Iremos nosotros cuatro y responderemos a vuestras preguntas. No hay necesidad de que molestemos a nuestros compañeros.

—Somos cinco —dijo Tasslehoff indignado, pero nadie le prestó atención.

—Id a buscar a los otros —ordenó el condestable a sus hombres.

Cuando dos de los soldados se dirigían hacia la escalera, esta comenzó a arder repentinamente, produciendo una humareda que les hizo retroceder. Todo el mundo corrió hacia la puerta. Tanis agarró a Tasslehoff —que observaba la escena con los ojos abiertos de par en par— y lo arrastró fuera e allí.

El condestable hizo sonar frenéticamente su silbato, mientras varios de sus hombres se dispusieron a dar la alarma. Pero las llamas murieron tan rápidamente como habían surgido.

—¡Alto...! —el condestable dejó de pitar. Con la cara pálida y gran cautela, entró de nuevo en la posada. Tanis sacudió la cabeza asombrado. No quedaba ni rastro del humo, ni se había desconchado un milímetro de barniz. Desde donde se hallaba podía oír los susurros de Raistlin en el piso de arriba. Cuando el condestable elevó aprensivamente hacia allí sus ojos, el murmullo cesó.

Tanis tragó saliva y respiró profundamente. Sabía que debía estar tan pálido como el condestable. Observó las explicaciones de Sturm y de Flint. El poder de Raistlin había aumentado...

—El mago debe estar ahí arriba —masculló el condestable.

—Muy bien, Don Silbidos, eres muy agudo... —comenzó a decir Tas en un tono de voz que Tanis sabía que podía causarles problemas. El semielfo le propinó un pisotón al kender y éste guardó silencio aunque le lanzó una mirada de reproche.

Afortunadamente el condestable no pareció haberle oído, pues miró fijamente a Sturm y le preguntó:

—¿Nos acompañarás pacíficamente?

—Si. Contáis con mi palabra de honor y ya sabéis que, penséis lo que penséis de los caballeros, para nosotros el honor es la vida.

El condestable contempló la oscura escalera. —Muy bien, que dos de mis hombres se queden aquí. El resto cubrid las otras salidas. Registrad a cualquiera que pretenda entrar o salir. ¿Todos vosotros disponéis de la descripción de los extranjeros?

Los soldados asintieron, intercambiando miradas de inquietud. Los dos destinados a vigilar el interior de la posada lanzaron una temerosa mirada a la escalera y montaron guardia lo más lejos posible de ella. Tanis sonrió para sí.

Los cinco compañeros siguieron al condestable fuera del edificio. Al salir a la calle, Tanis vio moverse a alguien tras una de las ventanas del piso superior. Era Laurana, quien con expresión de terror en el rostro, levantó la mano y debió pronunciar algunas palabras porque el semielfo alcanzó a verla mover los labios. Tanis recordó la despedida de Raistlin y se sintió desalentado. Le dolía el corazón. La mera posibilidad de no volver a encontrarse con ella de nuevo le hacía ver el mundo repentinamente triste, vacío y desolado. Comprendió lo que Laurana había llegado a significar para él en aquellos últimos meses, en los que, al contemplar las tierras arrasadas por los malignos ejércitos de los Señores de los Dragones, hasta la esperanza había muerto. En cambio, ¡qué fe tan firme tenía la elfa, qué inagotable y perenne confianza! ¡Qué diferente de Kitiara!

Uno de los guardias le dio a Tanis un empujón en la espalda.

—¡Mira hacia delante! ¡Deja de hacer señales a tus amigos! —le gritó.

El semielfo volvió a pensar en Kitiara. No, la mujer guerrera nunca hubiese actuado tan desinteresadamente. No hubiese podido ayudar a la gente como Laurana. Kit se hubiera impacientado y enojado, y les hubiera dejado elegir entre la vida y la muerte. Despreciaba y detestaba a aquellos más débiles que ella misma. Tanis se sorprendió al darse cuenta de que al evocar a Kitiara ya no sentía la vieja punzada de dolor. No, ahora era Laurana —aquella tonta muchacha que pocos meses antes no era más que una niña mimada— la que le hacía hervir la sangre. Y ahora, tal vez fuera demasiado tarde.

Al llegar al final de la calle, volvió a mirar atrás, esperando poder hacerle algún tipo de señal. Hacerle saber que comprendía. Hacerle saber que había sido un tonto. Hacerle saber que... Pero la cortina estaba echada.

Capítulo 5

El tumulto

La desaparición de Tas

Alhana Starbreeze

—Caballero inmundo...

Un pedrusco golpeó a Sturm en el hombro. El caballero vaciló, a pesar de que la piedra no le había hecho mucho daño debido a la protección de la cota de mallas. Tanis, al ver su pálida expresión y su tembloroso bigote, comprendió que el dolor era mucho mayor que el que pueda infligir un arma.

A medida que los compañeros avanzaban por las calles escoltados por los soldados, el gentío era cada vez mayor, pues ya se había corrido la voz de su llegada. Sturm caminaba dignamente, con la cabeza bien alta, haciendo caso omiso de burlas e insultos. A pesar de que, de tanto en tanto, los soldados intentaran apartar a la muchedumbre, lo hacían con tan poca convicción, que la gente lo notaba. Siguieron arrojando piedras y cosas aún más humillantes. Al poco rato todos ellos tenían heridas, sangraban, y estaban cubiertos de despojos.

Tanis sabía que Sturm no arremetería vengativo, no contra esa gentuza, pero el semielfo se vio obligado a sujetar firmemente a Flint. Incluso manteniéndole agarrado, no podía dejar de temer que el irritado enano se abalanzara sobre el populacho y comenzara a partir cabezas. Su preocupación por Flint era tal, que se olvidó de Tasslehoff.

Los kenders, además de ser bastante «despreocupados» en relación a las propiedades ajenas, poseen otra curiosa característica conocida con el nombre de «provocación». Todos los kenders poseen ese talento en mayor o menor medida. Así es como esa diminuta raza se las arregla para sobrevivir y prosperar en un mundo lleno de guerreros y caballeros, trolls y goblins. La provocación es la habilidad para insultar al enemigo y

llevarle a un estado de rabia tal que pierda la cabeza y comience a luchar salvaje y equivocadamente. Tas era un maestro en este arte, a pesar de que, viajando con sus amigos guerreros, raras veces necesitara utilizarlo. Pero en esta ocasión, el kender decidió sacarle partido. Comenzó a insultar a la gente. Cuando Tanis se dio cuenta de lo que pasaba, ya era demasiado tarde. Intentó acallarle en vano. Tas caminaba entre los primeros, en cambio el semielfo era uno de los últimos, y no había forma de silenciar al kender.

Tas pensaba que a insultos tales como «caballero inmundo», o «escoria elfa» les faltaba imaginación, y decidió enseñar a esa gentuza toda la extensa gama de variedades que ofrecía el idioma Común. Los insultos de Tasslehoff eran una obra maestra de ingenuidad y creatividad. Lamentablemente, tendían a ser extremadamente personales y a menudo bastante crudos, además de ser pronunciados siempre con un aire de encantadora inocencia.

—¿Es ésa tu nariz o un virus? ¿Tienes domesticadas a todas esas pulgas que recorren tu cuerpo? ¿Tu madre era una enana gully? —fueron sólo el principio. Después, la cosa empeoró.

Los soldados, al ver que la muchedumbre se enojaba cada vez más, comenzaron a alarmarse, y el condestable dio la orden de que todos aligeraran la marcha. Lo que él había previsto como una victoriosa procesión, como una exhibición de trofeos, parecía estar trocándose en un tumulto a gran escala.

—¡Que alguien haga callar a ese kender! —gritó furioso el condestable. Tanis intentó desesperadamente llegar donde estaba Tasslehoff, pero los forcejeantes soldados y la agitada multitud lo hacían del todo imposible. Gilthanas fue derribado; Sturm se inclinó sobre él intentando protegerle. Cuando Tanis se hallaba ya cerca de Tasslehoff, alguien le lanzó un tomate a la cara, cegándole momentáneamente.

—Eh, condestable, ¿sabes lo qué podrías hacer con ese silbato? Podrías... Tasslehoff nunca pudo decirle al condestable lo que podía hacer con el silbato, porque en ese instante una inmensa mano tiró de él, sacándole de en medio de la reyerta. Otra mano le tapó la boca, mientras dos manos más le sujetaban los pies para que no patase. Le echaron un saco sobre la cabeza y todo lo que Tas vio u olió a partir de entonces, fue harpillera.

Mientras Tanis seguía limpiándose el tomate de los ojos, oyó un sonido de pisadas, gritos y chillidos. La muchedumbre pitaba y se mofaba de ellos, pero un momento después comenzaron a correr, dispersándose. Cuando pudo ver de nuevo, el semielfo miró rápidamente a su alrededor para asegurarse de que todos estaban bien. Sturm estaba ayudando a Gilthanas a levantarse del suelo, enjugándole la sangre que brotaba de una herida que el elfo tenía en la frente. Flint, maldiciendo fluidamente, se limpiaba la barba impregnada de deshechos.

—¿Dónde está ese maldito kender? —gruñó el enano—. ¡Le voy a... —interrumpió la frase mirando a su alrededor.

—¡Silencio! —ordenó Tanis al pensar que Tas había logrado escapar. El rostro del enano estaba cada vez más encendido.

—¡Ese pequeño bastardo! ¡Fue él el que provocó esto, y ahora desaparece...!

—¡Shhhh! —dijo Tanis mirando fijamente al enano. Flint carraspeó y guardó silencio.

El condestable siguió empujando a sus prisioneros hacia la Sala de Justicia. Cuando ya se hallaban a salvo en el interior del feo edificio de ladrillos, reparó en que uno de ellos había desaparecido.

—¿Señor, queréis que le busquemos? —le preguntó uno de los soldados. El condestable reflexionó unos segundos y luego sacudió la cabeza irritado.

—No perdamos el tiempo. ¿Sabes lo que es intentar encontrar a un kender que no quiere ser hallado? No, dejadle ir, tenemos a los más importantes. Vigíladles mientras yo Informo al Consejo.

El condestable desapareció tras una puerta de madera, dejando a los compañeros y a los soldados en un oscuro y maloliente corredor. Tendido en una esquina yacía un calderero que roncaba ruidosamente; obviamente había tomado mucho vino. Los soldados, ceñudos, se sacaban pedazos de calabaza de los uniformes, despojándose, además, de los trozos de zanahoria y otras hortalizas que tenían adheridos. Gilthanas se quitaba la sangre que descendía por su rostro, mientras Sturm intentaba limpiar lo mejor posible su capa.

El condestable regresó, haciéndoles una señal desde la puerta.

—Traedles.

Mientras los soldados empujaban a sus prisioneros, Tanis se las arregló para acercarse a Sturm.

—¿Quién está al mando de la ciudad? —le susurró.

—Tendremos mucha suerte si el Señor de Tarsis está aún al mando de ella. Los Señores de Tarsis siempre han tenido fama de ser nobles y generosos. Además, ¿de qué pueden culparnos? No hemos hecho nada. Lo peor que puede sucedernos es que nos hagan abandonar la ciudad acompañados de una escolta armada.

Tanis sacudió la cabeza pensativo mientras entraban en la sala del Consejo. Le llevó unos segundos acostumbrarse a la penumbra de la sórdida sala que olía aún peor que el corredor. Los seis miembros del Consejo, tres a cada lado de su Señor, estaban sentados en unos bancos colocados sobre una elevada tarima. El Señor se había aposentado sobre una alta silla que se hallaba en el centro. Cuando entraron, aquél elevó la mirada. Sus cejas se arquearon ligeramente al ver a Sturm, y a Tanis le pareció que los rasgos de su rostro se suavizaban. El Señor incluso hizo un leve gesto de amable bienvenida al caballero. Tanis se sintió más animado. Los compañeros caminaron hasta detenerse frente a los bancos. No había sillas. Los que tenían que suplicar algo al Consejo o los prisioneros debían soportar sus juicios de pie.

—¿De qué se acusa a estos hombres? —preguntó el Señor.

El condestable lanzó a los compañeros una perniciosa tirada.

—De incitar un tumulto, mi señor.

—¡Un tumulto! —explotó Flint—. ¡Nosotros no hemos hecho nada para provocar un tumulto! Fue ese charlatán del...

Un personaje ataviado con una larga túnica surgió de entre las sombras y se acercó al Señor para susurrarle algo al oído. Ninguno de los compañeros lo había visto entrar, pero ahora sí le veían.

Flint tosió y guardó silencio, lanzándole a Tanis una significativa y preocupada mirada tras sus blancas y espesas cejas. Tanis suspiró abrumado. Gilthanas, con expresión marcada por el odio, se limpió la sangre de la herida con mano temblorosa. Sturm fue el único que se mantuvo aparentemente calmo e impasible al ver el rostro medio humano, medio de reptil del draconiano...

Los compañeros que habían permanecido en la posada estuvieron reunidos en la habitación de Elistan durante casi una hora, desde de que los otros fueran arrestados por los soldados. Caramon seguía de guardia junto a la puerta con la espada desenvainada. Riverwind vigilaba la ventana. Todos oyeron los gritos proferidos por la alborotada muchedumbre, y se miraron los unos a los otros con expresiones de tensión y fatiga. Un rato después el estruendo se calmó. Nadie les dijo nada. En la posada reinaba un silencio mortecino.

La mañana transcurrió sin incidente alguno. El pálido y frío sol fue ascendiendo en el cielo, aunque sin conseguir caldear aquel día invernal. Caramon envainó su espada y bostezó. Tika arrastró una silla hacia donde él estaba para sentarse a su lado. Riverwind se situó al lado de Goldmoon, quien charlaba en voz baja con Elistan, haciendo planes para los refugiados.

La única que permaneció junto a la ventana fue Laurana. Aunque no había gran cosa que mirar, ya que los soldados, aparentemente, se habían cansado de desfilarse arriba y abajo de la calle y se habían resguardado en los portales de los edificios para protegerse del frío. Tras ella escuchó las risas de Tika y Caramon, y se volvió para observarles. Caramon, aunque hablaba demasiado bajo para ser oído, parecía estar describiendo una batalla. Tika le escuchaba atentamente, con los ojos relucientes de admiración. En el viaje que habían hecho al sur en busca del Mazo de Kharas, la joven camarera había recibido muchas lecciones de lucha y, aunque nunca conseguiría ser verdaderamente diestra con la espada, había desarrollado inmensamente el arte de derrotar a su enemigo a golpes. Ahora, precisamente, vestía su cota de mallas. El sol iluminaba el metal y centelleaba en su roja cabellera. La expresión de Caramon al charlar con ella era relajada y animada. No se acariciaban —no ante la dorada mirada del gemelo de Caramon—, pero estaban muy juntos.

Laurana suspiró y se volvió, sintiéndose muy sola y —al pensar en las palabras de Raistlin—, muy asustada.

Un segundo después oyó tras ella el eco de su suspiro. Pero aquél no era un suspiro de pena, era un suspiro de enojo. Al volverse ligeramente vio a Raistlin, que había cerrado el libro de encantamientos que leía, y se había acercado a la ventana para aprovechar la poca luz que por ella entraba. Debía estudiarlo a diario. El sino de los magos es tal que para memorizar los encantamientos deben repetirlos una y otra vez, pues las palabras mágicas titilan y mueren como chispas de fuego. Cada sortilegio formulado mina la fuerza del mago, debilitándole físicamente hasta tal punto, que finalmente queda exhausto y no puede utilizar su magia hasta haber reposado.

La fuerza y el poder de Raistlin habían aumentado desde que los compañeros se encontraran en Solace. Había realizado varios encantamientos nuevos que le enseñó Fizban, el excéntrico viejo mago que había muerto en Pax Tharkas. A medida que su poder aumentaba, también crecían los celos de sus compañeros. Nadie tenía un motivo justificado para desconfiar de él—antes bien, su magia les había salvado varias veces la vida—, pero había en él algo inquietante, secreto, silencioso, rígido, y solitario que asustaba.

Acariciando ausentemente la funda azul marino del extraño libro de encantamientos que había conseguido en Pax Tharkas, Raistlin observó la calle. Sus ojos dorados en forma de relojes de arena, centelleaban fríamente.

A pesar de que a Laurana le disgustaba hablar con el mago, ¿tenía que saber! ¿Qué significaba... una larga despedida?

—¿Qué ves cuando miras a lo lejos, como ahora? —le preguntó suavemente, sentándose a su lado, sintiéndose invadida por una súbita debilidad fruto del temor.

—¿Qué veo? —repitió él en voz baja. Había mucha tristeza y dolor en su voz, no la amargura que la caracterizaba—. Veo como el tiempo afecta a las cosas. La carne humana se marchita y muere ante mis ojos. Las flores se abren sólo para morir. Los árboles se desprenden de hojas que nunca volverán a recuperar. En lo que yo veo siempre es invierno, siempre es de noche.

—¿Y... esto es lo que te enseñaron en las Torres de la Alta Hechicería? ¿Por qué? ¿Con qué fin?

Raistlin sonrió con su extraña sonrisa torva.

—Para recordarme mi propia mortalidad. Para enseñarme compasión —su voz bajó de tono—. Cuando era joven era orgulloso y arrogante. Era el más joven en pasar la Prueba, ¡iba a demostrárselo a todos! y sí, se lo demostré. Destrozaron mi cuerpo y devoraron mi mente hasta que al final fui capaz de... —se detuvo bruscamente, dirigiendo la mirada a Caramon.

—¿De qué? —preguntó Laurana, temiendo saberlo, pero fascinada.

—De nada —susurró Raistlin, bajando la mirada—. Tengo prohibido hablar de ello.

Laurana vio que al mago le temblaban las manos y resbalaban por su frente gotas de sudor, la respiración se le hacía más pesada y comenzaba a toser. Sintióse culpable por haberle causado tal angustia, la elfa enrojeció y movió la cabeza, mordiéndose el labio.

—Siento haberte causado dolor. No pretendía hacerlo —confundida, bajó la mirada cubriéndose el rostro con las manos, un antiguo hábito de su niñez.

Raistlin se inclinó hacia adelante casi inconscientemente, alargando una mano temblorosa para tocar el maravilloso cabello de la elfa, que parecía poseer vida propia por lo vibrátil y exuberante que era. Pero al ver ante sus ojos su propia carne agonizante, retiró rápidamente la mano y volvió a hundirse en la silla con una amarga sonrisa en los labios. Pues lo que Laurana no sabía, no podía saberlo, era que al mirarla a ella, Raistlin veía la única belleza que podría ver en su vida. Joven, incluso para los elfos, la muchacha no había sido rozada aún por la muerte o la decadencia, ni siquiera para la maldita visión del mago.

Laurana no se percató de lo que había sucedido. Sólo notó que el mago se movía ligeramente. Estuvo a punto de levantarse e irse, pero se sentía próxima a él y, además, aún no había respondido a su pregunta.

—Lo que quería decir es si puedes ver el futuro. Tanis me dijo que tu madre era... ¿cómo lo llaman... adivina? Sé que Tanis acude a ti en busca de consejo...

Raistlin contempló a Laurana cavilosamente.

—Tanis viene a mí en busca de consejo, no porque pueda predecir el futuro. No puedo hacerlo, no soy un visionario. Viene a mí porque soy capaz de razonar, algo que la mayoría de esos necios parece incapaz de hacer.

—Pero... lo que dijiste. Puede que algunos de nosotros no volvamos a vernos nunca. ¿Debes haber presentido algo! ¿Qué? ¡Debo saberlo! ¿De qué se trata... acaso de Tanis?

Raistlin reflexionó y, al responder, lo hizo más para mí mismo que para Laurana.

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué lo dije. Fue solamente que... durante un instante... supe... —hizo un esfuerzo por recordar, pero finalmente se encogió de hombros.

—¿Supiste, qué?

—Nada. Mi retorcida imaginación, como diría el Cabalero si estuviese aquí. O sea que Tanis te habló de mi madre —dijo cambiando bruscamente de tema.

Laurana, decepcionada, pero esperando averiguar algo más si continuaba hablando con él, asintió con la cabeza.

—Me dijo que tenía el don de predecir. Que era capaz de mirar al futuro y ver lo que iba a suceder.

—Es verdad. Pero no le sirvió de mucho. El primer hombre con el que se casó era un apuesto guerrero de las tierras del norte. La pasión duró pocos meses y, cuando acabó, se hicieron la vida imposible el uno al otro. Mi madre tenía una salud muy frágil y era dada a caer en extraños trances de los que podía no despertar en horas. Eran pobres, pues vivían de lo que su esposo pudiera ganar con la espada. Él jamás hablaba de su familia, a pesar de que era patente que provenía de sangre noble. No creo que nunca llegara a decirle su verdadero nombre —los ojos de Raistlin se estrecharon—. No obstante se lo dijo a Kitiara. Estoy seguro de ello. Ese es el motivo por el que ella se fue al norte, para encontrar a su familia.

—Kitiara... —pronunció Laurana con dificultad, deseosa de saber más de esa mujer a la que Tanis amaba—. Entonces, ese hombre, el noble guerrero, ¿era el padre de Kitiara?

—Sí. Es mi hermanastra mayor. Unos ocho años mayor que Caramon y yo. Supongo que es muy parecida a su padre, tan bella como apuesto era él, decidida e impetuosa, belicosa, fuerte e intrépida. Su padre le enseñó lo único que sabía, el arte de combatir, para después marchar a viajes cada vez más largos, hasta que un día desapareció por completo. Mi madre convenció a los Buscadores para que le declararan legalmente muerto. Entonces se casó con el que sería nuestro padre, un hombre sencillo, un leñador. Una vez más, su posibilidad de prever no le sirvió de nada.

—¿Por qué? —le preguntó Laurana amablemente, sorprendida al ver tan hablador al taciturno mago, sin comprender que, por el simple hecho de contemplar el expresivo rostro de la elfa, él estaba ganando más en humanidad de lo que estaba dando a cambio.

—El nacimiento de mi hermano y mío —dijo Raistlin. Comenzó a toser ruidosamente y, dejando de hablar, le hizo una señal a su hermano—. ¡Caramon! Es la hora de mi pócima. ¿O te has olvidado de mí al disfrutar del placer de otra compañía?

—No, Raistlin —respondió Caramon sintiéndose culpable y apresurándose a colgar una olla de agua sobre el fuego de la chimenea de la habitación. Tika, avergonzada, bajó la cabeza, intentando evitar la mirada del mago.

Tras contemplarla durante un instante, Raistlin se volvió de nuevo hacia Laurana, quien había escuchado las palabras entre los hermanos con una sensación de frío en la boca del estómago. El mago comenzó a hablar de nuevo como si no hubiese habido interrupción alguna.

—Mi madre nunca llegó a recuperarse del todo del parto. La comadrona me dio por muerto, y, de hecho, no hubiese vivido, de no ser por Kitiara, quien acostumbraba a decir que fue su trofeo en su primera batalla contra la muerte. Ella fue la que nos crió. Mi madre era incapaz de ocuparse de nosotros, y mi padre tenía que trabajar día y noche para alimentarnos. Murió en un accidente cuando éramos adolescentes. Ese mismo día mi madre cayó en uno de sus trances... y nunca salió de él. Murió de inanición.

—¡Qué horror! —exclamó Laurana temblorosa.

Raistlin guardó silencio durante unos largos segundos, mirando fijamente hacia el frío y gris cielo invernal. Luego su boca se torció en una extraña mueca.

—Me enseñó una valiosa lección: hay que aprender a controlar el poder. ¡No dejar nunca que éste te controle a ti!

Laurana no pareció haberle oído. Se retorció las manos nerviosa. Aquella era la oportunidad idónea para hacer las preguntas que ansiaba hacer, aunque eso significara revelar una parte de su intimidad a ese mago al que temía y en el cual no confiaba. No se dio cuenta de que estaba cayendo en una trampa hábilmente preparada, ya que a Raistlin le entusiasmaba conocer los recodos de las almas ajenas, pues sabía que en cualquier momento podrían serle útiles.

—¿Qué hicisteis entonces? —preguntó la elfa—. ¿Fue Kit-Kitiara...? —quiso pronunciar aquel nombre con naturalidad pero, al embarullarse, enrojeció avergonzada.

Raistlin se dio cuenta de la agitación interna de Laurana.

—Kitiara ya se había ido —respondió—. Se fue de casa a los quince años, se ganaba la vida con la espada. Según Caramon es una verdadera experta, por lo que no tuvo muchas dificultades en encontrar trabajo de mercenario. De tanto en tanto volvía para comprobar que estuviéramos bien. Cuando crecimos nos llevó con ella. Así es como Caramon y yo aprendimos a luchar juntos —yo utilizando la magia, mi hermano la espada—. Más adelante Kitiara conoció a Tanis —los ojos de Raistlin relampaguearon al observar el desconcierto de Laurana—, y ella a veces viajaba con nosotros.

—¿Nosotros... con quién? ¿Adónde ibais?

—Nuestro grupo estaba formado por Sturm Brightblade, quien ya entonces soñaba con la caballería, el kender, Tanis, Caramon y yo. Viajábamos con Flint, antes de que dejara de ser herrero, para ver mundo y para conocernos a nosotros mismos, pero las rutas se tornaron tan peligrosas que Flint dejó de viajar y, para entonces, ya habíamos aprendido todo lo que podíamos los unos de los otros. Nos hallábamos inquietos y Tanis dijo que había llegado el momento de separarnos.

—¿E hicisteis lo que él dijo? ¿También entonces era vuestro líder? —Laurana comenzó a recordarle tal y como lo había conocido antes de abandonar Qualinesti, imberbe y sin las líneas de desasosiego y preocupación que ahora marcaban su rostro. A pesar de que ya en esas fechas era introvertido y caviloso, atormentado por el sentimiento de pertenecer a dos razas y a ninguna. En aquellos tiempos ella no había sabido comprenderle. Sólo ahora, tras vivir en un mundo de humanos, comenzaba a hacerlo.

—Posee las características que se cree que son esenciales para dirigir un grupo. Es rápido de pensamiento, inteligente, creativo. Pero la mayoría de nosotros posee estas cualidades en mayor o menor grado. ¿Por qué siguen a Tanis los demás? Sturm es de sangre noble, miembro de una Orden cuyas raíces se remontan a tiempos inmemorables, ¿por qué obedece a un bastardo semielfo? ¿Y Riverwind? Desconfía de cualquiera que no sea humano y de la mayoría de éstos. Aún y así, él y Goldmoon seguirían a Tanis hasta los Abismos. ¿Por qué?

—Me lo había preguntado —comenzó a decir Laurana—, y creo...

Pero Raistlin, ignorándola, pasó a responder a su propia pregunta.

—Tanis escucha sus sentimientos. No los contiene, como hace el caballero, ni los oculta, como hace el bárbaro. Tanis sabe que un jefe de grupo, a veces, debe pensar con el corazón y no con la cabeza —Raistlin la miró fijamente—. Recuerda esto.

Laurana parpadeó, confundida durante un instante, pero al percibir aquel tono de superioridad en las palabras del mago, habló altivamente, irritada.

—Noto que no te has incluido a tí mismo. Si eres tan inteligente y poderoso como dices, ¿por qué sigues a Tanis?

Raistlin guardó silencio, pues Caramon se acercó y le tendió una copa, y luego la llenó de agua de la olla. El guerrero le lanzó una mirada a Laurana, avergonzado e incómodo como siempre que su hermano le trataba de esa forma.

Raistlin pareció no notar lo. Sacando una bolsa de su fardo, esparció en el agua caliente unas hojas verdes. La habitación se llenó de un olor acre y picante.

—Yo no le sigo —dijo el joven mago mirando a Laurana—. Por el momento, Tanis y yo simplemente viajamos en la misma dirección.

—Los Caballeros de Solamnia no son bienvenidos a nuestra ciudad —dijo el Señor secamente, con el semblante serio. Su oscura mirada recorrió el resto del grupo—. Ni lo son los elfos, los kenders, o los enanos, ni aquellos que viajan con ellos. Tengo entendido que también hay un hechicero entre vosotros, uno que viste la túnica roja. Lleváis cotas de malla, vuestras armas están manchadas de sangre, es evidente que sois diestros guerreros.

—Mercenarios sin duda, señor —dijo el condestable.

—No somos mercenarios —dijo Sturm acercándose al banco con porte noble y orgulloso—. Venimos de las llanuras del norte de Abanasinia. Liberamos a ochocientos hombres, mujeres y niños de Verminaard, el Señor del Dragón, en Pax Tharkas. Huimos de la cólera de los ejércitos de los Dragones, dejando a los refugiados en un valle oculto entre las montañas. Después, viajamos hacia el sur, esperando encontrar barcos en la legendaria ciudad de Tarsis. No sabíamos que ahora ya no es una ciudad costera, o no hubiéramos venido.

El Señor frunció el ceño.

—¿Dices que venís del norte? Eso es imposible. Nunca nadie consiguió atravesar el reino de los Enanos de la Montaña de Thorbardin.

—Si conoces a los Caballeros de Solamnia, sabes que moriríamos antes de decir una mentira, incluso a nuestros enemigos. Entramos en el reino de los enanos, y éstos nos dejaron atravesarlo al encontrar y devolverles el extraviado Mazo de Kharas.

El Señor se agitó inquieto, lanzándole una mirada al draconiano que estaba sentado tras él.

—Sí, conozco a los caballeros, y por tanto debo creer vuestra historia, aunque sea más parecida a un cuento de niños que... De pronto se abrieron las puertas y entraron dos soldados que arrastraban con violencia a un prisionero. Empujando a los compañeros a un lado, arrojaron al prisionero al suelo. Se trataba de una mujer. Llevaba el rostro cubierto con velos y vestía una falda larga y una pesada capa. Durante unos segundos se quedó tendida en el suelo como si se hallase demasiado cansada o abatida para levantarse. Después, hizo un gran esfuerzo para conseguirlo, sin éxito. Obviamente nadie iba a ayudarla. El Señor se la quedó mirando con expresión torva y ceñuda. El draconiano que estaba tras él se había puesto en pie y la contemplaba interesado. La mujer a duras penas podía moverse pues se tropezaba con sus largas vestiduras.

Un segundo después Sturm estaba a su lado. El caballero había contemplado horrorizado el insensible trato que estaba recibiendo. Le lanzó una mirada a Tanis y vio al cauto semielfo sacudir la cabeza, pero la imagen de aquella mujer haciendo un denodado esfuerzo por levantarse era demasiado para él. Al avanzar hacia la dama uno de los soldados se interpuso en su camino.

—Si quieres puedes matarme, pero voy a ayudar a la prisionera. El guardia parpadeó y dio un paso atrás, mirando a su Señor a la espera de órdenes. El Señor negó levemente con la cabeza. Tanis, que le observaba atentamente, contuvo la respiración. Le pareció ver que el Señor sonreía, cubriéndose rápidamente la boca con la mano.

—Señora mía, permitidme que os ayude —dijo Sturm con suma cortesía sujetándola con sus fuertes manos y ayudándola a ponerse en pie.

—Sería mejor que no me hubieses ayudado, caballero —dijo la mujer. A pesar de que sus palabras apenas fueron audibles debido al velo que cubría su rostro, Tanis y Gilthanas dieron un respingo y se miraron el uno al otro—. No sabes lo que has hecho... has arriesgado tu vida...

—Es un privilegio haberlo hecho —dijo Sturm haciendo una reverencia y permaneciendo junto a ella sin apartar la mirada de los guardias.

—¡Es una elfa de Silvanesti! —le susurró Gilthanas a Tanis—. ¿Lo sabe Sturm?

—Por supuesto que no —respondió Tanis en voz baja ¿Cómo podría saberlo? Yo mismo apenas he reconocido su acento.

—¿Qué debe estar haciendo aquí? Silvanesti está muy lejos...

—Puede que... —comenzó a decir Tanis, pero uno de los soldados le dio un golpe en la espalda para que guardase silencio pues el Señor se disponía a hablar.

—Princesa Alhana —dijo éste en un frío tono de voz—, se os comunicó que abandonaseis la ciudad. La última vez que os presentasteis ante mí fuí misericordioso porque veníais en misión diplomática, y en Tarsis aún observamos el protocolo. No obstante, os dije entonces que no esperarais que os ayudásemos y os dij veinticuatro

horas para partir, pero veo que aún seguís aquí. —Dirigió una mirada a los guardias—. ¿De qué se la acusa?

—De intentar comprar mercenarios, Señor —respondió el condestable—. La encontramos en una posada de la zona del Puente Viejo. Ha sido una suerte que no encontrara a este grupo —dijo lanzándole una mirada a Sturm—, ya que, por supuesto, en Tarsis nadie ayudaría a un elfo.

—Alhana —murmuró Tanis para sí. Luego se dirigió a Gilthanas—. ¿Por qué me resulta tan familiar ese nombre?

—¿Has estado alejado de nuestra gente tanto tiempo que ya no reconoces ese nombre? Sólo una de nuestras primas de Silvanesti se llamaba así. Alhana Starbreeze, hija del Orador de las Estrellas, Princesa y única heredera de su padre, ya que no tiene hermanos.

—¡Alhana! —exclamó Tanis recordando. Los elfos se habían separado cientos de años atrás, cuando Kith-Kanan guió a muchos de ellos a la tierra de Qualinesti tras las guerras de Kinslayer. Pero sus dirigentes se habían mantenido en contacto a la misteriosa manera de los elfos quienes, se dice, pueden leer mensajes en el viento y hablar el idioma de Solinari. Ahora recordaba a Alhana —que tenía la reputación de ser la más bella de todas las mujeres elfas, y tan distante como la luna plateada que brilló la noche que nació.

El draconiano se agachó para conferenciar con el Señor. Tanis vio que el rostro del hombre se ensombrecía, y tuvo la sensación de que estaba a punto de decir que no estaba de acuerdo, pero tras morderse el labio y suspirar, el Señor asintió con la cabeza. El draconiano volvió a ocultarse entre las sombras una vez más.

—Quedáis arrestada, Princesa Alhana —dijo el Señor.

Al ver que los soldados la rodeaban, Sturm se acercó más a la mujer y les lanzó una mirada amenazadora. Su apariencia era de tal nobleza y seguridad, incluso desarmado, que los guardias tuvieron un momento de duda. No obstante, su Señor les había dado una orden.

—Será mejor que hagas algo —gruñó Flint—. Estoy de acuerdo con la caballerosidad, pero hay un momento y un lugar para cada cosa, y éste no es ni el momento ni el lugar!

—¿Tienes alguna sugerencia? —le preguntó Tanis.

Flint no le respondió. Ambos sabían que no podían hacer nada. Sturm estaría dispuesto a morir antes de que esos soldados volvieran siquiera a rozar a la mujer, a pesar de no tener ni idea de quién era la dama. Eso no tenía importancia. Sintiendo frustración y admiración hacia su amigo, Tanis midió la distancia entre él y el guardia más próximo, comprobando que, al menos, podía dejar a uno fuera de combate. Vio que Gilthanas cerraba los ojos y murmuraba unas palabras. El elfo tenía nociones de magia, a pesar de que nunca se lo había tomado muy en serio. Al ver la expresión de Tanis, Flint lanzó un suspiro y se volvió hacia otro de los guardias, bajando la cabeza.

Pero, de pronto, el Señor habló en tono irritado.

—¡Aguarda, caballero! —dijo con la autoridad que le habían inculcado durante generaciones.

Sturm, acatando la orden, se distendió y Tanis lanzó un suspiro de alivio

—No voy a permitir que corra la sangre en la Sala del Consejo. La dama ha desobedecido una ley de nuestras tierras, leyes que, en su tiempo, vosotros los caballeros jurasteis respetar. Pero estoy de acuerdo en que no hay razón alguna para tratarla irrespetuosamente. Guardias, escoltareis a la dama hasta la prisión, pero con la misma cortesía que me demostráis a mí. Y tú, caballero, la acompañarás, ya que muestras tanto interés por su bienestar.

Tanis le dio un codazo a Gilthanas, quien se sobresaltó y salió del trance.

—Realmente, como dijo Sturm, el Señor proviene de un linaje noble y honorable —le susurró Tanis.

—No sé de qué te alegras, semielfo —gruñó Flint al oírle—. Primero el kender consigue que nos apresen acusados de iniciar un tumulto y él desaparece. Ahora Sturm hace que nos encarcelen. La próxima vez recuérdame que me quede junto al mago. ¡Por lo menos sé que está loco! Cuando los soldados se disponían a empujar a los prisioneros para sacarlos de la sala, Alhana comenzó a buscar algo entre los pliegues de su larga falda.

—Te ruego me hagas un favor, caballero —le dijo a Sturm—. Creo que se me ha caído algo. Es una fruslería pero para mí tiene mucho valor. ¿Podrías mirar a ver si lo encuentras...?

Sturm se arrodilló con presteza e, inmediatamente, vio un objeto que relucía bajo los pliegues del vestido de la dama. Era una aguja con forma de estrella cuyos diamantes centelleaban. Contuvo la respiración. ¡Una menudencia! Su valor debía ser incalculable. No era extraño que no quisiera que fuese hallada por esos despreciables soldados. La recogió rápidamente y fingió mirar a su alrededor. Finalmente, aún arrodillado, elevó la mirada hacia la mujer.

Sturm contuvo la respiración cuando la dama se sacó la capucha de la capa y apartó los velos que cubrían su rostro. Por primera vez unos ojos humanos vieron el rostro de Alhana Starbreeze.

Muralasa la llamaban los elfos, Princesa de la Noche. Su cabello, negro y suave como el viento nocturno, estaba sujeto por una red tan fina como una tela de araña, y cuajado de pequeñas joyas que titilaban como estrellas. Su piel era del tono pálido de Solinari; sus ojos del profundo púrpura del cielo nocturno, y sus labios del mismo color que las sombras de Lunitari.

El primer pensamiento de Sturm fue dar gracias a Paladine por hallarse ya arrodillado. El segundo fue que la muerte sería un precio muy bajo a pagar para poder servirla, y su

tercer pensamiento fue que debía decir algo, pero parecía haber olvidado las palabras de cualquier idioma conocido.

—Gracias por encontrarlo, noble caballero —dijo Alhana suavemente mirándole fijamente a los ojos—. Como te dije, es una fruslería. Por favor, levántate. Estoy fatigada y, ya que parece que nos llevan al mismo lugar, me harías un gran favor si me ayudarás a caminar.,

—Puedes ordenarme lo que gustes —dijo Sturm con devoción poniéndose en pie, ocultando rápidamente la joya en su cinturón. Alargó el brazo y Alhana puso su esbelta y blanca mano sobre su antebrazo. El caballero tembló.

Cuando ella volvió a cubrirse el rostro con el velo, Sturm le pareció como si una nube hubiese cubierto la luz de las estrellas. Vio a Tanis situarse tras ellos, pero estaba tan extasiado ante la imagen del bello rostro que aún ardía en su memoria, que miró fijamente al semielfo sin reconocerlo. Tanis había visto el rostro de Alhana y también se sintió perturbado ante su belleza. Pero había visto, asimismo, la expresión de Sturm al contemplarla. Había notado que la belleza de la elfa penetraba en el corazón del caballero, haciéndole más daño que una de las flechas envenenadas de los goblins. El suponía que ese amor iba a trocarse en veneno, pues los elfos de Silvanesti era una raza altiva y orgullosa. Temían mezclarse y perder sus costumbres, por lo que repudiaban el más mínimo contacto con los humanos. Ese era el motivo por el que habían comenzado las guerras de Kinslayer.

No, la misma Solinari no era más inalcanzable para Sturm —pensó Tanis apesadumbrado. El semielfo suspiró. Sólo les faltaba esto.

Capítulo 6

Caballeros de Solamnia

Los anteojos de visión verdadera de Tasslehoff

Cuando los soldados conducían a los prisioneros a las celdas, pasaron ante dos personajes ocultos entre las sombras. Ambos iban tan absolutamente cubiertos de ropajes, que resultaba difícil adivinar a qué raza pertenecían. Iban encapuchados, y llevaban el rostro envuelto en telas. Largas túnicas cubrían sus cuerpos. Incluso sus manos estaban envueltas en tiras de tela blanca, como si fuesen vendajes. Hablaban entre ellos en voz baja.

—¡Ves! —exclamó uno con gran excitación—. Ahí están. Coinciden con la descripción que tenemos de ellos.

—No todos ellos —dijo el otro, dudoso.

—¡Pero sí son el semielfo, el enano, el caballero...! ¡Estoy seguro, son ellos! y sé dónde se oculta el resto del grupo —añadió el personaje con presunción—. Se lo he sonsacado a uno de los guardias.

El otro, mientras cavilaba, contempló desfilar al grupo por la calle.

—Tienes razón. Deberíamos informar inmediatamente al Señor del Dragón —el amortajado personaje se dispuso a partir, pero al ver que el otro vacilaba, se detuvo—. ¿A qué esperas?

—¿No sería mejor que uno de nosotros les siguiera? Mira a esos endebletes guardias. Seguro que los prisioneros intentarán escapar.

El otro rió malvadamente.

—Claro que escaparán. Y ya sabemos adónde se dirigirán... a reunirse con sus amigos. Además, unas horas no supondrán ninguna diferencia...

Cuando los compañeros abandonaron el Salón de Justicia nevaba. Esta vez el condestable decidió no conducir a los detenidos por las calles principales de la ciudad, sino que les guió por un oscuro y tétrico callejón.

En el preciso instante en que Tanis y Sturm comenzaban a intercambiar miradas y Gilthanas y Flint se disponían a atacar, el semielfo vio moverse unas sombras en el callejón. Tres figuras encapuchadas, ataviadas con túnicas y que empuñaban espadas de acero, saltaron frente a los guardias.

El condestable se llevó el silbato a los labios, pero no llegó a utilizarlo. Una de las figuras le golpeó con la empuñadura de la espada dejándole inconsciente, mientras los otros dos se precipitaban sobre los guardias, que pusieron pies en polvorosa.

—¿Quiénes sois? —preguntó Tanis, desconcertado ante su repentina libertad. Los encapuchados personajes le recordaron a los draconianos contra los que habían luchado en las afueras de Solace. Sturm se situó ante Alhana para protegerla.

—¿Hemos escapado de un peligro para enfrentarnos a otro mayor? —preguntó Tanis—. ¡Mostrad vuestros rostros!

Entonces uno de ellos se dirigió hacia Sturm con los brazos alzados y le dijo:

—Oth Tsarthon e Paran.

Sturm dio un respingo.

—Est Tsartha;en Paranaith —le respondió antes de volverse hacia Tanis—. Son Caballeros de Solamnia —dijo señalando a los tres hombres.

—¿Caballeros? —preguntó Tanis asombrado—. ¿Y por qué...?

—No disponemos de tiempo para daros explicaciones, Sturm Brightblade —dijo uno de ellos pronunciando con dureza el idioma Común—. Los soldados regresarán pronto. Venid con nosotros.

—¡No tan rápido! —gruñó Flint sin moverse un milímetro de donde estaba—. ¡O encontráis tiempo para darnos explicaciones o yo no voy con vosotros! ¿Cómo sabíais el nombre del caballero y que íbamos a pasar por aquí...?

—¡Será mejor que le atraveséis con la espada! —cantó una aguda vocecilla proveniente de las sombras—. Utilizad su cuerpo para alimentar a la muchedumbre. Aunque no creo que a muchos les apetezca, poca gente en este mundo es capaz de digerir a un enano...

—¿Satisfecho? —le dijo Tanis a Flint, cuyo rostro estaba teñido por la rabia.

—¡Algún día mataré a ese kender! —gritó furioso el enano—. ¿De dónde sale ahora, después de haber desaparecido?

Pero nadie supo qué responderle. A cierta distancia comenzaron a sonar silbidos, por lo que, sin pensarlo un segundo más, los compañeros siguieron a los caballeros por sinuosas callejuelas repletas de ratas. Tras comentar que tenía asuntos que solucionar, Tas volvió a desaparecer antes de que Tanis pudiera sujetarle. El semielfo advirtió que a los caballeros aquello no parecía sorprenderles demasiado y ni siquiera intentaban detenerle. No obstante, seguían negándose a dar explicaciones o a responder preguntas, y continuaron dando prisa al grupo hasta que llegaron a las ruinas de la antigua ciudad de Tarsis, la Bella.

Al llegar allí los caballeros se detuvieron. Habían llevado a los compañeros a una parte de la ciudad que ahora nadie frecuentaba. El empedrado de las vías estaba destrozado y las calles vacías, lo cual hizo pensar a Tanis en la antigua ciudad de Xak Tsaroth. Los caballeros tomaron a Sturm del brazo, lo llevaron a cierta distancia de sus amigos y comenzaron a conferenciar en el idioma Solámnico.

Tanis, apoyándose contra un muro, miró a su alrededor con curiosidad. Las ruinas de los edificios de aquella calle eran impresionantes, mucho más bellas que las construcciones de la actual ciudad. El semielfo comprendió que Tarsis, la Bella, mereciera tal nombre antes del Cataclismo. Ahora tan sólo quedaban inmensos bloques de granito esparcidos por doquier, y extensos patios repletos de crecida vegetación teñida de marrón por los helados vientos.

Tanis caminó hacia Gilthanas, quien se hallaba sentado en un banco charlando con Alhana. El elfo noble les presentó. —Alhana Starbreeze, Tanis semielfo —dijo Gilthanas—. Tanis vivió entre los elfos de Qualinesti durante muchos años. Es hijo de la mujer de mi tío.

Alhana apartó el velo que cubría su rostro y contempló a Tanis con frialdad. «Hijo de la mujer de mi tío» era una manera delicada de decir que Tanis era ilegítimo, ya que si no Gilthanas le hubiera presentado como el «hijo de mi tío». El semielfo enrojeció al sentir removerse la vieja herida, que ahora le causaba tanto dolor como cincuenta años atrás. Se preguntó si, algún día, conseguiría liberarse de ese estigma.

Tanis se mesó la barba y habló con dureza

—Mi madre fue violada por un guerrero humano durante los oscuros años que siguieron al Cataclismo. Cuando ella murió, el Orador me adoptó y me crió como a un hijo.

Los ojos oscuros de Alhana, oscurecieron todavía más, hasta convertirse en negros estanques. Arqueó las cejas.

—¿Sientes la necesidad de pedir disculpas por tus orígenes? —le preguntó con voz aguda.

—N-no... —balbuceó Tanis a quien le ardía el rostro—. Yo...

—Entonces no lo hagas —dijo, e inmediatamente se volvió hacia Gilthanas—. ¿Me preguntabas por qué había venido a Tarsis? Vine a conseguir ayuda. Debo regresar a Silvanesti a buscar a mi padre.

—¿Regresar a Silvanesti? Nosotros... mi gente... no sabíamos que los elfos de Silvanesti hubieran abandonado su antigua región. Ahora entiendo que no consiguiéramos comunicarnos...

—Sí. Las fuerzas malignas que os obligaron a vosotros, nuestros primos, a dejar Qualinesti, también nos invadieron a nosotros. Luchamos contra ellas durante mucho tiempo, pero al final nos vimos obligados a huir para no perecer irremisiblemente. Mi padre envió a nuestro pueblo, bajo mimando, a Ergoth del Sur. El se quedó en Silvanesti para enfrentarse a ese mal. Yo me opuse a su decisión, pero él dijo tener suficiente poder para conseguir evitar que asolaran nuestras tierras. Con el corazón destrozado guíé a mi gente a un lugar seguro donde refugiarse, y yo regresé en busca de mi padre, ya que hace tiempo que no sabemos nada de él.

—Pero, señora ¿no disponíais de guerreros que pudieran acompañarte en misión tan peligrosa? —preguntó Tanis.

Alhana, volviéndose, miró a Tanis aparentemente extrañada de que hubiese osado entrometerse en la conversación. Al principio no parecía dispuesta a responderle, pero luego, tras contemplar su rostro durante unos segundos, cambió de opinión.

—Muchos guerreros se ofrecieron a escoltarme —dijo con orgullo—, pero cuando dije que guíe a mi gente a un lugar seguro, tal vez hablé impropriamente. En este mundo ya no existe la seguridad. Mis guerreros se quedaron para proteger a la gente. Yo regresé a Tarsis esperando encontrar soldados que accediesen a viajar conmigo a Silvanesti. Tal como dicta el protocolo, me presenté ante el Señor y el Consejo y...

Tanis sacudió la cabeza frunciendo el ceño.

—Eso fue una estupidez —dijo llanamente—. Deberías saber lo que sienten hacia los elfos... ¡desde mucho antes que apareciesen los draconianos! Fuiste muy afortunada de que tan sólo te expulsaran de la ciudad.

El pálido rostro de Alhana, palideció aún más si cabe. Sus oscuros ojos centellearon.

—Hice lo que dicta el protocolo —respondió, demasiado bien educada para permitir que su enojo asomara en el suave tono de voz que utilizó al hablar—. No hacerlo hubiera implicado comportarme como una salvaje. Cuando el Señor se negó a prestarme ayuda, le dije que mi intención era buscarla por mi cuenta. Silenciarlo no hubiera resultado honorable.

Flint, que había entendido alguna palabra de la conversación en idioma elfo, le dio un codazo a Tanis.

—Ella y el caballero se llevarán perfectamente. A menos que antes los maten por alguna cuestión de honor

A Tanis no le dio tiempo a responder, Sturm se unió al grupo.

—Tanis —dijo Sturm acalorado—. ¡Los caballeros han encontrado la antigua biblioteca! Por eso están aquí. Encontraron unos documentos en Palanthas que decían que, hace cientos de años, todo lo que se sabía sobre los dragones estaba contenido en los libros de la biblioteca de Tarsis. El Consejo de los Caballeros les envió a averiguar si la biblioteca aún existía.

Sturm les hizo una señal a los caballeros para que se acercaran.

—Éste es Brian Donner, Caballero de la Espada. Aran Tallbow, Caballero de la Corona, y Derek Crownguard, Caballero de la Rosa —los caballeros se inclinaron para saludar— y éste es Tanis Semielfo, nuestro jefe —dijo Sturm.

El semielfo vio que Alhana se sobresaltaba y le dirigía una mirada dubitativa, mirando después a Sturm para comprobar si había oído correctamente.

Sturm presentó a Gilthanas y a Flint y finalmente se dirigió a Alhana. —Princesa Alhana... —comenzó a decir, pero guardó silencio, avergonzado, al darse cuenta de que lo único que sabía de ella era su nombre.

—Alhana Starbreeze —completó Gilthanas—. Hija del Orador de las Estrellas. Princesa de los elfos de Silvanesti.

Los caballeros se inclinaron de nuevo.

—Aceptad mi más sincera gratitud por vuestro rescate —dijo Alhana serenamente. Recorrió el grupo con la mirada, deteniéndose un segundo más en Sturm que en los demás. Después se dirigió a Derek, a quien suponía ostentando el mando por pertenecer a la Orden de la Rosa—. ¿Habéis encontrado los libros que os envié a buscar el Consejo?

Mientras hablaba la elfa, Tanis examinó con interés a los caballeros, que ya no llevaban puestas sus capuchas. También él sabía lo suficiente de sus costumbres para deducir que el Consejo de los Caballeros —cuerpo gobernante de los Caballeros Solámnicos—, habría enviado a los mejores hombres. Observó especialmente a Derek, el mayor en edad y en rango. Pocos caballeros pertenecían a la Orden de la Rosa. Las pruebas eran difíciles y peligrosas, y sólo podían pertenecer a ella los de más puro linaje.

—Hemos hallado un libro, señora —respondió Derek— escrito en una lengua antigua que no comprendemos. No obstante hay dibujos de dragones, por lo que planeábamos copiarlo y regresar a Sancrist, donde confiábamos que fuese traducido por los eruditos. Pero aquí hemos encontrado a alguien que puede leerlo. El kender...

—¡Tasslehoff! —exclamó Flint. Tanis se quedó boquiabierto—. ¿Tasslehoff? —repitió incrédulo—. Pero si casi no sabe leer el Común. No conoce ninguna de las lenguas antiguas. El único entre nosotros que tal vez podría traducirlo es Raistlin.

Derek se encogió de hombros.

—El kender tiene unos anteojos a los que llama «de visión verdadera». Se los puso y fue capaz de leer el libro. Dice...

—¡Puedo imaginar lo que dice! —interrumpió Tanis—. Cuenta historias sobre autómatas, anillos mágicos, y plantas que viven del aire. ¿Dónde está Tas? Me parece que voy a tener una pequeña charla con Tasslehoff Burrfoot.

—«Anteojos de visión verdadera»... —masculló Flint—. ¡Y yo soy un enano gully!

Todos juntos se encaminaron hacia el lugar donde los caballeros habían descubierto la antigua biblioteca de Tarsis.

Los compañeros entraron en un edificio derruido. Trepando sobre escombros y cascajos, siguieron a Derek por un bajo pasadizo abovedado. Olía intensamente a moho y a rancio. Estaba muy oscuro y, tras la luminosidad del sol de la tarde, al principio nadie podía ver nada. Derek prendió una antorcha y les fue posible distinguir unas estrechas y sinuosas escaleras que descendían perdiéndose en la oscuridad.

—Construyeron la biblioteca bajo tierra —les explicó Derek—. Probablemente ésta es la razón por la que ha debido conservarse en tan buen estado tras el Cataclismo.

Los compañeros descendieron rápidamente las escaleras y poco después llegaron a una inmensa habitación. Tanis contuvo la respiración y Alhana abrió los ojos de par en par. La gigantesca sala estaba repleta desde el suelo hasta el techo de altos estantes de

madera que cubrían las paredes hasta el fondo. Estaban abarrotados de libros de todas clases: ribeteados en cuero, encuadernados en madera o con hojas de árboles exóticos. Muchos de ellos ni siquiera estaban encuadernados, sino que eran simples hojas de pergamino unidas con cintas. Varios estantes se habían caído, por lo que el suelo estaba cubierto de montones de libros esparcidos que les llegaban hasta los tobillos.

—¡Debe haber miles de ejemplares! —exclamó Tanis impresionado—. ¿Cómo conseguisteis encontrar el que buscabais?

Derek sacudió la cabeza.

—No fue fácil. La búsqueda nos llevó varios días. Cuando finalmente lo descubrimos nos sentimos más desesperados que victoriosos, pues era evidente que no podíamos llevárnoslo. Al tocar sus páginas el papel se deshacía. Temimos tener que emplear muchas horas para copiarlo, pero el kender...

—Precisamente, el kender, ¿dónde está? —preguntó Tanis.

—¡Aquí! —trinó una aguda voz. Al recorrer la oscura y amplia sala con la mirada, el semielfo vio una vela prendida sobre una mesa. Tasslehoff, sentado en una alta silla de madera, se inclinaba sobre un grueso libro. Cuando los compañeros se acercaron a él, pudieron ver que llevaba sobre la nariz unos pequeños anteojos.

—Está bien, Tas —dijo Tanis—, ¿de dónde los has sacado?

—¿Sacar, el qué? —preguntó el kender con inocencia. Al ver que los ojos de Tanis se estrechaban, se llevó las manos a los pequeños anteojos de montura metálica—. ¿Ah, esto? Los llevaba en el bolsillo... y, bueno, si quieres saberlo, los encontré en el reino de los enanos...

Flint lanzó un gruñido y se llevó la mano a la frente.

—¡Estaban sobre una mesa! —protestó Tas al ver que Tanis fruncía el entrecejo—. ¡De verdad! No había nadie por ahí y pensé que alguien los habría extraviado. Sólo los cogí para vigilarlos. Hice bien, pues cualquier ladrón hubiera podido robarlos, ¡y son valiosos! Mi intención era devolverlos, pero nos hallábamos tan ocupados en pelear contra los goblins y los draconianos, y en encontrar el Mazo, y... bueno, olvidé que los tenía. Cuando lo recordé, estábamos a millas de distancia del reino de los enanos, camino de Tarsis, y pensé que no querrías que regresara sólo para devolverlos, o sea que...

—¿Y qué cualidad poseen? —interrumpió Tanis, sabiendo que si no lo hacía Tas podía seguir hablando hasta el día siguiente.

—Son maravillosos —dijo rápidamente Tas, aliviado al ver que Tanis no le gritaba—. Un día los dejé sobre un mapa, bajé la mirada y, ¿qué supones que vi? ¡A través de los lentes podía leer la escritura del mapa! Bueno, esto puede parecer bastante normal —farfulló al ver que Tanis comenzaba a fruncir el ceño de nuevo—, pero es que ese mapa estaba escrito en una lengua que yo nunca había sido capaz de leer. ¡O sea que lo probé

en todos mis mapas y pude leerlos, Tanis! ¡Todos ellos! ¡Incluso los realmente antiguos!

—¿Y nunca nos lo mencionaste? —Sturm miró fijamente a Tas.

—Bueno, no encontré el momento de hacerlo —murmuró Tas en tono de disculpa—. Desde luego, si me hubieses preguntado directamente: «Tasslehoff, ¿tienes unos anteojos mágicos de visión verdadera?», os hubiera dicho la verdad a la primera. Pero nunca lo hiciste, Sturm Brightblade, o sea que no me mires de esa forma. La cuestión es que puedo leer este libro. Dejadme que os cuente lo que...

—¿Cómo sabes que son mágicos y que no se trata de alguna artimaña de los enanos? —preguntó Tanis, seguro de que Tas estaba ocultando algo.

Tas tragó saliva. Había confiado en que Tanis no le hiciera esa pregunta.

—Eh... —balbuceó Tas—. Bueno, me parece que, lo que pasó es que, bueno... ocurrió que una noche en la que todos estabais ocupados, se lo mencioné casualmente a Raistlin. Me dijo que podían ser mágicos. Para averiguarlo recitó uno de esos extraños hechizos suyos, y los anteojos comenzaron a relucir. Aquello significaba que estaban encantados. Me preguntó para qué servían, se lo mostré y me dijo que eran «anteojos de visión verdadera». Los hechiceros enanos de la antigüedad los utilizaban para leer libros escritos en otras lenguas y... —Tas guardó silencio.

—y?

—Y... leer... libros de encantamientos —prosiguió Tas con un hilo de voz.

—¿Y qué más dijo Raistlin?

—Que si tocaba sus libros de encantamientos u osaba siquiera mirarlos, me convertiría en un grillo y s-se me comería de un bocado. Y le creí.

Tanis movió la cabeza. Las amenazas que Raistlin profería eran tan terribles que conseguían, incluso, socavar la curiosidad del kender.

—¿Algo más? —le preguntó.

—No, Tanis —respondió Tas inocentemente. En realidad, Raistlin había mencionado algo más sobre los anteojos, pero Tas no lo había entendido muy bien. Vino a decir que a través de ellos podían verse las cosas demasiado reales lo cual no tenía ningún sentido, por lo que no creyó conveniente sacarlo a colación. Además, Tanis ya estaba suficientemente enojado.

—Bien, ¿y qué has descubierto? —preguntó Tanis de mala gana.

—Oh, Tanis, ¡es tan interesante! —respondió Tas, satisfecho de zanjar aquel penoso asunto. Pasó una de las hojas del libro cuidadosamente, pero aún así, ésta se deshizo entre sus pequeños dedos. Movié la cabeza con tristeza—. Esto sucede continuamente. Pero, mirad aquí... —los otros se inclinaron sobre el kender para poder ver—, imágenes

de dragones. Dragones azules, dragones rojos, dragones negros, dragones verdes. No sabía que había de tantas clases. Ahora, ¿veis esto? —pasó otra de las páginas—. Oops. Bueno, ahora ya no lo podéis ver, pero había una inmensa bola de cristal. Y eso es lo que dice el libro... ¡sí! tuviéramos una de esas bolas de cristal, podríamos influir sobre los dragones hasta conseguir que hicieran lo que les ordenáramos!

—¡Una bola de cristal! —exclamó despreciativamente el enano—. No le creas, Tanis. Creo que el único poder que tienen esos anteojos es el de fomentar su imaginación.

—¡Estoy diciendo la verdad! —dijo Tas indignado—. ¡Son los Orbes de los Dragones, y puedes preguntarle a Raistlin, por ellos! El debe saberlo, pues de acuerdo con el libro fueron creados por los grandes hechiceros de épocas lejanas.

—Te creo —dijo Tanis con seriedad al ver a Tasslehoff realmente preocupado—. Pero me temo que esa información no nos servirá de mucho. Seguramente todos quedaron destruidos por el Cataclismo, y, además, no sabríamos por dónde empezar a buscarlos...

—Sí, lo sabemos —interrumpió Tas excitado—. Aquí hay una lista de los lugares donde los guardaron. Ves... —de pronto guardó silencio, enderezando la cabeza—. Shhhh... —dijo aguzando los oídos. Los otros se callaron. Al principio no percibieron nada, pero un instante después captaron los sonidos que Kender había ya detectado.

Tanis sintió que se le helaban las manos. Ahora podía escuchar en la distancia, el profundo sonido de cientos de cuernos —cuernos que todos ellos habían oído en otras desgraciadas situaciones. Los metálicos y bramantes cuernos que anunciaban la llegada de los ejércitos de draconianos... y la proximidad de los dragones. El sonido de la muerte.

Capítulo 7

«... destinados a no volver a encontrarnos en este mundo»

Cuando los compañeros acababan de alcanzar el mercado, los primeros dragones sobrevolaban Tarsis. Se habían separado de los caballeros a su pesar, pues éstos habían

intentado convencerles de que escaparan con ellos a las colinas. Ante la negativa del grupo, Derek les pidió que permitieran a Tasslehoff acompañarles, ya que el kender conocía el lugar donde se hallaban los Orbes de los Dragones. Tanis sabía que Tas escaparía de los caballeros, por lo que se vio obligado a negarse de nuevo.

—Sturm, ven con el kender y con nosotros —ordenó Derek, haciendo caso omiso de Tanis.

—No puedo, señor —respondió Sturm posando su mano sobre el brazo de Tanis—. El es mi jefe, y mi lealtad está con mis amigos.

Derek habló con frialdad.

—No puedo detenerte si ésta es tu decisión. Pero esto representará una marca negra en tu contra, Sturm Brightblade. Recuerda que aún no eres un caballero, todavía no. Ruega para que, cuando se debata la cuestión de tu investidura ante el Consejo, yo no me encuentre allí.

El rostro de Sturm se tornó pálido como el de un muerto. Desvió la mirada hacia Tanis, quien intentó ocultar su sorpresa ante las alarmantes nuevas. Pero no disponían de tiempo para discutir. El sonido de los cuernos, que resonaban disonantes en la helada atmósfera, era cada vez más cercano. Los caballeros y los compañeros se separaron; los primeros se dirigieron a su campamento en las colinas, los segundos decidieron permanecer en la ciudad.

Los habitantes de Tarsis habían salido de sus casas y especulaban en las calles sobre aquel extraño sonido que nunca habían oído y que no conseguían identificar. Sólo uno de los tarsianos supo lo que era. En la Sala del Consejo, al oír aquel ruido, el Señor se puso inmediatamente en pie. Girándose rápidamente se volvió hacia el sonriente draconiano oculto tras él entre las sombras.

—¡Dijiste que no nos ocurriría nada! —exclamó el Señor con los dientes apretados—. Todavía estamos negociando...

—El Señor del Dragón se ha cansado de negociaciones —manifestó el draconiano esbozando un bostezo—. y a la ciudad no le ocurrirá nada... aunque por supuesto, recibiréis una lección.

El Señor hundió la cabeza entre las manos. Los otros miembros del Consejo, sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo, se miraron unos a otros, sobrecogidos al ver resbalar lágrimas entre los dedos de su Señor. El cielo ya estaba repleto de inmensos Dragones Rojos, cientos de ellos. Volaban en pequeñas escuadrillas de tres o de cinco, con las alas extendidas llameando rojizas bajo el sol poniente. La gente de Tarsis sólo comprendía una cosa que aquél era el vuelo de la muerte.

Cuando los dragones volaron más bajo, realizando los primeros vuelos rasos sobre la ciudad, difundieron un pánico mucho más mortífero que las llamas que lanzaban. Cuando la sombra de sus alas oscureció la agonizante luz del día, los habitantes de Tarsis tuvieron un único pensamiento: escapar. Pero no había forma de hacerlo. Los dragones atacaron sabiendo que no iban a encontrar resistencia. Volaban en círculo uno

tras otro, lanzándose en picado desde el cielo cual disparos abrasivos, haciendo arder edificio tras edificio con su flamígero aliento. Los incendios iniciados originaron sus propias tormentas de viento y las calles se llenaron de un humo sofocante, convirtiendo el atardecer en noche cerrada. Comenzó a llover ceniza. Los gritos de terror se trocaron en gritos de agonía cuando la muerte hizo su aparición en aquel ardiente abismo en el que se había convertido Tarsis.

Con los primeros ataques de los dragones, una riada de aterrorizada humanidad inundó las incandescentes calles de Tarsis. Muy pocos tenían una idea clara de dónde se dirigían. Algunos gritaban que estarían a salvo en las colinas, otros corrían hacia la antigua costa, mientras otros intentaban alcanzar las murallas de la ciudad. Sobre ellos se cernían los dragones, quemándolo todo, arrasándolo todo.

La riada humana se precipitó sobre Tanis y los compañeros, casi aplastándoles, empujándoles contra los edificios. Sofocados por el humo, con escozor en los ojos y cegados por las lágrimas, lucharon por controlar el temor a los dragones que amenazaba con perturbar su razón. El fuego era tan intenso, que edificios completos caían derruidos. Tanis se dispuso a ayudar a Gilthanas, que se había desplomado junto a una casa. Sosteniéndole, el semielfo observó irremisiblemente cómo el resto de sus amigos era arrastrado por la masa de gente.

—¡De vuelta a la posada! —gritó Tanis—. ¡Nos encontraremos en la posada! —Pero le fue imposible saber si había sido oído. Únicamente podía confiar en que todos intentarían dirigirse hacia allí.

Sturm sujetó a Alhana con sus poderosos brazos, medio llevándola, medio arrastrándola por las destruidas calles. Intentó localizar a los demás a través de la lluvia de ceniza, pero fue inútil. Y entonces comenzó la batalla más desesperada que hubiera librado nunca: intentar mantenerse en pie y sostener a Alhana mientras las terribles oleadas de humanidad les arrollaban una y otra vez.

Momentos después Alhana fue arrancada de sus brazos por las aterrorizadas masas de gentes. Sturm se abalanzó hacia la muchedumbre, empujando y abriéndose camino a golpes y a puñetazos hasta que consiguió asir a Alhana por las muñecas. La elfa, temblando horrorizada, se agarró a sus brazos con todas sus fuerzas y el caballero finalmente consiguió tirar de ella. Una inmensa sombra pasó sobre sus cabezas. Un dragón, ululando cruelmente, se lanzó sobre la calle atestada de hombres, mujeres y niños. Sturm se refugió bajo el marco de la puerta de uno de los edificios, arrastrando a Alhana tras él y protegiéndola con su cuerpo. Resplandeció una inmensa llamarada; los gritos de los agonizantes fueron desgarradores.

—¡No miréis! —le susurró Sturm a Alhana, estrechándola contra sí. El dragón pasó, y, de pronto, las calles estuvieron terriblemente, insoportablemente, quietas. Nada se movía.

—Será mejor que salgamos de aquí mientras podamos —dijo Sturm con voz temblorosa. Apoyándose el uno en el otro, se alejaron del marco de la puerta con los sentidos entumecidos, moviéndose únicamente por instinto. Al fin mareados y aturdidos por el humo y el olor a carne quemada, tuvieron que buscar cobijo bajo otra puerta.

Durante un momento no pudieron hacer otra cosa que sostenerse mutuamente agradecidos por el breve respiro, pero aterrorizados al pensar que unos segundos después deberían retornar a las mortíferas calles. Alhana posó la cabeza sobre el pecho de Sturm. La antigua y caduca cota de mallas estaba fría en contraste con su piel. La sólida superficie de metal la tranquilizaba, y bajo la misma oía latir el corazón de Sturm, rápido, firme, reconfortante. Los brazos que la sostenían eran fuertes y musculosos. La mano del caballero le acarició los cabellos.

Alhana, casta doncella de una raza rígida y severa, hacía tiempo que sabía cuándo, dónde y con quién iba a casarse. Se trataba de un elfo noble, y un signo de su mutuo acuerdo era que, desde el momento en que se fijó el compromiso, nunca habían tenido contacto físico. El se había quedado con su gente, mientras Alhana volvía en busca de su padre. Las fuertes impresiones que estaba recibiendo la elfa al vivir entre los humanos, la estaban haciendo dudar de su buen juicio. Les odiaba y al mismo tiempo la fascinaban. Eran tan poderosos, tan indómitos y bravíos... Y, precisamente, cuando pensaba que iba a despreciarles para siempre, uno de ellos comenzaba a atraerle con fuerza insospechada.

Alhana alzó la mirada hacia el afligido rostro de Sturm y vio rasgos que reflejaban orgullo, nobleza, disciplina inflexible y estricta, una constante lucha por la perfección —una perfección imposible de alcanzar—, y además aquella profunda pena en sus ojos. Alhana se sintió atraída hacia ese hombre, hacia ese humano. Rindiéndose ante su fuerza, reconfortada por su presencia, se sintió invadida por una ola de dulzura y calor, y, de pronto, se dio cuenta de que ese fuego era más peligroso que el de mil dragones.

—Será mejor que nos vayamos —susurró Sturm delicadamente, pero ante su asombro Alhana se separó de él con brusquedad.

—Nos separaremos aquí —dijo la elfa en un tono de voz tan frío como el viento nocturno—. Debo regresar a mi alojamiento. Gracias por escoltarme.

—¿Qué? ¿Iros sola? Eso es una locura —declaró el caballero asiéndola firmemente del brazo—. No puedo permitir... —notó que la elfa se ponía tensa y se dio cuenta de que acababa de cometer una equivocación. Alhana no se movió, contemplando imperiosamente a Sturm hasta que éste la soltó.

—Yo también tengo amigos, como tú. Tú debes lealtad a los tuyos, y yo a los míos. Debemos tomar diferentes caminos —la voz le falló al ver una expresión de inmensa tristeza en los ojos del caballero. La elfa no pudo sostener esa mirada y por un instante se preguntó si tendría fuerzas para continuar. Pero entonces pensó en su gente; ellos la necesitaban—. Te doy las gracias por tu ayuda y tu amabilidad, pero ahora que las calles están desiertas debo irme.

Sturm, dolido y asombrado, se la quedó mirando. Un segundo después, los rasgos de su rostro se endurecieron.

—Me sentía feliz de poder ayudaros, Princesa Alhana. Aún estáis en peligro. Permitidme que os acompañe a vuestro alojamiento y después ya no os molestaré más.

—Eso es imposible. El lugar no queda lejos y mis amigos me esperan. Sabemos una manera de salir de la ciudad. Disculpa que no te lleve conmigo, pero nunca he tenido plena confianza en los humanos.

Los ojos marrones de Sturm relampaguearon. Alhana, que se hallaba muy cerca de él, sintió su cuerpo temblar y, una vez más, tuvo miedo de perder su firmeza y decisión.

—Sé dónde os alojáis —le dijo tragando saliva—. En la posada «El Dragón Rojo». Tal vez... si encuentro a mis amigos... podríamos ofreceros ayuda...

—No os preocupéis, y no me deis las gracias. Sólo he hecho lo que mi Código exige. Adiós —dijo Sturm comenzando a alejarse.

Un instante después se volvió y sacando la reluciente aguja de diamante de su cinturón, la puso en la mano de Alhana.

—Tened —susurró mirando los oscuros ojos de la elfa y percibiendo, de pronto, la tristeza que ella trataba de ocultar. Su voz se suavizó, a pesar de que le resultaba difícil comprender—. Me complace que me confiarais esta joya, aunque fuese por tan poco tiempo. La doncella elfa contempló la joya durante un instante y comenzó a temblar. Alzó la mirada hacia los ojos de Sturm y no vio en ellos desprecio, como esperaba, sino compasión. Se maravilló una vez más de los humanos. Alhana bajó la cabeza, incapaz de sostener aquella mirada, y tomó las manos del caballero, depositando en ellas la joya.

—Guarda esto —dijo en voz baja—. Cuando la mires piensa en Alhana Starbreeze y sabrás que, en algún lugar ella estará pensando en ti. Sturm bajó la mirada, incapaz de pronunciar palabra. Después, besando la gema, volvió a ponerla delicadamente en su cinturón y extendió las manos. Pero Alhana retrocedió hacia el umbral de la puerta desviando la mirada.

—Vete, por favor —le dijo.

Sturm permaneció inmóvil durante un segundo, dudoso, pero no podía —por su honor—negarse a obedecer la petición. El caballero se volvió y comenzó a caminar de nuevo por aquella ciudad de pesadilla.

Alhana le contempló durante unos segundos desde la puerta, mientras sentía que una dura concha protectora la iba envolviendo.

—Perdóname, Sturm —susurró para sí. Luego, reflexionó un instante—. No, no me perdones. Dame las gracias. Cerrando los ojos, conjuró una imagen en su mente y envió un mensaje a las afueras de la ciudad, donde sus amigos la esperaban para sacarla de este mundo de humanos. Tras recibir respuesta telepática, Alhana suspiró y comenzó ansiosamente a escudriñar con su mirada los cielos impregnados de humo, esperando...

—Ah... —dijo Raistlin serenamente cuando el primer sonido de cuernos interrumpió la quietud de la tarde—. Os lo dije.

Riverwind le lanzó al mago una irritada mirada e intentó pensar qué podían hacer. Tanis le había dicho que protegiera al grupo de los soldados de la ciudad, y eso era relativamente fácil. ¡Pero protegerlos de ejércitos de draconianos y de dragones! Los oscuros ojos de Riverwind recorrieron el grupo con la mirada. Tika se puso en pie, llevándose la mano a la espada. La muchacha era valiente y serena, pero tenía poca experiencia.

—¿Qué es eso? —preguntó Elistan desconcertado.

—El Señor del Dragón atacando la ciudad —respondió secamente Riverwind, haciendo un esfuerzo por reflexionar.

Oyó un repiqueteo de metal. Caramon se estaba poniendo en pie, el enorme guerrero parecía tranquilo e imperturbable. Daba gracias por ello. A pesar de que Riverwind detestaba a Raistlin, debía admitir que el mago y su hermano guerrero combinaban acero y magia con gran efectividad. También Laurana parecía calmada y firme, pero no dejaba de ser una elfa, y Riverwind aún no había aprendido a confiar realmente en los elfos.

Salid de la ciudad si no regresamos, le había dicho Tanis ¡pero Tanis no había podido prever esto! Si conseguían salir de la ciudad deberían enfrentarse al Señor del Dragón en las llanuras. Ahora Riverwind supo perfectamente quién había estado siguiéndoles cuando viajaban hacia ese condenado lugar. Maldijo para sí en su propio idioma y —en el mismo momento en que los primeros dragones sobrevolaron la ciudad—, sintió que Goldmoon le rodeaba con sus brazos. Al bajar la mirada la vio sonreír —la sonrisa de la Hija de Chieftain— y vio fe en sus ojos. Fe en los dioses y fe en él. Pasado aquel primer instante de pánico, se relajó.

Una ola de pavor sacudió el edificio. Se oyeron gritos en las calles, y los rugientes chasquidos del fuego.

—Debemos salir de este piso, volvamos abajo —dijo Riverwind—. Caramon, trae la espada del caballero y el resto de las armas. Si Tanis y los otros aún están... —se detuvo. Había estado apunto de decir «aún están vivos», pero vio la expresión de Laurana—. Si Tanis y los otros escapan, regresarán aquí. Les esperaremos.

—Excelente decisión! —siseó el mago en tono irónico—. ¡Especialmente ahora que no tenemos ningún lugar adonde ir!

Riverwind no le hizo caso.

—Elistan, lleva a los otros abajo. Caramon y Raistlin quedaos un momento conmigo —cuando salieron, el bárbaro se dirigió a los gemelos—. Creo que lo mejor que podemos hacer es quedamos dentro de la posada y protegerla con una barricada. Salir a la calle sería absurdo.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos aguantar? —le preguntó Caramon.

—Horas, tal vez —dijo escuetamente.

Los gemelos le miraron, recordando ambos aquellos torturados cuerpos que habían visto en el pueblo de Que-shu, o lo que habían oído acerca de la destrucción de Solace.

—No podremos sobrevivir —susurró Raistlin.

—Resistiremos todo lo que podamos —afirmó Riverwind con voz algo temblorosa—, pero cuando veamos que no podemos aguantarlo más... —se detuvo, incapaz de continuar, pasando la mano sobre el cuchillo, pensando en lo que debería hacer llegado el momento.

—Eso no nos hará falta —murmuró Raistlin—. Tengo unas hierbas. Una poca cantidad en un vaso de vino basta. Son muy rápidas y no causan dolor.

—¿Estás seguro? —preguntó Riverwind.

—Confía en mí. Soy un experto en ese arte. El arte de la aplicación de las hierbas —añadió suavemente viendo al bárbaro estremecerse.

—Si estoy vivo, se las daré a ella y... luego... me las beberé yo. Si no...

—Comprendo. Puedes confiar en mí —repitió el mago.

—¿Y qué ocurrirá con Laurana? —dijo Caramon—. Ya conocéis a los elfos. Ella no...

—Dejádmelo a mí —volvió a decir el mago.

El bárbaro contempló al hechicero sintiendo que le invadía el terror. Raistlin estaba ante él con el semblante sereno, con los brazos cruzados bajo las mangas de su túnica, con la capucha puesta. Riverwind bajó la mirada a su daga, considerando la alternativa. No, no podía hacerlo. No de esa forma.

—Muy bien —dijo. Se dispuso a marchar, pero vaciló, temiendo bajar y enfrentarse con el resto. Abajo en la calle, los gritos y alaridos eran cada vez más fuertes. Riverwind se volvió bruscamente y dejó a los hermanos solos.

—Yo moriré luchando —le dijo Caramon a Raistlin, esforzándose en hablar en tono indiferente. No obstante, tras las primeras palabras la voz del guerrero flaqueó—. Raistlin, prométeme que te tomarás esa pócima si a mí... si me ocurriera algo...

—No habrá necesidad —le respondió Raistlin—. No tengo el suficiente poder para sobrevivir a una batalla de esta magnitud. Moriré con mi magia.

Tanis y Gilthanas luchaban por abrirse camino entre las masas. El semielfo, más fuerte, sostenía al elfo mientras empujaban y arañaban, serpenteando entre aquella muchedumbre aterrorizada. De tanto en tanto buscaban refugio para protegerse de los dragones. Gilthanas se golpeó la rodilla, cayendo junto al umbral de una puerta. Apoyándose en el hombro de Tanis, se vio obligado a proseguir dolorosamente, renqueando.

Cuando el semielfo vio la posada murmuró una oración de gracias, oración que se tomó en maldición al descubrir cerca del edificio las negras siluetas de unos draconianos. Rápidamente empujó a Gilthanas —quien seguía tambaleándose ciegamente, exhausto de dolor—, hacia una puerta cercana.

—¡Gilthanas! —gritó Tanis—. ¡La posada! ¡Están atacando la posada! Gilthanas alzó una mirada vidriosa, mirando sin comprender. Un segundo después pareció entenderlo, suspiró y sacudió la cabeza.

—Laurana —musitó y se abalanzó hacia adelante, cojeando y tambaleándose—. Hemos de llegar a ellos... —dijo cayendo en los brazos de Tanis.

—Quédate aquí —le ordenó el semielfo ayudándole a recostarse—. No puedes moverte. Intentaré llegar hasta allá. Rodearé el edificio y entraré por la parte trasera.

Tanis salió corriendo, entrando y saliendo como una flecha de los portales a los que se acercaba para resguardarse. Se hallaba en un edificio cercano a la posada cuando oyó un sonido áspero. Al volverse a mirar, vio a Flint gesticulando agitadamente. Tanis cruzó la calle.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué no estás con los demás...? ¡Oh, no...!

El enano, con el rostro tiznado de ceniza y gayado por las lágrimas, estaba arrodillado junto a Tasslehoff. El kender se hallaba inmovilizado por una viga que había caído a la calle. El rostro de Tas, que parecía el rostro de un niño sabio, estaba ceniciento, su piel viscosa.

—Maldito kender parlanchín —gimió Flint—. Tuvo que permitir que le cayera una casa encima —las manos del enano sangraban pues se había herido al intentar levantar la viga. Se hubiesen requerido tres hombres, o uno como Caramon, para conseguir sacar al kender. Tanis puso la mano en el cuello de Tas. Las pulsaciones eran muy débiles.

—¡Quédate con él! —dijo Tanis innecesariamente—. Voy a la posada. ¡Traeré a Caramon!

Flint lo miró con el ceño fruncido y luego contempló la posada. Ambos oían claramente los alaridos de los draconianos y veían sus armas relampaguear entre los destellos de fuego. De vez en cuando se veía relucir una extraña luz en «El Dragón Rojo», la magia de Raistlin. El enano sacudía su cabeza. Tanis era tan capaz de volver con Caramon como lo era de volar. Pero Flint se las arregló para sonreír. Desde luego, amigo, me quedaré con él. Adiós, Tanis.

Tanis tragó saliva, intentó responder, desistió y salió corriendo calle abajo.

Raistlin, tosiendo hasta apenas poder sostenerse en pie se limpió la sangre de los labios y sacó una pequeña bolsa de cuero de uno de los bolsillos más recónditos de su túnica. Sólo le quedaba un único hechizo para formular, y casi no tenía energía para hacerlo.

Intentó esparcir el contenido de la bolsita en una jarra de vino que había ordenado a Caramon que se la trajera antes de que se iniciara la batalla. Las manos le temblaban violentamente y los espasmos de tos acabaron por vencerle.

Pero, entonces, sintió unas manos que se posaban sobre las suyas. Alzando la mirada, vio a Laurana, quien tomó de sus frágiles dedos la bolsa de cuero. Las manos de la elfa estaban manchadas con la sangre verde y oscura de los draconianos.

—¿Qué es esto? —preguntó la doncella.

—Los ingredientes para un hechizo. Échalos en el vino.

Laurana asintió y echó las hierbas tal como le decían. Instantáneamente se evaporaron.

—¿Qué son?

—Una poción para dormir —susurró Raistlin con ojos brillantes.

—¿Crees que nos resultará difícil dormir esta noche?

—No es de ese tipo —respondió Raistlin mirándola con intensidad—. Esta simula la muerte. Las pulsaciones disminuyen hasta casi detenerse, la respiración queda casi interrumpida, la piel se vuelve fría y pálida, los miembros quedan rígidos.

Los ojos de Laurana se abrieron de par en par.

—¿Por qué...?

—Para utilizarlo como último recurso. El enemigo piensa que estás muerto, si tienes suerte te abandona en el campo de batalla. Si no...

—¿Si no?

—Bueno, se sabe de algunos que despertaron en las piras de su propio funeral. No obstante, no creo que sea muy posible que eso nos ocurra a nosotros.

Respirando con mayor facilidad, el mago se sentó, agachándose casi instintivamente cuando una flecha voló sobre su cabeza y cayó tras él. Notó que a Laurana le temblaban las manos y se dio cuenta de que no estaba tan tranquila como intentaba aparentar.

—¿Pretendes que nos bebamos esto? —preguntó la elfa.

—Nos evitará ser torturados por los draconianos.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí —dijo el mago esbozando una leve sonrisa.

Laurana le miró y se estremeció. Absorta, se frotó los dedos manchados de sangre en la túnica de cuero. La mancha no desapareció, pero ella no se dio cuenta. Una flecha se clavó cerca de ella. Ni siquiera se asustó, sencillamente la contempló.

De pronto, surgiendo de la humareda de la incandescente sala de la posada apareció Caramon. Tenía una herida de flecha en el hombro, y su propia sangre se mezclaba extrañamente con la sangre verde del enemigo.

—Están echando abajo la puerta principal —dijo respirando pesadamente—. Riverwind ordenó que regresáramos aquí.

—¡Escuchad! —advirtió Raistlin—. ¡No sólo están intentando entrar por ahí! —se oyó un estallido en la puerta trasera de la cocina que daba al callejón de la parte de atrás.

Dispuestos a defenderse, Caramon y Laurana se giraron en el preciso instante en que la puerta cedió. Entró un alto personaje.

—¡Tanis! —gritó Laurana. Enfundando el arma, corrió rápidamente hacia él.

—¡Laurana! —exclamó el semielfo jadeante. Acogiéndose en sus brazos, la abrazó con fuerza, casi sollozando de alivio. Un segundo después Caramon los rodeó a ambos con sus inmensos brazos.

—¿Cómo estáis todos? —preguntó Tanis cuando pudo hablar.

—Bien, por el momento —dijo Caramon mirando tras Tanis. Su expresión cambió al ver que venía solo—. ¿Dónde están...?

—Sturm se ha perdido. Flint y Tas están al otro lado de la calle. El kender está atrapado bajo una viga. Gilthanas está a dos edificios de distancia. Está herido, no es grave, pero no pudo seguir avanzando.

—Bienvenido, Tanis —susurró Raistlin entre toses—. Has llegado a tiempo para morir con nosotros.

Tanis miró la jarra, vio la bolsa negra junto a ella y observó a Raistlin con sorpresa.

—No —dijo con firmeza el mago—. No vamos a morir. Al menos no como el... — Raistlin se interrumpió bruscamente—. Reunámonos todos.

Caramon fue a buscar a los demás, llamándolos a gritos. Riverwind llegó de la sala principal donde había estado disparando al enemigo las mismas flechas que éste les lanzaba, ya que las suyas se habían acabado un rato antes. Los demás le seguían, sonriendo esperanzados al ver a Tanis. Al ver la fe que tenían en él, el semielfo se enfureció. Algún día, pensó, voy a decepcionarles. Tal vez lo haya hecho ya.

—¡Escuchad! —gritó intentando que lo oyeran a pesar del ruido que estaban haciendo los draconianos—. ¡Podemos intentar escapar por la puerta de atrás! Los que están atacando la posada son sólo unos pocos. La mayor parte de ejército aún no ha entrado en la ciudad.

—Alguien nos está acechando —murmuró Raistlin.

—Eso parece —asintió Tanis—. No tenemos mucho tiempo. Si consiguiéramos llegar a las colinas...

De pronto guardó silencio, alzando la cabeza. Todos callaron y escucharon, reconociendo el agudo chillido, el batir de gigantescas alas coriáceas que sonaba cada vez más cercano.

—¡Poneos a cubierto! —gritó Riverwind. Pero era demasiado tarde. Se escuchó un gemido quejumbroso y un estallido. La posada, de tres pisos de altura construidos en madera y piedra, tembló como si estuviese hecha de palos y arena. Hubo una explosión de polvo y escombros. El exterior del edificio comenzó a arder. Podían escuchar sobre sus cabezas el sonido de la madera resquebrajándose y partiéndose, el golpeteo de leños cayendo. El edificio comenzó a derrumbarse sobre sí mismo.

Los compañeros lo contemplaron con atónita fascinación, paralizados ante la imagen del gigantesco techo temblando bajo la inmensa presión que soportaban los pisos superiores al venirse abajo el tejado.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Tanis—. Todo el edificio se está... La viga que estaba justamente sobre la cabeza del semielfo crujió intensamente, se rajó y se partió. Agarrando a Laurana por la cintura, Tanis la empujó lejos de él y pudo ver cómo Elistan, que se hallaba cerca de la parte delantera de la posada, la sujetaba en sus brazos.

Cuando la inmensa viga acabó de ceder con un potente estallido, el semielfo oyó al mago farfullar unas extrañas palabras. Un segundo después se hallaba cayendo, cayendo en la negrura... con la sensación de que el mundo se desplomaba sobre él.

Al dar la vuelta a una esquina Sturm vio como la posada caía derruida envuelta en una nube de fuego y humo, mientras un dragón remontaba el vuelo. El corazón del caballero comenzó a latir furiosamente.

Se escondió en el marco de una puerta, ocultándose entre las sombras al ver venir unos draconianos riendo y charlando en su frío idioma gutural. Aparentemente habían acabado su trabajo e iban en busca de otra diversión. De pronto advirtió a otros tres —ataviados con uniformes azules en vez de rojos—, parecían extremadamente preocupados por la destrucción de la posada, y agitaban los puños en dirección al Dragón Rojo que volaba a poca altura.

Sturm se sintió invadido por una ola de desesperación. Se apoyó contra la puerta, contemplando a los draconianos con hastío, preguntándose qué hacer ahora. ¿Estarían todavía los demás en la posada? Tal vez habrían escapado. De pronto el corazón le latió con fuerza al divisar una mancha blanca.

—¡Elistan! —gritó al ver emerger al clérigo entre los escombros, arrastrando a alguien tras él. Los draconianos, con las espadas desenvainadas, corrieron hacia el clérigo, gritándole en Común que se rindiera. Sturm vociferó el reto de los Caballeros

Solámnicos al enemigo y salió corriendo hacia ellos. Las criaturas se volvieron rápidamente, desconcertadas ante su aparición.

Sturm tuvo la ligera sensación de que alguien más corría junto a él. Mirando a su lado, vio un relampagueo de llamas reflejado sobre un casco metálico y escuchó los gruñidos del enano. Además, oyó recitar unas palabras mágicas a corta distancia. Gilthanas, casi incapaz de mantenerse en pie sin ayuda, trepaba por los escombros y señalaba a los draconianos mientras formulaba un encantamiento. De sus manos salieron dardos en llamas. Una de las criaturas cayó, llevándose las manos al pecho. Flint se abalanzó sobre otra, golpeándola en la cabeza con una roca, mientras Sturm caía sobre el tercer draconiano y lo golpeaba repetidamente con los puños. El caballero sostuvo a Elistan cuando éste se tambaleó hacia adelante. El clérigo arrastraba tras él a una mujer.

—¡Laurana! —exclamó Gilthanas refugiado aún bajo el umbral. Aturdida y mareada por el humo, la elfa elevó una mirada vidriosa.

—¿Gilthanas? —murmuró. Pero enseguida vio que se trataba del caballero.

—Sturm —dijo confusa, señalando vagamente tras ella—. Tu espada, está ahí. La vi... Sturm vislumbró entre los cascotes un destello de plata. Era su espada, y junto a ella estaba la espada de Tanis, el acero elfo de Kith-Kanan. Removiendo entre montones de piedra, Sturm levantó con reverencia las espadas, que parecían antiguas reliquias halladas en una horrenda y gigantesca tumba. El caballero aguzó el oído esperando percibir algún movimiento, un grito, un gemido. Pero reinaba un silencio terrorífico.

—Hemos de salir de aquí —dijo lentamente, sin moverse. Después miró a Elistan quien —con palidez mortecina—, contemplaba la posada en ruinas—. ¿Y los demás?

—Estábamos todos allí —dijo Elistan con voz temblorosa.

—¿Y el semielfo?

—¿Tanis ?. Sí. Llegó por la puerta trasera un momento antes de que los dragones arrasaran la posada. Estábamos todos juntos en la sala. Yo me hallaba cerca de una puerta. Tanis vio que la viga se rompía. Empujó a Laurana y yo la sostuve. Luego el techo se derrumbó sobre ellos. Creo que es imposible que consiguiesen...

—¡No puedo creerlo! —exclamó Flint, trepando sobre los escombros. Sturm le sujetó y le hizo retroceder.

—¿Dónde está Tas? —le preguntó al enano. La expresión de Flint cambió. — Inmovilizado bajo una viga. He de volver junto a él. Pero no puedo dejarles... Caramon... —el enano comenzó a llorar, salpicándose la barba con las lágrimas—. ¡Ese inmenso y patoso buey! Le necesito. ¡No puede hacerme esto! ¡Y Tanis también! ¡Maldita sea, les necesito! Sturm posó su mano sobre el hombro del enano.

—Vuelve con Tas. Él sí que te necesita ahora. Sigue habiendo draconianos por las calles. Estaremos en... Laurana, apenas recuperada de su aturdimiento, gritó, produciendo un sonido terrorífico y lastimero que atravesó a Sturm como el acero.

Volviéndose instantáneamente, consiguió sujetarla antes de que la elfa se precipitase hacia los escombros.

—¡Laurana! ¡Mira esto! ¡Míralo! —angustiado, la sacudió con firmeza—. ¡Nadie puede salir vivo de ahí!

—¡Eso es imposible saberlo! ¡Tanis! —gritó la elfa furiosa, separándose de él. Cayendo de rodillas, intentó alzar una de las chamuscadas piedras, pero el pedrusco era tan pesado que sólo pudo moverlo unos pocos centímetros.

Sturm la contemplaba desconsolado, sin saber qué hacer. Sin embargo, un segundo después tuvo la respuesta. ¡El sonido de los cuernos! Cada vez más cerca. Cientos, miles de cuernos sonando. Habían llegado los ejércitos. Miró a Elistan, quien asintió apenado, comprendiendo la situación. Ambos hombres se precipitaron hacia Laurana.

—Querida mía —comenzó a decir Elistan dulcemente—, ya no puedes hacer nada por ellos. Los vivos te necesitan. Tu hermano está herido, y también el kender. Los draconianos están invadiendo la ciudad. Debemos escapar ahora para seguir luchando contra esos horribles monstruos, o echar a perder nuestras vidas sumidos en un infructuoso pesar. Tanis ha dado su vida por ti, Laurana. No hagas que su sacrificio resulte inútil.

Laurana alzó la mirada hacia él, el rostro de la elfa estaba negro de hollín y suciedad, salpicado de lágrimas y sangre. Oyó el sonido de los cuernos, oyó a Gilthanas llamarla, oyó a Flint gritando que Tasslehoff estaba agonizando, oyó las palabras de Elistan... y entonces comenzó a caer lluvia del cielo, pues el ardor de las llamaradas de los dragones había fundido la nieve, trocándola en agua. Ésta resbaló por su rostro, refrescando su piel incandescente.

—Ayúdame, Sturm —murmuró torpemente, pues sus labios estaban demasiado entumecidos para formular palabras. Él la rodeó con el brazo y consiguió levantarla aturdida y mareada por la impresión.

—¡Laurana! —la llamó su hermano.

Elistan tenía razón. Los vivos la necesitaban. Debía acudir junto a él. A pesar de que prefería tenderse sobre esa montaña de rocas y morir, debía seguir adelante. Eso es lo que haría Tanis. La necesitaban. Debía seguir adelante.

—Adiós, Tanthalas —susurró. La lluvia arreció, cayendo firmemente, como si los mismísimos dioses lloraran por Tarsis, la Bella.

El agua goteaba sobre su cabeza. Era irritante, estaba fría. Raistlin intentó rodar a un lado, para zafarse de ella, pero no consiguió moverse. Se hallaba tendido en el suelo bajo un inmenso peso que le aprisionaba. Presa de pánico, intentó desesperadamente escapar.

A medida que el miedo se diseminaba por su cuerpo, fue llegando a un estado de consciencia absoluto. Con el conocimiento, su miedo se evaporó. Una vez más, Raistlin controlaba la situación y, tal como le habían enseñado, se obligó a relajarse y a analizar los hechos. No podía ver nada. Estaba muy oscuro, lo que le obligaba a tener que confiar en sus otros sentidos. Antes de nada debía intentar sacarse ese peso de encima. Estaba siendo machacado y aplastado. Movi6 cuidadosamente los brazos. No le dolían y no parecía tener ningún hueso roto. Alargó el brazo hacia arriba y tocó un cuerpo. Era Caramon, por la cota de mallas... y por el olor. Lanzó un suspiro. Podía haberlo imaginado. Utilizando todas sus fuerzas, Raistlin empujó un poco a su hermano hacia un lado y consiguió salir de debajo de él aunque con grandes dificultades.

El mago respiró con mayor facilidad. Palpó a tientas el cuerpo de su hermano, buscando el cuello para comprobar el pulso. Era firme, el cuerpo de Caramon estaba templado y su respiración era regular. Raistlin volvió a tenderse en el suelo aliviado. Por lo menos, donde quiera que estuviese, no estaba solo.

¿Dónde se encontraba? Raistlin reconstruyó los últimos y terroríficos momentos. Recordaba que la viga se había partido y que Tanis había conseguido apartar a Laurana, evitando que el inmenso madero le cayera encima. Recordaba haber formulado un encantamiento con las pocas fuerzas que le quedaban. La magia recorrió su cuerpo, creando alrededor suyo —y de aquellos que se hallaban cerca de él—, una fuerza capaz de protegerles de los objetos físicos. Recordó que Caramon se había acurrucado sobre él, y que el edificio había comenzado a derrumbarse a su alrededor, y una sensación de caída...

Caer... Raistlin comprendió. Debemos haber atravesado el suelo y caído en la bodega de la posada. El mago se dio cuenta de que estaba empapado. Poniéndose en pie, comenzó a caminar a tientas hasta que finalmente encontró lo que buscaba —su Bastón de Mago—. El cristal no se había roto; lo único que podía dañar al Bastón, que le había entregado Par-Salian en las Torres de la Alta Hechicería, eran las llamas lanzadas por los dragones.

—Shirak —susurró Raistlin y el Bastón se iluminó. Incorporándose, miró a su alrededor. Sí, estaba en lo cierto. Estaban en la bodega de la posada. El suelo estaba cubierto de vino y de botellas rotas. Los barriles de cerveza estaban partidos en pedazos.

El mago iluminó el suelo con la luz. Ahí estaban Tanis, Riverwind, Goldmoon y Tika, todos ellos acurrucados cerca de Caramon. Parece que están bien —pensó, echándoles un rápido vistazo—. Estaban rodeados de piedras y escombros. La viga había caído oblicuamente y tan sólo uno de los extremos reposaba sobre el suelo. Raistlin sonrió. Un buen trabajo, ese encantamiento. Una vez más le debían la vida. Si no perecemos a causa del frío —se recordó a sí mismo amargamente.

El cuerpo le temblaba tanto que apenas podía sostener su Bastón de Mago. Comenzó a toser. Aquello sería su muerte. Tenían que salir de allí.

—Tanis —llamó, acercándose al semielfo para despertarle.

Tanis estaba tendido en el mismísimo centro del círculo protector de la magia de Raistlin. Farfulló algo y se movió. Raistlin le tocó de nuevo. El semielfo profirió un grito, cubriéndose instintivamente la cabeza con los brazos.

—Tanis, estás a salvo —susurró Raistlin entre toses—. Despierta.

—¿Qué? —Tanis se incorporó de golpe, quedándose sentado y mirando a su alrededor—. ¿Dónde...? —entonces recordó—. ¿Laurana?

—Se ha ido —Raistlin se encogió de hombros—. La libraste a tiempo del peligro...

—Sí... —murmuró Tanis, tendiéndose en el suelo de nuevo— y te oí pronunciar unas palabras mágicas...

—Por eso no hemos muerto aplastados —Raistlin se recogió los faldones de la empapada túnica temblando, y se acercó más a Tanis, que miraba a su alrededor como si se hallase en otro planeta.

—¿En nombre de los Abismos, dónde...?

—Estamos en la bodega de la posada. El suelo cedió y caímos aquí.

Tanis alzó la mirada.

—¡Por todos los dioses! —murmuró horrorizado.

—Sí —dijo Raistlin siguiendo la mirada de Tanis—. Estamos enterrados en vida.

Poco a poco todos los compañeros fueron volviendo en sí, dándose cuenta de su situación. Esta no parecía muy esperanzadora. Goldmoon curó sus heridas, que no eran graves gracias al hechizo de Raistlin. Pero no tenían ni idea de cuánto tiempo habían estado inconscientes o de lo que estaría sucediendo en el exterior. Peor aún, no sabían cómo conseguirían salir de allí.

Caramon intentó cautelosamente mover algunas de las rocas que taponaban el techo, pero la estructura comenzó a crujir y a chirriar. Raistlin le recordó secamente a su hermano que no disponía de más energía para formular hechizos, y Tanis le dijo cansinamente al guerrero que lo olvidara. Se quedaron sentados mientras el nivel de agua del suelo continuaba subiendo.

Tal como Riverwind dijo, parecía ser cuestión de ver qué acababa con ellos primero: la falta de aire, la congelación hasta la muerte, que las ruinas cayeran sobre ellos, aplastándolos, o que el agua llegara a ahogarles.

—Podríamos gritar pidiendo ayuda —sugirió Tika intentando hablar con firmeza.

—¿Y que nos rescaten los draconianos? —respondió bruscamente Raistlin.

Tika enrojeció y se frotó rápidamente los ojos con la mano. Caramon le lanzó una mirada de reproche a su hermano y rodeó a la muchacha con el brazo atrayéndola hacia sí. Raistlin les miró a ambos con desprecio.

—No se oye ningún ruido ahí arriba —dijo Tanis asombrado—. Creéis que los dragones y los ejércitos... —se detuvo, encontrándose con la mirada de Caramon; ambos asintieron lentamente al comprender.

—¿Qué? —preguntó Goldmoon mirándoles.

—Estamos tras las líneas enemigas —explicó Caramon—. Los ejércitos de draconianos ocupan la ciudad. Y probablemente todas las tierras en millas y millas a la redonda. No hay forma de escapar, y ningún sitio al que dirigiéramos si conseguimos salir de aquí.

Los compañeros comenzaron a escuchar unos sonidos que parecían querer enfatizar las palabras del guerrero. Al aguzar el oído escucharon la forma gutural de hablar de los draconianos que habían llegado a conocer tan bien.

—Os digo que esto es una pérdida de tiempo —se quejó otra voz, que parecía la de un goblin, en el idioma Común—. No puede haber nadie vivo entre estas ruinas.

—Cuéntale eso al Señor del Dragón, miserable comedor de perros —le reprendió el draconiano—. Estoy convencido que su Señoría estará interesado en tu opinión. O, más bien su dragón será el que esté encantado. Ya conocéis las órdenes. Ahora, cavad.

Se oyeron arañazos y ruidos, el sonido de las piedras al ser apartadas. A través de las grietas comenzaron a caer riachuelos de polvo y suciedad. La enorme viga tembló ligeramente pero se sostuvo.

Los compañeros se miraron unos a otros, casi conteniendo la respiración, recordando todos ellos los extraños draconianos que habían atacado la posada. «Alguien nos está acechando», había dicho Raistlin.

—¿Qué es lo que buscamos entre estos cascajos? —croó un goblin en su idioma—. ¿Plata, joyas?

Tanis y Caramon, que hablaban un poco el idioma goblin, se esforzaban por escuchar lo que decían.

—¡Qué va! —dijo el primer goblin, el que había protestado por las órdenes—. Unos espías o algo así a los que quiere interrogar personalmente el Señor del Dragón.

—¿Aquí debajo?

—¡Eso es lo que he dicho —le espetó su compañero. El hombre-reptil dijo que les tenían apresados en la posada cuando el dragón atacó. Dijo que ninguno de ellos escapó, por tanto el Señor del Dragón imagina que deben seguir aquí. Si me lo preguntas a mí, creo que los dracos se equivocaron y nosotros tenemos que pagar sus faltas.

Los ruidos de gente cavando y el movimiento de rocas aumentaron, así como el sonido de las voces de los goblins, silenciadas de vez en cuando por una dura orden en la voz gutural de los draconianos.

«¡Debe haber, como mínimo, cincuenta de ellos allá arriba!», pensó Tanis aturdido. Riverwind sacó su espada del agua y comenzó a secarla cuidadosamente. Caramon, con expresión sombría, soltó a Tika y buscó la suya. Tanis no tenía armas, por lo que Riverwind le pasó su daga. Tika también desenvainó la suya, pero Tanis negó con la cabeza. Iban a luchar prácticamente cuerpo a cuerpo y Tika necesitaba mucho espacio para manejar el arma. El semielfo miró a Raistlin interrogativamente. El mago comprendió.

—Lo intentaré, Tanis, pero estoy muy fatigado. Muy fatigado. Y no puedo pensar, no puedo concentrarme —bajó la cabeza, temblando violentamente y haciendo inmensos esfuerzos por no toser.

Un solo encantamiento acabaría con él si consiguiera formularlo. No obstante puede que tenga más suerte que el resto de nosotros. Por lo menos no le apresarán vivo — pensó Tanis.

Los ruidos provenientes del exterior sonaban cada vez más altos. Los goblins eran trabajadores fuertes e incansables. Querían acabar rápido con la tarea, para poder continuar saqueando Tarsis. Los compañeros aguardaban en siniestro silencio. Comenzaron a caer sobre ellos cascajos, pedazos de roca y agua de lluvia, que se filtraban entre las, cada vez, más numerosas grietas. Apretaron las empuñaduras de sus armas. Podían ser descubiertos en cuestión de minutos.

Pero, de pronto, percibieron nuevos sonidos. Oyeron a los goblins chillar aterrorizados y a los draconianos gritándoles, ordenándoles que volvieran al trabajo. Escucharon los ruidos de los picos y las palas cayendo sobre las rocas, y luego las maldiciones de los draconianos intentando detener lo que aparentemente parecía una auténtica revuelta goblin a gran escala.

Y sobre el alboroto de los atemorizados goblins, sonó una elevada, clara y aguda llamada, contestada por otra más distante. Era como el grito de un águila cerniéndose sobre las praderas al anochecer. Pero en esta ocasión sonaba justo sobre sus cabezas.

Se oyó un alarido; esta vez de un draconiano. Después el sonido de algo desgarrándose, como si el cuerpo de la criatura estuviese siendo partido en dos. Más gritos, el repiqueteo del acero, otra llamada y otra respuesta, ésta última mucho más cercana.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Caramon con los ojos abiertos de par en par—. No es un dragón. Suena como... ¡como una gigantesca ave de presa!

—¡Sea lo que sea, está destrozando en pedazos a los draconianos! —exclamó Goldmoon horrorizada.

Súbitamente dejaron de oírse toda clase de ruidos, originándose un silencio angustioso. ¿Qué nuevo mal venía a sustituir al antiguo?

Después se oyó como rocas y piedras, cascajos y maderas eran levantados y arrojados a la calle. ¡Quien quiera que estuviese arriba estaba intentando llegar a ellos!

—Ha devorado a todos los draconianos —susurró Caramon ásperamente— ¡y ahora viene por nosotros!

Tika palideció como un muerto, agarrándose al brazo de Caramon. Goldmoon dio un leve respingo e incluso Riverwind pareció perder su habitual compostura estoica, mirando hacia arriba con inquietud.

—Caramon —murmuró Raistlin temblando—. ¡Cállate!

Tanis se sintió inclinado a coincidir con el mago.

—Nos estamos asustando unos a otros por na... —comenzó a decir. De pronto se oyó un estrepitoso sonido. Comenzaron a caer piedras, escombros y maderas a su alrededor. Todos corrieron a protegerse mientras una inmensa pata con garras atravesó las ruinas, reluciendo a la luz del Bastón de Raistlin.

Buscando inútilmente refugio bajo las vigas rotas o bajo los barriles de cerveza, los compañeros contemplaron sobrecogidos cómo la gigantesca garra se libraba de los cascajos y se retiraba, dejando tras ella un amplio agujero.

Todo estaba en silencio. Durante unos minutos ninguno de los compañeros osó moverse. Pero nada rompía aquel silencio.

—Ésta es nuestra oportunidad —susurró Tanis—. Caramon, echa un vistazo a ver que hay ahí arriba.

Pero el inmenso guerrero ya había comenzado a salir de su escondite, avanzando como podía por el suelo cubierto de cascotes y pedruscos. Riverwind lo siguió con la espada desenvainada.

—No hay nadie —dijo Caramon asombrado al mirar arriba. Tanis, sintiéndose desnudo sin su espada, se acercó al boquete abierto en el techo y alzó la mirada. En ese preciso instante, ante su sorpresa, una oscura figura apareció ante ellos, perfilándose contra el ardiente cielo. Tras la figura se alzaba una inmensa bestia. Entrevieron la cabeza de una gigantesca águila cuyos ojos relucían a la luz de las llamas y cuyo pico curvo brillaba rojizo por el fuego.

Los compañeros retrocedieron, pero el personaje, obviamente, ya les había visto. Dio un paso adelante.

Riverwind recordó, demasiado tarde, su arco. Caramon sujetó a Tika firmemente con una mano, mientras sostenía su espada con la otra.

El personaje, no obstante, se arrodilló lentamente cerca del borde del agujero, procurando no pisar las piedras flojas, y se sacó la capucha que cubría su cabeza.

—Nos encontramos de nuevo, Tanis semielfo —dijo una voz tan pura, fría y distante como las estrellas.

Capítulo 8

Escapada de Tarsis

La historia de los Orbes de los Dragones.

Los dragones batían sus alas coriáceas sobre la consumida ciudad de Tarsis, mientras los ejércitos de draconianos invadían sus calles para tomar posesión de ella. El trabajo de los dragones había concluido. El Señor del Dragón pronto les llamaría de vuelta, manteniéndoles alerta para el próximo ataque. Pero de momento podían relajarse, elevarse sobre las calientes corrientes de aire que ascendían de la ardiente ciudad y disparar a los pocos humanos suficientemente locos para abandonar sus escondites. Los Dragones Rojos fluctuaban en el cielo, manteniendo el vuelo de formación, planeando y zambulléndose en una rotante danza de muerte.

En esos momentos no existía en Krynn poder alguno capaz de detenerles. Ellos lo sabían, y se complacían en su victoria. Pero, de vez en cuando, sucedía algo que interrumpía su danza. Por ejemplo, uno de los jefes de vuelo, un joven dragón macho, recibió noticia de una lucha entablada cerca de las ruinas de una posada. Dirigió su vuelo hacia ese lugar, murmurando para sí sobre la ineficacia de los comandantes de tropa. No obstante, ¿qué se podía esperar cuando el Señor del Dragón era un goblin engreído sin suficiente coraje para contemplar la toma de una débil ciudad como Tarsis?

El macho rojo suspiró, recordando aquellos días de gloria en que Lord Verminaard les había conducido personalmente, montado sobre el lomo de Pyros. ¡Él sí que había sido un Señor! El dragón sacudió la cabeza con melancolía, ahí estaba la revuelta. Podía divisar a los contendientes con claridad. Ordenando a su escuadrilla que mantuviese el vuelo, se lanzó hacia abajo para examinarlos mejor.

—¡Detente! ¡Te lo ordeno! Atónito, el Dragón Rojo se detuvo y alzó la mirada. La voz era firme y clara, y venía de uno de los Señores del Dragón. ¡Pero, desde luego, no se

trataba de Toede! Este Gran Señor, a pesar de llevar una pesada capa y de ir ataviado con la reluciente máscara y la armadura de escamas de dragón de los Grandes Señores, era humano —a juzgar por la voz era imposible que fuera un goblin—. ¿Pero de dónde había salido? ¿Y por qué? Además, para su sorpresa, el Dragón Rojo vio que el Señor del Dragón montaba un inmenso Dragón Azul y mandaba varios escuadrones de Azules.

—¿Qué se os ofrece, Señor? —preguntó el Rojo ceñudo—. ¿Y con qué derecho nos detenéis, vos que no tenéis nada que hacer en esta parte de Krynn?

—El destino de la humanidad me incumbe, ya sea en esta parte de Krynn o en otra —respondió el Señor del Dragón—. Y el poder que me otorga mi destreza con la espada me da todo el derecho a deteneros, valiente Dragón Rojo. Respecto a qué se me ofrece, quiero que capturéis a esos desgraciados humanos, no que los matéis. Se les busca para interrogarles. Traédmelos a mí. Seréis recompensado.

—¡Mirad! —gritó un joven dragón hembra rojo—. ¡Grifos! El Señor del Dragón lanzó una exclamación de sorpresa y disgusto. Los dragones bajaron la mirada y divisaron tres grifos entre las nubes de humo. A pesar de ser la mitad de grandes que los Dragones Rojos, los grifos eran conocidos por su ferocidad. Las tropas de draconianos se dispersaron como cenizas al viento ante las criaturas, quienes, con sus afiladas garras y sus magníficos picos, desgarraban las cabezas de aquellos desafortunados hombres-reptil que se cruzaban en su camino.

El joven macho rojo gruñó de furia y se dispuso a descender con su escuadrilla, pero el Señor del Dragón se interpuso en su camino, obligándole a detenerse.

—¡Os digo que no debéis matarles!

—¡Pero están escapando!

—Déjales —dijo fríamente el Señor del Dragón—. No irán lejos. Te relevo de tu responsabilidad en este asunto. Regresa con tu escuadrilla. Y si ese idiota de Toede mencionara algo, dile que el secreto de cómo perdió la Vara de Cristal Azul no murió con Verminaard. El recuerdo de Fewmaster Toede sigue vivo en mi mente ¡Y será dado a conocer si osa desafiarme!

El Señor del Dragón saludó e hizo girar al inmenso dragón que montaba para volar rápidamente tras los grifos, cuya tremenda velocidad les había permitido avanzar con sus jinetes más allá de las murallas de la ciudad. Los Dragones Rojos contemplaron desaparecer a los Azules en los cielos nocturnos.

—¿No crees que también nosotros deberíamos perseguirles? —preguntó la joven dragón hembra.

—No —respondió pensativamente el macho, siguiendo con la mirada la figura del Gran Señor que empequeñecía en la distancia—. ¡No pienso cruzarme en su camino!

—Tu agradecimiento no es necesario, ni siquiera deseado —Alhana Starbreeze interrumpió las vacilantes y fatigadas palabras de Tanis.

Los compañeros cabalgaban bajo la fustigante lluvia sobre el lomo de los tres grifos, agarrándose a sus plumosos cuellos, mirando aprensivamente abajo, hacia la agonizante ciudad que quedaba cada vez más lejos.

—Y puede que no desees formularlo cuando oigas lo que tengo que decirte —declaró fríamente Alhana, volviendo la cabeza hacia Tanis, quien cabalgaba tras ella—. Os rescaté para mis propios fines. Necesito guerreros que me ayuden a encontrar a mi padre. Volamos hacia Silvanesti.

—¡Pero eso es imposible! ¡Debemos encontrar a nuestros amigos! Volemos hacia las colinas. No podemos ir a Silvanesti, Alhana. ¡Hay demasiado en juego! La única oportunidad que tenemos de destruir a esos repugnantes monstruos y de finalizar la guerra es encontrar los Orbes de los Dragones. Entonces podremos ir a Silvanesti...

—Vamos a ir a Silvanesti ahora. Tu opinión no pesa en absoluto, semielfo. Mis grifos obedecen mis órdenes y sólo las mías. Si se lo mandara, podrían destrozarte, como hicieron con esos draconianos.

—Algún día los elfos despertarán y se darán cuenta de que son miembros de una vasta familia —dijo Tanis con la voz temblorosa por la ira—. No pueden ser tratados por más tiempo como un niño mimado al que se le da todo mientras los demás esperamos las migajas.

—Los dones que recibimos de los dioses nos los hemos ganado. Vosotros, humanos y semihumanos —el tono de sus palabras era más hiriente que el acero— recibisteis esos mismos dones pero con vuestra ambición los echasteis a perder. Nosotros somos capaces de luchar por nuestra supervivencia sin vuestra ayuda.

—¡Ahora, en cambio, pareces bastante deseosa de aceptar nuestro auxilio!

—Por lo cual seréis bien recompensados.

—No hay suficiente acero ni joyas en Silvanesti para pagarnos...

—Buscáis los Orbes de los Dragones —le interrumpió Alhana—. Sé donde está uno de ellos. En Silvanesti.

Tanis parpadeó. Durante un instante no supo qué decir, pues la mención de los Orbe de los Dragones le había hecho pensar en su amigo.

—¿Dónde está Sturm? —le preguntó a Alhana—. La última vez que le vi, estaba contigo.

—No lo sé. Nos separamos. El iba a la posada, a buscaros. Yo llamé a mis grifos.

—Si necesitabas guerreros, ¿por qué no le permitiste acompañarte a Silvanesti?

—Ese no es asunto tuyo.

Tanis no respondió, demasiado agotado para pensar con claridad. Entonces escuchó que alguien le gritaba unas palabras que apenas podía oír debido al estruendoso batir de las poderosas alas de los grifos. Se trataba de Caramon. El guerrero gritaba y señalaba tras él.

¿Qué ocurrirá ahora? —pensó fatigosamente Tanis.

Habían dejado atrás el humo y las tormentosas nubes que cubrían Tarsis, y volaban en el nítido cielo nocturno. Sobre ellos relucían las estrellas, cuyos centelleantes rayos resplandecían como diamantes, lo que hacía resaltar todavía más los negros agujeros dejados por las dos constelaciones desaparecidas. Lunitari y Solinari se habían puesto, pero Tanis no necesitaba su luz para reconocer las oscuras sombras que impedían ver las fúlgidas estrellas.

—Dragones —le comunicó a Alhana—. Nos están siguiendo.

Tanis nunca pudo recordar claramente aquella terrorífica huida de Tarsis. Soplaba un viento tan frío y cortante que la idea de morir abrasado por el flamígero aliento de los dragones, resultaba casi atractiva. Fueron horas de pánico en las que, al volver la vista atrás veían ganar terreno a aquellas oscuras formas. Era una obsesión. No podían dejar de mirarlas a pesar de que el intenso viento les hacía llorar y sus lágrimas se helaban en el acto al resbalar por sus mejillas. Se detuvieron de madrugada, destrozados de temor y de fatiga, para refugiarse a descansar en la gruta de un pedregoso acantilado. Cuando despertaron al amanecer, volvieron a surcar los aires de nuevo, descubrieron que las oscuras y aladas siluetas todavía les seguían.

Pocas criaturas vivientes pueden adelantar en el vuelo al grifo de alas de águila. Pero los dragones —los Dragones Azules, los primeros que habían visto nunca—, se mantuvieron siempre en el horizonte, siempre tras ellos, evitando que pudieran reposar durante el día, obligándoles a ocultarse durante la noche para que los agotados grifos pudiesen descansar. Había poca comida, sólo el quith-pah —un tipo de frutos secos, rico en hierro, que mantiene la resistencia física pero que mitiga poco el hambre. Alhana lo compartió con ellos. Pero hasta el mismísimo Caramon estaba demasiado agotado y desanimado para comer. Lo único que Tanis recordaba vivamente había ocurrido durante la segunda noche del viaje. El pequeño grupo se hallaba acurrucado alrededor del fuego en una húmeda y lóbrega gruta, y Tanis les estaba relatando el descubrimiento del kender en la biblioteca de Tarsis. Al mencionar los Orbes de los Dragones, los ojos de Raistlin centellearon y su huesudo rostro se iluminó intensamente.

—¿Orbes de Dragones? —repitió en voz baja.

—Pensé que quizás sabrías algo sobre ellos —dijo Tanis—. ¿Qué son?

Raistlin no respondió inmediatamente. Envuelto en su propia capa y en la de su hermano, se hallaba a muy poca distancia del fuego y, sin embargo, temblaba de frío. Los dorados ojos del mago contemplaron a Alhana, quien se hallaba sentada a cierta distancia del grupo, dignándose compartir la cueva, pero no la conversación. No obstante, ahora parecía haber ladeado la cabeza para atender a lo que se decía.

—Dijiste que uno de los Orbes de los Dragones estaba en Silvanesti—susurró el mago mirando a Tanis—. Seguramente no es a mí a quien corresponde preguntar.

—Sé poco sobre él —dijo Alhana, volviendo su pálido rostro hacia el mago—. Lo conservamos como una reliquia de tiempos pasados, como algo curioso. ¿A quién se le hubiera ocurrido pensar que los humanos provocarían el regreso de los dragones a Krynn?

Antes de que Raistlin pudiera responder, Riverwind habló con furia.

—¡No tienes ninguna prueba de que hayan sido los humanos!

Alhana lanzó al bárbaro una mirada imperativa. Ni siquiera se dignó contestarle, considerando que discutir con un bárbaro significaba rebajarse.

Tanis suspiró. A Riverwind le resultaba difícil confiar en los elfos. Le había costado tiempo fiarse de Tanis, y mucho más aún confiar en Gilthanas y Laurana. Ahora, cuando Riverwind parecía comenzar a superar esos heredados prejuicios, Alhana, con los mismos criterios, le infligía nuevas heridas.

—Bien, Raistlin —dijo Tanis serenamente—, cuéntanos lo que tú sepas sobre los Orbes de los Dragones.

—Trae mí bebida, Caramon —ordenó el mago.

El guerrero le trajo una taza de agua caliente en la que Raistlin echó unas hierbas. Un olor acre y extraño llenó la cueva. Tras probar la pócima, el mago siguió hablando

—Durante la Era de los Sueños, cuando los de mí Orden eran respetados y reverenciados en todo Krynn, había cinco Torres de la Alta Hechicería.

Al mago le falló la voz, como si a su mente acudiesen recuerdos penosos. Su hermano estaba sentado con la mirada fija en el suelo y el semblante severo. Tanis, viendo una sombra cernirse sobre los gemelos, se preguntó, una vez más, qué habría ocurrido en las Torres de la Alta Hechicería para cambiar drásticamente sus vidas. Sabía que era inútil preguntar. A ambos se les había prohibido hablar de ello.

Antes de seguir adelante, Raistlin hizo una pausa y respiró hondamente.

—Cuando sobrevino la Segunda Guerra de los Dragones, los superiores de mí Orden se reunieron en la mayor de las Torres —la Torre de Palanthas—, y crearon los Orbes de los Dragones.

Súbitamente los ojos de Raistlin se desorbitaron, su voz susurrante cesó durante un momento y cuando volvió a hablar, fue como si contara algo que su mente estuviese reviviendo. Su voz no era la misma, sonaba más fuerte, más profunda, más clara. Ya no tosía. Caramon lo miró asombrado.

—Los primeros en entrar en la sala de lo alto de la torre fueron los de la Orden de la Túnica Blanca, cuando la luna plateada, Solinari, comenzó a elevarse en el cielo. Luego, cuando ascendió Lunitari, sangrante, llegaron los de la Túnica Roja. Finalmente la negra esfera, Nutari, una mancha oscura entre las estrellas, pudo ser vista por aquellos que la buscaron, y los de la Túnica Negra entraron en la habitación.

»Fue un momento histórico excepcional, en el que la enemistad existente entre las diferentes Ordenes fue suprimida. Sólo volvería a repetirse algo semejante una vez más, cuando los magos volvieron a reunirse con ocasión de las Batallas Perdidas, aunque eso no podía preverse entonces. Lo único que sabían era que debían acabar con el mal existente, pues comprendían que uno de los objetivos de aquella fuerza maligna era destruir toda la magia del mundo a parte de la suya propia. Varios de los Túnicas Negras estuvieron a punto de aliarse con ese inmenso poder —Tanis vio que los ojos de Raistlin centelleaban—, pero pronto se dieron cuenta de que no serían maestros, sino esclavos. Y así, una noche en que las tres lunas estaban llenas, nacieron los Orbes de los Dragones.

—¿Tres lunas? —preguntó Tanis extrañado, pero Raistlin no le oyó y continuó hablando con aquella voz que no era la suya.

—Aquella noche reinó una magia grande y poderosa, tan poderosa que muchos de los hechiceros acabaron desplomándose inconscientes al haber agotado su resistencia física y mental. Pero a la mañana siguiente había cinco Orbes de Dragones, cada uno de ellos sobre un pedestal, reluciendo ante la luz y oscureciendo con las sombras. Sólo dejaron uno en Palanthas, los otros cuatro fueron transportados con gran peligro al resto de las Torres. Desde allí ayudarían a liberar al mundo de la Reina de la Oscuridad.

La mirada febril de Raistlin desapareció, sus hombros cayeron con fatiga, su voz se hundió, y comenzó a toser intensamente. Los demás le observaban asombrados.

Un momento después Tanis se aclaró la garganta.

—¿Qué es eso de tres lunas?

Raistlin alzó la mirada con esfuerzo.

—¿Tres lunas? —susurró—. No sé nada de tres lunas. ¿Qué estábamos discutiendo?

—Los Orbes de los Dragones. Nos contaste cómo habían sido creados. ¿Cómo es que tú...? —Tanis calló al ver que Raistlin se tendía en su jergón de hojas.

—No os he contado nada —dijo Raistlin irritado—. ¿De qué estás hablando?

Tanis miró a los demás. Riverwind sacudió la cabeza. Caramon se mordió el labio y retiró la mirada con una mueca de preocupación.

—Hablabamos de los Orbes de los Dragones —indicó Goldmoon—. Ibas a contarnos lo que sabes sobre ellos.

—No sé mucho. Los Orbes fueron creados por los grandes magos. Sólo podían ser utilizados por los miembros más poderosos de la Orden. Se decía que a aquellos cuya magia no fuera muy poderosa y quisieran manejarlos, les acontecería una gran catástrofe. A parte de esto, no sé nada más. Todo lo que se conocía sobre ellos dejó de saberse tras las Batallas Perdidas. Se dijo que dos fueron destruidos en la caída de las Torres de la Alta Hechicería, destrozados antes de que cayeran en manos del populacho. El conocimiento sobre los tres restantes murió con los antiguos hechiceros.

Raistlin dejó de hablar y tendiéndose de nuevo sobre el jergón, se quedó dormido.

—Las Batallas Perdidas... tres lunas, Raistlin hablando con una voz extraña. Nada de esto tiene sentido —murmuró Tanis.

—¡Y yo no me creo nada!—exclamó Riverwind con frialdad. Sacudiendo la manta de pieles, se dispuso a tenderse para dormir.

Cuando Tanis se disponía a seguir su ejemplo, vio a Alhana deslizarse entre las sombras de la gruta en dirección a Raistlin. La Princesa elfa contempló al mago dormido y se retorció las manos, nerviosa.

—¡Aquéllos cuya magia no fuera muy poderosa! —susurró temblorosa—. ¡Mi padre!

Tanis la miró, comprendiendo súbitamente.

—No pensarás que tu padre intentará manejar el Orbe.

—Me temo que sí. Dijo que él solo conseguiría luchar contra el mal y alejarlo de nuestras tierras. Seguro que se refería... —rápidamente se arrodilló junto a Raistlin y ordeno con ojos centelleantes:

—¡Despertadle! ¡Debo saberlo! ¡Despertadle y hacerle decir de qué catástrofe se trata!

Caramon tiró de ella amablemente pero con firmeza. Alhana se lo quedó mirando con su bello rostro alterado por la rabia y el temor, por un instante pareció dispuesta a golpearle, pero Tanis avanzó hacia ella y le tomó la mano.

—Princesa Alhana —dijo serenamente—, despertarle no servirá de nada. Nos ha dicho todo lo que sabe. Por lo que se refiere a la otra voz, es evidente que no recuerda nada de lo que ha dicho.

—Esto le ha sucedido a Raistlin en otras ocasiones —comentó Caramon en voz baja—, como si se convirtiera en otra persona. Pero siempre le deja exhausto y nunca recuerda nada.

Alhana retiró la mano que Tanis le había asido, y su rostro volvió a recuperar la fría y pura inmovilidad del mármol. Volviéndose, caminó hasta la entrada de la caverna. Agarrando la manta que Riverwind había colocado para ocultar la luz del fuego, casi la arrancó de cuajo al apartarla a un lado para salir de la gruta.

—Yo haré la primera guardia —le dijo Tanis a Caramon—. Será mejor que duermas un poco.

—Me quedaré un rato con Raistlin —respondió el guerrero extendiendo su jergón junto a su frágil gemelo.

Tanis siguió a Alhana al exterior.

Los grifos dormían ruidosamente, con las cabezas ocultas bajo las suaves plumas de sus cuellos y con las garrudas patas anteriores asidas firmemente al borde del peñasco. El semielfo durante unos segundos no consiguió localizar a Alhana en la oscuridad, luego la vio inclinada sobre una inmensa roca, con el rostro oculto entre las manos, sollozando amargamente.

La orgullosa mujer de Silvanesti nunca perdonaría verse sorprendida en un instante tan débil y vulnerable, por lo que Tanis volvió a correr la manta y permaneció en la caverna.

—¡Yo haré la guardia! —volvió a gritar antes de salir afuera de nuevo. Al alzar la manta vio a Alhana incorporarse y limpiarse el rostro rápidamente con la mano. La elfa se giró de espaldas y Tanis avanzó lentamente hacia ella, dándole tiempo a recomponerse.

—El ambiente de la cueva era sofocante —murmuró Alhana—. No podía soportarlo, tuve que salir afuera a respirar aire puro.

—Voy a hacer la primera guardia. Pareces temerosa de que tu padre haya intentado utilizar el Orbe de los Dragones. Seguramente debía conocer su historia. Si recuerdo lo que sabía de los tuyos, tu padre practicaba la magia.

—Sabía de dónde provenía el Orbe —respondió Alhana con voz temblorosa antes de recuperar la serenidad—. El joven mago tenía razón cuando habló de las Batallas Perdidas y de la destrucción de las Torres. Pero se equivocó cuando dijo que los otros tres Orbes se perdieron. Uno fue llevado a Silvanesti por mi padre.

—¿Qué fueron las Batallas Perdidas? —preguntó Tanis apoyándose en unas rocas cerca de Alhana.

—¿Es que en Qualinost no se os enseña la tradición popular? —profirió la elfa mirando a Tanis con desprecio—. ¡En qué bárbaros os habéis convertido desde que os mezcláis con los humanos!

—Digamos que el error es mío, que no le presté demasiada atención al maestro que nos lo enseñaba.

Alhana lo miró fijamente, captando sarcasmo en su respuesta. Al ver su expresión seria y como no deseaba que la dejaran sola, decidió responder a su pregunta.

—Durante la Era del Poder, al acumular Istar cada vez más glorias, el Sumo Sacerdote y sus clérigos se volvieron cada vez más celosos del poder de los hechiceros. Los clérigos

opinaban que el mundo ya no necesitaba de la magia, sin lugar a dudas la temían, pues era algo que no podían controlar. A los propios magos, a pesar de ser respetados, nunca se les tenía plena confianza, ni siquiera a los que vestían la túnica blanca. Para los clérigos resultó muy sencillo volver a la muchedumbre contra ellos. Cuando los tiempos se tomaron cada vez más malignos, los clérigos culparon de ello a los hechiceros. Las Torres de la Alta Hechicería, donde los magos deben pasar sus últimas y agotadoras pruebas, eran los lugares donde reposaba el poder de los magos. Pronto se convirtieron en las dianas más codiciadas. La muchedumbre las atacó, y fue como dijo tu joven amigo: sólo por segunda vez en su historia, los magos de las diversas Órdenes se unieron para defender los últimos baluartes de su fuerza.

—¿Pero cómo pudieron ser derrotados? —preguntó Tanis incrédulo.

—¿Cómo puedes hacer esta pregunta sabiendo lo que sabes de tu joven amigo? Es poderoso, pero debe descansar. Incluso los más fuertes deben disponer de tiempo para renovar sus encantamientos, para memorizarlos de nuevo. Incluso los más ancianos hechiceros cuyo poder no ha vuelto a ser visto en Krynn, debían dormir y emplear horas en leer y releer los libros de encantamientos. Y también entonces, como ahora, había pocos magos. Pocos osan presentarse a las pruebas de las Torres de la Alta Hechicería sabiendo que fallar en ellas significa la muerte.

—¿Fallar significa la muerte?

—Sí. Tu amigo fue muy valiente al pasar la Prueba tan joven. Muy valiente, o muy ambicioso. ¿Nunca te lo dijo?

—No. Nunca habla de ello. Pero continúa...

—Cuando fue obvio que era imposible ganar la batalla, los propios hechiceros destruyeron dos de las Torres. Las explosiones asolaron las tierras a varias millas a la redonda. Sólo quedaron en pie tres: la de Istar, la de Palanthis y la de Wayreth. Pero la terrible destrucción de las otras dos asustó tanto al Sumo Sacerdote, que éste aseguró a los magos de las Torres de Istar y Palanthis que saldrían ilesos de las dos ciudades si abandonaban pacíficamente las Torres, ya que el Sumo Sacerdote sabía que los hechiceros tenían poder suficiente para destruir ambas urbes.

Tanis escuchaba atentamente el apasionante relato de Alhana.

—Y así los magos viajaron a la única Torre que nunca había sido amenazada, la Torre de Wayreth en las Montañas Kharolis. Llegaron a Wayreth para curar sus heridas y para nutrir la pequeña chispa de magia que quedaba en el mundo. Los libros de encantamientos que no pudieron llevar con ellos —ya que su número era vasto y a muchos les fue realizado un encantamiento de protección— fueron entregados a la gran biblioteca de Palanthis y, de acuerdo con el saber de mi pueblo, aún están allí.

Solinari ascendía en el cielo, y sus rayos iluminaban a su hija con una belleza que a Tanis le cortaba la respiración, a pesar de que su frialdad le atravesaba el corazón.

—¿Qué sabes a cerca de una tercera luna? —le preguntó contemplando el cielo nocturno estremecido—. La luna negra...

—Poco. Los hechiceros obtienen su poder de las lunas: los Túnicas Blancas de Solinari, los Túnicas Rojas de Lunitari. De acuerdo con la tradición, existe una luna que otorga a los Túnicas Negras su poder, pero sólo ellos conocen su nombre o cómo encontrarla en el cielo.

Raistlin conocía el nombre, o por lo menos esa otra vez lo sabía. Pero prefirió no decirlo en voz alta —pensó Tanis.

—¿Cómo consiguió tu padre el Orbe de los dragones?

—Mi padre, Lorac, era un aprendiz de mago. Viajó a la Torre de la Alta Hechicería de Istar para la Prueba, que pasó, y a la cual sobrevivió. Fue allí donde vio por vez primera el Orbe de los Dragones —Alhana guardó silencio durante un instante—. Voy a explicarte algo que nunca he dicho a nadie, y que él sólo me lo contó a mí. Te lo digo porque tienes derecho a saber qué puede suceder.

»Durante la Prueba, el Orbe... —la elfa tuvo un segundo de duda, pareciendo buscar las palabras correctas— le habló, habló a su mente. Temía que estuviera aproximándose una terrible calamidad. «No debes dejarme aquí en Istar. Si así lo hicieras, yo perecería y el mundo estaría perdido», le dijo. Mi padre... supongo que podría decirse que robó el Orbe, a pesar de que él sintió que lo estaba rescatando.

»La Torre de Istar fue abandonada. El Sumo Sacerdote se instaló allí y la utilizó para sus propios fines. Finalmente los magos también dejaron la Torre de Palanthas —Alhana se estremeció—. La historia de esa Torre es terrorífica. El Regente de Palanthas, un discípulo del Sumo Sacerdote, llegó a la Torre para sellar sus puertas, por lo menos eso es lo que dijo. Pero todos pudieron ver su mirada centelleante y ambiciosa al contemplar la bella Torre. Además, la leyenda de las maravillas que ésta contenía —tanto buenas como malas—, se había extendido por todo el lugar.

»El Hechicero de los Túnicas Blancas empujó las esbeltas puertas de oro de la Torre y las cerró con una llave de plata. El Regente ya había extendido la mano, ansioso de poseer esa llave, cuando uno de los Túnicas Negras apareció en una de las ventanas de los pisos superiores. «Hasta el día en que el maestro del pasado y del presente regrese con su poder, estas puertas permanecerán cerradas y las salas vacías», gritó. Tras decir esto, el demoníaco mago se lanzó al vacío, arrojándose a las verjas de la Torre. Antes de ser atravesado por los barrotes, formuló sobre la Torre un encantamiento. Su sangre salpicó la tierra y las verjas de oro y plata se retorcieron y consumieron, volviéndose negras. La reluciente torre blanca y roja, se tornó gris como la piedra y sus negros minaretes se deshicieron en pedazos.

»El Regente y los suyos huyeron aterrorizados. Hasta hoy, nadie ha osado entrar de nuevo en la Torre de Palanthas, ni siquiera acercarse a sus verjas. Tras la maldición de la Torre mi padre llevó el Orbe de los Dragones a Silvanesti.

—Pero seguramente antes de llevárselo, tu padre debía saber algo sobre él—insistió Tanis—. Cómo utilizarlo...

—Si así era, no habló de ello, pues eso es todo lo que sé. Ahora debo descansar. Buenas noches —le dijo a Tanis sin siquiera mirarle.

—Buenas noches, Princesa Alhana —dijo Tanis amablemente—. Intenta descansar esta noche y no te preocupes. Tu padre es sabio y ha pasado por experiencias difíciles. Estoy seguro de que todo irá bien.

Alhana, que había comenzado a andar hacia la gruta dando la conversación por terminada, al oír aquel tono de simpatía en la voz de Tanis, vaciló.

—Aunque pasara la prueba —dijo en voz tan baja que Tanis tuvo que acercarse más a ella para oírla—, su magia no era tan poderosa como la de tu joven amigo. Y si creía que el Orbe era nuestra única esperanza, temo que...

—Los enanos tienen un dicho —Tanis, sintiendo que la barrera que había entre ellos se había roto, posó su brazo sobre los hombros de la elfa y la atrajo hacia sí—. El que se preocupa sin motivo deberá pagarlo con su pena. No te preocupes, nosotros estamos contigo.

Alhana no respondió. Dejó que la reconfortara durante un instante y luego, apartándose de Tanis, caminó hacia la caverna. Antes de llegar a ella volvió la mirada.

—Estás preocupado por tus amigos —le dijo—. No lo estés. Escaparon de la ciudad y se hallan a salvo. Aunque el kender estuvo a punto de morir, sobrevivió, y ahora viajan hacia el Muro de Hielo en busca de otro de los Orbes de los Dragones.

—¿Cómo lo sabes? —Tanis dio un respingo.

—Te he dicho todo lo que podía —Alhana negó con la cabeza.

—¡Alhana! ¿Cómo lo sabes? —insistió Tanis. Las pálidas mejillas de la elfa se tiñeron de rosa.

—Yo... yo le... le di al caballero una Joya Estrella. Él no conoce su poder, desde luego, ni cómo utilizarla. Ni siquiera sé por qué se la di, aunque...

—Aunque, ¿qué? —preguntó Tanis casi sin poder dar crédito a sus oídos.

—Fue tan galante, tan valiente. Arriesgó su vida por salvarme, y ni siquiera sabía quién era yo. Me ayudó porque estaba en apuros. Y... —sus ojos brillaron—, y lloró cuando los dragones mataron a toda esa gente. Nunca antes había visto llorar a un adulto. Cuando los dragones nos hicieron abandonar nuestro antiguo hogar, ninguno de nosotros lloró. Creo que tal vez hayamos olvidado cómo hacerlo...

Entonces, pensando tal vez que había hablado demasiado, corrió rápidamente la manta que cubría la entrada de la cueva y desapareció en el interior.

—¡En nombre de los dioses! —suspiró Tanis—. ¡Una Joya Estrella! ¡Qué extraño e inestimable regalo! Era un regalo que intercambiaban los amantes elfos que se veían obligados a separarse; la joya creaba un lazo entre sus almas. Así unidos, compartían las

emociones más íntimas del amado y podían proporcionarse apoyo el uno al otro en momentos de necesidad. Pero en su larga vida, Tanis nunca había oído hablar de una Joya Estrella entregada a un humano. ¿Qué tipo de efecto tendría sobre éste? Y Alhana... nunca podría amar a un humano, o corresponder a su amor. Debía tratarse de una pasión ciega. Había estado asustada, sola. No, aquello sólo podía acabar en desgracia, a menos que algo cambiara radicalmente entre los elfos o en la propia Alhana.

Aunque Tanis sintió alivio en el corazón al saber que Laurana y los otros estaban a salvo, sintió pena y temor por Sturm.

Capítulo 9

Silvanesti

Entrada en un sueño

El tercer día prosiguieron viaje en dirección al este, después de otro frugal desayuno. Aparentemente habían conseguido despistar a los dragones, a pesar de que a Tika, al mirar atrás, le pareció ver unas manchas negras en el horizonte. Esa misma tarde, cuando se ponía el sol, divisaron el río llamado Thon-Thalas —Río del Señor—, que separaba a Silvanesti del mundo exterior.

Tanis había oído hablar en numerosas ocasiones de la maravillosa belleza del antiguo hogar de los elfos. De todas formas, los elfos de Qualinesti hablaban de ello sin añoranza, ya que no echaban de menos las excelencias dejadas en Silvanesti, pues éstas se habían convertido en símbolo de las diferencias existentes entre las distintas familias de elfos. Los elfos de Qualinesti vivían en armonía con la naturaleza, desarrollando y realzando su belleza. Habían edificado las casas entre los álamos, adornando mágicamente sus troncos con oro y plata. Las viviendas estaban construidas en reluciente cuarzo rosa, e invitaban a la naturaleza a convivir con ellos.

En cambio, los elfos de Silvanesti amaban la exclusividad y variedad de cada objeto. Al no encontrar esa exclusividad en la naturaleza, la reformaban, amoldándola a su ideal.

Disponían de tiempo y paciencia pues ¿qué podían significar unos pocos siglos para los elfos, cuyas vidas duraban cientos de años? Por tanto rehacían bosques enteros, podando y cavando, haciendo crecer árboles y flores, formando maravillosos jardines de extraordinaria belleza.

No «construían» viviendas, sino que labraban y horadaban las inmensas rocas de mármol que había en sus tierras, dándoles formas tan extrañas y maravillosas que — durante la era anterior a la separación de las razas— los enanos artesanos hacían viajes de miles de millas para contemplarlas. Una vez allí lo único que los enanos podían hacer era emocionarse ante belleza tan singular. Se decía incluso que un humano, que paseara por los jardines de Silvanesti, nunca sería capaz de marchar, y se quedaría allí para siempre, embelesado, capturado en un bello sueño.

Desde luego Tanis sabía todo aquello tan sólo a través de la leyenda, pues desde las guerras de Kinslayer, ninguno de los elfos de Qualinesti había pisado su antiguo hogar. A los humanos se les había prohibido la entrada cien años antes de tales guerras —o por lo menos eso decía la tradición.

—¿Qué hay de cierto en las leyendas que hablan sobre humanos atrapados por la belleza de Silvanesti, incapaces de marchar? —le preguntó Tanis a Alhana mientras sobrevolaban un bosque de álamos montados sobre los grifos—. ¿Será bueno que mis amigos entren en estas tierras?

—Sabía que los humanos eran débiles, pero no tanto. Es cierto que no vienen a Silvanesti, pero eso es porque les mantenemos alejados. Desde luego no quisiéramos tener que convivir con ninguno de ellos. Si creyera en la posibilidad de que sucediera algo así, nunca os dejaría entrar en mis tierras.

—¿Ni siquiera a Sturm? —preguntó Tanis con malicia, resentido por el tono punzante empleado por la elfa.

Pero no se hallaba preparado para la respuesta. Alhana se volvió para mirarle, girando tan bruscamente la cabeza que su larga melena negra azotó a Tanis. El rostro de la elfa estaba pálido por la ira, tanto que parecía translúcido, y Tanis podía incluso ver latir las venas bajo su piel.

—¡No vuelvas a hablarme de este asunto en la vida! ¡Nunca vuelvas a nombrarle!

—Pero, ayer noche...

—Ayer noche nunca existió. Me sentía débil, cansada, asustada. Tal como estaba cuando... cuando conocí a Stu... al caballero. Me arrepiento de haberte hablado de él. Me arrepiento de haberte hablado de la Joya Estrella.

—¿También te arrepientes de habérsela dado a él?

—Me arrepiento del día en que pisé Tarsis —dijo Alhana en voz baja y apasionada—. ¡Ojalá nunca hubiera estado allá! ¡Nunca! —volvió la cabeza bruscamente, dejando a Tanis envuelto en oscuros pensamientos

Los compañeros acababan de alcanzar el río y podían ya divisar la alta Torre de las Estrellas, reluciendo como una hilera de perlas a la luz del sol, cuando los grifos detuvieron súbitamente su vuelo. Tanis miró al frente y no vio ninguna señal de peligro, pero los grifos continuaron descendiendo a gran velocidad.

Desde luego costaba creer que Silvanesti hubiera sido atacado. No se veían las delgadas columnas de humo de las fogatas de los numerosos campamentos que habría, si los draconianos ocuparan el lugar. Las tierras no estaban chamuscadas ni ennegrecidas. Las verdes hojas de los álamos parecían transparentes a la luz del sol. Los edificios de mármol salpicaban el bosque con su blanco esplendor.

—¡No! ¡Os lo ordeno! —Alhana se dirigió a los grifos en elfo—. ¡Seguid avanzando! ¡Debo llegar a la Torre!

Pero los grifos continuaron volando en círculos cada vez , más bajos, ignorando sus órdenes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tanis—. ¿Por qué nos detenemos? Ya se ve la Torre. ¿Qué es lo que sucede? No se ve nada extraño.

—Se niegan a seguir adelante —respondió Alhana preocupada—. No quieren explicarme el motivo, lo único que han dicho es que a partir de aquí deberemos viajar por nuestra cuenta. No lo entiendo.

A Tanis aquello no le gustó. Los grifos eran criaturas fieras e independientes, pero una vez ganada su lealtad, servían a sus señores con eterna devoción. Desde tiempos inmemoriales, la realeza elfa de Silvanesti había domesticado grifos para tenerlos a su servicio. Aunque eran más pequeños que los dragones, su mayor velocidad, sus afiladas garras, su pico desgarrador y sus patas traseras de león, hacían de ellos enemigos muy respetados. Casino le temían a nada o, por lo menos, eso era lo que Tanis había oído decir. El semielfo recordó que esos mismos grifos habían sobrevolado Tarsis entre enjambres de dragones sin mostrar ningún temor.

En cambio, ahora, los grifos estaban evidentemente asustados. Tomaron tierra a las orillas del río, negándose a obedecer a la furiosa Alhana, quien les ordenaba imperativamente que siguieran adelante. En lugar de ello recompusieron su plumaje malhumorado, negándose obcecadamente a obedecer.

Al final los compañeros se vieron obligados a desmontar de los lomos de los grifos y descargar las provisiones. Una vez hecho esto, las criaturas mitad ave, mitad león, extendieron sus alas con feroz dignidad y alzaron el vuelo.

—Bueno, así son las cosas —dijo Alhana secamente, haciendo caso omiso de las enojadas miradas que los demás le dirigieron—. Tendremos que caminar, eso es todo. No queda muy lejos.

Los compañeros, abandonados a la orilla del río, contemplaron el bosque que había más allá de las relucientes aguas. Ninguno de ellos habló. Todos se sentían tensos, alertas, ansiosos por descubrir cuál era el problema. Pero lo único que veían eran los álamos que brillaban bajo los últimos rayos de sol del atardecer. Sólo se escuchaba el murmullo del

río al besar la orilla, y aunque los álamos estuvieran aún verdes, un silencio invernal envolvía el bosque.

—Creí que habías dicho que tu gente había huido porque estaban sitiados —le dijo finalmente Tanis a Alhana rompiendo el silencio.

—¡Si éstas tierras están bajo el dominio de los dragones, yo soy un enano gully! —exclamó Caramon.

—¡Estábamos sitiados! —respondió Alhana, escudriñando con la mirada el bosque iluminado por el sol—. Los cielos estaban llenos de dragones, ¡como en Tarsis! Los ejércitos de los Dragones entraron en nuestro amado bosque, arrasándolo, destrozándolo...

Caramon se acercó a Riverwind y susurró:

—¡Esto cada vez se parece más a una misión imposible! El bárbaro frunció el entrecejo—. Seremos muy afortunados, si sólo se trata de eso. ¿Por qué nos ha traído aquí? Tal vez sea una trampa.

Caramon consideró la posibilidad durante unos segundos, y después miró con inquietud a su hermano, quien, desde que los grifos hubieran partido, no había abierto la boca, ni se había movido, ni había dejado de mirar fijamente hacia el bosque. El enorme guerrero desató la cinta que anudaba la espada a la vaina y se acercó a Tika. Sus manos se juntaron casi casualmente. Tika miró a Raistlin con temor, pero siguió firmemente asida a Caramon.

El mago seguía con la mirada fija en el bosque.

—¡Tanis! —exclamó de repente Alhana en una explosión de alegría, posando su mano sobre el brazo del semielfo—. ¡Puede que funcionara! ¡Tal vez mi padre los venciera y podamos regresar a casa! ¡Oh, Tanis...! ¡Hemos de cruzar el río y averiguarlo! ¡Vamos! ¡El apeadero del trasbordador está tras aquel recodo...!

—¡Alhana, espera! —gritó Tanis, pero la muchacha corría ya por la arenosa orilla con la larga falda revoloteando alrededor de sus tobillos—. ¡Alhana! Maldita sea. Caramon y Riverwind, seguidla. Goldmoon, intenta hacerla entrar en razón.

Riverwind y Caramon intercambiaron miradas de inquietud pero hicieron lo que Tanis ordenaba, corriendo por el margen del río tras Alhana. Goldmoon y Tika les siguieron caminando.

—Quién sabe lo que hay en ese bosque —murmuró Tanis—. Raistlin...

El mago no pareció oírle. Tanis se acercó más a él.

—¿Raistlin...? —repitió, extrañado por la abstraída mirada del mago.

El mago le contempló inexpresivamente, como si despertase de un sueño. Un segundo después, Raistlin se dio cuenta de que alguien estaba hablándole y bajó la mirada.

—¿Qué ocurre, Raistlin? —preguntó Tanis—. ¿Qué sientes?

—Nada, Tanis.

—¿Nada?

—Es como una niebla impenetrable, una pared desnuda. No veo nada, no siento nada.

Tanis le miró de hito en hito y súbitamente comprendió que Raistlin estaba mintiendo. Pero, ¿por qué? El mago devolvió al semielfo una mirada ecuánime, aunque con aquella torva sonrisa suya, como si se diera cuenta de que Tanis no le creía y sin embargo no le importara nada que así fuera.

—Raistlin —dijo Tanis suavemente—, supón que Lorac, el rey elfo, hubiera intentado utilizar el Orbe de los Dragones... ¿qué hubiera ocurrido? .

El mago elevó la mirada para fijarla nuevamente en el bosque.

—¿Lo crees probable?

—Sí —respondió Tanis—, por lo que me dijo Alhana, durante la Prueba en las Torres de la Alta Hechicería, uno de los Orbes habló a Lorac, pidiéndole que lo rescatara de un inminente desastre.

—¿Y él le obedeció?

—Sí. Lo trajo a Silvanesti.

—Debe tratarse del Orbe de Istar —susurró Raistlin. Sus ojos se estrecharon y lanzó un suspiro de anhelo—. No sé nada sobre los Orbes de los Dragones —señaló fríamente—, a excepción de lo que ya os dije. Pero lo que sí sé, semielfo, es que ninguno de nosotros saldrá indemne de Silvanesti, y eso en caso de que consigamos salir.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué peligro ves?

—Qué más da lo que yo vea —dijo Raistlin cruzando los brazos bajo las mangas de su túnica roja—. Debemos entrar en Silvanesti. Lo sabes tan bien como yo. ¿O acaso vas a dejar pasar la oportunidad de encontrar uno de esos Orbes?

—Pero si presentes algún peligro ¡Dínoslo! Al menos podremos entrar preparados... —profirió Tanis enojado.

—Entonces preparaos —susurró Raistlin suavemente.

Después se volvió y comenzó a caminar lentamente por la arenosa playa en pos de su hermano.

Los compañeros atravesaron el río justo cuando los últimos rayos de sol se filtraban entre las hojas de los álamos de la orilla opuesta. Después, el legendario bosque de

Silvanesti fue sumiéndose gradualmente en la oscuridad. Las sombras de la noche fluyeron entre los árboles tal como las oscuras aguas fluían bajo la quilla del pequeño trasbordador.

El viaje fue lento. Al principio pensaron que el trasbordador —una balsa con ornamentos labrados conectada a ambas orillas por medio de un elaborado sistema de cuerdas y poleas—, estaba en buenas condiciones. Pero tras embarcar y comenzar a atravesar el vetusto río descubrieron que todas las sogas se habían podrido. Comenzaron a mirar el bote con otros ojos, incluso el río parecía distinto. Un agua marrón-rojiza, teñida de un débil olor a sangre, se filtraba por la base de la balsa.

Justo cuando acababan de alcanzar la orilla opuesta y se hallaban descargando el material, las deshilachadas cuerdas se partieron y cedieron. La corriente arrastró al trasbordador río abajo rápidamente. Un segundo después la postrera luz de la tarde desapareció, devorada por la noche. Aunque el cielo estaba despejado y no había nube alguna que empañase su oscura superficie, no se veía ninguna estrella. Ni Lunitari ni Solinari aparecieron en el cielo. La única luz provenía del río que parecía centellear con profana brillantez.

—Raistlin, tu bastón —dijo Tanis. Su voz resonó potentemente en el silencioso bosque. Incluso Caramon tembló.

—Shirak —Raistlin formuló la palabra mágica y la esfera de cristal de su bastón se iluminó. Pero su luz era pálida y fría y lo único que parecía iluminar eran los extraños ojos en forma de relojes de arena de Raistlin.

—Debemos entrar en el bosque —dijo Raistlin con voz temblorosa comenzando a internarse en la oscura espesura.

Ninguno de los demás habló o se movió sino que permanecieron junto a la orilla del río, sobrecogidos de temor. No había razón alguna para sentir tal pavor y, en parte, era tan terrorífico porque era ilógico. El miedo penetraba en ellos desde la tierra, ascendiendo por sus piernas, diluyendo sus intestinos, chupando la fuerza de sus corazones y músculos, devorando sus mentes.

¿Miedo a qué? ¡Allí no había nada, nada! Nada atemorizante y, sin embargo, estaban más aterrorizados que nunca.

—Raistlin tiene razón. Debemos... debemos internarnos en el bosque... encontrar algún refugio—Tanis hablaba con gran esfuerzo, le castañeaban los dientes—. S-seguid a Raistlin.

Temblando, comenzó a avanzar sin comprobar si los demás lo seguían, sin importarle siquiera. Tras él oía a Tika gimiendo y a Goldmoon haciendo un esfuerzo por rezar pero sin poder formular palabra. Oyó a Caramon gritar a su hermano que se detuviera y a Riverwind chillar horrorizado, pero no le importó. Tenía que correr, ¡tenía que salir de ahí! Su única guía era la tenue luz que desprendía el bastón de Raistlin.

Desesperado, Tanis se precipitó hacia el bosque tras el mago, pero al llegar a los árboles las fuerzas le fallaron. Se hallaba demasiado aterrorizado para moverse. Tiritando, cayó de rodillas y después se tiró de bruces arañando el suelo con las manos.

—¡Raistlin! —gritó desgarradamente. Pero el mago no podía ayudarle. Lo último que Tanis pudo ver fue cómo el bastón de Raistlin caía lentamente hacia el suelo, despacio, cada vez más despacio, cuando la flácida y aparentemente inerte mano del mago lo soltó.

Árboles. Los maravillosos árboles de Silvanesti, retocados y manipulados durante siglos en forma de portentosas y hechizantes arboledas, ahora se volvían contra sus señores, tomándose auténticamente terroríficos. Una pernicioso luz verde se filtraba entre las temblorosas hojas.

Tanis los contempló atemorizado. A lo largo de su vida había visto imágenes terribles y extrañas, pero nada comparable a aquello. Puede que acabe por volverme loco — pensó—. Miró frenéticamente hacia uno y otro lado, pero no había forma de escapar. Estaba completamente rodeado de aquellos árboles, horriblemente alterados. El alma de cada uno de ellos parecía tormentosamente atrapada, prisionera en el interior del tronco. Sus retorcidas ramas eran las extremidades de su espíritu, contorsionándose en agonía. Las raíces se agarraban al suelo intentando inútilmente escapar. La savia manaba de inmensas incisiones en sus troncos. Los crujidos de las hojas eran desgarradores gritos de miedo y dolor. Los árboles de Silvanesti rezumaban sangre.

Tanis no tenía idea de dónde estaba, ni de cuánto tiempo llevaba allí. Recordó haber comenzado a andar hacia la Torre de las Estrellas, la cual podía divisar elevando la mirada sobre las copas de los álamos. Había caminado y caminado, y nada le había detenido. Después, había oído al kender gritar como un pequeño animal que está siendo torturado. Al volverse había visto a Tasslehoff señalando hacia los árboles. Tanis los observó con horror y, de pronto, se dio cuenta de que en realidad Tasslehoff no debía estar allí. Aunque también estaba Sturm, con el rostro ceniciento de temor, Laurana, sollozando desesperada, y Flint, quien contemplaba la escena con los ojos desmesuradamente abiertos.

Tanis abrazó a Laurana; sus brazos ciñeron carne y sangre, pero aún y así, él sabía que ella no estaba allí, y saberlo era terrible.

Mientras se encontraba en aquella arboleda similar a una prisión maldita, los horrores aumentaron. Entre los atormentados árboles comenzaron a aparecer animales que se lanzaron sobre los compañeros.

Tanis desenvainó la espada para defenderse, pero el arma temblaba entre sus manos. Tuvo que apartar la mirada, ya que los animales estaban metamorfoseándose, tomando el espantoso aspecto de muertos vivientes. Entre las transformadas bestias cabalgaban legiones de guerreros elfos de rasgos cadavéricos, demasiado macabros para ser contemplados. En los vacíos huecos de su rostro no relucían los ojos, y los delgados huesos de sus manos no estaban cubiertos por carne alguna. Cabalgaban entre los compañeros esgrimiendo brillantes y ardientes espadas teñidas con la sangre de los vivos. Pero cuando un arma les golpeaba, desaparecían en la nada.

No obstante, las heridas que los espíritus elfos infligían eran reales. Caramon, que luchaba contra un lobo de cuyo cuerpo salían serpientes, alzó la mirada y vio que uno de los guerreros elfos se abalanzaba hacia él, sosteniendo una brillante espada en su descarnada mano. Caramon llamó a su hermano pidiéndole ayuda.

Raistlin murmuró:

—Ast kiranann kair Soth—aran Suh kal;Jalaran.

Una esfera en llamas voló de las manos del mago y cayó directamente sobre el elfo, pero no produjo efecto alguno. La espada del espíritu elfo, impulsada por una fuerza increíble, atravesó la cota de mallas de Caramon penetrándole en el hombro y haciéndole caer de rodillas junto a un árbol cercano.

El guerrero elfo retiró el arma. Caramon cayó a tierra y su sangre se mezcló con la del árbol. Raistlin, con una furia sorprendente, sacó una daga de plata de una correa de cuero que llevaba oculta en el brazo y se la lanzó al elfo. La hoja se clavó en el espíritu, el cual se evaporó en la nada con cabalgadura incluida. Pero Caramon quedó tendido en el suelo, con el brazo pendiente del resto del cuerpo tan sólo por una pequeña tira de carne.

Goldmoon se arrodilló junto a él dispuesta a sanarle, pero no atinó a formular sus oraciones, ya que todo era tan terrorífico que la fe le fallaba.

—Ayúdame, Mishakal. Ayúdame a salvar a mí amigo. La terrible herida se cerró y aunque de ella seguía manando sangre, que se escurría por el brazo de Caramon, la muerte se alejó del guerrero. Raistlin se arrodilló junto a su hermano y comenzó a hablarle. Pero, de pronto, el mago se quedó callado, mirando hacia los árboles con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiera creer lo que veía.

—¡Tú! —exclamó Raistlin.

—¿Quién es? —preguntó débilmente Caramon, percibiendo una vibración de temor en la voz de Raistlin. El guerrero miró con atención hacia la luz verdosa pero no pudo ver nada—. ¿Con quién hablas?

Pero Raistlin, absorto en otra conversación, no le respondió

—Necesito tu ayuda —decía el mago gravemente—. La necesito tanto como entonces... Caramon vio que su hermano alargaba una mano, como si intentara alcanzar algo, y se sintió completamente aterrorizado sin saber por qué.

—No, Raistlin —gritó presa de pánico, agarrándose a su hermano. El mago dejó caer el brazo.

—Nuestro trato sigue en pie. ¿Qué? ¿Pides más? —Raistlin guardó silencio unos instantes, luego suspiró—. ¡Nómbrale! El mago escuchó absorto durante un largo lapso de tiempo. Caramon, que lo contemplaba con preocupación, vio que el rostro de tinte metálico del mago se tornaba de una palidez mortecina. Raistlin cerró los ojos, tragando

saliva, como si estuviera bebiendo la amarga infusión de hierbas. Finalmente asintió con la cabeza.

—Acepto.

Caramon gritó con todas sus fuerzas al ver que la túnica de Raistlin, la roja túnica que definía su neutralidad en el mundo, comenzaba a teñirse de carmesí, poco después se oscurecía y adquiría un tono rojo sangre, y unos segundos más tarde se convertía en... negra.

—Acepto esto —repitió Raistlin con más serenidad—, entendiendo que el futuro puede cambiarse. ¿Qué debemos hacer?

Mientras el mago escuchaba la respuesta, Caramon se agarró a su brazo, gimiendo.

—¿Cómo podemos llegar vivos a la Torre? —preguntó Raistlin a su interlocutor invisible. Una vez más atendió absorto a lo que le decían y luego asintió con la cabeza—. ¿Y me será dado lo que necesito? Muy bien. Que los verdaderos dioses te acompañen en tu oscuro viaje, si eso es posible.

Raistlin se puso en pie envuelto en su oscura túnica. Haciendo caso omiso de los sollozos de Caramon y del temeroso respingo de Goldmoon al verle, el mago fue en busca de Tanis. Encontró al semielfo recostado contra un árbol batallando contra una hueste de guerreros elfos. Calmosamente, Raistlin metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un pequeño pedazo de piel de conejo y una pequeña barra de ámbar. Frotándolos con su mano izquierda, extendió la derecha y murmuró unas palabras:

—Ast kiranann kair Gadurm Soth-arn Sh kal;Jalaran.

De sus dedos surgieron dardos de luz que gayaron la verdosa atmósfera y cayeron sobre los guerreros elfos. Éstos, como la vez anterior, se evaporaban. Tanis cayó hacia atrás, exhausto.

Raistlin quedó en pie en medio de un claro, rodeado por los atormentados y distorsionados árboles.

—¡Venid cerca de mí! —ordenó el mago a sus compañeros.

Tanis vaciló. Los guerreros elfos rondaban todavía por los márgenes del claro. De pronto arremetieron hacia adelante, dispuestos a atacar, pero Raistlin levantó una mano y ellos se detuvieron, como si hubieran topado contra un muro invisible.

—¡Acercaos a mí! —los compañeros se quedaron atónitos al oír hablar a Raistlin con voz normal, por primera vez desde que pasara la Prueba—. Apresuraos, ahora no atacarán, me temen. Pero no podré contenerles durante mucho tiempo.

Tanis avanzó hacia adelante, con la cara pálida bajo la barba pelirroja y sangrando por una herida en la cabeza. Goldmoon ayudó a Caramon a desplazarse. El guerrero se sostenía el brazo sangrante con el rostro contraído por el dolor. Lentamente, uno por

uno, el resto de los compañeros fueron acercándose al mago. Finalmente el único que quedó fuera del círculo fue Sturm.

—Siempre supe que ocurriría algo así —dijo pausadamente el caballero—. Antes morir que ponerme bajo tu protección, Raistlin.

Y dicho esto, el caballero se volvió y se internó en el bosque. Tanis vio al jefe de los espíritus elfos hacer un gesto, ordenando a parte de su fantasmagórico grupo que le siguieran. El semielfo se disponía a moverse cuando sintió que una mano, sorprendentemente fuerte, le detenía.

—Déjale ir —dijo el mago ceñudo—, o estamos perdidos. Tengo nuevas que comunicaros, y el tiempo del que dispongo es limitado. Debemos atravesar este bosque hasta llegar a la Torre de las Estrellas. Avanzaremos por el camino de los muertos, pues en él se nos aparecerán, dispuestas a detenernos, todas las terribles criaturas concebidas en los retorcidos y torturados sueños de los mortales. Pero sabed esto, caminamos en un sueño, en la pesadilla de Lorac y también en nuestra propia pesadilla. Pueden surgir visiones del futuro que nos ayuden... o nos detengan. Recordad que, aunque nuestros cuerpos estén despiertos, nuestras mentes están dormidas. La muerte existe únicamente en nuestras mentes... a menos que creamos otra cosa

—¿Entonces por qué no podemos despertar? —preguntó Tanis con furia. —Porque Lorac cree firmemente en este sueño, mientras tú crees en él muy débilmente. Cuando estés profundamente convencido de que esto es un sueño, cuando no guardes duda alguna, regresarás a la realidad.

—Si esto es así, y tú estás convencido de que es un sueño, ¿por qué no despiertas?

—Tal vez prefiero no hacerlo.

—¡No lo comprendo!

—Lo comprenderás —predijo siniestramente Raistlin—, o morirás. En cuyo caso, ya no tendrá importancia.

Capítulo 10

Sueños de vigilia

Visiones de futuro

Haciendo caso omiso de las horrorizadas miradas de los compañeros, Raistlin caminó hacia su hermano, quien todavía se sostenía el brazo sangrante.

—Yo cuidaré de él —le dijo Raistlin a Goldmoon, rodeando los hombros de su gemelo con un brazo envuelto en la negra túnica.

—No —jadeó Caramon—, no eres suficientemente fuerte... —su voz murió al sentir cómo el brazo de su hermano le aguantaba con firmeza.

—Ahora soy suficientemente fuerte, Caramon —dijo Raistlin con voz suave. La extrema amabilidad de su tono hizo que el guerrero se estremeciera. Debilitado por primera vez en su vida por el dolor y el pavor, Caramon se apoyó en Raistlin. El mago le sostuvo y, juntos, comenzaron a caminar hacia el terrorífico bosque.

—¿Qué está sucediendo, Raistlin? —preguntó Caramon jadeando—. ¿Por qué vistes la Túnica Negra? ¿Y qué ocurre con tu voz...?

—No desperdicies tu aliento, hermano mío —le aconsejó Raistlin amablemente.

Los dos se internaron en el bosque, mientras los guerreros elfos les contemplaban amenazadoramente. Pudieron percibir el odio que los muertos sienten por los vivos, lo vieron destellar en los vacíos huecos de los ojos de los espíritus guerreros. Pero ninguno de ellos osó atacar al mago de la túnica negra. Caramon sentía que su sangre viva y caliente se le escurría entre los dedos de la mano, y la contempló gotear sobre la capa de hojas muertas que cubría el suelo. Se sentía cada vez más débil. Tenía la sensación de que su negra sombra iba ganando fuerza a medida que él la perdía.

Tanis corrió por el bosque en busca de Sturm. Le encontró batallando contra un grupo de fantasmales guerreros elfos.

—Es un sueño —le gritó Tanis a Sturm, quien fustigaba y propinaba estocadas a los espíritus. Cada vez que golpeaba a uno, éste desaparecía tan sólo para reaparecer de nuevo. El semielfo desenvainó su espada y se apresuró a ayudar a Sturm.

—¡Bah! —gruñó el caballero. Pero un segundo después jadeó de dolor al clavársele una flecha en el brazo. La herida no era profunda, ya que la cota de mallas le protegía, pero sangraba abundantemente—. ¿Es esto un sueño? —dijo Sturm sacándose el dardo teñido de sangre.

Tanis saltó ante el caballero, manteniendo a raya a sus enemigos hasta que Sturm pudo contener la sangre que brotaba de la herida.

—Raistlin nos ha dicho... —comenzó a decir Tanis.

—¡Raistlin! ¡Bah! ¡Mira su túnica, Tanis!

—¡Pero tú estás aquí! ¡En Silvanesti! —protestó Tanis confuso. Tenía la extraña sensación de estar discutiendo consigo mismo—. ¡Alhana dijo que estabas en el Muro de Hielo!

El caballero se encogió de hombros.

—Tal vez me enviaron para salvaros.

De acuerdo, es un sueño. Voy a despertar.—pensó Tanis. Pero nada cambió. Los elfos seguían estando allí, luchando. Sturm debía tener razón. Raistlin había mentido. Tal como había mentido antes de que entraran en el bosque. Pero ¿por qué? ¿Con qué propósito?

De pronto Tanis lo comprendió. ¡El Orbe de los dragones!

—¡Hemos de llegar a la Torre antes que Raistlin! —le gritó Tanis a Sturm—. ¡Sé lo que el mago persigue!

El caballero únicamente pudo asentir. A Tanis le pareció que, a partir de entonces, tenían que librar una batalla por cada pulgada de terreno que avanzaban. A veces los dos guerreros conseguían hacer retroceder a los elfos, sólo para volver a ser atacados un momento después por un número mayor de ellos. Sabían que el tiempo iba transcurriendo, pero no tenían conciencia de él. Tan pronto veían brillar el sol entre la sofocante calina verdosa, como un poco más tarde veían las sombras de la noche cernirse sobre la tierra como alas de dragones. Entonces, justo cuando la oscuridad se agudizaba, Sturm y Tanis vieron la Torre. Construida en mármol, la alta Torre relucía alba, alzándose solitaria en medio de un claro, elevándose hacia los cielos como un esquelético dedo proveniente de las profundidades de una gruta.

Al ver aparecer la Torre el semielfo y el caballero echaron a correr hacia ella. Aunque se encontraban débiles y exhaustos, ninguno de los dos deseaba hallarse en aquellos mortíferos bosques tras la caída de la noche. Los guerreros elfos —al ver escapar su presa—, chillaron de rabia y se abalanzaron tras ellos.

Tanis corrió hasta que le pareció que sus pulmones iban a estallar. Sturm iba delante de él acuchillando a los espíritus que aparecían ante ellos con la intención de bloquearles el camino. Cuando el semielfo se hallaba ya muy cerca de la Torre sintió que la raíz de un árbol se le enroscaba firmemente en el tobillo, haciéndole caer de cabeza al suelo.

Tanis luchó desesperadamente por ponerse en pie, pero la raíz le sujetaba el tobillo con firmeza. Mientras se esforzaba inútilmente, un espíritu elfo con el rostro grotescamente retorcido alzó su espada dispuesto a atravesar el cuerpo del semielfo. Pero, de pronto, los ojos del espíritu se abrieron de par en par y la espada resbaló de sus inanimados dedos, al mismo tiempo que otra espada ensartaba su cuerpo transparente. El elfo gimió y desapareció.

Tanis elevó la mirada para ver quién había salvado su vida. Se trataba de un extraño guerrero... extraño pero que, no obstante, le resultaba familiar. Cuando el guerrero se sacó el casco, Tanis contempló atónito unos relucientes ojos marrones.

—¡Kitiara! —exclamó sorprendido—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué...?

—Oí que necesitabas ayuda y veo que no me equivocaba —dijo Kitiara esbozando aquella sinuosa sonrisa suya, tan encantadora como de costumbre. Cuando ella le tendió la mano, Tanis se sujetó a ella dudando, pero la mujer era de carne y hueso—. ¿Quién es aquél, Sturm? ¡Maravilloso! ¡Cómo en los viejos tiempos! ¿Vamos hacia la Torre? —le preguntó a Tanis, sonriendo al ver la sorpresa reflejada en el rostro del semielfo.

Riverwind peleaba solo, batallando contra legiones de espíritus de guerreros elfos.

Sabía que no podría resistir mucho más. Pero, de pronto, oyó claramente que alguien le llamaba. Al elevar la mirada, ¡vio a los hombres de la tribu de Que-shu! Gritó de alegría, pero ante su horror, se dio cuenta de que éstos comenzaban a disparar sus flechas contra él.

—¡No! ¿No me reconocéis? Soy... —comenzó a gritarles en su idioma. Pero los guerreros le respondieron volviendo a tensar las cuerdas de sus arcos. Riverwind sintió cómo las flechas se clavaban en su cuerpo.

—¡Hiciste que la Vara de Cristal Azul se volviera contra nosotros! —le gritaron—. ¡Fue culpa tuya! ¡La destrucción de nuestro pueblo fue culpa tuya!

—No era mi intención... —susurró el bárbaro mientras caía al suelo—. No lo sabía. Perdonadme... Tika se abrió camino apuñalando y pateando a los —guerreros elfos, ¡sólo para ver como éstos se transformaban súbitamente en draconianos! Sus ojos de reptiles relucían rojizos, sus lenguas relamían las espadas. La muchacha estaba paralizada de terror. Tambaleándose,.. ¡tropezó con Sturm. El caballero se volvió enojado, ordenándole que se apartara de su camino. Al retroceder, chocó con Flint, quien la empujó impacientemente a un lado. Cegada por las lágrimas y aterrorizada ante la imagen de los draconianos, quienes tras desvanecerse resurgían en la batalla, Tika perdió el control. Su miedo era tal que comenzó a acuchillar salvajemente todo lo que se movía. Sólo volvió en sí al elevar la mirada y ver a Raistlin ante ella, vestido con su túnica negra. El mago no dijo nada, simplemente señaló hacia el suelo. Flint yacía muerto a sus pies, atravesado por su espada.

Yo les traje aquí. Es responsabilidad mía. Soy el mayor. Los sacaré de aquí —pensaba Flint. El enano levantó en alto su hacha de guerra y lanzó un desafío a los guerreros elfos que había ante él. Los espíritus rieron. Flint, enojado, se abalanzó hacia adelante, pero descubrió con pesar que casi no podía caminar. Las articulaciones de las rodillas se le habían hinchado y le dolían terriblemente. Sus nudosos dedos temblaban como los de un perlático, obligándolo a soltar su hacha. Le faltaba la respiración. De pronto Flint comprendió por qué los guerreros elfos no estaban atacándole; dejaban que su propia vejez acabara con él.

A la vez que se daba cuenta de esto, el enano sintió que su mente comenzaba a divagar y su visión se nublaba. Una oscura silueta apareció ante él, la silueta de alguien que le resultaba familiar. ¿Era Tika? No estaba seguro, no podía ver nada...

Goldmoon corrió entre los retorcidos y torturados árboles. Perdida y sola, buscaba desesperadamente a sus amigos. A pesar del tintineo de las espadas, pudo oír a Riverwind llamándola en la lejanía. Pero, de pronto, la llamada se convirtió en un grito de agonía. Avanzó desesperadamente, abriéndose camino entre las zarzas hasta que su rostro y sus manos comenzaron a sangrar. Al final encontró a Riverwind. El guerrero estaba tendido en el suelo, atravesado por un gran número de flechas... ¡flechas que Goldmoon reconoció!

Fue corriendo hacia él y se arrodilló a su lado.

—Cúrale, Mishakal—pidió, tal como había rogado otras veces. Pero no sucedió nada. El ceniciento rostro de Riverwind no recuperó su color. Seguía con los ojos en blanco, fijos en aquel cielo verdoso.

—¿Por qué no respondes? ¡Cúrale! —gritó Goldmoon a la diosa, pero entonces comprendió lo que sucedía—. ¡No! ¡Castígame a mí! ¡He sido yo la que he dudado! ¡Presenció la destrucción de Tarsis, vi sufrir y morir a niños! ¿Cómo pudisteis permitir una cosa así? ¡Intento tener fe, pero al contemplar tales horrores, no puedo evitar dudar! No le castigáis a él.

Sollozando, se inclinó sobre el cuerpo inerte de su esposo sin darse cuenta que estaba siendo rodeada por un grupo de guerreros elfos.

Tasslehoff, fascinado por los terribles prodigios acaecidos, se desvió del camino y descubrió que sus amigos se las habían arreglado para perderle de vista. Los espíritus no le molestaron. Ellos se alimentaban del temor, y no percibían ninguno en el pequeño cuerpecillo del kender.

Finalmente, después de andar de un lado para otro durante casi un día, el kender llegó a las puertas de la Torre de las Estrellas. Al llegar allí su despreocupada sonrisa se le borró de la cara; había encontrado a sus amigos, por lo menos a uno de ellos.

Acorralada contra las cerradas puertas, Tika luchaba por su vida contra una hueste de deformes y terroríficos enemigos. Tas vio que Tika sólo conseguiría salvarse si lograba entrar en la Torre. Corrió hacia adelante y, atravesando fácilmente la reyerta, alcanzó la puerta y comenzó a examinar la cerradura, mientras Tika mantenía alejados a los elfos blandiendo salvajemente su espada.

—¡Apresúrate, Tas! —gritó la muchacha desesperada. Era una cerradura fácil de abrir; estaba protegida con una trampa tan simple que a Tas le sorprendió que los elfos se hubiesen molestado en instalarla.

—La abriré en cuestión de segundos —anunció. No obstante, cuando comenzaba a manipularla, algo le golpeó desde atrás, haciéndole tambalearse.

—¡Hey! —le gritó a Tika irritado, volviéndose—. Sé un poco más cuidadosa... Se interrumpió horrorizado. Tika yacía a sus pies completamente cubierta de sangre.

—¡No, no, Tika! —susurró Tas. ¡Tal vez estuviera sólo herida! Tal vez sí conseguía entrarla en la Torre, alguien podría ayudarla. Las lágrimas entorpecieron la visión del kender y sus manos comenzaron a temblar. Debo apresurarme. ¿Por qué no se abrirá esto? ¡Es tan simple! —pensó Tas desesperado.

Furioso, intentó romper la cerradura. Cuando finalmente ésta saltó, sintió una pequeña punzada en el dedo. La puerta de la Torre comenzó a abrirse. Pero Tasslehoff sólo podía contemplar su dedo, en el que relucía una pequeña gota de sangre. Volvió a mirar la cerradura y descubrió una pequeña aguja dorada. Una trampa sencilla, que él mismo había activado. Mientras los primeros efectos del veneno se esparcían por su cuerpo, bajó la mirada y vio que ya era demasiado tarde. Tika había muerto. Raistlin y su hermano se abrieron camino por el bosque sin problemas. Caramon contempló cada vez más impresionado cómo Raistlin mantenía alejadas a las demoníacas criaturas que les acechaban; en algunos momentos con increíbles proezas de magia, en otros sólo con la pura fuerza de su voluntad.

La actitud de Raistlin era amable y solícita. A medida que el día languidecía, Caramon se veía obligado a detenerse cada vez con mayor frecuencia. Al llegar el atardecer, todo lo que Caramon podía hacer era arrastrar los pies, apoyándose en su hermano para sostenerse. Y mientras Caramon se sentía cada vez más débil, Raistlin era cada vez más fuerte. Finalmente, cuando las sombras de la noche tuvieron la clemencia de acabar con aquel día torturante, los gemelos llegaron a la Torre. Una vez allí se detuvieron, pues Caramon se sentía exhausto y febril.

—Tengo que descansar, Raistlin. Ayúdame.

—Por supuesto, hermano mío —dijo Raistlin con amabilidad ayudando a Caramon a recostarse contra la perlina pared de la Torre y contemplándole luego con ojos fríos y relucientes.

—Adiós, Caramon.

Caramon lo miró sin poder dar crédito a sus oídos. El guerrero pudo ver entre las sombras de los árboles a los espíritus elfos —que hasta el momento los habían seguido a una distancia prudencial—, aguardando a que el mago se fuera.

—Raistlin —dijo Caramon lentamente—, ¿no puedes dejarme aquí! No puedo luchar contra ellos. ¡No tengo fuerzas! ¡Te necesito!

—Tal vez, pero sabes, hermano mío, ya no te necesito más. Me he apoderado de tu fuerza. Ahora, por fin soy el que debería haber sido de no ser por un cruel truco de la naturaleza... una sola persona.

Mientras Caramon lo miraba sin comprender, Raistlin se volvió para marcharse.

—¡Raistlin!

El grito agonizante de Caramon le detuvo. Raistlin se volvió y miró a su gemelo.

—¿Cómo te sientes siendo débil y temeroso, hermano mío? —le preguntó suavemente. Volviéndose de nuevo, Raistlin caminó hacia la entrada de la Torre, donde Tika y Tas yacían muertos. El mago pasó sobre ellos y desapareció en la oscuridad.

Cuando Sturm, Tanis y Kitiara llegaron a la Torre vieron un cuerpo tendido en el suelo. Las fantasmagóricas siluetas de los espíritus elfos comenzaban a rodearle, aullando, chillando y pinchándole con sus frías espadas.

—¡Caramon! —gritó Tanis desconsolado.

—¿Dónde está su hermano? —preguntó Sturm mirando intencionadamente a Kitiara—. Sin duda le ha dejado morir.

Los tres echaron a correr en dirección a Caramon para ayudarlo. Blandiendo sus espadas, Sturm y Kitiara mantuvieron a los elfos alejados mientras Tanis se arrodillaba junto al agonizante guerrero.

Caramon elevó su vidriosa mirada y se encontró con la de Tanis, resultándole difícil reconocerle debido a la sangrienta neblina que ofuscaba su visión. Hizo un esfuerzo desesperado por hablar.

—Protege a Raistlin, Tanis... —Caramon se atragantó con su propia sangre—, ya que yo no estaré aquí para ayudarlo. Vela por él.

—¿Velar por Raistlin? —repitió Tanis furioso—. ¡Te dejó aquí, te dejó morir! Caramon cerró los ojos exhausto.

—No, estás equivocado, Tanis. Yo le dije que se fuera.., —la cabeza del guerrero cayó hacia adelante.

Las sombras de la noche se cernieron sobre ellos. Los elfos habían desaparecido. Sturm y Kitiara se acercaron al guerrero muerto.

—¿Qué te había dicho? —preguntó Sturm agriamente.

—Pobre Caramon —susurró Kitiara, arrodillándose junto a él—. Siempre creí que acabaría así.

Guardó silencio durante un instante y luego murmuró casi para sí: —O sea que mi pequeño Raistlin se ha hecho realmente poderoso.

—¡A costa de la vida de su otro hermano!

Kitiara miró a Tanis perpleja por lo que acababa de oír. Luego, encogiéndose de hombros, bajo la mirada hacia Caramon, quien yacía sobre un charco formado por su sangre.

—Pobre muchacho —dijo en voz baja. Sturm cubrió el cuerpo de Caramon con su capa y los tres marcharon en busca de la entrada de la Torre.

—Tanis... —dijo Sturm señalando hacia adelante. El cuerpo del kender yacía junto a la puerta. Sus pequeños brazos y piernas se hallaban retorcidos debido a las convulsiones que le había provocado el veneno. A corta distancia estaba el cuerpo de Tika, con los rizos rojizos salpicados de sangre. Tanis se arrodilló junto a ambos cadáveres. Una de las bolsitas del kender estaba abierta y todo lo que contenía se había esparcido por el suelo. Tanis vio relucir algo. Al fijar la atención descubrió el anillo de hechura elfa, labrado en forma de hojas de enredadera. La visión se le nubló, los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que cubrirse el rostro con las manos.

—No podemos hacer nada, Tanis —Sturm posó la mano sobre el hombro de su amigo—. Hemos de seguir adelante y acabar con todo esto. Aunque sea lo último que haga, viviré para matar a Raistlin.

La muerte está en nuestras mentes. Esto es un sueño —se repetía Tanis.

Pero las palabras que decía eran las de Raistlin, y ya había visto en lo que se había convertido el mago.

Llegará un momento en el que despertaré —pensó, poniendo toda su voluntad para creer que se trataba de un sueño. Más, cuando abrió los ojos, el cuerpecillo del kender seguía tendido en el suelo.

Sujetando con firmeza el anillo que tenía en la mano, Tanis siguió a Kitiara y Sturm hacia el interior del húmedo vestíbulo de mármol que ahora estaba completamente cubierto de lógamo. De las marmóreas paredes colgaban pinturas enmarcadas en oro. Unos altos ventanales con cristalerías de colores dejaban entrar una luz cárdena y fantasmal. El vestíbulo debía haber sido muy bello en tiempos pasados, pero ahora hasta las pinturas de la pared aparecían desfiguradas, mostrando terroríficas imágenes de la muerte. Poco a poco, a medida que los tres iban avanzando, comenzaron a percibir una brillante luz verdosa que emanaba de una habitación que había al fondo del corredor.

Los tres sintieron que de aquella luz glauca emanaba una malevolencia que golpeaba sus rostros con el calor de un sol desnaturalizado.

—El centro del mal —dijo Tanis. Su corazón estaba lleno de cólera; cólera, pena y un ardiente deseo de venganza. Echó a correr en dirección a la habitación, pero aquel aire tiznado de verde parecía ejercer sobre él una firme presión, frenándole cada vez con mayor intensidad, hasta que dar un sólo paso supuso un inmenso esfuerzo.

Kitiara caminaba titubeante a su lado. Tanis la rodeó con el brazo, a pesar de que apenas disponía de fuerzas para moverse él mismo. El rostro de la mujer estaba empapado de sudor y los oscuros y rizados cabellos se arremolinaban sobre su frente. Su mirada reflejaba temor. Era la primera vez que Tanis la veía asustada. El semielfo escuchó tras él la respiración jadeante de Sturm.

Al principio no parecían adelantar en su camino en absoluto. Luego, se dieron cuenta de que, poco a poco, iban acercándose cada vez más a la estancia de la que emanaba la luz.

Ahora su intenso brillo les dañaba los ojos. Se hallaban totalmente exhaustos, les dolían los músculos y les ardían los pulmones.

En el preciso instante en que Tanis sintió que no podía continuar andando, oyó que una voz pronunciaba su nombre. Al alzar su dolorida cabeza, vio a Laurana enfrente suyo a una pequeña distancia, llevando en sus manos la espada elfa. La pesadez no parecía afectarla, pues la muchacha corrió hacia él profiriendo un alegre grito.

—¡Tanthalas! ¡Estás bien! He estado esperando... De repente se interrumpió, posando la mirada sobre la mujer que Tanis sostenía.

—¿Quién...? —comenzó a preguntar Laurana, pero, de pronto, lo supo. Aquella era Kitiara. La humana a la que Tanis amaba. El rostro de Laurana palideció y un segundo después se tiñó de rubor.

—Laurana... —Tanis se sintió invadido por la confusión y la culpa, odiándose a sí mismo por causarle tal dolor a la elfa.

—¡Tanis! ¡Sturm! —gritó Kitiara señalando. ., Ambos se volvieron, alarmados por el tono de su voz, mirando hacia el fondo del corredor de mármol inundado de luz glauca.

—¡Drakus Tsaro, deghnyah! —entonó Sturm en Solámnico.

En medio de la verdosa calina había un gigantesco dragón verde. Se llamaba Cyan Bloodbane, y era uno de los dragones más grandes de Krynn. Tan sólo el gran dragón hembra Great Red, era mayor. Tras asomar la cabeza por el marco de una puerta, el inmenso reptil listó la aceitunada luz con su pesado cuerpo. Cyan, que había oído el acero, la carne humana y la sangre elfa, observó al grupo con la mirada inyectada en sangre.

Se quedaron inmóviles, paralizados por el temor a los dragones. Lo único que pudieron hacer fue observar cómo el dragón traspasaba el marco de la puerta, resquebrajando la pared de mármol con la misma facilidad con que hubiera hecho pedazos una de barro cocido. Cyan avanzó por el corredor con las fauces abiertas. Los compañeros no podían hacer nada. Sus armas pendían de manos sin nervios, sus pensamientos eran de muerte. Pero, cuando el dragón ya estaba cerca, una oscura silueta surgió de una puerta entre las verduscas sombras y se plantó frente a ellos.

—¡Raistlin! —exclamó Sturm—. ¡Por todos los dioses, vas a pagar por la vida de tu hermano! Olvidando al dragón y recordando sólo el cuerpo sin vida de Caramon, el caballero corrió hacia el mago con la espada alzada. Raistlin le miró con frialdad.

—Mátame, caballero, y acabarás con tu vida y con la de los demás, pues a través de mi magia —y únicamente a través de mi magia—lograrás abatir a Cyan Bloodbane.

—¡Detente, Sturm! —a pesar de su sentimiento de aversión, Tanis sabía que el mago tenía razón. Podía sentir el poder que emanaba de su negra túnica—. Necesitamos su ayuda.

—No —dijo Sturm sacudiendo la cabeza y separándose del grupo cuando Raistlin se aproximó—. Ya lo dije antes... no confiaré en su protección. No pienso hacerlo. Adiós, Tanis.

Antes de que nadie pudiera detenerle, Sturm se cruzó con Raistlin y avanzó hacia Cyan Bloodbane. El gigantesco dragón movía de un lado a otro la cabeza, como si intuyera aquel reto a su poder, el primero desde que había conquistado Silvanesti.

Tanis agarró a Raistlin.

—¡Haz algo!

—El caballero se ha interpuesto en mi camino. Cualquier encantamiento que formule le destrozará a él también.

—¡Sturm! —gritó Tanis, y su voz resonó fúnebre. El caballero vaciló. Escuchaba algo, pero no la voz de Tanis. Lo que oía era la aguda y penetrante llamada de la trompeta solámnica, una música tan fría como las nevadas montañas de su hogar. La llamada de la trompeta se elevaba con pureza y claridad sobre la oscuridad, muerte y desesperación, llegándole al corazón.

Sturm respondió a la llamada con un alegre grito de guerra y, luego, alzó su espada —la espada de su padre, con su antigua hoja coronada por la rosa y el martín pescador—. La luz de Solinari, que entraba por una ventana rota, envolvió la espada en una radiante luz blanca que rayó la pernicioso atmósfera verde. Cada vez que sonaba la trompeta, Sturm respondía de nuevo, pero, de pronto, la voz le falló, pues la llamada que acababa de oír había cambiado de tono. Ya no era dulce y pura, era agria y aguda.

¡No, aquello era el sonido de los cuernos del enemigo! ¡Había caído en una trampa! —pensó Sturm horrorizado mientras se aproximaba al dragón.

Un momento después vio que estaba siendo rodeado por soldados draconianos, quienes surgían de detrás del dragón y se reían cruelmente de él. Sturm se detuvo, sosteniendo la espada con una mano que sudaba bajo el guante. El dragón —criatura imbatible— apareció ante él rodeado de parte de sus ejércitos, babeando y relamiéndose las quijadas con la lengua.

A Sturm se le hizo un nudo en el estómago; su piel se tornó fría y húmeda. La llamada del cuerno sonó de nuevo, terrible y maligna. Todo había acabado. El esfuerzo no había servido de nada. Le esperaba la muerte, una ignominiosa derrota. Descorazonado, miró a su alrededor con temor. ¿Dónde estaba Tanis? Necesitaba a Tanis pero no podía encontrarle. Fruto de la desesperación, comenzó a repetir el Código de los caballeros, Mi Honor Es Mi Vida, pero las palabras le sonaban huecas y faltas de sentido. El todavía no había sido investido caballero. ¿Qué representaba el Código para él? ¡Había estado viviendo en una mentira! El brazo con el que manejaba la espada comenzó a temblar; ésta resbaló de su mano y él cayó de rodillas, temblando y sollozando como un niño, ocultando su cabeza de la terrorífica imagen que tenía ante sí.

Con un sólo golpe de sus relucientes garras, Cyan Bloodbane casi acabó con la vida de Sturm, atravesando su cuerpo. Con una garra manchada de sangre, Cyan se desprendió

del desventurado humano desdeñosamente, lanzándole al suelo, y los draconianos se precipitaron sobre el cuerpo aún con vida del caballero para destrozarle en pedazos.

Pero encontraron el camino bloqueado. Una reluciente figura, que bajo la luz de la luna irradiaba plateados destellos, corrió hacia el caballero. Agachándose rápidamente, Laurana alzó la espada de Sturm y tras enderezarse con igual presteza se enfrentó a los draconianos.

—Tocadle y moriréis —dijo la elfa entre lágrimas.

—¡Laurana! —chilló Tanis intentando correr hacia ella para ayudarla.

Pero los draconianos se lanzaron contra él, por lo que el semielfo intentó desesperadamente abrirse camino a cuchilladas. En el preciso instante en que llegó al lado de la elfa, oyó que Kitiara le llamaba. Al volverse vio que estaba siendo atacada por cuatro draconianos. El semielfo se detuvo angustiado, dudando, y en ese instante Laurana cayó sobre los despojos de Sturm, atravesada por el acero de los draconianos.

—¡No! ¡Laurana! —gritó Tanis. Pero, cuando se disponía a inclinarse para examinarla, oyó que Kitiara gritaba de nuevo. Se volvió y, llevándose las manos a la cabeza, contempló vacilante e impotente como Kitiara caía bajo el enemigo.

El semielfo comenzó a sollozar, fuera de sí, sintiendo que comenzaba a sumirse en la locura, deseando que la muerte acabara con aquel terrible dolor. Agarrando con firmeza la espada mágica de Kith-Kanan, se abalanzó hacia el dragón con el único pensamiento de matar y ser matado. Pero Raistlin se interpuso en su camino, plantándose ante el dragón como un obelisco negro.

Tanis cayó al suelo, sabiendo que su muerte estaba fijada. Sosteniendo firmemente en su mano el pequeño anillo de oro, aguardó la muerte. Entonces oyó que el mago formulaba unas extrañas y poderosas palabras, y oyó también al dragón rugir de rabia. Ambos estaban luchando, pero a Tanis no le importaba. Con los ojos bien cerrados, borró los sonidos que surgían a su alrededor, borró la vida. Tan sólo una cosa seguía siendo real. El anillo de oro que sostenía con fuerza en sus manos.

De pronto Tanis fue vivamente consciente del roce del anillo contra la palma de su mano: el metal era frío, y los bordes rugosos. Podía sentir en su carne el pinchazo de las afiladas hojas de enredadera.

Tanis cerró la mano, estrujando el anillo. El oro le pinchaba la carne, le pinchaba cada vez más. Sentía dolor... era realmente doloroso...

¡Estoy soñando!

Tanis abrió los ojos. La plateada luz de Solinari inundaba la Torre, mezclándose con los rayos rojos de Lunitari. Yacía sobre un frío suelo de mármol. Su mano estaba cerrada con fuerza, con tanta fuerza que el dolor le había despertado. ¡El dolor! El anillo... ¡El sueño! Al recordarlo, Tanis se incorporó aterrorizado y miró a su alrededor. Pero sólo había una persona en la sala. Raistlin se recostó contra la pared. El semielfo se puso en pie y caminó tembloroso hacia Raistlin. Al acercarse vio un hilo de sangre en los labios

del mago. La sangre relucía roja bajo la luz de Lunitari—tan roja como la túnica que cubría el cuerpo trémulo Y frágil de Raistlin.

El sueño. Tanis abrió la mano. Estaba vacía.

Capítulo 11

Fin del sueño

Principio de la pesadilla

El semielfo miró a su alrededor. La sala estaba tan vacía como su mano. Los cadáveres de sus amigos no estaban. El dragón tampoco. El viento soplaba a través de una pared destruida, arremolinando la roja túnica de Raistlin, esparciendo por el suelo hojas secas de álamo. El semielfo caminó hacia Raistlin, alcanzando a sostener al joven mago en sus brazos antes de que éste se desmayara.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Tanis sacudiendo a Raistlin—. ¿Dónde están Laurana y Sturm? ¿Y los otros, y tu hermano? ¿Están muertos? ¿Y el dragón?

—El dragón se ha ido. El Orbe envió al dragón lejos de aquí al darse cuenta de que no podía vencerme —deshaciéndose de Tanis, Raistlin se separó de él, acurrucándose contra la pared de mármol—. No pudo vencerme tal como era... Ahora hasta un niño podría conmigo. Y por lo que se refiere a los demás... no lo sé. Tú, semielfo, has sobrevivido por la fuerza de tu amor. Yo he sobrevivido por mí ambición. Nos aferramos a la realidad en medio de una pesadilla. ¿Quién sabe lo que puede haberles ocurrido a los demás?

—Entonces Caramon debe estar vivo debido a su amor. Con su último aliento me rogó que respetara tu vida. ¿Dime mago, es éste el futuro que sabías irreversible?

—¿Por qué preguntar? ¿Me matarías, Tanis? ¿Ahora?

—No lo sé —murmuró Tanis despacio, pensando en las últimas palabras de Caramon—. Tal vez.

Raistlin sonrió con amargura.

—Guarda tus energías. Mientras nosotros estamos aquí el futuro está cambiando, somos los juguetes de los dioses, no sus herederos como se nos prometió. Pero... —el mago se apartó de la pared—, aún falta mucho para que esto acabe. Debemos encontrar a Lorac, y el Orbe de los Dragones.

Raistlin se arrastró por la sala, apoyándose pesadamente en su Bastón de Mago que iluminaba la estancia ahora que la luz glauca se había evaporado.

La luz glauca. Tanis se quedó en pie en medio del corredor, perdido en un mar de confusiones, intentando despertar, intentado discernir lo soñado de la realidad, ya que el sueño parecía mucho más real que lo que ahora observaba. Contempló la pared destruida. ¿Realmente había habido un dragón? ¿Y una cegadora luz verdosa al final del corredor? Pero ahora éste estaba oscuro. Había caído la noche. Cuando todo aquello había empezado era de día. Las lunas no habían ascendido en el cielo y, sin embargo, ahora estaban llenas. ¿Cuántas noches habían pasado? ¿Cuántos días?

De pronto Tanis oyó retronar una voz en el otro extremo del corredor, cerca de la puerta.

—¡Raistlin!

El mago se detuvo, dejando caer los hombros. Luego se volvió lentamente.

—Mi hermano —susurró.

Caramon —vivo y aparentemente ileso— estaba junto a la puerta, su silueta se recortaba contra la estrellada noche.

Tanis oyó a Raistlin suspirar suavemente.

—Estoy cansado, Caramon —el mago tosió y respiró jadeante—. Y aún hay mucho que hacer antes de que esta pesadilla acabe, antes de que las tres lunas se pongan —Raistlin extendió su huesudo brazo—. Necesito tu ayuda, hermano.

Tanis vio que Caramon se estremecía. El gran hombre entró en la habitación, acompañado del sonido de la espada repiqueteando contra sus caderas. Al llegar junto a su hermano, le rodeó con el brazo.

Raistlin se sostuvo en él. Los gemelos caminaron juntos por el frío corredor, atravesando la destruida pared y dirigiéndose hacia la estancia donde Tanis había visto la luz verdosa y el dragón. Con el corazón lleno de presagios, Tanis avanzó tras ellos.

Los tres entraron en la sala de audiencias de la Torre de las Estrellas. Tanis la miró con curiosidad, toda su vida había oído hablar de la belleza de aquel lugar. La Torre del Sol de Qualinost había sido construida en memoria de esta Torre, la Torre de las Estrellas.

Se parecían mucho la una a la otra, y sin embargo no eran iguales. Una era luminosa, la otra estaba llena de oscuridad. Tanis observó a su alrededor. La torre se elevaba sobre él formando espirales de mármol que brillaban con el fulgor de las perlas. Había sido construida para almacenar la luz de las lunas, tal como la Torre del Sol almacenaba la luz del sol. Las ventanas talladas en la Torre estaban labradas con gemas que absorbían y magnificaban la luz de Solinari y Lunitari, haciendo danzar rayos rojos y plateados por la habitación. Pero las gemas se habían roto, y ahora los rayos de las lunas que se filtraban estaban distorsionados; los plateados eran pálidos como cadáveres y los rojos, bermejos como la sangre.

Tanis, temblando, alzó la mirada. En Qualinost había pinturas en el techo, retratos del sol, de las constelaciones y de las dos lunas. Pero aquí sólo se apreciaba un agujero tallado en el extremo más elevado de la Torre. A través de él únicamente podía verse una vacía negrura. Las estrellas no relucían. Era como si una esfera negra y perfectamente redonda hubiese aparecido en la estrellada oscuridad. Antes de poder reflexionar sobre qué podía significar aquello, oyó a Raistlin hablar en voz baja y se volvió.

Allí, entre las sombras, en el otro extremo de la sala de audiencias, estaba el padre de Alhana, Lorac, el rey elfo. Su encogido y cadavérico cuerpo casi desaparecía en un inmenso trono de piedra caprichosamente labrado con aves y otros animales. Seguramente debía haber sido muy bello, pero ahora las cabezas de todos los animales eran calaveras. Lorac estaba inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás, con la boca abierta en un silencioso grito. Su mano reposaba sobre una esfera de cristal.

—¿Está vivo? —preguntó Tanis horrorizado.

—Sí —respondió Raistlin—, a su pesar, indudablemente.

—¿Qué le ocurre?

—Está viviendo en una pesadilla —respondió Raistlin señalando la mano de Lorac—. Ahí está el Orbe de los Dragones. Por lo que se ve, ha intentado manipularlo. El Orbe llamó a Cyan Bloodbane para que guardara Silvanesti, y el dragón decidió destruirlo, murmurando pesadillas al oído de Lorac. Éste llegó a creer tanto en el sueño, pues el amor a su tierra era muy grande, que la pesadilla se convirtió en realidad. Así, el sueño que vivimos al entrar era el suyo. Su Sueño... y el nuestro. Al entrar en Silvanesti, también nosotros caímos bajo el poder del dragón.

Tanis agarrando a Raistlin por los hombros y obligándole a girarse dijo:

—¿Sabías hacia dónde nos encaminábamos! cuando dejamos la orilla del río...!

—Tanis —dijo Caramon amenazadoramente, forzándolo a soltar a su hermano—. Déjale en paz.

Antes de poder responder, Tanis escuchó un sollozo. Sonaba como si procediera de la base del trono. Lanzándole a Raistlin una furibunda mirada, Tanis se separó de él y miró hacia las sombras, avanzando hacia ellas con la espada desenvainada.

—¡Alhana! —la doncella elfa estaba acurrucada a los pies de su padre, con la cabeza sobre su regazo, llorando. No pareció oír a Tanis, que se acercó más a ella—. Alhana...

La elfa elevó la mirada sin reconocerle.

—Alhana.

La muchacha parpadeó y se estremeció, asiendo la mano que Tanis le tendía, como aferrándose a la realidad.

—¡Semielfo! —susurró—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Qué ha sucedido? —Oí decir al mago que todo era un sueño y... y me negué a creer en ello. Desperté, ¡pero sólo para descubrir que la pesadilla era real! ¡MI bella tierra llena de horrores! —Alhana escondió el rostro entre las manos y Tanis se arrodilló junto a ella.

—Me abrí camino hasta aquí. Me llevó... días. Días de pesadilla. Cuando entré en la Torre el dragón me capturó. Me trajo aquí, junto a mi padre, con el propósito de hacer que Lorac me asesinara. Pero mi padre no fue capaz de dañar a su propia hija, ni siquiera en sueños. Por tanto Cyan le torturó con visiones de lo que podría hacer conmigo.

—¿Y tú? ¿Tú también tenías esas visiones? —susurró Tanis acariciando el cabello largo y oscuro de la elfa.

—No fue tan espantoso. Sabía que eran un sueño. Pero para mi pobre padre era real... —dijo comenzando a sollozar de nuevo.

El semielfo le hizo una señal a Caramon.

—Lleva a Alhana a una habitación donde pueda tenderse a descansar. Haremos lo que podamos por su padre.

—Estaré bien, hermano mío —dijo Raistlin como respuesta a la mirada de preocupación de Caramon—. Haz lo que Tanis dice.

—Ven, Alhana —la apremió Tanis, ayudándola a ponerse en pie. La muchacha se tambaleó, exhausta—. ¿Hay algún lugar donde puedas descansar? Vas a necesitar todas tus fuerzas.

Al principio pareció dispuesta a discutir, pero luego se dio cuenta de lo débil que estaba.

—Llevadme a la habitación de mi padre, os enseñaré el camino

Caramon la rodeó con el brazo y salieron lentamente de la sala.

Tanis se volvió hacia Lorac. Raistlin estaba en pie ante el elfo. Tanis oyó que el mago murmuraba unas palabras para sí.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz muy baja el semielfo—. ¿Está muerto?

—¿Quién? ¿Lorac? No, no lo creo. Aún no.

Tanis comprendió que el mago había estado contemplando el Orbe de los dragones. El Orbe era una inmensa bola de cristal, de por lo menos veinticuatro pulgadas de anchura. Estaba situada sobre una base de oro en la que se habían labrado espantosos y grotescos dibujos, reflejo de la deformada y tormentosa vida de Silvanesti. A pesar de que el Orbe debía haber sido el origen de aquella brillante luz glauca, ahora sólo despedía un irisado y vibrante resplandor proveniente del centro.

Las manos de Raistlin se movían sobre él, pero Tanis se dio cuenta de que el mago procuraba no tocarlo mientras pronunciaba unas extrañas palabras mágicas. Una débil aura roja envolvió la esfera. Tanis dio un paso atrás.

—No temas —susurró Raistlin observando como el aura se diluía—. Es el encantamiento que he pronunciado. El Orbe está aún hechizado... Su magia no ha muerto con la desaparición del dragón, como pensé que pudiera ocurrir. Sigue teniendo el control.

—¿El control de Lorac?

—Control de sí mismo. Ha liberado a Lorac.

—¿Tú has logrado esto? ¿Tú lo venciste?

—¡El Orbe no ha sido vencido! —exclamó Raistlin secamente—. Fui capaz de vencer al dragón porque me ayudaron. Al darse cuenta de que Cyan Bloodbane estaba perdiendo, el Orbe lo envió lejos de aquí. Liberó a Lorac porque ya no podía utilizarle, pero la esfera es aún muy poderosa.

—Dime, Raistlin...

—No tengo nada más que decir, Tanis. Debo conservar mis energías.

¿Quién había ayudado a Raistlin? ¿Qué más sabía el mago sobre el Orbe? Tanis abrió la boca para hablar de ello, pero al ver relampaguear los dorados ojos del mago, guardó, silencio.

—Ahora ya podemos encargarnos de Lorac —añadió Raistlin.

Avanzando hacia el rey elfo, el mago retiró con cuidado la mano de Lorac del Orbe de los Dragones. Luego, puso sus esbeltos dedos en el cuello del elfo.

—Está vivo, al menos por el momento. El pulso es débil. Puedes acercarte, Tanis.

Pero el semielfo, sin apartar la mirada del Orbe, dio un paso atrás. Raistlin contempló a Tanis divertido y le hizo una seña. Tanis se acercó a él de mala gana.

—Dime sólo una cosa más... ¿puede aún ser de utilidad el Orbe?

Raistlin guardó silencio un largo instante. Luego respondió con voz casi inaudible:

—Sí, si osamos intentarlo.

Lorac se estremeció tembloroso y, un segundo después, comenzó a gritar —un agudo y lastimero chillido que dañaba el oído—. Se retorció angustiosamente las manos, que eran poco más que una especie de garras esqueléticas. Tenía los ojos firmemente cerrados. Tanis intentó calmarle en vano. Lorac chilló hasta quedar exhausto, y después siguió gritando en silencio.

—¡Padre! —exclamó, de pronto, Alhana.

La muchacha, tras empujar a Caramon a un lado, reapareció en la puerta de la sala de audiencias. Corriendo hacia su padre, le tomó las manos. Lloró mientras se las besaba, rogándole que se callara—. Descansa, padre —repetía una y otra vez—. La pesadilla ha terminado. El dragón se ha ido. Puedes descansar. ¡Padre!

Pero el elfo continuaba gritando.

—¡En nombre de los dioses! —exclamó Caramon al llegar junto a ellos—. No podré soportarlo mucho más tiempo.

—¡Padre! —rogaba Alhana, llamándole sin descanso. Lentamente la voz de su amada hija fue penetrando en los retorcidos sueños que continuaban bullendo en su torturada mente. Poco a poco el grito de Lorac fue muriendo, hasta convertirse en temerosos sollozos. El rey elfo abrió los ojos muy despacio, como si tuviera miedo de lo que pudiera ver.

—¡Alhana, hija mía! ¡Estás viva! —levantó una mano temblorosa para tocar las mejillas de la muchacha—. ¡No ¡puede ser! ¡Te vi morir, Alhana! Te vi morir cientos de veces, y cada vez era más terrorífica que la anterior. El te mataba, Alhana y quería que yo te matara. Pero no podía. ¡Aunque no sé por qué, ya que he quitado la vida a tantos...

Entonces vio a Tanis. Sus ojos se abrieron de par en par, destellando odio. —¡Tú! —exclamó Lorac, levantándose de su asiento y agarrándose con sus nudosas manos a los brazos del trono—. ¡Tú, semielfo! Te maté... o al menos lo intenté, —su mirada pasó a Raistlin y el odio se convirtió en temor. Temblando, volvió a hundirse en el trono—. ¡A ti, a ti no pude matarte! —Lorac se sentía confuso—. No —gritó—. ¡Tú no eres él! ¡Tu túnica no es negra! ¿Quién eres? —sus ojos volvieron a Tanis—. ¿Y tú? ¿Tú no eres una amenaza? ¿Qué he hecho?

—Descansa, padre —rogó Alhana reconfortándole y acariciando su rostro febril—. Ahora debes reposar. La pesadilla ha terminado, Silvanesti está a salvo.

Caramon alzó a Lorac en brazos y le llevó a sus habitaciones. Alhana caminó junto a él, sosteniendo firmemente la mano de su padre entre las suyas.

A salvo —pensó Tanis mirando por las ventanas los torturados árboles.

A pesar de que los espíritus de los guerreros elfos ya no rondaban el bosque, las angustiosas sombras que Lorac había creado en su pesadilla aún vivían. Los álamos, contorsionándose en agonía, todavía rezumaban sangre.

¿Quién vivirá aquí ahora? —se preguntaba Tanis apenado—. Los elfos no regresarán. Lo maligno penetrará en este lugar y la pesadilla de Lorac se hará realidad.

Al pensar en el bosque maldito, Tanis se preguntó dónde estarían sus amigos. ¿Qué habría ocurrido si habían creído en la pesadilla, como Raistlin había dicho? ¿Habrían muerto verdaderamente? Con el corazón abatido, supo que tendría que regresar a buscarles.

Cuando el semielfo intentaba, de nuevo, impulsar su agotado cuerpo a la acción, sus amigos entraron en la sala de la Torre.

—¡Lo he matado! —gritó Tika al ver a Tanis. Sus ojos reflejaban angustia y temor—. ¡No! ¡No me toques, Tanis! No sabes lo que he hecho. ¡He matado a Flint! ¡Yo no quería, Tanis, lo juro!

Cuando Caramon entró en la sala, Tika se volvió hacia él sollozando.

—He matado a Flint, Caramon. ¡No te acerques a mí!

—Silencio —dijo Caramon dulcemente, rodeándola con sus inmensos brazos—. Ha sido un sueño, Tika. Eso es lo que dice Raistlin. El enano nunca ha estado aquí. Shhh... —acariciando los rizos rojizos de Tika, la besó, y se abrazaron reconfortándose el uno al otro. Poco a poco Tika dejó de sollozar.

—Amigo mío... —dijo Goldmoon acercándose a Tanis.

Al ver la expresión seria y sombría de su rostro, el semielfo la abrazó con fuerza, mirando interrogativamente a Riverwind. ¿Qué habría soñado cada uno de ellos? Pero el bárbaro sólo sacudió la cabeza, con expresión también pálida y preocupada.

En ese momento a Tanis se le ocurrió que cada uno de ellos debía haber vivido su propio sueño y, de repente, recordó a Kitiara. ¡Qué real le había parecido! Y Laurana, agonizando. Cerrando los ojos, Tanis apoyó su cabeza en la de Goldmoon y notó que Riverwind les rodeaba a ambos con sus fuertes brazos. La sensación de horror causada por el sueño comenzó a desaparecer.

Pero entonces Tanis tuvo un terrible pensamiento. ¡El sueño de Lorac se había hecho realidad! ¿Ocurriría lo mismo con los suyos? Tanis oyó toser a Raistlin tras él. Llevándose las manos al pecho, el mago se dejó caer sobre los escalones que llevaban al trono de Lorac. Tanis vio que Caramon, quien aún sostenía a Tika, miraba a su hermano con preocupación. Pero Raistlin ignoró a su gemelo. Envolviéndose en su túnica, el mago se tendió sobre el frío suelo y cerró los ojos exhausto.

Suspirando, Caramon se arrebujó todavía más contra Tika. Tanis observó cómo la pequeña sombra de la muchacha se convertía en parte de la de Caramon y la silueta de

ambos se recortaba contra los distorsionados rayos rojos y plateados de la luz de las lunas.

Todos debemos descansar pero, ¿cómo podremos? ¿Cómo podremos volver a dormir de nuevo? —pensó Tanis.

Capítulo 12

Visiones compartidas

La muerte de Lorac

No obstante, al final se durmieron. Acurrucados sobre el suelo de piedra de la Torre de las Estrellas, intentaron mantenerse lo más cerca posible los unos de los otros.

Mientras ellos dormían, otros despertaron en tierras frías y hostiles, tierras lejanas a Silvanesti.

Laurana fue la primera. Salió de su profundo sueño con un grito y, al principio, no tuvo ni idea de dónde se encontraba. Sólo pronunció una palabra: ¡Silvanesti!

Flint se despertó temblando. Notó que aún podía mover los dedos y que su dolor de piernas no era peor de lo habitual. Sturm también lo hizo presa de pánico. Tiritando aterrizado, lo único que pudo hacer durante un buen rato, fue quedarse acurrucado bajo las mantas. Pero, de pronto, oyó un ruido en el exterior de su tienda. Poniéndose en pie y llevándose la mano a la espada, apartó a un lado la tela que tapaba la entrada de la misma.

—¡Oh! —Laurana dio un respingo al ver la expresión de angustia del caballero.

—Lo siento —dijo Sturm—. No quería... —entonces vio que la elfa estaba tan temblorosa que apenas podía sostener la vela—. ¿Qué ocurre?

—Sé... sé que puede sonar muy estúpido —dijo Laurana enrojeciendo—, pero acabo de tener un sueño terrorífico, y no he podido seguir durmiendo.

Dejó que Sturm la condujera al interior de la tienda. La llama de la vela que llevaba proyectaba oscuras y saltarinas sombras a su alrededor. Sturm, temiendo que se le cayera, le cogió la candela.

—No pretendía despertarme, pero te oí gritar. ¡Y mi sueño era tan real! Salías en él... te vi...

—¿Cómo es Silvanesti? —le interrumpió Sturm bruscamente.

Laurana se le quedó mirando.

—¡Pero ahí es donde estábamos! ¿Por qué lo has preguntado? A menos... que también tú hayas soñado con Silvanesti...

Sturm se envolvió en su capa asintiendo.

—Yo... —comenzó a decir, pero oyó otro ruido fuera de la tienda. Esta vez simplemente corrió la abertura de tela—. Pasa, Flint —dijo fatigado.

El enano entró con expresión abrumada. Al ver a Laurana pareció desconcertado y comenzó a balbucear, pateando el suelo hasta que Laurana le dirigió una sonrisa.

—Ya lo sabemos —le dijo la elfa—. Has tenido un sueño. ¿Sobre Silvanesti? Flint tosió, aclarándose la garganta y restregándose el rostro con la mano.

—Por lo que veo no he sido el único. Supongo que queréis que os cuente...

—¡No! —dijo Sturm rápidamente—. No, no quiero hablar, de ello... ¡nunca!

—NI yo —dijo Laurana en voz baja.

Titubeante, Flint le dio unas palmaditas a la muchacha en el hombro.

—Me alegro. Yo tampoco podría hablar. Sólo quería comprobar que en verdad fuese un sueño. Parecía tan real que creí que os encontraría a ambos... De pronto guardó silencio. Se oyó un crujido en el exterior y, un segundo después, Tasslehoff entró acalorado.

—¿Es verdad que hablabais de un sueño? Yo nunca sueño... o por lo menos nunca recuerdo haberlo hecho. Los kenders no solemos soñar. Bueno, supongo que sí pero... —al ver la mirada de Flint el kender se apresuró a retomar el tema original—. Bien pues he tenido un sueño verdaderamente fantástico! Árboles derramando lágrimas de sangre. ¡Terribles elfos muertos que mataban a la gente! ¡Raistlin llevando la túnica negra! ¡Era totalmente increíble! Y vosotros también estabais. ¡Y todos moríamos! Bueno, casi todos, Raistlin no moría. Y había un dragón verde...

Tasslehoff guardó silencio. ¿Qué ocurría con sus amigos? Sus rostros tenían una palidez mortecina, sus ojos estaban abiertos de par en par.

—Un dragón verde... —balbuceó—, Raistlin vestido de negro. ¿Dije ya esto? La verdad es que... que le sentaba muy bien. El rojo siempre le hace parecer un poco avinagrado, no sé si sabéis lo que quiero decir. No, no lo sabéis. Bien, supongo... que lo mejor será que vuelva a mi tienda. ¿O tal vez queréis que os cuente lo demás? —miró a su alrededor esperanzado, pero nadie contestó.

—Bueno... buenas noches —murmuró. Precipitándose fuera de la tienda, regresó a su jergón, sacudiendo la cabeza confuso. ¿Qué demonios les ocurría a los otros? Era sólo un sueño...

Durante unos minutos nadie habló. Flint interrumpió el silencio con un hondo suspiro.

—No me importa tener una pesadilla —dijo el enano fríamente—. Pero no me gusta nada compartirla con un kender. ¿Cómo puede ser que todos hayamos soñado lo mismo? ¿Y qué significa?

—Tierras extrañas... Silvanesti—dijo Laurana. Tomando su vela, se dispuso a retirarse pero, de repente, se volvió—. ¿Creéis que nuestro sueño ha sido real? ¿Habrán muerto los demás? ¿Estaba Tanis con esa mujer humana? —pensó sin osar preguntarlo.

—Nosotros estamos aquí —dijo Sturm—. No hemos muerto. Lo único que podemos hacer es confiar en que nuestros amigos tampoco hayan perecido. Y... —hizo una pausa—, puede sonar extraño, pero de alguna forma sé que están bien.

Laurana miró al caballero intensamente durante un instante y vio su grave rostro serenarse tras el susto inicial. Se sintió relajada. Alargando la mano, tomó la de Sturm y la presionó suavemente en silencio. Luego se volvió y desapareció en la oscuridad de la noche. El enano se puso en pie.

—Bueno, ya está bien de dormir, me ocuparé del turno de guardia.

—Te acompañaré —dijo Sturm poniéndose en pie y abrochándose el talabarte—. Supongo que nunca llegaremos a saber cómo o por qué llegamos a soñar todos lo mismo...

—Supongo que no.

El enano salió fuera de la tienda. Sturm ya se disponía a seguirle cuando se detuvo, al ver relucir algo en el suelo. Pensando que tal vez fuera un pedazo de mecha de la vela de Laurana, se inclinó para retirarlo, pero en lugar de ello encontró la joya que Alhana le había dado y que, resbalando de su cinturón, se había caído al suelo. Recogiéndola, advirtió que refulgía con luz propia, algo que no había notado antes.

—Supongo que no —repitió Sturm pensativo, dando vueltas y más vueltas a la joya en sus manos.

Finalmente, tras largos y terroríficos meses de oscuridad, el sol ascendió en Silvanesti. Pero sólo una persona lo vio. Lorac, desde una de las ventanas de sus aposentos, contempló al sol elevarse entre los relucientes álamos. Los otros, exhaustos, dormían ruidosamente. Alhana no se había movido del lado de su padre en toda la noche, aunque al final el cansancio había podido con ella y se había quedado dormida sentada en una silla. Lorac vio la pálida luz del sol iluminar el rostro de la muchacha. La larga cabellera negra caía sobre su rostro como negras vetas sobre mármol blanco. Su piel estaba arañada por los espinos, salpicada de costras de sangre seca. El elfo vio belleza en ella, aunque una belleza desfigurada por la arrogancia. La muchacha era un claro ejemplo de su raza. Volviéndose de nuevo hacia la ventana, miró hacia el exterior, hacia Silvanesti, pero la imagen no le reconfortó. La verde y pernicioso neblina se cernía aún sobre su tierra, como si el propio suelo estuviera podrido.

—Es culpa mía —se dijo a sí mismo, posando los ojos sobre los árboles retorcidos y torturados, sobre las deformadas y lastimosas bestias que rondaban las tierras intentando encontrar fin a su tormento.

Hacia más o menos cuatrocientos años que Lorac habitaba en aquella tierra. La había visto formarse y florecer con su propio trabajo y el de los suyos.

También había vivido momentos difíciles. Lorac era uno de los pocos seres vivientes de Krynn que recordaba el Cataclismo. A los elfos de Silvanesti les había resultado más fácil sobrevivir que a otros —al estar apartados de las otras razas—. Ellos sabían por qué los antiguos dioses habían abandonado Krynn —veían el mal reinante en la humanidad— a pesar de que no conseguían explicarse por qué habían desaparecido también los clérigos elfos.

Por supuesto los elfos de Silvanesti supieron, a través de los vientos, de los pájaros y de otros misteriosos procedimientos, del sufrimiento de sus primos, los elfos de Qualinesti, tras el Cataclismo. Y, a pesar de quedar consternados al conocer los rumores de pillaje y asesinatos, los de Silvanesti se preguntaron qué podía esperarse de aquellos que se mezclan con los humanos. Se retiraron a sus bosques, renunciando al mundo exterior e importándoles muy poco que éste les repudiara. Por eso a Lorac le había resultado imposible comprender que esa nueva ola maligna, proveniente del norte, amenazara sus tierras. ¿Por qué les acechaba? Tuvo un encuentro con los Señores de los Dragones para explicarles que ellos, los Silvanesti, no les ocasionarían problemas. Los elfos creían que todo el mundo tenía derecho a vivir en Krynn, cada uno a su manera, fuera buena o mala. Habló él, ellos escucharon y, al principio, todo parecía ir bien. Pero llegó el día en que Lorac comprendió que había sido traicionado, el día en que los dragones plagaron los cielos.

No obstante el desastroso acontecimiento no cogió desprevenidos a los elfos. Lorac era demasiado astuto para ello. Había dispuesto barcos para poner a su gente a salvo. El rey elfo ordenó que partiesen al mando de su hija y, cuando se quedó solo, descendió a los subterráneos de la Torre de las Estrellas, donde había ocultado el Orbe de los Dragones.

Sólo su hija y los ya desaparecidos elfos clérigos conocían su existencia. El resto del mundo creía que había sido destruido durante el Cataclismo. Lorac se sentó junto a la gran esfera, contemplándola durante varios días. Recordó las advertencias de los Grandes Magos, trayendo a su mente todo lo que pudo evocar sobre el Orbe.

Finalmente, a pesar de ser plenamente consciente de que no tenía ni idea de cómo manipularlo, Lorac decidió utilizarlo para intentar salvar a su tierra.

Lo recordaba vivamente. Recordaba haberlo visto arder con una brillante y fascinadora luz verde que se intensificaba cuando él la miraba. Y recordaba también haber sabido, casi desde el momento en que posó sus dedos sobre la esfera, que acababa de cometer un terrible error. No tenía ni la fuerza ni el dominio suficiente para controlar aquella magia. Pero era demasiado tarde. El Orbe ya le había capturado y le tenía hechizado, y lo más terrible de su pesadilla era que constantemente se le insistía en que estaba soñando pero, no obstante, era incapaz de liberarse.

Y ahora la pesadilla se había convertido en viva realidad. Lorac inclinó la cabeza, notando en su boca el sabor amargo de las lágrimas. Entonces sintió que unas manos se posaban sobre sus hombros.

—Padre, no soporto verte llorar. Aléjate de la ventana. Tiéndete en la cama. Dentro de un tiempo los bosques volverán a ser bellos. Tú ayudarás a reformarlos...

Pero Alhana no pudo mirar por la ventana sin estremecerse. Lorac notó cómo temblaba y le sonrió con tristeza.

—¿Regresará nuestra gente, Alhana? —preguntó con la mirada perdida en aquella espesura cetrina. Aquel verde no era un verde vivo y brillante, sino el tono verdoso de la muerte y la decadencia.

—Por supuesto —respondió Alhana rápidamente.

Lorac le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Una mentira, hija mía? ¿Desde cuándo los elfos nos mentimos los unos a los otros?

—Creo que tal vez nos hayamos mentido siempre —murmuró Alhana recordando lo que había aprendido de las enseñanzas de Goldmoon—. Los antiguos dioses no abandonaron Krynn, padre. Un clérigo de la Sanadora, Mishakal, viajó con nosotros y nos contó lo que había aprendido. Yo... yo no quería creerle porque estaba celosa. Después de todo, se trataba de una humana, ¿por qué razón iban a dar los dioses esperanzas a los humanos? Pero ahora sé que los dioses son sabios y se dirigieron a los humanos porque nosotros, los elfos, no les hubiéramos aceptado. Viviendo en este desolado lugar aprenderemos —como tú y yo hemos aprendido—, que no podemos vivir durante más tiempo en este mundo apartados de las demás razas. Los elfos trabajaremos para reconstruir, no sólo esta tierra, sino todas las tierras assoladas por el mal.

Lorac la escuchó. Sus ojos pasaron del torturado paisaje al rostro de su hija, pálido y radiante como Solinari; y alargó la mano para acariciarla.

—¿Traerás de vuelta a nuestra gente?

—Sí, padre. Volveremos y trabajaremos. Rogaremos el perdón de los dioses. Nos mezclaremos entre las gentes de Krynn y... —Alhana, de pronto, se dio cuenta de que su

padre ya no podía oírla, y su rostro se llenó de lágrimas. El rey elfo tenía la mirada nublada y estaba cada vez más hundido en la silla.

—Me entrego a nuestras tierras, en las que te pido quemes mi cuerpo, hija. Ya que mi vida ha traído esta maldición sobre ellas, tal vez con mi muerte lleguen a ser bendecidas.

La mano de Lorac dejó de acariciar a su hija y resbaló lentamente. Sus ojos sin vida continuaron contemplando las atormentadas tierras de Silvanesti, pero la expresión de horror de su rostro desapareció, dando paso a otra, plena de paz. Y Alhana no pudo llorar.

Esa noche, los compañeros se prepararon para dejar Silvanesti. Pensaban viajar en dirección al norte siempre bajo la protección de la oscuridad, pues ya entonces sabían que las tierras que debían atravesar estaban bajo el dominio de los ejércitos de los Dragones. No llevaban ningún mapa para guiarse. Tras la experiencia de Tarsis temían confiar en ellos y, además, los únicos mapas que podían encontrarse en Silvanesti se remontaban a miles de años atrás. Los compañeros iban a dirigirse hacia el norte a ciegas, con la esperanza de encontrar alguna ciudad portuaria donde pudieran embarcar hacia Sancrist.

También decidieron ir poco cargados para poder avanzar más rápidamente. Por otra parte, no había gran cosa que llevarse, puesto que los elfos al marchar se habían llevado toda la comida y provisiones.

El mago quiso tomar posesión del Orbe de los Dragones —tarea que nadie le disputó—. Tanis, al principio, se esforzó para encontrar la forma de transportar aquella inmensa esfera de cristal —tenía casi dos pies de diámetro y era extraordinariamente pesada. Pero, la noche anterior a su partida, Alhana se presentó ante Raistlin con un pequeño saco en las manos.

—MI padre transportó el Orbe en este saco. Siempre lo encontré extraño, considerando su tamaño, pero él dijo que le había sido entregado en la Torre de la Alta Hechicería. Tal vez pueda serte útil.

El mago alargó su delgada mano y lo agarró con ansia.

—Jistrah tagopar Ast moitparann Kini—murmuró, contemplando satisfecho cómo la indescriptible bolsa comenzaba a relucir con una tenue luz rosa—. ¡Sí!, ¡Está hechizado! Caramon, ve y tráeme el Orbe.

Caramon le miró horrorizado.

—¡NI a cambio del mayor tesoro del mundo! —exclamó con un gruñido.

—¡Bah, no seas estúpido, Caramon! El Orbe no puede dañar a aquellos que no intentan manejarlo. ¡Créeme, querido hermano, tú no tienes poder ni para controlar una cucaracha!

—Pero puede atraparme.

—No, porque busca sólo a aquellos que... —Raistlin se interrumpió bruscamente.

—¿Sí? —dijo Tanis en voz baja—. Continúa. ¿A quiénes busca?

—A aquellos que son inteligentes —profirió Raistlin furioso—. Por tanto creo que los miembros de este grupo están totalmente a salvo. Tráeme el Orbe, Caramon, ¿o tal vez prefieras llevarlo tú mismo? ¿O tú, Semielfo? ¿O quizás tú, clérigo de Mishakal?

Caramon miró a Tanis con expresión de incomodidad, y el semielfo se dio cuenta de que el guerrero estaba buscando su aprobación. Aquello resultaba muy extraño en el gemelo, quien siempre había hecho lo que Raistlin mandaba sin dudarle un segundo. Tanis vio que él no era el único en notar la silenciosa súplica de Caramon. Los ojos de Raistlin relampagueaban con furia. En esta ocasión Tanis sintió más desconfianza del mago que nunca, desconfianza de aquel extraño y creciente poder de Raistlin. Es ilógico. Es sólo una reacción a la pesadilla, y nada más —se decía a sí mismo—. Pero aquello no solucionaba el problema. ¿Qué debían hacer con aquel objeto? De hecho, comprendió apesadumbrado, que las opciones eran pocas.

—Raistlin es el único con los conocimientos, la destreza y... será mejor que lo afrontemos, las agallas para manejar esa esfera —dijo Tanis de mala gana—. MI opinión es que él debería llevarlo, a menos que uno de vosotros quiera asumir la responsabilidad.

Ninguno de ellos habló, aunque Riverwind sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. Tanis sabía que tanto el bárbaro como Caramon, si tuvieran que decidir, dejarían el Orbe en Silvanesti.

—Adelante, Caramon —dijo Tanis—. Eres el único con fuerza suficiente para levantarlo.

Caramon, se dirigió a regañadientes hacia la peana de oro donde estaba el Orbe. Cuando extendió los brazos para tocarlo, las manos le temblaron, pero al posarlas sobre la gran esfera no ocurrió nada. Suspirando aliviado, Caramon lo levantó, refunfuñando por el peso, y se lo llevó a su hermano, quien sostuvo el saco abierto.

—Déjalo caer en el saco —ordenó Raistlin.

—¿Qué? —Caramon contempló pequeña bolsa que sostenían las frágiles manos de mago—. ¡No puedo, Raistlin! ¡No va a caber! ¡Se romperá en pedazos.

El inmenso guerrero guardó silencio mientras los ojos del mago relampagueaban dorados en la agonizante luz del día.

—¡No, Caramon, espera! —Tanis se abalanzó hacia adelante, pero esta vez el guerrero hizo lo que Raistlin ordenaba. Lentamente, con la mirada fija en los relucientes ojos de su hermano, Caramon dejó caer el Orbe de los Dragones. Y...¡el Orbe desapareció!

—Pero... ¿Cómo...? ¿Dónde...? —Tanis miró a Raistlin con suspicacia.

—Dentro del saco —replicó el mago con calma, mostrando la pequeña bolsa—. Si no confías en mí compruébalo tú mismo.

Tanis asomó la cabeza. En efecto, estaba en el interior, y era el auténtico. Ahora no tenía ninguna duda, pues podía ver la arremolinada calina verde que lo rodeaba, como si, una débil vida se agitase en su interior. Debe haber menguado —pensó extrañado, pero el Orbe parecía tener el mismo tamaño que antes, produciéndole a Tanis la curiosa impresión de que en todo caso era él el que había crecido.

Tanis retrocedió temblando. Raistlin le dio un rápido tirón a la cuerda que había en el extremo superior del saco, cerrándolo de golpe. Luego, mirando al resto de los compañeros con desconfianza, deslizó la bolsa en el interior de su túnica, ocultándola en uno de sus numerosos bolsillos secretos. Cuando se disponía a salir de la estancia, Tanis lo detuvo.

—Ya nada volverá a ser igual entre nosotros, ¿verdad? —preguntó el semielfo en voz baja.

Raistlin lo contempló durante unos segundos, y Tanis pudo entrever un breve destello de pesar en los ojos del mago, un deseo de amistad, confianza, de retorno a los días de juventud.

—No —susurró Raistlin—. Pero éste fue el precio que tuve que pagar...

—¿Precio? ¿A quién? ¿Por qué motivo...?

—No hagas preguntas, semielfo —el mago comenzó a toser violentamente. Caramon le rodeó con el brazo y Raistlin se apoyó en él con debilidad. Cuando se recuperó del ataque, alzó sus dorados ojos—. No puedo darte una respuesta Tanis, porque ni yo mismo la sé.

Inclinando la cabeza, el mago dejó que Caramon le acompañara a un lugar donde pudiera descansar antes de emprender el viaje.

—Desearía que lo reconsideraras y nos dejaras asistir a los ritos funerarios en memoria de tu padre —le dijo Tanis a Alhana cuando se despedían en la puerta de la Torre de las Estrellas—. Un día no representaría mucha diferencia para nosotros. ..

—Sí, permítenos quedarnos —suplicó encarecidamente Goldmoon—. Puedo ayudarte a preparar la ceremonia, ya que las costumbres funerarias de mi pueblo son similares a las vuestras, si Tanis me las ha explicado correctamente. Yo era sacerdotisa de mi tribu, y presidía el amortajamiento del cuerpo del difunto con las telas que podían conservar...

—No, amigos míos —dijo Alhana con firmeza—. Mi padre deseaba que fuera yo sola quien lo hiciera.

Aquello no era del todo verdad, pero Alhana sabía que quedarían muy extrañados al ver cómo el cadáver de su padre era confiado a la tierra —costumbre practicada únicamente

entre los goblins y otras criaturas malignas. La idea le aterraba. Involuntariamente, su mirada se desvió hacia el torturado árbol que debía señalar la tumba de Lorac, presidiéndola como una terrible ave de presa. Rápidamente apartó la mirada.

—Hace ya tiempo que su tumba está preparada, y tengo alguna experiencia en estas cosas... No os preocupéis por mí, por favor.

Tanis vio la angustia reflejada en su rostro, pero no pudo negarse a respetar su demanda.

—Lo comprendemos —dijo Goldmoon. Un segundo después, con un impulso instintivo, la mujer bárbara de Que-Shu rodeó con sus brazos a la Princesa elfa y la apretó contra ella como si se tratara de un chiquillo asustado. Alhana, al principio, estaba rígida, pero luego se abandonó al compasivo abrazo de Goldmoon.

—Que la paz esté contigo —le susurró Goldmoon, retirando cariñosamente las hebras de cabello oscuro que caían sobre el rostro de la muchacha elfa.

—¿Qué harás después de enterrar a tu padre? —preguntó Tanis cuando Alhana y él se quedaron solos en los escalones de entrada de la Torre.

—Regresaré con mi gente —replicó Alhana gravemente—. Ahora que nuestra tierra se ha liberado del mal, los grifos volverán a buscarme y me llevarán a Ergoth. Haremos lo que podamos para intentar acabar con lo maligno. Luego, regresaremos a casa.

Tanis miró a su alrededor. Silvanesti aparecía horrible incluso a la luz del día, por lo que de noche era tan terrorífico que no se podía expresar con palabras.

—Ya lo sé —replicó Alhana como respuesta a los silenciosos pensamientos del semielfo—. Este será nuestro castigo.

Tanis arqueó las cejas con escepticismo, pues sabía la lucha que la elfa debería librar para conseguir que su pueblo regresara. Pero al ver la convicción reflejada en el rostro de Alhana, supo que lo lograría.

Sonriendo, cambió de tema.

—¿Encontrarás tiempo para ir a Sancrist? —le preguntó—. Los caballeros quedarían muy honrados por tu presencia, especialmente uno de ellos.

El rostro de Alhana se tiñó de rubor.

—Tal vez... Aún no puedo saberlo. He aprendido muchas cosas, pero me llevará mucho tiempo conseguir que formen parte de mí misma —sacudió la cabeza, suspirando—. Puede que nunca llegue a sentirme verdaderamente cómoda con ellas. ¿Cómo aprender a querer a un humano?

Alhana alzó la cabeza y miró a Tanis a los ojos.

—¿Sería él feliz, Tanis, lejos de su hogar, ya que debo regresar a Silvanesti? ¿Y podría yo ser feliz, siendo todavía joven, y viéndole, en cambio, envejecer y morir?

—Yo me hice las mismas preguntas, Alhana. Si negamos el amor que se nos otorga y si nos resistimos a dar amor por temor al dolor de la pérdida, entonces nuestras vidas serán vacías y la pérdida mucho mayor.

—Cuando nos conocimos me pregunté cómo era que los demás te seguían a ti, Tanis semielfo. Ahora lo comprendo. Tomaré en consideración tus palabras. Adiós, Tanis, hasta que el viaje de tu vida termine.

—Adiós, Alhana —dijo Tanis tomando la mano que ella le tendía. No encontró nada más que decir, por lo que se volvió y la dejó.

Pero al marchar no pudo evitar preguntarse: ¿Por qué, si aquello sonaba tan sensato, reinaba en su vida tanto desorden?

Tanis se reunió con sus compañeros en la linde del bosque. Durante unos segundos se quedaron ahí, en pie, temiendo penetrar en él. Aunque sabían que el mal había abandonado aquellas tierras, la idea de viajar, durante varios días, entre aquellos árboles no era nada atractiva. Pero no tenían elección. Todavía sentían la misma sensación de urgencia que les había llevado hasta aquel punto. El tiempo iba transcurriendo y sentían que no podían desperdiciar ni un segundo, a pesar de no saber exactamente por qué.

—Ven, hermano —dijo Raistlin finalmente.

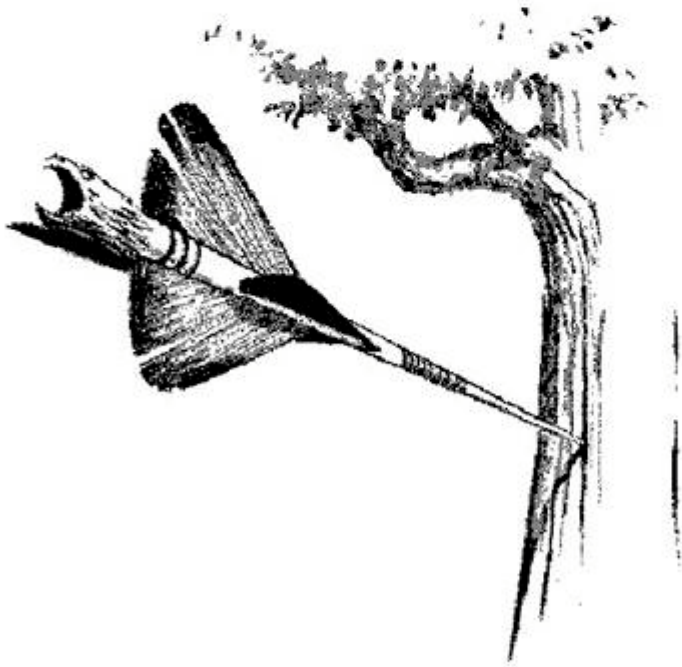
El mago les guió hacia el interior del bosque, alzando su Bastón de Mago para iluminar el camino. Caramon le siguió con un suspiro. Uno por uno, los demás caminaron tras ellos. El único en volver atrás la mirada fue Tanis.

La tierra estaba cubierta de una espesa oscuridad, como si también ella estuviera en duelo por la muerte de Lorac. Alhana seguía en la puerta de la Torre de las Estrellas, su silueta se recortaba contra el alto edificio que relucía con la luz de los rayos de luna almacenados durante años. Lo único visible entre las sombras era el rostro de Alhana, que parecía un fantasma de Solinari. La elfa alzó una mano y hubo un breve y claro destello de luz pura y blanca —la Joya Estrella—, luego la muchacha desapareció en las sombras de la noche.

La historia del viaje de los compañeros al castillo del Muro de Hielo y la derrota de Feal-thas, Señor del Dragón, se convirtieron en toda una leyenda para los Bárbaros de Hielo que habitaban esas desoladas tierras. Los clérigos del lugar la seguían relatando

esas largas noches de invierno, en las que se cantan canciones y se recuerdan hazañas del pasado.

Libro 4



Canción del Quebrantador De Hielo

Yo soy el que los traje de vuelta.

Soy Raggart y esto es lo que os digo.

Nieve sobre nieve anula las huellas del hielo,

el sol sangra blancura sobre la nieve

con una luz fría eternamente insufrible.

Y si yo no os dijera esto,

la nieve descendería sobre las hazañas de los héroes,

y su fuerza en mi canción

se tendería en un corazón de escarcha, que no se

levantaría nunca más,

nunca más mientras el aliento perdido se deshace.

Eran siete de las tierras cálidas.

Yo soy el que los traje de vuelta.

Cuatro espadachines de una orden del Norte,

la mujer elfa Laurana,

el enano de las colinas,

el kender de huesos de halcón.

Empuñando tres espadas llegaron al túnel

de la garganta del único castillo.

Descendieron entre los Thanoi, los viejos guardianes,

donde sus espadas labraron el aire caliente,
des trozando tendones, destrozando huesos,
mientras los túneles se teñían de rojo.

Descendieron sobre el minotauro, sobre el oso de hielo,
y las espadas silbaron de nuevo,
brillando al borde de la locura.

En el viejo túnel hallaron brazos,
hallaron garras, hallaron cosas indecibles,
mientras los espadachines descendían,
y un brillante vapor se helaba tras ellos.

Llegaron a los salones del corazón del castillo
donde les aguardaba Feal-thas, señor de lobos y dragones,
con armadura blanca,
que cubre el hielo cuando el sol sangra blancura.

Y llamó a los lobos, raptos de niños,
que se amamantaban de la muerte en el cubil de los ancestros.

Los héroes fueron rodeados por un círculo de cuchillos de ansia,
mientras los lobos avanzaban bajo la mirada de su señor.

Y Aran fue el primero en romper el círculo.

Un viento ardiente de la garganta de Feal-thas
desenredó la devanadera de la caza perpetrada.

El siguiente fue Brian, la espada del señor de los lobos.

Lo envió en busca de tierras más cálidas.

Todos quedaron congelados en el filo de la navaja.

Todos quedaron congelados, excepto Laurana.

Cegada por una ardiente luz, que inflamaba la corona de la mente,
donde la muerte se funde con el sol poniente,
detuvo al Quebrantador de Hielo.

Y sobre el hervor de los lobos, sobre la muerte,
enfrentándose a una espada de hielo, enfrentándose a la oscuridad,
abrió la garganta del señor de los lobos.

Y, al ver su cabeza desplomarse, los lobos retrocedieron.

El resto es rápido de contar.

Destrozando los huevos, el violento engendro de los dragones,
un túnel de escamas e inmundicia
les llevó a la terrible alacena,
les llevó más allá, les llevó al tesoro.

Allí el Orbe danzaba en azul, danzaba en blanco
hinchido como un corazón en su interminable latir.

Me lo dejaron sostener. Yo soy el que los traje de vuelta.

Fuera del túnel más sangre, más sangre bajo el hielo.

Portando su propia e increíble carga,
los jóvenes caballeros silenciosos y andrajosos.

Ahora quedaban sólo cinco.

El último era el kender saltando con sus pequeñas bolsas.

Yo soy Raggart, y esto es lo que os digo.

Yo soy el que los traje de vuelta.

Capítulo 1

El viaje desde el muro de hielo

El viejo enano estaba muriéndose.

Las piernas ya no le sostenían. Notaba cómo sus intestinos y su estómago se retorcían como serpientes. Se sentía sacudido por oleadas de náuseas. NI siquiera podía levantar la cabeza de la litera. Observó la lámpara de aceite que se balanceaba lentamente sobre su cabeza. Su luz parecía cada vez más tenue. Ya está, esto es el fin. La oscuridad se cierne sobre mí... —pensó el enano.

En ese momento oyó un ruido a poca distancia, un crujir de tablas de madera, como si alguien estuviese acercándose furtivamente. Haciendo un esfuerzo, Flint se las arregló para volver la cabeza.

—¿Quién va? —graznó.

—Tasslehoff —susurró una voz solícita.

Flint suspiró, extendiendo una nudosa mano. La mano de Tas se cerró sobre la suya.

—Amigo mío, me alegro de que hayas llegado a tiempo de despedirte —dijo el enano con debilidad—. Me estoy muriendo, muchacho. Voy camino de Reorx...

—¿Cómo? —preguntó Tas acercándose más.

—Reorx —repitió el enano irritado—. Voy a los brazos de Reorx.

—No, no nos dirigimos ahí. Vamos en dirección a Sancrist. A menos que te refieras a una posada. Se lo preguntaré a Sturm. «Los Brazos de Reorx». Hummm...

—¡Reorx, el dios de los Enanos, estúpido!

—¡Ah! —dijo Tas un segundo después—. Ese Reorx.

—Escucha, muchacho —dijo Flint más sosegadamente—. Quiero que te quedes con mi casco, el que me diste en Xak Tsaroth, el de la melena de grifo.

—¿De verdad? Es muy amable de tu parte, Flint, pero ¿qué casco vas a utilizar tú?

—Donde yo voy no me va a hacer falta ningún casco.

—En Sancrist tal vez lo necesites. Derek cree que los Señores de los Dragones están tramando lanzar una ofensiva a gran escala, y en ese caso el casco puede serte de gran utilidad...

—¡No estoy hablando de Sancrist! —profirió Flint, haciendo un esfuerzo por incorporarse—. ¡No voy necesitar un casco porque estoy muriéndome!

—Yo una vez casi me muero —dijo Tas en tono grave. Tras colocar un humeante plato sobre la mesa, se instaló confortablemente en una silla para relatar su historia—. Fue en Tarsis, cuando un dragón derribó un edificio sobre mí. Elistan dijo que había estado a punto de fallecer. En realidad sus palabras no fueron exactamente éstas, pero dijo que sólo gracias a la inter... interces... oh, bueno, inter-algo de los dioses, hoy estoy vivo.

Flint profirió un sonoro bufido y se dejó caer de nuevo sobre la litera.

—¿Es demasiado pedir que se me permita morir en paz en vez de estar rodeado de molestos kenders? —dijo dirigiéndose a la lámpara que se balanceaba sobre su cabeza.

—Oh, vamos... No estás tan mal, ¿sabes? Tan sólo estás mareado.

—Estoy muriéndome —dijo el enano obcecadamente—. He sido atacado por un peligroso virus y sé que estoy muriéndome. ¡Y la culpa pesará sobre vuestras cabezas! Vosotros me arrastrasteis a este maldito bote...

—Barco —interrumpió Tas.

—¡Bote! —repitió Flint furioso—. Me arrastrasteis a este maldito bote, y luego me abandonasteis moribundo en una habitación infestada de ratas...

—Te podíamos haber dejado en el Muro de Hielo, ¿sabes? con los hombres-morsa y... —Tasslehoff se detuvo.

Flint intentó incorporarse de nuevo, pero esta vez con un brillo de furia en la mirada. El kender se puso en pie y comenzó a caminar en dirección a la puerta.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya. Sólo bajé para ver... para ver si querías comer algo. El cocinero del barco ha hecho algo que él llama sopa de guisantes verdes...

Laurana, acurrucada en la parte anterior de la cubierta para evitar ser derribada por el viento, oyó un potente gruñido seguido de un ruido de cacharros rotos y se puso en pie alarmada. Le lanzó una mirada a Sturm, que se hallaba a su lado. El caballero sonrió.

—Flint —dijo.

—Sí —comentó Laurana preocupada—. Tal vez debería...

Pero se vio interrumpida por la aparición de Tasslehoff, que iba cubierto de sopa de guisantes de la cabeza a los pies.

—Creo que Flint se siente mejor —dijo Tas solemnemente—. ¡Pero aún no lo suficiente para comer algo!

Los compañeros habían viajado al Muro de Hielo ya que, según Tasslehoff, en el castillo de este lugar se conservaba uno de los Orbes de los Dragones. En efecto, lo habían encontrado y habían vencido a su maligno guardián, Feal-thas, uno de los poderosos Señores de los Dragones. Tras escapar de la destrucción del castillo con la ayuda de los Bárbaros de Hielo, ahora se encontraban en un barco rumbo a Sancrist.

El trayecto desde el Muro de Hielo había sido rápido. El pequeño barco surcaba velozmente las aguas marinas en dirección norte, ayudado por las corrientes y por los potentes vientos reinantes.

Aunque el valioso Orbe se hallaba a buen recaudo en una de las cabinas bajo cubierta, los horrores experimentados en el Muro de Hielo aún atormentaban sus sueños nocturnos.

Pero esas pesadillas no eran nada comparadas con el extraño y vívido sueño que habían tenido hacía ya más de un mes. Ninguno de ellos volvió a mencionarlo pero Laurana, de vez en cuando, percibía en el caballero una mirada de temor y soledad —bastante extraña en él—, lo cual le hizo pensar que también debía recordarlo.

Sin embargo, el grupo estaba animado —a excepción del enano, que se había mareado poco después de haber sido arrastrado al interior del barco—. El viaje al Muro de Hielo había sido una indudable victoria. También habían encontrado el asta rota de una antigua arma, que se creía era una Dragonlance, pero llevaban algo todavía más importante, aunque al hallarlo no se hubieran percatado de ello...

Los compañeros, acompañados por Derek Crownguard y los otros dos jóvenes caballeros que se les habían unido en Tarsis, habían estado buscando el Orbe de los Dragones en el castillo del Muro de Hielo. Su intento había entrañado grandes dificultades, ya que se vieron obligados a luchar contra los malignos hombres-morsa y contra lobos y osos. Los caballeros, amigos de Derek, perecieron. Comenzaron a pensar

que su misión estaba condenada al fracaso, pero Tasslehoff juró que en el libro que había leído en Tarsis se decía que uno de los Orbes estaba en aquel lugar, por lo que continuaron buscándolo.

Además consiguieron descubrir una imagen sorprendente: un inmenso dragón, de más de cuarenta pies de largo y de reluciente piel plateada, completamente incrustado en una pared de hielo. Las alas del dragón estaban extendidas, en posición de vuelo. Su expresión era fiera, pero su porte era noble y no les inspiraba el temor y la aversión que recordaban haber sentido ante los Dragones Rojos. En lugar de ello, sintieron una inmensa y abrumadora pena por aquella magnífica criatura.

Pero lo que más les llamó la atención fue el jinete que lo montaba. Habían visto a los Señores de los Dragones cabalgando sobre sus despiadados corceles, pero ese hombre, por su antigua armadura, ¡parecía un Caballero de Solamnia! En su enguantada mano sostenía con firmeza el asta partida de lo que parecía haber sido una larga lanza.

—¿Por qué montaría un Caballero de Solamnia un dragón? —preguntó Laurana.

—Ha habido caballeros que pactaron con el mal —dijo Derek Crownguard secamente—. Aunque me avergüence admitirlo.

—Aquí no tengo ninguna sensación maligna —murmuró Elistan—. Tan sólo una gran pena. Me pregunto cómo murieron. No se les ve ninguna herida...

—Esto me resulta familiar —interrumpió Tasslehoff frunciendo el ceño—. Como un cuadro. Un caballero montando un dragón plateado... Una vez vi...

—¡Bah! —resopló Flint—. Tú has llegado a ver hasta elefantes peludos...

—Lo digo en serio.

—¿Dónde fue, Tas? —preguntó Laurana amablemente, al ver la expresión dolida del kender—. ¿Puedes recordarlo?

—Creo que... esto me recuerda a Pax Tharkas y a Fizban...

—¡Fizban! —explotó Flint—. ¡Ese viejo mago estaba más loco que Raistlin, si es que eso es posible!

—No sé de qué habla Tas —dijo Sturm mirando pensativamente al dragón y a su jinete—, pero recuerdo que mi madre me contó que Huma, en su última batalla, montaba un Dragón Plateado y llevaba la Dragonlance.

—Y yo recuerdo que mi madre me decía que guardara pastelillos para un anciano de blancos ropajes que algún día vendría a nuestro castillo... —se mofó Derek—. No, indudablemente se trata de algún caballero renegado, esclavizado por el mal.

Derek y los otros dos caballeros se dispusieron a marcharse, pero los demás se quedaron contemplando al personaje que montaba al dragón.

—Tienes razón, Sturm. Es una Dragonlance —dijo Tas pensativamente—. No sé cómo lo sé, pero estoy seguro de ello.

—¿Tal vez lo viste en el libro de Tarsis? —preguntó Sturm, intercambiando miradas con Laurana, pensando ambos que la seriedad del kender era muy poco habitual, incluso inquietante.

—No lo sé —dijo con un hilo de voz—. Lo siento.

—Quizás deberíamos llevárnosla —sugirió Laurana vacilante.

—¡No os entretengáis, Brightblade! —oyeron gritar a Derek—. Puede que los Thanoi hayan perdido la pista por el momento, pero no tardarán mucho en descubrirnos.

—¿Cómo podríamos alcanzarla? —preguntó Sturm, ignorando la orden de Derek—. ¡Está aprisionada en un bloque de hielo de, por lo menos, tres pies de grosor!

—Yo lo haré—dijo Gilthanas. Saltando sobre la inmensa roca de hielo que se había formado alrededor del dragón y su jinete, el elfo encontró un lugar donde agarrarse y comenzó a trepar por el monumento. Al llegar a una de las alas congeladas se deslizó por ella hasta llegar a la lanza que el jinete sostenía. Gilthanas posó una mano sobre la capa de hielo que recubría la lanza y habló el extraño lenguaje de la magia.

De su mano surgió un rojo destello que fundió el hielo rápidamente. Un segundo después la introdujo en el agujero e intentó tomar la lanza. Pero el caballero muerto la sujetaba con firmeza.

Gilthanas tiró de ella e intentó incluso separar los helados dedos que la sostenían. Finalmente, al no poder soportar por más tiempo el frío que emanaba del hielo, descendió al suelo tembloroso.

—No hay manera —dijo. La tiene agarrada con fuerza.

—Rómpele los dedos —sugirió Tas.

Sturm silenció al kender con una mirada furibunda.

—No permitiré que profanéis su cuerpo. Tal vez podamos deslizar la lanza fuera de su mano. Voy a intentarlo...

—No servirá de nada —le dijo Gilthanas a su hermana mientras contemplaban a Sturm trepar por la montaña de hielo—. Es como si la lanza formara parte de su mano. Yo... —el elfo se interrumpió.

Cuando Sturm introdujo su mano en el agujero hecho en el hielo y tocó la lanza, la figura del caballero pareció moverse ligeramente. Su mano rígida y helada dejó de sujetar con firmeza la lanza partida. Sturm casi se cae de la sorpresa. Soltando el arma rápidamente, retrocedió por el ala helada del dragón.

—Te la está dando —gritó Laurana—. ¡Tómala, Sturm! ¡Tómala! ¿No lo ves...? Se la está dando a otro caballero.

—Yo no lo soy —dijo Sturm con amargura—. Aunque eso tal vez sea indicativo, o quizás maligno...

Dubitativo, volvió a deslizarse hasta el agujero y agarró la lanza una vez más. La rígida mano del caballero muerto volvió a aflojarse de nuevo. Sosteniendo la lanza rota, Sturm la sacó cuidadosamente del hielo y saltó al suelo.

—¡Esto ha sido maravilloso! —exclamó Tas asombrado—. ¿Flint, has visto cómo cobraba vida el cadáver?

—¡No! —gruñó el enano—. NI tú tampoco. Salgamos de aquí —añadió tiritando.

En ese momento apareció Derek.

—¡Te he dado una orden, Sturm Brightblade! ¿Qué ha sucedido? —al ver la lanza, el rostro de Derek se ensombreció.

—Le pedí que me la trajera —dijo Laurana con voz tan fría como la pared de hielo que había tras ella. Tomando el fragmento de la lanza, lo envolvió rápidamente en una capa de pieles que llevaba en su bolsa.

Enojado, Derek la contempló durante un instante, luego inclinó la cabeza y se giró sobre sus talones.

—Caballeros muertos... caballeros vivos... no sé cuáles son peores —refunfuñó Flint agarrando a Tas y arrastrándolo con él en pos de Derek.

—¿Qué ocurrirá si es un arma maligna? —le preguntó Sturm a Laurana mientras caminaban por los gélidos corredores del castillo.

Laurana se volvió para mirar por última vez al caballero muerto, montado sobre el dragón. El pálido y frío sol de las tierras del sur se estaba poniendo, y su luz proyectaba acuosas sombras sobre ambos cadáveres, otorgándoles un aspecto casi siniestro. Mientras lo contemplaba, le dio la impresión de que el cuerpo del caballero se desplomaba sin vida.

—¿Crees en la historia de Huma? —preguntó a su vez Laurana en voz baja.

—Ahora ya no sé en qué creer —dijo Sturm con la voz teñida de amargura—. Para mí todo era blanco o negro, las cosas eran claras y bien definidas. Creía en la historia de Huma. MI madre me habló de ella como de la verdad. Luego fui a Solamnia... —hizo una pausa, como si no deseara continuar. Finalmente, al ver la expresión de Laurana, llena de interés y compasión, tragó saliva y prosiguió—. Nunca le he dicho esto a nadie, ni siquiera a Tanis. Cuando regresé a mi tierra natal, encontré que la Orden de Caballería no era la Orden de hombres honorables y sacrificados que mi madre me había descrito. Estaba llena de intrigas políticas. Los mejores hombres eran como Derek, honorables, pero estrictos e inflexibles, poco amables con aquellos que

consideraban inferiores a ellos. Lo peor fue que... cuando yo hablaba de Huma, se reían de mí. Decían que había sido un caballero itinerante. De acuerdo con su historia, Huma había sido expulsado de la Orden por desobedecer sus leyes, por lo que vagó por los campos, buscando el afecto de los labradores, quienes entonces comenzaron a crear leyendas sobre él.

—Pero, ¿realmente existió? —insistió Laurana, entristecida por la pena reflejada en el rostro de Sturm.

—Oh, sí. De eso no hay duda alguna. Los documentos que sobrevivieron al Cataclismo incluían su nombre en una de las Órdenes más bajas de los caballeros. Pero, en cuanto a las historias del Dragón Plateado, la Batalla Final, incluso la de la propia Dragonlance... ya nadie cree en ellas. Como dice Derek, no hay prueba alguna. De acuerdo con la leyenda, la tumba de Huma era una estructura en forma de torre... una de las maravillas del mundo. Pero no he encontrado a nadie que la haya visto. Como diría Raistlin, todo lo que queda son historias para niños —Sturm se llevó una mano al rostro, cubriéndose los ojos, y lanzó un profundo y tembloroso suspiro—. ¿Sabes? —prosiguió en voz baja—. Nunca pensé que diría una cosa así, pero echo de menos a Raistlin. Los echo de menos a todos. Siento como si una parte de mí hubiera sido arrancada, y así es como me sentía cuando estuve en Solamnia. Por eso regresé, en lugar de quedarme a completar las pruebas para mi investidura. Esa gente, mis amigos, estaban haciendo más por combatir el mal del mundo que todos los caballeros juntos. Incluso Raistlin, aunque de una forma que me resulta difícil comprender. Él podría decirnos qué significa todo esto —dijo señalando atrás, hacia el caballero envuelto en hielo—. El por lo menos creería en ello. Si Tanis estuviera aquí... —Sturm no pudo seguir.

—Sí —dijo Laurana en voz baja—. Si Tanis estuviera aquí...

Recordando el inmenso pesar de la elfa, mayor aún que el suyo propio, Sturm la rodeó con el brazo y la estrechó contra sí. Ambos permanecieron así durante unos segundos, cada uno reconfortado por la presencia del otro. Un momento después oyeron la cortante voz de Derek llamándoles la atención por quedarse atrás.

El pedazo de lanza, envuelto en la capa de pieles de Laurana, estaba ahora en un arcón con el Orbe de los Dragones y Wyrmslayer, la espada de Tanis que Laurana y Sturm habían traído desde Tarsis. Junto al arcón yacían los cuerpos de los dos jóvenes caballeros, quienes habían dado sus vidas en defensa del grupo, y a los que llevaban a su tierra natal para ser enterrados allá.

Los fuertes vientos del sur, que provenían de los glaciares, eran fríos y veloces e impulsaban el barco por el Mar de Sirrion. El capitán había dicho que si el viento se mantenía, era probable que llegaran a Sancrist en dos días.

—Allí queda Ergoth del Sur —le dijo el capitán a Elistan señalando a estribor—. Nosotros pasaremos cerca del extremo más meridional. Esta noche, veremos la isla de Cristyne. Luego, si el viento nos acompaña, llegaremos a Sancrist. Es extraño lo que ocurre en Ergoth del Sur —añadió el capitán mirando a Laurana—, dicen que está lleno de elfos, aunque como no he estado allí, no sé si es cierto.

—¡Elfos! —exclamó Laurana entusiasmada, acercándose al capitán.

—Oí que tuvieron que abandonar su hogar perseguidos por los ejércitos de los Dragones —afirmó éste.

—¡Puede que se trate de nuestra gente! —dijo Laurana aferrándose a Gilthanas, que estaba a su lado. La elfa se asomó por la proa del barco, mirando fijamente el horizonte como si quisiera hacer aparecer la tierra.

—Seguramente debe tratarse de los Silvanesti —dijo Gilthanas—. De hecho, creo que la Princesa Alhana mencionó algo sobre Ergoth. ¿Lo recuerdas, Sturm?

—No —respondió bruscamente el caballero. Volviéndose rápidamente, caminó hacia babor y se inclinó sobre la barandilla, contemplando el mar teñido de rosa. Laurana vio que se sacaba algo del cinturón y lo sostenía entre sus manos amorosamente. Hubo un brillante destello cuando los rayos del sol lo iluminaron, luego el caballero volvió a meter el objeto en su cinturón. Cuando Laurana se disponía a ir hacia él, percibió algo raro y se detuvo bruscamente.

—¿Qué es aquella extraña nube en el sur?

El capitán se volvió inmediatamente y sacando un catalejo de su chaqueta de piel, se lo llevó a los ojos.

—Envía un hombre a lo alto de la arboladura —le dijo a su primer oficial.

Un momento después, un marinero trepaba por las jarcias. Desde las vertiginosas alturas del mástil, se colgó de las cuerdas con una mano y con la otra sostuvo el catalejo, mirando hacia el sur.

—¿Puedes ver de qué se trata? —le gritó el capitán.

—No, capitán —respondió el hombre—. Si es una nube, no se parece a ninguna de las que he visto hasta ahora.

—¡Le echaré un vistazo! —se ofreció Tas voluntarioso.

El kender comenzó a trepar por las sogas tan diestramente como el marinero. Al llegar arriba, se colgó del mástil y miró hacia el sur.

Desde luego era como una nube. Era blanca e inmensa y parecía flotar sobre el agua. Pero se movía a mucha más velocidad que cualquier otra nube del cielo y... Tasslehoff dio un respingo.

—Déjame esto un momento —dijo, alargando la mano para que le tendieran el catalejo. El hombre se lo dio de mala gana. Tas se lo llevó a los ojos y profirió un suave gruñido—. Vaya, vaya... —murmuró.

Bajando el catalejo, lo cerró de golpe y lo deslizó en su túnica distraídamente. Cuando se disponía a descender, el marinero le agarró por el cuello.

—¿Qué ocurre...? —preguntó Tas sorprendido—. ¡Oh! ¿Esto es tuyo? Disculpa — tomando el catalejo de nuevo, se lo tendió al marinero. Tas se deslizó habilidosamente por las sogas, aterrizó en la cubierta y corrió hacia Sturm. —Es un dragón —informó jadeante.

Capítulo 2

El dragón blanco

¡Capturados!

El nombre del dragón era Sleet. Era un ejemplar hembra blanco de una especie más pequeña que el resto de las que habitaban Krynn. Nacidos y crecidos en las regiones árticas, los dragones blancos eran capaces de soportar un frío extremo, por lo que controlaban las regiones heladas del sur del continente de Ansalon.

Debido a su menor tamaño, pertenecían a la raza de vuelo más veloz. Los Señores de los Dragones los utilizaban a menudo para las misiones de espionaje. Por esa razón Sleet había estado ausente de su cubil del Muro de Hielo cuando los compañeros habían entrado en él para buscar el Orbe. La Reina de la Oscuridad había recibido noticias de que Silvanesti había sido invadido por un grupo de aventureros. Éstos habían conseguido —no se sabía cómo —vencer a Cyan Bloodbane y, según los informes, se hallaban en posesión del Orbe de los Dragones.

La Reina de la Oscuridad pensó que el grupo tal vez pudiera estar atravesando las Praderas de Arena, por el Camino de los Reyes, que era la ruta más directa por tierra hacia Sancrist, donde le habían informado que los Caballeros de Solamnia intentaban reagruparse. Así pues, ordenó a Sleet y a su escuadrilla de Dragones Blancos que volaran hacia el norte, hacia las Praderas de Arena, que ahora estaban cubiertas de una pesada y espesa capa de nieve, para recuperar el Orbe.

Al ver la nieve relucir debajo de él Sleet dudó que los humanos fueran tan temerarios como para intentar cruzar aquellas devastadas tierras. Pero cumplía órdenes y se atuvo a ellas. Sleet exploró cada pulgada de terreno, desde los límites de Silvanesti en el este hasta las Montañas Kharolis en el oeste. Algunos de sus dragones volaron incluso en dirección norte, hasta la Nueva Costa, que estaba controlada por los Dragones Azules.

Sus enviados se reunieron para informar que no habían visto huellas de ningún ser viviente en las Praderas, y entonces Sleet recibió un mensaje notificándole que, mientras ella se hallaba explorando esa zona, había habido problemas en el Muro de Hielo.

Sleet regresó furiosa, pero llegó demasiado tarde. Feal-thas estaba muerto, y el Orbe había desaparecido. No obstante, sus aliados, los Thanoi u hombres-morsa, fueron capaces de describirle al grupo que había cometido tamaña atrocidad. Incluso pudieron indicarle la dirección que había tomado su barco, a pesar de que desde el Muro de Hielo sólo se podía navegar en una dirección, rumbo al norte.

Sleet informó de la pérdida del Orbe a la Reina de la Oscuridad, quien se sintió sumamente enojada y asustada. ¡Ahora los Orbes desaparecidos ya eran dos! A pesar de saber que su poder maligno era el más fuerte de todo Krynn, la Reina Oscura sabía también con enojosa seguridad que las fuerzas del bien aún rondaban aquellas tierras, y que podía haber alguien lo suficientemente sabio y poderoso para descubrir el secreto de la mágica esfera. Por tanto a Sleet se le ordenó encontrar el Orbe para llevarlo, no al Muro de Hielo, sino a la propia Reina. El dragón no debía, bajo ninguna circunstancia, perderlo o dejar que se perdiera. Los Orbes eran inteligentes y estaban imbuidos de un fuerte sentido de supervivencia. Por eso llevaban tanto tiempo con vida, cuando hasta aquellos que los habían creado estaban ya muertos.

Sleet sobrevoló velozmente el Mar de Sirrion y sus poderosas alas blancas no tardaron en acercarla al barco. No .. obstante, a Sleet se le presentaba ahora un interesante problema intelectual que no estaba preparada para afrontar.

Los Dragones Blancos eran los menos inteligentes de todas las razas de dragones, lo cual tal vez se debía a la pureza.. de raza necesaria para engendrar un reptil que pudiera tolerar climas tan fríos. Sleet nunca había necesitado pensar por sí misma. Feal-thas siempre le decía lo que tenía que hacer. Por tanto, mientras volaba en círculos sobre el barco, Sleet se sintió bastante confusa ante el problema que se le planteaba: ¿Cómo podría conseguir el Orbe?

Al principio planeó congelar el barco con su gélido aliento. Luego comprendió que así sólo conseguiría encerrar el Orbe en un helado bloque de madera, dificultando enormemente su rescate. Además, había muchas probabilidades de que el barco se hundiera antes de que ella pudiera destruirlo y si realmente se las arreglaba para destrozarlo, era posible que el Orbe se hundiera con la nave. El barco era demasiado pesado para poder alzarlo con sus garras y volar a tierra firme. Sleet continuaba describiendo círculos sobre el barco, reflexionando, mientras contemplaba a los desgraciados humanos corriendo arriba y abajo como ratones asustados por la cubierta.

El dragón hembra consideró la posibilidad de enviar otro mensaje telepático a su Reina, pidiéndole ayuda. Pero Sleet desechó la idea de recordarle tanto su existencia como su ignorancia. El dragón siguió al barco todo el día, revoloteando sobre él, cavilando.

Dejándose mecer cómodamente por los vientos marinos, permitió que el temor que inspiraba a los humanos llevara a éstos a un estado de verdadero terror. De pronto, justo cuando se ponía el sol, Sleet tuvo una idea. Sin pararse a pensar, decidió ponerla en práctica inmediatamente.

Cuando Tas informó que el velero estaba siendo seguido por un dragón blanco, cundió el pánico entre la tripulación. Todos se armaron con sables y se dispusieron a luchar contra la bestia, a pesar de saber perfectamente cómo podía acabar un combate semejante. Gilthanas y Laurana, ambos habilidosos arqueros, colocaron flechas en los arcos. Sturm y Derek prepararon sus espadas y escudos. Tasslehoff agarró su Vara Jupak. Flint intentó levantarse de la cama, pero no consiguió ni sostenerse en pie. Elistan conservó la calma y comenzó a rezar a Paladine.

—Tengo más fe en mi espada que la que ese anciano tiene en su dios —le dijo Derek a Sturm.

—Los Caballeros de Solamnia siempre han honrado a Paladine —respondió Sturm en tono de reproche.

—Yo lo respeto... respeto su recuerdo —dijo Derek— pero encuentro perturbadora toda esta palabrería sobre el «regreso» de Paladine, Brightblade. Y lo mismo opinará el Consejo cuando lo sepa. Cuando se debata la cuestión de tu investidura harías bien en reconsiderar el tema.

Sturm se mordió el labio, tragándose su enojada réplica igual que si se estuviera tomando una medicina amarga. Pasaron largos minutos. Todos los ojos estaban posados sobre la criatura de alas blancas que volaba sobre ellos. Pero no podían hacer nada, y esperaron, y esperaron. Y esperaron. Pero el dragón no atacó. Este volaba sobre ellos incansablemente, su sombra cruzaba y volvía a cruzar la cubierta con una escalofriante y monótona regularidad. Los marineros, dispuestos a luchar sin hacer preguntas, pronto comenzaron a murmurar entre ellos, ya que la espera resultaba insoportable. Para empeorar las cosas el dragón parecía absorber el viento, pues las velas ondearon y cayeron deshinchadas. El barco perdió su raudo ritmo de avance y comenzó a navegar a trompicones. De pronto un grupo de nubes tormentosas, proveniente del norte, comenzó a avanzar lentamente sobre el agua, proyectando una negra sombra sobre el reluciente mar.

Finalmente Laurana bajó el arco y se frotó la dolorida espalda y los músculos del cuello. Sus ojos estaban acuosos e irritados, deslumbrados de tanto mirar al sol.

—Metedles en un bote y lanzadles por la borda —oyó que le sugería un viejo marinero a un compañero en un tono de voz lo suficientemente alto para ser oído—. Seguro que esa inmensa bestia nos dejará marchar. Es a ellos a quien busca, no a nosotros.

NI siquiera nos busca a nosotros. Probablemente se trata del Orbe de los Dragones. Por esto no nos ha atacado» —pensó Laurana inquieta. Pero no podía decírselo, ni siquiera al capitán. El valioso objeto debía ser mantenido en secreto.

La tarde continuó avanzando, y el dragón siguió volando como una terrible ave marina. El capitán estaba cada vez más irritado. No solamente tenía que enfrentarse a un dragón, sino también a la probabilidad de un motín. Cuando era casi la hora de la cena, ordenó a los compañeros que descendieran a la cubierta inferior.

Tanto Derek como Sturm se negaron pero, cuando parecía que las cosas iban a empeorar, un marinero gritó: —¡Tierra, tierra a estribor!

—Ergoth del Sur —dijo ceñudo el capitán—. La corriente nos está arrastrando hacia las rocas y si no tenemos algo de viento, no tardaremos en estrellarnos.

En ese preciso momento el dragón dejó de volar. Se detuvo durante un instante, y luego ascendió hacia el cielo. Los marineros se alegraron, pensando que se alejaba de allí. Pero Laurana se acordó de Tarsis, y comprendió lo que iba a suceder

—¡Va a descender! —gritó—. ¡Se dispone a atacarnos!

—¡Id abajo! —gritó Sturm y los marineros, tras una dubitativa mirada hacia la fiera, se precipitaron por las escotillas. El capitán se dirigió velozmente hacia el timón.

—Ve abajo —le ordenó al timonel.

—¡No puedes quedarte aquí arriba! —le chilló Sturm corriendo hacia él—. ¡Te matará!

—Nos iremos a pique si no lo hago.

—¡Nos iremos a pique si mueres! —exclamó Sturm. Lamentando ser agresivo, golpeó al capitán y lo arrastró hasta la cubierta inferior.

Laurana descendió a toda prisa por las escaleras, seguida de Gilthanas. El elfo aguardó hasta que Sturm hubiera bajado al inconsciente capitán y sólo entonces cerró la escotilla.

Un segundo después el dragón lanzó contra el barco una bocanada de aire de tal potencia que casi consigue hundirlo. El velero escoró peligrosamente. Todos perdieron pie, hasta los marineros más experimentados, tropezando los unos con los otros en las atestadas estancias de popa, bajo cubierta. Flint rodó por el suelo, maldiciendo.

—Ha llegado el momento de rezarle a tu dios —le dijo Derek a Elistan.

—Ya lo estoy haciendo —respondió éste mientras ayudaba al enano a levantarse. Laurana, agarrada a un poste, aguardó temerosa la destellante luz naranja, el fragante calor, las llamas. En lugar de ello, se propagó un frío cortante que quitaba la respiración y helaba la sangre. La muchacha podía oír cómo las jarcias y los aparejos crujían al quebrarse, y las velas cesaban de batir. Al elevar la mirada, vio filtrarse una blanca escarcha entre las grietas de la cubierta de madera.

—¡Los dragones blancos no lanzan llamas! —exclamó Laurana horrorizada—. ¡Expulsan hielo! ¡Elistan! ¡Tus oraciones han sido escuchadas!

—¡Bah! Es lo mismo que las llamas —dijo el capitán que ya había vuelto en sí, sacudiendo la cabeza y frotándose las mandíbulas—. El hielo va a acabar congelándonos.

—¡Un dragón que expulsa hielo! —exclamó Tas pensativamente—. ¡Ojalá pudiera verlo!

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Laurana mientras el barco se enderezaba lentamente, crujiendo y gimiendo.

—No podemos hacer nada —le gritó el capitán—. La jarcia se partirá bajo el peso del hielo, arrastrando las velas con ella. El mástil se romperá como un árbol herido por un rayo. Si no podemos gobernar el barco, la corriente nos estrellará contra las rocas, y ése será nuestro final. ¡Maldición!

—Podríamos intentar disparar contra él cuando vuelva a pasar —dijo Gilthanas. Sturm sacudió la cabeza, presionando la escotilla.

—Debe haber más de un pie de hielo sobre nosotros —informó el caballero—. Estamos totalmente encerrados aquí dentro.

Así es como el dragón piensa conseguir el Orbe. Llevará el barco a tierra, nos matará y luego, cuando ya no corra el riesgo de que se hunda en el océano, lo recuperará —pensó Laurana acongojada.

—Otra bocanada más y nos hundiremos hasta el fondo —predijo el capitán. Pero no hubo otra ráfaga como la primera. La siguiente bocanada fue más suave, y todos ellos comprendieron que el dragón estaba utilizando su aliento para acercarlos a la costa.

Era un plan excelente, Sleet podía sentirse orgullosa. Se deslizó tras el barco, dejando que la corriente y la marea lo llevaran hacia la costa, dando un pequeño soplo de vez en cuando. Pero al ver las puntiagudas rocas emergiendo del mar iluminado por las lunas, comprendió el grave error de su plan. De pronto la luz de aquellas desapareció, borrada por las nubes tormentosas, y el dragón no pudo ver nada. Todo era más oscuro que el alma de su Reina.

Sleet maldijo las nubes de tormenta, que tanto convenían a los propósitos de los Señores de los Dragones que se hallaban en el norte, pero que tanto la perjudicaban a ella, pues anulaban la luz de las lunas. Oyó los chasquidos y crujidos de la madera astillándose cuando el barco golpeó las rocas. Pudo oír, incluso, los gritos y lamentos de la tripulación... ¡pero no podía ver! Descendió a poca distancia de las aguas, confiando en poder paralizar a aquellas miserables criaturas con hielo hasta la mañana siguiente. Pero entonces escuchó un atemorizante sonido en la oscuridad... el del vibrar de las cuerdas de los arcos.

Una flecha pasó silbando junto a la cabeza. Otra atravesó la frágil membrana de una de sus alas. Chillando de dolor, Sleet alzó el vuelo. ¡Debía haber elfos allí abajo! Comprendió furiosa. Las flechas seguían silbando a su alrededor ¡Malditos elfos de

visión nocturna! Para ellos debía ser una fabulosa diana, especialmente estando herida de una ala.

Sintiendo flaquear sus fuerzas, el dragón hembra resolvió regresar al Muro de Hielo. Estaba cansada de volar todo el día, y la herida del ala le dolía terriblemente. Debería informar de su nuevo fracaso a la Reina Oscura, aunque, al volver a pensar en ello se dio cuenta de que, después de todo, no era un fracaso. Había evitado que el Orbe llegara a Sancrist, y había destrozado el barco. Además, conocía la situación exacta del Orbe. La Reina, con su vasta red de espionaje en Ergoth, podría recuperarlo fácilmente.

Apaciguado, el Dragón Blanco voló lentamente en dirección al sur. Por la mañana había alcanzado ya su vasto territorio de glaciares y, tras comunicar su informe, que fue bastante bien recibido, Sleet pudo deslizarse en su caverna de hielo y curar la herida de su ala hasta restablecerse.

—¡Se ha ido! —exclamó Gilthanas asombrado.

—Por supuesto —dijo Derek cansinamente mientras ayudaba a recuperar todas las provisiones que podía del barco naufragado—. Su visión no puede compararse a la tuya de elfo. Además, una de tus flechas le ha dado.

—Ha sido un disparo de Laurana, no mío —dijo Gilthanas, sonriéndole a su hermana, quien se encontraba en la orilla con el arco en las manos.

Derek esbozó una mueca de duda. Dejando cuidadosamente en el suelo la caja que llevaba, el caballero volvió a meterse en el agua. Pero de la oscuridad surgió una figura que lo detuvo.

—Es inútil, Derek. El barco se ha hundido —dijo Sturm. Sturm llevaba a Flint sobre la espada. Al ver que el caballero se tambaleaba de cansancio, Laurana corrió hacia el agua para ayudarlo. Entre ambos llevaron al enano a la orilla y le tendieron sobre la arena. En el mar, los crujidos de la madera ya habían cesado, y esos sonidos se veían ahora reemplazados por los del interminable romper de las olas. De pronto se oyó un chapoteo. Tasslehoff alcanzó la orilla tiritando pero con la misma sonrisa de siempre. Le seguía el capitán ayudado por Elistan.

—¿Dónde están los cadáveres de mis hombres? —preguntó Derek sólo ver al capitán—. ¿Dónde están?

—Había cosas más importantes que llevar —respondió ceñudo Elistan—. Cosas que necesitan los vivos, como armas y comida.

—Muchos hombres buenos han encontrado su morada final bajo las aguas. Me temo que vuestros hombres no serán los primeros... ni los últimos —añadió el capitán.

Derek pareció disponerse a responder, pero el capitán, con expresión triste y fatigada dijo:

—He dejado allí a seis de mis hombres esta noche, Señor. A diferencia de los vuestros, estaban vivos cuando iniciamos el viaje. Por no mencionar el hecho de que mi barco, mi forma de ganarme la vida, también ha quedado allí. No creo que pueda añadir nada más, si comprendéis lo que quiero decir.

—Siento vuestra pérdida, capitán —respondió Derek con torpeza—. Y os admiro a vos y a vuestra tripulación por todo lo que intentasteis hacer.

El capitán murmuró algo y se quedó en pie, mirando vagamente la playa, como si se sintiera perdido.

—Enviamos a vuestros hombres por la orilla, en dirección norte —le dijo Laurana señalando—. Allí, entre aquellos árboles, podremos refugiarnos. Súbitamente, como verificando sus palabras, apareció una luz brillante: las llamas de una inmensa hoguera.

—¡Están locos! ¡El dragón volverá a lanzarse sobre nosotros! —exclamó Derek furioso.

—Una de dos, o sucede eso, o moriremos de frío. Haga su elección, señor caballero. A mí poco me importa —dijo el capitán desapareciendo en la oscuridad.

Sturm se estiraba y gruñía, intentando relajar sus helados y ateridos músculos. Flint yacía sobre la arena, dolorido y tembloroso. Cuando Laurana se arrodilló para cubrirle con su capa, se dio cuenta del frío que ella misma sentía.

Con la agitación de intentar escapar del barco y la lucha contra el dragón, se había olvidado del frío. Casi no podía recordar los detalles de la huida, salvo que cuando alcanzaban la orilla había visto al dragón lanzarse sobre ellos, y que, entonces, había buscado su arco con dedos temblorosos y ateridos. Aún se preguntaba cómo alguno había tenido la suficiente presencia de ánimo como para intentar salvar algo.

—¡El Orbe de los Dragones! —exclamó temerosa.

—Aquí, en el arcón —respondió Derek—. Con el pedazo, de lanza y esa espada elfa a la que llamáis Wrymslayer. y , ahora, supongo que deberíamos aprovechar esa hoguera

—Yo creo que no —una extraña voz resonó en la oscuridad, y al mismo tiempo numerosas antorchas llameantes rodearon al grupo. Los compañeros se sobresaltaron e inmediatamente desenvainaron sus armas, agrupándose alrededor del indefenso enano. Pero tras un breve instante de paralización, Laurana reparó en los rostros iluminados por las antorchas.

—¡Esperad! —gritó—. ¡Son de los nuestros! ¡Son elfos!

—¡Sois de Silvanesti! —exclamó Gilthanas vehementemente. Dejando caer su arco al suelo, caminó hacia el elfo que había tomado la palabra—. Hemos viajado durante mucho tiempo en la oscuridad —dijo en idioma elfo, alargando una mano—. Bien hallado, herman...

Nunca pudo acabar de formular el antiguo saludo, pues el que dirigía el grupo de elfos dio un paso hacia delante, golpeó a Gilthanas en el rostro con el extremo de su vara y le hizo caer en tierra inconsciente.

Sturm y Derek alzaron inmediatamente sus espadas. El acero relampagueó a la luz de las antorchas.

—¡Deteneos ! —gritó Laurana en el idioma de los elfos. Arrodiándose junto a su hermano, echó hacia atrás la capucha de su capa para que la luz iluminara su rostro—. Somos vuestros primos. ¡Somos de Qualinesti y estos humanos son Caballeros de Solamnia!

—¡Sabemos perfectamente quienes sois! —el jefe elfo escupió las palabras—. ¡Espías de Qualinesti! y no nos parece nada extraño que viajéis en compañía de humanos. Hace mucho que vuestra sangre ha sido contaminada. Lleváoslos —dijo haciendo una señal a sus hombres—. Si no os acompañan pacíficamente, ya sabéis lo que tenéis que hacer. y averiguad qué han querido decir al mencionar el Orbe de los Dragones...

Los elfos dieron un paso hacia adelante.

—¡No! —gritó Derek dando un salto y situándose junto al arcón—. ¡Sturm, no deben arrebatarnos el Orbe!

Pero Sturm ya había pronunciado el saludo de los Caballeros ante el enemigo y avanzaba empuñando la espada.

—Parece que va a haber pelea. Que así sea —dijo el cabecilla de los elfos alzando su arma

—¡Os digo que esto es una locura! —chilló Laurana furiosa, situándose entre las relucientes espadas. Los elfos se detuvieron indecisos. Sturm la agarró para hacerla retroceder, pero la muchacha consiguió soltarse.

—Los goblins y los draconianos, malignos y repugnantes, no caen en la bajeza de luchar entre ellos —la voz le temblaba de rabia—, mientras que nosotros, los elfos, antigua encarnación del bien, ¡pretendemos matarnos los unos a los otros! ¡Mirad! —la muchacha levantó la tapa del arcón y lo abrió—. ¡Aquí tenemos la esperanza de la salvación del mundo! Es uno de los Orbes de los Dragones. Lo sacamos del Muro de Hielo corriendo un grave riesgo. Nuestro barco ha quedado destrozado en las aguas. Conseguimos hacer huir al dragón que intentaba arrebatárnoslo. Y, después de todo esto...¡resulta que lo más peligroso es nuestra propia gente! Si esto es verdad, si hemos caído tan bajo, entonces matadnos ahora y os juro que ninguna persona de este grupo intentará deteneros.

Sturm, que no comprendía el idioma elfo, vio que los elfos bajaban las armas.

—Bueno, sea lo que sea lo que les ha dicho, parece que ha funcionado, —de mala gana, envainó su espada. Derek, tras un instante de vacilación, bajó su arma pero no la guardó en la funda.

—Tomaremos en consideración vuestra historia —comenzó a decir torpemente en Común el jefe elfo, pero se interrumpió al oír gritos y chillidos a cierta distancia. Los compañeros vieron que unas oscuras sombras rodeaban la hoguera. El elfo miró hacia allí, aguardó hasta que se hizo el silencio, y luego se volvió al grupo de nuevo, en particular a Laurana, que se había inclinado sobre su hermano.

—Puede que hayamos actuado precipitadamente, pero cuando hayáis vivido aquí durante algún tiempo, lo comprenderéis.

—¡Nunca llegaré a entenderlo! —exclamó Laurana entre sollozos. Un elfo apareció en la oscuridad.

—Humanos, señor —Laurana le escuchó informar en el idioma elfo—. Por su apariencia son marineros. Dicen que su barco ha sido atacado por un dragón y se ha estrellado en las rocas.

—¿Lo habéis comprobado?

—Encontramos restos del naufragio flotando en la orilla. Los humanos están exhaustos y medio ahogados, no han ofrecido ninguna resistencia. No creo que hayan mentido. El jefe elfo se volvió hacia Laurana.

—Parece que vuestra historia es cierta —dijo, hablando una vez más en Común—. Me han informado que los humanos capturados son marineros. No os preocupéis por ellos. Desde luego los haremos prisioneros. No podemos permitir que los humanos rondan esta isla, con todos los problemas que tenemos. Pero les trataremos bien. No somos goblins —añadió agriamente—. Lamento haber golpeado a vuestro amigo...

—Hermano —replicó Laurana—. E hijo menor del Orador de los Soles. Soy Lauranthalasa, y él es Gilthanas. Somos de la casa real de Qualinesti.

El elfo pareció palidecer al oír las noticias, pero inmediatamente recuperó la serenidad.

—Vuestro hermano será bien atendido. Haré llamar a un sanador...

—¡No necesitamos a vuestro sanador! —dijo Laurana—. Ese hombre... —explicó señalando a Elistan— es clérigo de Paladine. El ayudará a mi hermano...

—¿Un humano? —preguntó el elfo en tono incrédulo.

—¡Sí, un humano! —chilló Laurana con impaciencia—. ¡Los elfos han golpeado a mi hermano! y recurro a los humanos para que lo curen. Elistan...

El clérigo dio un paso hacia adelante pero, a una señal de su cabecilla, varios elfos le sujetaron rápidamente, inmovilizándolo. Sturm se dispuso a acudir en su ayuda, pero Elistan le detuvo con un gesto, mirando a Laurana intencionadamente. El caballero retrocedió, comprendiendo el silencioso mensaje de Elistan. Sus vidas dependían de la elfa.

—¡Soltadle! —ordenó Laurana—. ¡Dejadle ayudar a mi hermano!

—No puedo creer que sea un clérigo de Paladine, Princesa Laurana —dijo el elfo—. Todos sabemos que los clérigos desaparecieron de Krynn cuando los antiguos dioses nos abandonaron. No sé quién es este charlatán ni cómo ha conseguido que le creyérais, pero no permitiré que este humano ponga sus manos sobre un elfo.

—¿NI siquiera sobre un elfo enemigo?

—NI aunque hubiera matado a mi propio padre y ahora, Princesa Laurana, debo hablar con vos en privado para intentar explicaros lo que está sucediendo en Ergoth del Sur. Al ver titubear a Laurana, Elistan dijo:

—Ve, querida. Eres nuestra única posibilidad de salvación. Yo me quedaré junto a Gilthanas.

—Muy bien —dijo Laurana incorporándose. Con expresión pálida se alejó del grupo con el elfo

—Esto no me gusta nada —dijo Derek frunciendo el entrecejo—. Les explicó demasiado cosas sobre Orbe, y no hubiera debido hacerlo.

—Nos oyeron hablar de él—respondió Sturm fatigado.

—Sí, ¡Pero les dijo dónde estaba! No confío en ella... ni en su gente. ¿Quién sabe qué tipo de trato estarán haciendo...?

—¡Esto ya es demasiado! —rechinó una voz.

Ambos hombres se volvieron sorprendidos y descubrieron a Flint poniéndose en pie. Aunque sus dientes aun castañeaban, el enano le dirigió a Derek una helada mirada.

—Estoy com-completamente harto d-de ti, Señor Su-su-premo y Poderoso —el enano apretó los dientes para que dejaran de castañear el tiempo suficiente para poder hablar.

Sturm se dispuso a intervenir, pero el enano lo apartó a un lado para enfrentarse a Derek. La imagen era bastante cómica, y Sturm la recordó a menudo con una sonrisa. ¿Podría en alguna ocasión explicársela a Tanis? Flint, con su larga barba blanca empapada y desgredada, con las ropas goteando, formando charcos a sus pies, y llegándole a Derek sólo a la altura del cinturón, regañó al alto y orgulloso Caballero Solámnico como podría haber regañado a Tasslehoff.

—¡Vosotros , los caballeros, habéis vivido tanto tiempo protegidos por las espadas y las armaduras que vuestros cerebros se han convertido en una masa amorfa! —profirió el enano—. Si es que alguna vez habéis tenido cerebro, cosa que dudo. He visto a esa muchacha pasar de ser una joven mimada, a convertirse en la bella mujer que es ahora y te digo que no existe persona más noble y valiente en todo Krynn. Lo que no puedes tolerar es que acabe de salvar tu pellejo. ¡Eso no puedes soportarlo!

El rostro de Derek enrojeció bajo la luz de las antorchas.

—No necesito que los enanos ni los elfos me defiendan... —comenzaba a decir Derek cuando Laurana regresó corriendo con ojos relampagueantes.

—¡Cómo si el mal no fuera ya suficiente, lo encuentro extendido entre los de mi propia raza! —murmuró la elfa con los labios apretados.

—¿Qué sucede? —preguntó Sturm. .

—La situación es la siguiente: En estos momentos hay tres razas de elfos viviendo en Ergoth del Sur...

—¿Tres razas? —interrumpió Tasslehoff mirando a Laurana con profundo interés—. ¿Cuál es la tercera raza? ¿De dónde vienen? ¿Podría verlos? Nunca había oído...

Aquello era demasiado para Laurana.

—Tas, ve a quedarte con Gilthanas y dile a Elistan que venga —dijo en tono severo.

—Pero...

Sturm le dio al kender un empujón.

—Ve —le ordenó.

Tasslehoff, dolido, se dirigió desconsolado hasta donde se encontraba Gilthanas. El kender se dejó caer sobre la arena haciendo mohines. Antes de reunirse con los demás, Elistan le dio unos golpecillos en el hombro.

—Los elfos Kalanesti, conocidos en el idioma Común como los Elfos Salvajes, son la tercera raza —prosiguió Laurana—. Lucharon a nuestro lado durante las guerras de Kinslayer. Como recompensa por su lealtad, Kith-Kanan les otorgó las montañas de Ergoth —eso fue antes de que Qualinesti y Ergoth quedaran divididos por el Cataclismo—. No me sorprende nada que nunca hayáis oído hablar de los Elfos Salvajes, o Elfos Limítrofes, como también se les llamaba. Son reservados y se mantienen apartados, son feroces luchadores que sirvieron bien a Kith-Kanan, pero nunca han amado las ciudades. Se mezclaron con los Druidas y aprendieron de su saber. También recuperaron las costumbres de los antiguos elfos. MI gente los considera unos bárbaros —tal como vuestra gente considera bárbaros a las razas de las Llanuras.

—Hace algunos meses, cuando los Silvanesti se vieron obligados a dejar su antiguo hogar, se refugiaron aquí, pidiendo la aprobación de los Kalanesti para morar temporalmente en estas tierras. Luego llegó mi gente, los Qualinesti. De esta forma, una raza que había estado separada durante tantos cientos de años, ha acabado reuniéndose.

—No veo la importancia que esto pueda tener... —interrumpió Derek. —Acabarás comprendiéndolo, ya que nuestras vidas dependen, en parte, de la comprensión de lo que está ocurriendo en esta triste isla... —a la elfa le falló la voz. Elistan se acercó a ella y la rodeó con el brazo intentando reconfortarla.

—Todo empezó bastante pacíficamente. Después de todo, las dos razas exiliadas tenían mucho en común —ambas habían tenido que abandonar su amada tierra natal debido al mal reinante en el mundo—. Establecieron sus hogares en la isla; los Silvanesti en la costa oeste y los Qualinesti en la este. Ambas costas están separadas por un estrecho conocido con el nombre de Thon-Tsalarian, que en Kalanesti significa «Río de los Muertos». Los Kalanesti viven en las praderas que hay al norte del río.

—Al principio tanto los Silvanesti como los Qualinesti intentaron iniciar una relación amistosa entre ellos, pero pronto empezaron los problemas, ya que ambas familias de elfos no pudieron convivir ni siquiera después de cientos de años, sin que los viejos odios y diferencias salieran a la luz —Laurana cerró un instante los ojos El Río de los Muertos bien podría llamarse Thon-Tsararoth, Río de la Muerte.

—Venga, muchacha —dijo Flint tocando la mano de la elfa—. Los enanos también hemos pasado por ello. Ya viste como fui tratado en Thorbardin —un Enano de las Colinas entre los Enanos de las Montañas. De todos los odios, el más cruel de todos es el que se da entre familias.

—Todavía no había muerto nadie, pero los ancianos estaban tan horrorizados al pensar en lo que pudiera ocurrir —los elfos matándose los unos a los otros—, que decretaron que nadie podría cruzar el estrecho, bajo pena de arresto —continuó diciendo Laurana—. Y así es como están las cosas. Ninguno de los bandos confía en el otro. ¡Incluso se han acusado unos a otros de venderse a los Señores de los Dragones! En ambos bandos se han capturado espías del bando contrario.

—Esto explica que nos atacaran —murmuró Elistan—. ¿Y qué ocurre con los Kal-Kal... —balbuceó Sturm sin conseguir pronunciar la palabra en elfo.

—Los Kalanesti. Ellos, que nos permitieron compartir su territorio, han sido los que han llevado la peor parte. Siempre han sido pobres en bienes materiales. Pobres para nosotros, pero no para ellos. Viven en los bosques y montañas, tomando lo que necesitan de la tierra, y son cazadores. No cultivan cosechas ni tampoco forjan metales. Cuando llegamos aquí, nuestras joyas de oro y nuestras armas de acero les hicieron pensar que éramos ricos. Muchos de sus jóvenes se dirigieron a los Qualinesti y a los Silvanesti para intentar aprender los secretos de hacer brillar la plata, el oro... y el acero.

Laurana se mordió el labio y sus rasgos se endurecieron.

—Tengo que decir, avergonzada, que mi gente se ha aprovechado de la pobreza de los Elfos Salvajes. Los Kalanesti trabajan de esclavos entre nosotros. Por este motivo sus ancianos son cada vez más salvajes y agresivos, pues han visto marchar a sus jóvenes y presienten que su vida está amenazada.

—¡Laurana! —gritó Tasslehoff.

La elfa se volvió.

—Mira —le dijo en voz baja a Elistan—. Ahí está uno de ellos —el clérigo vio a una ágil mujer joven, o al menos supuso que lo era por su larga cabellera, que iba vestida con ropa masculina. El personaje se arrodilló junto a Gilthanas y le tocó la frente.

Gilthanas se agitó y gimió de dolor. La Kalanesti rebuscó en una bolsa que llevaba y comenzó a mezclar algo en una pequeña copa de arcilla.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Elistan.

—Por lo que parece es el «sanador» que enviaron a buscar —dijo Laurana examinándola atentamente—. Los Kalanesti destacan por sus habilidades drúidicas.

Elfos Salvajes era un nombre apropiado, decidió Elistan observando atentamente a la muchacha. Nunca había visto en Krynn a un ser, supuestamente inteligente, de aspecto tan salvaje. Iba vestida con unos calzones de cuero, enfundados dentro de unas botas del mismo material. Sobre sus hombros llevaba una camisa de hombre, seguramente robada a algún elfo noble. Su piel era pálida y estaba demasiado delgada, desnutrida. Su enmarañado cabello estaba tan sucio que era imposible distinguir su color, pero la mano que tocó a Gilthanas era esbelta y proporcionada, y en su amable rostro podía apreciarse preocupación y compasión por el elfo herido.

—Bien —dijo Sturm—, ¿y qué hacemos nosotros en medio de todo esto?

—Los Silvanesti han accedido a escoltarnos hasta donde se encuentra mi gente —dijo Laurana enrojeciendo. Evidentemente ése había sido el punto de mayor controversia—. Al principio insistieron en llevamos ante sus ancianos, pero les dije que no iría a ninguna parte sin antes saludar a mi padre y discutir el tema con él. No podían negarse. Entre todas las familias de elfos, una hija pertenece a la casa de su padre hasta que es mayor de edad. Si me hubieran retenido aquí contra mi voluntad, hubiera sido considerado como un secuestro, lo que hubiera causado hostilidades. Ninguno de ambos bandos está preparado para ello.

—¿Nos dejan marchar a pesar de saber que tenemos el Orbe de los Dragones? —preguntó Derek asombrado

—No nos dejan marchar —respondió Laurana secamente—. Dije que van a escoltarnos hasta la zona habitada por los Qualinesti.

—Pero hay una avanzada Solámnica en el norte —discutió Derek—. Allí podríamos tomar un barco que nos llevara a Sancrist...

—Si intentaras escapar no vivirías lo suficiente ni para llegar a esos árboles —declaró Flint, estornudando.

—Tiene razón —dijo Laurana—. Debemos ir con los Qualinesti y convencer a mi padre para que nos ayude a transportar el Orbe a Sancrist.

Una pequeña línea oscura apareció entre sus cejas, lo cual hizo pensar a Sturm que la muchacha no creía que aquello fuera a resultar tan fácil como parecía.

—Y ahora, ya hemos hablado suficiente —continuó Laurana. Me dieron permiso para explicaros la situación, pero están ansiosos por partir. Debo atender a Gilthanas. ¿Estamos de acuerdo?

Laurana miró a los caballeros no tanto en espera de su aprobación sino más bien como si esperara una confirmación de su liderazgo. Por un instante se pareció tanto a Tanis en su actitud calma y firme que Sturm sonrió. Pero Derek no sonreía. Se sentía frustrado y furioso, sobre todo porque sabía que no había nada que él pudiera hacer.

No obstante, al final farfulló algo así como que debían intentar que todo fuera lo mejor posible y se dirigió enojado a recoger el arcón. Flint y Sturm le siguieron.

Laurana caminó hacia su hermano, pisando silenciosamente la arena con sus botas de piel. Pero la Elfa Salvaje la oyó acercarse. Alzando la cabeza, lanzó a Laurana una temerosa mirada y se echó hacia atrás, como un pequeño animal aterrorizado ante la presencia de un hombre. Tas, que había estado charlando con ella en una extraña mezcla de Común y elfo, la tomó suavemente del brazo.

—No te vayas —dijo el kender alegremente—. Ella es la hermana del elfo noble. Mira, Laurana. Gilthanas está volviendo en sí. Debe ser esa sustancia lodosa que le ha puesto sobre la frente. Hubiera jurado que seguiría inconsciente varios días —Tas se puso en pie—. Laurana, ésta es mi amiga... ¿cómo dijiste que te llamabas?

La muchacha temblaba violentamente sin osar alzar la mirada. Tomaba puñados de arena en la mano, que un segundo después dejaba caer. Murmuró algo que ninguno de los dos pudo oír.

—¿Cómo has dicho, pequeña? —le preguntó Laurana en un tono tan dulce y amable que la elfa alzó la mirada tímidamente.

—Silvart —dijo en voz baja. —Ese nombre, en dialecto Kalanesti, significa «cabello de plata», ¿no? —preguntó Laurana arrodillándose junto a Gilthanas y ayudándole a incorporarse. Aturdido, Gilthanas se llevó la mano al rostro, en el que la muchacha también había extendido una espesa pasta sobre sus sangrantes mejillas.

—No lo toques —recomendó Silvart, tomando rápidamente la mano de Gilthanas entre las suyas—. Te hará bien —hablaba el idioma común sin rudeza, clara y concisamente.

Gilthanas gimió de dolor, cerrando los ojos y dejando caer la mano. Silvart le miró preocupada. Se disponía a frotar con suavidad su rostro, cuando —tras mirar rápidamente a Laurana— retiró la mano y comenzó a levantarse.

—Espera —dijo Laurana—. Espera, Silvart. La muchacha se quedó quieta, contemplando a Laurana con tal temor en sus grandes ojos, que ésta se sintió avergonzada.

—No te asustes. Quiero darte las gracias por cuidar de mi hermano. Tasslehoff tiene razón. Pensé que la herida era realmente grave, y tú le has ayudado. Por favor, si no te importa, quédate con él.

Silvart miró hacia el suelo.

—Señora, me quedaré con él, si eso es lo que ordenáis.

—No te lo ordeno, Silvart. Sencillamente eso es lo que desearía y mi nombre es Laurana.

—Entonces me quedaré con él gustosa, seño... Laurana, si ése es tu deseo —hablaba en voz tan baja que apenas podían oír sus palabras—. En efecto, mi verdadero nombre, Silvara, significa «cabello de plata». Silvart es como me llaman ellos —dijo mirando a los guerreros Silvanesti. Luego volvió a mirar a Laurana—. Por favor, quisiera que me llamaras Silvara.

Los Silvanesti trajeron una litera que habían construido ingeniosamente con una manta y ramas de árbol, y colocaron cuidadosamente a Gilthanas en ella. Silvara comenzó a caminar a su lado acompañada de Tasslehoff, quien continuó charlando, satisfecho de encontrar a alguien que todavía no hubiera escuchando sus historias. Laurana y Elistan caminaban al otro lado de la litera. Laurana sostenía la mano de Gilthanas entre las suyas, observando a su hermano con ternura. Tras ellos avanzaba Derek, con expresión oscura y sombría, llevando sobre el hombro el arcón, que contenía el Orbe de los Dragones. Les seguía uno de los guardias de los elfos de Silvanesti.

El día comenzaba a caer, lúgubre y gris, cuando llegaron a la hilera de árboles que bordeaba la orilla. Flint se estremeció. Torciendo la cabeza, contempló el mar.

—¿Qué es eso que ha dicho Derek sobre... sobre tomar un barco en dirección a Sancrist?

—Me temo que sea nuestra única posibilidad de llegar allá. También es una isla —le respondió Sturm.

—¿Y tenemos que ir allá?

—Sí.

—¿Para manejar el Orbe? ¡Si no sabemos nada de él!

—Los caballeros lo aprenderán —dijo Sturm en voz baja—. El futuro del mundo depende de ello.

—¡Puf! —resopló el enano. Lanzando una aterrorizada mirada a las oscuras aguas, sacudió la cabeza apesadumbrado—. Sólo sé que ya me he ahogado dos veces, azotado por una enfermedad mortífera...

—Estabas mareado.

—Azotado por una enfermedad mortífera —repitió Flint, desesperado, en voz alta—. Recuerda mis palabras, Sturm Brightblade, los barcos nos traen mala suerte. No hemos tenido más que problemas desde que pisamos aquel maldito bote en el Lago Crystalmir. Allí fue donde ese mago loco vio por primera vez que las constelaciones habían desaparecido, y a partir de ahí, nuestra suerte ha ido empeorando. Mientras sigamos confiando en botes, nuestro viaje va a ir de mal en peor.

Sturm sonrió mientras contemplaba al enano caminar pesadamente sobre la arena. Pero su sonrisa se convirtió en un suspiro. Ojalá fuera todo tan simple —pensó el caballero.

Capítulo 3

El Orador de los Soles

La decisión de Laurana

El Orador de los Soles, señor de los elfos de Qualinesti, estaba sentado en la tosca choza de madera y barro que los elfos de Kalanesti le habían construido como vivienda. Él la consideraba insuficiente, aunque los Kalanesti pensaban que era inmensa y bien construida, apropiada para que, al menos, cinco o seis familias habitaran en ella. De hecho, la habían construido para tal fin, y quedaron muy sorprendidos cuando el Orador la declaró escasamente adecuada para sus necesidades y se instaló en ella únicamente con su esposa.

Desde luego, lo que los Kalanesti no podían saber era que la casa del Señor de los elfos en el exilio iba a convertirse en la sede central de todos los asuntos de los Qualinesti. Los maestros de ceremonia asumieron los mismos puestos que habían tenido en las ornamentadas salas del palacio de Qualinost. El Orador, ayudado por su sobrina que le hacía de escriba, celebraba audiencias cada día a la misma hora y en el mismo tono cortesano, como lo hacía en su país, a pesar de que ahora el techo era una cúpula cubierta de barro y cañas en lugar de brillantes mosaicos, y las paredes eran de madera en lugar de cristal de cuarzo.

Vestía los ropajes de antaño y llevaba los asuntos con el aplomo de siempre. Pero había diferencias. En los últimos meses, el Orador había cambiado dramáticamente, aunque aquello no había sorprendido a ninguno de los Qualinesti, porque había enviado a su hijo menor a una misión que la mayoría de ellos había considerado suicida. Y aún peor, su adorada hija había huido en pos de su amado, un semielfo. El Orador no confiaba en volver a ver de nuevo a ninguno de ambos. Podía aceptar la pérdida de su hijo, Gilthanas. Después de todo, se trataba de un acto noble y heroico. El joven había guiado a un grupo de aventureros a las minas de Pax Tharkas, con el fin de liberar a los

humanos prisioneros allá y, además, conseguir alejar a los ejércitos de los Dragones que amenazaban Qualinesti. El plan había sido un éxito, un inesperado éxito. Los ejércitos de los Dragones habían sido reclamados en Pax Tharkas, lo cual permitió a los elfos escapar hacia la costa oeste de sus tierras, y desde allí cruzar el mar en dirección a Ergoth del Sur. Pero lo que no podía aceptar era la pérdida de su hija... ni su deshonor.

Había sido Porthios, su hijo mayor, quien le había explicado fríamente el asunto, una vez descubierta la desaparición de Laurana. La muchacha había huido de su casa en pos de su amigo de infancia, Tanis el Semielfo. El Orador quedó desconsolado, consumido por la pena. ¿Cómo podía Laurana haber hecho una cosa así? ¿Cómo podía atraer tal desgracia sobre su familia? ¡Una Princesa siguiendo a un bastardo mestizo! La huida de Laurana había enfriado la luz del sol para él. Afortunadamente, la necesidad de guiar a su gente le dio la fuerza suficiente para seguir adelante. Pero había veces en las que el Orador se preguntaba si todo aquello valía la pena. Podía retirarse, ceder el trono a su hijo mayor. En cualquier caso, Porthios era el que se ocupaba de casi todo, sometiendo algunos asuntos a la opinión de su padre, pero tomando él mismo la mayoría de las decisiones. El joven y noble elfo, muy serio pese a su edad, estaba demostrando ser un jefe excelente, aunque algunos le consideraran demasiado duro en sus tratos con los Silvanesti y los Kalanesti. El Orador también opinaba de esta manera, y ésa era la razón principal por la que no dejaba todos los asuntos en manos de Porthios. De vez en cuando intentaba enseñarle que la moderación y la paciencia ganaban más victorias que las amenazas y el empleo de las armas. Pero Porthios consideraba a su padre blando y sentimental.

Los Silvanesti, con su rígida estructura de castas, juzgaban que los Qualinesti apenas formaban parte de la raza elfa y que los Kalanesti no formaban parte en absoluto. Les contemplaban como a una sub-raza de los elfos, de la misma forma que se consideraba a los enanos gully una sub-raza de los enanos. Porthios estaba convencido, aunque no se lo dijera a su padre, que aquello sólo podía acabar en derramamiento de sangre.

Esa opinión era compartida —al otro lado de Thon-Tsalarian— por un noble elfo de cuello rígido y sangre fría llamado Quinath, quien, se rumoreaba, era el prometido de la Princesa Alhana Starbreeze. Quinath era ahora el jefe de los Silvanesti, debido a la inexplicable ausencia de la Princesa Alhana. El y Porthios fueron quienes dividieron la isla entre dos naciones guerreras de elfos, ignorando por completo a la tercera raza.

En ambas fronteras se impedía con arrogancia la entrada a los Kalanesti; se comunicaba con ellos como uno puede comunicarse con un perro al que no se quiere dejar entrar en la cocina. Los Kalanesti, conocidos por su carácter huraño, se enfurecieron al descubrir que sus tierras estaban siendo divididas y parceladas. La caza resultaba cada vez más difícil. Los animales de los que los Elfos Salvajes dependían para sobrevivir, estaban siendo aniquilados en gran número para alimentar a los refugiados. Como Laurana había dicho, el Río de los Muertos podía, en cualquier momento, teñirse de sangre y cambiar trágicamente de nombre.

Por tanto el Orador se encontró viviendo en un campamento armado. Pero cada vez que se lamentaba de ello, se perdía en tal multitud de lamentos que, poco a poco, se fue insensibilizando. Nada le afectaba. Se retiró a su casa de barro y fue permitiendo que Porthios se ocupara de más y más asuntos.

El Orador se había levantado temprano la mañana en que los compañeros llegaron a lo que ahora se denominaba Qualin-Mori. Siempre se levantaba temprano. No tanto porque tuviera muchas cosas que hacer, sino porque ya se había pasado la mayor parte de la noche contemplando el techo. Cuando estaba tomando notas para las reuniones del día con los Jefes de la Casa Real —una tarea desagradable, ya que lo único que éstos hacían era quejarse—, oyó un tumulto en el exterior de su vivienda. Se le encogió el corazón. ¿Qué ocurrirá ahora?, se preguntó temeroso. Aquellas situaciones de alarma se producían una o dos veces al día. Probablemente Porthios habría sorprendido a alguna pareja de fogosos jóvenes Qualinesti y Silvanesti enzarzados en una pelea. Continuó escribiendo, con la esperanza de que el tumulto cesara. Pero en lugar de ello, fue en aumento, sonando cada vez más cercano. Supuso que habría ocurrido algo más serio, y se preguntó una vez más qué haría si los elfos entraran en guerra de nuevo.

Dejando caer la pluma de ave, se envolvió todavía más en su regia túnica y aguardó con horror. Oyó que los centinelas se ponían en posición de firmes, así como la voz de Porthios pronunciando el tradicional saludo a los que piden entrada. Miró temerosamente hacia la puerta que comunicaba con sus habitaciones privadas, temiendo que su esposa pudiera ser molestada; estaba enferma desde que salieron de Qualinesti. Temblando, se puso en pie y, asumiendo la fría y ceñuda expresión que se había acostumbrado a utilizar, anunció que podían entrar.

Uno de los centinelas abrió la puerta con la pretensión de anunciar a alguien. Pero la voz le falló y, antes de que pudiera hablar, un esbelto y alto personaje vestido con una pesada capa de pieles con capucha, empujó al guardia a un lado y corrió hacia el jefe de los elfos. Asustado y reparando sólo en que el personaje iba armado con arco y espada, éste retrocedió alarmado.

El personaje se sacó la capucha. El Orador vio caer una cabellera de color miel enmarcando un rostro de mujer... un rostro que destacaba, incluso entre los elfos, por su delicada belleza.

—¡Padre! —gritó Laurana arrojándose a sus brazos.

El regreso de Gilthanas, a quien su gente creía muerto desde hacía tiempo, fue motivo de la mayor celebración que los Qualinesti hubieran organizado desde la noche que los compañeros habían sido agasajados, antes de partir hacia el Sla-Mori.

Gilthanas ya se había recuperado lo suficiente de sus heridas como para poder asistir al festejo, y la única señal que le quedaba de ellas era una pequeña cicatriz en el pómulo. Este hecho llamó la atención a Laurana y a sus amigos, pues habían visto el terrible golpe que le había asestado el elfo de Silvanesti. No obstante, cuando Laurana se lo mencionó a su padre, el Orador dijo que los Kalanesti tenían amigos druidas que habitaban los bosques; probablemente habrían aprendido de ellos los procedimientos de las artes curativas.

Esta respuesta molestó a Laurana, quien sabía que esas artes eran muy escasas en Krynn. Deseó discutirlo con Elistan, pero el clérigo se había encerrado durante horas

con su padre, quien pronto quedó muy impresionado por los verdaderos poderes de aquel hombre.

A Laurana le alegró mucho que su padre aceptara a Elistan —aún recordaba cómo había tratado el Orador a Goldmoon cuando la mujer bárbara llegó a Qualinesti llevando el medallón de Mishakal, Diosa de la Curación. Pero Laurana echaba de menos a su sabio mentor. A pesar de sentirse muy feliz de estar con los suyos, estaba comenzando a comprender que para ella su hogar había cambiado y que nunca volvería a ser el mismo.

Todos parecían muy contentos de verla, pero la trataban con la misma cortesía con la que trataban a Derek, a Sturm, a Flint y a Tas. Era una extraña. Hasta sus propios padres, una vez pasada la emoción inicial de la bienvenida, la trataron de forma fría y distante. Esto quizá no le hubiera preocupado de no ser por lo efusivos que se habían mostrado ante el regreso de Gilthanas. ¿Cuál era la diferencia? Laurana no podía comprenderlo. Fue su hermano mayor, Porthios, quien le abrió los ojos.

El incidente comenzó en la fiesta.

—Encontrarás nuestras vidas muy diferentes a la vida que llevábamos en Qualinesti—le dijo esa noche su padre a su hermano cuando tomaban asiento en el banquete, que se celebraba en una gran sala construida por los Kalanesti—. Pero pronto te acostumbrarás a ello.

Volviéndose hacia Laurana, se dirigió a ella con solemnidad:

—Me gustaría mucho que volvieras a ocupar tu viejo lugar de escriba junto a mí, pero sé que te hallarás muy ocupada en otros asuntos de la corte.

Laurana se sorprendió. Desde luego no tenía intención de quedarse, pero le dolió sentirse reemplazada en lo que se suponía era la ocupación tradicional de la hija de una casa real. También le dolía el que, a pesar de haber hablado con su padre de su propósito de llevar el Orbe a Sancrist, él, aparentemente, ignorara el hecho.

—Orador —dijo lentamente, intentando evitar todo matiz de enojo en su voz—, ya te lo he dicho. No podemos quedarnos. ¿Es que no nos has escuchado cuando Elistan y yo te hablábamos? ¡Hemos descubierto uno de los Orbes de los Dragones! ¡Ahora tenemos los medios para controlar a esas fieras malignas y poner fin a esta guerra! Hemos de llevar el Orbe a Sancrist...

—¡Ya basta, Laurana! —exclamó su padre con severidad, intercambiando miradas con Porthios. Su hermano la contempló con el ceño fruncido—. No sabes de lo que hablas, Laurana. El Orbe de los Dragones es una verdadera conquista, y no deberíamos discutir sobre él aquí. En cuanto a lo de llevarlo a Sancrist, eso es totalmente imposible.

—Le ruego me disculpe, señor —dijo Derek poniéndose en pie e inclinando respetuosamente la cabeza—, pero vos no podéis opinar sobre ese asunto. El Orbe no es vuestro. Fuí enviado por el Consejo de los Caballeros a recuperar uno de los Orbes de los Dragones, si era posible. Lo he conseguido y mi intención es llevarlo allí, tal como me ordenaron. Vos no tenéis derecho a detenerme.

—¿Ah, no? —los ojos del Orador centellearon con furia—. MI hijo, Gilthanas, lo trajo a esta tierra, la cual los Qualinesti consideramos nuestra patria en el exilio. Esto lo hace nuestro por derecho.

—Yo nunca dije eso, padre —intervino Gilthanas, enrojeciendo al ver que los ojos de sus compañeros se volvían hacia él—. No es mío. Pertenece a todos nosotros...

Porthios le dirigió a su hermano menor una furiosa mirada. Gilthanas balbuceó y guardó silencio.

—Si es de alguien, es de Laurana —declaró Flint Fireforge, sin dejarse intimidar por las enojadas miradas de los elfos—, ya que ella fue la que mató a Feal-thas, el maligno hechicero elfo, convertido en Señor del Dragón.

—Si es de Laurana —dijo el Orador—, entonces es mío por derecho. Ya que ella no tiene aún edad... los suyos son míos, puesto que soy su padre. Esa es la ley elfa y, si no me equivoco, también es la ley de los enanos.

—¡Qué extraño me resulta esto! —comentó alegremente el kender, que se había perdido la mayor parte de la conversación—. Según la ley de los kenders, si es que existe alguna ley entre los kenders, todo el mundo es dueño de todas las cosas.

Eso era bastante cierto. El poco respeto de los kenders hacia las posesiones de los demás se extendía a las suyas propias. En casa de un kender nada duraba demasiado tiempo, a menos que estuviera clavado en el suelo. Cualquier vecino podía entrar, admirar un objeto, y llevárselo despistadamente. Entre los kenders, la herencia de una familia consistía en todo lo que permaneciera en la casa durante más de tres semanas.

Después de esto nadie abrió la boca. Flint le dio una patada a Tas por debajo de la mesa, y el kender, dolido, guardó silencio y se estuvo quieto hasta que descubrió que su vecino de mesa, un elfo noble que se había levantado de la mesa, había olvidado su bolsa. El kender se entretuvo felizmente el resto de la velada revolviendo las posesiones del elfo.

Flint, que normalmente hubiera mantenido al kender estrechamente vigilado, no reparó en ello debido a sus otras preocupaciones. Era obvio que iba a haber problemas. Derek estaba furioso. Lo único que le mantenía sentado a la mesa era el rígido Código de los Caballeros. Laurana estaba callada y no comía nada, su piel morena había palidecido. La muchacha se entretenía haciendo pequeños agujeros en el mantel de hilo con el tenedor. Flint le dio un codazo a Sturm.

—Pensamos que haber sacado el Orbe del Muro de Hielo había sido una ardua tarea —dijo Flint en voz baja—. Allá sólo tuvimos que escapar de un mago chalado y de unos pocos hombres-morsa. ¡Ahora estamos rodeados por tres naciones de elfos!

—Tendremos que hacerles entrar en razón —le respondió Sturm.

—¡Entrar en razón! ¡Me parece que sería más fácil hacer entrar en razón a una piedra! Después de la cena, y cuando los elfos se hubieron marchado, los compañeros permanecieron en la mesa por expreso deseo del Orador. Gilthanas y su hermana

estaban sentados uno al lado del otro con expresión preocupada y sombría, mientras Derek se ponía en pie ante el Orador para intentar hacerle «entrar en razón».

—El Orbe es nuestro —declaró Derek fríamente—. Vos no tenéis ningún derecho sobre él. Desde luego no pertenece ni a vuestra hija ni a vuestro hijo. Ellos viajaron conmigo solamente debido a mi cortesía, después de que yo les rescatara de la destrucción de Tarsis. Me alegro de haber sido capaz de escoltarlos de vuelta a su tierra, y os agradezco a vos vuestra hospitalidad, pero parto mañana hacia Sancrist, y pienso llevar el Orbe conmigo.

Porthios se puso en pie para enfrentarse a Derek.

—El kender puede decir que el Orbe de los Dragones es suyo, pero eso no tiene ninguna importancia. Ahora está en manos de los elfos, y aquí va a quedarse. ¿Crees que estamos tan locos como para permitir que algo tan valioso caiga en manos de los humanos y pueda causar más problemas a este mundo?

—¡Más problemas! —exclamó Derek—. ¿Te das cuenta de las tribulaciones que tiene el mundo ahora? Los dragones os sacaron de vuestra tierra natal. ¡Ahora se están aproximando a nuestras tierras! Nosotros, a diferencia de vosotros, no tenemos intención de salir corriendo. ¡Nos quedaremos allí y lucharemos! Este Orbe podría ser nuestra única esperanza...

—Tienes mi permiso para regresar a tu tierra y arder vivo, si eso es lo que deseas —respondió Porthios—. Vosotros los humanos fuisteis los que hicisteis revivir este antiguo mal. Es justo que seáis vosotros los que luchéis contra él. Los Señores de los Dragones tienen lo que quieren de nosotros. Indudablemente nos dejarán en paz. Aquí, en Ergoth, el Orbe estará a salvo.

—¡Estúpido! —Derek golpeó la mesa con el puño—. Los Señores de los Dragones tienen un único propósito, ¡conquistar todo Ansalon! ¡Eso incluye esta miserable isla! Puede que estéis seguros aquí durante un tiempo, pero si nosotros caemos, vosotros también caeréis.

—Sabes que está diciendo la verdad, padre —dijo Laurana con gran osadía.

Las mujeres elfas no asistían a las reuniones de guerra, y mucho menos intervenían en ellas. Laurana estaba presente únicamente por su especial posición. Poniéndose en pie, se enfrentó a su hermano, que la contempló con furia, y dijo:

—Porthios, nuestro padre nos dijo en Qualinesti que el Señor del Dragón quería, no sólo nuestras tierras, ¡sino el exterminio de nuestra raza! ¿Lo has olvidado?

—¡Bah! Eso lo dijo Verminaard, y ya está muerto...

—Sí, gracias a nosotros, ¡no a ti!

—¡Laurana! —el Orador de los Soles se puso en pie. Era más alto que su hijo mayor, y que todos los allí reunidos—. Te olvidas de ti misma, joven mujer. No tienes ningún derecho a hablarle de esta forma a Porthios. En nuestro viaje nosotros también nos

enfrentamos a grandes peligros. El recordó su obligación y sus responsabilidades, igual que Gilthanas. Ellos no salieron corriendo tras un bastardo semielfo como una descarada humana prostit... —el Orador se interrumpió con brusquedad.

Laurana palideció totalmente, tambaleándose, se sujetó a la mesa para no perder el equilibrio. Gilthanas se puso en pie con la intención de sostenerla, pero ella lo empujó a un lado.

—Padre —dijo con una voz que ella misma no pudo reconocer como propia—, ¿qué ibas a decir?

—Déjalo, Laurana —le rogó Gilthanas—. Él no quiso decir eso. Hablaremos por la mañana.

El Orador no dijo nada, pero su expresión era fría y sombría.

—¡Ibas a decir «prostituta»!

—Ve a tus habitaciones, Laurana —le ordenó el Orador con voz tensa.

—O sea que eso es lo que piensas de mí. Ése es el motivo por el que todo el mundo me mira y deja de hablar en cuanto yo me acerco. Una prostituta humana...

—Hermana, haz lo que tu padre dice —dijo Porthios—. Por lo que se refiere a lo que pensamos de ti... recuerda que tú misma te lo has buscado. ¿Qué esperas? ¡Mírate, Laurana! Vas vestida como un hombre. Llevas con orgullo una espada manchada de sangre. ¡Hablas con locuacidad de tus «aventuras»! Viajas con esa gente... ¡enanos y humanos! Pasas las noches con ellos. Pasas las noches con tu amante bastardo. ¿Dónde está él? Se ha cansado ya de ti y...

La luz del fuego centelleó ante los ojos de Laurana. El calor de las llamas recorrió su cuerpo para ser reemplazado un segundo después por un frío terrible. No podía ver nada, y sólo recordaba una horrible sensación de caída... Recordaba haber oído voces en la distancia, y unos rostros deformados que se inclinaban sobre ella.

—Laurana, hija mía... Luego ya no oyó nada más.

—Señora...

—¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? No... ¡no puedo ver nada! ¡Ayúdame!

—Señora, tomad mi mano. Shhh... Estoy aquí. Soy Silvara. ¿Me recordáis? Laurana sintió que unas manos suaves tomaban las suyas y la ayudaban a incorporarse.

—¿Podéis beber esto, señora? La muchacha le acercó una copa a los labios. Laurana bebió un sorbo, saboreando el agua fría y transparente. Tomando la copa la bebió con avidez, sintiendo que refrescaba su ardiente sangre. Recuperó las fuerzas y se encontró con que podía ver de nuevo. Cerca de su cama ardía una pequeña vela. Se encontraba en

una habitación en casa de su padre. Sus ropas estaban sobre un tosco banco de madera, junto a su espada. Su bolsa se hallaba en el suelo. Al otro lado del lecho, estaba sentada una niñera, profundamente dormida, con la cabeza apoyada sobre una mesa.

Laurana se volvió hacia Silvara, quien al percibir la pregunta que se adivinaba en los ojos de la Princesa elfa, se llevó un dedo a los labios.

—Hablad en voz baja —le dijo la Elfa Salvaje—. No, no lo digo por ella —Silvara dirigió una mirada a la niñera—, dormirá profundamente durante muchas horas antes de que se le pase el efecto de la poción. Pero hay más gente en la casa y puede que no estén dormidos. ¿Os encontráis mejor?

—Sí —respondió Laurana, aturdida—. No recuerdo...

—Os desmayasteis. Les oí comentarlo cuando os trajeron aquí. Vuestro padre está verdaderamente apenado. El no quería decir lo que dijo, pero creo que le heristeis terriblemente...

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba escondida, entre las sombras, en aquel rincón. La vieja niñera dijo que estabais bien, que sólo necesitabais un poco de descanso. y ellos se marcharon. Cuando ella fue a buscar una manta, le puse un somnífero en el té...

—¿Por qué? —preguntó Laurana.

Al mirar más atentamente a la muchacha, Laurana pensó que la Elfa Salvaje debía ser una mujer muy bella o que podía serlo si se deshacía de la capa de mugre y porquería que llevaba encima.

Silvara, notando el escrutinio de Laurana, enrojeció avergonzada.

—Me escapé de los Silvanesti, señora, cuando os trajeron a esta parte de la isla.

—Laurana. Por favor, pequeña, llámame Laurana.

—Laurana —corrigió Silvara aún colorada—. Regresé para preguntaros si podéis llevarme con vos cuando partáis.

—¿Partir? Yo no me voy...

—¿Ah, no?

—No... no lo sé —respondió Laurana confusa.

—Puedo ser de utilidad. Conozco un camino entre las montañas para llegar al puesto de avanzada de los Caballeros, donde los barcos de alas blancas se hacen a la mar. Os ayudaré a dejar la isla.

—¿Por qué harías eso por nosotros? —le preguntó Laurana—. Lo siento, Silvara, no pretendo ser suspicaz, pero no nos conoces, y lo que propones es muy peligroso. Seguramente podrías escapar más fácilmente si te fueras sola

—Sé que lleváis con vosotros el Orbe de los Dragones —susurró Silvara.

—¿Cómo lo sabes?

—Oí a los Silvanesti comentario cuando os dejaron en el río.

—¿Y cómo sabías lo que era?

—Mi... gente sabe historias... sobre él. Sé que es importante para poner fin a esta guerra. Vuestra gente y los elfos de Silvanesti regresarán entonces a sus hogares y dejarán vivir en paz a los Kalanesti. Esta es una de las razones y... —Silvara se quedó callada durante un instante, y después habló tan bajo que Laurana a duras penas consiguió oírla—. Eres la primera persona que encuentro que conoce el significado de mi nombre.

Laurana la miró atónita. La muchacha parecía sincera, pero no la creía. ¿Por qué iba a arriesgar su vida para ayudarles? Tal vez fuera una espía de los Silvanesti, enviada para conseguir el Orbe. Parecía poco probable, pero cosas más extrañas...

Laurana intentó pensar. ¿Podían confiar en Silvara? ¿Podría ella ayudarles a salir de la isla? Aparentemente no tenían elección. Si tenían que internarse en las montañas, deberían atravesar las tierras de los Kalanesti. La ayuda de Silvara podía resultar muy valiosa.

—Debo hablar con Elistan —dijo Laurana—. ¿Podrías traerle hasta aquí?

—No habrá necesidad, Laurana —respondió Silvara—. Ha estado esperando aquí fuera a que despertaras.

—¿Y los demás? ¿Dónde está el resto de mis amigos?

—Gilthanas está en la casa de vuestro padre, por supuesto, —¿era imaginación de Laurana, o en verdad Silvara se había sonrojado al pronunciar ese nombre?—. A los demás se les ha instalado en las dependencias para invitados.

Silvara se alejó de su lado. Caminando de puntillas por la habitación, se dirigió hacia la puerta, la abrió e hizo una señal.

—¿Laurana?

—¡Elistan!

Laurana se lanzó a los brazos del clérigo. Posando la cabeza sobre su pecho, la muchacha cerró los ojos, sintiendo que los fuertes brazos de Elistan la abrazaban con ternura. Entonces tuvo la sensación de que todo iba a ir bien, Elistan se encargaría de todo, él sabría qué hacer

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó el clérigo—. Tu padre...

—Sí, ya lo sé. —Laurana lo interrumpió. Sentía una dolorosa punzada en el corazón cada vez que alguien mencionaba a su padre—. Tienes que decidir qué es lo que hemos de hacer, Elistan. Silvara se ha ofrecido a ayudarnos a escapar. Podríamos partir esta noche y llevamos el Orbe.

—Si esto es lo que quieres hacer, querida, no deberías perder más tiempo —dijo Elistan tomando asiento a su lado.

Laurana parpadeó.

—Elistan, ¿qué quieres decir? Debes venir con nosotros...

—No, Laurana —dijo Elistan tomando la mano de la elfa entre las suyas—. Si haces esto, tendrás que hacerla tú sola. he solicitado la ayuda de Paladine, y debo quedarme aquí, con los elfos. Creo que si me quedo, podré convencer a tu padre de que soy un clérigo de los verdaderos dioses. Si me voy, siempre creerá que soy un charlatán, como dice tu hermano.

—¿Y qué ocurrirá con el Orbe de los Dragones?

—Eso depende de ti, Laurana. En esto los elfos se equivocan. Seguramente llegará el día en que lo comprendan. Pero desgraciadamente no disponemos de siglos para convencerles. Creo que deberías llevar el Orbe a Sancrist.

—¿Yo? —Laurana dio un respingo—. ¡No puedo!

—Querida —dijo Elistan con firmeza—, debes comprender que si tomas esta decisión, la carga del mando recaerá sobre ti. Sturm y Derek están demasiado ocupados en su propia discusión y, además, son humanos. Tendréis que tratar con elfos; con los tuyos y con los Kalanesti. Gilthanas está del lado de tu padre. Eres la única que tiene probabilidades de conseguirlo.

—Pero no soy capaz...

—Eres mucho más capaz de lo que tú crees, Laurana. Tal vez, todo lo que has pasado hasta ahora haya sido una preparación para esto. No debes perder más tiempo. Adiós, querida

—Elistan se puso en pie y posó su mano sobre la cabeza de Laurana—. Que la bendición de Paladine, y la mía propia, te acompañen.

—¡Elistan! —susurró Laurana, pero el clérigo se había ido.

Silvara cerró cuidadosamente la puerta. Laurana volvió a tenderse en la cama, intentando pensar. «Elistan tiene razón. El Orbe de los Dragones no puede quedarse aquí. Y si tenemos que escapar, debe ser esta noche. ¡Pero todo está sucediendo tan deprisa! ¡Y todo depende de mí! ¿Puedo confiar en Silvara? ¿Pero por qué preguntármelo? Ella es la única que puede guiarnos. Entonces todo lo que tengo que

hacer es tomar el Orbe y la lanza, y liberar a mis amigos. Sé cómo conseguir los objetos pero, y mis amigos..

De pronto Laurana supo lo que debía hacer. Se dio cuenta de que, sin ser consciente de ello, lo había estado planeando, incluso mientras hablaba con Elistan.

Esto me compromete —pensó—. No podré volverme atrás. Robar el Orbe, huir en la oscuridad de la noche en un país extraño y hostil... Y, además, está Gilthanas. Hemos pasado muchas cosas juntos para que ahora le deje atrás. Pero a él la idea de robar el Orbe y huir le aterrará. Y si elige no acompañarme, ¿sería capaz de traicionarnos?

Laurana cerró los ojos por un instante, sintiéndose muy fatigada. Tanis, ¿dónde estás? ¿Qué debo hacer? ¿Por qué depende de mí? Yo no he elegido esto —se dijo a sí misma y entonces recordó haber percibido en Tanis la misma preocupación y tristeza que ahora la invadía a ella. Tal vez Tanis se hiciera las mismas preguntas. Siempre pensé que era muy fuerte, y quizá estaba tan perdido y asustado como yo estoy ahora. Desde luego no me cabe la menor duda de que él se había sentido abandonado por los suyos. y nosotros dependíamos de él, le gustara o no. Pero lo aceptaba. Hacía lo que creía correcto — siguió pensando Laurana.

—Y eso es lo que debo hacer yo.

Rápidamente, negándose a permitirse pensar nada más, Laurana alzó la cabeza y le hizo un gesto a Silvara para que se acercara.

Sturm paseaba de un lado a otro de la pequeña y tosca cabaña que se les había asignado, incapaz de conciliar el sueño. El enano estaba tumbado sobre una cama, roncando ruidosamente. Al otro lado de la habitación, Tasslehoff yacía hecho un ovillo, encadenado a la pata de la cama por el pie. Sturm suspiró. ¿Qué nuevos problemas podían surgir?

La velada había transcurrido de mal en peor. Después de que Laurana se hubiera desmayado, Sturm se había visto obligado a contener al furioso enano. Flint había prometido destrozarse a Porthios en pedazos. Derek había declarado que se consideraba un prisionero retenido por el enemigo y, como tal, su deber era intentar escapar; más adelante regresaría con los caballeros para recuperar el Orbe de los Dragones por la fuerza. Tras esta declaración fue inmediatamente arrestado y escoltado por soldados y justo cuando Sturm acababa de conseguir que el enano se calmara, apareció un elfo noble y acusó a Tasslehoff de haberle robado la bolsa.

Ahora, vigilados por una guardia doble, eran los «invitados» del Orador de los Soles.

—¿No puedes dejar de andar de un lado para otro? —preguntó Derek fríamente.

—¿Por qué? ¿Es que no te dejo dormir?

—No se trata de eso, desde luego. Sólo un necio podría dormir en estas circunstancias. Estás rompiendo mi concentrac...

—¡Shhh! —susurró Sturm.

Derek se calló al instante. Sturm le hizo una seña, y el caballero de más edad caminó hacia él, que estaba de pie en el centro de la habitación mirando hacia el techo. La cabaña era rectangular, tenía puerta pero no tenía ventanas, y en el centro de la estancia ardía una hoguera. Un agujero en el techo la mantenía ventilada.

A través de ese agujero Sturm había oído el extraño sonido que había llamado su atención. Era un sonido rasposo. Las vigas de madera del techo crujieron como si algo muy pesado estuviera arrastrándose sobre ellas.

—Suenan como si fuera una extraña bestia —murmuró Derek—. ¡Y estamos desarmados!

—No —dijo Sturm escuchando atentamente—. El ruido no es de animal. Quien quiera que sea se mueve muy silenciosamente, como si no quisiera ser visto ni oído. ¿Qué están haciendo los centinelas allá fuera? Derek se acercó a la puerta y se asomó cautamente al exterior.

—Están sentados alrededor del fuego. Dos de ellos están dormidos. No parece que se preocupen mucho por nosotros.

—¿Por qué deberían hacerlo? —dijo Sturm, sin apartar la mirada del techo—. Estamos rodeados de millares de elfos capaces de oír el más leve suspiro. ¿Qué puede...? Sturm retrocedió alarmado al ver que las estrellas que había estado contemplando a través del agujero desaparecían repentinamente, borradas por una masa amorfa y oscura. Sturm se agachó con rapidez y agarró un tronco de la humeante hoguera, sosteniéndolo por el extremo, como un garrote.

—¡Sturm! ¡Sturm Brightblade! —dijo la masa amorfa. Sturm siguió mirando hacia arriba, intentando localizar la voz. Le resultaba conocida. A su mente acudieron recuerdos de Solace.

—¡Theros! —exclamó—. ¡Theros Ironfield! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡La última vez que te vi estabas al borde de la muerte en el reino de los elfos!

El corpulento herrero de Solace se deslizó trabajosamente por la obertura, llevándose parte del techo con él. Su pesado aterrizaje despertó al enano, quien se incorporó, contemplando con ojos soñolientos la aparición.

—¿Qué suced...? —el enano se sobresaltó y comenzó a buscar a tientas su hacha de guerra, la cual ya no estaba a su lado.

—¡Silencio! —ordenó el herrero—. No hay tiempo para responder preguntas. La Princesa Laurana me ha enviado a rescataros. Debemos encontrarla con ella en el bosque que hay más allá del campamento. ¡Daos prisa! Sólo faltan unas horas para que amanezca y para entonces, deberíamos haber cruzado el río —Theros se acercó a Tasslehoff, que estaba intentado liberarse de la cadena sin éxito—. Bien, pequeño ladrón, veo que por fin te han pescado...

—¡No soy ningún ladrón! —exclamó Tas indignado—. Me conoces mejor que eso, Theros. La bolsa estaba ante mí y...

El herrero soltó una risita. Tomando la cadena en sus manos, tiró de ella con fuerza y consiguió partirla. No obstante Tas no se dio ni cuenta, pues se hallaba absorto contemplando el brazo del herrero. Uno de sus brazos, el izquierdo, era de color oscuro, el color de la piel de Theros. Pero el otro, el derecho, ¡era de brillante y reluciente plata!

—Theros —dijo Tas con voz ahogada—. Tu brazo...

—Las preguntas más tarde, bribonzuelo —dijo el herrero con expresión severa—. Ahora tenemos que movemos rápidamente y en silencio.

—Tenemos que cruzar el río —gruñó Flint sacudiendo la cabeza—. ¡Más botes! ¡Más botes...!

—Quiero ver al Orador—le dijo Laurana al centinela que guardaba la puerta de los aposentos de su padre.

—Es tarde. El Orador está durmiendo. Laurana se sacó la capucha. El guardia inclinó la cabeza.

—Disculpadme, Princesa. No os he reconocido. ¿Quién va con vos? —dijo mirando a Silvara con suspicacia.

—MI doncella. Yo nunca iría sola de noche.

—No, claro, por supuesto que no —dijo apresuradamente el guardia mientras le abría la puerta—. Adelante. La habitación donde duerme el Orador es la tercera, a la derecha del corredor.

—Gracias —respondió Laurana pasando ante el guardia. Silvara, semioculta en una voluminosa capa, se apresuró a seguirla.

—El arcón está en su habitación, a los pies de su cama —le susurró Laurana a Silvara—. ¿Estás segura de que podrás llevar el Orbe? Es grande y muy pesado.

—No es tan grande —murmuró Silvara perpleja, mirando a Laurana—. Solo más o menos... —hizo un gesto con las manos, abarcando el tamaño de una pelota de niños.

—No —dijo Laurana frunciendo el ceño—. No lo has visto. Tiene casi dos pies de diámetro. Por eso te hice poner esa capa tan grade.

Silvara la miró asombrada. Laurana se encogió de hombros.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí discutiendo. Ya se nos ocurrirá algo llegado el momento.

Las dos se deslizaron por el corredor tan silenciosamente como un kender, hasta llegar a la habitación.

Conteniendo la respiración, temiendo incluso que los latidos de su corazón fueran demasiado ruidosos, Laurana empujó la puerta. Ésta se abrió con un crujido que le hizo rechinar los dientes. A su lado, Silvara temblaba de miedo. En la cama, una figura se movió y se volvió... era su madre. Laurana vio que su padre, aún dormido, sacaba una mano para acariciarla tranquilizadamente. Los ojos de Laurana se llenaron de lágrimas. Apretando los labios con resolución, sostuvo con firmeza la mano de Silvara y penetró en la habitación.

El arcón se encontraba a los pies de la cama. Estaba cerrado, pero cada uno de los compañeros llevaba una copia de la pequeña llave de plata. Laurana abrió el arcón rápidamente y levantó la tapa. Pero casi la dejó caer, asombrada. El Orbe de los Dragones estaba allí, reluciendo aún con la pálida luz blanca y azulada. ¡Pero no era el mismo Orbe! ¡Y, si lo era, había encogido! Como Silvara había dicho, no era más grande que una pelota de juguete. Laurana se dispuso a tomarlo entre sus manos. Todavía era pesado, pero pudo alzarlo fácilmente. Sosteniéndolo delicadamente entre sus temblorosas manos, lo sacó del arcón y se lo tendió, a Silvara. La Elfa Salvaje lo ocultó inmediatamente bajo su capa. Laurana tomó el asta de madera de la Dragonlance partida, preguntándose, mientras lo hacía, por qué se molestaba en llevarse la vieja arma rota. .

Me la llevaré porque el caballero se la dio a Sturm. El quería que Sturm la tuviera — pensó.

En el fondo del arcón estaba Wyrmslayer, la espada de Tanis, la que le había sido entregada por Kith-Kanan. Laurana miró la espada y luego la Dragonlance. No puedo llevarme ambas —pensó, y se dispuso a depositar la lanza en el arcón. Pero Silvara la cogió del brazo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Tómala! ¡Llévatela también!

Laurana miró asombrada a la muchacha. Entonces volvió a tomar la lanza rápidamente, la escondió bajo su capa y cerró la tapa del arcón cuidadosamente, dejando dentro la espada. En ese preciso instante, su padre se movió en la cama, incorporándose.

—¿Qué...? ¿Quién está ahí? —preguntó alarmado. Laurana notó que Silvara estaba temblando y tomó su mano para tranquilizarla, haciéndole una señal para que guardara silencio.

—Soy yo, padre —dijo casi en un susurro—. Quería decirte que lo siento, padre, y te pido que me perdones.

—Ah, Laurana —el Orador volvió a tenderse en la cama, cerrando los ojos—. Te perdono, hija mía. Ahora vuelve a la cama. Hablaremos por la mañana.

Laurana aguardó hasta que la respiración de su padre volvió a ser tranquila y regular. Luego salió con Silvara de la habitación, sosteniendo con firmeza la Dragonlance bajo su capa.

—¿Quién va? —preguntó una voz humana en elfo.

—¿Quién lo pregunta? —respondió otra, indudablemente elfa.

—¿Gilthanas, eres tú?

—¡Theros! ¡Amigo mío! —el joven elfo surgió rápidamente de la penumbra para abrazar al herrero.

Por un instante Gilthanas se sintió tan emocionado que no pudo formular palabra. Un momento después, asombrado, se deshizo del abrazo de oso del herrero—. ¡Theros! ¡Tienes dos brazos! Pero los draconianos en Solace te cortaron el brazo derecho! Hubieras muerto si Goldmoon no te hubiera sanado.

—¿Recuerdas lo que me dijo entonces el cerdo de Fewmaster? La única forma que tienes de conseguir un brazo .. nuevo, ¡es forjándotelo tú mismo! Bien, pues ¡hice justamente eso! La historia de mis aventuras para encontrar el Brazo de Plata que ahora llevo, es larga...

—Y no es para contarla ahora —gruñó una voz tras él—. A menos que quieras que millares de elfos la escuchen con nosotros.

—O sea que te las arreglaste para escapar, Gilthanas —dijo Derek semioculto entre las sombras—. ¿Has traído el Orbe?

—No me he escapado —respondió Gilthanas fríamente—. He dejado la casa de mi padre para acompañar a mi hermana y a Sil... y a su doncella hasta aquí. Llevarse el Orbe ha sido idea de mi hermana, no mía, pero aún hay tiempo para reconsiderar este asunto, Laurana —Gilthanas se volvió hacia ella—. Devuélvelo. No dejes que las apresuradas palabras de Porthios te hagan cometer una imprudencia. Si lo guardamos aquí, podremos utilizarlo para defender a nuestra gente. Podríamos averiguar cómo manejarlo, hay hechiceros entre los nuestros.

—¡Entreguémonos a los guardias ahora! ¡Así podremos dormir un poco en algún lugar caliente! —resopló el enano aterido de frío.

—O das la alarma ahora, elfo, o nos dejas marchar. Antes de traicionarnos, danos por lo menos algo de tiempo —dijo Derek.

—No tengo ninguna intención de traicionarnos —declaró Gilthanas enojado. Ignorando al resto, se volvió una vez más hacia su hermana—. ¿Laurana?

—Estoy decidida a hacer las cosas de esta forma —respondió ella lentamente—. He estado reflexionando sobre ello, y creo que estamos haciendo lo más correcto. Elistan piensa lo mismo. Silvara nos guiará a través de las montañas...

—Yo también conozco las montañas —dijo Theros—. No he estado muy ocupado, por lo que he tenido tiempo de recorrerlas. Además, me necesitaréis para que los centinelas no os descubran.

—Entonces está decidido.

—Muy bien —Gilthanas suspiró—. Iré con vosotros. Si me quedara aquí, Porthios siempre sospecharía de mi complicidad.

—Perfecto —profirió Flint—. ¿Podemos escapamos ya? ¿O necesitamos despertar a alguien más?

—Por aquí —dijo Theros—. Los guardias ya están acostumbrados a mis paseos nocturnos. Quedaos entre las sombras y dejadme hablar a mí —inclinándose, agarró a Tasslehoff por el cuello de su pesado abrigo de pieles y alzó al kender del suelo hasta tenerlo justo a la altura de sus ojos—. Eso va por ti, pequeño ladrón, así que ten la boca cerrada —dijo el herrero con el ceño fruncido.

—Sí, Theros —respondió el kender dócilmente, agitándose bajo la mano de plata hasta que Theros volvió a depositarle en el suelo. Algo inquieto, Tas recolocó sus bolsas e intentó recuperar su dignidad.

Los compañeros siguieron al herrero de piel oscura hasta el límite del adormecido campamento elfo, avanzando lo más silenciosamente posible. Aunque para Laurana eran más ruidosos que el cortejo de una boda.

Pero los elfos dormían arropados en su complacencia, que era como una manta suave y lanuda. Habían huido del peligro y estaban a salvo. Ninguno de ellos creía que volviera a acosarles de nuevo. Por tanto siguieron durmiendo mientras los compañeros escapaban en la oscuridad.

Silvara, que llevaba el Orbe bajo la capa, sentía como el frío cristal iba caldeándose con el calor de su cuerpo, lo sentía moverse y latir con vida.

—¿Qué voy a hacer? —se susurraba a sí misma en el dialecto de los Kalanesti, avanzando casia ciegas por la oscuridad—. ¿Por qué yo? ¿Por qué? No lo entiendo...
¿Qué voy a hacer.

Capítulo 4

El río de los Muertos

La leyenda del Dragón Plateado.

La noche era queda y fría. Unas nubes tormentosas ocultaban la luz de las lunas y de las estrellas. No llovía, no hacía viento, reinaba únicamente una opresiva sensación de espera. Laurana sintió que la propia naturaleza estaba alerta, cauta, temerosa. En la distancia, los elfos dormían en su refugio tejido con sus insignificantes temores y odios. ¿Qué terrible criatura alada surgiría de aquel nido? —se preguntó Laurana.

Los compañeros tuvieron pocos problemas para despistar a los centinelas elfos. Al reconocer a Theros, los guardias charlaron amigablemente con él mientras los demás se deslizaban entre los árboles cercanos. Alcanzaron el río poco antes del amanecer.

—¿Y cómo vamos a cruzarlo? —preguntó el enano, contemplando las aguas apesadumbrado—. No me gustan nada los botes, pero son mejores que tener que nadar.

—Eso no debería ser un problema —Theros se volvió hacia Laurana—. Preséntale a tu pequeña amiga.

Asombrada, Laurana miró a la Elfa Salvaje, y lo mismo hicieron los demás. Silvara, avergonzada al sentir que todos la miraban, se ruborizó y asintió con la cabeza.

—Kargai Sargaron tiene razón —murmuró—. Esperad aquí, entre las sombras de los árboles. La muchacha se alejó, corriendo hacia la orilla con ligereza, de forma tan libre y salvaje, que embelesaba mirarla. Laurana percibió que Gilthanas la seguía con la mirada.

Silvara se llevó los dedos a los labios y silbó imitando el canto de un pájaro. Aguardó durante un instante y luego repitió el silbido tres veces. Poco después se oyó la respuesta a su llamada, que resonó a través de las aguas desde la orilla opuesta del río. Satisfecha, regresó con el grupo. Laurana vio que, aunque Silvara hablara con Theros, la muchacha miraba fijamente a Gilthanas. Al darse cuenta de que el elfo también lo hacía, Silvara enrojeció y desvió rápidamente la mirada.

—Kargai Sargaron —dijo apresuradamente—, mi gente viene hacia aquí, pero tú deberías estar conmigo cuando lleguen, para explicarles las cosas. Me temo que no les va a gustar nada que los humanos entren en nuestras tierras, ni tampoco otros elfos —dijo lanzando una mirada de disculpa a Laurana y Gilthanas.

—Yo hablaré con ellos —dijo Theros. Mirando hacia el río, hizo un gesto—. Allí vienen.

Laurana vio dos sombras oscuras deslizarse por el río. Los Kalanesti deben mantener una guardia constante —razonó. Habían reconocido la llamada de Silvara. Era extraño para una esclava disponer de tanta libertad. Si escapar era tan fácil, ¿por qué se habría quedado Silvara con los Silvanesti. No tenía ningún sentido... a menos que su objetivo no fuera escapar.

—¿Qué significa «Kargai Sargaron»? —le preguntó bruscamente a Theros.

—El del Brazo de Plata —respondió Theros sonriendo.

—Parecen confiar en ti.

—Sí. Te dije que había pasado gran parte de mi tiempo vagando por las montañas. Esto no es exactamente cierto. Pasé mucho tiempo entre los Kalanesti. No pretendo ser irrespetuoso, Princesa elfa, pero no tienes idea de las injusticias que les está causando tu gente a los salvajes: disparando al gamo o alejándolo de aquí, haciendo esclavos a sus jóvenes, engatusándoles con el oro, la plata y el acero —Theros lanzó un suspiro de enojo—. He hecho lo que he podido. Les enseñé cómo forjar armas de caza y herramientas. Pero me temo que el invierno será frío y duro. Los gamos son ya cada vez más escasos. Puede que lleguen a morir de hambre, si antes no los han matado ell...

—Tal vez, si me quedara —murmuró Laurana—, podría ayudar..., —pero enseguida se dio cuenta de que aquello era ridículo. ¿Qué podía hacer ella? ¡NI su propia gente la aceptaba!

—No puedes estar en varios sitios a la vez—dijo Sturm—. Los elfos deben resolver sus problemas, Laurana. Estás haciendo lo que debes.

—Ya lo sé —dijo suspirando. Volviendo la cabeza, miró hacia el campamento Qualinesti—. Yo era igual que ellos, Sturm. MI bello y organizado mundo había girado tanto tiempo en torno a mí, que creí que yo era su centro. Corrí tras Tanis porque estaba segura de que podría conseguir que él me amara. ¿Por qué no iba a hacerlo? Todos los demás me amaban. Y entonces me di cuenta de que el universo no giraba en torno a mí. ¡Yo ni siquiera contaba para el mundo! Vi muerte y sufrimiento. Me vi obligada a matar para que no me mataran. Vi el verdadero amor. Amor como el de Riverwind y Goldmoon, el amor de los que están dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la propia vida. Me sentí pequeña e insignificante. Y ahora eso es lo que me parece mi gente: pequeños e insignificantes. Yo pensaba que eran perfectos, pero ahora comprendo cómo se sentía Tanis... y por qué se fue.

Los botes de los Kalanesti habían llegado a la orilla. Silvara y Theros caminaron hacia allá para hablar con los elfos que los manejaban. A una señal de Theros, los compañeros salieron de las sombras de los árboles y se acercaron a la orilla —con las manos alejadas de las armas—, para que aquéllos pudieran verles. Al principio pareció que no había esperanza alguna. Los elfos charlaban en su extraño y tosco dialecto, que la propia Laurana tenía dificultad en comprender. Aparentemente se negaban rotundamente a prestar cualquier tipo de ayuda al grupo.

De pronto se oyó un sonido de cuernos proveniente de los bosques que habían dejado atrás.. Gilthanas y Laurana se miraron el uno al otro alarmados. Theros señalaba con insistencia al grupo con su dedo de plata, y luego se señalaba a sí mismo, golpeándose el pecho, como si diera su palabra de responder por los compañeros. Los cuernos sonaron una vez más. Silvara añadió sus propios ruegos. Finalmente, los Kalanesti accedieron, aunque con resquemor.

Los compañeros corrieron hacia el agua, todos ellos conscientes de que su ausencia había sido descubierta y de que la persecución había comenzado. Uno por uno, fueron entrando cuidadosamente en los botes, que no eran más que troncos vaciados. Todos, excepto Flint, quien gimió y se tiró al suelo, sacudiendo la cabeza y refunfuñando en el idioma de los enanos. Sturm le miró preocupado, temiendo que se repitiera el incidente de Crystalmir, en el que el enano se había negado rotundamente a entrar en el bote. No obstante, esta vez fue Tasslehoff quien lo convenció, consiguiendo, finalmente, que el enano se pusiera en pie.

—Aún acabaremos haciendo de ti un marinero —dijo el kender alegremente, empujando a Flint por la espalda con su Vara Jupak.

—¡No lo haréis! ¡Y deja de empujarme con esa cosa! Al llegar al agua se detuvo, jugueteando nervioso con un trozo de madera. Tas saltó dentro del bote y aguardó expectante con la mano extendida.

—¡Maldita sea, Flint, entra en el bote! —ordenó Theros.

—Dime sólo una cosa —suplicó el enano tragando saliva—. ¿Por qué lo llaman el Río de los Muertos?

—Lo sabrás muy pronto —gruñó Theros, alargando su fuerte brazo, agarró al enano como si fuera una liviana pluma y lo dejó caer en el bote—. Vámonos —les dijo el herrero a los Elfos Salvajes, quienes ya habían sumergido los remos de madera en el agua.

Los botes, llevados por la corriente, avanzaron rápidamente río abajo, en dirección oeste. Los compañeros se acurrucaron en ellos para evitar que el frío viento azotara sus rostros y les cortara la respiración. No vieron signos de vida a lo largo de la costa sur, donde los Qualinesti habían construido su hogar. Pero Laurana vislumbró fugaces imágenes de oscuras siluetas que se asomaban entre los árboles de la costa norte. Entonces se dio cuenta de que los Kalanesti no eran tan ingenuos como parecían, ya que mantenían a sus primos bajo estrecha vigilancia, y se preguntó cuántos de ellos, que vivían como esclavos, eran, en realidad, espías. Su mirada se desvió hacia Silvara.

La corriente les transportó hacia una confluencia del río, donde se unían dos corrientes. Una fluía procedente del norte, la otra —la misma por la que se hallaban viajando— provenía del este. Ambas se unían formando un río más ancho que transcurría hacia el sur en dirección al mar. De pronto Theros señaló algo.

—Allí, enano, ahí tienes tu respuesta. En el ramal del río que venía del norte había otro bote. Al principio creyeron que había perdido su anclaje, pues no pudieron ver a nadie

dentro. Luego vieron que estaba demasiado sumergido en el agua para ir vacío. Los Elfos Salvajes disminuyeron la velocidad de sus propios botes, dirigiéndolos hacia aguas menos profundas. Allí los detuvieron e inclinaron las cabezas en respetuoso silencio.

Entonces Laurana comprendió: —Un bote funerario —murmuró.

—Sí —dijo Theros contemplándolo con una mirada de tristeza.

El bote pasó ante ellos, empujado por la corriente. En su interior pudieron ver el cuerpo de un joven Elfo Salvaje que, a juzgar por su ruda vestimenta de cuero, se trataba de un guerrero. Sus manos, dobladas sobre el pecho, sostenían una espada de hierro entre sus fríos dedos. A su lado había un arco y una aljaba con flechas. Sus ojos estaban cerrados en un pacífico sueño del que nunca despertaría.

—Ahora ya sabéis por qué se le llama Thon-Tsalarian, el Río de los Muertos —dijo Silvara en su tono de voz bajo y musical—. Durante siglos, mi gente ha devuelto los muertos al mar del que procedemos. Esta antigua costumbre se ha convertido en un polémico asunto entre los Kalanesti y nuestros primos.

Su mirada se dirigió hacia Gilthanas y afirmó:

—Los vuestros consideran este rito una profanación del río. Han intentado obligarnos a no hacerlo más.

—Algún día el cuerpo que flote en el río será el de un Qualinesti o Silvanesti, con una flecha Kalanesti en el pecho —predijo Theros—. Y entonces comenzará la guerra.

—Creo que todos los elfos tendrán que enfrentarse a enemigos mucho más peligrosos. ¡Mirad! —exclamó señalando al difunto.

A los pies del guerrero muerto había un escudo, el escudo del enemigo contra el que había luchado. Reconociendo el símbolo trazado sobre el abollado escudo, Laurana contuvo la respiración.

—¡Un escudo draconiano!

El viaje por el Thon-Tsalarian fue largo y difícil, ya que el río era cada vez más rápido y caudaloso. Tuvieron incluso que darle un remo a Tas para que ayudara, pero al poco rato se le escurrió de las manos hasta el agua y él casi se cae al intentar recuperarlo. Agarrando a Tas por el cinturón, Derek lo empujó hacia el interior del bote, mientras los Kalanesti le indicaban por señas que si causaba más problemas, le arrojarían al río.

Tasslehoff pronto comenzó a aburrirse y se asomó por la borda esperando ver algún pez.

—¡Oh, qué extraño! ¡Mirad! —exclamó, de repente, el kender inclinándose más, metió su pequeña mano en el agua. Cuando la sacó estaba cubierta de una fina capa de plata y relucía bajo la temprana luz de la mañana.

—¡El agua brilla! Mira, Flint —le gritó al enano que viajaba en otro bote—. Mira el agua...

—No pienso hacerlo —dijo el enano con los dientes castañeados. Flint remaba pese a que había algunas dudas: sobre su efectividad. Siguió negándose rotundamente a mirar hacia el agua.

—Tienes razón, kender—dijo Silvara sonriendo—. De hecho los Silvanesti llamaron a este río Thon-Sargon, que quiere decir «Camino de Plata». Es una pena que el clima sea tan malo. Cuando Solinari está llena, el río parece de plata fundida y es realmente bello.

—¿Cómo es eso? ¿Qué es lo que lo produce? —preguntó el kender, examinando con entusiasmo su reluciente mano.

—Nadie lo sabe, aunque entre los míos existe una leyenda... —Silvara se interrumpió bruscamente, enrojándose. ...

—¿Qué leyenda? —preguntó Gilthanas.

El elfo estaba sentado frente a Silvara, quien se hallaba en la proa del bote. La forma de remar de Gilthanas no era mucho mejor que la de Flint, ya que el elfo estaba mucho más interesado en el rostro de la Elfa Salvaje que en su trabajo. Cada vez que Silvara alzaba la mirada, se lo encontraba mirándola. A medida que pasaban las horas se sentía cada vez más agitada y confundida.

—Seguramente no te interesará mucho —dijo la muchacha, mirando las aguas grises y plateadas, intentando eludir la mirada de Gilthanas—. Es una historia sobre Huma...

—¡Huma! —exclamó Sturm que estaba sentado tras Gilthanas, y cuya forma fuerte y rápida de remar compensaba; la ineptitud tanto del elfo como del enano—. Cuéntanos tu leyenda de Huma, Silvara.

—Sí, cuéntanos tu leyenda —repitió Gilthanas sonriendo.

—De acuerdo. Según los Kalanesti, en los últimos días de las terribles guerras de los dragones, Huma viajó por las tierras, con el propósito de ayudar a la gente. Pero con gran tristeza descubrió que le era imposible acabar con la desolación y destrucción de los dragones. Rezó a los dioses pidiéndoles una respuesta —Silvara miró a Sturm, quien asintió solemnemente con la cabeza.

—Es verdad —dijo el caballero— y Paladine respondió a sus oraciones enviándole el Ciervo Blanco. Pero nadie sabe hacia dónde le guió.

—MI gente lo sabe —dijo Silvara en voz baja—, porque el Ciervo guió a Huma, tras muchas pruebas y peligros, a una tranquila gruta, aquí, en la tierra de Ergoth. En la gruta encontró a una mujer, bella y virtuosa, que le ayudó a aliviar su tristeza. Ambos se enamoraron profundamente. Pero durante muchos meses, ella rehusó manifestarle su amor. Finalmente, incapaz de negar el ardiente fuego que quemaba en su interior,

correspondió al amor de Huma. La felicidad de la pareja fue como la luz de Solinari en una noche de terrible oscuridad.

Silvara guardó silencio durante un instante, con la mirada perdida. Distraídamente se inclinó para tocar el tosco tejido de la capa que cubría el Orbe de los Dragones que yacía a sus pies.

—Continúa —le urgió Gilthanas. El elfo había dejado de remar y estaba sentado muy quieto, hechizado por los bellos ojos de Silvara y por su voz musical.

Silvara suspiró. Soltando la capa, dirigió su mirada más allá de las aguas, hacia los sombríos bosques.

—Su felicidad fue breve, pues ella guardaba un terrible secreto, ya que no era hija de una mujer, sino de un dragón. Su magia le había permitido tomar una forma humana. Pero no podía mentir a Huma por más tiempo. Le amaba demasiado. Con gran temor le reveló a Huma lo que era, apareciendo una noche ante él en su forma verdadera, la de un dragón plateado. Esperaba que él la odiara, incluso que la destrozara, ya que su pena era tan intensa que no quería seguir viviendo. Pero al mirar a la radiante y magnífica criatura que tenía ante él, el caballero reconoció en sus ojos el noble espíritu de mujer que amaba. La magia le devolvió la forma de mujer, y rezó a Paladine para que le concediera esa forma para siempre. Ella renunciaría a su magia y a la larga vida de los dragones para vivir en el mundo con Huma.

Silvara cerró los ojos y su rostro se tiñó de tristeza. Gilthanas, al contemplarla, se preguntó por qué estaría tan afectada por la leyenda. Alargando el brazo, le rozó la mano. La muchacha se asustó como un animal salvaje, apartándose tan bruscamente que el bote se tambaleó.

—Lo siento —dijo Gilthanas—. No pretendía asustarte.

—¿Qué ocurrió? ¿Cuál fue la respuesta de Paladine?

Silvara respiró profundamente.

—Paladine le concedió su deseo... pero con una terrible condición. Les mostró a ambos el futuro. Si ella continuaba siendo un dragón, Paladine les entregaría a ella y a Huma la Dragonlance y el poder de vencer a los dragones malignos. Si ella se convertía en mortal, vivirían juntos como hombre y mujer, pero los dragones malignos se quedarían en el mundo para siempre. Huma prometió que renunciaría a todo, a su honor, a su Orden de Caballería... con tal de permanecer con ella. Pero la mujer vio morir la luz en sus ojos mientras lo decía y llorando, supo qué respuesta daría. Los dragones malignos no debían permanecer en el mundo. Y el río plateado, se dice, se formó con las lágrimas derramadas por el dragón cuando Huma partió en busca de la Dragonlance.

—Una bonita historia, aunque algo triste —dijo Tasslehoff bostezando—. ¿Regresó el viejo Huma? ¿Tiene la historia un final feliz?

—La historia de Huma no acaba felizmente —explicó Sturm mirando ceñudamente al kender—. Pero murió gloriosamente en la batalla, venciendo al cabecilla de los

dragones, a pesar de hallarse él mismo mortalmente herido. No obstante, he oído —añadió el caballero pensativamente—, que en la batalla montaba un Dragón Plateado.

—Y vimos un caballero sobre un Dragón Plateado en el Muro de Hielo —dijo Tas—. Le dio a Sturm un...

El caballero le dio al kender un rápido golpecillo en la espalda. Tas recordó, demasiado tarde, que habían acordado que aquello debía ser un secreto.

—No sé nada de un Dragón Plateado —dijo Silvara encogiéndose de hombros—. MI gente sabe poco sobre Huma. Después de todo era un humano. Creo que cuentan esta leyenda sólo porque habla del río que ellos aman, del río que se lleva a sus muertos.

Al llegar a este punto uno de los Kalanesti señaló a Gilthanas y pronunció con sequedad unas palabras. Gilthanas miró a Silvara sin comprender. La doncella elfa sonrió. —Pregunta si eres un elfo demasiado noble para remar, porque, si lo eres, dice que permitirá que vuestra señoría continúe el viaje a nado.

Gilthanas hizo una mueca, enrojeció y rápidamente volvió a tomar el remo. A pesar de todos sus esfuerzos —al llegar el atardecer hasta Tasslehoff volvió a remar de nuevo— el viaje río arriba fue lento y fatigoso. Cuando finalmente recalaron, les dolían los músculos y tenían las manos ensangrentadas, llenas de ampollas. Todo lo que pudieron hacer fue arrastrar los botes hasta la orilla y ayudar a ocultarlos.

—¿Crees que habremos conseguido escapar de nuestros perseguidores? —le preguntó Laurana a Theros.

—¿Responde eso a tu pregunta? —dijo el herrero señalando hacia el río.

Laurana pudo apenas entrever en el sombrío crepúsculo, varias oscuras siluetas sobre el agua. Aún se hallaban a bastante distancia pero Laurana comprendió que aquella noche los compañeros podrían descansar muy poco. Uno de los Kalanesti se dirigió a Theros, señalando río abajo. El fornido herrero asintió con la cabeza.

No te preocupes. Estamos a salvo hasta mañana. Dice que ellos también tendrán que recalar. Nadie osa viajar por estas aguas de noche. NI siquiera los Kalanesti, y ellos conocen cada recodo y cada meandro. Acamparemos aquí, en la orilla, pues según él, unas extrañas criaturas rondan los bosques por las noches —hombres con cabeza de reptiles—. Mañana viajaremos por el río tan lejos como nos sea posible, pero llegará un momento en que tendremos que dejarlo, viajar por tierra.

—Pregúntale si su gente detendría a los Qualinesti si éstos nos siguieran hasta sus tierras —le dijo Sturm a Theros.

Theros se volvió hacia el elfo Kalanesti, hablando el dialecto salvaje torpemente, pero suficientemente bien para ser comprendido. El elfo sacudió la cabeza. Era una criatura de aspecto salvaje. Laurana comprendió por qué su mente los consideraba poco más evolucionados que los animales, a pesar de que sus rostros revelaran trazos de sus lejanos ancestros humanos. Aunque no llevaba barba —la sangre elfa corría con demasiada pureza por las venas de los Kalanesti para que así fuera—, aquel elfo le

recordaba Tanis, por su forma de hablar rápida y decidida, su complexión fuerte y musculosa, y sus gestos enfáticos. Theros tradujo.

—Dice que los Qualinesti deben seguir el protocolo y pedir el permiso de los ancianos para entrar en tierras Kalanesti para seguimos. Los ancianos seguramente les otorgarán el permiso, e incluso puede que se ofrezcan a ayudarles. Ellos, como sus primos, tampoco quieren que haya humanos en Ergoth del Sur. De hecho, ha dejado bien claro que la única razón por la que él y sus amigos nos están ayudando es para devolver los favores que les he hecho en el pasado y para ayudar a Silvara.

Laurana dirigió su mirada hacia la muchacha. Silvara estaba en la orilla del río hablando con Gilthanas.

Theros vio que la expresión de Laurana se endurecía. Al ver a la Elfa Salvaje y el elfo noble juntos adivinó sus pensamientos.

—Es extraño apreciar celos en el rostro de alguien que según los rumores, huyó para convertirse en la amante de mi amigo, Tanis, el Semielfo. Pensaba que eras diferente de los tuyos, Laurana.

—¡No es eso! —exclamó la elfa secamente, sintiendo que le ardía la piel—. No soy la amante de Tanis, aunque ello no suponga diferencia alguna. Lo que ocurre es que no confío en esa muchacha. Es como si estuviera demasiado ansiosa por ayudarnos. Ese interés, ¿tiene algún sentido?

—¡Puede que tu hermano tenga algo que ver con todo esto.

—El es un elfo noble... —comenzó a decir Laurana enojada. Pero al darse cuenta de lo que había estado a punto de decir, se interrumpió—. ¿Qué sabes de Silvara?

—Poco—respondió Theros, contemplando a Laurana con tal mirada de decepción que consiguió enfurecerla—. Sé que es muy respetada y amada por los suyos, especialmente por su destreza curativa.

—¿Y su destreza como espía?

—Esta gente está luchando por su propia supervivencia. Hacen lo que deben. Fue un discurso fantástico el que hiciste en la playa, Laurana. Casi me lo creo.

El herrero se dirigió a ayudar a los Kalanesti a ocultar los botes. Laurana se mordió el labio, furiosa y avergonzada. ¿Tenía razón Theros? ¿Estaba ella celosa de la atención que Gilthanas le estaba demostrando a Silvara? ¿Consideraba a Silvara indigna de él? Así era como Gilthanas había considerado siempre a Tanis. ¿Era esto diferente?

Escucha tus sentimientos, le había dicho Raistlin. Eso estaba muy bien, pero primero debía entender sus sentimientos. ¿Es que su amor por Tanis no le había enseñado nada? Sí, decidió Laurana finalmente, viéndolo más claro. Realmente creía en lo que le había dicho a Theros. Si había algo en Silvara de lo que ella desconfiara, no tenía nada que ver con el hecho de que Gilthanas se sintiera atraído por la muchacha. Era algo que no

podía definir. A Laurana le dolió que Theros la hubiera interpretado mal, pero seguiría el consejo de Raistlin y confiaría en sus instintos: Mantendría vigilada a Silvara

Capítulo 5

Silvara

A pesar de que todos los músculos del cuerpo de Gilthanas clamaban por descansar y de que el elfo pensaba que no podría tenderse a dormir tan pronto como él quisiera, cuando finalmente pudo hacerlo, se encontró totalmente despejado, contemplando el cielo con los ojos abiertos de par en par. Las nubes tormentosas aún poblaban el firmamento, pero una brisa teñida de sal comenzaba a dispersarlas. De vez en cuando podían verse las estrellas, y, en un momento dado, Lunitari titiló en el cielo como la luz de una vela, aunque las nubes no tardaron en cubrirla de nuevo.

El elfo intentó ponerse cómodo, moviéndose y dando vueltas hasta que su camastro de campamento quedó todo revuelto. Finalmente desistió, decidiendo que era imposible dormir sobre aquel suelo duro y helado.

Observó con amargura que ninguno de los demás parecía tener problemas. Laurana dormía profundamente, con la mejilla posada sobre la palma de la mano, tal como lo hacía desde la infancia.

Qué extraño está resultando su comportamiento últimamente —pensó Gilthanas. Pero luego comprendió que no podía culparla. Había renunciado a todo para hacer lo que consideraba correcto y llevar el Orbe a Sancrist. Su padre hubiera podido aceptarla de nuevo en su familia otra vez, ¡pero ahora ya era una proscrita para siempre!

Gilthanas suspiró. ¿Y qué ocurriría con él? Hubiera deseado mantener el Orbe en Qualin-Mori. Opinaba que su padre tenía razón... ¿o no?

Aparentemente no, ya que estoy aquí —se dijo Gilthanas a sí mismo. ¡Por todos los dioses, su escala de valores comenzaba a estar tan trastocada como la de Laurana! En primer lugar, su odio por Tanis —un odio que había alimentado durante años—,

empezaba a decaer, y estaba siendo sustituido por la admiración, e incluso por el afecto. En segundo lugar, su odio hacia las otras razas también estaba desapareciendo. Había conocido a pocos elfos tan nobles o sacrificados como el humano Sturm Brightblade; y a pesar de que no le gustaba Raistlin, envidiaba la inmensa habilidad del joven mago. Aquello era algo que Gilthanas, un aficionado a la magia, nunca hubiera tenido la paciencia o el coraje de conseguir. Finalmente debía admitir que hasta le gustaba el kender y el viejo enano gruñón. Pero lo que nunca hubiera imaginado es que acabaría enamorándose de una Elfa Salvaje.

—¡Eso es! —dijo Gilthanas en voz alta—. Lo he admitido. ¡Estoy enamorado de ella! —pero ¿era amor o simple atracción física? —se preguntaba. Al pensar esto no pudo evitar hacer una mueca, recordando el sucio rostro de la muchacha, su enmarañado cabello y sus ropas hechas jirones. Los ojos de mi alma deben estar viendo con más claridad que los de mi cabeza —siguió reflexionando mientras miraba orgullosamente hacia el camastro de la muchacha.

Ante su asombro vio que se hallaba vacío. Asustado, Gilthanas echó una rápida mirada por el campamento. No se habían atrevido a encender una hoguera —no sólo porque os Qualinesti fueran tras ellos, sino también porque Theros había dicho que los draconianos rondaban la zona. Al pensar en esto, Gilthanas se puso rápidamente en pie y comenzó a buscar a Silvara. Se movió silenciosamente, con la intención de evitar las preguntas de Sturm y de Derek, que estaban haciendo guardia. De pronto un pensamiento escalofriante cruzó por su mente. Se dirigió a paso rápido hacia donde debía estar el Orbe de los Dragones. Afortunadamente seguía donde Silvara lo había dejado, y junto a él estaba el asta partida de la Dragonlance.

Gilthanas respiró con tranquilidad. En ese instante, sus finos oídos captaron un sonido de chapoteo de agua. Al prestarle más atención llegó a la conclusión de que no se trataba ni de un pez ni de un pájaro nocturno que buscara una presa en el río. El elfo miró a Derek y a Sturm. Ambos estaban sobre una roca que dominaba el campamento. Gilthanas pudo oírles discutir en tono enojado. El elfo se alejó del campamento, encaminándose en la dirección de la que provenía el ruido.

Gilthanas caminó por el oscuro bosque sin oír otro murmullo que el de las propias sombras de la noche. A veces vislumbraba el río reluciendo tenuemente entre los árboles. Poco después llegó a un lugar donde el agua, que fluía entre las rocas, había quedado atrapada formando un pequeño estanque. Gilthanas se detuvo y su corazón casi dejó de latir. Había encontrado a Silvara.

La silueta de un oscuro círculo de árboles se dibujaba claramente contra las raudas nubes. El silencio de la noche sólo se veía interrumpido por el suave rumor del río plateado, que descendía por las rocas hacia el estanque, y por el chapoteo que había llamado la atención de Gilthanas. Ahora ya sabía de qué se trataba.

Ignorando el frío reinante, la doncella elfa se estaba bañando. Sus ropas yacían esparcidas en la orilla junto a una deshilachada manta. Gilthanas sólo podía ver sus hombros y sus brazos. Tenía la cabeza echada hacia atrás mientras se lavaba la larga cabellera negra, que flotaba en las oscuras aguas. El elfo contuvo la respiración, contemplándola. Sabía que hubiera debido marcharse, pero estaba paralizado, hechizado.

En ese momento las nubes se dispersaron, Solinari, aunque sólo medio llena, apareció en el cielo nocturno con fría brillantez. Entonces Silvara salió del estanque. El agua se tornó de plata fundida, reluciendo sobre su piel y sobre su argentífera cabellera, y descendiendo en brillantes riachuelos por su cuerpo teñido por la luz de la luna. Su belleza impresionó tanto a Gilthanas que el elfo dio un respingo. Silvara se sobresaltó, mirando a su alrededor aterrorizada. Su salvaje y poco cuidada belleza aumentaban su encanto de tal forma que, Gilthanas, a pesar de desear intensamente tranquilizarla, no pudo pronunciar palabra. Silvara corrió hacia la orilla donde estaban sus ropas. Pero no las tocó. En lugar de ello rebuscó en uno de los bolsillos y agarrando un cuchillo, se volvió, dispuesta a defenderse. Gilthanas podía verla temblar a la luz de la luna de plata, lo que le recordó vivamente a una antílope que había acorralado tras una larga persecución. Los ojos del animal habían brillado con el mismo temor que ahora veía en las luminosas pupilas de Silvara. La Elfa Salvaje miraba a su alrededor con verdadero pánico. ¿Por qué no me ve?, se preguntó Gilthanas, sintiendo que los ojos de la elfa pasaban varias veces sobre él.

De pronto Silvara se volvió, disponiéndose a huir del peligro que era capaz de presentir, pero que no podía ver. Gilthanas sintió que su voz se liberaba.

—¡No! ¡Espera! ¡Silvara! No te asustes. Soy yo, Gilthanas —dijo en tono firme aunque susurrante, tal como le había hablado a la antílope acorralada—. No deberías haber salido sola, es peligroso...

Silvara se detuvo, medio iluminada por la luz plateada, medio protegida por las sombras, con los músculos tensos, a punto de escapar. Gilthanas, siguiendo su instinto de cazador, avanzó lentamente y continuó hablando, reteniéndola con su voz firme y su mirada.

—No deberías estar aquí sola. Yo me quedaré contigo. De todas formas quería hablarte. Quiero que me escuches un momento. Necesito hablarte, Silvara. Yo tampoco quiero estar aquí solo. No me dejes Silvara. He perdido tantas cosas en este mundo. No me dejes... Hablando suavemente, sin parar, Gilthanas avanzó lenta pero deliberadamente hacia Silvara hasta que vio que la elfa retrocedía un paso. El elfo, alzando las manos, se sentó rápidamente sobre una roca de la orilla opuesta. Silvara se detuvo, contemplándole. No hizo ningún movimiento para cubrirse el cuerpo, decidiendo, aparentemente, que la defensa era más importante que el recato. Todavía sostenía el cuchillo entre las manos. Gilthanas admiró su valentía, a pesar de sentirse cohibido por la desnudez de la muchacha. A estas alturas, cualquier elfa de buena cuna se hubiera desmayado. Sabía que debería apartar la mirada, pero se hallaba demasiado sobrecogido por su belleza. La sangre le ardía. Haciendo un inmenso esfuerzo, continuó hablando, sin saber siquiera lo que estaba diciendo. Aunque, de pronto, se dio cuenta de que le estaba relatando los pensamientos más íntimos de su corazón.

—Silvara, ¿qué estoy haciendo? MI padre me necesita y mi gente también. Y no obstante estoy aquí, infringiendo sus leyes. MI pueblo se halla en el exilio. Encuentro lo único que puede salvarles —uno de los Orbes de los Dragones— ¡Y arriesgo mi vida para arrebatárselo a los míos y entregárselo a los humanos, para ayudarles en su guerra! NI siquiera se trata de mi guerra, ni de la de mi pueblo —Gilthanas se dio cuenta de que la muchacha no le había quitado , los ojos de encima—. ¿Por qué, Silvara? ¿Por qué he

caído en tal deshonor? ¿Por qué me he portado así con los míos? Contuvo la respiración.

Silvara miró hacia la oscuridad y la seguridad de los bosques y luego volvió a mirarle a él.

Va a huir —pensó Gilthanas, latiéndole el corazón con violencia.

Pero Silvara bajó lentamente el cuchillo. Había tal pena y tristeza en sus ojos que, finalmente, Gilthanas desvió la mirada, avergonzado de sí mismo.

—Silvara, perdóname. No pretendía involucrarte en mis problemas. No comprendo qué es lo que debo hacer. Solo sé...

—...que debes hacerlo —dijo Silvara finalizando la frase por él.

El elfo alzó la mirada. Silvara se había tapado con la manta deshilachada. Este pudoroso gesto sirvió sólo para avivar la llama de su deseo. La plateada cabellera de la muchacha, que le llegaba más allá de la cintura, refulgía bajo la luz de la luna. La manta eclipsaba su piel de plata.

Gilthanas se levantó lentamente y comenzó a caminar por la orilla en dirección a ella. Ella siguió en pie junto al límite del bosque. Todavía estaba asustada, pero había dejado caer el cuchillo.

—Silvara, lo que he hecho va en contra de las costumbres de los elfos. Cuando mi hermana me habló de su plan de robar el Orbe, debería haber ido directamente a hablar con mi padre. Debería haber dado la alarma. Debería haber tomado yo mismo el Orbe...

Silvara dio un paso hacia él, envuelta aún en la manta.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó en voz baja.

Gilthanas se estaba acercando a los escalones de piedra del extremo norte del estanque. A la luz de la luna, el agua que fluía sobre ellos parecía una cortina de plata.

—Porque sé que mi gente está equivocada y que Laurana tiene razón... y Sturm también tiene razón. ¡Llevarles el Orbe a los humanos es lo correcto! Debemos luchar en esta guerra. MI gente se equivoca, sus leyes y sus costumbres son erróneas. ¡Sé esto... en el fondo de mi corazón! Pero no puedo hacer que mi mente crea en ello. Esto me atormenta...

Silvara caminó lentamente por la orilla del estanque. También ella se iba acercando hasta donde se encontraba el elfo.

—Te comprendo —dijo con dulzura—. MI propia gente no comprende lo que hago, ni por qué lo hago. Pero yo sí lo comprendo. Sé lo que está bien, y creo en ello.

—Te envidio Silvara Gilthanas avanzó hasta la roca más grande, un pequeño islote en medio de la reluciente cascada. Silvara, con los cabellos mojados, estaba sólo a unos pocos pies de distancia.

—Silvara —dijo Gilthanas con voz temblorosa—, hay otra razón por la que he dejado a mi gente. Tú la conoces.

El elfo extendió su mano hacia ella. Silvara retrocedió, negando con la cabeza. Su respiración se hizo más rápida. Gilthanas avanzó un paso más hacia ella.

—Silvara, te amo. Pareces tan sola, y yo también lo estoy. Por favor, Silvara, nunca volverás a sentirte abandonada lo juro...

Titubeante, Silvara extendió su mano hacia él. Con un rápido movimiento Gilthanas la sujetó por el brazo y, alzándola sobre el agua, la depositó sobre la roca, a su lado.

La «antílope» salvaje comprendió demasiado tarde que estaba atrapada. No por los brazos del hombre —se podía haber deshecho fácilmente de su abrazo, sino que era su propio amor hacia él lo que la atrapaba. A su vez el amor que él sentía por ella era tierno y profundo, y sellaba el destino de ambos. También él estaba atrapado. Gilthanas sintió que el cuerpo de la elfa temblaba, pero al mirarla a los ojos supo que su temblor era de pasión, no de temor. Tomando su rostro entre las manos, la besó con ternura. Silvara aún sostenía la manta alrededor de su cuerpo con una mano, pero Gilthanas notó cómo la otra: mano se cerraba sobre la suya. Los labios de Silvara eran suaves y ardientes. De pronto Gilthanas saboreó en sus propios labios una lágrima salada. Se apartó, sorprendido de verla llorar.

—¡Silvara, no...! Lo siento —dijo soltándola.

—¡No! No lloro porque esté asustada de tu amor. Llora por mí misma. No puedes entenderlo.

Tímidamente la muchacha le rodeó el cuello con la mano y le atrajo hacia sí. Mientras la besaba, Gilthanas sintió que la otra mano de Silvara, la mano que había estado sosteniendo la manta sobre su cuerpo, se acercaba a su rostro para acariciarle. La manta cayó al agua y fue arrastrada lentamente por las plateadas aguas.

Capítulo 6

Persecución

Un plan desesperado

A mediodía del día siguiente los compañeros se vieron obligados a abandonar los botes, pues habían llegado ya a las fuentes del río que brotaban de las montañas. El agua era poco profunda y espumosa, debido a los ondeantes rápidos que había un poco más adelante. En la orilla había muchas embarcaciones de los Kalanesti. Mientras arrastraban sus botes a tierra los compañeros vieron acercarse a un grupo de elfos Kalanesti provenientes de los bosques. Transportaban los cuerpos de dos jóvenes guerreros. Algunos de ellos sacaron sus armas, y hubieran atacado si Theros Ironfield y Silvara no se hubieran apresurado a hablar con ellos.

Ambos conversaron con los Kalanesti durante un largo rato, mientras los compañeros, inquietos, vigilaban el río. A pesar de haberse levantado antes del amanecer y de haberse puesto en marcha tan pronto como los Kalanesti consideraron seguro viajar por las raudas aguas, habían podido divisar los negros botes que los seguían en más de una ocasión. Cuando Theros regresó, su expresión era sombría. El rostro de Silvara estaba encendido por la ira.

—MI gente no hará nada por ayudarnos —informó Silvara—. En los últimos días han sido atacados por los hombres-lagarto en dos ocasiones. Culpan de la llegada de este nuevo mal a los humanos, quienes, dicen, lo han traído a estas tierras en un barco de alas blancas...

—¡Eso es ridículo! —profirió Laurana—. Theros, ¿no les hablaste de los draconianos?

—Lo intenté —declaró el herrero—. Pero me temo que la evidencia está contra vosotros. Los Kalanesti vieron al dragón blanco sobrevolar el barco, pero aparentemente no vieron con cómo conseguíais herirlo y hacer que huyera. De todas formas, finalmente han accedido a que cruzáramos sus tierras, pero no nos facilitarán ninguna ayuda. Además, tanto Silvara como yo hemos tenido que comprometernos a responder de vuestra buena conducta con nuestras vidas.

—¿Qué están haciendo aquí los draconianos? —preguntó Laurana, acosada por los recuerdos—. ¿Se trata de un ejército? ¿Piensan invadir Ergoth de Sur? Si es así, tal vez deberíamos regresar...

—No, creo que no —respondió Theros pensativamente—. Si los ejércitos de los Señores de los Dragones estuvieran decididos a tomar esta isla, hubieran enviado dragones y miles de tropas. Creo que sólo se trata de pequeñas patrullas destacadas para intimidar y dar la sensación de que la situación se deteriora aún más de lo que lo está. Los Grandes Señores esperan seguramente que los elfos les eviten la molestia de atacar y, en cambio, se destrocen entre ellos.

—El ejército de los Dragones aún no está preparado para conquistar Ergoth —dijo Derek—. Todavía no tienen dominado el norte. Pero es sólo cuestión de tiempo. Por eso es urgente que llevemos el Orbe a Sancrist y convoquemos una reunión del Consejo de la Piedra Blanca para determinar, lo que debemos hacer con él.

Recogiendo rápidamente sus pertenencias, los compañeros se pusieron en marcha en dirección a las montañas. Silvara les guió por un sendero que discurría junto al plateado río que nacía en las colinas. Todos pudieron sentir las hostiles miradas de los Kalanesti siguiéndoles hasta que les perdieron de vista.

La tierra comenzó a ascender casi inmediatamente. Theros comentó que estaban internándose en regiones en las que él nunca había estado; por tanto, la única que podía guiarles era Silvara. A Laurana esta situación no le gustaba demasiado. Adivinó que algo había ocurrido entre su hermano y la muchacha al sorprenderlos compartiendo una dulce y secreta sonrisa.

Silvara había aprovechado para cambiarse de ropas, cuando encontraron a su gente antes de internarse en las montañas. Ahora iba vestida como una mujer Kalanesti, con una larga túnica de cuero sobre unos pantalones también de cuero, y se cubría con una capa de pieles. Al llevar el cabello lavado y peinado, todos ellos comprendieron por qué le habían puesto el nombre que llevaba. Su melena, de un extraño tono plateado, fluía desde su frente, cayendo sobre sus hombros con radiante belleza.

Silvara resultó ser una guía excepcionalmente buena, haciéndoles avanzar a paso rápido. Ella y Gilthanas caminaban juntos, charlando en elfo. Poco antes del atardecer llegaron a una gruta.

—Podemos pasar aquí la noche —dijo Silvara—. Seguramente hemos dejado atrás a nuestros perseguidores. Pocos conocen estas montañas tan bien como yo. Pero será mejor que no encendamos fuego. Me temo que la cena deberá ser fría.

Exhaustos por la escalada del día, tras comer frugalmente, prepararon sus lechos en la gruta. Los compañeros, acurrucados bajo las mantas que transportaban, durmieron a intervalos. Establecieron turnos de guardia y tanto Laurana como Silvara insistieron en hacer algún turno. La noche transcurrió tranquilamente, el único sonido que oyeron fue el del viento silbando entre las rocas.

Pero a la mañana siguiente, Tasslehoff, que con la intención de echar un vistazo había salido al exterior a través de una grieta que había en la entrada oculta de la gruta, regresó rápidamente al interior. Llevándose un dedo a los labios, Tas les hizo un gesto para que le siguieran afuera. Theros empujó a un lado el inmenso pedrusco que habían colocado para tapar la entrada, y los compañeros siguieron silenciosamente a Tas. Al llegar a una distancia de unos veinte pies de la caverna, el kender señaló ceñudamente el suelo cubierto de nieve.

Había huellas de pisadas y, eran tan recientes, que la nieve impulsada por el viento aún no había llegado a cubrirlas. Las ligeras y delicadas pisadas no se habían hundido profundamente en la nieve. Nadie habló. No había necesidad. Todos reconocieron la definida y clara silueta de las botas elfas.

—Deben haber pasado por aquí esta noche —dijo Silvara—. Pero será mejor que partamos de inmediato. No tardarán en descubrir que han perdido nuestra pista y desandarán el camino. Debemos irnos.

—No creo que eso cambie mucho las cosas —refunfuñó Flint señalando las claras huellas que acababa de dejar el grupo. Alzando la mirada contempló el cielo azul y despejado—. También podríamos sentarnos y esperarles. Nos ahorraría tiempo y esfuerzo. ¡No tenemos forma de ocultar nuestras huellas!

—Tal vez no podamos ocultar nuestro rastro —dijo Theros—, pero probablemente podamos alcanzarles.

—Probablemente —repitió Derek ceñudo. Bajando la mano, desató la espada en la vaina y caminó de vuelta hacia la gruta.

Laurana se acercó a Sturm.

—¡No debe haber derramamiento de sangre! —le susurró nerviosa, asustada por el gesto de Derek.

Mientras seguían a los otros Sturm sacudió la cabeza. —No podemos permitir que vuestra gente nos impida llevar el Orbe a Sancrist.

—¡Lo sé! —exclamó Laurana inclinando la cabeza para entrar en la caverna. Los demás estuvieron listos en pocos minutos. Derek, de pie a la entrada de la gruta, contempló a Laurana con impaciencia.

—Ve con los demás —le dijo la elfa, intentando evitar que la viera llorar—. En seguida voy.

Derek salió inmediatamente al exterior. Theros, Sturm y los otros se movieron más lentamente, mirando a Laurana con inquietud.

—Empezad a caminar —les dijo haciendo un gesto.

Necesitaba estar sola un momento, pero únicamente podía pensar en Derek llevándose la mano a la espada.

—¡No! —se dijo a sí misma con severidad—. No lucharé contra los míos. El día que eso ocurra será el día en que los Dragones habrán vencido. Antes de hacer una cosa así entregaría mi propia espada.

Oyó un movimiento detrás de ella. Laurana se giró con rapidez. —¿Silvara? —dijo sorprendida al ver a la muchacha entre las sombras—. Pensaba que ya te habías marchado. Qué estás haciendo?

—Na-nada —murmuró Silvara—. Sólo estoy recogiendo mis cosas.

Tras Silvara, sobre el frío suelo de la gruta, a Laurana le pareció ver el Orbe con su superficie de cristal reluciendo con una extraña y palpitante luz. Pero antes de que

podiera observarlo con más atención, Silvara lo cubrió rápidamente con su capa. Al hacerlo, Laurana advirtió que la muchacha, pese a haberse incorporado, se situaba de forma que ocultaba lo que había estado manejando en el suelo.

—Vamos, Laurana —dijo Silvara—, debemos apresurarnos.

—Siento haber ido tan lenta.

—Un momento —dijo Laurana con expresión severa. Pero al pasar ante la Elfa Salvaje, ésta la cogió firmemente del brazo.

—Debemos apresurarnos —dijo Silvara en un punzante tono de voz.

Su mano apretaba el brazo de Laurana con tanta fuerza, que a pesar de la gruesa capa de pieles que llevaba la princesa elfa, el apretón resultaba doloroso.

—Suéltame —dijo Laurana con frialdad, mirando fijamente a la muchacha y sin mostrar enojo o temor en sus verdes ojos.

Silvara la soltó, bajando la mirada. Laurana caminó hasta el fondo de la gruta. No obstante, al bajar la mirada no vio nada que le resultara sospechoso. Había un montón de ramas, cortezas y madera chamuscada, algunas piedras, pero eso era todo. Si se trataba de una señal, era algo torpe. Laurana les dio una patada, esparciendo las piedras y las ramas. Luego se volvió y tomó a Silvara del brazo.

—Ya ves. Sea cual fuere el mensaje que les hayas dejado a tus amigos, será difícil leerlo.

Laurana estaba preparada para cualquier reacción de la muchacha —enfado o vergüenza al ser descubierta—, incluso esperaba que Silvara la atacara. Pero Silvara comenzó a temblar. Sus ojos, al mirar a Laurana, eran suplicantes, casi pesarosos. Por un momento Silvara intentó hablar, pero no pudo. Sacudiendo la cabeza, se soltó del apretón de Laurana y salió corriendo de la gruta.

—¡Apresúrate, Laurana! —gritó Theros.

—¡Ya voy! —respondió, volviendo la mirada hacia el montón de ramas y pedruscos. Pensó en tomarse un momento para volverlo a examinar, pero sabía que no podían entretenerse.

Tal vez esté siendo demasiado suspicaz sin razón —pensó Laurana lanzando un suspiro mientras se apresuraba a salir de la gruta.

Pero cuando ya habían comenzado a ascender por el sendero, se detuvo tan bruscamente que Theros, que caminaba en la retaguardia, tropezó con ella. El herrero la agarró del brazo, sosteniéndola.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—S-sí —respondió Laurana casi sin oírle.

—Estás pálida. ¿Has visto algo?

—No. Estoy perfectamente —respondió, comenzando a trepar por el escarpado sendero de nuevo. ¡Qué estúpida había sido! ¡Qué estúpidos habían sido todos!

Una vez más pudo ver claramente en su mente a Silvara poniéndose en pie y dejando caer su capa sobre el Orbe de los Dragones que brillaba con aquella extraña luz. Se disponía a interrogar a Silvara sobre su actitud cuando, de repente, algo interrumpió sus pensamientos. Una flecha voló por los aires y se clavó en un árbol tras pasar muy cerca de la cabeza de Derek.

—¡Elfos! ¡Al ataque, Brightblade! —gritó el caballero desenvainando la espada.

—¡No! —Laurana corrió hacia él, sujetándole el brazo—. No lucharemos! ¡No habrá matanzas!

—¡Estás loca! —chilló Derek. Enojado, deshaciéndose de ella, la empujó hacia Sturm. Otra nueva flecha voló por los aires.

—¡Tiene razón! —rogó Silvara, retrocediendo—. No podemos luchar contra ellos. ¡Debemos llegar al desfiladero! allá podremos detenerles. Otra flecha, casi gastada, golpeó la cota de mallas que Derek llevaba sobre su túnica de cuero. Derek se la arrancó furioso.

—Su intención no es matar —añadió Laurana—. Si así fuera, ya estarías muerto. Debemos correr hacia el desfiladero. De todas formas no podemos luchar aquí —dijo señalando el bosque.

—Envaina tu espada, Derek —dijo Sturm desenvainando a suya—. O tendrás que luchar conmigo primero.

—Eres un cobarde, Brightblade —chilló Derek con voz temblorosa de rabia—. ¡Estás huyendo del enemigo!

—No. Estoy huyendo de mis amigos. Empieza a moverte, Crownguard, o los elfos encontrarán que han llegado tarde para hacerte prisionero. Una cuarta flecha pasó volando, clavándose en un árbol cercano a Derek. El caballero, con el rostro desencajado por la furia, envainó su espada y volviéndose, comenzó a ascender por el sendero. Pero antes le lanzó a Sturm una mirada de enemistad tal, que Laurana se estremeció.

—Sturm... —comenzó a decir, pero el caballero la agarró del codo y la empujó hacia arriba con tal presteza que no pudo hablar. Treparon rápidamente. Tras ella, podía oír a Theros avanzar por la nieve, deteniéndose de vez en cuando para hacer rodar pedruscos montaña abajo. Al poco rato pareció como si toda la falda de la montaña estuviera deslizándose hacia abajo, y dejaron de volar las flechas.

—Pero esto es sólo momentáneo —gruñó el herrero alcanzando a Sturm y a Laurana—. No les detendrá por mucho tiempo.

Laurana no pudo responder. Sus pulmones ardían como el fuego. Veía estrellas azules y doradas ante sus ojos. Pero ella no era la única que sufría. También Sturm estaba sin aliento. Incluso el fuerte herrero resoplaba como un caballo. Al dar la vuelta a una roca, encontraron al enano de rodillas y Tasslehoff intentando vanamente levantarlo.

—Debemos... descansar dijo Laurana con la garganta dolorida. Se disponía a sentarse cuando dos manos firmes la agarraron.

—¡No! —dijo Silvara con urgencia—. ¡Aquí no! ¡Sólo un poco más! ¡Vamos! ¡Hay que seguir adelante!

La Elfa Salvaje empujó a Laurana hacia arriba. Sturm ayudó a Flint a ponerse en pie, mientras el enano gruñía y maldecía. Entre Theros y Sturm lo arrastraron por el sendero. Tasslehoff avanzaba tras ellos, demasiado cansado hasta para hablar.

Finalmente llegaron a la cima del desfiladero. Laurana se dejó caer sobre la nieve, sin importarle lo que pudiera ocurrirle. Los demás se sentaron junto a ella, todos excepto Silvara, que siguió mirando montaña abajo.

¿De dónde sacará las fuerzas? —pensó Laurana.

Pero se sentía demasiado exhausta para pensar. En ese momento estaba tan cansada que ni siquiera le preocupaba que los elfos les encontraran. Silvara se volvió hacia ellos.

—Debemos separarnos —dijo decidida.

Laurana la miró sin comprender.

—No —comenzó a decir Gilthanas, intentando ponerse en pie sin éxito.

—¡Escuchadme! —dijo Silvara apremiantemente, arrodillándose—. Los elfos están demasiado cerca. Seguro que nos alcanzan, y entonces deberemos luchar o rendimos.

—Luchar —murmuró Derek.

—Hay una fórmula mejor —susurró Silvara—. Tú, caballero, deberás llevar el Orbe a Sancrist solo. Nosotros despistaremos a nuestros perseguidores.

Durante un momento nadie habló. Todos contemplaron silenciosamente a Silvara, considerando esta nueva posibilidad. Derek alzó la cabeza con los ojos relucientes. Laurana miró a Sturm alarmada.

—No creo que una sola persona deba cargar con tan grave responsabilidad —dijo Sturm jadeante—. Por lo menos deberíamos ir dos de nosotros...

—¿Te refieres a tí mismo, Brightblade? —preguntó Derek.

—Sí, desde luego, si alguien ha de ir debería ser Sturm —dijo Laurana.

—Puedo dibujar un mapa de las montañas —dijo Silvara—. El camino no es difícil. El puesto de avanzada de los Caballeros está solo a dos días de viaje de aquí.

—Pero no podemos volar —protestó Sturm—, ¿qué ocurrirá con nuestro rastro? Seguramente los elfos se darán cuenta de que nos hemos dividido.

—Una avalancha —sugirió Silvara—. Cuando Theros arrojó las rocas por la montaña me dio una idea.

Miró hacia arriba y los demás siguieron su mirada. Sobre ellos se alzaban picos cubiertos de nieve.

—Con mi magia puedo provocar una avalancha —dijo lentamente Gilthanas—. Borrare las huellas de todos.

—No del todo —previno Silvara—. Debemos permitir que las nuestras vuelvan a ser encontradas, aunque no de forma demasiado clara. Después de todo, nosotros queremos que nos sigan.

—¿Pero adónde iremos? —preguntó Laurana—. No tengo intención de vagar sin rumbo por la espesura.

—Conozco un—un lu-lugar —a Silvara le falló la voz y bajó la mirada al suelo—. Es secreto, sólo lo conoce mi gente. Os llevaré allí. Por favor, debemos apresurarnos. ¡No tenemos mucho tiempo!

—Yo llevaré el Orbe a Sancrist —dijo Derek—, pero iré sólo. Sturm debería ir con vosotros. Necesitaréis un guerrero.

—Tenemos guerreros —dijo Laurana—. Theros, mi hermano, el enano. Yo misma ya he tenido experiencia en la batalla...

—Y yo —añadió Tasslehoff.

—Y el kender —añadió Laurana ceñuda—. Además, no llegará a correr la sangre. Sus ojos captaron la expresión de preocupación de Sturm, se preguntó qué estaría pensando el caballero. Su voz se suavizó.

—Por supuesto la decisión debe tomarla Sturm. Debe hacer lo que mejor le parezca, pero yo creo que debería acompañar a Derek.

—Estoy de acuerdo —murmuró Flint—. Después de todo, seremos nosotros los que corramos mayor peligro. Estaremos más seguros sin el Orbe de los Dragones, porque, en definitiva, eso es lo que los elfos quieren.

—Sí —asintió Silvara—. Nosotros correremos menos peligro sin el Orbe. Seréis vosotros los que estaréis en una situación comprometida.

—Entonces estoy decidido —dijo Sturm—. Iré con Derek.

—¿Y si te ordeno que permanezcas con ellos? —preguntó Derek.

—No tienes ninguna autoridad sobre mí. ¿Lo has olvidado? Todavía no he sido nombrado caballero. Se hizo un profundo silencio. Derek observó a Sturm fijamente.

—No, y si está en mis manos, ¡nunca lo serás!

Sturm se encogió, como si Derek le hubiera asestado un golpe físico. Luego se puso en pie, suspirando pesadamente.

Derek ya había comenzado a recoger sus cosas. Sturm se movió con más lentitud, pensativo. Laurana se levantó y se dirigió hacia él.

—Ten —le dijo rebuscando en su bolsa—. Necesitarás comida...

—Podrías venir con nosotros —dijo Sturm en voz baja mientras ella dividía las provisiones—. Tanis sabe que vamos a Sancrist. Seguramente irá hacia allá, si puede.

—Tienes razón —dijo Laurana con ojos relucientes—. Tal vez sea una buena idea pero... —su mirada se desvió hacia Silvara. La Elfa Salvaje sostenía el Orbe todavía envuelto en la capa. Los ojos de Silvara estaban cerrados, casi como si estuviera comunicándose con algún espíritu invisible. Suspirando, Laurana negó con la cabeza.

—No, debo quedarme con ella, Sturm. Algo va mal. No comprendo... —se interrumpió, incapaz de articular sus pensamientos—. ¿Qué ocurre con Derek? ¿Por qué insiste tanto en viajar solo? El enano tiene razón. Si los elfos os capturan sin estar nosotros, no dudarán en mataros.

La expresión de Sturm era sombría.

—¿Cómo puedes preguntar? El gran Derek Crownguard regresa solo tras pasar terribles peligros, llevando con él el codiciado Orbe... —Sturm se encogió de hombros.

—Pero hay mucho en juego —protestó Laurana.

—Tienes razón, Laurana —dijo Sturm agriamente—. Hay mucho en juego. Más de lo que tú sabes... el liderazgo de los Caballeros de Solamnia... No puedo explicártelo ahora...

—Vamos, Brightblade, ¡si es que vienes! —gruñó Derek. Sturm tomó la comida y la metió en su bolsa.

—Adiós, Laurana—dijo inclinando la cabeza con la silenciosa caballerosidad con la que marcaba todos sus actos.

—Adiós, Sturm, amigo mío —susurró ella, rodeando al caballero con sus brazos. Él la abrazó y luego la besó gentilmente en la frente.

—Llevaremos este extraño objeto a los sabios para que lo estudien. El Consejo de la Piedra Blanca se reunirá pronto, —dijo—. Los elfos serán invitados a asistir, ya que son

miembros consultivos. Debes venir a Sancrist tan pronto como puedas, Laurana. Necesitaremos tu presencia.

—Estaré allí, si la voluntad de los dioses lo permite —dijo Laurana, desviando la mirada hacia Silvara, que estaba entregándole a Derek el Orbe de los Dragones. Una inmensa expresión de alivio apareció en el rostro de la muchacha cuando Derek se volvió para marchar.

Sturm se despidió y luego avanzó por la nieve tras Derek. Los compañeros vieron relucir un destello de luz cuando un rayo de sol iluminó su escudo.

De pronto Laurana dio un paso hacia adelante.

—¡Esperad! —gritó—. Debo detenerlos. También deberían llevarse la Dragonlance.

—¡No! —chilló Silvara, corriendo para bloquear el paso a Laurana. Ésta, enojada, alzó el brazo para empujar a la muchacha a un lado, pero al ver el rostro de Silvara, su mano se detuvo.

—¿Qué estás haciendo, Silvara? —preguntó Laurana—. ¿Por qué has hecho que partieran? ¿Por qué tenías tantas ganas de separarnos? ¿Por qué les has dado el Orbe y no la lanza...?

Silvara no respondió. Simplemente se encogió de hombros y contempló a Laurana con ojos más azules que la medianoche. Laurana sintió que su voluntad quedaba anulada por aquellos ojos tan azules. Aquello le recordó terroríficamente a Raistlín.

Gilthanas observó a Laurana con expresión perpleja y preocupada. Theros, ceñudo, miró a Laurana como si comenzara a compartir sus dudas. Pero todos ellos fueron incapaces de moverse. Se hallaban totalmente bajo el control de Silvara... pero, ¿qué les había hecho? Cuando la Elfa Salvaje avanzó lentamente hacia donde Laurana había dejado el envoltorio con la Dragonlance, únicamente pudieron contemplarla asombrados. Inclínándose, Silvara sacó el pedazo roto de madera y lo alzó en el aire.

La luz del sol refulgió en el cabello plateado de Silvara, como imitando el destello de luz del escudo de Sturm.

—La Dragonlance se queda conmigo —dijo Silvara. Echando un rápido vistazo al hechizado grupo añadió—, y vosotros también

Un viaje tenebroso

La nieve retumbó y cayó tras ellos por la ladera de la montaña. Descendiendo en blancas cortinas, bloqueando e interrumpiendo el paso, destruyendo su rastro. El eco del trueno mágico de Gilthanas aún resonaba en el aire, o tal vez fuera el estruendo de las rocas al caer rodando por las laderas.

Los compañeros, guiados por Silvara, viajaban por los senderos del este lenta y cautelosamente, caminando sobre la parte pedregosa y evitando, en lo posible, las zonas cubiertas de nieve. Cada uno pisaba las huellas que había dejado el que le precedía, para que los elfos que les seguían no supieran nunca con seguridad cuántos eran en el grupo.

De hecho fueron tan extremadamente cuidadosos, que llegó un momento en que Laurana comenzó a preocuparse.

—Recuerda que queremos que nos encuentren —le dijo a Silvara mientras avanzaban por la cima de un rocoso desfiladero.

—No te preocupes. No les será muy difícil encontrarlos —le respondió Silvara.

—¿Cómo estás tan segura? —comenzó a preguntar Laurana, pero entonces resbaló, cayendo sobre las manos y las rodillas. Gilthanas la ayudó a ponerse en pie. Haciendo una mueca de dolor, Laurana contempló a Silvara en silencio. Ninguno de ellos, ni siquiera Theros, entendía el súbito cambio que se había producido en la Elfa Salvaje desde la partida de los caballeros. Todos desconfiaban de ella, pero la única opción que tenían era seguirla.

—Porque saben hacia dónde nos dirigimos —respondió Silvara—. Fuiste muy lista al pensar que les había dejado una pista en la gruta. Lo hice. Afortunadamente no la encontraste. Bajo aquellas ramas que tan amablemente esparciste por mí, había dibujado un tosco mapa. Cuando lo encuentren, pensarán que lo dibujé para explicaros nuestra ruta. Hiciste que quedara de lo más real, Laurana —el tono de su voz fue desafiante hasta que se encontró con la mirada de Gilthanas.

El elfo desvió la mirada, con expresión severa. Silvara titubeó. Su voz se tomó suplicante.

—Lo hice por una razón... una buena razón. Ya entonces supe, al ver las huellas, que tendríamos que separarnos. ¡Debéis creerme!

—¿Y qué me dices del Orbe de los Dragones? ¿Qué hacías con él? —preguntó Laurana.

—Na-nada. ¡Debéis confiar en mí!

—No veo por qué —respondió Laurana fríamente.

—No os he hecho ningún daño...

—¡A parte de enviar a los caballeros y al Orbe a una trampa mortal! —gritó Laurana. ,

—¡No! ¡No lo he hecho! Créeme. Estarán a salvo. Ese fue mi plan desde el principio. Nada debe sucederle , al Orbe. Sobre todo no debe caer en manos de los elfos. Ese es el motivo por el que pensé que debíamos separarnos. ¡Ése es el motivo por el que os ayudé a escapar! —la muchacha miró a su alrededor, husmeando el aire como un animal—. ¡Vamos! Nos hemos entretenido demasiado.

—¡Si es que decidimos ir contigo! —dijo Gilthanas agriamente ¿Qué sabes sobre el Orbe de los Dragones?

—¡No me preguntéis! —la voz de Silvara se tornó repentinamente bronca y llena de tristeza. Sus ojos azules miraron a los de Gilthanas con tal amor que él no pudo sostener su mirada. El elfo sacudió la cabeza. Silvara lo tomó del brazo.

—¡Por favor, shalori, amado mío, confía en mí! Recuerda lo que hablamos en el estanque. Dijiste que tenías que hacer esas cosas... decepcionar a los tuyos, convertirte en un proscrito... porque debías hacer lo que creías en el fondo de tu corazón. Yo te dije que te comprendía, porque tenía que hacer lo mismo. ¿No me creíste?

Gilthanas asintió con la cabeza.

—Te creí —le dijo en voz baja, y acercándose más a ella le besó el plateado cabello—. Iremos contigo. Vamos, Laurana —rodeando a Silvara con el brazo, ambos comenzaron a avanzar de nuevo por la nieve Laurana miró desconcertada a los demás. Ellos evitaron su mirada, pero Theros se acercó a ella.

—He vivido en este mundo casi cincuenta años, joven mujer —le dijo amablemente—. Para vosotros los elfos no es mucho. Pero nosotros, los humanos, vivimos esos años, no dejamos simplemente que transcurran. Y voy a decirte algo, esa muchacha ama a tu hermano con verdadera intensidad, como nunca había visto a una mujer amar a un hombre y él la ama a ella. Un amor semejante no puede ser maligno. Tan sólo a causa de ese amor, sería capaz de seguirles hasta la guarida de un dragón.

El herrero comenzó a caminar tras ellos.

—¡Tan sólo a causa de mis pies helados, les seguiría hasta la guarida de un dragón, si supiera que allí conseguiría calentarme! —Flint pateó el suelo—. Vamos, pongámonos en marcha y agarrando a Tas, lo arrastró tras el herrero.

Laurana se quedó en pie, sola. Desde luego, no había duda de que iba a seguirles. No tenía elección. Quería confiar en las palabras de Theros. Hace un tiempo hubiera creído que el mundo se desarrollaba de aquella forma. Pero ahora sabía que muchas cosas en las que había depositado su fe anteriormente eran falsas. ¿Por qué no amar?

Los compañeros viajaban hacia el este en la suave penumbra del atardecer. Al descender por el desfiladero de las altas montañas, la atmósfera se hizo más fácil de respirar. Las rocas heladas dieron paso a desgreñados pinos, y más adelante los bosques les envolvieron de nuevo. Finalmente, Silvara les guió con decisión hacia un brumoso valle.

A la Elfa Salvaje ya no parecía importarle disimular las huellas. Ahora todo lo que le preocupaba era la velocidad. Les hacía avanzar como si tuvieran que ganar al sol en una carrera por el cielo. Cuando cayó la noche, se tumbaron junto a la oscuridad de los árboles, demasiado fatigados hasta para comer, aunque consumieron algunas provisiones. Silvara les permitió tenderse tan pocas horas que ninguno pudieron ni descansar. Cuando Solinari y Lunitari ascendieron en el cielo, ahora casi llenas, insistió en que debían volver a ponerse en marcha.

Si alguien le preguntaba cansinamente, por qué iban tan deprisa, ella sólo respondía:

—Están cerca. Están muy cerca. Todos suponían que se refería a los elfos, aunque Laurana hacía ya tiempo que no tenía la sensación de ser perseguida por aquellas oscuras siluetas.

Finalmente amaneció, pero la luz estaba tamizada por una niebla tan densa, que Tasslehoff creyó que podría agarrar un puñado y guardarla en una de sus pequeñas bolsas. Los compañeros caminaban muy juntos, tomándose de las manos en algunos tramos para evitar perderse. La atmósfera se hizo más cálida. Se quitaron sus húmedas y pesadas capas mientras avanzaban por un sendero que parecía materializarse bajo sus pies, salido de la niebla. Silvara caminaba ante ellos. La pálida luz que iluminaba su cabello plateado les servía de guía.

Finalmente el suelo volvió a ser llano, dejó de haber tantos árboles, y caminaron sobre una mullida hierba, ahora oscurecida por el invierno. Aunque ninguno de ellos podía ver más que a unos pocos pies de distancia, tuvieron la impresión de que se hallaban en un extenso claro.

—Este es el Valle de Foghaven —respondió Silvara como contestación a sus preguntas—. Hace muchos años, antes del Cataclismo, era uno de los lugares más bellos de Krynn... por lo menos eso es lo que dice mi gente.

—Puede que siga siendo muy bello —refunfuñó Flint—, pero no hay manera de distinguir nada.

—No —dijo Silvara con tristeza—. Como muchas otras cosas en este mundo, la belleza de Foghaven se ha evaporado. Hubo una época en que el fuerte de Foghaven flotaba sobre la bruma como si estuviera sobre una nube. El sol teñía la niebla de rosa al amanecer, y la disipaba completamente al mediodía, de forma que los elevados chapiteles del fuerte podían divisarse a muchas millas de distancia. Al atardecer, la niebla volvía a envolver el fuerte como una capa. Por la noche, Lunitari y Solinari

brillaban sobre la niebla con su reluciente luz. Venían peregrinos de todas partes de Krynn... —Silvara se interrumpió bruscamente—, acamparemos aquí esta noche.

—¿Qué peregrinos? —preguntó Laurana, dejando caer su bolsa.

Silvara se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo desviando la mirada—. Es sólo una leyenda de mi gente. Tal vez no sea ni siquiera cierta. Desde luego ahora ya no viene nadie.

Está mintiendo —pensó Laurana, pero no dijo nada. Estaba demasiado cansada para preocuparse. No obstante, el tono de voz bajo y suave de Silvara le había sonado alto y discordante en la misteriosa quietud de la noche. Los compañeros extendieron sus mantas en silencio. Y también comieron en silencio, mordisqueando los frutos secos que llevaban sin ningún apetito. Hasta el kender estaba rendido. El ambiente era opresivo, abrumador.

—Ahora dormid —dijo Silvara suavemente, tendiéndose junto a Gilthanas—ya que cuando la luna plateada se acerque a su cenit, deberemos marcharnos.

—¡Pero si no podremos ni verla! —exclamó el kender bostezando.

—De todas formas deberemos partir. Yo os despertaré.

—Cuando regresemos de Sancrist, después del Consejo de la Piedra Blanca, podremos casarnos —le dijo Gilthanas en voz baja a Silvara mientras yacían juntos, envueltos en su manta.

La muchacha se movió en sus brazos. Gilthanas sintió como el suave cabello de Silvara rozaba su mejilla. Pero ella no respondió.

—No te preocupes por mi padre —dijo Gilthanas, sonriendo y acariciando la bella cabellera de Silvara, que relucía incluso en la oscuridad—. Durante un tiempo estará serio y ceñudo, pero soy su hijo pequeño, a nadie le importará lo que me suceda. Porthios se enfurecerá y gritará, pero seguirá con sus asuntos. No le haremos caso. No tenemos que vivir con mi gente. No estoy muy seguro de llegar a acostumbrarme a vivir con los tuyos, pero podría intentarlo. Soy un buen arquero y me gustaría que nuestros hijos crecieran en la espesura, libres y felices... ¿qué...? ¡Silvara, estás llorando!

Gilthanas la estrechó entre sus brazos y ella apoyó la cabeza en su hombro, sollozando amargamente.

—Tranquilízate, pequeña —le susurró apaciguándola, sonriendo en la oscuridad. Las mujeres eran unas criaturas tan extrañas. Gilthanas se preguntó qué habría dicho—. Cálmate, Silvara —murmuró—. Todo irá bien —y se quedó dormido, soñando con criaturas de cabello plateado correteando por los verdes bosques.

—Ya es la hora. Debemos irnos.

Laurana sintió que una mano le tocaba el hombro, sacudiéndola. Sobresaltada, despertó de un borroso y atemorizante sueño que no consiguió recordar, para encontrar a la Elfa Salvaje inclinada sobre ella.

—Despertaré a los demás —dijo Silvara, desapareciendo.

Sintiéndose tal vez más cansada que si no hubiera dormido, Laurana recogió sus cosas casi automáticamente, y se quedó en pie esperando. Cerca de ella oyó gruñir al enano. Aquella atmósfera húmeda estaba haciendo que las articulaciones de Flint se resintieran. El viaje estaba resultando muy duro para él, reflexionó Laurana. Después de todo tenía... ¿Cuántos años? ¿Casi ciento cincuenta? Era una edad respetable para un enano. Su rostro había perdido parte de sus colores a causa de la enfermedad sufrida durante la travesía. Sus labios, que apenas eran visibles bajo la barba, tenían un tinte azulado, y de vez en cuando el enano se llevaba una mano al pecho. Pero siempre insistía tozudamente en que estaba bien, y seguía el ritmo del resto.

—¡Todo dispuesto! —gritó Tas. Su aguda vocecilla resonó extrañamente en la niebla, y el kender tuvo la sensación de que había interrumpido algo—. ¡Caramba! —le susurró a Flint—, es como estar en un templo.

—¡Oh, cállate y comienza a moverte! —exclamó el enano. De pronto llameó una antorcha.

Los compañeros se sobresaltaron ante la repentina y cegadora luz que sostenía Silvara.

—Debemos tener luz —dijo ella antes de que alguno protestara—. No temáis. El valle en el que nos encontramos está sellado. Tiempo atrás había dos entradas: una llevaba a las tierras de los humanos, donde los caballeros tenían su puesto de avanzada, la otra llevaba hacia el este. Ambos pasos quedaron cerrados durante el Cataclismo. No tenemos por qué tener miedo. Os he guiado por un camino que sólo yo conozco.

—Tú y tu gente —le recordó Laurana secamente.

—Sí... mi gente... —dijo Silvara, y a Laurana le sorprendió ver palidecer la muchacha.

—¿Adónde nos llevas? —insistió Laurana.

—Ya lo verás. Llegaremos allí en una hora.

Los compañeros se miraron unos a otros, y luego todos ellos miraron a Laurana. ¡Malditos sean! —pensó Laurana.

—¡No me miréis en busca de respuestas! —les gritó enojada—. ¿Qué queréis hacer? ¿Quedarnos aquí, perdidos en medio de esta bruma...?

—¡No voy a traicionaros! —murmuró Silvara con desaliento—. Por favor, confiad en mí sólo un poco más.

—Adelante —dijo Laurana fatigada—. Te seguimos.

La niebla parecía cada vez más densa, hasta que lo único que mantuvo a raya la oscuridad fue la luz de la antorcha de Silvara.

Ninguno tenía ni idea de la dirección en la que estaban viajando. El paisaje no varió, caminaban sobre hierba crecida y no había árboles. A veces aparecía algún gran pedrusco en medio de la oscuridad, pero eso era todo. No había rastro de pájaros ni animales nocturnos. Todos tenían una sensación de urgencia que iba acrecentándose a medida que avanzaban, por lo que apresuraron el paso, manteniéndose siempre bajo la luz de la antorcha.

De pronto, sin aviso previo, Silvara se detuvo.

—Hemos llegado —dijo alzando la antorcha en alto. Todos pudieron entrever a poca distancia una forma entre las sombras. Al principio se materializaba tan fantasmagóricamente entre la niebla, que los compañeros no pudieron reconocerla. Silvara se acercó más y la siguieron, curiosos y temerosos. Entonces el silencio nocturno se vio interrumpido por un borboteo, como de agua hirviendo en una gigantesca tetera. La atmósfera era húmeda y pegajosa.

—¡Aguas termales! —dijo Theros comprendiendo súbitamente—. Por supuesto, eso explica la constante niebla. Y esa oscura forma...

—Es el puente que las atraviesa —respondió Silvara, alzando la antorcha sobre un reluciente puente de piedra que cruzaba la corriente de agua hirviendo, la cual inundaba la noche de una vaporosa bruma.

—¡Tenemos que cruzar eso! —exclamó Flint, contemplando las oscuras y ardientes aguas horrorizado—. Tenemos que cruzar...

—Se llama el Puente de la Travesía —dijo Silvara.

La única respuesta del enano fue un ahogado suspiro. El Puente de la Travesía era un arco largo y liso de puro mármol blanco. A ambos lados —talladas en vívido relieve— esbeltas columnas de caballeros atravesaban simbólicamente la corriente de agua. Era tan elevado, que la ondulante niebla les impedía ver la parte superior. Y era antiguo, tan antiguo, que Flint, tras tocar con sus manos la gastada piedra, no pudo reconocer el trabajo. No estaba hecho por enanos, ni por elfos, ni por humanos. ¿Quién habría construido algo tan maravilloso? En ese momento se dieron cuenta de que no tenía pasamanos, no había nada, sólo el simple arco de mármol, lustroso y reluciente.

—No podemos cruzarlo —dijo Laurana con voz temblorosa—y ahora estamos atrapados... :

—Podemos cruzarlo —dijo Silvara—. Ya que hemos sido convocados.

—¿Convocados? —repitió Laurana exasperada—. ¿Por quién? ¿Dónde?

—Esperad —ordenó Silvara.

Esperaron. No podían hacer otra cosa. Todos miraron a su alrededor bajo la luz de la antorcha, pero lo único que podían ver era la niebla que ascendía de la corriente, y lo único que oían era aquel curioso sonido de las aguas en ebullición.

—Es la hora de Solinari —dijo Silvara de repente y, ondeando el brazo, arrojó la antorcha al agua.

La oscuridad les envolvió. Sin darse cuenta, se acercaron más los unos a los otros. Silvara parecía haber desaparecido con la luz. Gilthanas la llamó, pero ella no respondió.

De pronto la bruma tomó el tono de la plata reluciente. De nuevo podían ver, y vislumbraron a Silvara, una oscura y sombría silueta que se recortaba contra la niebla plateada. Estaba donde comenzaba el puente, con la mirada alzada hacia el cielo. Lentamente elevó los brazos y lentamente también la niebla se dispersó en largos y gráciles dedos para revelar a Solinari, llena y fúlgida en el estrellado cielo.

Silvara pronunció unas extrañas palabras y los rayos de la luna cayeron sobre ella, bañándola en su luz. Solinari brilló sobre las aguas, haciéndolas cobrar vida, haciéndolas bailar en plata. Relució sobre el puente de mármol, confiriendo vida a los caballeros que cruzaban eternamente la corriente. Pero esas maravillosas imágenes no fueron las que motivaron que los compañeros se agarraran los unos a los otros con manos temblorosas. La luz de la luna sobre las aguas no fue la causa de que Flint repitiera el nombre de Reorx en la oración más ferviente que hubiera pronunciado jamás, ni a que hizo que Laurana reclinara la cabeza sobre el hombro de su hermano, con los ojos empañados de lágrimas, ni lo que motivó que Gilthanas estrechara a su hermana con firmeza, inundado por un sentimiento de temor, sobrecogimiento y respeto. Elevándose sobre ellos, tan alto que su cabeza podría haber arrancado una luna del cielo, aparecía la figura de un dragón tallado en la ladera de una montaña, reluciendo plateado bajo la luz de Solinari.

—¿Dónde estamos? —susurró Laurana—. ¿Qué lugar es éste?

—Cuando cruces el Puente de la Travesía, te hallarás ante el Monumento del Dragón Plateado —respondió Silvara en voz baja—. Protege la tumba de Huma, Caballero de Solamnia.

Capítulo 8

La tumba de Huma

Bajo la luz de Solinari, el Puente de la Travesía —que cruzaba las termas del Valle de Foghaven—, relucía como un hilo de brillantes perlas ensartadas en una cadena de plata.

—No temáis —repitió Silvara de nuevo—. Sólo les es difícil atravesarlo a aquellos que desean entrar en la tumba con intenciones malignas.

Pero los compañeros seguían sin estar muy convencidos. Subieron los escalones que llevaban al inicio del puente temerosamente. Y una vez allí, vacilantes, pisaron el arco de mármol que se alzaba ante ellos, reluciendo por la humedad del vapor de las termas. Silvara pasó la primera, caminando con ligereza y facilidad. Los demás la siguieron con cautela, avanzando por el centro.

Al otro lado del puente se alzaba el Monumento del Dragón. A pesar de saber que debían vigilar cuidadosamente dónde pisaban, la mirada parecía desviárseles constantemente hacia el monumento. Se vieron obligados a detenerse varias veces y le contemplaron sobrecogidos, mientras bajo sus pies las aguas ardían y se evaporaban.

—¡Estoy seguro de que ese agua está tan caliente que podría cocinarse un pedazo de carne en ella! —dijo Tasslehoff.

Tendiéndose sobre su estómago, se asomó por el borde de la parte más alta del arqueado puente.

—Yo es-estoy se-seguro de que po-podría co-cocinarte a t¡ —farfulló el aterrorizado enano, arrastrándose sobre manos y rodillas.

—¡Mira, Flint! Mira. Llevo este pedazo de carne en una de mis bolsas. Conseguiré una cuerda y la bajaremos hasta el agua...

—¡Sigue avanzando! —rugió Flint.

Tas suspiró y guardó la bolsa.

—Desde luego no eres nada divertido. No se te puede llevar a ningún lado.

Pero para el resto de los compañeros fue un momento terrorífico, y todos ellos suspiraron aliviados cuando hubieron descendido las escaleras del extremo opuesto del puente de mármol. Mientras lo atravesaban, ninguno de ellos se había dirigido a Silvara, pues sus mentes se hallaban demasiado ocupadas en conseguir cruzar el Puente de la Travesía sin percances. Pero cuando llegaron al otro lado, Laurana fue la primera en hacer preguntas.

—¿Por qué nos has traído aquí?

—¿Aún no confiáis en mí? —preguntó Silvara apesadumbrada.

Laurana titubeó. Su mirada se desvió una vez más hacia el inmenso dragón de piedra, cuya cabeza estaba coronada de estrellas. La boca permanecía abierta en un silencioso grito y los ojos miraban con fiereza. Las alas habían sido talladas de las laderas de la montaña. Una garra se extendía hacia delante, tan inmensa como los troncos de cien árboles vallenwood.

—¡Enviaste el Orbe lejos de aquí, y luego nos trajiste a un monumento dedicado a un dragón! —dijo Laurana un segundo después con voz temblorosa—. ¿Qué debo pensar? Nos traes a este lugar, al que llamas la tumba de Huma. Ni siquiera sabemos si Huma vivió o si fue un personaje legendario. ¿Qué puede probar que éste sea el lugar donde descansan sus restos? ¿Está su cadáver en el interior?

—N-no —farfulló Silvara—. Su cuerpo desapareció, igual que...

—¿Igual que... qué?

—Igual que la lanza que llevaba, la Dragonlance utilizada para destruir al Dragón de Todos los Colores y Ninguno —Silvara suspiró y bajó la cabeza—. Entrad —les rogó—, y descansad esta noche. Por la mañana todo se aclarará, os lo prometo.

—No creo que... —comenzó a decir Laurana.

—¡Vamos a entrar! —exclamó Gilthanas con firmeza—. ¡Te estás comportando como una niña mimada, Laurana! ¿Por qué querría Silvara que corriéramos peligro? ¡Seguramente, si un dragón habitase este lugar, todo Ergoth lo sabría! Podría habernos destruido hace mucho tiempo. No percibo nada maligno en este lugar, sólo una gran sensación de paz. ¡Y es un lugar perfecto para ocultarse! Dentro de poco los elfos se enterarán de que el Orbe ha llegado a salvo a Sancrist. Dejarán de buscarnos y podremos irnos. ¿No es verdad, Silvara? ¿No es ésta la razón por la que nos trajiste aquí?

—Sí —dijo Silvara en voz baja—. Es-ése era mi plan. Ahora venid, venid, rápido, mientras aún brille Solinari. Pues si no, no podremos entrar.

Gilthanas, cogiendo a Silvara de la mano, caminó hacia la reluciente niebla plateada. Tas se deslizó delante de ellos. Flint y Theros los siguieron más lentamente y Laurana aún más despacio. Los temores de la elfa no habían desaparecido tras la locuaz explicación de Gilthanas, ni tras el renuente asentimiento de Silvara. Pero no había otro lugar al que poder ir y —como admitió para sí—, sentía una gran curiosidad.

La hierba del otro lado del puente era suave y llana, pero al acercarse al cuerpo de dragón labrado en la escarpada montaña, el terreno comenzó a ascender. De pronto la voz de Tas, que se había adelantado considerablemente al grupo, llegó flotando entre la niebla.

—¡Raistlin! —le oyeron gritar con voz ahogada—. ¡Se ha convertido en un gigante!

—Ese kender se ha vuelto loco —dijo Flint con lóbrega satisfacción—. Siempre lo supe...

Los compañeros corrieron hacia adelante y encontraron a Tas dando saltos y señalando. Se detuvieron junto a él, intentando recuperar el aliento.

—¡Por las barbas de Reorx! —exclamó Flint sobrecogido—. ¡Es Raistlin! En medio de la ondeante niebla, aparecía una estatua de piedra de nueve pies de altura, que representaba con exacta similitud al joven mago. Fiel a los más mínimos detalles, reflejaba incluso su expresión amarga y cínica así como sus ojos de pupilas de relojes de arena.

—¡Y allí está Caramon! —gritó Tas.

A pocos pies de distancia había otra estatua, representando la imagen del hermano gemelo de Raistlin.

—Y Tanis... —susurró Laurana impresionada—. ¿Qué magia maligna es ésta?

—No es maligna —dijo Silvara—, a menos que traigáis el mal a este lugar. En ese caso veréis los rostros de vuestros peores enemigos. El horror y el temor que os causarán no os permitirán avanzar. Pero sólo estáis viendo a vuestros amigos, por lo que podéis pasar con tranquilidad.

—La verdad es que no sé si contaría a Raistlin entre mis amigos —murmuró Flint.

—Ni yo —dijo Laurana. Temblando, pasó titubeante ante la fría imagen del mago. La túnica de obsidiana del joven hechicero relucía negra a la luz de la luna. Laurana recordó con viveza la pesadilla de Silvanesti, y se estremeció al avanzar hacia el círculo de estatuas de piedra. Cada una de ellas tenía un curioso parecido con sus amigos, casi atemorizante. En medio de ese silencioso círculo había un pequeño templo.

El simple edificio rectangular se alzaba sobre una base octogonal de relucientes escalones. También estaba construido en obsidiana, y su negra estructura centelleaba, siempre húmeda debido a la perpetua bruma. Parecía como si cada trazo hubiera sido labrado pocos días antes, ya que ningún signo de desgaste desfiguraba las claras y limpias líneas de la entalladura. También aquí había labradas esculturas de caballeros, cada uno de los cuales llevaba una Dragonlance, y atacaba a un inmenso monstruo. Los dragones chillaban silenciosamente en una muerte detenida, atravesados por las largas lanzas.

—Depositaron el cuerpo de Huma en el interior de este templo —dijo Silvara en voz baja guiándoles escaleras arriba.

Unas frías puertas de bronce se abrieron sobre silenciosos goznes al tocarlas Silvara. Los compañeros se detuvieron titubeantes en las escaleras que rodeaban el templo cuajado de columnas. Pero como Gilthanas había dicho, aquel lugar no infundía ninguna sensación maligna. Laurana recordó la tumba de la Guardia Real en el Sla-Mori, y el terror generado por los espíritus guerreros que debían vigilar eternamente al rey muerto Kith-Kanan. No obstante, en este templo sólo se respiraba pena y tristeza,

disminuidas por el conocimiento de una gran victoria —una batalla ganada a un terrible coste, pero que traía con ella la paz eterna y un dulce descanso. Laurana sintió que su carga se aliviaba, y que su corazón se hacía más ligero. Aquí su propia tristeza parecía decrecer; era como si le recordaran sus propios triunfos y victorias. Uno por uno, todos los compañeros entraron en la tumba. Las puertas de bronce se cerraron tras ellos, sumiéndoles en una total oscuridad. De pronto llameó una luz. Silvara sostenía una antorcha en sus manos, que aparentemente había tomado de la pared. Laurana se preguntó por un instante cómo se las había arreglado para prenderla. Pero aquella pregunta trivial voló de su mente cuando, sobrecogida, comenzó a examinar el lugar.

En el centro de la estancia había un féretro tallado en obsidiana, sostenido por cinceladas figuras de caballeros, pero el cuerpo que se suponía debía descansar en el ataúd, no estaba. Un antiguo escudo yacía a los pies, junto a una espada muy parecida a la de Sturm. Los compañeros contemplaron dichos objetos en silencio. Hablar les hubiera parecido profanar la triste serenidad del lugar, y nadie los tocó, ni siquiera Tasslehoff.

—Desearía que Sturm pudiera estar aquí —murmuró Laurana mirando a su alrededor con lágrimas en los ojos—. Este debe ser el lugar de reposo de Huma... pero... —la elfa no podía explicar la sensación de inquietud que la invadía. No era temor, se parecía a lo que había sentido al entrar en el valle, una sensación de apremio.

Silvara prendió más antorchas de la pared y los compañeros caminaron más allá del féretro, observando la tumba con curiosidad. No era muy grande. El ataúd estaba en el centro y, alineados en las paredes, había bancos de piedra, presumiblemente para que los asistentes al duelo pudieran descansar mientras presentaban sus respetos. Al fondo había un pequeño altar de piedra. Labrados en su superficie, se apreciaban los símbolos de las Órdenes de los Caballeros: la corona, la rosa y el martín pescador. Sobre el altar había pétalos de rosa secos y hierbas, y, pese a los cientos de años transcurridos, su fragancia aún flotaba dulcemente en la atmósfera. Bajo el altar, sobre el suelo de piedra, había una gran placa de hierro. Mientras Laurana la contemplaba con curiosidad, Theros se acercó a ella.

—¿Qué supones que debe ser? —preguntó la elfa—. ¿Un pozo?

—Veamos —murmuró el herrero.

Inclinándose, levantó con su inmensa mano de plata la anilla que había en el centro de la placa y tiró de ella. Al principio no ocurrió nada. Theros agarró la anilla con las dos manos y volvió a estirar con todas sus fuerzas. La placa de hierro chirrió y se deslizó sobre el suelo con un estridente sonido que les hizo rechinar los dientes.

—¿Qué habéis hecho? —Silvara, que se encontraba junto al féretro contemplándolo con tristeza, se volvió hacia ellos.

Theros se enderezó, asombrado por el agudo tono de voz de la elfa. Laurana se apartó rápidamente del agujero abierto en el suelo. Ambos se quedaron mirando a Silvara.

—¡No os acerquéis ahí! —les previno Silvara temblorosa—. ¡Apartaos! ¡Es peligroso!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Laurana con calma, recuperando la sangre fría—. Nadie ha estado aquí desde hace cientos de años. ¿No es así?

—¡Sí! —dijo Silvara mordiéndose el labio—. Lo-lo sé... por las leyendas de mi gente... Ignorando a la muchacha, Laurana se acercó al borde del agujero y asomó la cabeza. Estaba oscuro. Pese a que lo iluminaron con una antorcha que Flint trajo de la pared, no se podía ver nada. Un débil olor a rancio ascendía por el agujero, pero eso era todo.

—No creo que sea un pozo —dijo Tas, asomándose para ver.

—¡Aléjate de él! ¡Por favor! —rogó Silvara.

—¡Tiene razón, ladronzuelo! —Theros agarró a Tas y lo apartó del agujero—. Si cayeras ahí, puede que descendieras hasta el otro lado del mundo.

—¿De verdad? —preguntó Tasslehoff conteniendo el aliento—. ¿Realmente caería hasta el otro lado, Theros? ¿Me pregunto qué tal resultaría? ¿Habrá gente? ¿Cómo nosotros?

—¡Espero que no fueran como los kenders! —refunfuñó Flint—. Si así fuese estarían muertos de idiotez. Además, todos los hombres saben que el mundo descansa sobre el Yunque de Reorx. Aquellos que caen al otro lado quedan atrapados entre los golpes de su martillo y el mundo que sigue forjando. El enano contempló cómo Theros intentaba inútilmente volver a colocar la placa. Tasslehoff seguía observando con curiosidad. Theros se vio obligado a renunciar, pero miró fijamente al kender hasta que éste lanzó un suspiro y se alejó del lugar, acercándose al féretro de piedra para contemplar con ojos anhelantes la espada y el escudo.

Flint tiró de la túnica de Laurana.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella con aire ausente.

—Sé cómo se trabaja la piedra, y hay algo extraño en todo esto —dijo haciendo una pausa para ver si Laurana se reía de él. Pero la elfa lo escuchaba con atención—. La tumba y las estatuas que hemos visto afuera están trabajadas por humanos. Son antiguas...

—¿Lo suficientemente antiguas para que se trate de la tumba de Huma?

—Cada pedazo de ellas —el enano asintió enfáticamente—. Pero esa inmensa bestia de ahí afuera —hizo un gesto señalando el monumental dragón de piedra—, no ha sido construido por manos de humano, ni de elfo ni de enano.

Laurana parpadeó sin comprender. —y todavía es más antiguo —dijo el enano con voz cada vez más ronca—. Tan antiguo, que convierte esto —Flint señaló la tumba— en algo moderno.

Laurana comenzó a comprender. Flint, al ver que los ojos de la elfa se abrían de par en par, asintió lenta y solemnemente.

—Ningún ser que camine sobre dos piernas ha labrado con sus manos la ladera de esa montaña —declaró Flint.

—Debe haber sido una criatura con una impresionante fuerza... —murmuró Laurana—. Una criatura inmensa...

—Con alas...

—Con alas...

De pronto Laurana interrumpió su frase, la sangre se le heló en las venas al oír entonar unas palabras, palabras que identificó con el extraño y enmarañado lenguaje de la magia.

—¡No! —volviéndose, alzó la mano instintivamente para protegerse del encantamiento, aunque al hacerlo se dio cuenta de que era inútil.

Silvara estaba en pie junto al altar, desmenuzando pétalos de rosa con las manos y hablando con suavidad.

Laurana luchó contra la hechizada somnolencia que la invadía. Cayó de rodillas, maldiciéndose a sí misma por su estupidez y se sostuvo como pudo en uno de los bancos de piedra. Pero no le sirvió de nada. Alzando los párpados con esfuerzo vio a Theros desplomarse y a Gilthanas derrumbarse en el suelo. A su lado, el enano comenzó a roncar antes, incluso, de que su cabeza cayera pesadamente sobre un banco.

Laurana oyó un estruendo, el ruido de un escudo estrellándose contra el suelo. Un segundo después una fragancia de rosas inundó la atmósfera.

Capítulo 9

El asombroso descubrimiento del kender

Tasslehoff oyó hablar a Silvara. Al reconocer las palabras de la magia, el kender reaccionó instintivamente agarrando el escudo que había sobre el féretro y tirando de él. El pesado escudo cayó encima de él golpeando el suelo con un estruendoso ruido. El escudo cubrió a Tas por completo.

Se quedó inmóvil hasta que oyó a Silvara finalizar su cántico. Después esperó unos instantes para ver si iba a convertirse en un sapo, a arder en llamas, o algo parecido. No ocurrió nada, lo cual en cierta manera le decepcionó. Ni siquiera pudo oír a Silvara. Finalmente, aburrido de estar tumbado en la oscuridad sobre el frío suelo de piedra, Tas salió de debajo del escudo tan silenciosamente como el caer de una pluma.

¡Todos sus amigos estaban dormidos! O sea que ése era el encantamiento que había formulado Silvara. Pero ¿dónde estaba la Elfa Salvaje? ¿Habría ido a algún lugar en busca de un terrible monstruo que les devorara?

Cautelosamente, Tas se enderezó y asomó la cabeza por encima del féretro. Ante su sorpresa vio a Silvara acurrucada sobre el suelo, cerca de la entrada de la tumba. Mientras Tas la miraba, la elfa se movía agitada, emitiendo pequeños gemidos.

—¿Cómo puedo soportar esto? —Tas la oyó murmurar para sí—. Los he traído aquí. ¿No es eso suficiente? ¡No! —Silvara sacudía la cabeza afligida—. No, he enviado el Orbe lejos de aquí. Ellos no saben cómo utilizarlo. Debo romper la promesa. Es como tú dices, hermana... la decisión es mía. ¡Pero es dura! Le amo...

Sollozando, murmurando para sí como una posesa, Silvara hundió la cabeza entre las rodillas. El kender, tierno de corazón, nunca había visto a alguien tan afligido, y deseó reconfortarla. Pero, también era consciente de que lo que la elfa decía no sonaba demasiado esperanzador: «La decisión es dura, romper la promesa...»

No, será mejor que intente salir de aquí antes de que se dé cuenta de que su hechizo no me ha hecho efecto —pensó Tas.

Pero Silvara se hallaba justo en la entrada de la tumba. Podía intentar deslizarse junto a ella... Tas sacudió la cabeza. Demasiado arriesgado.

¡El agujero! A Tas se le iluminaron los ojos. De todas formas había querido examinarlo más detenidamente. Confió en que la placa estuviera todavía descubierta. El kender rodeó el féretro de puntillas y se dirigió al altar. Ahí estaba el agujero, aún abierto. Theros yacía junto a él, profundamente dormido, con la cabeza apoyada sobre su brazo de plata. Mirando atrás hacia Silvara, Tas se deslizó silenciosamente hasta el borde.

No había duda de que sería un lugar más adecuado para ocultarse que donde ahora se encontraba. No había peldaños, pero pudo ver asideros en la pared. Un kender hábil — como él— no debería tener problemas para descender por allí. Tal vez llevara al exterior. De pronto Tas oyó un ruido tras él. Era Silvara suspirando y agitándose...

Sin volverlo a pensar, Tas se metió silenciosamente en el agujero y comenzó a descender. Las paredes estaban resbaladizas por el moho y la humedad y los asideros estaban bastante distanciados unos de otros. «Construido para humanos. ¡Nadie tenía en consideración a la gente pequeña!», pensó irritado.

Estaba tan preocupado que no vio las piedras preciosas hasta casi estar encima de ellas.

—¡Por las barbas de Reorx! —exclamó, sintiéndose orgulloso de ese juramento, que había aprendido de Flint.

Había seis maravillosas joyas —cada una de ellas tan grande como su mano— espaciadas entre sí y formando un anillo alrededor de las paredes del pozo. Estaban cubiertas de moho pero, sólo con mirarlas, Tas pudo apreciar lo valiosas que eran.

—¿Por qué razón pondría alguien unas joyas tan maravillosas en este agujero? — preguntó en voz alta—. Seguro que fue un ladrón. Si consigo sacarlas de aquí, se las devolveré al verdadero propietario —dijo alargando una mano hacia una de las piedras preciosas. Una tremenda corriente de viento inundó el conducto, arrancando al kender de la pared tan fácilmente como un temporal de invierno arranca las hojas de los árboles. Mientras caía, Tas miró hacia arriba, observando cómo la luz del extremo superior del pozo se hacía cada vez más pequeña. Se preguntó cuán grande sería el Martillo de Reorx y, un segundo después, dejó de caer.

Por un momento el viento le hizo dar vueltas sobre sí mismo. Luego cambió de dirección, haciéndole ir de un lado a otro. «Después de todo no voy a ir al otro extremo del mundo», pensó el kender con tristeza. Suspirando, flotó a lo largo de otro túnel. ¡Y, de pronto, sintió que estaba comenzando a subir! ¡Un potente viento le estaba haciendo ascender por el pozo! Era una sensación muy extraña, bastante estimulante. Instintivamente extendió los brazos para ver si podía tocar las paredes de donde quiera que estuviera. Al hacerlo, se dio cuenta de que ascendía a mayor velocidad, impulsado hacia arriba por rápidas corrientes de aire. Tal vez estoy muerto. Estoy muerto y por eso soy más ligero que el aire —pensó Tas.

Bajando los brazos, palpó desesperadamente todas sus bolsas. No estaba seguro —el kender tenía ideas muy inciertas del más allá— pero tenía la sensación de que no le dejarían llevar sus cosas con él. No, todo estaba en su sitio. Respiró aliviado, pero un segundo después se atragantó al descubrir que estaba descendiendo, empezaba a caer de nuevo.

¿Qué ocur...? —pensó preocupado, pero enseguida se dio cuenta de que había bajado ambos brazos, manteniéndolos pegados al cuerpo. Rápidamente volvió a subirlos y, por supuesto, volvió a ascender de nuevo. Convencido de que no estaba muerto, se dispuso a disfrutar del vuelo.

Aleteando con las manos, el kender miró hacia arriba para ver hacia dónde se dirigía.

Divisó una luz en la lejanía que cada vez se hacía más brillante. Vio que se encontraba en un pozo, pero era mucho más largo que por el que había descendido antes.

—¡Espera a que Flint se entere de esto! —se dijo alegremente. Entonces vislumbró seis joyas como las que había visto anteriormente. El viento comenzó a amainar.

Justo cuando acababa de decidir que, realmente, disfrutaría si pudiera vivir volando, Tas llegó al final del pozo. Las corrientes de aire lo mantuvieron junto al suelo de piedra de

una estancia iluminada por antorchas. Tas aguardó unos segundos, para ver si volvía a despegar de nuevo, e incluso movió arriba y abajo los brazos para ayudar, pero no sucedió nada. Aparentemente su vuelo había terminado.

Ya que estoy aquí arriba, podría aprovechar para echar un vistazo —pensó el kender lanzando un suspiro. Saltando fuera de las corrientes de aire, aterrizó ligeramente sobre el suelo de piedra y comenzó a mirar a su alrededor.

De las paredes pendían varias antorchas que iluminaban la estancia con una radiante luz blanquecina. La habitación era mucho más grande que la de la tumba y Tas vio junto a él una gran escalera curvada. Las grandes losas de los peldaños —así como toda la piedra que había en la estancia eran de un blanco puro, muy diferentes de las negras piedras de la tumba. La escalera torcía hacia la derecha, ascendiendo hacia lo que parecía ser otro nivel de la misma estancia. Vio una especie de barandilla que protegía las escaleras aparentemente había algún tipo de galería allá arriba. Casi partiéndose el cuello para intentar ver algo, Tas descubrió unos remolinos y manchas de brillantes colores reluciendo bajo la antorcha de la pared opuesta.

¿Quién ha prendido las antorchas? ¿Qué es este lugar? ¿Parte de la tumba de Huma? ¿O habré llegado volando a la Montaña del Dragón? ¿Quién vive aquí? ¡Esas antorchas no se encendieron ellas mismas! —Tas se iba preguntando y contestando a sí mismo.

Al pensar esto último —para sentirse más seguro— Tas rebuscó en el interior de su túnica y sacó su pequeño cuchillo. Sosteniéndolo en la mano, ascendió por la gran escalera y llegó a la galería. Era una habitación inmensa, aunque bajo la titilante luz de las antorchas no se pudiera ver mucho. Unos gigantescos pilares sostenían la masa del techo. Otra gran escalera ascendía desde el nivel en el que se encontraba hasta uno superior. Tas se volvió, apoyándose contra la barandilla para echar un vistazo a las paredes.

—¡Por las barbas de Reorx! ¿Qué es eso?

Eso era un cuadro. Una pintura al fresco, para ser más: precisos. Comenzaba exactamente enfrente de donde Tas se encontraba, al pie de las escaleras, y se extendía por toda la galería. El kender no estaba muy interesado en los trabajos artísticos, pero no recordaba haber visto nunca algo tan bello. ¿O sí? Había algo que le resultaba familiar. Sí, cuanto, más lo miraba, más convencido estaba de haberlo visto antes.

Tas examinó la pintura mural, intentando recordar. En la pared que tenía enfrente se representaba una imagen de una horrible escena de dragones, de todos los colores y formas, descendiendo sobre la tierra. Había ciudades ardiendo como en Tarsis, edificios derrumbándose, gente huyendo. Era una imagen terrible, Y el kender pasó ante ella rápidamente.

Continuó avanzando por la galería. Cuando llegó a la parte central del mural, se detuvo, dando un respingo.

—¡La Montaña del Dragón! ¡Ahí está, en la pared! —susurró para sí, asombrándose al escuchar el eco de su susurro. Mirando a su alrededor rápidamente, corrió hacia el otro lado de la galería. Inclínándose sobre la barandilla observó atentamente las pinturas. Sí,

no había duda, era la Montaña del Dragón, donde ahora se encontraba. Sólo que era como si una gigantesca espada hubiera cortado verticalmente por la mitad la imagen que el mural mostraba de la montaña.

—¡Qué maravilla! ¡Ah, claro! ¡Es un mapa! ¡Y aquí es donde estoy ahora! ¡He ascendido por el interior de la montaña! —miró a su alrededor comprendiendo súbitamente—. Estoy en la garganta del dragón, por eso esta habitación tiene esta forma tan extraña —se volvió de nuevo hacia el mapa—. Ahí está esa pintura de la pared y la galería en la que me encuentro. Y los pilares... Sí, la escalera... ¡Lleva a la cabeza del dragón! y ahí está también el conducto por el que ascendí. Una especie de cámara de viento. ¿Quién construyó esto... y por qué?

Tasslehoff prosiguió investigando confiando en encontrar una pista en las imágenes. En el extremo derecho de la galería había un retrato de otra batalla. Pero éste no era horrible. Había dragones rojos, negros, azules y blancos —exhalando fuego y hielo—, pero había otros dragones que luchaban contra ellos, dragones plateados y dorados...

—¡Ya me acuerdo! —gritó Tasslehoff. El kender comenzó a pegar saltos arriba y abajo, chillando como un salvaje. ¡Ya me acuerdo! ¡Ya me acuerdo! Fue en Pax Tharkas. Fizban me lo enseñó. Hay dragones buenos en el mundo. ¡Estos nos ayudarán a luchar contra los malignos! Simplemente hemos de encontrarlos. ¡Y ahí están las Dragonlances!

—¡Maldita sea! —gritó una voz tras el kender—. ¡Es que se no puede dormir un poco! ¿Qué es todo este barullo? ¡Estás haciendo ruido suficiente como para despertar a un muerto!

Tasslehoff se giró alarmado, con el cuchillo en la mano. Hubiera jurado que estaba solo allí arriba. Pero no. En un banco de piedra que había en una zona sombría, alejada de la luz de las antorchas, un personaje se incorporó. Sacudiéndose a sí mismo, se desperezó, se puso en pie y comenzó a subir las escaleras, acercándose rápidamente al kender. Tas no hubiera podido huir, aunque hubiese querido, pero, además, sentía una tremenda curiosidad por saber quién había en la estancia. Cuando abrió la boca dispuesto a preguntarle a aquella extraña criatura quién era y por qué había elegido la garganta del Dragón de la Montaña para hacer la siesta, el personaje apareció a la luz de las antorchas. Era un anciano. Era...

El cuchillo de Tasslehoff cayó al suelo. El kender retrocedió hasta la barandilla. Por primera, última y única vez en su vida, Tasslehoff Burrfoot no pudo pronunciar palabra.

—F-F-F... —de su garganta no salió nada, solo un graznido.

—Bien, ¿qué ocurre? ¡Habla! Hace un momento hacías una barbaridad de ruido. ¿Qué sucede? ¿Te has atragantado?

—F-F-F...

—Ah, pobre chico. ¿Algo crónico? ¿Un impedimento del habla? Triste, muy triste. Mira... —el curioso personaje rebuscó en su túnica, abriendo numerosas bolsitas mientras Tasslehoff permanecía clavado ante él, temblando.

—Aquí está —sacando una moneda la depositó sobre la palma de la mano del kender y le ayudó a cerrar los pequeños e inertes dedos sobre ella—. Ahora vete. Busca a un clérigo...

—¡Fizban! —exclamó Tasslehoff finalmente.

—¿Dónde? —el anciano se giró. Alzando su bastón, miró temerosamente hacia la oscuridad. Entonces pareció ocurrírsele algo. Volviéndose de nuevo hacia Tas, le preguntó—: ¿Estás seguro de que viste a Fizban? ¿No está muerto?

—Yo creía que sí...

—¡Entonces no debería estar rondando, asustando a la gente! Tendré que hablar con él. ¡Eh, tú!

Tas alargó una mano temblorosa y tiró de la túnica del anciano.

—No estoy seguro, pe-pero cr-creo que tú eres Fizban.

—No, ¿en serio? Esta mañana me sentía un poco raro, pero no tenía ni idea de que estaba tan mal. O sea que estoy muerto —se arrastró hacia un banco y se dejó caer—. ¿Fue un bonito funeral? ¿Asistió mucha gente?

—Hmmm... Bueno, fueron más bien... más bien... unas exequias conmemorativas, podría decirse. Sabes, es que... bueno... no pudimos encontrar tus... ¿cómo podría explicarlo?

—¿Restos?

—Hmmm... restos —Tas enrojeció—. Los buscamos, pero había todas esas plumas de gallina... y un elfo oscuro... y Tanis dijo que habíamos tenido suerte de escapar con vida...

—¡Plumas de gallina! ¿Qué tienen que ver unas plumas de gallina con mi funeral?

—Nosotros... hmm... tú, yo y Sestun. ¿Te acuerdas de Sestun, el enano gully? Bien, había una enorme, inmensa cadena en Pax Tharkas. Y ese inmenso Dragón Rojo. Nosotros estábamos colgados de la cadena y el animal expulsaba su flamígero aliento sobre ella. La cadena se rompió y nosotros caímos... y supe que todo se había acabado. Íbamos a morir. Había más de setenta pies de distancia hasta el suelo —esa distancia aumentaba cada vez que Tas relataba la historia—, y tú estabas debajo de mí, y oí que formulabas un encantamiento...

—Sí, soy un mago bastante bueno, ¿sabes?

—Sí, bueno. Tú formulaste ese encantamiento: Pveatherf... o algo así. Bueno, de cualquier forma, sólo dijiste la primera palabra, Pveatherf... y, de pronto, había millones y millones y millones de plumas de gallina...

—¿Y qué ocurrió después?

—Oh, bueno, ahí es donde todo se vuelve un poco... hum... embrollado. Oí un grito y un golpe. Bueno, en realidad fue más parecido a un chapoteo, y me-me imaginé qu-que eras tú.

—¿Yo? ¡Chapoteo! —miró fijamente al kender, furioso—. ¡Nunca en mi vida he chapoteado!

—Entonces Sestun y yo caímos sobre el montón de plumas junto con la cadena. Miré si te encontraba... de verdad lo hice —los ojos de Tas se llenaron de lágrimas al recordar su acongojada búsqueda del cadáver del anciano—. Pero había demasiadas plumas... y fuera había esa terrible conmoción, esos dragones peleando. Sestun y yo conseguimos llegar a la puerta y allí encontramos a Tanis, y yo quería regresar para buscarte un rato más, pero Tanis dijo que no.

—¿O sea que me dejaste enterrado bajo un montón de plumas de gallina?

—Fueron unas exequias conmemorativas terriblemente emocionantes —farfulló Tas—. Goldmoon habló, y Elistan, no conociste a Elistan, pero recuerdas a Goldmoon, ¿no? Y a Tanis?

—Goldmoon... Ah, sí. Una muchacha muy bonita. Había un personaje de mirada ceñuda enamorado de ella.

—Riverwind —dijo Tas agitado—. Y Raistlin.

—Un sujeto muy flaco. Muy buen mago, pero nunca conseguirá nada si no consigue curarse esa tos.

—¡Eres Fizban! —exclamó Tas. Saltando alegremente, se arrojó sobre el anciano y le abrazó con fuerza.

—Ya está bien, ya está bien —dijo éste desconcertado, dándole a Tas golpecillos en la espalda—. Ya es suficiente. Vas a arrugar mi túnica. No gimotees. No puedo soportarlo. ¿Necesitas un pañuelo?

—No, tengo uno...

—Bien, eso está mejor. —¡Oh! yo diría que ese pañuelo es mío. Ésas son mis iniciales.

—¿Ah, sí? Debe habérsete caído.

—¡Ahora te recuerdo! Eres Tassle..., Tassle algo más.

—Tasslehoff. Tasslehoff Burrfoot.

—Y yo soy... ¿Cuál dijiste que era mi nombre?

—Fizban.

—Sí. Fizban... —el anciano reflexionó unos instantes y luego sacudió la cabeza—. Hubiera jurado que ese tal Fizban estaba muerto...

Capítulo 10

El secreto de Silvara

—¿Cómo sobreviviste? —preguntó Tas, sacando de una de sus bolsas unos frutos secos para compartir con Fizban.

—La verdad es que no creía haberlo hecho. Me temo que no tengo ni la más remota idea. Aunque ahora que lo pienso, desde entonces no he sido capaz de comer carne de gallina. Pero, cuéntame —preguntó mirando sagazmente al kender— ¿qué estás haciendo aquí?

—Vine con algunos de mis amigos. El resto están vagando por ahí, si es que aún están vivos —dijo, empezando a lloriquear de nuevo.

—Lo están. No te preocupes.

—¿De verdad lo crees? Bueno, la cuestión es que estamos aquí, con Silvara...

—¡Silvara! —el anciano se puso en pie de un brinco. Los pelos se le pusieron de punta, la mirada vaga desapareció de su rostro—. ¿Dónde está? ¿Y tus amigos, dónde están?

—Ab-abajo —balbuceó Tas, asombrado por la súbita transformación de Fizban—. ¡Silvara formuló un encantamiento sobre ellos!

—¡Ah!, lo hizo... Bueno, veremos lo que podemos hacer. Vamos. El anciano comenzó a andar por la galería, a tal velocidad, que Tas se vio obligado a correr para mantener el paso.

—¿Dónde dijiste que estábamos? —preguntó Fizban deteniéndose junto a las escaleras—. Procura ser concreto —añadió.

—Hum... ¡la tumba! ¡La tumba de Huma! Creo que en la tumba de Huma. Eso es lo que dijo Silvara.

—Puf... Bueno, al menos no tendremos que andar. Descendieron las escaleras y se acercaron al agujero del suelo por el que había llegado Tas. Una vez allí, el anciano se colocó en el mismísimo centro del agujero. Tas, tragando saliva, se situó junto a él, agarrándose a su túnica.

—Abajo —ordenó el anciano. Comenzaron a ascender, elevándose hacia el techo de la galería del piso superior.

—He dicho abajo! —chilló Fizban furioso, inclinado amenazadoramente su bastón hacia el agujero.

Se oyó un sonido absorbente y ambos fueron devorados por el agujero a tal velocidad, que el sombrero de Fizban salió volando. Es como el que perdió en el cubil del dragón —pensó Tas. Estaba todo arrugado, había perdido su forma original y aparentemente poseía vida propia. Fizban intentó agarrarlo pero falló. No obstante, el sombrero cayó flotando tras ellos, a unos cincuenta pies de distancia.

Tasslehoff, fascinado, miró hacia abajo y se dispuso a preguntar algo, pero Fizban le hizo callar. Asiendo firmemente su bastón, comenzó a susurrar para sí, trazando un extraño signo en el aire.

Laurana abrió los ojos. Estaba tendida sobre un frío banco de piedra, contemplando el oscuro y reluciente techo. No tenía ni idea de dónde estaba. Entonces recuperó la memoria. ¡Silvara!

Incorporándose inmediatamente, echó un rápido vistazo a la habitación. Flint gruñía y se frotaba el cuello. Theros parpadeaba y miraba a su alrededor, aturdido. Gilthanas estaba en pie cerca de la puerta de la tumba, observando algo que había en el suelo. Cuando Laurana avanzó hacia él, el elfo se volvió. Llevándose un dedo a los labios, asintió con la cabeza en dirección a la puerta.

Silvara estaba allí sentada, con la cabeza entre los brazos, sollozando amargamente. Laurana vaciló, olvidando las furiosas palabras que había pensado dirigirle a la Elfa Salvaje. Desde luego aquello no era lo que había imaginado. ¿Qué es lo que esperaba?, se preguntó a sí misma. No volver a despertar nunca más, o algo parecido. Debía haber una explicación.

—Silvara... —comenzó a decir. La muchacha alzó la mirada. Tenía el rostro salpicado de lágrimas y pálido de temor.

—¿Qué hacéis despiertos? ¿Cómo habéis conseguido liberaros de mi encantamiento? —balbuceó la elfa recostándose contra la pared.

—¡Qué importa eso! —respondió Laurana, a pesar de no tener ni idea de cómo había despertado—. Dinos...

—¡Fue obra mía! —anunció una voz profunda. Laurana y los demás se volvieron y vieron a un anciano de barba cana aparecer solemnemente por el agujero del suelo.

—¡Fizban! —susurró Laurana atónita.

Se oyó un golpe seco. Flint cayó desmayado. Los demás ni siquiera le prestaron atención, pues se hallaban absortos ante la aparición del viejo mago. Entonces, tras proferir un agudo gemido, Silvara se arrojó sobre el frío suelo de piedra temblando y sollozando.

Ignorando las miradas de los demás, Fizban avanzó por la estancia, pasó ante el féretro y ante el inconsciente enano y se acercó a Silvara. Mientras tanto Tasslehoff apareció por el agujero.

—¡Mirad a quien he encontrado! —exclamó el kender con orgullo—. ¡A Fizban! Y he volado, Laurana. Me metí en el agujero y volé hacia arriba por el aire. Y arriba hay unas pinturas con dragones dorados, y entonces Fizban se incorporó y me gritó y... debo admitir que me sentí realmente extraño durante unos instantes. Me quedé sin voz y... ¿qué le ha sucedido a Flint?

—Cállate, Tas —dijo Laurana en voz baja, sin apartar la mirada de Fizban. Este, arrodillándose en el suelo, zarandeó a la Elfa Salvaje.

—¿Silvara, qué has hecho? —le preguntó con expresión severa.

Al oír esto Laurana pensó que debía haberse equivocado —aquel debía ser otra persona vestida con la vieja túnica de Fizban—, era imposible que aquel hombre poderoso y de semblante severo fuera el viejo y torpe mago que recordaba. Pero no, hubiera reconocido su rostro en cualquier lugar, por no mencionar el sombrero.

Mientras les contemplaba ante ella, Laurana percibió como si un extraño e inmenso poder fluyera entre Silvara y Fizban. Sintió un apremiante deseo de salir corriendo de aquel lugar y de seguir corriendo hasta caer exhausta. Pero no podía moverse. Sólo podía contemplarles.

—¿Qué has hecho, Silvara? —repitió Fizban—. ¡Has roto tu promesa!

—¡No! —gimió la muchacha, retorciéndose sobre el suelo a sus pies—. No, no lo he hecho. Aún no...

—Has caminado por el mundo con otro cuerpo, entrometiéndote en los asuntos de los hombres. Esto debería haberte bastado. ¡Pero has tenido que traerles aquí!

El rostro cuajado de lágrimas de Silvara tenía una expresión de angustia. Laurana notó que sus propias mejillas se inundaban de lágrimas.

—¡De acuerdo! —gritó Silvara desafiante—. Rompí mi promesa o por lo menos pretendía hacerlo. Les traje aquí. ¡Tenía que hacerlo! He visto tanta miseria y sufrimiento. Además... —la voz le falló y su mirada se perdió en la distancia—, tenían uno de los Orbes...

—Sí —dijo Fizban en voz baja—. Un Orbe de los Dragones. Tomado del castillo del Muro de Hielo. Cayó en tus manos. ¿Qué has hecho con él, Silvara? ¿Dónde está ahora?

—Lo envié lejos de aquí...

Fizban pareció envejecer. Suspirando profundamente, se apoyó pesadamente sobre su bastón.

—¿Dónde lo enviaste, Silvara? ¿Dónde está ahora el Orbe?

—Lo tie-tiene Sturm —interrumpió Laurana temerosa—. Se lo ha llevado a Sancrist. ¿Qué significa todo esto? ¿Está Sturm en peligro?

—¿Quién? —Fizban volvió la cabeza—. Oh, hola querida —dijo sonriéndole—. Qué agradable verte de nuevo. ¿Cómo está tu padre?

—MI padre... —Laurana sacudió la cabeza, confundida—. Mira, anciano, qué más da mi padre... ¿Quién...?

—¡Y también está tu hermano! —Fizban alargó una mano hacia Gilthanas—. Qué alegría verte, hijo y a vos, señor —inclinó la cabeza ante el asombrado Theros—. ¿Un brazo de plata? Mi, mi... —volvió la cabeza de nuevo hacia Silvara—, que coincidencia. Theros Ironfield, ¿no es así? He oído hablar mucho de ti. MI nombre es...

El viejo mago hizo una pausa, frunciendo el ceño.

—MI nombre es...

—Fizban —apuntó Tasslehoff.

—Fizban, eso es. Laurana creyó ver que el mago le dirigía a Silvara una mirada de advertencia. La muchacha inclinó la cabeza, como dándole a entender que había comprendido su silencioso y secreto mensaje. Pero antes de que Laurana pudiera ordenar sus confusos pensamientos, Fizban le habló de nuevo.

—Y ahora, Laurana, te preguntarás quién es Silvara. Pero es ella la que debe decidir si contároslo o no, ya que yo debo irme. Debo emprender un largo viaje.

—¿Debo decírselo? —preguntó Silvara en voz baja.

Aún se hallaba de rodillas y, mientras hablaba, sus ojos miraban a Gilthanas. Fizban siguió su mirada. Al ver el aspecto abatido del noble elfo, su expresión se suavizó y sacudió la cabeza con tristeza.

—No, Silvara, no tienes que decírselo. La decisión es tuya, «aquella otra» fue la de tu hermana... Puedes hacerles olvidar que han estado aquí.

De pronto el único color que quedó en el rostro de Silvara fue el azul intenso de sus ojos.

—Pero eso significaría...

—Sí, Silvara. La decisión es tuya —dijo besando a la muchacha en la frente—. Adiós, Silvara.

Dándose la vuelta, miró a los demás.

—Adiós, adiós. Encantado de veros de nuevo. Estoy un poco disgustado por lo de las plumas de gallina, pero... no os guardo rencor —mirando a Tas con impaciencia le dijo—: ¿Vienes o no? ¡No dispongo de toda la noche para esperarte!

—¿Ir? ¿Contigo? —dijo Tas, soltando la cabeza de Flint que volvió a golpear el banco de piedra con un ruido sordo. El kender se puso en pie—. Por supuesto, déjame recoger mis cosas... —pero entonces se detuvo, volviéndose a mirar al desmayado enano—. Flint...

—Se pondrá bien —prometió Fizban—. No estarás separado de tus amigos mucho tiempo. Los veremos dentro de... —frunció el ceño, murmurando para sí —siete días, añade tres, me llevo una, ¿cuánto es siete veces cuatro? Oh, bueno, dentro de poco. Cuando se celebre la reunión del Consejo. Bien, no perdamos más tiempo. Tengo mucho que hacer. Tus amigos están en buenas manos. Silvara se ocupará de ellos, ¿no es así, querida?

—Voy a decírselo —le prometió ella apenada, mirando a Gilthanas. El elfo los observaba a ella y a Fizban con expresión pálida. —Tienes razón. Hace tiempo rompí la promesa. Debo finalizar lo que decidí hacer.

—Lo que creas mejor —Fizban posó su mano sobre la cabeza de Silvara, acariciando su plateado cabello. Luego se volvió para marcharse.

—¿Seré castigada? —preguntó Silvara cuando el anciano estaba a punto de desaparecer en la penumbra.

Fizban se detuvo. Sacudiendo la cabeza, se volvió a mirar a la elfa.

—Algunos dirían que estás siendo castigada precisamente ahora, Silvara. Pero lo que haces, es fruto del amor. Tanto la decisión que tomes, como el castigo, dependen únicamente de ti.

El anciano desapareció en la oscuridad. Tasslehoff corrió tras él.

—¡Adiós, Laurana! ¡Adiós, Theros! ¡Cuidad de Flint! —en el silencio que siguió, Laurana pudo oír la voz del viejo mago.

—¿Cómo dijiste que me llamaba? Fizbut, Furball...

—¡Fizban! —chilló el kender con su voz aguda. —Fizban... Fizban...

Todas las miradas se volvieron hacia Silvara. Ahora la muchacha estaba tranquila, en paz consigo misma. Aunque en su rostro se reflejaba tristeza, no era el atormentado y amargo sentimiento de momentos anteriores, sino la sensación de la pérdida. Era la callada y asumida tristeza de alguien que no tiene nada de qué arrepentirse. Silvara caminó hacia Gilthanas. Tomando sus manos le miró a los ojos con tanto amor, que Gilthanas se sintió bendecido, a pesar de saber que ella se disponía a despedirse de él.

—Te estoy perdiendo, Silvara —murmuró él con la voz rota—. Lo veo en tus ojos. ¡Pero no sé porqué! Tú me amas...

—Yo te amo, elfo. Te amé cuando te vi herido, tendido sobre la arena. Cuando alzaste la mirada y me sonreíste, supe que el mismo destino que había caído sobre mi hermana, iba a ser también el mío. Pero ése es el riesgo que corremos cuando elegimos tomar esta forma pues, aunque al tomarla no perdemos nuestra fuerza, nos inflige sus debilidades. Pero, ¿amar es una debilidad...?

—Silvara, ¡no comprendo! —gritó Gilthanas.

—Lo comprenderás.

Gilthanas la tomó en sus brazos, abrazándola. Silvara apoyó la cabeza sobre su pecho. El elfo besó su bella cabellera plateada y la estrechó contra sí con un sollozo. Laurana se dio la vuelta. Aquella tristeza le parecía demasiado sagrada para que sus ojos la contemplaran. Tragándose sus propias lágrimas, miró a su alrededor y entonces recordó al enano. Tomando un poco de agua de la cantimplora, la esparció sobre el rostro de Flint.

El enano parpadeó y abrió los ojos. Contempló a Laurana durante un instante y luego extendió una mano temblorosa.

—Fizban —susurró con voz ronca.

—Lo sé —dijo Laurana, preguntándose cómo se tomaría el enano la marcha de Tasslehoff.

—¡Fizban está muerto! —Flint dio un respingo—. ¡Tas lo dijo! ¡En medio de un montón de plumas de gallina! —el enano hizo un esfuerzo por incorporarse—. ¿Dónde está ese maldito kender?

—Se ha ido, Flint. Se marchó con Fizban.

—¿Se ha ido? ¿Le habéis dejado marchar? ¿Con ese anciano?

—Me temo que sí...

—¿Le habéis dejado marchar con un anciano muerto?

—La verdad es que no he podido hacer otra cosa. Fue decisión suya. Estará bien...

—¿Dónde han ido? —preguntó Flint poniéndose en pie y agarrando sus cosas.

—No puedes ir tras ellos. Por favor, Flint. Yo te necesito. Eres el mejor amigo de Tanis y mi consejero...

—Pero se ha ido sin mí. ¿Cómo ha podido dejarme? No le he visto marchar...

—Te desmayaste...

—¡Yo nunca he hecho una cosa así! ¡Nunca me desmayo! Debe ser una reaparición de ese virus mortífero que me atacó a bordo del bote... —Flint soltó sus cosas y se dejó caer en el suelo—. Ese estúpido kender, irse con un viejo mago muerto...

Theros se acercó a Laurana.

—¿Quién era ese anciano: —le preguntó con curiosidad.

—Es una larga historia. Además, ni siquiera estoy muy segura de poder responder a tu pregunta.

—Me resulta familiar —Theros frunció el entrecejo y sacudió la cabeza—. Pero no puedo recordar dónde le he visto antes. No obstante me hace recordar Solace y «El Último Hogar». y él me conocía... —el herrero miró su brazo de plata—. ¿Y qué ocurre con los demás?

—Creo que estamos a punto de averiguarlo —dijo Laurana.

—Tenías razón —dijo Theros—. No confiabas en ella...

—Pero no por las razones correctas —admitió Laurana sintiéndose culpable.

Lanzando un pequeño suspiro, Silvara se separó de Gilthanas.

—Gilthanas —dijo la elfa temblorosa—, toma una antorcha de la pared y sostenla frente a mí.

Gilthanas titubeó. Un segundo después, casi enojado, siguió sus instrucciones. —Sostén la antorcha ahí... —le dijo ella guiando su mano para que la luz brillara justo en frente suyo—. Ahora... mirad mi sombra en la pared que hay detrás de mí —dijo con voz trémula.

La tumba estaba silenciosa, sólo el chisporroteo de la llameante antorcha emitía algún sonido. La sombra de Silvara cobró vida en la fría pared de piedra. Los compañeros la contemplaron y, por un instante, ninguno de ellos pudo pronunciar palabra.

La sombra que Silvara proyectaba sobre la pared no era la sombra de una joven doncella elfa...

Era la sombra de un dragón.

—¡Eres un dragón! —exclamó Laurana sin poder dar crédito a lo que veía. Se llevó la mano a la espada, pero Theros la detuvo.

—¡No! —exclamó de pronto el herrero—. Ahora recuerdo. Ese viejo anciano... Ahora lo recuerdo. ¡Acostumbrada a venir a la posada «El Ultimo Hogar»! Iba vestido de otra forma. ¡No era un mago, pero era él! ¡Podría jurarlo! Les contaba historias a los niños. Historias sobre dragones buenos. Dragones dorados y...

—Dragones plateados —dijo Silvara, mirando a Theros—. Yo soy un dragón plateado. MI hermana fue el Dragón Plateado que amó a Huma y libró junto a él la gran batalla final...

—¡No! —Gilthanas dejó caer la antorcha al suelo. Silvara, mirándole con ojos tristes, alargó una mano para reconfortarle.

Gilthanas retrocedió, contemplándola horrorizado. Silvara bajó la mano lentamente. Suspirando suavemente, asintió.

—Lo comprendo —murmuró—. Lo siento.

Gilthanas comenzó a temblar violentamente. Rodeándole con sus fuertes brazos, Theros le acompañó hasta un banco y le cubrió con su capa.

—Me recuperaré —susurró Gilthanas—. Pero, por favor dejadme solo, dejadme pensar. ¡Esto es una locura! Una pesadilla. ¡Un dragón! —cerró los ojos con firmeza, como si quisiera borrar aquella imagen para siempre—. Un dragón... —susurró con la voz rota.

Theros apoyó su mano izquierda en la espalda del elfo para animarlo y luego volvió con los demás.

—¿Dónde están los otros dragones buenos? —preguntó Theros—. El anciano dijo que había muchos. Dragones plateados, dragones dorados...

—En efecto, hay muchos —respondió Silvara de mala gana.

—Como el dragón plateado que vimos en el Muro de Hielo —dijo Laurana—. Era un dragón bueno. ¡Si sois muchos, reuniros! ¡Ayudadnos a luchar contra los dragones malignos!

—¡No! —gritó Silvara con rabia. Sus ojos azules relampaguearon y, al verla tan furiosa, Laurana dio un paso atrás.

—¿Por qué no?

—No puedo decíroslo —Silvara se retorció las manos, nerviosa.

—¿Tiene algo que ver con esa promesa! ¿No? —insistió Laurana—. La promesa que rompiste. Y el castigo del que le hablaste a Fizban...

—¡No puedo decíroslo! —repitió Silvara habló en voz baja y apasionada—. Lo que he hecho hasta ahora es ya suficientemente malo. ¡Pero tenía que hacer algo! ¡No podía vivir por más tiempo en este mundo viendo sufrir a gente inocente! Pensé que tal vez pudiera ayudar, por lo que torné forma de elfa e hice lo que pude. Trabajé mucho tiempo, intentando que los elfos se uniesen. Conseguí evitar que entraran en guerra, pero las cosas iban de mal en peor. Entonces llegasteis vosotros, y vi que estabais en gran peligro, un peligro mucho mayor de lo que ninguno de nosotros hubiera imaginado nunca. Ya que llevabais el... —la voz le falló.

—¿El Orbe de los Dragones! —exclamó Laurana.

—Sí. Supe que debía tomar una decisión. Teníais el Orbe, pero también teníais la lanza. ¡De pronto me encontraba con ambos objetos! ¡Los dos juntos! «Es una señal», pensé, pero no sabía qué hacer. Decidí traer el Orbe a este lugar para mantenerlo a salvo para siempre. Pero cuando emprendimos el viaje, comprendí que los Caballeros de Solamnia nunca accederían a que se quedara aquí. Habría problemas. Por tanto, cuando encontré la oportunidad, lo envié lejos pero, por lo que se ve, esta decisión fue equivocada, ¿cómo iba yo a saberlo?

—¿Por qué? —preguntó Theros—. ¿Qué es lo que hace el Orbe? ¿Es maligno? ¿Has enviado a esos caballeros a su perdición?

—Es inmensamente maligno. E inmensamente benigno. ¿Quién puede decirlo? Ni yo misma entiendo a los Orbes de los Dragones. Fueron creados hace mucho tiempo por los hechiceros más poderosos.

—¡Pero el libro que leyó Tas decía que podían utilizarse para dominar a los dragones! —declaró Flint—. Lo leyó con unos extraños anteojos. «Anteojos de visión verdadera», los llamó él. Dijo que no mentían...

—No —le interrumpió Silvara con tristeza—. Eso es cierto. Demasiado cierto... como me temo descubrirán tus amigos para su desgracia.

Los compañeros, cada vez más atemorizados, guardaron silencio, interrumpido únicamente por los entrecortados sollozos de Gilthanas. Las antorchas creaban sombras que danzaban y revoloteaban por la silenciosa tumba como espíritus. Laurana recordó a Huma y al Dragón Plateado. Pensó en aquella terrible batalla final... los cielos llenos de dragones, la tierra cubierta de llamas y sangre...

—Entonces, ¿por qué nos trajiste aquí? —le preguntó Laurana a Silvara—. ¿Por qué no dejaste simplemente que nos lleváramos el Orbe de estas tierras?

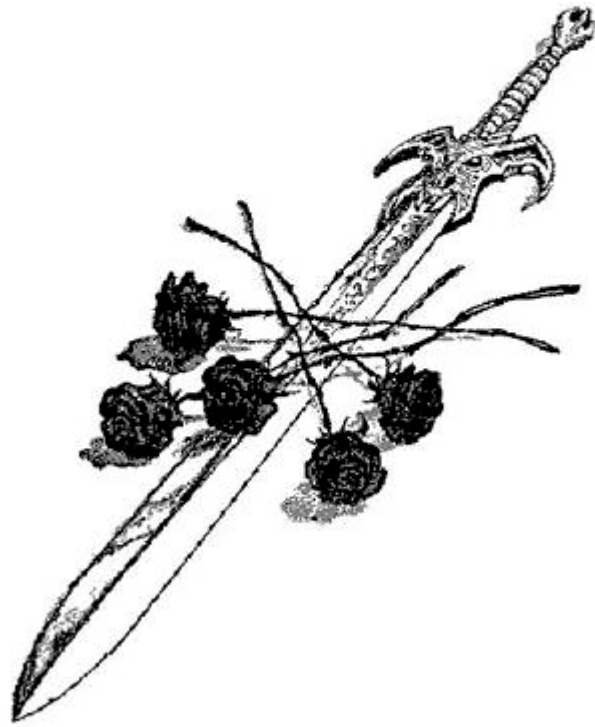
—¿Puedo decírselo? ¿Tendré la fuerza suficiente? —le susurró Silvara a un espíritu invisible. Durante un rato se quedó callada, con el rostro inexpresivo, retorciéndose nerviosamente las manos. Sus ojos se cerraron, inclinó la cabeza y comenzó a mover los

labios. Cubriéndose el rostro con las manos, se quedó quieta, callada. Momentos después, estremeciéndose, tomó una decisión.

Poniéndose en pie, Silvara caminó hasta la bolsa de Laurana. Arrodillándose, desenvolvió lentamente el asta de madera partida que los compañeros habían transportado durante tanto tiempo. Silvara se puso en pie, su rostro estaba nuevamente inundado de paz. Pero ahora también emanaba fuerza y orgullo. Por primera vez Laurana comenzó a creer que la muchacha era algo tan poderoso y apabullante como un dragón. Caminando orgullosamente, con su plateada melena reluciendo bajo la luz de las antorchas, Silvara caminó hasta donde se encontraba Theros Ironfield.

—Otorgo el poder de forjar de nuevo la Dragonlance a Theros, el Ser del Brazo de Plata.

Libro 5



Capítulo 1

El hechicero rojo y sus maravillosos trucos

Las sombras se deslizaron entre las polvorientas mesas de la taberna «El Cerdo y el Silbido». La brisa marina de la bahía de Balifor se filtraba por las desajustadas ventanas produciendo un agudo silbido. Ese peculiar sonido era el que le otorgaba a la posada la última parte de su nombre. Al ver al posadero, cualquiera hubiese adivinado el por qué de la primera parte del mismo. William Sweetwater, hombre jovial y de buen corazón, había recibido tal impresión a los pocos meses de su nacimiento —por lo menos eso era lo que se decía en el pueblo— cuando un cerdo errante derribó su cuna, que los rasgos del animal quedaron impresos en su rostro para siempre.

No obstante, aquel desafortunado parecido no había malogrado el carácter de William. Fue marinero de profesión hasta que se retiró para satisfacer la ambición de toda su vida: tener una posada. No había hombre más respetado y querido en todo Port Balifor que William Sweetwater. Nadie se reía con más ganas que él de los chistes sobre cerdos. Incluso podía gruñir de forma bastante real y, a menudo, hacía imitaciones de esos animales para diversión de sus clientes.

Sin embargo, en esas fechas William raramente hacía bromas. La atmósfera de «El Cerdo y el Silbido» era oscura y triste. Los pocos antiguos clientes que entraban se sentaban juntos y hablaban en voz baja, pues Port Balifor era ahora una ciudad ocupada, invadida por los ejércitos de los Señores de los Dragones, cuyos barcos habían arribado recientemente a la bahía, desembarcando sus tropas de repugnantes draconianos.

Las gentes de Port Balifor —humanos en su mayoría— se sentían atemorizados por estas circunstancias. Sin embargo, podían considerarse afortunados, pues ningún dragón había arrasado su ciudad y los draconianos, generalmente, no les molestaban. Los Señores de los Dragones no estaban especialmente interesados en la zona oriental del continente de Ansalon. El territorio estaba poblado de forma muy dispersa: sólo había unas pobres y escasas comunidades de humanos y Kendermore, la tierra natal de los

kenders. Una escuadrilla de dragones hubiera podido asolar los campos, pero los Señores de los Dragones necesitaban concentrar sus fuerzas en el norte y en el oeste. Mientras los puertos continuaran abiertos, los Grandes Señores no tenían necesidad de devastar las tierras de Balifor y Goodlund.

Aunque tenía pocos clientes, el negocio le iba bien a William Sweetwater. Las tropas de draconianos y de goblins estaban bien pagadas, y su única debilidad eran las bebidas fuertes. Pero William no había abierto su taberna por dinero, sino que adoraba la compañía de sus amigos, viejos y nuevos. En cambio no disfrutaba de la compañía de las tropas de los Grandes Señores. Cuando éstas entraban, sus antiguos clientes se marchaban. Por tanto, William no tardó en subir los precios a los draconianos, cobrándoles tres veces más caro que en cualquier otra taberna de la ciudad. Además, le echaba agua a la cerveza. Consecuentemente, su local estaba casi desierto de esa desagradable clientela. Esta solución satisfacía a William.

Se hallaba charlando con algunos amigos —marinos en su mayoría, de piel morena y curtida, y sin dientes— la tarde en que los forasteros entraron en su taberna. Por un momento, William les contempló con suspicacia, pero al ver que eran fatigados viajeros en lugar de soldados de los Grandes Señores, el tabernero les saludó cordialmente y les acompañó a una mesa situada en un rincón.

Los forasteros pidieron una ronda de cerveza —excepto uno de ellos ataviado con una túnica roja, que pidió agua caliente—. Luego, tras una apagada discusión en voz baja que se centró en un gastado monedero de cuero y en el número de monedas que éste contenía, le pidieron a William que les trajera algo de pan y de queso.

—No son de esta zona —dijo William a sus amigos en voz baja mientras sacaba la cerveza de un barril especial y no del que servía a los draconianos— y yo diría que tan pobres como un marinero que lleva una semana en tierra.

—Deben ser refugiados... —dijo uno de los marinos, observándoles atentamente.

—Una extraña mezcla —añadió otro—. Ese sujeto de barba pelirroja parece un semielfo. Y aquél tan grande lleva suficientes armas para luchar él solo contra todo un ejército de draconianos.

—Apuesto a que ha matado a más de uno con su espada —gruñó William—. Juraría que huyen de algo. Observad la manera en que el hombre barbudo mira hacia la puerta. Bueno, no podemos ayudarles a luchar contra los Grandes Señores, pero me ocuparé de que no les falte nada —dijo disponiéndose a servirles.

—Guardad vuestro dinero —ordenó William con brusquedad, poniendo en la mesa no sólo pan y queso sino también una bandeja llena de carne fría y apartando un lado las monedas—. Tenéis problemas de algún tipo, eso está más claro que mi nariz en forma de hocico de cerdo.

Una de las mujeres le sonrió. Era la mujer más bella que el posadero hubiese visto nunca. Sus cabellos de oro y plata relucían bajo una capucha de pieles, y sus ojos azules eran como el océano en un día de calma. Cuando ella le sonrió, William sintió como si la calidez de un buen brandy acabara de recorrer todo su cuerpo. Pero un hombre de

expresión ceñuda que estaba sentado junto a ella, empujó las monedas de nuevo hacia él.

—No aceptamos caridad —le dijo el hombre.

—¿No? —preguntó el inmenso guerrero ansiosamente, contemplando la carne ahumada con ojos anhelantes.

—Riverwind —reconvino la mujer, posando suavemente su mano sobre el brazo del hombre. El semielfo también parecía dispuesto a intervenir, cuando el hombre de la túnica roja, el que había pedido el agua caliente, alargó una mano y tomó una moneda.

Balanceando la moneda sobre su huesuda mano de color metálico, el hombre la hizo danzar sin esfuerzo alguno sobre sus nudillos. Los ojos de William se abrieron de par en par. Sus dos amigos, que estaban en el mostrador, se acercaron a la mesa para ver mejor. La moneda aparecía y desaparecía entre los dedos del hombre de la túnica roja, danzando y saltando. De pronto desapareció en el aire para reaparecer sobre la cabeza del mago en forma de seis monedas, que giraron sobre su capucha. Haciendo un gesto, el hechicero las envió a danzar sobre la cabeza de William. Los marineros le contemplaban boquiabiertos.

—Quédate una por las molestias —dijo el mago en un susurro. Titubeante, William intentó agarrar las monedas que pasaban ante sus ojos, ¡pero su mano las atravesaba! De pronto las seis monedas desaparecieron, y tan sólo quedó una sobre la palma de la mano del extraño personaje de la túnica roja.

—Te daré ésta como pago —dijo, esbozando una ligera sonrisa—, pero ten cuidado. Puede que te agujeres el bolsillo.

William aceptó la moneda con cautela. Sosteniéndola entre dos dedos, la contempló con suspicacia. ¡De pronto la moneda ardió en llamas! Emitiendo un tembloroso gemido, William la dejó caer al suelo y puso su pie sobre ella. Sus dos amigos soltaron una carcajada. El tabernero recogió la moneda y descubrió que estaba fría y en perfecto estado.

—¡Esto paga la carne de sobras! —dijo William sonriendo.

—Y el alojamiento de una noche —añadió uno de los marineros, sacándose del bolsillo un puñado de monedas.

—Creo que hemos resuelto nuestro problema —dijo Raistlin en voz baja mirando a sus compañeros.

Así nació el Hechicero Rojo y sus maravillosos trucos, un espectáculo itinerante del que aún hoy se habla, tanto en el sur, en la zona de Port Balifor, como en el norte. A la noche siguiente, el mago de la túnica roja comenzó a realizar sus juegos de manos ante una audiencia compuesta por los amigos de William. Después de que hubiera trabajado en «El Cerdo y el Silbido» durante una semana, Riverwind —que al principio se oponía

a ello— tuvo que admitir que las actuaciones de Raistlin parecían no sólo resolver sus problemas financieros, sino también otros más apremiantes.

La escasez de dinero era el problema más urgente. Los compañeros podían habérselas arreglado para vivir de la caza —incluso en invierno—, gracias a Riverwind y a Tanis. Pero tenían que adquirir los pasajes de un barco que les llevara a Sancrist. Una vez obtenido el dinero, necesitaban poder viajar libremente por las tierras ocupadas por el enemigo. En su adolescencia, Raistlin había utilizado con frecuencia su destreza manual para ganar unas monedas para él y para su hermano. Aunque su maestro lo desaprobaba y amenazara con expulsar al joven mago de la escuela, Raistlin había conseguido bastantes éxitos. Ahora, su creciente poder le permitía un nivel que antes no hubiera alcanzado.

Conseguía mantener a su audiencia literalmente hechizada con sus trucos y habilidades. A una orden de Raistlin, barcos de alas blancas navegaban de un lado a otro de la barra de «El Cerdo y el Silbido», salían pájaros de las soperas, y por las ventanas se asomaban dragones que lanzaban llamas sobre los asombrados asistentes. En el apoteósico final, el mago, ataviado con una túnica roja de lentejuelas que Tika le había confeccionado, se consumía totalmente en ardientes llamas, para reaparecer unos segundos después por la puerta de la taberna, y beberse tranquilamente un vaso de vino blanco a la salud de su audiencia.

En menos de una semana, William había ganado más dinero del que hubiera conseguido en todo un año, en circunstancias normales, y lo que era mejor aun —por lo que a el respectaba— sus amigos estaban consiguiendo olvidar sus problemas. No obstante, al poco tiempo comenzaron a llegar clientes no deseados. Al principio, la aparición de goblins y draconianos le había enojado, pero Tanis había aplacado su enfado, y William, a regañadientes, les permitió quedarse. En realidad, a Tanis le agradó verlos. Bajo su punto de vista era positivo, pues resolvía su segundo problema. Si las tropas de los Señores de los Dragones disfrutaban del espectáculo y lo difundían, los compañeros podrían viajar sin molestias por las tierras ocupadas. Habían planeado —tras consultarlo con William—, dirigirse a Flotsam, una ciudad al norte de Port Balifor, situada en el Mar Sangriento de Istar. Allí confiaban encontrar un barco. En Port Balifor, según el posadero, nadie les proporcionaría pasajes. Todos los propietarios de barcos trabajaban, sus naves habían sido confiscadas, para los Señores de los Dragones. Pero Flotsam era un conocido reducto para aquellos que estuvieran más interesados en el dinero que en la política.

Los compañeros se quedaron en «El Cerdo y el Silbido» durante un mes. William les proporcionó habitaciones y manutención gratis, e incluso les permitió quedarse con todo el dinero que ganaban. Aunque Riverwind protestó ante su generosidad, William declaró que todo lo que le importaba era recuperar sus antiguos clientes. Durante este tiempo, Raistlin mejoró y alargó su representación, la cual, al principio, sólo consistía en sus trucos. Pero el mago se cansaba pronto, por lo que Tika se ofreció a bailar para darle tiempo a descansar entre una actuación y otra. Se hizo un traje tan seductor, que Caramon se opuso totalmente al plan. Tika se rió de él. Su danza fue un éxito e hizo que ganaran todavía más dinero, por lo que Raistlin la incorporó inmediatamente al espectáculo.

Al ver que los asistentes disfrutaban con la diversión, el mago comenzó a pensar en los demás. Consiguió persuadir a Caramon para que realizara un número de fuerza en el que, en el momento álgido, el guerrero levantaba al fornido William sobre su cabeza con una sola mano. Tanis divertía a la audiencia con su habilidad elfa de «ver» en la oscuridad. Un día, cuando Raistlin estaba contando el dinero recogido en la actuación de la noche previa, Goldmoon se dirigió a él.

—Me gustaría cantar en la actuación de esta noche —le dijo la mujer. Raistlin alzó la mirada incrédulo. Sus ojos se desviaron hacia Riverwind. El bárbaro asintió de mala gana.

—Tienes una voz poderosa —dijo Raistlin mientras deslizaba el dinero en una bolsa y apretaba con firmeza el cordón que la cerraba—. Lo recuerdo muy bien. La canción que te oí cantar en «El Último Hogar» provocó un tumulto en el que casinos matan. Goldmoon enrojeció al recordar la fatídica canción que le había hecho conocer al grupo.

Frunciendo el entrecejo, Riverwind posó una mano sobre su hombro.

—¡Déjalo! —dijo el bárbaro secamente, mirando al mago—. Ya te lo dije...

Pero Goldmoon sacudió la cabeza testaruda, alzando la barbilla en un gesto habitual e imperativo.

—Cantaré —dijo fríamente—, y Riverwind me acompañará. He escrito una canción.

—Muy bien —respondió el mago, deslizando la bolsa de las monedas en su túnica—. La probaremos.

Aquella noche «El Cerdo y el Silbido» estaba totalmente atestada. Había un público variado: marineros, draconianos, goblins, y varios kenders —la presencia de estos últimos hacía que todos estuvieran muy pendientes de sus pertenencias. William y dos ayudantes iban de un lado para otro, sirviendo bebidas y comida. Llegado el momento comenzó la actuación. El público aplaudió a las monedas danzadoras de Raistlin, rieron cuando un cerdo ilusorio danzó sobre la barra, y casi se caen de sus asientos de terror cuando un gigantesco dragón entró por la ventana. El mago, tras saludar, se retiró a descansar. Entonces le llegó el turno a Tika.

La audiencia, en particular los draconianos, vitorearon la danza de Tika, golpeando las mesas con sus jarras de cerveza.

Después apareció Goldmoon, vestida con una túnica azul pálido. Sus cabellos de oro y plata caían sobre sus hombros, reluciendo como el agua bajo la luz de la luna. La gente se calló al instante. Sin decir nada, la mujer bárbara tomó asiento en una silla situada sobre la tarima que William había construido. Era tan bella que los asistentes no profirieron ni un sólo murmullo. Todos esperaron con atención.

Riverwind se sentó sobre el suelo, a sus pies. Llevándose a los labios una flauta labrada a mano, el bárbaro comenzó a tocar y, unos segundos después, la voz de Goldmoon se fundió con el sonido de la flauta. La canción era sencilla, la melodía dulce y armoniosa, aunque persistente. Pero lo que llamó la atención de Tanis fue la letra, la cual le hizo

intercambiar una mirada de preocupación con Caramon. Raistlin, que estaba sentado a su lado, agarró a Tanis por el brazo.

—¡Me lo temía! ¡Otro tumulto!

—Tal vez no —susurró Tanis—. Mira la audiencia. Las mujeres habían recostado la cabeza sobre el hombro de sus maridos. Los draconianos parecían hechizados —como animales salvajes encandilados por la música. Únicamente los goblins arrastraban cansinamente los pies, aparentemente aburridos, pero tan temerosos de los draconianos que no osaban protestar.

La canción de Goldmoon hablaba de los antiguos dioses. Relataba cómo éstos habían enviado el Cataclismo para castigar al Sumo Sacerdote de Istar y a las gentes de Krynn por su orgullo. Hablaba de los terrores de esa noche y de las que la habían seguido. Les recordaba cómo la gente, creyéndose abandonada, había comenzado a rezar a los falsos dioses. Después cantaba un mensaje de esperanza: los dioses no les habían abandonado.

Los verdaderos estaban allí, esperando únicamente a que alguien les escuchara. Cuando su canción terminó, y el lastimero sonido de la flauta murió, la mayoría de los asistentes sacudieron la cabeza, como si acabaran de despertar de un bello sueño. Si se les preguntaba de qué había tratado la canción, no sabían qué responder. Los draconianos se encogieron de hombros y pidieron más cerveza. Los goblins gritaron, pidiendo que Tika volviera a danzar de nuevo. Pero aquí y allá, Tanis descubrió varios rostros que aún reflejaban la maravillosa sensación que la canción les había producido. Por lo que no le sorprendió nada ver a una joven mujer de piel oscura acercarse tímidamente a Goldmoon.

—Os pido disculpas por molestaros, señora —dijo la mujer—, pero vuestra canción me ha impresionado profundamente. Quisiera saber más cosas de los antiguos dioses.

Goldmoon sonrió.

—Ven a verme mañana y te enseñaré lo que sé y así, lentamente, la palabra de los antiguos dioses comenzó a difundirse. Cuando los compañeros se marcharon de Port Balifor, la mujer de piel oscura, un hombre de voz suave, y varias personas más, llevaban ya el medallón azul de Mishakal, Diosa de la Curación. En secreto, fueron llevando esperanza al ensombrecido y alterado mundo de Krynn.

Al finalizar el mes, los compañeros pudieron comprar un carromato, caballos para tirar de él, caballos para montar, y provisiones. Lo que sobró lo reservaron para la compra del pasaje de barco hacia Sancrist. Planearon ganar más dinero actuando en las pequeñas comunidades granjeras existentes entre Port Balifor y Flotsam.

Cuando el Hechicero Rojo dejó Port Balifor, muchos de sus entusiastas seguidores salieron a despedir el carromato. A pesar de llevar los trajes empaquetados, provisiones para dos meses, y un barril de cerveza, que les había regalado William, la carreta era lo suficientemente grande para que Raistlin durmiera y viajara en ella. Además, contenía las tiendas multicolores en las que dormirían los compañeros.

Tanis miró a su alrededor, sacudiendo la cabeza y observando la insólita imagen que ofrecía el grupo. Parecía que —en medio de todas las cosas que les habían sucedido— esto fuera lo más extraño. Contempló a Raistlin, sentado al lado de su hermano, que conducía la carreta. La túnica roja de lentejuelas del mago relucía como el fuego bajo el brillante sol de invierno. Raistlin, un tanto encorvado para defenderse del viento, miraba al frente, envuelto en una ola de misterio que hacía las delicias de la gente. Caramon, vestido con un traje de piel de oso, obsequiado también por William, había cubierto su cabeza con la cabeza del oso, por lo cual parecía que fuera ese animal el que guiara el carromato. Los niños vitoreaban, mientras él les gruñía con una mueca de ferocidad.

Ya casi habían salido de la ciudad, cuando un comandante draconiano les detuvo. Tanis, con el corazón en un puño, avanzó hacia adelante llevándose la mano a la espada. Pero el comandante sólo quería asegurarse de que pasarían por Bloodwatch, donde había un campamento de draconianos, porque había mencionado el espectáculo a uno de sus amigos y las tropas estaban deseando verles. Tanis, jurando internamente no poner un pie en ese lugar, prometió al comandante que sin duda alguna pasarían por allí.

Finalmente llegaron a las puertas de la ciudad. Descendiendo de sus monturas, se despidieron de su amigo William. Este abrazó a cada uno de ellos, comenzando por Tika y terminando por Tika. Se disponía a abrazar a Raistlin, pero los ojos del mago se abrieron de forma tan alarmante cuando se acercó a él, que el posadero retrocedió precipitadamente.

Los compañeros volvieron a montar sus caballos. Raistlin y Caramon regresaron a la carreta. La muchedumbre gritó y les apremió para que regresaran durante las celebraciones de primavera. Los guardias abrieron las puertas, deseándoles un viaje tranquilo y los compañeros se alejaron. Las puertas se cerraron tras ellos.

El viento era frío. Las nubes grises que poblaban el cielo comenzaron a arrojar nieve. El camino, que les habían asegurado que era bastante transitado, se extendía ante ellos vacío y desierto. Raistlin comenzó a temblar y a toser. Poco después, comunicó que seguiría el viaje en el interior del carromato. Los demás se pusieron las capuchas y se envolvieron todavía más en sus capas de pieles.

Caramon, que guiaba a los caballos por el enlodado camino, parecía desacostumbradamente pensativo.

—Sabes, Tanis —dijo con solemnidad—, ¿cómo puedo expresar lo contento que me siento de que ninguno de nuestros amigos haya visto nuestras actuaciones. ¿Puedes imaginarte lo que hubiera dicho Flint? Ese enano gruñón nunca me hubiera permitido olvidar una cosa así. ¿Y qué me dices de Sturm? —el inmenso guerrero sacudió la cabeza, recordando a los ausentes.

Sí —suspiró Tanis—. Puedo imaginarme a Sturm. Querido amigo, nunca comprendí lo importante que eras para mí... tu valentía, tu noble espíritu. ¿Estás vivo, amigo mío? ¿Volveremos a encontrarnos, o nos hemos separado para siempre, como predijo Raistlin?.

El grupo siguió avanzando. El día se hizo más oscuro, la tormenta arreció. Riverwind disminuyó el paso para situarse junto a Goldmoon. Tika ató su caballo a la carreta y se subió al pescante junto a Caramon. Raistlin dormía en el interior. Tanis montaba solo, con la cabeza baja, con el pensamiento en algún lugar lejano.

Capítulo 2

El juicio de los Caballeros de Solamnia

—Y... finalmente —dijo Derek en un tono de voz bajo y comedido—, acuso a Sturm Brightblade de cobardía ante el enemigo.

Un creciente murmullo recorrió la asamblea de caballeros reunidos en el castillo del Comandante Gunthar. Tres de ellos, sentados frente a una inmensa mesa de roble que presidía la asamblea, se acercaron para conferenciar en voz baja.

Mucho tiempo atrás, un Juicio a un Caballero de Solamnia hubiera sido presidido —tal como prescribía la Medida— por el Gran Maestro, el Sumo Sacerdote y el Juez Supremo. Pero ahora no había Gran Maestro. Desde el Cataclismo tampoco había habido ningún Sumo Sacerdote y, aunque el Juez Supremo —el Comandante Alfred Marke— estuviera presente, el poder que le otorgaba su posición era bastante insignificante. A quienquiera que se convirtiera en el nuevo Gran Maestro, le sería fácil reemplazarlo.

A pesar de estas vacantes en la jefatura de la Orden, los asuntos de los caballeros debían seguir adelante. El Comandante Gunthar Uth Wistan, aunque no fuera lo suficientemente influyente para reclamar el codiciado cargo de Gran Maestro, tenía el suficiente poder como para ejercerlo. Por tanto estaba dispuesto a juzgar a Sturm Brightblade. El Comandante Alfred se sentaba a su derecha, y a su izquierda se hallaba el joven Comandante Michael Joeffrey, que hacía las veces de Sumo Sacerdote.

Frente a ellos, en la gran sala del castillo Uth Wistan, había otros veinte Caballeros de Solamnia, provenientes de varios lugares de Sancrist, que habían sido convocados

rápidamente para ejercer como testigos del juicio —tal como prescribía la Medida. Estos eran los que murmuraban y sacudían la cabeza, mientras sus jefes conferenciaban.

Derek se levantó del asiento, que estaba frente a la mesa de roble alrededor de la que se sentaban los dirigentes del Juicio, y saludó al Comandante Gunthar. Su declaración había llegado a su fin. Ahora sólo restaba la «Respuesta del Caballero» y el propio Juicio. Derek se dirigió a su lugar entre los demás caballeros, riendo y charlando con ellos.

Una sola persona de la sala estaba callada: Sturm Brightblade. Había permanecido inmóvil a lo largo de todas las acusaciones de Derek Crownguard. Había escuchado los cargos de insubordinación, desobediencia a las órdenes, y de pretender hacerse pasar por un caballero ya investido, sin que se le escapara ni un sólo murmullo. Su rostro no reflejaba expresión alguna.

El Comandante Gunthar miró a Sturm, tal como lo había estado contemplando durante todo el Juicio. El rostro de Sturm aparecía pálido e inmóvil, y su postura era tan rígida, que Gunthar comenzó a preguntarse si aquel hombre había estado vivo alguna vez. Sólo lo había visto vacilar en una ocasión. Ante la acusación de cobardía, un estremecimiento había recorrido todo su cuerpo. La expresión de su rostro, Gunthar tan sólo recordaba haber visto otra semejante en una ocasión, en un hombre que acababa de ser atravesado por una espada. Pero Sturm había recuperado rápidamente su compostura.

Gunthar se hallaba tan interesado en contemplar a Brightblade, que casi perdió el hilo de la conversación que mantenían los dos caballeros que estaban sentados junto a él. Oyó sólo el final de la frase del Comandante Alfred. No autorizar la «Respuesta del Caballero».

—¿Por qué no? —preguntó secamente el Comandante Gunthar—. De acuerdo con la Medida tiene todo el derecho.

—Nunca hemos tenido un caso parecido —declaró llanamente el Comandante Alfred, Caballero de la Espada—. En otras ocasiones, cuando alguien ha sido traído frente al Consejo de la Orden para dilucidar sobre su investidura, había testigos, muchos testigos. Se le otorgaban la oportunidad de explicar los motivos de sus acciones. Nadie se cuestionaba si había realizado o no esas acciones. Pero la única defensa de Brightblade sería decirnos que Derek miente —finalizó el Comandante Michael Jeffrey, Caballero de la Corona—. Y eso es impensable. ¡Que su palabra prevalezca sobre la de un Caballero de la Rosa!

—De todas formas ese joven debe tener su oportunidad —dijo Gunthar mirando ceñudamente a los otros dos—. Ésa es la Ley, de acuerdo con la Medida. ¿Alguno de vosotros la cuestiona?

—No... —No, desde luego que no. Pero...

—Muy bien —Gunthar se atusó el bigote e, inclinándose hacia adelante, golpeó ligeramente la mesa de madera con la empuñadura de la espada —la espada de Sturm— que estaba sobre ella. Los otros dos caballeros intercambiaron miradas a sus espaldas, uno de ellos arqueó las cejas y el otro se encogió ligeramente de hombros. Gunthar se

dio cuenta de esto, igual que percibía las tramas e intrigas encubiertas que proliferaban últimamente entre los caballeros. Pero decidió ignorarlo.

Al no ser lo suficientemente poderoso para reclamar el cargo vacante de Gran Maestre, y pese a ser el más fuerte y enérgico de los caballeros que usualmente asistían al Consejo, Gunthar se había visto obligado a ignorar mucho de lo que —en otros tiempos— hubiera reprimido sin titubear. No le extrañó la deslealtad de Alfred Markenin —había estado mucho tiempo en el mismo campamento que Derek—, pero le sorprendió la de Michael, a quien había considerado leal a él. Aparentemente, Derek también había conseguido convencerlo.

Gunthar contempló a Derek Crownguard. Derek era el único con el suficiente dinero y respaldo capaz de rivalizar con él por el cargo de Gran Maestre. En la confianza de ganar votos adicionales, Derek se había ofrecido voluntario para realizar la peligrosa búsqueda de los legendarios Orbes de los Dragones. Gunthar sólo había podido acceder a ello. Si se hubiera negado, hubiese dado la impresión de que temía el creciente poder del Comandante Derek. Desde luego si se seguía estrictamente la Medida, Derek era indiscutiblemente el más cualificado. Pero Gunthar —que hacía ya mucho tiempo que le conocía—, hubiera evitado su marcha, si la decisión hubiera estado en sus manos, y no porque temiera al caballero, sino porque no confiaba en él. Era jactancioso, estaba hambriento de poder y además Gunthar estaba seguro de que —llegado el caso— la única lealtad de Derek sería hacia sí mismo.

Y ahora resultaba que su victorioso regreso con uno de los Orbes de los Dragones hacía de él el vencedor. Su retorno había atraído a muchos caballeros hacia su campamento, incluso a los que pertenecía a la facción de Gunthar. Los únicos que aún se oponían a él eran los más jóvenes de la Orden más baja de Caballería, los Caballeros de la Corona.

Éstos compartían la interpretación rígida y estricta de la Medida, la cual representaba más que la propia vida para el resto de los caballeros. Habían intentado que aquello cambiara, por lo que habían sido severamente reprendidos por el Comandante Derek Crownguard, llegando algunos de ellos casi a perder su título de caballeros. Eran los que seguían fielmente al Comandante Gunthar. Desafortunadamente eran poco numerosos y, la mayoría de ellos, tenían más lealtad que dinero. No obstante, los jóvenes caballeros habían adoptado la causa de Sturm como la suya propia.

Este es el golpe maestro de Derek Crownguard —pensó Gunthar con amargura—. De un sólo golpe iba a librarse de un hombre al que odiaba y, además, de su principal rival.

El Comandante Gunthar era un reconocido amigo de la familia Brightblade, una amistad que se remontaba a varias generaciones atrás. Había sido el propio Gunthar quien había atendido la demanda de Sturm cuando, cinco años antes, el joven había aparecido, de nadie sabía dónde, en busca de su padre y de su herencia. Sturm había podido probar su derecho al apellido Brightblade gracias a unas cartas de su madre. Unos pocos insinuaron que el que debía reconocer a su hijo era su padre, pero Gunthar acabó rápidamente con los rumores. El joven era, sin lugar a dudas, el hijo de su viejo amigo —eso podía apreciarse en el rostro de Sturm—, pero, no obstante, al respaldar a Sturm, el Comandante estaba corriendo un gran riesgo.

La mirada de Gunthar se dirigió hacia Derek, quien caminaba entre los caballeros, sonriendo y estrechando manos. Sí, ese Juicio estaba haciendo que él, el Comandante Gunthar Uth Wistan, pareciera un estúpido.

Peor aún —pensó Gunthar con tristeza, desviando de nuevo la mirada hacia Sturm—, probablemente iba a destrozarse la carrera de alguien a quien él consideraba un hombre muy válido, un hombre digno de seguir el camino de su padre.

—Sturm Brightblade —dijo el Comandante Gunthar cuando se hizo el silencio en la sala—, ¿has oído las acusaciones que se te imputan?

—Sí, Señor —respondió Sturm.

Su voz profunda resonó extrañamente en la sala. De pronto uno de los troncos del fuego que ardía en la inmensa chimenea que había tras Gunthar se partió, produciendo una lluvia de chispas. Gunthar hizo una pausa, mientras los sirvientes se apresuraban a añadir más leña. Cuando los criados se retiraron, el Comandante continuó con el interrogatorio.

—¿Comprendes, Sturm Brightblade, las acusaciones que pesan sobre ti, y comprendes, además, que son graves y que podrían motivar que este Consejo te considerara poco digno para ser nombrado caballero?

—Lo comprendo —comenzó a responder Sturm. Su voz se quebró. Tosiendo, repitió con más firmeza—. Lo comprendo, Señor.

Gunthar intentó pensar cómo enfocar el interrogatorio, pues sabía que cualquier cosa que el joven dijera contra Derek, pesaría en contra del propio Sturm.

—¿Qué edad tienes, Brightblade?

Sturm parpadeó al oír esa inesperada pregunta.

—Unos treinta, ¿no? —prosiguió Gunthar pensativo.

—Sí, señor. —y por lo que dice Derek sobre vuestro viaje al castillo del Muro de Hielo, un habilidoso guerrero...

—Yo nunca negué eso, Señor —dijo Derek poniéndose en pie una vez más. Su voz estaba teñida de impaciencia.

—No obstante le acusáis de cobardía —espetó Gunthar—. Si mi memoria es correcta, declarasteis que cuando los elfos os atacaron, se negó a obedecer vuestra orden de ataque.

El rostro de Derek enrojeció.

—Puedo recordaros, Señor, que no se me está juzgando a mí...

—Habéis acusado a Brightblade de cobardía ante el enemigo —interrumpió Gunthar—. Hace ya muchos años que los elfos no son enemigos nuestros.

Derek titubeó. Los otros caballeros parecían incómodos. Los elfos eran miembros del Consejo de la Piedra Blanca, aunque no tuvieran derecho a voto. Debido al descubrimiento del Orbe de los Dragones, los elfos asistirían al próximo Consejo, y si llegaran a enterarse de que los caballeros los consideraban sus enemigos, la situación podía ser muy violenta.

—«Enemigo» tal vez sea una palabra demasiado fuerte Señor. Si cometo errores es simplemente porque estoy siendo obligado a seguir lo que dicta la Medida. En el momento del que hablo, los elfos —aunque en principio no son enemigos nuestros— estaban haciendo todo lo posible para evitar que trajéramos el Orbe a Sancrist. Ya que ésa era mi misión —y los elfos se oponían a ella— me veo obligado a definirlos como enemigos «de acuerdo con la Medida».

Astuto bastardo —pensó Gunthar.

Bajando la cabeza para disculparse por hablar fuera de turno, Derek volvió a sentarse. Muchos de los caballeros de más edad, asintieron en señal de aprobación.

—La Medida también dice —dijo Sturm lentamente—, que no debemos matar sin necesidad, que luchemos sólo como defensa, ya sea propia o de otros. Los elfos no amenazaron nuestras vidas. En ningún momento corrimos un riesgo físico.

—¡Estaban disparando flechas contra vosotros! —el Comandante Alfred golpeó la mesa con su enguantada mano.

—Es verdad, Señor, pero todos sabemos que los elfos son diestros arqueros. ¡Si hubieran querido matarnos, no se hubieran dedicado a apuntar contra los árboles!

—¿Qué crees que habría pasado si hubierais atacado a los elfos? —interrogó Gunthar.

—Bajo mi punto de vista los resultados hubieran sido trágicos, Señor —respondió Sturm en voz baja y serena—. Por primera vez en generaciones, los elfos y los humanos se hubieran matado los unos a los otros. Creo que los Señores de los Dragones se hubieran divertido bastante.

Varios caballeros jóvenes aplaudieron. El Comandante Alfred se los quedó mirando, enojado ante esa brecha abierta en las reglas de conducta de la Medida.

—Comandante Gunthar, puedo recordaros que no estamos juzgando aquí al Comandante Derek Crownguard. Él ya ha probado su valor en numerosas ocasiones en el campo de batalla. Creo que podemos creer en su valoración de lo que es una acción contra el enemigo y lo que no lo es. Sturm Brightblade, ¿estás diciendo que las acusaciones hechas contra ti por el Comandante Derek Crownguard son falsas?.

—Señor, yo no digo que el caballero haya mentido. Digo, no obstante, que me ha interpretado mal.

—¿Con qué fin? —preguntó el Comandante Michael.

Sturm titubeó.

—Preferiría no responder a esa pregunta, Señor —dijo en un tono tan bajo, que muchos de los sentados en las últimas filas no lo oyeron y pidieron a Gunthar que repitiera la pregunta. Este lo hizo, y recibió la misma respuesta, pero esta vez en un tono de voz más alto.

—¿Por qué motivo te niegas a responder a esta pregunta, Brightblade? —preguntó Gunthar con expresión ceñuda.

—Porque, de acuerdo con la Medida, iría contra del honor de la Orden de Caballería.

La expresión de Gunthar era severa.

—Esa es una grave acusación. Al hacerla, ¿te das cuenta de que no hay nadie que pueda respaldarte con su testimonio?

—Me doy cuenta, Señor, por eso prefiero no responderla.

—¿Y si te ordeno hablar?

—Eso, por supuesto, cambiaría las cosas.

—Entonces habla, Sturm Brightblade. Esta es una situación poco usual, y no veo cómo podemos emitir un juicio justo sin oír todas las versiones. ¿Por qué crees que el Comandante Derek Crownguard te ha interpretado mal?

Sturm enrojeció. Retorciéndose nerviosamente las manos, alzó los ojos y miró directamente a los tres caballeros que debían juzgarle. Sabía perfectamente que su caso estaba perdido. Nunca llegaría a ser investido caballero, nunca conseguiría lo que para él había sido máspreciado incluso que la propia vida. Si lo hubiera perdido por un error suyo, habría sido ya suficientemente amargo, pero perderlo así era una herida aún más dolorosa. Por tanto pronunció las palabras que sabía que iban a convertir a Derek en su peor enemigo para el resto de sus días.

—Creo que el Comandante Derek Crownguard me malinterpreta para favorecer su propia ambición, Señor.

En la sala estalló un tumulto. Derek se había puesto en pie. Sus amigos le contenían a la fuerza, porque hubiera atacado a Sturm en medio de la Sala del Consejo. Gunthar golpeó la mesa con la empuñadura de la espada para restablecer el orden, y poco a poco, todos fueron calmándose, pero no antes de que Derek hubiera retado a Sturm a probar su honor en un duelo.

Gunthar miró a Derek con frialdad

—Sabéis perfectamente, Comandante Derek, que en esta... que en tiempo de guerra... los duelos de honor están prohibidos. Haced el favor de comportaros o me veré obligado a expulsaros de esta asamblea.

Respirando pesadamente, con el rostro teñido de rubor, Derek volvió a sentarse en su puesto.

Gunthar aguardó unos segundos más para que los ánimos se calmaran y luego continuó.

—¿Tienes algo más que añadir en tu defensa, Sturm Brightblade?

—No, Señor.

—Entonces puedes retirarte mientras deliberamos.

Sturm se puso en pie y saludó a los Comandantes. Volviéndose, saludó al Consejo antes de dejar la sala escoltado por dos caballeros que le condujeron a una antecámara. Ellos se situaron cerca de la puerta, hablando en voz baja de asuntos no relacionados con el Juicio.

Sturm se sentó en un banco al fondo de la estancia. Parecía calmado y sereno, pero sólo fingía estarlo. Estaba decidido a no demostrar su agitación interna. Sabía que estaba todo perdido. La expresión preocupada de Gunthar le confirmaba esta creencia. Pero ¿cuál sería la sentencia? ¿El exilio, ser despojado de tierras y riquezas? Sturm sonrió con amargura. No tenía nada que pudieran quitarle. Hacía tanto tiempo que no vivía en Solamnia que el exilio no representaba demasiado para él. ¿La muerte? Eso casi representaría un alivio. Cualquiera cosa era mejor que esa existencia sin sentido, que ese dolor punzante.

Las horas pasaron. El murmullo de las tres voces subía y bajaba, en algunos momentos en tono enojado. La mayoría de los caballeros habían salido de la sala, ya que sólo aquellos tres, como cabezas del Consejo, podían emitir una sentencia. Los demás se habían dividido en diferentes grupos.

Los más jóvenes hablaban abiertamente del comportamiento noble de Sturm, de la valentía de sus acciones, la cual ni siquiera Derek había dejado de mencionar. Sturm tenía razón al no haber querido luchar contra los elfos. En aquellos tiempos los Caballeros de Solamnia necesitaban todos los amigos que pudieran encontrar. ¿Por qué atacar sin necesidad? Los de más edad sólo tenían una respuesta: la Medida. Derek le había dado una orden a Sturm y éste se había negado a obedecer. La Medida decía que esto era inexcusable.

La discusión se prolongó la mayor parte de la tarde. Casi al anochecer se oyó el tintineo de una campanilla.

—Brightblade —dijo uno de los caballeros.

—¿Ya es la hora?

El caballero asintió. Sturm bajó la cabeza un instante, rogándole a Paladine que le confiriera valor. Luego se puso en pie y él, y los que le escoltaban, aguardaron a que los demás entraran en la sala y tomaran asiento. Sturm sabía que iban a pronunciar el veredicto tan pronto como ellos entraran. Finalmente la puerta se abrió y le hicieron una señal para que pasara. Caminó hacia el interior de la sala. La mirada de Sturm se dirigió inmediatamente hacia la mesa que había frente a Gunthar.

La espada de su padre —una espada que según la leyenda había pertenecido al mismísimo Berthel Brightblade, una espada que sólo se quebraría si su dueño era vencido por el enemigo—, estaba sobre la mesa. Sturm la contempló, bajando la cabeza para ocultar las lágrimas que ardían en sus ojos.

El antiguo símbolo de la culpabilidad —unas rosas negras— estaba enroscado alrededor de la hoja de su espada.

—Traed al hombre, Sturm Brightblade —ordenó el Comandante Gunthar. «Al hombre, no al caballero», pensó Sturm desesperado. Entonces se acordó de Derek y alzó rápidamente la cabeza, con orgullo, intentando disimular sus lágrimas. Tal como en el campo de batalla hubiera ocultado su dolor ante el enemigo, también ahora estaba decidido a ocultárselo a Derek. Echando la cabeza hacia atrás con aire de desafío y mirando solamente al Comandante Gunthar, avanzó hasta llegar frente a los tres representantes de la Orden que debían pronunciar la sentencia.

—Sturm Brightblade, te consideramos culpable. Estamos dispuestos a formular la sentencia. ¿Estás preparado para escucharla?

—Sí, Señor.

Gunthar se atusó, de nuevo, el bigote, un gesto que los hombres que habían luchado junto a él reconocieron. Siempre lo hacía antes de comenzar una batalla.

—Sturm Brightblade, nuestra sentencia es que, de ahora en adelante, cesarás de llevar cualquiera de los adornos o atavíos de un Caballero de Solamnia.

—Sí, Señor.

—Y, de aquí en adelante, no recibirás paga alguna de las arcas de los caballeros, ni obtendrás ninguna propiedad ni ventaja de ellos...

Los presentes en la sala se agitaron inquietos. ¡Aquello era ridículo! Desde antes del Cataclismo, ninguno había obtenido ningún pago por sus servicios a la Orden. Algo estaba ocurriendo. Presintieron el trueno que precede a la tormenta.

—Finalmente... —Gunthar hizo una pausa. Se inclinó hacia adelante, jugueteando con las rosas negras que adornaban la antigua espada. Sus penetrantes ojos recorrieron la asamblea, dejando que aumentase la tensión. Cuando volvió a hablar, hasta el fuego de la chimenea había dejado de chisporrotear.

—Sturm Brightblade, caballeros, hasta ahora nunca antes habíamos tenido un caso similar ante el Consejo y esto, tal vez no sea todo lo extraño que pueda parecer, ya que

estamos atravesando unos tiempos difíciles y poco comunes. Tenemos a un joven que destaca por su destreza y valor en la batalla, lo cual es admitido hasta por el mismo hombre que le acusa. Este joven es acusado de desobedecer órdenes y de cobardía ante el enemigo. El no niega la acusación, pero declara que ha sido mal interpretado.

Los asistentes continuaban inquietos, pero Gunthar prosiguió su discurso.

—Siguiendo las normas de la Medida nos inclinamos a aceptar la palabra de un reconocido caballero como Derek Crownguard antes que la de un hombre que aún no ha obtenido su investidura. Pero la Medida también dicta que este hombre tendrá derecho a llamar testigos que apoyen sus palabras. Debido a las inusuales circunstancias de estos tiempos difíciles, Sturm Brightblade no puede disponer de testigos. Ni, por el mismo motivo, puede Derek Crownguard traer testigos que apoyen su propio testimonio. Por tanto hemos decidido seguir un procedimiento ligeramente irregular.

Sturm estaba en pie ante Gunthar, confundido y preocupado. ¿Qué estaba sucediendo? Observó a los otros dos caballeros. El Comandante Alfred no hacía ningún esfuerzo por ocultar su ira. Por tanto era obvio que el «acuerdo» de Gunthar había sido difícil de lograr.

—El veredicto de este Consejo es —prosiguió Gunthar—, que este hombre, Sturm Brightblade, sea aceptado en la Orden más baja de los caballeros, la Orden de la Corona... —Hubo una general exclamación de asombro—. Y que, además, sea nombrado el tercero en mando del ejército próximo a partir por mar hacia Palanthas. Tal como prescribe la Medida, el Mando Supremo debe estar compuesto por un representante de cada una de las Ordenes. Por lo tanto, Derek Crownguard será Comandante Supremo en representación de la Orden de la Espada, y Sturm Brightblade actuará... en mi honor, como Comandante de la Orden de la Corona.

En medio de un atónico silencio, Sturm sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas, pero ahora ya no necesitaba ocultarlas. Tras él oyó el sonido de alguien levantándose. Derek salió furioso de la sala, seguido de los que lo apoyaban. También se oyó algún que otro vítor. Sturm vio a través de sus lágrimas que casi la mitad de los caballeros que había en la sala —en concreto los más jóvenes, los que él debía mandar— estaban aplaudiendo. Sturm sintió una pena intensa en lo más profundo de su corazón. Aunque acabara de salir victorioso, le horrorizaba ver en qué se había convertido la Orden de Caballería dividida en dos facciones por hombres sedientos de poder. No era más que la concha corrupta de una hermandad que en su día había sido honorable.

—Felicitaciones, Brightblade —dijo el Comandante Alfred secamente—. Espero que te des cuenta de lo que el Comandante Gunthar ha hecho por ti.

—Me doy cuenta, Señor, y juro por la espada de mi padre que me haré merecedor de su confianza.

—Procura que así sea, joven —respondió el Comandante Alfred antes de dejar la sala. El Comandante Michael le acompañó sin dirigirle la palabra a Sturm.

Entonces los caballeros de menos edad se acercaron para felicitar cordialmente a Sturm. Brindaron con vino a su salud y se hubieran quedado un largo rato si Gunthar no les hubiese rogado que se marcharan.

Cuando ambos hombres se quedaron a solas en la Sala, Gunthar sonrió ampliamente a Sturm y estrechó su mano. Este le devolvió el caluroso apretón de manos pero no la sonrisa. La herida era demasiado reciente.

Entonces, lenta y cuidadosamente, Sturm sacó las rosas negras de su espada. Dejándolas sobre la mesa, deslizó el arma de la vaina. Se disponía a empujar las rosas a un lado, pero se detuvo, cogió una y se la colocó en el cinturón

—Debo daros las gracias, Señor —comenzó a decir con voz temblorosa.

—No tienes por qué darme las gracias, hijo —dijo el Comandante mirando a su alrededor—. Salgamos de este lugar y vayamos a otro más acogedor. ¿Te apetece un vaso de vino caliente?

Ambos caminaron por los corredores de piedra del antiguo castillo de Gunthar. Todavía podían oírse algunos ruidos tras la marcha de los jóvenes caballeros —los cascos de los caballos pateando el empedrado, voces y gritos, e incluso la melodía de alguna canción militar.

—Debo daros las gracias, Señor —repitió Sturm con firmeza—. El riesgo que corréis es demasiado fuerte. Espero poder corresponder a vuestra confianza.

—¡Riesgo! Tonterías, hijo —frotándose las manos para avivar la circulación, Gunthar guió a Sturm a una pequeña estancia decorada para las próximas fiestas de invierno con delicadas rosas rojas, cultivadas en el interior, plumas de martín pescador y delicadas coronas doradas. En la chimenea ardía un fuego vivo. A una orden de Gunthar, los sirvientes trajeron dos jarras de un vaporoso líquido que despedía olor a especias. Fueron muchas las veces que tu padre arrojó su escudo frente a mí y me protegió cuando yo había sido derribado.

—Y vos hicisteis lo mismo por él —dijo Sturm—. No le debéis nada. El haber comprometido vuestro honor por mí significa que, si yo fallo, el que sufrirá las consecuencias seréis vos. Seréis despojado de vuestro rango, vuestro título, vuestras tierras. Derek se asegurará de que así sea.

Gunthar, mientras tomaba un buen trago de su bebida, observó al joven que tenía ante él. Sturm tomó un breve sorbo de su bebida por educación, sosteniendo la jarra con una mano que temblaba ostensiblemente. Gunthar posó amablemente su mano sobre el hombro de Sturm, indicándole que tomara asiento.

—¿Has fallado en el pasado, Sturm?

Sturm alzó una mirada de ojos brillantes.

—No, Señor. No lo he hecho. ¡Lo juro!

—Entonces no me da ningún temor el futuro —dijo el Comandante Gunthar sonriendo y alzando la jarra—. Brindo por tu buena fortuna en la batalla, Sturm Brightblade.

Sturm cerró los ojos. La tensión había sido muy fuerte. Dejando caer la cabeza sobre sus brazos, lloró. Gunthar volvió a posar la mano sobre su hombro.

—Lo comprendo... —dijo mirando atrás hacia una noche en la que el padre de aquel joven también se había desmoronado y había prorrumpido en llanto. La noche en que el Comandante Brightblade había enviado a su mujer y a su hijo pequeño al exilio, viaje del que nunca les vería regresar.

Sturm, exhausto, finalmente se quedó dormido. Gunthar, sentado a su lado, siguió bebiendo el vino caliente, perdido en recuerdos del pasado hasta que, finalmente, también él se sumergió en las profundidades del sueño.

Los pocos días que faltaban para que el ejército embarcara hacia Palanthas, transcurrieron rápidamente para Sturm. Debía encontrar una armadura... usada, ya que no podía costearse el comprar una nueva. Empaquetó cuidadosamente la cota de mallas de su padre, con la intención de llevarla con él, ya que no podía vestirla. Tuvo que asistir a reuniones en las que se discutían las diferentes estrategias a seguir en la batalla y en las que se les facilitaba información sobre el enemigo.

La batalla de Palanthas sería muy dura, ya que determinaría el dominio sobre toda la parte norte de Solamnia. Los Comandantes habían coincidido en los planteamientos de la lucha: fortificarían los muros de la ciudad con el propio ejército de la urbe, y los caballeros ocuparían la Torre del Sumo Sacerdote, que se alzaba bloqueando el paso a través de las Montañas Vingaard. Pero eso era todo lo que habían acordado. Las reuniones entre los tres jefes eran tensas, y la atmósfera muy fría.

Finalmente llegó el día en que debían partir. Los caballeros se reunieron a bordo del barco. Sus familias se quedaron silenciosamente en tierra. Aunque sus rostros reflejaran preocupación, hubo pocas lágrimas y las mujeres, con los labios apretados, aparecían tan ceñudas como los hombres. Algunas de las esposas llevaban espadas a la cintura. Todos sabían que si perdía la batalla del norte, el enemigo llegaría allí por mar.

Gunthar estaba en la pasarela charlando con los caballeros, despidiéndose de sus hijos. Él y Derek intercambiaron las pocas palabras rituales prescritas por la Medida y, después, Gunthar abrazó por puro compromiso al Comandante Alfred. Finalmente se dirigió hacia Sturm, que se hallaba a distancia de los demás.

—Brightblade —le dijo Gunthar en voz baja cuando llegó junto a él—. Quería hacerte una pregunta pero estos últimos días no he podido encontrar el momento. Mencionaste que tus amigos iban a venir a Sancrist. ¿Hay alguno de ellos que pudiera servirte como testigo ante el Consejo?

Sturm reflexionó. Por un instante la única persona que se le ocurría era Tanis. Había pensado mucho en su amigo durante aquellos días tan duros. Incluso había concebido la esperanza de que Tanis pudiera llegar a Sancrist. Pero aquella esperanza había muerto.

Dondequiera que estuviera Tanis, tenía sus propios problemas, se enfrentaba a sus propios peligros. También había otra persona que había confiado poder ver. Inconscientemente, Sturm se llevó la mano a la Joya Estrella que pendía de su cuello. Casi podía sentir su calor y sabía —sin saber cómo— que aunque estuviera lejos, Alhana estaba con él.

Entonces...

—¡Laurana! —exclamó.

—¿Una mujer? —Gunthar frunció el ceño.

—Sí, pero es hija del Orador de los Soles, miembro de la casa real de Qualinesti. y también su hermano, Gilthanas. Ambos testificarían a mi favor.

—La casa real... Eso sería perfecto, especialmente ya que se nos ha comunicado que el Orador en persona presidirá el Consejo de la Piedra Blanca en el que debe debatirse el tema del Orbe de los Dragones. Si esto sucede, hijo mío, te lo haré saber de alguna manera para que puedas volver a vestir tu antigua cota de mallas. ¡Serás vindicado! ¡Serás libre para llevarla sin vergüenza alguna!

—Y vos os veréis libre de vuestro compromiso —dijo Sturm estrechando la mano del Comandante.

—¡Bah! Eso no debe importarte —Gunthar posó su mano sobre la cabeza de Sturm, tal como la había posado sobre las cabezas de sus propios hijos. Sturm se arrodilló respetuosamente ante él—. Recibe mi bendición, Sturm Brightblade, la bendición paterna que te otorgo en ausencia de tu verdadero padre. Cumple con tu deber y sé fiel a su memoria. Que el espíritu de Huma esté contigo.

—Gracias, Señor —dijo Sturm poniéndose en pie—. Adiós.

—Adiós, Sturm. —Tras abrazarle rápidamente, se volvió y se alejó.

Se quitaron las pasarelas de los barcos. Había amanecido pero el sol no brillaba en el cielo invernal. Unos oscuros nubarrones se cernían sobre un mar gris plomizo. No hubo vítores, los únicos sonidos que pudieron oírse fueron las órdenes gritadas por el capitán y la respuesta de la tripulación, el crujir de los tornos y el ondear de las velas al viento.

Los barcos levaron lentamente sus anclas e iniciaron su viaje en dirección al norte. Casi no se divisaban ya las velas de los barcos en el horizonte, pero aún y así, nadie abandonó el muelle, ni siquiera cuando estalló una repentina lluvia, que arrojó granizo y gotas heladas, dibujando una fina cortina gris sobre las frías aguas.

Capítulo 3

El Orbe de los Dragones

El compromiso de Caramon

Raistlin se detuvo ante la pequeña puerta del carromato, mirando con sus dorados ojos los bosques iluminados débilmente por el mortecino sol. Todo estaba en silencio. Las fiestas de Invierno ya habían pasado. Los campos estaban atrapados bajo la manta invernal y nada se movía en el nevado paisaje. Sus compañeros habían salido para ocuparse de diversas tareas. Raistlin sonrió siniestramente, regresó al interior de la carreta y cerró firmemente la puerta de madera.

Hacia varios días que los compañeros habían acampado allí, a las afueras de Kendermore. Estaban casi llegando al final de su viaje, el cual había sido un éxito completo. Aquella noche partirían en dirección a Flotsam bajo la protección de la oscuridad. Tenían suficiente dinero para alquilar un barco, además de lo que les quedaba para provisiones y para pagar una semana de alojamiento en Flotsam. Su última actuación había tenido lugar aquella tarde.

El joven mago se abrió camino hacia el fondo del carromato entre los trastos. Su mirada se posó sobre la reluciente túnica roja que pendía de un clavo. Tika había comenzado a empaquetarla, pero Raistlin le había gritado con furia para que se detuviera. Encogiéndose de hombros, la muchacha la había dejado en el mismo lugar y había salido a dar un paseo por el bosque, con la certeza de que —como de costumbre— Caramon la encontraría.

La huesuda mano de Raistlin tocó la túnica, sus esbeltos dedos acariciaron la reluciente tela de lentejuelas, y el mago lamentó que aquel período de su vida llegara a su fin.

—He sido feliz —murmuró Raistlin para sí—. Es extraño. ¡No ha habido muchas ocasiones en mi vida en las que haya podido decir algo parecido, ni cuando era niño, ni tampoco en estos últimos años, después de que torturaran mi cuerpo y me condenaran a tener estos ojos. Entonces nunca creí en la felicidad. ¡Qué insignificante era comparada con mi magia! De todas formas... estas últimas semanas han sido días de paz, de auténtica felicidad. No creo que vuelva a vivirlos de nuevo. No después de lo que debo hacer...

Raistlin sostuvo la túnica un instante más y luego, encogiéndose de hombros, la arrojó a un rincón y continuó avanzando hacia el fondo del carromato, donde había colocado una

cortina para separarlo del resto y disponer así de cierta intimidad. Una vez allí corrió la cortina.

Fantástico. Disponía de varias horas para él solo, de hecho, hasta el atardecer. Tanis y Riverwind habían salido de caza. Caramon supuestamente también, aunque todos sabían que aquello era sólo una excusa para quedarse a solas con Tika. Goldmoon estaba preparando comida para el viaje. Nadie le molestaría. El mago asintió para sí, satisfecho.

Sentándose frente a una pequeña mesa que Caramon había construido para él con ramas y troncos, Raistlin sacó cuidadosamente una bolsa de aspecto ordinario de uno de los bolsillos más ocultos de su túnica. Era la bolsa que contenía el Orbe de los Dragones. Cuando tiró del cordel que la anudaba, sus esqueléticos dedos temblaron. La bolsa se abrió. Raistlin introdujo una mano, y lo sacó. Sosteniéndolo sin problemas en la palma de la mano, lo inspeccionó escrupulosamente para ver si se había producido en él alguna variación.

No. En su interior aún relucía aquella tenue luz verdosa. Todavía era tan frío al tacto como una piedra de granizo. Sonriendo, Raistlin lo sujetó delicadamente con una mano mientras con la otra palpaba por debajo de la mesa. Finalmente encontró lo que buscaba una pequeña base de tres patas tallada en madera. Alzándola, Raistlin la colocó sobre la mesa. No estaba muy bien construida —Flint se hubiera burlado de él. Raistlin no tenía ni el interés ni la destreza necesarias para trabajar la madera. La había tallado laboriosamente, en secreto, encerrado en el traqueteante carronato en los largos días del viaje. No, no estaba demasiado bien hecha, pero no le importaba. Serviría para sus propósitos.

El mago colocó el Orbe de los Dragones sobre la base. Era del tamaño de una canica y tenía un aspecto casi ridículo, pero Raistlin se recostó en la silla, aguardando pacientemente. Tal como esperaba, al poco rato aquella extraña esfera comenzó a aumentar de tamaño. ¿O no...? Tal vez él estuviera menguando. Raistlin no hubiera podido asegurarlo. Sólo sabía que, de repente, el Orbe tenía el tamaño apropiado. Si algo había cambiado, era él mismo, que era demasiado pequeño, demasiado insignificante, incluso, para estar en la misma estancia que el Orbe.

El mago sacudió la cabeza. Sabía que no debía perder el control, e inmediatamente se dio cuenta de los sutiles trucos que le estaba jugando aquel objeto para socavar ese control. Pronto, aquellos trucos no serían sutiles. Raistlin sintió seca su garganta. Tosió, maldiciendo sus débiles pulmones. Alentando temblorosamente, hizo un esfuerzo por respirar lenta y profundamente.

Relájate. Debo relajarme. No tengo miedo. Soy fuerte. ¡Mira lo que he hecho! —pensó.

Silenciosamente invocó al Orbe: ¡Mira el poder que he conseguido! Acuérdate de lo que hice en el Bosque Oscuro. Acuérdate de lo que hice en Silvanesti. Soy fuerte. No tengo miedo.

Los colores del Orbe relucieron pálidamente, pero la esfera no respondió. El mago cerró los ojos unos instantes, retirando el Orbe de su vista. Recuperando el control, los volvió a abrir y lo contempló con su suspiro. El momento se acercaba.

El Orbe de los Dragones había recuperado su tamaño original. Casi podía ver las acartonadas manos de Lorac sujetándolo. El joven mago se estremeció.

¡No! ¡Detente! —se dijo con firmeza, e inmediatamente hizo que la visión desapareciera de su mente. Se relajó una vez más, respirando regularmente, con sus ojos de relojes de arena clavados sobre la esfera. Entonces extendió lentamente sus esbeltos dedos de tono metálico. Tras un último momento de vacilación, Raistlin colocó sus manos sobre el frío cristal y pronunció las antiguas palabras.

—Ast bilak moiparalan-Suh akvlar tantagusar.

¿Cómo sabía lo que debía decir? ¿Cómo sabía cuáles eran las palabras que harían que el Orbe lo comprendiera, y se diera cuenta de su presencia? Raistlin lo ignoraba. Sólo percibía que, de alguna manera, en algún lugar de su interior, ¡conocía las palabras! ¿Se las había dicho la voz que le había hablado en Silvanesti? Tal vez. No tenía importancia.

Volvió a repetir las palabras en voz alta una vez más.

—Ast bilak moiparalan-Suh akvlar tantagusar.

Lentamente, el fluctuante color verde se sumergió en una miríada de ondeantes y brillantes colores que daba vértigo contemplar. Bajo sus manos, el cristal era tan frío, que resultaba doloroso al tacto. Raistlin tuvo la terrorífica visión de que retiraba las manos y su carne quedaba pegada al helado Orbe. Apretando los dientes, ignoró el dolor y susurró las palabras de nuevo.

Los colores cesaron de ondear. Una luz relució en el centro, una luz que no era ni blanca ni negra, era de todos los colores y de ninguno a la vez. Raistlin tragó saliva.

¡De la luz surgieron dos manos! Le entró una desesperada urgencia de retirar las suyas, pero antes de que pudiera hacerlo las dos manos se las agarraron fuerte y firmemente. ¡El Orbe desapareció! ¡La habitación desapareció! Raistlin no veía nada a su alrededor. No había luz. No había oscuridad. ¡Nada! Nada... nada más que dos manos que sujetaban las suyas. Completamente aterrorizado, Raistlin se concentró en esas manos.

¿Eran humanas? ¿Elfas? ¿Viejas? ¿Jóvenes? No podía saberlo. Los dedos eran largos y esbeltos, pero su roce era el de la muerte. Si le soltaban caería en el vacío, impelido hasta que la piadosa oscuridad lo consumiera. Mientras se sujetaba a ellas con una fuerza nacida del terror, Raistlin comprendió que aquellas manos estaban arrastrándolo lentamente cada vez más cerca de..., arrastrándole hacia... hacia...

De pronto Raistlin volvió en sí, como si alguien le hubiera arrojado agua fría a la cara. ¡No! ¡No iré! —le dijo a la mente que percibía que controlaba aquellas manos. A pesar de temer que las manos dejaran de sujetarle, todavía temía más ser arrastrado hacia donde no quería ir. No se soltaría.

Mantendré el control —afirmó con furia a aquella mente y, sujetándose con mayor ahínco, el mago hizo acopio de todas sus fuerzas, de toda su voluntad, y tiró de las manos hacia él.

Las manos se detuvieron. Por unos instantes, ambas voluntades rivalizaron en una contienda a vida o muerte. Raistlin sintió que sus fuerzas flaqueaban, sus manos se debilitaban, las palmas comenzaban a sudar. Sintió que las manos del Orbe tiraban nuevamente de él, cada vez con más fuerza. Sufriendo intensamente, Raistlin hizo acopio de cada gota de sangre, concentró cada nervio, sacrificó cada músculo de su frágil cuerpo para recuperar el control.

Despacio... despacio... exactamente cuando creyó que su acelerado corazón le estallaría en el pecho o que su mente explotaría en llamas, Raistlin sintió que las manos apretaban las suyas cada vez con menos fuerza. Todavía se las sujetaba tal como él se mantenía sujeto a ellas, pero ya no estaban en lucha. Sus manos y las del Orbe de los Dragones permanecían unidas en mutuo respeto, sin pretender el dominio.

El éxtasis de la victoria, el éxtasis de la magia recorrió el cuerpo de Raistlin, envolviéndolo en una cálida luz dorada. Su cuerpo se relajó. Tembloroso, notó que las manos le sostenían gentilmente, le apoyaban, le otorgaban fuerza.

—¿Qué eres? —le preguntó Raistlin en silencio—. ¿Eres benigno o maligno?

No soy ninguna de las dos cosas. No soy nada. Lo soy todo. La esencia de los dragones capturados hace muchos años, eso es lo que soy.

—¿Cómo funcionas? —siguió preguntando el mago—. ¿Cómo controlas a los dragones?

A una orden tuya, les haré venir. No pueden resistirse a mi llamada. Obedecerán.

—¿Se volverán contra sus Señores? ¿Seguirán mis órdenes?

Eso depende de la fuerza de su Señor y del lazo que exista entre ambos. Éste en algunos casos es tan fuerte, que el Señor puede mantener control sobre el dragón. Pero la mayoría de ellos harán lo que les ordene. No podrán evitarlo.

—Debo estudiar esto —murmuró Raistlin, sintiéndose cada vez más débil—. No comprendo...

Relájate. Yo te ayudaré. Ahora que nos hemos encontrado, puedes pedirme ayuda cuando quieras. Conozco muchos secretos olvidados hace tiempo. Pueden ser tuyos.

—¿Qué secretos...? —Raistlin sintió que perdía la conciencia. La tensión había sido excesiva. Hizo un esfuerzo por mantenerse sujeto a las manos, pero notó que cada vez perdía más fuerza. Las manos le sostenían cuidadosamente, como una madre sostiene a su hijo.

...Relájate, no te dejaré caer. Duerme. Estás cansado.

—¡Dímelo! ¡Debo saberlo! —gritó silenciosamente Raistlin

Sólo te diré una cosa, luego debes descansar: En la Biblioteca de Astinus, en Palanthas, hay libros, cientos de libros, llevados allí por los magos de la antigüedad durante las Batallas Perdidas. Aquellos que vean esos libros creerán que son simples enciclopedias de magia, que relatan aburridas historias que quedaron olvidadas en las cavernas de los tiempos.

Raistlin vio que la oscuridad se cernía sobre él. Se agarró a las manos.

—¿Qué contienen en realidad esos libros? —susurró.

Entonces lo supo, y con el conocimiento la oscuridad se precipitó sobre él como una ola del océano.

En una gruta cercana al carromato, ocultos por las sombras, enardecidos por el fuego de su pasión, Tika y Caramon yacían el uno en brazos del otro. La rizada cabellera rojiza de Tika enmarcaba su rostro, sus ojos estaban cerrados, sus gruesos labios entreabiertos. Su grácil cuerpo, enfundado en una falda de alegres colores y en una blusa blanca de mangas ahuecadas, se apretaba contra Caramon. Sus piernas se entrecruzaban con las del guerrero, su mano acariciaba su rostro, sus labios repasaban los de él.

—Por favor, Caramon —susurró la muchacha—. Esto es una tortura. Nos queremos el uno al otro. No tengo miedo. ¡Por favor, ámame!

Caramon cerró los ojos. En su rostro brillaban gotas de sudor. El punzante dolor del amor parecía imposible de soportar. Podía darle fin, acabar de una vez por todas con él en un dulce éxtasis. Por un instante vaciló. El fragante cabello de Tika acariciaba su rostro, sus suaves labios besaban su cuello. Sería tan fácil... tan maravilloso...

Caramon suspiró. Cerró con decisión sus poderosas manos sobre las muñecas de Tika.

Las retiró de su cara con firmeza y se separó de la muchacha.

—No —le dijo. Rodando a un lado, se puso en pie—. No. Lo siento. No pretendía dejar que... las cosas llegaran tan lejos.

—¡Bien, pues yo sí lo pretendía! ! Yo no estoy asustada! Ya no.

No, pero te siento temblando entre mis manos como un animalillo atrapado — pensó Caramon, llevándose las manos a su palpitante cabeza.

Tika comenzó a anudarse el lazo de su blusa blanca. Incapaz de ver a través de las lágrimas, la muchacha tiró de la tela con tanta fuerza que la rompió.

—¡No! ¡Mira esto! —arrojó el sedoso pedazo de tela al suelo—. ¡He destrozado mi blusa! ¡Tendré que coserla! ¡Todos sabrán lo que ha sucedido! ¡O por lo menos creerán que lo saben! Yo... yo... ¡Oh, qué sentido tiene! —llorando desconsoladamente, Tika se cubrió el rostro con las manos, sacudida por ligeros espasmos.

—¡No me importa lo que piensen! —exclamó Caramon. Su voz resonó en la gruta. El guerrero no la reconfortó, sabía que si la tocaba de nuevo, sucumbiría a su pasión—. Además, no piensan nada en absoluto. Son nuestros amigos. Se preocupan por nosotros...

—¡Ya sé! ¿Se trata de Raistlin, no? A él no le gusto. ¡Me odia!

—No digas eso, Tika. Si así fuera y si él fuera más fuerte, no importaría. No me importaría lo que piensan o dijeran los demás. No entienden por qué nosotros... nosotros no somos... er... amantes. Hasta Tanis me dijo que yo era un estúpido...

—Tiene razón.

—Tal vez. Tal vez no.

Algo en la voz de Caramon hizo que Tika dejara de llorar. La muchacha alzó la mirada mientras él se volvía hacia ella.

—Tú no sabes lo que le sucedió a Raistlin en las Torres de la Alta Hechicería. Ninguno de vosotros lo sabéis y ninguno de vosotros lo sabrá nunca. Pero yo sí lo sé. Estaba allí. ¡Me obligaron a verlo! —Caramon se estremeció, cubriéndose el rostro con las manos—. Dijeron que «su fuerza salvaría al mundo». ¿Qué fuerza? ¿Su fuerza interna? ¡Yo soy su fuerza externa! No... no lo comprendo, pero Raistlin me dijo en un sueño que éramos una única persona, maldita por los dioses y separada en dos cuerpos. Nos necesitamos el uno al otro, por lo menos por ahora. Tal vez algún día esto cambie. Tal vez algún día encuentre otra fuerza...

Caramon se quedó callado. Tika tragó saliva y se restregó el rostro con la mano.

—Yo... —comenzó a decir, pero Caramon la interrumpió.

—Aguarda un minuto. Déjame acabar. Te amo, Tika, te amo tan profundamente como un hombre pueda amar a una mujer. Quiero hacerte el amor. Si no estuviéramos metidos en esta estúpida guerra, te haría mía ahora mismo. En este preciso minuto. Pero no puedo. Porque si lo hiciera, contraería un compromiso contigo, y debería dedicar mi vida a cuidarlo y defenderlo y no puedo contraerlo, Tika. Mi obligación es dedicarme a mi hermano —Tika comenzó a llorar de nuevo, esta vez no por ella sino por él—. Debo dejarte libre para que encuentres a alguien que...

—¡Caramon! —un grito rasgó el dulce silencio de la tarde—. ¡Caramon, ven rápido! —era Tanis.

—¡Raistlin! —exclamó el guerrero, y sin pronunciar otra palabra salió corriendo de la cueva. Tika le contempló partir. Luego, suspirando, intentó recomponer su cabello.

—¿Qué sucede? —Caramon entró corriendo en el carromato—. ¿Se trata de Raistlin?

Tanis asintió con expresión preocupada.

—Le encontré así —el semielfo corrió la cortina del pequeño reducto de Raistlin. Caramon lo apartó a un lado. Raistlin yacía en el suelo, su piel estaba blanquecina, su respiración entrecortada. De su boca fluía sangre. Caramon se arrodilló y le levantó en sus brazos.

—¿Raistlin, qué ha sucedido?

—Esto es lo que ha sucedido —dijo Tanis ceñudo, señalando hacia la mesa. Caramon alzó los ojos y su mirada se posó sobre el Orbe de los Dragones, que ahora era del mismo tamaño que en Silvanesti. Descansaba sobre la base que Raistlin había construido para él, sus fluctuantes colores oscilaban incesantemente. Caramon contuvo la respiración horrorizado. Su mente se pobló de espantosos recuerdos de Lorac. Lorac enajenado, muriendo...

—¡Raistlin! —gimió, estrechando con fuerza a su hermano. La cabeza del mago se movió ligeramente. De pronto parpadeó y abrió la boca.

—¿Qué...?

—Caramon inclinó la cabeza.

—Míos... Encantamientos... de los antiguos... míos... míos... La cabeza del mago se inclinó a un lado, sus palabras murieron, pero su expresión era calma, plácida, relajada. Su respiración se hizo regular. Los labios de Raistlin se abrieron en una sonrisa.

Capítulo 4

En el castillo de Gunthar

Después de la marcha de los caballeros hacia Palanthas, el Comandante Gunthar tuvo que cabalgar varios días casi sin interrupción para llegar a tiempo a su castillo para las celebraciones de Invierno. Los caminos estaban completamente enlodados. Su caballo tropezó más de una vez, y Gunthar, que lo amaba casi tanto como a sus hijos, no vaciló en avanzar a pie cada vez que el estado de los caminos lo requería. Por tanto, cuando

llegó a su castillo estaba exhausto y empapado. El mozo de cuadras le salió al paso para encargarse del animal.

—Cepíllalo bien —dijo Gunthar desmontando—y dale avena caliente y... —prosiguió dando instrucciones, mientras el mozo de cuadra asentía pacientemente, como si nunca en su vida hubiera cuidado de un caballo. Pese a ello, Gunthar ya se disponía a llevarlo él mismo a los establos, cuando vio venir a su viejo criado.

—Señor, tenéis visitas. Llegaron hace solamente unas pocas horas.

—¿Quiénes son? —preguntó Gunthar sin mucho interés, ya que allí los visitantes no eran nada nuevo, especialmente en esos días de celebraciones—. ¿El Comandante Michael? No pudo viajar con nosotros, pero le pedí que se detuviera aquí, camino de su casa... !

—Se trata de un anciano, Señor —interrumpió Wills —y un kender.

—¿Un kender?

—Me temo que sí, Señor. Pero no os preocupéis —añadió rápidamente el criado—. He guardado bajo llave toda la plata, y vuestra esposa ha llevado todas sus joyas a la bodega.

—¡Por lo que se ve has pensado que nos estaban atacando! —exclamó Gunthar quien, no obstante, atravesó el patio más rápido que de costumbre.

—Nunca se es demasiado precavido con esas criaturas Señor.

—¿Quiénes son esos dos? ¿Mendigos? ¿Cómo es que los has dejado pasar? —preguntó Gunthar comenzando a irritarse. Todo lo que deseaba era una copa de vino caliente, ropas secas y un poco de descanso—. Dales algo de comida y dinero y despídelos de aquí. Por supuesto, primero registra al kender.

—Pensaba hacerlo, Señor. Pero hay algo en ellos... sobre todo en el anciano. Si me lo preguntáis, os diré que está chiflado, pero, sin embargo, es un chiflado muy lúcido. Sabe algo, y parecía importante para él... y para nosotros también.

—¿Qué quieres decir?

Ambos acababan de llegar a las puertas de madera que llevaban a la parte habitada del castillo. Gunthar se detuvo y observó a Wills ; conocía y respetaba el gran poder de observación de su criado. Wills miró a su alrededor y luego se acercó más a él.

—El anciano dijo que debía comunicaros noticias urgentes sobre el Orbe de los Dragones, Señor.

—¡El Orbe de los Dragones! —murmuró Gunthar. Debía ser un secreto, o, por lo menos, él había supuesto que así era. Los caballeros lo sabían, por supuesto. ¿Se lo habría dicho Derek a alguien más? ¿Sería ésta otra de sus maniobras?

—Has actuado sabiamente, Wills, como siempre. ¿Dónde están?

—Los dejé en vuestra sala de armas, Señor. Pensé que allí podrían hacer pocos disparates. —Me cambiaré de ropa y les veré inmediatamente después. ¿Les has atendido debidamente?

—Sí, Señor. Les he ofrecido vino caliente, un poco de pan, y carne. Aunque no me extrañaría que el kender se hubiera quedado con los platos...

Gunthar y Wills se quedaron tras la puerta de la sala de armas durante un instante, intentando escuchar la conversación de los visitantes.

—¡Deja eso en su sitio! —ordenó una voz en tono severo.

—¡No lo haré! ¡Es mío! ¡Mira, estaba en mi bolsillo!

—¡Bah! ¡V! cómo lo ponías ahí hace menos de cinco minutos!

—Bien, pues te equivocas —protestó la otra voz en tono herido—. ¡Es mío! Mira, lleva mi nombre grabado...

—Para Gunthar, mi adorado esposo, en el día de nuestro aniversario leyó la primera voz.

En la habitación se hizo un momento de silencio. Wills palideció. Entonces se volvió a oír la voz aguda, esta vez en un tono más sumiso.

—Supongo que se debe haber caído en el interior de mi bolsa, Fizban. ¡Eso es! ¿Ves?, mi bolsa estaba bajo esta mesa. ¡A esto se le llama suerte! Si hubiera caído al suelo se hubiera roto...

El Comandante Gunthar abrió la puerta y entró con expresión severa.

—Buenos días, señores —les dijo.

Wills entró trotando tras él, y sus ojos dieron un rápido repaso a la sala. Los dos forasteros se giraron rápidamente, el anciano sostenía una jarra de vidrio en las manos. Wills avanzó hacia él y se la arrebató de las manos. Lanzando una indignada mirada al kender, el viejo criado colocó la jarra sobre una mesa alta para que aquél no pudiera alcanzarla.

—¿Necesitáis algo más, Señor? —preguntó Wills, mirando intencionadamente al kender—. ¿Queréis que me quede para vigilar las cosas? Gunthar abrió la boca para responder, pero el anciano hizo un gesto negligente con la mano.

—Sí, muchas gracias, buen hombre. Trae un poco más de cerveza. ¡Ah, y no vuelvas a traer otra vez ese putrefacto brebaje del barril de los criados! —miró a Wills con

expresión severa—. Trae la del barril que está en aquel rincón oscuro de las escaleras de la bodega. Tú ya sabes cuál... ése que está todo cubierto de telarañas.

Wills estaba estupefacto ante tales palabras.

—Bueno, ¿a qué esperas? ¡No te quedes ahí, mirándome como un pasmarote! ¿Es un poco retrasado, no? —le preguntó a Gunthar.

—N... no —balbuceó Gunthar—. Todo va bien, Wills. Creo que yo también tomaré una jarra... de... del barril que hay junto a las escaleras. ¿Cómo podíais saberlo? —le preguntó con suspicacia al anciano.

—Porque es mago —respondió el kender encogiéndose de hombros y tomando asiento a pesar de que no se le hubiera invitado a hacerlo.

—¿Un mago? —el anciano miró a su alrededor—. ¿Dónde?

Tas le susurró unas palabras.

—¿De verdad? ¿Yo? ¡No me lo puedo creer! ¡Qué impresionante! Pero, ahora que lo dices, parece que sí recuerdo un encantamiento... Bola de fuego. ¿Cómo era? :

El anciano comenzó a murmurar unas extrañas palabras. ¡El kender, alarmado, saltó de su asiento y le agarró por la túnica.

—¡No, amigo! —dijo obligándolo a sentarse en una silla—. ¡Ahora no!

—Ya me lo imagino. De todas formas es un encantamiento maravilloso.

—Estoy seguro —murmuró Gunthar, absolutamente desconcertado. Luego sacudió la cabeza, recuperando su seriedad—. Ahora, explicadme. ¿Quiénes sois? ¿Por qué estáis aquí? Wills ha dicho algo sobre un Orbe de los Dragones.

—Soy... —el mago se interrumpió, parpadeando.

—Fizban —dijo el kender con un suspiro, y poniéndose en pie, alargó educadamente su pequeña mano hacia Gunthar—. Yo soy Tasslehoff Burrfoot —y se sentó de nuevo.

—Sí, sí —Gunthar le estrechó la mano, asintiendo distraído—. ¿Queríais decirme algo sobre un Orbe de los Dragones?

—¡Ah, sí, el Orbe! —la expresión ausente de Fizban desapareció. Miró a Gunthar con ojos agudos y penetrantes—. ¿Dónde está? Hemos hecho un largo camino para encontrarlo.

—Me temo que no podría decíroslo —respondió Gunthar fríamente—. Además, si tal objeto hubiera estado aquí alguna vez...

—Oh, ha estado aquí —dijo Fizban—. Lo trajo uno de los Caballeros de la Rosa, un tal Derek Crownguard. Y Sturm Brightblade le acompañaba.

—Son amigos míos —explicó Tasslehoff, al ver que Gunthar apretaba las mandíbulas—. De hecho yo colaboré en la consecución del Orbe —añadió con modestia—. Nos lo llevamos de un palacio de cristal y estaba custodiado por un maligno hechicero. Es la historia más maravillosa... ¿Queréis oírla, Señor?

—No —dijo Gunthar mirándoles atónito—. Y si me creyera esa historia... espera... Sturm mencionó a un kender. ¿Quiénes eran los otros del grupo?

—Flint, el enano, Theros, el herrero, Gilthanas y Laurana...

—¡Coincide! —exclamó Gunthar, pero luego frunció el ceño—. Pero nunca mencionó a un mago...

—Ah, eso es porque estoy muerto —declaró Fizban poniendo los pies sobre la mesa.

Los ojos de Gunthar se abrieron de par en par, pero antes de que pudiera responder, entró Wills. Mirando fijamente a Tasslehoff, el criado colocó las jarras sobre la mesa que estaba frente a su señor.

—Aquí están las tres jarras. Y si le añadimos la que está sobre aquella otra mesa, eso hace cuatro jarras. ¡Y será mejor que siga habiendo cuatro cuando regrese!

Wills salió de la habitación, cerrando la puerta de un portazo.

—Yo me ocuparé de vigilarlas —prometió Tas solemnemente—. ¿Tenéis algún problema de robos de jarras? —le preguntó a Gunthar.

—Yo... no... ¿muerto? —Gunthar sintió que estaba perdiendo el control de la situación.

—Es una larga historia —dijo Fizban, vaciando su jarra de cerveza de un solo trago—. Ah, excelente. Bien, ¿dónde estaba?

—Muerto —dijo Tas acudiendo en su ayuda.

—Ah, sí, una larga historia. Demasiado larga para relatarla ahora. Debemos conseguir el Orbe. ¿Dónde está?

Gunthar se puso en pie enojado, con la intención de echar a ese extraño anciano y al kender fuera de la habitación y fuera del castillo. Iba a llamar a sus guardias para que les expulsaran, pero en lugar de ello, se sintió atrapado por la intensa mirada del anciano.

Los Caballeros de Solamnia siempre habían temido la magia. Aunque no tomaron parte en la destrucción de las Torres de la Alta Hechicería —aquello hubiera ido en contra de la Medida—, no les había importado que los magos fueran expulsados de Palanthis.

—¿Por qué lo queréis saber? —a Gunthar le falló la voz y sintió que un frío temor recorría sus venas ante el extraño poder de aquel hombre. Lentamente, de mala gana, Gunthar volvió a tomar asiento.

Los ojos de Fizban relampaguearon.

—Me reservo los motivos —dijo en voz baja—. Es suficiente que sepas que yo he venido en busca del Orbe. ¡Fue creado por los magos hace muchos, muchos años! Yo lo sé bien. Sé muchas cosas sobre él.

Gunthar titubeó. Después de todo había varios caballeros vigilando el enigmático objeto, y si ese anciano realmente sabía algo sobre él, ¿qué mal podía haber en decirle dónde estaba? Además, realmente, no se veía capaz de tomar una decisión sobre el asunto.

Fizban agarró de nuevo su jarra vacía de cerveza y se la llevó a los labios. Un segundo después miró el interior con pesar mientras Gunthar respondía:

—El Orbe de los Dragones está con los gnomos. Fizban dejó caer la jarra de golpe. Esta se rompió en mil pedazos que cayeron sobre el suelo de madera.

—Vaya, ¿qué te había dicho? —dijo Tasslehoff con tristeza, contemplando los pedazos de cristal.

Los gnomos no podían recordar haber vivido en otro lugar que no fuera el Monte Noimporta, y ya que a los únicos que les importaba era a ellos, su opinión era la que contaba. Sin duda alguna ya residían ahí cuando los primeros caballeros habían llegado a Sancrist provenientes del reino de Solamnia, recientemente creado, para construir sus fortalezas en el extremo más occidental de sus fronteras.

Debido a su alto grado de desconfianza hacia los forasteros, los gnomos se sobresaltaron al ver acercarse a sus costas un barco atestado de hombres altos, de expresión severa y con aspecto de guerreros. Decididos a mantener en secreto lo que ellos consideraban una montaña paradisíaca, se lanzaron a la acción. Al ser la raza de mente más tecnológica de todas las que habitaban en Kryn —destacaban por haber inventado el motor de vapor y un resorte espiral—, primero, los gnomos pensaron ocultarse en las grutas que horadaban la montaña, pero, luego, tuvieron una idea mejor: ¡Esconder la propia montaña!

Después de que los mayores genios de la mecánica trabajaran incansablemente durante varios meses, los gnomos estuvieron preparados. ¿Qué plan tenían? ¡Iban a hacer desaparecer la montaña! Fue en ese crítico momento, cuando uno de los miembros de la Hermandad Filosófica gnómica preguntó si no sería probable que los caballeros hubieran advertido ya la existencia de la montaña, que era la más alta de la isla. Su repentina desaparición, ¿acaso no provocaría una cierta extrañeza en los humanos? Esta cuestión sumió a los gnomos en la duda. Se pasaban el día discutiéndolo, y al poco tiempo los gnomos filósofos se encontraron divididos en dos bandos: aquellos que creían que si un árbol de un bosque caía y nadie lo oía, no por ello dejaba de hacer ruido al caer, y aquellos que creían que no lo hacía. ¿Qué tenía que ver aquello con la cuestión original? Eso fue algo que no se plantearon hasta el séptimo día, aunque entonces fue rápidamente sometido a juicio por el comité.

Mientras tanto, los ingenieros mecánicos —algo ofendidos— decidieron llevar a cabo el proyecto y así llegó el día que siempre se recordaría en los Anales de Sancrist, el día bautizado con el nombre de «Día del Humo Amarillo».

Ese día, un antepasado del Comandante Gunthar se levantó preguntándose si su hijo habría vuelto a caerse del tejado del gallinero. Aquello había ocurrido sólo unos días antes, cuando el muchacho se hallaba persiguiendo un gallo.

—Esta vez te ocupas tú de llevarlo al estanque —le dijo el hombre medio dormido a su mujer, agitándose en la cama y cubriéndose la cabeza con las sábanas.

—No puedo —dijo ella entre bostezos—. ¡De la chimenea está saliendo un humo apestoso! En ese momento ambos se despejaron totalmente, al comprender que el humo que llenaba la casa no provenía de la chimenea y que aquel olor nauseabundo no emanaba del gallinero. Los dos corrieron al exterior de la casa, donde encontraron a los demás residentes de la nueva colonia de los caballeros, que tosían y se atragantaban ya que el olor era cada vez más fuerte. No obstante no podían ver nada. La tierra estaba cubierta de un denso humo amarillento que despedía un olor como de huevos que han sido empollados al sol durante tres días. A las pocas horas, todos los habitantes estaban completamente mareados por el hedor. Tras recoger algunas mantas y ropas se dirigieron hacia las playas. Respiraron agradecidos la fresca brisa salada, y se preguntaron si alguna vez podrían regresar a sus hogares.

Mientras discutían sobre ello y observaban ansiosamente la nube amarilla que se cernía sobre el horizonte, los colonos se sorprendieron considerablemente al contemplar lo que parecía un ejército de pequeñas criaturas que surgían del humo y caían desmayados a sus pies. Los geniales inventos de los gnomos también les proporcionaban graves quebraderos de cabeza.

Las amables gentes de Solamnia se dispusieron inmediatamente a ayudar a los pobres gnomos, y así se encontraron las dos razas que habitaban Sancrist. La relación entre los gnomos y los caballeros resultó ser amistosa. Los Solámnicos tenían una gran consideración por cuatro cosas: el honor personal, el Código, la Medida, y la tecnología. Se quedaron profundamente impresionados por las herramientas que los gnomos habían inventado en esa época, que incluían la polea, el astil, la tuerca, y la rueda. Fue asimismo durante este primer encuentro cuando se le otorgó su nombre al Monte Noimporta.

Los caballeros pronto descubrieron que, aunque los gnomos parecían estar emparentados con los enanos —ya que también eran de estatura muy baja—, cualquier similitud terminaba ahí. Los gnomos eran criaturas flacas, de piel oscura y cabellos blancos, muy nerviosos y de bastante mal genio. Hablaban tan deprisa que los caballeros, al principio, pensaron que utilizaban otro idioma. Después se dieron cuenta de que empleaban el Común a un ritmo exageradamente rápido. El motivo se hizo obvio cuando un anciano cometió el error de preguntarles a los gnomos el nombre de su montaña.

Traducido, sonó más o menos así: Una Gran, Inmensa, Alta Montaña Hecha de Varios Estratos de Roca de Los Cuales Hemos Identificado Granito, Obsidiana, Cuarzo, Además de Trazos de Otras Rocas En Las Que Aún Estamos Trabajando, Que Tiene Su

Propio Sistema Interno de Calor, El Cual Estamos Estudiando Para Poder Copiarlo Algún Día, Que Calienta La Roca a Temperaturas Que La Convierten Tanto Al Estado Líquido Como Gaseoso Que Ocasionalmente Sale a La Superficie y Desciende Por La Ladera de La Gran, Inmensa, Alta Montaña...

—No importa —respondió el anciano, agotado.

¡No importa! Los gnomos quedaron impresionados. Pensar que algo tan gigantesco y maravilloso podía ser reducido por esos humanos a algo tan simple, era demasiado fantástico para poder creerlo y por tanto, a partir de ese día la montaña fue llamada Monte Noimporta, para el alivio de la Hermandad gnómica de Cartógrafos.

Después de esto los caballeros de Sancrist y los gnomos vivieron en armonía; aquellos consultaban a los gnomos cualquier cuestión de naturaleza técnica que necesitara ser resuelta y estos les proporcionaban sus innumerables nuevos inventos.

Cuando llegó el Orbe de los Dragones, los caballeros precisaron saber como funcionaba. Lo dejaron bajo la custodia de los gnomos, y enviaron a dos de sus hombres para que lo vigilaran. La idea de que aquella esfera de cristal pudiera ser mágica no se les pasó por la cabeza.

Capítulo 5

Los Gnomos

—Ahora recuerda. Ningún gnomo vivo o muerto ha acabado una frase en su vida. La única forma de llegar a algo es interrumpirlos. No temas ser grosero. Ellos cuentan con ello.

El anciano mago se vio interrumpido, a su vez, por la aparición de un gnomo vestido con una larga túnica marrón, quien se acercó a ellos y les saludó respetuosamente. Tasslehoff examinó al gnomo con gran curiosidad. El kender nunca había visto anteriormente un ser de esta raza, aunque las viejas leyendas de la Joya Gris de Gargath decían que esa raza y la suya tenían un parentesco lejano. Desde luego el joven gnomo

tenía algo de kender —sus esbeltas manos, su expresión dispuesta, y unos ojillos agudos penetrantes que lo observaban todo. Pero aquí se acababa el parecido porque no tenía en absoluto aquel aspecto liviano de los kenders. El gnomo era nervioso, serio y de aspecto ajetreado.

—Tasslehoff Burrfoot —dijo educadamente el kender, extendiendo su mano. El gnomo la agarró, la observó atentamente y, como no encontró nada interesante en ella, la estrechó blandamente—, y éste... —Tas comenzó a presentar a Fizban, pero se detuvo cuando el gnomo cogió la Vara Jupak del kender.

—Oh... —exclamó aquél mientras sus ojos brillaban al mirar el arma—. Envíaabuscarnmiembrode la Hermandad de Armas...

El guardia del nivel del suelo de la entrada a la montaña no aguardó a que el gnomo acabara la frase. Alargando una mano, tiró de una palanca y se oyó un agudo pitido. Convencido de que un dragón había aterrizado detrás de él Tasslehoff se giró dispuesto a defenderse.

—Un silbato —dijo Fizban—. Será mejor que te acostumbres a oírlo.

—¿Un silbato? —repitió Tas intrigado—. Nunca escuché uno similar. ¡Y además echa humo! ¿Cómo funciona...?. ¡Eh! ¡Vuelve! ¡Devuélveme mi Vara Jupak! —gritó mientras su vara desaparecía velozmente por el corredor transportada por tres raudos gnomos.

—Saladeobservación —dijo el gnomo—. En Skimbosh...

—¿Qué?

—Sala de Observación —tradujo Fizban—. El resto no lo he entendido. Realmente deberías hablar más despacio —dijo agitando su bastón en dirección al gnomo.

Este asintió, pero sus brillantes ojos miraban fijamente el bastón de Fizban. No obstante, al ver que era de madera y que estaba bastante gastado, el gnomo volvió a prestar atención al mago y al kender.

—Forasteros. Intentaré recordarlo... Intentaré recordarlo, por tanto no os preocupéis —ahora hablaba lentamente, vocalizando—, tu arma no será dañada, ya que simplemente vamos a hacer un dibujo...

—¿De verdad? —interrumpió Tas considerablemente halagado—. Si queréis podría haceros una demostración de cómo funciona.

Los ojos del gnomo se iluminaron.

—Esos erían maravilloso...

—Dime —interrumpió el kender de nuevo, sintiéndose feliz de estar aprendiendo a comunicarse—. ¿Cómo te llamas?

Fizban hizo un rápido gesto, pero era demasiado tarde.

—Gnoshoshallamarionininillisyphanidisdislshxdie... Hizo una pausa para recuperar la respiración.

—¿Ése es tu nombre? —preguntó Tas atónito.

—Sí —respondió el gnomo bastante desconcertado—. Es mi primer nombre, y ahora sí me dejas continuar.

—¡Aguarda! —gritó Fizban—. ¿Cómo te llaman tus amigos? . El gnomo volvió a tomar aliento. —Gnoshoshallamarloninillis...

—¿Y cómo te llaman los caballeros?

—Oh... —el gnomo pareció abatido—. Gnosh, sí vosotros...

—Gracias —respondió Fizban—. Ahora, Gnosh, tenemos bastante prisa. Ya sabes, con esto de la guerra... Como el Comandante Gunthar dice en su comunicado, debemos ver el Orbe de los Dragones.

Los pequeños ojos de Gnosh relampaguearon. Sus manos se retorcían nerviosas.

—Desde luego podéis ver el Orbe de los Dragones, ya que el Comandante Gunthar lo ha solicitado, pero, sí puedo preguntároslo, ¿qué interés tenéis en ese objeto aparte de una curiosidad normal.

—Soy mago... —comenzó a decir Fizban.

—¡Esmago! —exclamó el gnomo olvidándose de hablar despacio con la excitación—. Venid inmediatamente a la sala de observación ya que el orbe del dragón fue creado por los hechiceros...

Tanto Tasslehoff como Fizban parpadearon sin entender palabra.

—Oh, acompañadme... —dijo el gnomo con impaciencia.

Antes de que supieran exactamente qué estaba sucediendo, el gnomo, sin dejar de hablar, les apremió para que le siguieran hacia la entrada de la montaña, desconectando numerosos timbres y silbatos.

—¿Adónde nos llevará? —le dijo Tas a Fizban en voz baja mientras corrían tras el gnomo—. ¿Qué habrá dicho? ¿No habrán dañado al Orbe ¿verdad?

—No lo creo. Gunthar envió unos caballeros para vigilarlo, ¿recuerdas?

—Entonces ¿qué es lo que te preocupa? —Los Orbes de los Dragones son objetos extraños. Muy poderosos. ¡Mi temor es que hayan intentado utilizarlo!

—Pero el libro que leí en Tarsis decía que el Orbe podía controlar a los dragones. ¿Eso no es bueno? Quiero decir que los Orbes no son malignos, ¿verdad?

—¿Malignos? ¡Oh, no! No son malignos —Fizban sacudió la cabeza—. Ese es el peligro. No son malignos, no son benignos. ¡No son nada! O tal vez debiera decir que lo son todo.

Tas vio que probablemente nunca conseguiría una respuesta clara de Fizban, cuya mente siempre estaba lejos. Como tenía necesidad de divertirse, el kender volvió su atención hacia su anfitrión.

—¿Qué significa tu nombre? —le preguntó Tas.

Gnosh sonrió alegremente.

—Al Principio, Los Dioses Crearon a Los Gnomos, y Uno de Los Primeros Que Crearon Se Llamaba Gnosh y Esos Son Los Acontecimientos Más Notables Que Le Ocurrieron En La Vida Se Casó Con Marioninillis...

Tas experimentó una sensación de abatimiento.

—Espera... ¿Cuán largo es tu nombre?

—Llena todo un libro de este tamaño —dijo orgullosamente Gnosh, haciendo un gesto con las manos—, ya que somos una familia muy antigua, tal como verás cuando prosig...

—Está bien. Tal vez en otro momento... —dijo Tas rápidamente. Como no prestaba atención a sus pasos, Tas tropezó con una soga. Gnosh le ayudó a ponerse en pie. Al alzar la mirada, Tas vio que ésta llegaba hasta un nudo de cuerdas, enlazadas las unas a las otras, que se extendían en todas direcciones. Se preguntó adónde llevarían.

—Hay partes muy interesantes en la historia de mi nombre —dijo Gnosh mientras caminaban hacia una inmensa puerta de acero—, y si quieres, podría contártelas como, por ejemplo, cuando una tatarabuela Gnosh inventó el agua hirviendo...

—Me encantaría, pero ahora no tenemos tiempo...

—Sí, supongo que así es —dijo Gnosh—, y, además, hemos llegado a la entrada de la sala principal, por lo que si me disculpas...

Sin dejar de hablar, extendió una mano y tiró de una cuerda. De nuevo se oyó un silbido, dos timbres y un gong. Entonces, con una tremenda explosión de vapor que casi los cuece, las dos inmensas puertas de acero del interior de la montaña comenzaron a abrirse. Casi inmediatamente, las puertas se atascaron, y en pocos minutos el lugar estaba repleto de gnomos que gritaban y señalaban, discutiendo quién era el culpable del error.

Tasslehoff Burrfoot había estado haciendo planes de lo que haría cuando esta aventura terminara y todos los dragones estuvieran muertos. El kender intentaba tener un punto de vista optimista. Lo primero que había planeado hacer era ir a pasar unos meses con su amigo Sestun, el enano gully de Pax Tharkas. Los enanos gullys llevaban una vida interesante, y Tas sabía que podría amoldarse con facilidad —siempre que no tuviera que comer lo que cocinaban.

Pero en el momento en que Tas entró en el Monte Noimporta, decidió que lo primero que haría sería regresar allí para vivir con los gnomos. El kender nunca había visto algo tan maravilloso en su vida. Se detuvo atónito. Gnosh se lo quedó mirando.

—Impresionante, no.

—No es la palabra que yo utilizaría —murmuró Fizban.

Se hallaban en la parte central de la ciudad gnoma. Situada en la chimenea de un volcán, la ciudad tenía una anchura de cientos de yardas y una altura de millas y millas.

Estaba construida en diferentes niveles alrededor de la chimenea. Tas miró hacia arriba... arriba... y arriba... —¿Cuántos niveles hay? —preguntó el kender. —Treinta y cinco y...

—¡Treinta y cinco! Odiaría vivir en el nivel treinta y cinco. ¿Cuántas escaleras hay que subir?

—Mejoramos los antiguos mecanismos hace muchos años —Gnosh hizo un gesto—. Observaalgunasdelasmaravillastecnologicasqueutilizam...

—Puedo verlo —dijo Tas bajando la mirada—. Debéis estar preparándoos para una gran batalla. Nunca había visto tantas catapultas en mi vida...

El kender se interrumpió. Mientras observaba, sonó un silbato. Una catapulta se disparó con un vibrante sonido y un gnomo salió despedido por los aires. Tas no se hallaba contemplado artefactos de guerra, sino los mecanismos que habían sustituido a las escaleras... La sala estaba llena de catapultas de todos los tipos, creadas por los gnomos. Había catapultas de honda, de arco, de diablo y de vapor, aunque estas últimas estaban todavía en fase experimental, pues aún se estaba trabajando en el ajuste de la temperatura del agua. Desde cualquier punto de estas máquinas se extendían millas y millas de soga que hacían funcionar una increíble variedad de ruedas y poleas que rechinaban y chirriaban. En todas las paredes había inmensas palancas manipuladas por un gran número de gnomos.

—¿Nos llevará a la Sala de Observación? —comentó Fizban en tono desesperanzado— porque no creo que ésta se halle en el nivel del suelo.

Gnosh sacudió la cabeza.

—Sala de observación en el nivel quince...

El viejo mago lanzó un profundo suspiro. De pronto se oyó un terrible sonido rechinante.

—Ah, están esperándonos. Venir dijo Gnosh.

Tas le siguió alegremente hasta que llegaron a una gigantesca catapulta. Un gnomo les hizo un gesto irritado, señalando una larga cola de gnomos que aguardaban su turno. Tas saltó en el asiento de la inmensa catapulta de honda mirando ansiosamente la chimenea. Sobre él podía ver gnomos asomados en los balcones de los diferentes niveles, todos ellos rodeados de grandes máquinas, silbatos, sogas y unas inmensas cosas informes que colgaban de las paredes como murciélagos. Gnosh se situó tras él y lo regañó.

—Los mayores primero, jovencito, oseaquesaldeaquíinmediatamenteydejapasara... —arrastró a Tas fuera del asiento con una fuerza considerable—... magoprimer...

—Uh, no tiene importancia —protestó Fizban, tropezando con una pila de cuerda—. Creo... creo que recuerdo un encantamiento que me llevará hasta arriba. Levitar. ¿Cómo era...? Dejadme que lo piense un momento.

—Tú eras el que tenía prisa —dijo Gnosh con severidad contemplando a Fizban. Los gnomos que estaban en la cola comenzaron a gritar groseramente, pateando y empujándose los unos a los otros.

—Bueno, está bien —protestó el viejo mago subiéndose al asiento con la ayuda de Gnosh. El gnomo que manipulaba la palanca que ponía en funcionamiento la catapulta le gritó algo a Gnosh que sonó como «¿quénivel». Gnosh señaló hacia arriba y gritó.

—¡Skimbosh!

El operador se situó frente la primera de una serie de cinco palancas. Un gran número de sogas se extendían hacia arriba. Fizban, abatido, se había acomodado en el asiento de la catapulta, intentando recordar el encantamiento.

—Ahora —gritó Gnosh, empujando a Tas hacia adelante para que pudiera ver mejor—, dentro de un segundo el encargado dará la señal... sí, ahí está...

En efecto, éste tiró de una de las sogas.

—¿Para qué sirve eso? —interrumpió Tas.

—La soga activa una campana en Skimbosh... er... en el nivel decimoquinto, que les anuncia la llegada de alguien...

—¿Qué ocurre si el timbre no suena? —preguntó Fizban en voz alta.

—Entonces suena una segunda campana que los avisa de que la primera no...

—¿Qué ocurriría aquí abajo si la campana no sonara?

—Nada. EsproblemadeSkimboshnotuyo... .

—¡Es mi problema si no saben que voy hacia allí! —gritó Fizban—. ¡O simplemente me dejo caer y les doy una sorpresa!

—Ah —dijo Gnosh con orgullo—. ¿Ves...?

—Yo me bajo de aquí...

—No, espera... ya están preparados...

—¿Quién está preparado? —preguntó Fizban irritado.

—¡Skimbosh! Conlared para agarrarte, yaveras...

—¡Red! —Fizban palideció—. ¡Esto es el colmo! Pero antes de que pudiera moverse, el encargado del mecanismo accionó la primera palanca. El sonido rechinante comenzó a sonar de nuevo, mientras la catapulta comenzaba a girar sobre su eje. El repentino movimiento arrojó a Fizban hacia atrás, haciendo que su sombrero le cubriera los ojos.

—¿Qué sucede? —gritó Tas.

—Están situándolo en la posición debida —chilló Gnosh—. La longitud y latitud han sido precalculadas y la catapulta colocada en la situación correcta para enviar al pasajero...

—¿Y qué ocurre con la red? —El mago ascenderá hasta Skimbosh... oh, sin peligro, te lo aseguro, hemos hecho estudios que prueban que en realidad es más peligroso caminar que volar... y justo cuando esté a la altura de su trayectoria, comenzando a descender un poco, Skimbosh arrojará una red bajo él, cazándolo así... —Gnosh se lo mostró haciendo un rápido movimiento con la mano, como si cazara una mosca—, y le recogerá...

—¡Eso debe requerir una precisión increíble!

—La precisión está debidamente calculada, ya que depende de un garfio que hemos desarrollado... —Gnosh contrajo los labios y frunció las cejas—... algo está haciendo que la precisión no funcione demasiado bien, pero hay un comité...

El gnomo encargado de la catapulta tiró de otra palanca y Fizban salió despedido por el aire.

—Oh, vaya —dijo Gnosh observándole—, parece que...

—¿Qué...? ¿Qué sucede? —gritó Tas intentando ver algo.

—La red ha vuelto a abrirse demasiado pronto... y ésta ya es la segunda vez que ocurre hoy en Skimbosh y definitivamente esto será discutido en la próxima reunión de la Hermandad de la Red...

Tas miraba hacia arriba, con la boca abierta, contemplando la imagen que Fizban zumbando en el aire, propulsado desde abajo por la tremenda fuerza de la catapulta, y, de pronto, el kender vio lo que Gnosh estaba comentando. La red del nivel quince, en lugar de abrirse después de que el mago hubiera pasado ante el nivel y de recogerlo cuando comenzara a caer, se abrió antes de que el mago llegara Fizban chocó contra la red. Por un momento se agarró a ella como pudo, pero un segundo después comenzó a caer.

Instantáneamente comenzaron a sonar campanas y timbrazos.

—No me lo digas —dijo Tas, compungido—. Ésa es la alarma que indica que la red ha fallado.

—Más o menos, pero no te alarmes, pequeño charlatán porque las alarmas conectan un mecanismo que abre la red del nivel trece justo a tiempo... ups, un poco tarde bueno aún queda el nivel doce...

—¡Haz algo! —gimió Tas.

—¡No te excites tanto! Voy a acabar lo que iba a decir sobre el último sistema... de emergencia que es... oh, ahí está... Tas contempló caer las tapas de seis barriles que colgaban de las paredes del tercer nivel, soltando miles de esponjas que cayeron en el centro del nivel del suelo. Aparentemente, aquello era por si fallaban las redes de todos los niveles. Afortunadamente la red del nivel noveno funcionó extendiéndose bajo el mago en el momento preciso. Entonces se cerró alrededor suyo y lo transportó hasta la galería donde los gnomos al oír las maldiciones y juramentos del mago, parecieron resistirse a soltarlo.

—Bueno ahora que todo ha ido bien ha llegado tu turno —dijo Gnosh.

—Sólo una última pregunta —chilló Tas mientras tomaba asiento—. ¿Qué ocurre si el sistema de emergencia de las esponjas falla?

—Ingenioso... —dijo Gnosh alegremente—, porque ¿sabes?, si las esponjas llegan demasiado tarde, la alarma se apaga, haciendo aparecer un inmenso barril de agua en el suelo, y... ya que las esponjas están ahí dispuestas... es fácil limpiarlo todo...

El encargado accionó la palanca.

Tas había esperado ver todo tipo de cosas fascinantes en la Sala de Observación, pero ante su sorpresa la encontró casi vacía. Estaba iluminada por un agujero taladrado en la ladera de la montaña, que dejaba entrar los rayos de sol. Esta sencilla pero ingeniosa idea había sido sugerida a los gnomos por un visitante enano, que la había llamado «ventana»; los gnomos estaban bastante orgullosos de ella. Había tres mesas, y poca cosa más.

En la mesa central, toda rodeada de gnomos, estaban el Orbe de los Dragones y su Vara Jupak. Tas observó, interesado, que el Orbe volvía a tener su tamaño original. Su

aspecto era el mismo, aún era una esfera de cristal, y aquella especie de luz tenue de color lechoso todavía fluctuaba en su interior. Un joven Caballero de Solammia con expresión de intenso aburrimiento estaba en pie junto al Orbe, vigilándolo. Su expresión cambió bruscamente al ver a los visitantes.

—Todovabien —le dijo Gnosh al centinela tranquilizándole—, les ha enviado el Comandante Gustar...

Sin dejar de hablar, Gnosh les acompañó hasta la mesa central. Al mirar el Orbe, los ojos del gnomo centellearon.

—Uno de los Orbes de los Dragones —murmuró alegremente—después de todos estos años...

—¿Qué años? —preguntó Fizban, deteniéndose a cierta distancia de la mesa.

—Lo que ocurre —explicó Gnosh—, es que a cada gnomo se le asigna una Misión en la Vida desde el día en que nace y, a partir de entonces, su única ambición es llevar a cabo esa misión, y mi Misión en la Vida es estudiar los Orbes de los Dragones desde...

—¡Pero éstos habían desaparecido durante cientos de años! —dijo Tas incrédulo—. ¡Nadie sabía nada de ellos! ¿Cómo podía ser tu Misión en la Vida?

—Oh, nosotros sí los conocíamos porque fue la Misión de mi abuelo y también la de mi padre. Sin embargo, ambos murieron sin haber visto nunca ninguno. Yo también temía no verlos, pero ahora, finalmente, ha aparecido uno, lo que me permitirá consolidar un lugar para nuestra familia en la vida venidera.

—¿Quieres decir que no puedes acceder a la... er... a la vida venidera si no llevas a cabo tu Misión en la Vida? Entonces, tu padre y tu abuelo...

—Probablemente de lo más incómodo —dijo Gnosh con expresión de tristeza—, dondequiera que estén...¡Por todos los dioses!

En el Orbe se había realizado un cambio considerable. Comenzó a relucir con un resplandor de brillantes colores, como si estuviera agitado.

Murmurando unas extrañas palabras, Fizban caminó hasta él y lo cubrió con sus manos. Instantáneamente se volvió negro. Fizban recorrió la estancia con la mirada, su expresión era tan severa y atemorizada, que hasta el mismo Tas retrocedió. El caballero se abalanzó hacia adelante.

—¡Salid fuera! —retronó el mago—. ¡Todos vosotros!

—Se me ha ordenado que no lo abandone bajo ninguna circuns... —el caballero se llevó la mano a la espada, pero Fizban murmuró unas palabras y el centinela cayó al suelo.

Los gnomos desaparecieron rápidamente de la habitación, dejando solo a Gnosh, quien se retorció nerviosamente las manos, con el rostro teñido de aflicción.

—¡Vamos, Gnosh! —le apremió Tas—. Nunca le había visto así. Será mejor que hagamos lo que dice. ¡Si no lo hacemos, es capaz de convertirnos en enanos gully, o tal vez en algo peor!

Gimoteando, Gnosh permitió que Tas le sacara de la habitación. Cuando se volvió para mirar el Orbe de los Dragones, la puerta se cerró de golpe.

—Mi Misión en la Vida...

—Estoy seguro de que no pasará nada —dijo Tas a pesar de no estar nada seguro. No le había gustado la expresión del rostro de Fizban. La verdad es que ni siquiera le había parecido que fuera el rostro de Fizban, ¡ni de nadie que Tas deseara conocer!

—Gnosh, ¿descubriste algo en el Orbe cuando lo examinaste? —le preguntó Tas en voz baja.

—Bien, sí —Gnosh parecía pensativo—, averigüé que hay o parece haber algo en su interior porque me lo quedé mirando sin ver nada durante muchísimo rato y entonces, cuando ya iba a dejarlo, vi unas palabras fluctuando entre esa luz calinosa...

—¿Unas palabras? ¿Qué decían? Gnosh sacudió la cabeza.

—No lo sé, porque no podía entenderlas; nadie pudo, ni siquiera uno de los miembros de la Hermandad de Lenguas Extranjeras...

—Seguramente eran mágicas...

—Sí, eso es lo que yo me dije...

De pronto la puerta de la Sala de Observación voló por los aires, como si algo hubiese explotado.

Gnosh se volvió aterrorizado. Fizban estaba en el marco de la puerta sosteniendo una pequeña bolsa negra en una mano, mientras en la otra llevaba su bastón y la Vara Jupak de Tasslehoff. Gnosh se abalanzó hacia el interior de la habitación.

—¡El Orbe! —chilló, tan consternado, que increíblemente completó la frase—. ¡Te lo has llevado!

—Sí, Gnosh —dijo Fizban. La voz del mago sonaba cansada, y Tas, al mirarle de cerca, vio que se hallaba completamente agotado. Su piel estaba gris, sus párpados caídos. Se apoyaba pesadamente , sobre su bastón.

—Ven conmigo, muchacho —le dijo al gnomo—. y no te preocupes, porque cumplirás tu Misión en la Vida. Pero ahora el Orbe debe ser llevado ante el Consejo de la Piedra Blanca.

—Iré contigo al Consejo... —Gnosh aplaudió excitado—, y tal vez me soliciten que realice un informe, ¿crees...?

—Estoy absolutamente convencido.

—Ahora mismo vuelvo, dame tiempo para recoger mis cosas, ¿dónde están mis papeles...?

Gnosh salió corriendo. Fizban se volvió rápidamente para encararse a los otros gnomos, que se habían agrupado tras él intentando ansiosamente arrebatarse su bastón. El anciano frunció el ceño tan amenazadoramente, que los gnomos retrocedieron y desaparecieron en la Sala de Observación.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Tas, acercándose a Fizban con cierto reparo puesto que el viejo mago parecía estar sumido en la oscuridad—. Los gnomos no le han hecho nada al Orbe ¿verdad?

—No, no, afortunadamente para ellos, ya que aún está activo y es muy poderoso — Fizban suspiró—. Casi todo va a depender de las decisiones que tomen unos pocos... tal vez el destino del mundo.

—¿Qué quieres decir? ¿Las decisiones no serán tomadas por el Consejo?

—No lo comprendes, muchacho. Aguarda un momento, debo descansar —el mago se sentó, recostándose contra la pared. Sacudió la cabeza y prosiguió hablando—. He concentrado mi voluntad en el Orbe, Tas. Oh, no para controlar a los dragones, sino para contemplar el futuro —añadió al ver que los ojos del kender se abrían de par en par.

—¿Qué viste?

—V_i que ante nosotros se extendían dos caminos. S_i tomamos el más fácil, al principio parecerá el mejor, pero al final la oscuridad se cernirá sobre nosotros para no desaparecer nunca más. S_i tomamos el otro camino, el viaje será duro y difícil. Puede que algunos de los que amamos pierdan la vida, querido Tas. Peor aún, puede que pierdan sus almas. Pero sólo a través de ese sacrificio encontraremos la esperanza.

—¿Y todo eso lo dice el Orbe?

—Sí.

—¿Sabes lo que debe hacerse para... para tomar el camino dificultoso?

—Sí, lo sé —respondió Fizban en voz baja—. Pero no soy yo el que debe tomar las decisiones. Eso estará en manos de otros...

—Ya veo —Tas suspiró—. Gente importante, supongo. Reyes, elfos nobles, caballeros... —las palabras de Fizban resonaban en su mente: Que algunos de los que amamos pierdan la vida...

A Tas se le hizo un nudo en la garganta. Dejó caer la cabeza sobre sus manos. ¡Esta aventura estaba comenzando a ir muy mal! ¿Dónde estaba Tanis? ¿Y el querido

Caramon? ¿Y Tika? Había intentado no pensar en ellos, especialmente después de aquel sueño.

Y Flint... no debería haberme ido sin él. ¡Podía morir, podía estar muerto en este mismo momento! —pensó Tas preocupado—. ¡Las vidas de aquellos que amo! Nunca pensé que alguno de nosotros moriría. ¡Siempre creí que si estábamos juntos podíamos enfrentarnos a lo que fuera! Pero ahora, no sé cómo, nos hemos separado. ¡Y las cosas van mal!

Tas notó que Fizban le acariciaba su coleta, su única gran vanidad. Y por primera vez en su vida el kender se sintió muy perdido, solo y asustado. El mago le rodeó los hombros con el brazo. Hundiendo su rostro en la manga de Fizban, Tas comenzó a llorar.

Fizban le dio unos golpecillos en la espalda.

—Sí —repitió el mago— gente importante

Capítulo 6

El consejo de la Piedra Blanca

Un personaje importante

El Consejo de la Piedra Blanca se reunió el día veintiocho de diciembre, día que en Solamnia llamaban el Día de la Carestía, porque se conmemoraba el sufrimiento de los hombres durante el primer invierno que siguió al Cataclismo. El Comandante Gunthar creyó oportuno celebrar la reunión del Consejo en esa fecha, que se caracterizaba por el ayuno y la meditación.

Hacia más de un mes que el ejército había partido en dirección a Palanthas. Las nuevas que Gunthar había recibido de la ciudad no eran buenas. Precisamente, en la madrugada del día veintiocho había llegado un informe. Tras leerlo dos veces, Gunthar suspiró profundamente, frunció el entrecejo y se guardó el papel en el cinturón.

El Consejo de la Piedra Blanca se había reunido ya una vez no hacía demasiado tiempo; dicha asamblea se había convocado debido a la llegada de los refugiados elfos a Ergoth del Sur y a la aparición de los ejércitos de los Dragones en el norte de Solamnia. Aquella reunión del Consejo, no obstante, se había planeado varios meses antes, por lo que todos los miembros —tanto los que podían votar como los consultivos— estaban representados. Los primeros incluían a los Caballeros de Solamnia, los gnomos, los Enanos de las Colinas, los marinos de piel oscura de Ergoth del Norte, y una representación de los exiliados Solámnicos que vivían en Sancrist. Los consultivos eran los elfos, los Enanos de las Montañas y los kenders. Estos miembros eran invitados para que expresasen sus opiniones, pero no se les permitía votar.

De todas formas la primera reunión del Consejo no había ido muy bien. Algunas de las viejas enemistades y animosidades existentes entre las razas representadas, habían salido a luz. Arman Kharas, representante de los Enanos de la Montaña, y Duncan Hammerrock, representante de los Enanos de las Colinas, tuvieron que ser físicamente separados o hubiera vuelto a correr la sangre de las viejas enemistades. Alhana Starbreeze, representante de los elfos de Silvanesti en ausencia de su padre, se negó a pronunciar palabra durante toda la sesión. Alhana había acudido sólo porque también lo había hecho Porthios, en representación de los elfos de Qualinesti. Temía una alianza entre los Qualinesti y los humanos, y estaba decidida a evitarla. Alhana no debiera haberse preocupado. La desconfianza entre los humanos y los elfos era tal, que sólo se hablaban los unos a los otros por educación. Ni siquiera el apasionado discurso de Gunthar en el que había declarado: «¡Nuestra unión comienza la paz; nuestra división acaba con la esperanza!», había hecho mella alguna. La respuesta de Porthios a las palabras de Gunthar fue culpar a los humanos de la reaparición de los dragones. Por tanto, los humanos debían librarse ellos mismos del desastre. Poco después de que Porthios hubiera expresado claramente su opinión, Alhana se levantó altivamente y se marchó, manifestando así cuál era la postura de los Silvanesti. El Señor de los Enanos de la Montaña, Arman Kharas, había declarado que su gente estaría dispuesta a colaborar, pero que no podían unirse hasta que fuera hallado el Mazo de Kharas. En esas fechas nadie sabía que los compañeros pronto entregarían el Mazo, por lo que Gunthar se vio obligado a prescindir también de la ayuda de los enanos. En realidad, la única persona que ofreció su ayuda fue Kronin Thistleknott, jefe de los kenders. Ya que lo último que un país deseaba era la «ayuda» de un ejército de kenders, este gesto fue recibido con sonrisas educadas, mientras los miembros intercambiaban miradas de horror a la espalda de Kronin.

Por tanto el primer Consejo se disolvió sin que se hubieran tomado demasiadas resoluciones. Gunthar tenía depositadas más esperanzas en esta segunda reunión del Consejo. Desde luego el descubrimiento del Orbe de los Dragones hacía que las expectativas fueran mejores. Los representantes de las dos familias de elfos ya habían llegado. Entre ellos se hallaba el Orador de los Soles, quien había traído consigo a un humano que se declaraba clérigo de Paladine. Sturm le había hablado mucho a Gunthar de Elistan, por lo que el Comandante tenía muchas ganas de conocerle. Gunthar no estaba seguro de quién representaría a los Silvanesti. Suponía que sería el elfo noble que había sido declarado regente tras la misteriosa desaparición de Alhana Starbreeze.

Los elfos habían llegado a Sancrist dos días antes. Habían instalado sus campamentos en los campos, y sus banderas de alegres colores ondeaban en brillante contraste con

aquel cielo gris y tormentoso. Aparte de los caballeros serían los únicos en asistir al Consejo. No había habido tiempo de enviar un mensaje a los Enanos de las Montañas y, según las noticias, los Enanos de las Colinas se hallaban luchando contra los ejércitos de los Dragones, por lo que ningún mensajero había podido llegar hasta ellos.

Gunthar confiaba que esta reunión uniría a los humanos y a los elfos en una gran lucha en la que se conseguiría expulsar a los dragones de Ansalon. Pero sus esperanzas se vieron frustradas antes de que la reunión comenzara. Tras examinar el comunicado de los ejércitos en Palanthas, Gunthar salió de su tienda dispuesto a hacer una última ronda por la Explanada de la Piedra Blanca, para cerciorarse de que todo estuviera en orden. Pero de pronto su criado, Wills, llegó corriendo hasta él.

—Señor, debéis regresar inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gunthar, pero al viejo criado le faltaba el aliento, por lo que no pudo responderle.

Lanzando un suspiro, Gunthar regresó a su tienda, donde encontró al Comandante Michael, ataviado con cota de mallas y paseando nerviosamente de un lado a otro.

—¿Qué sucede? —preguntó Gunthar, con el corazón encogido al ver la preocupada expresión del joven Comandante.

Michael agarró a Gunthar del brazo.

—Señor, hemos recibido noticias de que los elfos piensan exigir la devolución del Orbe de los Dragones. Si no se lo devolvemos, ¡están dispuestos a declararnos la guerra para recuperarlo!

—¿Qué...? ¡La guerra! ¡Contra nosotros! ¡Eso es ridículo! No pueden... ¿Estás seguro? ¿Es fiable esa información?

—Sí, me temo que totalmente, Comandante Gunthar —afirmó el personaje que acompañaba al Comandante Michael.

—Señor, os presento a Elistan, clérigo de Paladine —dijo Michael—. Os pido perdón por no habérselo presentado antes, pero desde que Elistan me comunicó las nuevas, tengo, la mente completamente alterada.

—He oído hablar mucho de vos, Señor —aseguró el Comandante Gunthar extendiendo una mano.

Los ojos del caballero examinaron a Elistan con curiosidad. Gunthar no sabía qué había esperado encontrar en alguien que decía ser clérigo de Paladine —tal vez a un esteta de vista cansada, pálido y enjuto debido a las horas dedicadas al estudio. Gunthar no estaba preparado para encontrarse con aquel hombre alto y fuerte, que bien pudiera haber batallado al lado de sus mejores guerreros. De su cuello pendía el antiguo símbolo de Paladine, un medallón de platino en el que había grabado un dragón.

Gunthar repasó mentalmente todo lo que le había oído decir a Sturm referente a Elistan, incluyendo la intención del clérigo de intentar convencer a los elfos para que se unieran a los humanos. Elistan sonrió fatigosamente, como si conociera todos los pensamientos que atravesaban la mente de Gunthar.

—Sí, he fallado —admitió Elistan—. Todo lo que pude hacer fue persuadirles para que asistieran a la reunión del Consejo, y me temo que únicamente hayan venido para daros un ultimátum: devolverles el orbe o luchar para retenerlo.

Gunthar se hundió en una silla, haciendo un débil gesto con la mano para que Michael y Elistan tomaran asiento. Sobre la mesa, ante él, había varios mapas de Ansalon, en los que unas sombras oscuras mostraban el insidioso avance de los ejércitos de los Dragones. La mirada de Gunthar descansó sobre los mapas, pero el caballero, de pronto, los arrojó todos al suelo.

—¡Tal vez sería mejor que abandonáramos ahora mismo! —gritó indignado—. Que les enviáramos un mensaje a los Señores de los Dragones: «No os molestéis en venir a destrozarnos. Nos las estamos arreglando bastante bien nosotros...»

Irritado, dejó sobre la mesa el informe que había recibido aquella misma mañana.

—¡Mirad! Esto ha llegado de Palanthas. Los ciudadanos han insistido en que los caballeros abandonen la ciudad. Los palanthianos han decidido negociar con los Señores de los Dragones, y la presencia de aquéllos «amenaza gravemente su postura». Se niegan a prestarnos ninguna ayuda. ¡Por tanto todo un ejército de mil palanthianos está ocioso!

—¿Cuáles son los planes del Comandante Derek, señor? —preguntó Michael.

—El, los caballeros y un millar de hombres de a pie, refugiados de las tierras ocupadas de Throty, están fortificando la Torre del Sumo Sacerdote, al sur de Palanthas. Esa torre salvaguarda el único paso que existe para cruzar las Montañas Vingaard. Así protegeremos Palanthas durante un tiempo, aunque si los ejércitos de los Dragones logran atravesarlo... ¡Maldita sea! —susurró golpeando la mesa con el puño—. ¡Podríamos disponer de dos mil hombres para bloquear ese paso! ¡Esos locos! ¡Y ahora esto! —dijo haciendo un gesto en dirección al campamento de los elfos.

Gunthar suspiró, dejando caer la cabeza sobre las manos.

—Bien, y vos ¿qué aconsejáis, clérigo?

Elistan se quedó callado durante unos instantes antes de responder.

—En los Discos de Mishakal está escrito que el mal, por su propia naturaleza, siempre se vuelve contra sí mismo. Por tanto, se derrota a sí mismo. No sé lo que puede ocurrir en esta reunión del Consejo, mis dioses lo han mantenido en secreto. Pudiera ser que ni ellos mismos lo sepan; que el futuro del mundo descansase sobre una balanza, y que lo que aquí se decida sea lo que lo determine. Lo que sí sé es esto: No entréis en esa reunión con la derrota en vuestro corazón, ya que ésa sería la primera victoria del mal.

Tras decir esto, Elistan se puso en pie y salió en silencio de la tienda. Cuando el clérigo se hubo retirado, Gunthar se quedó sentado en silencio. En realidad, parecía que el mundo entero estuviera en silencio. Durante la noche el viento había dejado de soplar. Las nubes tormentosas eran bajas y pesadas, y amortiguaban los sonidos de tal forma que hasta las trompetas, que anunciaban el amanecer, habían sonado bajas y desentonadas aquella mañana.

Gunthar alzó la cabeza y se restregó los ojos.

—¿Qué opinas?

—¿De qué? ¿De los elfos?

—No. De ese clérigo.

—Desde luego no es como había esperado —contestó Michael—. Responde más a las historias que hemos oído sobre los clérigos de la antigüedad, los que guiaron a los caballeros durante la época anterior al Cataclismo. No se parece en nada a esos charlatanes que tenemos ahora. Elistan es un hombre que estaría a tu lado en el campo de batalla, invocando la bendición de Paladine con una mano, mientras que con la otra empuñaría su espada. Nadie había visto el medallón que lleva desde que los dioses nos abandonaron.

—Pero, ¿es un clérigo verdadero? —Michael se encogió de hombros—. Preciso más que un medallón para convencerme.

—Estoy de acuerdo contigo —Gunthar se puso en pie y comenzó a caminar en dirección a la entrada de la tienda—. Bueno, es casi la hora. Quédate aquí, Michael, por si acaso llega algún otro comunicado. Es extraño, amigo mío... Nuestra gente siempre ha confiado en los dioses, somos gente de fe y, sin embargo, siempre hemos desconfiado de la magia. En cambio ahora buscamos la magia para poder confiar, y cuando se nos presenta una oportunidad de renovar nuestra fe, nos la cuestionamos.

El Comandante Michael no respondió. Gunthar sacudió la cabeza y, todavía pensativo, salió en dirección a la Explanada de la Piedra Blanca.

Tal como Gunthar había dicho, los Solámnicos siempre habían sido fieles seguidores de los dioses. Tiempo atrás, antes del Cataclismo, la Explanada de la Piedra Blanca había sido uno de los lugares sagrados de adoración. El fenómeno de la roca blanca había atraído la atención de los curiosos. El propio Sumo Sacerdote de Istar había bendecido la inmensa piedra que se alzaba en medio de un claro perpetuamente verde, declarándola piedra sagrada y prohibiendo a todo el mundo que la tocara.

Incluso después del Cataclismo, cuando la fe en los antiguos dioses había fenecido, la Explanada continuó siendo un lugar sagrado. Seguramente esto era así porque el Cataclismo ni siquiera lo había afectado. La leyenda sostenía que cuando la montaña ígnea había caído del cielo, la tierra que rodeaba la Piedra Blanca se había resquebrajado y partido, pero ésta se había mantenido intacta.

La imagen de la gigantesca roca era tan impresionante, que nadie había osado nunca acercarse a ella o tocarla, ni siquiera ahora. Nadie sabía tampoco cuál era el extraño poder que poseía. Lo único que sabían era que la atmósfera que rodeaba a la Piedra Blanca era siempre cálida y primaveral. No importaba lo crudo que fuera el invierno, la hierba de la Explanada de la Piedra Blanca estaba siempre verde. Aunque su corazón estuviera agitado, al pisar aquel lugar y respirar el aire cálido y fragante, Gunthar se relajó. Por un instante, volvió a sentir el amistoso apretón de manos de Elistan, que le había infundido un sentimiento de paz interna.

Echando un rápido vistazo a su alrededor, comprobó que todo estaba dispuesto. Sobre la hierba se habían colocado unas inmensas sillas de madera con el respaldo labrado. Al lado izquierdo de la Piedra Blanca se habían situado cinco, para los miembros votantes del Consejo, y al lado derecho, se habían colocado tres para los miembros consultivos. Frente a la Piedra Blanca y los asientos destinados a los miembros del Consejo, había unos bancos para los testigos que debían asistir al acto, tal como requería la Medida.

Algunos de los testigos ya habían comenzado a llegar. Muchos de los elfos que viajaban con el Orador y con el representante de los Silvanesti estaban ocupando sus puestos. Las dos razas de elfos enemistadas se sentaron la una al lado de la otra, separados de los humanos, los cuales también habían empezado a instalarse. Todo el mundo guardaba silencio, algunos en memoria del Día de la Carestía; otros, como los gnomos, que no celebraban esa fecha, impresionados por la ceremonia. Los asientos de la primera fila estaban reservados para los invitados de honor, o para aquéllos con licencia para hablar ante el Consejo.

Gunthar vio llegar al circunspecto hijo del Orador, Porthios, con una comitiva de guerreros elfos. El caballero se preguntó dónde estaría Elistan. Pretendía rogarle que hablara. Aunque cabía la posibilidad de que fuera un charlatán, sus palabras le habían impresionado y esperaba que las repitiera.

Mientras esperaba en vano a Elistan, vio entrar también a tres extraños personajes que tomaron asiento en primera fila: se trataba del anciano mago con su arrugado y amorfo sombrero, su amigo el kender, y un gnomo que había llegado con ellos del Monte Noimporta. Los tres habían regresado de su viaje la noche anterior.

Gunthar dirigió, de nuevo, su atención hacia la Piedra Blanca. Los miembros consultivos del Consejo estaban entrando. Sólo había dos, Quinath en nombre de los Silvanesti, y el Orador de los Soles en el de los Qualinesti. Gunthar miró al Orador con curiosidad, ya que sabía que era uno de los únicos seres de Krynn capaz de recordar los horrores del Cataclismo. El Orador había envejecido mucho. Tenía los cabellos grises y el rostro demacrado. No obstante, cuando tomó asiento y volvió su mirada a los testigos, Gunthar se fijó en que los ojos del elfo eran todavía luminosos y brillantes. Gunthar consideraba a Quinath, que estaba sentado al lado del Orador, tan arrogante y orgulloso como Porthios, pero falto de la inteligencia que poseía este último.

Por lo que respecta a Porthios, Gunthar pensó que probablemente el hijo mayor del Orador de los Soles llegara a gustarle. Porthios tenía todas las cualidades que los caballeros admiraban, excepto una, su carácter impulsivo.

Tuvo que interrumpir sus cavilaciones, ya que había llegado la hora de que entraran los miembros votantes del Consejo, y él mismo debía tomar asiento. Primero llegó Mir Kansohn, de Ergoth del Norte, un fornido hombre de piel oscura, con cabellos de color acero y brazos de gigante. Le siguió Serdin Mar Thasal, en representación de los exiliados de Sancrist, y finalmente el Comandante Gunthar, Caballero de Solamnia.

Una vez sentado, Gunthar volvió a echar un vistazo a su alrededor. La inmensa Piedra Blanca relucía tras él proyectando su particular reflejo, ya que esa mañana no brillaba el sol. Al otro lado de la Piedra Blanca estaban sentados el Orador y Quinath. Frente al Consejo estaban los testigos. El kender se había sentado dócilmente y balanceaba sus cortas piernecillas que, debido a la altura del banco, no le llegaban al suelo. El gnomo revolvía algo que parecía ser un montón de papeles; Gunthar se estremeció y deseó haber tenido más tiempo para disponer de un informe más exhaustivo. El anciano mago bostezaba y se rascaba la cabeza, mirando a su alrededor con aire ausente.

A una señal de Gunthar entraron dos caballeros que llevaban una base dorada y un arcón de madera. Mientras los asistentes contemplaban la llegada del Orbe de los Dragones, se hizo un silencio mortal.

Los caballeros se detuvieron frente a la Piedra Blanca. Una vez allí, uno de ellos colocó sobre el suelo la base dorada. El otro depositó el arcón, lo abrió, y sacó cuidadosamente el Orbe, que volvía a tener su tamaño original, más de dos pies de diámetro.

Se oyó un sonoro murmullo. El Orador de los Soles se agitó en su asiento, frunciendo el ceño. Su hijo Porthios se volvió para decirle algo a un elfo que estaba cerca de él. Gunthar reparó en que todos los elfos iban armados. Por lo que él sabía del protocolo elfo, aquello no era muy buena señal.

No obstante no tenía otra opción que proceder. Llamando al orden a los asistentes, el Comandante Gunthar Uth Wistan anunció:

—Declaro abierto el Consejo de la Piedra Blanca.

Dos minutos después, Tasslehoff tuvo la certeza de que las cosas se estaban complicando demasiado. El Orador de los Soles se había puesto en pie incluso antes de que el Comandante Gunthar hubiera iniciado su discurso de bienvenida.

—Mis palabras serán breves —declaró el elfo con voz acerada—. Poco después de que el Orbe de los Dragones desapareciera de nuestro campamento, los Silvanesti, los Qualinesti y los Kalanesti nos reunimos en un consejo. Era la primera vez, desde las Guerras de Kinslayer, que miembros de las tres comunidades nos encontrábamos juntos —tras hacer una pausa para enfatizar estas últimas palabras, prosiguió—. Hemos decidido dejar a un lado nuestras diferencias debido a nuestro perfecto acuerdo sobre la pertenencia de dicho objeto al territorio de los elfos; no debe estar en manos de los humanos ni de ninguna otra raza de Kryn. Por tanto, hemos venido ante el Consejo de la Piedra Blanca para solicitar que el Orbe nos sea entregado. En agradecimiento, garantizamos que será llevado a nuestras tierras y mantenido a salvo hasta el momento, si llegara, en que sea requerido para algún fin.

El Orador se sentó y sus ojos recorrieron la audiencia. Los otros miembros del Consejo, sentados al lado de Gunthar, sacudieron sus cabezas con expresión preocupada. El representante de los habitantes de Ergoth del Norte le susurró unas palabras al Comandante Gunthar en un tono de voz irritado, cerrando el puño para enfatizar sus palabras.

Éste, tras escucharlo y asentir varias veces, se puso en pie para responder. Su discurso fue frío y sereno, en el mismo tono que el de los elfos. No obstante, entre líneas, decía que los caballeros preferían ver a los elfos en los Abismos antes que entregarles el Orbe de los Dragones.

El Orador, comprendiendo perfectamente el condenatorio mensaje que contenían las bellas frases, se alzó para responder. Sólo pronunció una frase, pero al oírla el grupo de testigos se puso inmediatamente en pie.

—Entonces, Comandante Gunthar, los elfos declaramos que, a partir de ahora, ¡estamos en guerra!

Tanto los humanos como los elfos se abalanzaron hacia el Orbe de los Dragones, que descansaba sobre la base dorada. El blanquinoso remolino aún fluctuaba en su interior. Gunthar gritó pidiendo orden una y otra vez, golpeando la mesa con la empuñadura de su espada. El Orador pronunció unas secas palabras en elfo, mirando duramente a su hijo, Porthios. Finalmente se restableció el orden.

Pero la atmósfera era tan cortante como el viento que anticipa la tormenta. Se volvieron a cruzar agrias palabras entre Gunthar y el Orador. El representante de los habitantes de Ergoth del Norte perdió la paciencia e hizo varios comentarios hirientes sobre los elfos porque el elfo noble de los Silvanesti había conseguido irritarlo completamente con sus sarcásticas réplicas. Varios de los caballeros se marcharon, sólo para regresar minutos después armados hasta los dientes. Se situaron junto a Gunthar con las manos sobre sus armas. Los elfos, mandados por Porthios, se pusieron en pie y rodearon a sus propios jefes.

Gnosh, con su informe en la mano, comenzó a comprender que no se le iba a pedir que lo expusiera.

Tasslehoff miraba a su alrededor buscando desesperadamente a Elistan. Esperaba que el clérigo apareciera. Elistan conseguiría serenar a esa gente. O tal vez Laurana.

¿Dónde estaría? Los elfos le habían dicho fríamente que no habían recibido noticias de sus amigos. Ella y su hermano parecían haber desaparecido en la espesura. No debería haberles dejado. No debería estar aquí. ¿Por qué me habrá traído ese viejo mago chalado? ¡Yo no sirvo para nada! Fizban tal vez pudiera hacer algo —pensaba el apurado kender. Tas miró esperanzado al mago, ¡pero Fizban estaba profundamente dormido!

—¡Por favor, despierta! —le rogó Tas, sacudiéndole— ¡Alguien tiene que hacer algo!

En ese momento oyó gritar a Gunthar.

—¡El Orbe de los Dragones no es vuestro por derecho! ¡La Princesa Laurana y los demás se disponían a traérnoslo a nosotros cuando su barco naufragó! Intentasteis mantenerlo en Ergoth del Sur a la fuerza, y vuestra propia hija...

—¡No mencionéis a mi hija! —dijo el Orador con voz profunda—. Yo no tengo ninguna hija.

Algo se rompió en el interior de Tasslehoff. Recordó a Laurana luchando desesperadamente contra el maligno hechicero que vigilaba el Orbe, peleando contra los draconianos, disparando sus flechas contra el dragón blanco, cuidándole tiernamente a él mismo cuando había estado tan cerca de la muerte. Ser negada por su propia gente cuando estaba realizando tal esfuerzo para salvarles, cuando había sacrificado tanto...

—¡Deteneos! —se oyó gritar Tasslehoff—. ¡Deteneos inmediatamente y escuchadme!

Ante su sorpresa vio que todos habían dejado de hablar y .. le miraban. Ahora que disponía de audiencia, Tas se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué podía decirles a esa gente tan importante. Pero sabía que tenía que decir algo. Después de todo es culpa mía, puesto que yo les puse en la pista de esos malditos orbes al leerlo en los libros... —pensó.

Tragando saliva, bajó del banco y avanzó hacia la Piedra Blanca y hacia los dos grupos hostiles que la circundaban. Por el rabillo del ojo le pareció ver a Fizban sonriendo.

—Yo... yo – el kender titubeó, preguntándose qué podía decir. De pronto le vino una súbita inspiración.. —Solicito el derecho de representar a mi gente —dijo, Tasslehoff con orgullo—y tomar mi lugar en el consejo consultivo.

Apartando de un manotazo su coleta de color castaño, el kender se situó justo frente al Orbe. Al alzar la mirada podía ver la Piedra Blanca elevándose sobre éste y sobre él mismo.

Tas contempló la piedra, estremecido, y, rápidamente, volvió su mirada hacia Gunthar y hacia el Orador de los Soles. En ese momento Tasslehoff , supo lo que debía hacer. Comenzó a temblar de temor. ¡Él, Tasslehoff Burrfoot, ¡que nunca en su vida se había asustado de nada! Se había enfrentado a dragones sin siquiera parpadear, pero lo que iba a hacer ahora le aterraba. Tenía las manos como si hubiera estado haciendo bolas de nieve sin los guantes puestos. Su lengua parecía pertenecer a una persona de boca más grande. Pero Tas estaba completamente decidido. Debía hacer que siguieran hablando, debía evitar que adivinaran lo que estaba planeando.

—A los kendens nunca nos habéis tomado muy en serio —comenzó a decir Tas con una voz que sonó demasiado alta y estridente incluso en sus propios oídos— y no puedo culparos de ello. Supongo que no tenemos mucho sentido de la responsabilidad y, probablemente, somos demasiado curiosos para que las cosas nos salgan bien, pero yo os pregunto, ¿cómo vais a enteraros de algo si no sois curiosos?

Tas pudo ver que la expresión del Orador era agria y despreciativa, y que hasta el Comandante Gunthar aparecía con el ceño fruncido. El kender se acercó un poco más al Orbe de los Dragones.

—Me imagino que causamos un montón de problemas sin pretenderlo, y que de vez en cuando algunos de nosotros “adquirimos” ciertas cosas que no son nuestras. Pero algo que todo kender sabe es...

Tasslehoff echó a correr. Raudo y ligero como un ratón, se deslizó con facilidad entre las manos que intentaban agarrarlo y llegó hasta el Orbe en cuestión de segundos. Los rostros de la gente que estaba a su alrededor se hicieron borrosos, las bocas se abrieron, gritándole y chillándole. Pero era demasiado tarde.

Con un rápido movimiento, Tas lo arrojó contra la gigantesca y reluciente Piedra Blanca. El redondo y reluciente cristal —cuyo interior aún fluctuaba agitado— pendió suspendido del aire durante largos segundos. Tas se preguntó si el mágico objeto tendría el poder de detener su vuelo. Pero tal vez sólo se tratara de una impresión febril en la mente del kender.

El Orbe de los Dragones se estrelló contra la roca y se partió, estallando en miles de centelleantes pedazos. Durante un instante, una bola de humo blanquecino flotó en el aire, como si intentara desesperadamente no desintegrarse. Pero un segundo después la brisa de primavera logró desvanecerla.

Se hizo un terrible e intenso silencio. El kender se quedó en pie, mirando tranquilamente los pedazos del Orbe partido.

—Los kenders sabemos —dijo en una voz muy baja que sonó en el tremendo silencio como una pequeña gota de lluvia—, que deberíamos estar luchando contra los dragones, no los unos contra los otros.

Nadie se movió. Nadie habló. Y de pronto se oyó un golpe. Gnosh se había desmayado. El silencio se quebró estallando en pedazos, igual que lo había hecho el Orbe de los dragones. El comandante Gunthar y el Orador se abalanzaron sobre Tas. Uno agarró al kender por el hombro izquierdo, el otro por el derecho.

—¿Qué has hecho? —el rostro de Gunthar estaba lívido, sus ojos centelleaban con furia mientras agarraba al kender con manos temblorosas.

—¡Has traído la muerte sobre nosotros! ¡Has destruido nuestra única esperanza! —los dedos del Orador se clavaron en el hombro de Tas como las garras de una ave de presa.

—¡Por tanto él será el primero en morir! Porthios se alzó sobre el encogido kender, empuñando su reluciente espada. Tas, situado entre el rey elfo y el caballero, tenía la faz pálida, pero su expresión era desafiante. Al planear el crimen ya sabía que su castigo sería la muerte.

A Tanis le entristecerá lo que he hecho, pero al menos sabrá que he muerto con valentía —pensó apenado.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo una voz soñolienta—. ¡Nadie va a morir! Al menos por ahora. ¡Deja de jugar con esa espada, Porthios! ¡Puedes hacerle daño a alguien! Tas asomó la cabeza entre un bosque de brazos y relucientes cotas de mallas y vio que Fizban pasaba sobre el cuerpo inerte del gnomo y se dirigía hacia ellos bostezando. Tanto los elfos como los humanos se apartaban a su paso, como si una fuerza invisible les obligara a ello.

Porthios se giró para enfrentarse a Fizban. Estaba tan furioso que le manaba saliva de la boca y sus palabras eran casi incoherentes.

—¡Ten cuidado, anciano, o compartirás el castigo!

—Te he dicho que dejes de jugar con esa espada —le respondió Fizban irritado, agitando un dedo en dirección al arma.

Porthios dejó caer la espada con un grito de dolor. Sosteniéndose su dolorida mano, bajó la mirada atónito hacia la espada. ¡La empuñadura estaba llena de pinchos! Fizban se acercó al elfo y lo miró enojado.

—Eres un joven fantástico, pero deberían haberte enseñado a tener más respeto a tus mayores. ¡Dije que apartaras esa espada y lo decía en serio! ¡La próxima vez puede que me creas! —la mirada irritada del mago se desvió hacia el Orador— y tú, Solostaran, eras un buen hombre hace unos doscientos años. Supiste educar a tres hijos maravillosos.. tres hijos maravillosos, repito. No me cuentes más tonterías de que no tienes ninguna hija. Tienes una, y es una muchacha fabulosa. Tiene más sentido común que su padre. Debe haber salido a su madre... ¿Dónde estaba? Ah, sí. También educaste a Tanis, el Semielfo. Sabes, Solostaran, entre esos cuatro jóvenes, aún seríamos capaces de salvar el mundo.

El silencio era absoluto.

—Bien, ahora quiero que todo el mundo vuelva a sentarse. Sí, tú también, Comandante Gunthar. Vamos, Solostaran, te ayudaré. Nosotros, los ancianos, tenemos que ayudarnos unos a otros. Es una pena que seas tan necio... Murmurando bajo la barba, Fizban acompañó al atónito Orador a su asiento. Porthios, con la cara contraída de dolor, volvió a sentarse en su lugar con ayuda de sus guerreros.

Lentamente, los elfos y caballeros reunidos también lo hicieron, murmurando entre ellos y lanzando funestas miradas al destrozado Orbe, cuyos pedazos seguían esparcidos al pie de la Piedra Blanca.

Fizban instaló al Orador en su lugar y miró ceñudamente a Quinath, quien, por un segundo, había pensado en intervenir, pero inmediatamente había resuelto no hacerlo. El viejo mago, satisfecho, regresó frente a la Piedra Blanca, donde aún estaba Tas con aire abatido y aturdido.

—Tú —Fizban miró al kender como si no le conociera—, ve y atiende a ese pobre individuo —dijo haciendo un gesto y señalando al gnomo, que seguía desmayado.

Sintiendo que las rodillas le temblaban, Tasslehoff caminó lentamente hacia Gnosh y se arrodilló junto a él, contento de poder mirar algo que no fuera aquellos rostros teñidos de ira y de temor.

—Gnosh —le susurró preocupado, dándole unos golpecillos en las mejillas—. Lo siento. De verdad lo siento. Siento lo de tu Misión en la Vida, lo del alma de tu padre, y todo eso. Pero es que no podía hacer otra cosa.

Fizban se volvió lentamente y se encaró al grupo reunido.

—Sí, voy a echaros un sermón. Os lo merecéis, cada uno de vosotros. O sea que ya podéis borrar de vuestros rostros esas expresiones de hombres virtuosos. Ese kender dijo señalando a Tasslehoff—, tiene más cerebro bajo esa ridícula coleta, que todos vosotros juntos. ¿Sabéis lo que hubiera ocurrido si no hubiera tenido las agallas de hacer lo que ha hecho? ¿Lo sabéis? Bien, os lo diré. Dejadme sólo un segundo para encontrar algún lugar donde sentarme... —Fizban miró a su alrededor—. Ah, sí, aquí... —asintiendo satisfecho, el anciano mago se sentó en el suelo, ¡recostando la espalda sobre la sagrada Piedra Blanca!

Los caballeros reunidos dieron un respingo de terror. Gunthar se puso en pie, horrorizado ante tamaño sacrilegio.

—¡Ningún mortal puede tocar la Piedra Blanca! —gritó, abalanzándose hacia adelante.

Fizban volvió lentamente la cabeza para mirar al furioso caballero.

—Una palabra más y haré que se te caigan los bigotes. ¡Ahora siéntate y cállate! Farfullando, Gunthar se detuvo ante el imperioso gesto del anciano. El caballero no pudo hacer nada más que regresar a su asiento.

—¿Por dónde iba antes de ser interrumpido? —Fizban frunció el ceño, mirando a su alrededor. Su mirada se posó sobre los pedazos rotos del Orbe—. Ah, sí. Estaba a punto de contaros una historia. Por supuesto uno de vosotros hubiera ganado el Orbe y os lo hubierais llevado, bien para mantenerlo «a salvo», o para «salvar el mundo». y sí, es capaz de salvar el mundo, pero sólo si se sabe cómo utilizarlo. ¿Quién de vosotros sabe cómo hacerlo? ¿Quién tiene la fuerza suficiente? Fue creado por los hechiceros más poderosos de la antigüedad. Por todos los más poderosos... ¿comprendéis? Fue creado por los de la Túnica Blanca y por los de la Túnica Negra. Su esencia es tanto benigna como maligna. Los Túnicas Rojas unieron las dos esencias y le otorgaron su fuerza. Ahora hay muy pocos seres con el poder necesario para entenderlo, para desentrañar sus secretos, y para llegar a dominarlo. Desde luego muy pocos... ¡Y ninguno de ellos está sentado aquí!

Se había hecho el silencio, un profundo silencio, mientras escuchaban al viejo mago, cuya voz era potente y podía ser oída a pesar del creciente viento que soplaba alejando las nubes tormentosas del cielo.

—Uno de vosotros se hubiera llevado el Orbe y lo habría utilizado, y de esa forma os hubierais precipitado en un inmenso desastre. Ciertamente, os habríais destrozado como el kender ha destrozado el Orbe y por lo que se refiere a la esperanza perdida, os digo

que ésta parecía haberse evaporado totalmente durante algún tiempo, pero ahora ha renacido...

Una súbita corriente de aire se llevó el sombrero del viejo mago, haciéndolo volar de su cabeza. Maldiciendo irritado, Fizban se enderezó para agarrarlo.

Cuando el mago se levantó, el sol apareció entre las nubes. Se produjo un cegador destello de luz, seguido de un ensordecedor estallido, como si la tierra se hubiera resquebrajado. Aturdidos por la brillante luz, los presentes parpadearon y miraron atemorizados la terrible imagen que tenían ante ellos. La Piedra Blanca también había estallado en pedazos. El viejo mago yacía en el suelo, agarrando el sombrero con una mano mientras con la otra se cubría la cabeza aterrorizado. Sobre él, clavada en la roca sobre la que había recostado su espalda, había un arma alargada construida en reluciente plata. Había sido arrojada por el brazo de plata de un hombre de piel oscura que ahora se acercó a ella. Lo acompañaban tres personas: una mujer elfa, un viejo enano de barba blanca, y Elistan.

En medio del atónito silencio de los asistentes, el hombre de piel oscura alargó una mano y arrancó el arma de uno de los pedazos de roca. La sostuvo sobre su cabeza y la punzante asta relució bajo los rayos del sol de mediodía.

—Soy Theros Ironfield —gritó el hombre con voz profunda—. ¡Durante los últimos meses he estado forjando esta lanza con la plata de las profundidades del corazón del Monumento al Dragón Plateado! Con el brazo de plata que los dioses me otorgaron, he forjado de nuevo el arma que profetizó la leyenda y os la traigo a vosotros... a todas las gentes de Krynn, para que podamos unirnos y vencer al gran mal que amenaza con dejarnos en la oscuridad para siempre. ¡Os traigo... la Dragonlance!

Tras decir esto, Theros clavó el arma en el suelo. La lanza quedó fija, enhiesta y reluciente entre los pedazos rotos del Orbe de los Dragones.

Capítulo 7

Un viaje inesperado

—Y ahora que mi tarea ha terminado, ya puedo marcharme —dijo Laurana.

—Sí —dijo Elistan lentamente—, y sé por qué te vas... —Laurana enrojeció y bajó la mirada—. Pero, ¿adónde irás?

—A Silvanesti. Ése es el último lugar en el que le vi.

—Pero, fue sólo un sueño...

—No, aquello fue más que un sueño. Fue real. El estaba allí y estaba vivo. Debo encontrarle.

—Creo, querida, que entonces deberías quedarte aquí —sugirió Elistan—. Has dicho que en el sueño encontraba uno de los Orbes de los Dragones. Si es así, vendrá a Sancrist.

Laurana no respondió. Sintiendo desdichada e indecisa, miró al exterior desde una de las ventanas del castillo del Comandante Gunthar, donde ella, Elistan, Flint y Tasslehoff residían como invitados.

Debía haberse marchado con los elfos. Antes de que dejase la Explanada de la Piedra Blanca, su padre le había pedido que regresara con ellos a Ergoth del Sur. Pero Laurana le había respondido que no. Aunque no se lo había dicho, sabía que nunca en su vida volvería a vivir entre los suyos.

Su padre no insistió y Laurana vio, en su mirada, que el Orador había adivinado sus pensamientos pese a que ella no los hubiera expresado en voz alta. Los elfos envejecen por años, no por días, como los humanos y a Laurana le pareció que su padre envejecía por instantes. Sintió como si estuviera contemplándole a través de los ojos de relojes arena de Raistlin; la sensación era terrorífica. Además, las nuevas que ella traía sólo aumentaron la amarga infelicidad del Orador.

Gilthanas no había regresado y Laurana no podía decirle a su padre dónde estaba su amado hijo, ya que el viaje que él y Silvara habían emprendido era arriesgado y sumamente peligroso. Lo único que Laurana podía decirle era que su hijo no estaba muerto.

—¿Tú sabes dónde está? —preguntó el Orador tras hacer una pausa.

—Lo sé, o mejor dicho... sé hacia dónde se dirige.

—¿Y no puedes hablar de ello ni siquiera conmigo...?

Laurana sacudió la cabeza.

—No, Orador, no puedo. Perdóname, pero cuando se tomó la decisión de llevar a cabo ese peligroso plan, acordamos que ninguno de los que lo conocíamos hablaríamos de ello con nadie. Con nadie —repitió.

—O sea que no confías en mí... Laurana suspiró, volviendo la mirada hacia la destruida Piedra Blanca.

—Padre... casi les declaras la guerra a los únicos que pueden ayudarnos...

Su padre no le respondió, pero por su fría despedida y por la forma de apoyarse en el brazo de Porthios, le demostró claramente a Laurana que ahora sólo le quedaba un hijo.

Theros estaba dispuesto a partir con los elfos. Después de su espectacular presentación de la nueva Dragonlance, el Consejo de la Piedra Blanca había votado unánimemente construir más lanzas, así como la unión de todas las razas para luchar contra los ejércitos de los Dragones.

—Por el momento —había anunciado Theros—, sólo tenemos las pocas lanzas que yo mismo pude forjar durante este mes, y varias lanzas antiguas que los Dragones Plateados escondieron cuando sus congéneres desaparecieron de la tierra. Pero necesitaremos más... muchas más. ¡Necesito hombres que me ayuden!

Los elfos accedieron a que sus hombres ayudaran a Theros a forjar las Dragonlances, pero en cuanto a colaborar en la lucha...

—¡Ése es un asunto que debemos discutir! —dijo el Orador.

—No lo discutáis demasiado tiempo —le respondió irritado Flint Fireforge—, o puede que os encontréis hablando de ello con uno de los Señores de los Dragones.

—Los elfos tienen sus propias opiniones y no necesitan el consejo de los enanos —respondió el Orador fríamente—. Además, ¡ni siquiera sabemos si esas lanzas funcionan! La leyenda dice que debían ser forjadas por el Brazo de Plata, eso seguro. Pero también dice que para forjarlas era necesario el Mazo de Kharas. ¿Dónde está ahora el Mazo?

—Era imposible traer el Mazo a tiempo para forjarlas, además corríamos el riesgo de que cayera en manos de los draconianos. En la antigüedad se requería el Mazo de Kharas porque la destreza del hombre no era suficiente por sí misma para forjar las lanzas. La mía lo es —añadió Theros orgullosamente—. Ya viste lo que le hizo la lanza a aquella roca.

—Ya veremos lo que les hace a los dragones—dijo el Orador, y el Segundo Consejo de la Piedra Blanca llegó a su fin. Al final Gunthar propuso que las lanzas que Theros había traído, fueran enviadas a los caballeros de Palanthas.

Estos pensamientos son los que ocupaban la mente de Laurana mientras contemplaba el desolado paisaje de invierno. Según había dicho el Comandante Gunthar, no tardaría en nevar en el valle.

No puedo quedarme aquí. Me volveré loca —pensó Laurana pegando la mejilla al frío cristal.

—He estudiado los mapas de Gunthar —murmuró, hablando consigo misma—, y he visto la situación de los ejércitos de los Dragones. Tanis nunca llegará a Sancrist. Y si realmente tiene el Orbe, puede que no sepa el peligro que corre. Debo prevenirle.

—Querida, no estás hablando juiciosamente —le dijo Elistan con dulzura—. Si Tanis no puede llegar a Sancrist sin correr un gran riesgo, ¿cómo vas a llegar tú hasta él? Utiliza la lógica, Laurana...

—¡No quiero utilizar la lógica! ¡Estoy harta de ser juiciosa! Estoy cansada de esta guerra. Yo ya he hecho lo que he podido... más de lo que he podido. ¡Sólo quiero encontrar a Tanis!

Al ver la expresión compasiva de Elistan, Laurana suspiró.

—Lo siento, querido amigo. Sé que lo que has dicho es verdad, pero ¡no puedo quedarme aquí sin hacer nada!

Aunque Laurana no lo mencionó, tenía otra preocupación. Esa mujer humana, Kitiara. ¿Dónde estaba? ¿Estaban Tanis y ella juntos tal como había visto en el sueño? De pronto Laurana se dio cuenta de que la imagen que recordaba de Tanis rodeando con el brazo a Kitiara, era todavía más inquietante que la imagen que había visto de su propia muerte.

En ese momento el Comandante Gunthar entró en la habitación.

—¡Oh! Lo siento. Espero no molestar... —dijo al ver a Elistan y a Laurana.

—No, por favor, pasad —dijo Laurana rápidamente.

—Gracias —dijo Gunthar entrando y cerrando la puerta cuidadosamente. Antes de hacerlo miró hacia el corredor para asegurarse de que nadie rondaba por allí. Se reunió con ellos en la ventana—. La verdad es que quería hablar con vos y con Elistan. Envié a Wills en vuestra búsqueda. Sin embargo, es mejor así. Nadie sabrá que estamos hablando.

Más intrigas, pensó Laurana fatigada. Desde su llegada al castillo de Gunthar, no había oído hablar más que de las maniobras políticas que estaban destrozando la Orden de los Caballeros.

Gunthar le había relatado el juicio de Sturm, lo cual la había enfurecido intensamente, por lo que Laurana se había presentado ante el Consejo de Caballeros para hablar en defensa de su amigo. Aunque era la primera vez que una mujer testificaba ante el Consejo, los caballeros quedaron impresionados por el elocuente discurso que aquella bella y vehemente elfa había hecho en defensa de Sturm. El hecho de que Laurana fuera miembro de la casa real elfa, y el que hubiera traído las Dragonlances, también decía mucho en su favor.

Hasta a los seguidores de Derek —aquellos que se habían quedado— les había resultado difícil no considerar su testimonio. Pero los caballeros no habían podido llegar a ninguna decisión. El hombre designado para ocupar el lugar del Comandante Alfred era un fiel seguidor de Derek, y el Comandante Michael había vacilado hasta tal grado, que Gunthar se había visto obligado a exponer el caso a una votación abierta. Los caballeros habían pedido un período de reflexión y la reunión fue pospuesta. La habían reanudado

aquella tarde. Por lo que parecía, Gunthar acababa de llegar de dicha reunión. .. Laurana supuso, por la expresión del rostro de Gunthar, que todo había discurrido favorablemente. Pero si así era, ¿por qué ese aire de misterio?

—¿Han perdonado a Sturm? —preguntó la elfa. Gunthar hizo una mueca y se frotó las manos—No le han perdonado, querida. Eso hubiera significado que le consideraban culpable. No. ¡Ha sido completamente vindicado! Intenté que así fuese. El perdón no nos hubiera convenido en absoluto. Su investidura está asegurada. Ahora su título de Comandante es oficial. ¡Y Derek se ha metido en graves problemas!

—Me alegro por Sturm —dijo Laurana con frialdad, intercambiando una mirada de preocupación con Elistan. A pesar de que el Comandante Gunthar le gustaba, Laurana había sido criada en una casa real y sabía que el juicio de Sturm estaba siendo politizado.

Gunthar captó el frío matiz de su voz, y en su rostro se dibujó una expresión grave.

—Princesa Laurana, sé lo que estáis pensando... que estoy utilizando a Sturm como si se tratara de una marioneta. Seamos francos, Princesa. Los caballeros están divididos en dos bandos, el de Derek y el mío propio. Y ambos sabemos lo que le ocurre a un árbol partido en dos pedazos: ambas partes se marchitan y mueren. Esa contienda entre nosotros debe terminar o sus consecuencias serán trágicas. Ahora, Princesa, y también vos, Elistan, ya que he llegado a confiar en el buen juicio de ambos, dejo esto en vuestras manos. Me habéis conocido a mí y habéis conocido a Derek Crownguard. ¿A quién elegiríais para dirigir a los caballeros?

—A vos, por supuesto, Comandante Gunthar —dijo Elistan con sinceridad. Laurana asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Esa disputa es nefasta para la Orden de los Caballeros. Lo vi con mis propios ojos en la reunión del Consejo. Y, por lo que he oído de los informes llegados de Palanthas, también está dañando nuestra causa. No obstante, mi principal preocupación debe ser para mi amigo.

—Os comprendo perfectamente y me alegro de oíroslo decir —dijo Gunthar satisfecho— porque eso hace que me resulte más fácil pedir el gran favor que estoy a punto de solicitaros. Desearía que fuerais a Palanthas.

—¿Qué...? ¿Por qué? ‘ No lo comprendo!

—Claro que no. Dejadme que os lo explique. Por favor, sentaos. Vos también, Elistan. Os serviré un poco de vino...

—Para mí no —dijo Laurana sentándose junto a la ventana.

—Muy bien —el rostro de Gunthar se tornó serio. El caballero posó su mano sobre la de Laurana—. Vos y yo conocemos la política, Princesa. Por tanto voy a exponer todas las piezas de mi juego ante vos. Aparentemente viajaríais a Palanthas para enseñar a los caballeros a manejar las Dragonlances. Es una razón justificada. Aparte de Theros, vos

y el enano sois los únicos que conocen su manejo. Y, afrontémoslo, el enano por su estatura no podría utilizarlas.

Laurana le escuchaba atentamente y Gunthar prosiguió.

—Llevaríais las lanzas a Palanthas. Pero, lo que es más importante, llevaríais con vos la Escritura de Vindicación del Consejo que restituirá el honor de Sturm. Eso supondrá un golpe de muerte para la ambición de Derek. En el momento en que Sturm se ponga su antigua cota de mallas, todos sabrán que cuento con el total apoyo del Consejo. No me extrañaría que Derek fuese a juicio cuando regrese.

—Pero, ¿por qué yo? —preguntó Laurana bruscamente—. Podría enseñarle a alguien... al Comandante Michael, por ejemplo, a utilizar una Dragonlance. El podría llevarlas a Palanthas. El podría llevarle la Escritura a Sturm

—Princesa... —el Comandante Gunthar apretó su mano, acercándose más a ella y hablando en voz muy baja— ¡seguís sin comprenderlo! ¡No puedo confiar en el Comandante Michael! ¡No puedo encomendar este asunto a ninguno de los caballeros! Para entendernos, Derek ha sido derribado de su montura, pero aún no ha perdido el torneo. ¡Necesito alguien en quien pueda confiar absolutamente! Alguien que conozca a Derek y sepa cómo es en realidad, y alguien que desee de corazón lo mejor para Sturm.

—Yo deseo de corazón lo mejor para Sturm —dijo Laurana con frialdad—. y situó eso por encima de los intereses de la Orden de los Caballeros.

—Ah, pero recordad, Princesa Laurana, el único interés de Sturm es su investidura. ¿Qué creéis que le ocurriría a Sturm si la Orden llegara a desintegrarse? ¿Qué creéis que le ocurriría si Derek se hiciera con el control?

Como era de esperar, Laurana accedió a ir a Palanthas. A medida que el día de su partida se acercaba, comenzó a soñar casi cada noche que Tanis llegaba a la isla pocas horas después de que ella partiera. En más de una ocasión estuvo a punto de negarse a ir, pero entonces pensaba en tener que explicarle a Tanis que se había negado a ir a Palanthas para prevenir a Sturm del peligro que corría. Eso hizo que no cambiara de opinión. Esto, y el afecto que sentía por Sturm. Durante aquellas solitarias noches, en las que su corazón y sus brazos anhelaban a Tanis, era cuando se le repetía la visión del semielfo abrazando a esa mujer humana de oscura y rizada cabellera, de relucientes ojos castaños y de seductora sonrisa. Era entonces cuando su alma se agitaba. Sus amigos podían proporcionarle poco consuelo. Uno de ellos, Elistan, se vio obligado a prepararse para partir tras la llegada de un mensajero de los elfos solicitando la presencia del clérigo y rogando que fuera acompañado por un emisario de los caballeros. Hubo poco tiempo para despedidas. Un día después de la llegada del mensajero, Elistan y el hijo del Comandante Alfred —un serio y solemne caballero llamado Douglas—, lo tenían todo listo para partir hacia Ergoth del Sur. Laurana nunca se había sentido tan sola como cuando se despidió de su amigo.

Otra persona se despidió también del clérigo, aunque bajo diferentes circunstancias.

Elistan estaba paseando por la costa de Sancrist, esperando el barco que debería llevarle de vuelta a Ergoth del Sur. El joven caballero, Douglas, caminaba a su lado. Los dos estaban enzarzados en una conversación en la que el clérigo le explicaba al absorto y atento compañero las sendas de los antiguos dioses. De pronto alzó la mirada y divisó al anciano mago que había conocido en la reunión del Consejo. Durante días había intentado hablar con él, pero Fizban siempre le evitaba. Por tanto le sorprendió mucho verle ahora caminando por la costa en dirección a ellos. Andaba con la cabeza baja, murmurando para sí. Por un instante pensó que pasaría por su lado sin siquiera verles, pero, de pronto, el viejo hechicero alzó la cabeza.

—¡Ah, hola! ¿No nos han presentado antes? —preguntó parpadeando.

Elistan se quedó sin habla durante un momento. El rostro del clérigo se tornó de una palidez mortecina. Finalmente pudo responder:

—Por supuesto, señor. Y a pesar de que nuestra amistad es muy reciente, siento cómo si os conociera desde hace mucho, mucho tiempo.

—¿De veras? —el anciano frunció el ceño con suspicacia—. No estarás aludiendo a mi edad ¿no?

—No, desde luego que no —Elistan sonrió.

El rostro del anciano recuperó su expresión habitual. —Bien, que tengas buen viaje. Adiós.

Apoyándose en su viejo y torcido bastón, el anciano siguió su camino. De pronto se detuvo y se volvió.

—¡Ah!, por cierto, mi nombre es Fizban.

—Lo recordaré —dijo Elistan saludando con la cabeza—. Fizban.

Contento, el viejo mago asintió y continuó su camino por la orilla, mientras Elistan, repentinamente silencioso y pensativo, reanudó su paseo con un suspiro.

Aunque ya quedaban lejos en el transcurso de los acontecimientos, valía la pena remontarse hasta los confusos y excitantes momentos que siguieron a la rotura del Orbe de los Dragones y a la aparición de la nueva Dragonlance, para observar los sentimientos de un personaje al que todos habían olvidado: el gnomo Gnosh y su Misión en la Vida, que yacía esparcida sobre la hierba, rota en mil pedazos. El único que le hizo caso fue Fizban. El viejo mago se había levantado del suelo y se había dirigido hacia el abatido gnomo, quien contemplaba con aire afligido los fragmentos del Orbe.

—Bueno, bueno, muchacho —dijo Fizban—, ¡aquí no se acaba todo!

—¿No? —preguntó Gnosh, consternado.

—¡No, desde luego que no! Tienes que mirar las cosas desde la perspectiva correcta. ¡Ahora tienes la oportunidad de estudiar ese objeto a partir de cada una de sus partes!

Los ojos de Gnosh se iluminaron.

—Tienes razón, y, de hecho, podría ser una pista.

—Sí, sí —se apresuró a interrumpirle Fizban, pero Gnosh se abalanzó hacia adelante hablando cada vez más deprisa.

—Podríamos etiquetar los trozos, y después dibujar un diagrama de donde se encuentran cada pedazo en el momento en que lo encontramos local...

—Claro, claro —murmuró Fizban.

—Apartaos a un lado, apartaos a un lado —había gritado Gnosh con aire de preocupación mientras alejaba a la gente—. Mirad donde pisáis. Ahora vamos a estudiar el Orbe partiendo de sus pedazos, y en pocas semanas podré presentar un informe...

Gnosh y Fizban acordonaron el área y se pusieron a trabajar. Durante los dos días siguientes, Fizban permaneció en la zona de la Piedra Blanca partida, dibujando supuestos diagramas, marcando la situación exacta de cada fragmento antes de recogerlo. Uno de los dibujos de Fizban acabó accidentalmente en la bolsa del kender. Más adelante, Tas descubrió que en realidad se trataba de un juego conocido como «cruces y ceros», que el mago había estado jugando contra sí mismo y, aparentemente, había perdido.

Mientras tanto Gnosh gateaba felizmente sobre la hierba, pegando trozos de pergamino numerados sobre pedazos de cristal todavía más pequeños que aquéllos. Finalmente él y Fizban recogieron en una cesta 2.687 fragmentos y se los llevaron al Monte Noimporta.

A Tas se le planteó la opción de quedarse con Fizban o ir a Palanthas con Laurana y Flint. La elección era fácil. El kender sabía que dos personas tan inocentes como la elfa y el enano no conseguirían sobrevivir sin él. No obstante, le resultó duro tener que dejar a su viejo amigo. Dos días antes de que su barco se hiciera a la mar, realizó su última visita a los gnomos y a Fizban. Tras un estimulante paseo en catapulta, el kender encontró a Gnosh en la Sala de Observación. Los pedazos rotos del Orbe de los Dragones —etiquetados y numerados—, estaban esparcidos sobre dos mesas.

—Absolutamente fascinante por que hemos analizado el cristal es de un extraño material que no se parecen a ninguno de los que hayamos visto jamás grandescubrimiento estésiglo...

—¿O sea que has realizado tu Misión en la Vida? —le interrumpió Tas—. El alma de tu padre...

—Descansando confortablemente —Gnosh sonrió y luego volvió a su trabajo—. Estoy tan contento de que hayas venido y ¡alguna vez te encuentras por aquí! ¡Cerca ven a visitarnos de nuevo...

—Lo haré —dijo Tas sonriendo.

Tas encontró a Fizban dos niveles más abajo. Fue otro paseo fascinante; el kender gritó simplemente el nombre del nivel al que se dirigía y luego saltó en el vacío. Las redes ondearon y revolotearon, sonaron timbres, gongos y silbidos. Consiguieron agarrar a Tas en el primer nivel, justo cuando el área comenzaba a ser inundada por las esponjas.

Fizban se encontraba en Desarrollo de Armas, rodeado de un montón de gnomos que le observaban con admiración.

—¡Ah, muchacho! —dijo mirando vagamente a Tasslehoff—. Has llegado justo a tiempo para presenciar las pruebas de nuestra nueva arma. Va a revolucionar el arte militar. Convertirá a la Dragonlance en algo obsoleto.

—¿De veras? —preguntó Tas excitado.

—¡Es un hecho! A ver, ahora ponte aquí... —dijo haciéndole una señal a un gnomo, quien se apresuró a hacer lo que el anciano había dicho, situándose en medio de la desordenada habitación.

Fizban agarró algo que al atónito kender le pareció similar a una ballesta. En efecto, lo era, pero en lugar de una flecha, una inmensa red pendía del extremo de un garfio. Fizban, gruñendo y murmurando, ordenó a los gnomos que se situaran tras él y despejaron la habitación.

—Ahora tú eres el enemigo —le dijo Fizban al gnomo que se había situado en el centro. El gnomo asumió inmediatamente una expresión fiera y hostil. Los otros gnomos asintieron satisfechos. Fizban apuntó y disparó. La red salió despedida en el aire, se enganchó con el garfio que había en el extremo de la ballesta, retrocedió como una vela abatida y cayó sobre el mago.

—¡Maldito garfio! —murmuró Fizban.

Entre Tas y los gnomos consiguieron librarle de la red

—Me temo que esto es una despedida —dijo Tas extendiendo su pequeña mano.

—¿Una despedida? ¿Es que voy a algún lugar? ¡Nadie me lo ha dicho! Además no he empacado...

—Yo me voy a algún lugar —dijo Tas pacientemente— con Laurana. Vamos a llevar las lanzas a... oh, se supone que no debo decírselo a nadie —añadió avergonzado.

—No te preocupes. Punto en boca —dijo Fizban en un sonoro susurro que se oyó claramente en toda la habitación—. Te encantará Palanthas. Es una ciudad preciosa.

Dale recuerdos a Sturm. ¡Ah! Tasslehoff... —el viejo mago le miró con astucia— ¡hiciste lo correcto, muchacho!

—¿Lo hice? —dijo Tas animado—. Me alegro. Me preguntaba... sobre aquello que dijiste... el camino oscuro. ¿Fue éste...?

El rostro de Fizban se ensombreció mientras agarraba a Tasslehoff firmemente por el hombro.

—Me temo que sí. Pero tienes el coraje para caminar por él.

—Eso espero. Bueno, adiós. Regresaré tan pronto como termine la guerra.

—Oh, probablemente ya no estaré aquí —dijo Fizban sacudiendo la cabeza tan violentamente que su sombrero se cayó—. Tan pronto como la nueva arma esté perfeccionada, partiré en dirección a... ¿Dónde se suponía que debía ir? Me parece que no lo recuerdo. Pero no te preocupes, nos encontraremos de nuevo. ¡Esta vez, por lo menos, no me dejas enterrado bajo un montón de plumas de gallina! —exclamó agachándose a recoger el sombrero.

Tas lo recogió antes y se lo tendió.

—Adiós —dijo el kender con voz entrecortada.

—¡Adiós, adiós! —Fizban le despidió alegremente con la mano. Un segundo después, lanzándoles a los gnomos una mirada, volvió a acercarse a Tas—. Hum... me parece que he olvidado algo. ¿Cuál era mi nombre?

Capítulo 8

El Perechon

Recuerdos de antaño

Los compañeros, «como las otras heces de la humanidad» —eran palabras de Raistlin—, fueron a la deriva sobre las mareas del conflicto y arribaron a Flotsam. Esta sombría población se erguía a orillas del Mar Sangriento de Istar como una nave naufragada y arrojada contra las rocas. Habitada por la escoria de todas las razas de Krynn, Flotsam estaba, por añadidura, infestada de draconianos, goblins y mercenarios de toda índole que los Señores de los Dragones atraían mediante la promesa de cuantiosas soldadas y botines de guerra.

Esperaban encontrar en su puerto una nave que les llevara por la parte septentrional de Ansalon hasta Sancrist o hasta cualquier otro lugar, aunque suponían que la travesía resultaría muy peligrosa.

Su punto de destino había sido en los últimos días objeto de numerosas discusiones, sobre todo desde que Raistlin se recobrara de su enfermedad. Los compañeros habían espiado con ansiedad sus manejos del Orbe de los Dragones, sin prestar demasiada atención a su estado de salud. ¿Qué había ocurrido cuando utilizó la esfera? ¿Qué perjuicio podía causarles?

—No debéis sentir miedo —les recomendó el mago en su sibilante voz—. No soy necio y débil como el rey elfo. Yo he controlado al Orbe, no a la inversa.

—¿Cuáles son sus propiedades? ¿Para qué podemos servirnos de él? —preguntó Tanis, alarmado ante la gélida expresión que se dibujaba en el rostro metálico de Raistlin.

—He tenido que aplicar toda mi fuerza para dominarlo —explicó el hechicero con los ojos alzados hacia el techo pero necesito estudiarlo más a fondo antes de aprender a utilizar sus poderes.

—¿Estudiarlo? —repitió el semielfo—. ¿Estudiar el Orbe?

—No exactamente —aclaró Raistlin, después de lanzarle una fugaz mirada y posar de nuevo su vista en las alturas—. Lo que debo estudiar son los libros escritos por los antiguos sabios que crearon este objeto. Tenemos que ir a Palanthas, a la biblioteca donde reside un tal Astinus.

Tanis guardó unos segundos de silencio. Oía el matraqueo de los pulmones del hechicero en la lucha que libraban para respirar. ¿Por qué se aferrará así a la vida? —pensó el semielfo sin acertar a comprenderlo.

Aquella mañana había nevado, pero los espesos copos se habían convertido en una fina lluvia. Tanis escuchaba su tamborileo sobre la madera del carromato. Quizá era a causa del encapotado día pero, al observar a Raistlin, Tanis sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo hasta congelarle el corazón.

—¿A eso te referías al hablar de antiguos hechizos? —indagó por fin.

—Naturalmente. ¿A qué sino? —Raistlin hizo una pausa para toser, y añadió—: ¿Cuándo hablé yo de tales encantamientos?

—Cuando te encontramos por vez primera —le recordó el semielfo, examinándole con suma atención. Advirtió un hondo frunce en su ceño y captó la tensión que dimanaba de su quebrada voz.

—¿Qué dije entonces? —Apenas nada. Hiciste una vaga alusión a unos viejos hechizos cuyo secreto pronto poseerías.

—¿Eso fue todo?

Tanis no respondió de inmediato, y los ojos como relojes de arena del mago le traspasaron con una inquietante frialdad que le produjo un estremecimiento. Viendo que asentía. Raistlin desvió el rostro.

—Voy a dormir un rato —declaró—. Palanthas, no lo olvides.

Tanis se vio obligado a admitir que deseaba viajar a Sancrist por motivos egoístas. Esperaba contra toda lógica que Laurana, Sturm y los otros se hubieran dirigido a esa ciudad. Además, era allí donde había prometido llevar el Orbe pero ahora tenía que sopesar la insistencia de Raistlin en visitar la biblioteca de Astinus a fin de descubrir los enigmas que encerraba.

Se hallaba sumida su mente en tales disquisiciones cuando llegaron a Flotsam. Al fin, decidió que lo mejor sería comprar pasajes en una nave que zarpase con rumbo norte y desembarcar según las posibilidades que se presentaran.

Pero al llegar a este puerto tuvieron una gran desilusión. Había más draconianos en la ciudad que los que habían visto en todo su viaje desde Balifor septentrional. Las calles eran un hervidero de patrullas armadas, que demostraban un especial interés por los extraños. Como los compañeros habían tenido la feliz idea de vender su carromato antes de atravesar las puertas pudieron mezclarse con el gentío, si bien cinco minutos después de entrar en la urbe vieron cómo unos draconianos arrestaban a un hombre por «hacer preguntas».

Les alarmó tan triste espectáculo, de modo que se albergaron en la primera posada que encontraron: una casucha destartada de la periferia.

—¿Cómo nos las vamos a arreglar para ir hasta el puerto, y sobre todo para adquirir pasajes? —inquirió Caramon en cuanto se hubieron instalado en sus poco acogedoras alcobas— ¿Qué sucede aquí?

—El posadero dice que hay un Señor del Dragón en la ciudad. Al parecer las tropas buscan a unos espías o algo parecido —aclaró Tanis con desasosiego.

—Quizá intentan rastreamos a nosotros —apuntó el guerrero, intercambiando miradas con los otros.

—¡Eso es ridículo! —se apresuró a rebatirle Tanis—. Somos víctimas de una obsesión. Nadie puede saber que estamos en Flotsam, ni sospechar qué ocultamos.

—Me pregunto si... —esbozó Riverwind, a la vez que miraba receloso a Raistlin.

El mago cruzó sus ojos con los del bárbaro, pero no se dignó contestar.

—Beberé agua caliente —indicó a Caramon.

—Sólo se me ocurre una solución —propuso Tanis mientras el guerrero obedecía las instrucciones de su hermano—. Caramon y yo saldremos esta noche y atacaremos a dos oficiales del ejército de los Dragones para robarles los uniformes. No pienso en los draconianos —añadió al ver la mueca de disgusto del hombretón—, sino en los mercenarios de raza humana. Así podremos movernos por Flotsam con entera libertad. Tras un corto conciliábulo, todos reconocieron que era el único plan que podía funcionar. Los compañeros cenaron sin apetito, prefiriendo hacerlo en sus habitaciones antes que arriesgarse a bajar al comedor.

—¿No me necesitarás durante mi ausencia? —preguntó Caramon a Raistlin cuando se quedaron solos en la alcoba que compartían.

—Puedo cuidar de mí mismo —fue la lacónica respuesta.

El mago se incorporó para estudiar un libro de hechizos, mas un acceso de tos le obligó a abandonarlo entre violentas convulsiones.

Al ver que su gemelo estiraba la mano, Raistlin la rechazó.

—¡Vete! —le espetó—. ¡Déjame tranquilo!

Caramon vaciló unos instantes.

—Como quieras —dijo al fin con un suspiro y, tras abandonar la estancia, cerró la puerta suavemente.

Raistlin permaneció unos segundos inmóvil, casi sin resuello. Una vez se hubo normalizado su respiración cruzó despacio la alcoba y, aún tembloroso, levantó uno de los muchos saquillos que Caramon había depositado en la mesilla de noche. Lo abrió y extrajo el Orbe.

Tanis y Caramon, aquél con la capucha echada sobre su rostro, recorrieron las calles de Flotsam al acecho de dos guardianes cuyos uniformes pudieran ajustarse a sus cuerpos. En el caso de Tanis no iba a ser difícil, pero hallar un soldado del tamaño del descomunal guerrero era ya otra cuestión.

Ambos sabían que debían darse prisa. Más de una vez los draconianos se volvieron a mirarles con expresión de sospecha, y dos de ellos, incluso, les detuvieron para averiguar qué hacían por aquellos lugares. En el tosco dialecto de los mercenarios, Caramon les explicó que querían alistarse en los ejércitos de los Dragones y su relato pareció convencerles. Pero resultaba evidente que no tardaría en atraparles una patrulla.

—¿Qué debe ocurrir? —susurró preocupado el semielfo.

—Quizá la guerra se ha puesto al rojo vivo —aventuró Caramon—. Mira a esos individuos que entran en la taberna.

—Sí, uno de ellos es tan fornido como tú —asintió Tanis, comprendiendo por qué había cambiado de tema—. Escóndete en esa calleja. Esperaremos hasta que salgan y entonces... —en lugar de concluir la frase, estranguló el aire con las manos.

El guerrero captó la señal, y ambos se deslizaron por el adoquinado para refugiarse en un mugriento pasadizo desde donde podían vigilar la puerta del establecimiento. Era casi medianoche. Las lunas no aparecerían en el firmamento pues, aunque había cesado de llover, densos nubarrones ensombrecían el ambiente. Acurrucados en el callejón, pronto empezaron a tiritar a pesar de sus capas. Las ratas sorteaban sus pies, causándoles una gran repugnancia. Un goblin ebrio se adentró por error en sus dominios y fue a caer de bruces sobre un montón de desperdicios. No volvió a levantarse. El hedor que despedía era nauseabundo, pero los compañeros no se atrevieron a abandonar un puesto de observación tan ventajoso.

Pasado un rato oyeron un tumulto esperanzador, formado por carcajadas sin control y voces humanas que hablaban en Común. En efecto, los dos soldados que aguardaban salieron del bar y avanzaron vacilantes hacia ellos.

Una alta farola se alzaba en la acera, iluminando la noche. Los mercenarios se perfilaron bajo sus haces y dieron así a Tanis la oportunidad de estudiarlos. Ambos eran oficiales de los ejércitos de los Dragones. Imaginó que acababan de ascenderles, quizá era eso lo que celebraban. Desde luego sus armaduras refulgían como si fueran nuevas, además de estar relativamente limpias. Al semielfo le satisfizo comprobar la calidad de su acero, cubierto de escamas azules que imitaban a las de los dignatarios de las huestes enemigas.

—¿Preparado? —preguntó Caramon. Tanis asintió.

—¡Elfo abyecto! —exclamó el guerrero desenvainando su espada, con aquella profunda voz que tan bien asumía—. ¡Te he descubierto, espía, y ahora mismo te llevaré a presencia del Señor del Dragón!

—¡Nunca me atraparás vivo! —se rebeló Tanis con su arma también enarbolada. Al oír la refriega, los oficiales se detuvieron bamboleantes para asomarse a la lóbrega calleja.

Vieron muy interesados cómo Caramon y Tanis se tanteaban mutuamente, evolucionando hasta colocarse en posición de combate. Cuando el guerrero estaba de espaldas a los soldados y Tanis frente a ellos, el semielfo hizo un brusco movimiento y lanzó por los aires la espada de su supuesto rival—¡Rápido, ayudadme a arrestarlo! —vociferó el hombretón—. ¡Se ofrece una buena recompensa por él, vivo o muerto!

Los oficiales no titubearon. Tras desenfundar sus armas con dificultad a causa de su embriaguez, se encaminaron hacia Tanis. Sus rostros se hallaban retorcidos en una expresión de cruel complacencia.

—¡Adelante, agujeread a esa escoria! —les apremió Caramon.

Aguardó hasta que hubieron pasado junto a él y, en el instante en que alzaron el brazo de la espada, rodeó con sus potentes manos las gargantas de ambos. El guerrero se apresuró a entrechocar sus cabezas, soltándoles para que los inertes cuerpos cayeran al suelo.

—¡No hay tiempo que perder! —gruñó Tanis.

Arrastró a uno por los pies hacia la penumbra, mientras Caramon le seguía con el otro. Sin tomarse un segundo de descanso comenzaron a desabrochar las correas de sus armaduras.

—¡Puah! ¡Este debía tener sangre troll! —protestó el guerrero, agitando la mano para ahuyentar los asfixiantes efluvios.

—¡Deja de quejarte! —le espetó Tanis, concentrado en estudiar el complejo sistema de trabas y cinchas del atavío—. Tú al menos estás acostumbrado a embutirte en estas mallas. Por favor, échame una mano.

—Enseguida. —Sonriente, Caramon ajustó las piezas en torno al talle de Tanis—. Un elfo con armadura. ¿Dónde iremos a parar?

—Son tiempos difíciles —respondió su compañero—. ¿Cuándo nos entrevistaremos con la capitana de navío de la que te habló William?

—Dijo que la encontraremos a bordo a primera hora de la mañana.

—Me llamo Maquesta Nar-thon —se presentó la mujer, con la dura expresión de quien tiene muchos asuntos que atender—. Adivino que no sois oficiales de los ejércitos de los Dragones, a menos que hayan decidido aceptar elfos en sus filas.

Tanis se sonrojó, a la vez que se desprendía del yelmo.

—¿Resulta muy obvio?

—Quizá no para otros —respondió ella encogiéndose de hombros—. La barba te camufla... ¡pero claro, eres un semielfo! Y el casco oculta tus orejas aunque, como no te proveas de una máscara, tus bonitos ojos almendrados acabarán por delatarte. De todos modos no darás ocasión a que muchos draconianos te contemplen de cerca, ¿me equivoco?

Maquesta se apoyó en el respaldo de su silla, colocó los pies sobre la mesa y estudió el rostro de Tanis. Al oír la risa burlona de Caramon, aquél sintió arder su piel.

Estaban a bordo del Perechon, sentados en la cabina de su capitana. Maquesta Nar-thon pertenecía a la raza de tez oscura que vivía en Ergoth del Norte. Su pueblo estaba constituido por navegantes desde tiempo inmemorial y, según el rumor popular, conocía el lenguaje de las aves marinas y los delfines. Al mirarla, Tanis no pudo por menos que

pensar en Theros Ironfield. Su piel era de un negro reluciente, su cabello crespo permanecía sujeto merced a una cinta dorada que le ceñía la frente. En los ojos de aquella mujer, también de tono azabache, brillaba un fulgor acerado similar al de la daga que pendía de su cinto.

—Hemos venido para hablar de negocios, capitana Ma-que... —a Tanis se le trabó la lengua al intentar pronunciar tan extraño nombre.

—Por supuesto —respondió ella—. Puedes llamarme Maq, será más fácil para ambos. Me alegro de que traigáis una carta de William, de lo contrario no os habría recibido. Sólo os escucho porque él asegura que sois honrados y vuestro dinero auténtico. Y bien, ¿dónde queréis ir?

Tanis y Caramon intercambiaron una fugaz mirada. Estaban en una encrucijada y, además, el semielfo temía revelar a nadie sus dos posibles puntos de destino. Palanthas era la capital de Solamnia, Sancrist un conocido puerto frecuentado por los caballeros.

—¡Por los dioses! —se encolerizó Maq al verles titubear. Bajando los pies de la mesa, les lanzó una furibunda mirada y añadió—: ¡Decidid de una vez si vais a confiar o no en mí!

—¿Podemos hacerlo? —la interrogó Tanis .

—¿Cuánto dinero tenéis? —insistió la capitana con las cejas enarcadas.

—El suficiente —fue la concisa respuesta—. Digamos que deseamos dirigimos al norte. Si después de bordear el cabo Nordmaar nuestras relaciones son buenas, seguiremos navegando juntos. En el caso de que para entonces haya surgido algún problema, te pagaremos y nos dejarás en un puerto seguro.

—Kalaman —declaró Maq, arrellanándose divertida en su asiento—. Es, según tú mismo afirmas, un puerto seguro. Al menos uno de los más tranquilos en estos tiempos que corren. Me pagaréis ahora la mitad del pasaje y el resto cuando lleguemos. Cualquier trayecto posterior deberá negociarse en su momento.

—Nos depositarás en Kalaman sanos y salvos —puntualizó Tanis.

—No puedo comprometerme —protestó la capitana—. No es ésta una época idónea para viajar por mar.

Se levantó en lánguida actitud y se desperezó como un gato. Caramon, que también se había incorporado, la contempló con admiración.

—Cerremos el trato —añadió Maquesta—. Seguidme, os mostraré la nave. Les condujo a cubierta. El velero se le antojó a Tanis bien aparejado, aunque él nada sabía de tales cuestiones. La voz y las maneras de la mujer fueron frías cuando iniciaron su conversación, pero a medida que les enseñaba los detalles de su barco adquirieron un calor imprevisto. El semielfo advirtió que adoptaba la misma expresión, que sus frases

se revestían del mismo ardor que había detectado en Tika cuando hablaba de Caramon. El Perechon era, sin lugar a , dudas, el único amor de Maq.

Reinaba a bordo una gran tranquilidad. La tripulación estaba en tierra junto con el primer oficial, según les explicó Maquesta. La única persona que Tanis vio en la cubierta, aparte de ellos mismos, fue un hombre que remendaba en solitario una vela. Cuando pasaron por su lado alzó los ojos, y el semielfo comprobó que casi se le salieron de las órbitas al toparse con las armaduras de escamas de dragón.

—Nocesta, Berem —la capitana trató de apaciguarle señalando a Tanis y Caramon—. Nocesta. Clientes, dinero. El hombre asintió y reanudó su tarea.

—¿Quién es? —indagó el semielfo en voz baja mientras volvían al camarote para zanjar las negociaciones.

—¿Quién, Berem? —preguntó Maq a su vez—. El piloto.

Sé muy poco de él. Se presentó aquí hace unos meses pidiendo trabajo. Le admití como grumete, pero poco después mi timonel murió en un altercado con... dejémoslo, poco importa. El caso es que le sustituyó por su propia iniciativa y resultó ser espléndido en el manejo de la rueda, mejor incluso que el anterior. Sin embargo, es una criatura extraña. Creo que es mudo. Nunca habla, y rehúsa desembarcar siempre que puede. Me escribió su nombre en el cuaderno de bitácora de otro modo ni siquiera conocería ese detalle. ¿Por qué? —inquirió al comprobar que Tanis le examinaba con suma atención.

Berem era alto y corpulento. A primera vista parecía un hombre de mediana edad, de acuerdo con las pautas de su raza. Tenía el cabello cano y el rostro bien rasurado, de tez curtida y ajada por los prolongados efectos de la brisa marina. Sin embargo, sus ojos eran transparentes y brillantes como los de un joven, al igual que las tersas manos con que sostenía la aguja. Quizá corría por sus venas sangre elfa, pero Tanis no halló en él ningún rasgo que lo confirmara.

—Le he visto antes, estoy seguro —comentó el semielfo—. y tú, Caramon, ¿le recuerdas?

—¡Oh, vamos! —protestó el guerrero—. Nos hemos tropezado con millares de personas en sólo un mes. Probablemente formaba parte de la audiencia en una de nuestras puestas en escena.

—No —replicó Tanis—. En cuanto mis ojos se han posado en ese hombre he pensado en Pax Tharkas y en Sturm...

—Tengo mucho que hacer —le interrumpió Maq—. ¿Venís, o preferís contemplar cómo cose la vela?

Comenzó a descender la escala y Caramon la siguió con paso torpe, envuelto en el tintineo de su espada y la armadura. Aunque a regañadientes, Tanis se introdujo también por la escotilla no sin antes lanzar al desconocido una última mirada. El humano clavó a su vez en el semielfo sus extraños y penetrantes ojos.

—De acuerdo, vuelve a la posada junto a los otros. Yo compraré las provisiones para tenerlo todo a punto cuando zarpeamos. Maquesta ha dicho que tardaremos unos cuatro días.

—¡Ojalá fuera menos! —exclamó Caramon.

—También a mí me gustaría —respondió Tanis con cierto desasosiego—. Hay demasiados draconianos por aquí. Pero hemos de aguardar hasta que la marea sea favorable. Regresa al albergue y ordena a todos que no salgan. ¡Por cierto! Recuerda a tu hermano que haga acopio de esa pócima de hierbas que bebe, porque pasaremos largo tiempo en el mar. Me reuniré con vosotros dentro de unas horas, en cuanto haya comprado todo lo necesario.

Tanis se adentró en las abarrotadas calles de Flotsam, sin que nadie reparase en él gracias a su armadura. Deseaba ardientemente quitársela pues era pesada, le daba calor y le producía una molesta comezón. Además, le costaba un gran esfuerzo acordarse de responder a los saludos de los draconianos y de los goblins. Se le ocurrió, al ver el respeto que infundía su uniforme, que el humano al que había robado tal atavío debía ostentar un rango importante. Tal pensamiento no era reconfortante. En cualquier momento alguien podía reconocerle.

Pero sabía que nada podía hacer sin la protección que le brindaba. Había más draconianos que la víspera en las calles, la tensión se palpaba en toda la ciudad. La mayoría de los habitantes permanecían confinados en sus casas y, a excepción de las tabernas, los comercios estaban cerrados. Tras pasar junto a varios establecimientos con las puertas, atrancadas, al semielfo comenzó a preocuparle la idea de que quizá no lograría abastecerse para su larga singladura, en el océano. Meditaba sobre este problema, contemplando una oscura vitrina, cuando de pronto una mano le agarró por la bota y le arrojó al suelo. La inesperada caída le dejó sin resuello. Se había golpeado la testa contra el empedrado y, por unos instantes, el dolor le atenazó de un modo irresistible. Su instinto lo impulsó a propinar un puntapié a quienquiera que le tuviese así aprisionado, pero debía poseer unas manos muy fuertes. Notó que le arrastraban hacia una lóbrega calleja.

Tras menear la cabeza en un intento de despejarla, Tanis se giró para ver a su aprehensor. ¡Era un elfo! Con su ropa harapienta, desfigurados sus rasgos por el pesar y la ira, su oponente se irguió ante él blandiendo una lanza.

—¡Lacayo de los dragones! —le espetó su atacante en lengua Común—. Tus despreciables esbirros asesinaron a mi familia, a mi mujer y a mis hijos. Los aniquilaron mientras yacían indefensos en sus lechos, sin escuchar sus súplicas de misericordia. ¡Tú pagarás su crimen! —concluyó—, a la vez que levantaba su arma.

—¡Sahk! ¡It mo dracosali! —gritó Tanis en elfo, realizando un denodado esfuerzo para liberarse del yelmo. Pero el elfo, enloquecido tras tanto sufrimiento, ni siquiera escuchó sus palabras. Cuando se disponía a hundir la lanza en el cuerpo de su víctima, sus ojos se desorbitaron, ribeteados de pánico. El arma se deslizó por sus dedos al mismo tiempo que una espada se ensartaba en su espalda. Agonizante, el elfo se desplomó pesadamente entre desgarrados gritos.

Se giró para ver quién le había salvado la vida. Un Señor del Dragón se erguía sobre el cadáver de la desdichada criatura.

—Te oí gritar y comprendí que uno de mis oficiales corría peligro. Supuse que me necesitarías —explicó el dignatario, estirando su enguantada mano con el fin de ayudar a incorporarse al aún débil Tanis.

En un mar de confusiones, mareado por el pertinaz dolor y tan sólo consciente de que no debía delatarse, el semielfo aceptó la mano que le tendía el Señor del Dragón hasta que logró ponerse en pie. Ladeado el rostro y bendiciendo su suerte porque la escena se desarrollaba en un sombrío callejón, el semielfo farfulló con la voz más ronca posible unas palabras de agradecimiento. Fue entonces cuando vislumbró los ojos del oficial tras la máscara, y vio que se abrían de par en par.

—¿Tanis? Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, causándole un dolor más punzante que el que le habría infligido la lanza elfa. No acertó a hablar, sólo pudo contemplar inmóvil cómo el Señor del Dragón se apresuraba a quitarse la máscara de color azul y oro.

—¡Tanis, eres tú! —exclamó el comandante con voz claramente femenina, aferrando sus brazos.

El semielfo reparó en aquellos ojos pardos, en la encantadora pero ambigua sonrisa de su oponente. —Kitiara...

Capítulo 9

Tanis capturado

—¡No puedo creerlo, Tanis! Convertido en un oficial, y además bajo mis órdenes. Debería pasar revista a mis tropas más a menudo —comentó Kitiara sonriente, deslizando su brazo bajo el del semielfo—. Veo que aún tiemblas. Has sufrido una desagradable emboscada. Acompáñame, mis aposentos no están lejos. Allí beberemos una copa, vendaremos tu herida y charlaremos.

Aturdido, pero no a causa del golpe que se había dado en la cabeza, Tanis dejó que Kitiara le condujera hasta la acera de la calle principal. Le habían ocurrido demasiadas cosas en un tiempo muy breve. Unos minutos antes buscaba provisiones y ahora caminaba del brazo de una Señora del Dragón que acababa de salvarle la vida y era, además, la mujer que amó durante tantos años. No podía apartar la mirada de su rostro y ella, sabedora de que la contemplaba, clavó también en él sus ojos cercados por largas y negras pestañas.

La refulgente armadura de escamas de dragón propia de su rango le sentaba muy bien, o al menos así lo pensó el semielfo. Se ajustaba a su piel, realzando las curvas de sus torneadas piernas.

Los draconianos se apiñaban a su alrededor, ansiosos por merecer un saludo de la Señora. Pero Kitiara les ignoró, concentrada en charlar con Tanis como si se hubieran visto por última vez la víspera en lugar de cinco años atrás. Él no lograba absorber sus palabras. Su cerebro se revolvía para acomodarse a la situación, mientras que su cuerpo reaccionaba como siempre lo hizo ante la proximidad de la muchacha.

La máscara había humedecido su cabello, razón por la que los bucles se adherían a su frente. Con un movimiento despreocupado, la joven pasó su enguantada mano por la melena para despejar el rostro. Era éste un viejo hábito, un gesto insignificante pero que avivaba recuerdos. Tanis agitó la cabeza, luchando desesperadamente por tranquilizarse y atender a la conversación. Las vidas de sus amigos dependían ahora de sus actos.

—¡Hace calor dentro del yelmo! —estaba diciendo Kitiara—. No necesito estos artilugios para mantener a mis hombres bajo control, ¿no te parece? —preguntó a la vez que le guiñaba un ojo.

—N-no —balbuceó él sin poder contener un creciente rubor de sus mejillas.

—¡El mismo Tanis de siempre! —exclamó Kit, y apretó su cuerpo contra el de él—. Todavía te sonrojas como un escolar. Sin embargo, nunca te pareciste a los otros —añadió con dulzura. Le atrajo entonces hacia sí para abrazarle y, cerrando los ojos, le besó en los labios.

—Kit —dijo Tanis en tonos apagados—, aquí no. En plena calle no —Concluyó. Incluso retrocedió asustado. Kitiara le dirigió una mirada fulgurante, pero optó por encogerse de hombros y apoyar una vez más la mano en su brazo. Continuaron su avance, entre las bromas y los jubilosos gritos de los draconianos.

—El mismo Tanis de siempre —repitió, en esta ocasión con un hondo suspiro—. No sé por qué te consiento estos desaires. A cualquier otro que me rechazase como tú acabas de hacerlo le habría traspasado con mi espada. Bien, ya hemos llegado. Entró en la mejor posada de Flotsam, «La Brisa Salada». Construida en lo alto de un risco, se dominaba desde ella el Mar Sangriento de Istar, cuyas aguas rompían en la pared de roca. El posadero corrió a recibirles.

—¿Está preparada mi alcoba? —preguntó Kit en actitud altiva.

—Sí, señora —respondió el posadero inclinándose en reiteradas reverencias. Mientras subían la escalera, el servil individuo les tomó la delantera para asegurarse de que todo estaba en orden. Kit examinó la estancia. Hallándola satisfactoria, arrojó el yelmo sobre una mesa y empezó a quitarse los guantes. Luego se sentó en una silla, donde alzó la pierna con un abandono sensual y deliberado.

—Mis botas —indicó sonriente a Tanis. El semielfo tragó saliva y, esbozando a su vez una tenue sonrisa, aferró con ambas manos la pierna que ella le tendía. Era uno de sus antiguos juegos. El solía sacarle las botas de sus pies, y siempre terminaban... —intentó desechar tal pensamiento.

—Tráenos una botella de tu vino más exquisito y dos copas —ordenó Kitiara al obsequioso posadero. Levantó la otra pierna, sin apartar de Tanis sus pardos iris —. Cuando nos hayas servido déjanos solos.

—Pero señora —protestó el hospedero titubeando—, se han recibido mensajes de Ariakas.

—Si vuelvo a ver tu cara en esta alcoba después de que nos traigas el vino te cortaré las orejas —bromeó si bien, mientras hablaba, extrajo de su cinto una afilada daga.

El individuo palideció, asintió en silencio y salió precipitadamente de la estancia.

—Veamos —dijo Kitiara entre risas, al mismo tiempo que estiraba los pies en sus mallas de seda azul—. Ahora seré yo quien te quite las botas.

—Debo irme —se disculpó Tanis, sudoroso bajo la armadura—. El comandante de mi compañía me echará de menos...

—¡Yo soy la comandante de tu compañía! —repuso ella divertida—. Mañana te ascenderé a capitán o, si quieres, a un rango más elevado. De momento, siéntate.

El semielfo tuvo que obedecer aunque, en su fuero interno, era lo que deseaba.

—Me alegro de verte —declaró Kit, arrodillada frente a él para tirar de su bota—. Lamenté mucho perderme la reunión de Solace. ¿Cómo están todos? ¿Qué ha sido de Sturm? Supongo que lucha al lado de los caballeros. No me sorprende que os hayáis separado, la vuestra era una amistad que nunca logré comprender.

Kitiara siguió hablando, pero Tanis dejó de escucharla. Sólo acertaba a mirarla. Había olvidado cuán adorable era, tan sensual y excitante. Intentó pensar en el peligro que corría más, pese a conocerlo, no podía sino evocar las felices noches consumidas junto a aquella muchacha en tiempos lejanos. De pronto, Kit le miró a los ojos. Atrapada en la pasión que de ellos manaba, dejó caer la bota que ya se había deslizado. En un impulso involuntario, Tanis estiró la mano y la acercó a su rostro. Kitiara rodeó su cuello con las manos y los labios de ambos se unieron en un prolongado beso.

Al sentir el contacto de la joven los deseos y ansias que habían atormentado al semielfo durante cinco años despertaron en sus entrañas. La fragancia, cálida y femenina, se

mezcló con el olor a piel curtida y acero. Aquel beso, ardiente como una llama, causó a Tanis sensaciones acuciantes, y comprendió que sólo existía una manera de calmarlas.

Cuando el posadero llamó a la puerta, no obtuvo respuesta. Meneando la cabeza con admiración —era el tercer hombre en otros tantos días—, depositó el vino en el suelo y desapareció.

—Y ahora —murmuró Kitiara somnolienta, arropada en los brazos de Tanis —háblame de mis hermanos. ¿Viajan contigo? La última vez que los vi tu grupo escapaba de Tarsis en compañía de una mujer elfa.

—¡Así que eras tú! —se sorprendió Tanis, recordando a los Dragones Azules.

—¡Por supuesto! —Kit se estrujó contra él—. Me gusta tu barba —añadió mientras le acariciaba rostro—. Oculta tus frágiles rasgos elfos. ¿Cómo te enrolaste en las tropas?

¿Qué contestar? Tanis trató de fraguar una mentira convincente.

—Fuimos apresados en Silvanesti, y un oficial me hizo comprender que era una locura enfrentarse a la Reina Oscura.

—¿Y mis hermanos?

—N-nos separamos —titubeó el semielfo.

—¡Qué lástima! —se apenó Kit—. Me gustaría verles. Caramon debe haberse convertido en un gigante, y he oído decir que Raistlin es un hábil mago. ¿Viste aún la túnica roja?

—Imagino que sí. No he tenido noticias de él en mucho tiempo —aventuró Tanis.

—No tardará en mudarla por la negra —comentó ella complacida—. Raist se parece a mí, siempre anheló el poder.

—¿Y tú? —se apresuró a interrumpirla el semielfo— ¿Qué haces aquí, tan lejos del campo de batalla? La liza se desarrolla en el norte.

—Deberías saberlo, me ha traído a Flotsam la misma misión que a ti —le espetó Kitiara abriendo los ojos de par en par—. Busco al Hombre de la Joya Verde, naturalmente.

—¡Ahora lo reconozco! —exclamó Tanis, asaltado por un súbito recuerdo—.

¡El piloto del Perechon! El hombre que huía de Pax Tharkas junto al pobre Eben, la criatura que exhibía una gema incrustada en el centro del pecho.

—¡Entonces le has encontrado! —vociferó Kitiara presa de una gran ansiedad—. ¿Dónde, Tanis? —se había incorporado y le brillaban los ojos.

—No estoy seguro —balbuceó Tanis en un intento desesperado de subsanar su imprudencia—. Sólo me dieron una vaga descripción.

—Aparenta unos cincuenta años en términos humanos —explicó la muchacha—, pero tiene unos ojos extraños, jóvenes, y las manos tersas. En su tórax brilla una joya verde. Nos informaron de que había sido visto en Flotsam, por eso me envió aquí la Reina de la Oscuridad. El es la clave, Tanis. Descubre su paradero y ninguna fuerza en Krynn será capaz de deteneros.

—¿Por qué? —indagó él, ya más sosegado—. ¿Qué secreto encierra para que resulte tan esencial en la... en nuestra victoria?

—¿Quién sabe? —Encogiéndose de hombros, Kit se arrellanó de nuevo en los brazos del semielfo—. Estás tiritando, pero esto te templará —añadió mientras le frotaba el cuerpo con manos acariciantes—. Sólo nos comunicaron que lo más importante que podíamos hacer para resolver el conflicto de un golpe certero era encontrar a ese hombre.

Tanis tragó saliva, con un inquietante cosquilleo en el cuerpo producido por su contacto.

—Piensa que, si damos con él, tendríamos todo Krynn a nuestros pies —le susurró ella al oído, su aliento cálido y húmedo contra la piel del semielfo—. La Reina Oscura nos recompensaría más generosamente de lo que has soñado nunca! Tú y yo juntos para siempre, Tanis. ¡Vamos en su busca!

Las palabras de la joven resonaban en su mente. ¡Juntos para siempre! Poner fin a la guerra, gobernar Krynn.

No —pensó con un nudo en la garganta—. ¡Es una locura! Mi pueblo, mis amigos... Por otra parte, ¿no he hecho ya suficiente? ¿Qué les debo, tanto a humanos como a elfos? Nada. Son ellos quienes me han herido, humillado. Todos estos años he vivido en el aislamiento. ¿Por qué he de tenerlos en cuenta? ¡Ya es hora de cuidar de mí mismo! Ésta es la mujer de mis sueños. Ahora puede ser mía. Kitiara, tan bella, tan deseable...

—¡No! —dijo con brusquedad—. No —añadió, suavizando el tono de la voz y estrechándola en sus brazos—. Iremos mañana. Si era él, sé bien que no escapará. Kitiara sonrió y se dejó arrullar. Tanis se volvió sobre ella para besarla con pasión. En la distancia oía el embate de las olas del Mar Sangriento contra la costa.

La torre del Sumo Sacerdote

La Orden de los Caballeros

Por la mañana, la tormenta que azotaba Solamnia había amainado. Salió el sol, convertido en un tenue disco dorado que no caldeaba nada. Los caballeros que montaban guardia en las almenas de la Torre del Sumo Sacerdote fueron al fin a acostarse, no sin antes relatar los prodigios que habían visto durante la cruda noche pues semejante tempestad no se conocía en aquellas tierras desde los tiempos del Cataclismo. Quienes ocuparon sus puestos de vigilancia estaban tan fatigados como ellos, nadie había conseguido conciliar el sueño.

Contemplaron la llanura cubierta de nieve y hielo. Oscilantes llamas salpicaban el paisaje allí donde los árboles, devastados por los aserrados relámpagos que surcaron el cielo durante la ventisca, ardían con misteriosos destellos. Pero no fueron los aislados incendios los que atrajeron la atención de los caballeros cuando se encaramaron a las almenas. Les inquietaba más el fuego que se alzaba en el horizonte, centenares de ígneos fulgores que invadían el frío y despejado aire con su hediondo humo.

Las hogueras de los campamentos. Las hogueras de los ejércitos enemigos. Un edificio se interponía entre la Señora del Dragón y su proyectada victoria en Solamnia. Ese edificio o «cosa», como ella solía llamarle, era la Torre del Sumo Sacerdote. Construida tiempo atrás por Vinas Solamnus, fundador de la Orden de los Caballeros, en el único paso que permitía atravesar las nevadas y siempre brumosas Montañas Vingaard, la Torre protegía Palanthis, capital de Solamnia, y el puerto denominado las Puertas de Paladine. Si caía esa mole, Palanthis pasaría a manos de los ejércitos de los Dragones. Se trataba de una bella ciudad llena de riquezas, de una urbe que había vuelto la espalda al mundo para contemplarse, orgullosa, en su propio espejo.

Con Palanthis en su poder y el puerto bajo control, la Señora del Dragón cortaría sin dificultad el suministro de víveres hasta imponer sumisión al resto de Solamnia y barrer de la faz de la tierra a los molestos caballeros. La Comandante, apodada «Dama Oscura» por sus tropas, no se hallaba en el campamento. Una misión secreta la había llevado al este. pero al partir dejó tras ella a oficiales leales y eficientes, dispuestos a cualquier hazaña para ganarse su favor.

De todos los Señores de los Dragones, la Dama Oscura era la predilecta de la soberana. Por eso las tropas de draconianos, goblins, ogros y humanos permanecían en sus puestos contemplando la Torre con ojos codiciosos, todos ellos ávidos de lucha para obtener sus recomendaciones. Defendía el edificio una nutrida guarnición de Caballeros de Solamnia, que a este fin abandonaron Palanthis unas semanas antes. Según la leyenda, la Torre nunca había sucumbido estando protegida por hombres piadosos, consagrada

como estaba al Sumo Sacerdote representante de un rango que, tan sólo inferior al del Gran Maestro, merecía el más hondo respeto de los súbditos del reino.

Los clérigos de Paladine vivieron en la Torre durante la Era de los Sueños. Allí habían acudido los jóvenes caballeros para ser adoctrinados en los misterios religiosos, dejando numerosos vestigios de su paso.

No era únicamente el temor de la leyenda lo que detenía a los ejércitos. Sus oficiales no necesitaban de fábulas para comprender que tomar tal fortaleza sería un arduo empeño.

—El tiempo nos favorece —dijo la Dama Oscura antes de partir—. Nuestros espías informan que los caballeros han recibido escasa ayuda desde Palanthas. Hemos interceptado sus vías de abastecimiento desde el alcázar de Vingaard hacia el este. Dejemos que se encierren en su Torre, pues más pronto o más tarde su impaciencia y sus estómagos vacíos les inducirán a cometer un error. Cuando eso ocurra, estaremos a punto para entrar en acción.

—Podríamos tomar la plaza con una escuadra de dragones —sugirió un joven oficial. Se llamaba Bakarís y su valor en la liza, unido a su atractivo rostro, le habían valido el favor de su Señora. Eso no impidió, no obstante, que la Dama Oscura le dirigiera una especulativa mirada cuando se disponía a montar a la grupa de Skie, su Dragón Azul.

—Quizá te equivoques —se limitó a replicar—. Se rumorea que han descubierto una antigua arma: la lanza Dragonlance.

—¡Puros cuentos infantiles! —se burló el oficial mientras la ayudaba a instalarse a lomos de Skie. El reptil observó al apuesto joven con ojos furibundos.

—No menosprecies los relatos para niños —le advirtió la Dama Oscura—, son los mismos que nos dieron a conocer a los míticos dragones. Pero no te preocupes, amigo. Si consigo capturar al Hombre de la Joya Verde no tendremos que atacar la Torre, ella misma se destruirá. Si, por el contrario, fracaso —añadió encogiéndose de hombros— quizá te mande la escuadra que solicitas.

Sin más preámbulos el gigantesco animal de escamas azules batió sus alas y alzó el vuelo hacia el este, en dirección a una pequeña y pobre ciudad situada a orillas del Mar Sangriento de Istar. Se llamaba Flotsam.

Las tropas aguardaban desde entonces, reconfortadas por las cálidas fogatas, mientras los caballeros luchaban contra el hambre tal como había augurado la dignataria. Pero mucho peor que la falta de alimento eran las disensiones que comenzaban a enfrentar a unos contra otros. Los jóvenes caballeros que servían a las órdenes de Sturm Brightblade llegaron a reverenciar a su desafortunado cabecilla durante los penosos meses que sucedieron a su partida de Sancrist. Aunque melancólico y, en ocasiones, reservado, el honesto e íntegro carácter de Sturm le hizo merecedor del respeto y admiración de sus hombres.

Fue la suya una victoria que le costó indecibles sufrimientos a manos de Derek. Una criatura menos noble habría prestado oídos sordos a las maniobras políticas de este último, o por lo menos mantenido la boca cerrada como hiciera el Comandante Alfred;

pero Sturm no dudó en desenmascararle tantas veces como lo creyó necesario, aun sabiendo que de ese modo perjudicaba su causa contra el poderoso caballero.

Fue Derek quien enajenó a los habitantes de Palanthas. Ya desconfiados, dominados por antiguos odios y amarguras, los moradores de la bella y pacífica ciudad se alarmaron y encolerizaron ante sus amenazas cuando negaron su autorización a los caballeros para guarnicionar el recinto. Por fortuna, las pacíficas negociaciones de Sturm acabaron por propiciar la actitud de los ciudadanos y proveyeron de víveres a los soldados.

La situación no mejoró al instalarse los caballeros en la Torre del Sumo Sacerdote. Las facciones entre los Comandantes minaron la moral de los soldados de infantería que, además, sufrían las consecuencias de la escasez de alimentos. Pronto la Torre se convirtió en un nido de intrigas, los mandatarios que apoyaban a Derek se enfrentaron a la franca oposición de los seguidores de Gunthar, capitaneados por Sturm, y si no estallaron sangrientas trifulcas fue gracias a la estricta obediencia que este caballero profesaba a la Medida. Pero la descorazonadora visión de los ejércitos de los Dragones acampados en las cercanías, así como la progresiva merma de víveres, desataron nervios y malos humores. El Comandante Alfred comprendió el peligro demasiado tarde. Lamentó entonces la necedad que había mostrado al respaldar a Derek, pues resultaba evidente que el caballero se estaba volviendo loco.

Su demencia crecía a ojos vistas, su ambición de poder corroía los últimos reductos de razón que aún albergaba. Pero Alfred nada podía hacer. Encerrados en la rígida estructura marcada por la Medida, se precisaban meses de conciliábulos para relevar a Derek Crownguard de su rango.

La noticia del triunfo de Sturm sobre sus acusadores azotaría la seca y resquebrajada tierra con la rapidez del relámpago. Como había preconizado Gunthar, este hecho daría al traste con las esperanzas de Derek. Lo que no había previsto era que sesgaría también su frágil vínculo con la cordura.

La mañana siguiente a la tormenta, los ojos de los centinelas abandonaron unos instantes su vigilancia de las huestes enemigas para posarse en el patio de la Torre. El sol tiñó el nublado cielo de una luz gélida y blanquecina, que se reflejó en las armaduras de los Caballeros de Solamnia cuando se reunieron para una solemne ceremonia de investidura.

Sobre sus cabezas, los estandartes donde figuraba el penacho parecieron congelarse en las almenas al permanecer suspendidos e inmóviles en el frío aire matutino. Las puras notas de una trompeta, que hicieron bullir la sangre en las venas de los presentes, anunciaron la apertura de acto. Al oír su clamor, los caballeros irguieron la testa y desfilaron por el patio.

El Comandante Alfred se situó en el centro de un círculo de caballeros. Ataviado con el uniforme de gala, agitándose la roja capa en torno a sus hombros, exhibió ante la concurrencia una antigua espada enfundada en su raída vaina. En esta última se enlazaban el martín pescador, la rosa y la corona, inmemoriales símbolos de la Orden.

El dignatario lanzó una mirada a la asamblea, pero la esperanza que se dibujaba en sus ojos se apagó y bajó entristecido la cabeza.

Sus temores se veían confirmados. Había confiado en que la ceremonia conciliaría a los divididos caballeros, y, sin embargo, parecía producir el efecto contrario. Había inquietantes huecos en el círculo sagrado, espacios vacíos que los asistentes contemplaban con desazón. Derek y su séquito estaban ausentes.

Sonó dos veces más el clarín, y cayó el silencio sobre los congregados. Sturm Brightblade, vestido con una túnica blanca, salió de la capilla donde había pasado la noche recogido en la plegaria y la meditación como prescribía la Medida. Le acompañaba una inusitada guardia de honor.

Junto a Sturm caminaba una mujer elfa, cuya belleza destacaba en el plomizo día como el sol en el crudo invierno. Tras ella avanzaba un viejo enano, que recibía en su cano cabello y luenga barba los tenues influjos del astro. Al lado del hombrecillo desfilaba un kender, cubierto por unos alegres calzones azules.

Se abrió el círculo de caballeros para admitir a Sturm y su escolta, que se detuvieron frente a Alfred. Laurana, con el yelmo en las manos, se situó a su derecha. Flint, que portaba el escudo, se colocó a la izquierda y, tras recibir un empujón de enano. Tasslehoff se apresuró a ocupar su posición blandiendo las espuelas del caballero, que estaba a punto de ser investido.

Sturm inclinó la cabeza. Su larga melena, tocada ya por grises mechones pese a no sobrepasar la treintena, se derramó sobre sus hombros. Elevó una muda oración y, cuando el Comandante Alfred le hizo la señal acostumbrada, hincó respetuoso la rodilla.

—Sturm Brightblade —declaró solemnemente el dignatario a la vez que desenrollaba un pergamino—, el Consejo de los Caballeros, tras escuchar el testimonio aportado por Lauranthalasa de la familia real de Qualinesti y las declaraciones de Flint Fireforge, enano de las colinas circundantes a la ciudad de Solace, te libera de todos los cargos presentados en tu contra. Como reconocimiento a tus actos de valor, siempre de acuerdo con el relato de estos testigos, yo te nombro Caballero de Solamnia.

Su voz se quebró, y bajó los ojos. Las lágrimas fluían en sendos riachuelos por las macilentas mejillas de Sturm.

—Has pasado la noche orando, Sturm Brightblade —añadió en tonos apagados—. ¿Te consideras digno del gran honor que se te ha concedido?

—No, señor —respondió el interpelado tal como exigía el ritual—, pero lo acepto con toda humildad y juro consagrar mi vida a hacerme merecedor de tal distinción. Alzó los ojos al cielo y concluyó en un susurro—. Con la ayuda de Paladine, lo conseguiré.

Alfred había presenciado numerosas ceremonias de esta índole, pero no recordaba haber visto tan ferviente sinceridad en el rostro de un hombre.

—Ojalá estuviera aquí Tanis —murmuró Flint al oído de Laurana, quien se limitó a asentir con un leve movimiento de cabeza. Se alzaba alta y rígida, enfundada en una

armadura que le habían confeccionado en Palanthas por orden expresa de Gunthar. Su cabello de color miel ondeaba bajo el casco de plata. Una intrincada filigrana de oro surcaba su peto, mientras que la holgada falda de cuero negro —con un largo coste en un lado para darle libertad de movimientos— rozaba la punta de sus botas. Tenía la faz pálida y triste, ya que la situación tanto en Palanthas como en la misma Torre no podía ser más sombría y desoladora.

Debería haber regresado a Sancrist, de hecho así se lo habían ordenado. El Comandante Gunthar recibió tiempo atrás un comunicado secreto de Alfred relatándole el caos que reinaba entre los caballeros, y al instante mandó a la Princesa instrucciones de abreviar su estancia. Sin embargo ella prefirió quedarse, al menos durante un tiempo. Los habitantes de Palanthas la habían acogido con cortesía; después de todo corría por sus venas sangre real y, además, les fascinó su belleza. También estaban interesados en la Dragonlance y solicitaron una a fin de exhibirla en su museo. Pero cuando Laurana mencionó a los ejércitos de los Dragones, se limitaron a sonreír y encogerse de hombros. Fue entonces cuando la Princesa se enteró, a través de un mensajero, de lo que estaba ocurriendo en la Torre de los Sumos Sacerdotes. Los caballeros se hallaban en estado de sitio, y varios millares de soldados enemigos aguardaban en el campo. Decidió que los aliados necesitaban las lanzas y que sólo ella podía llevárselas y enseñarles su manejo. Así pues, ignoró por completo la orden de Gunthar de volver a Sancrist. El viaje de Palanthas a la Torre fue una auténtica pesadilla. Inició Laurana la marcha en compañía de dos carromatos que transportaban algunas existencias y las valiosas lanzas Dragonlance. El primer vehículo se encalló en la nieve a escasas millas de la ciudad y su contenido hubo de ser distribuido entre los caballeros de la escolta, Laurana, su grupo y el segundo carromato. También éste se atascó. Una y otra vez liberaron sus ruedas con palas traídas a este propósito, hasta que al fin se hundió sin remedio. Cargando armas y provisiones sobre sus equipos, los caballeros, la muchacha elfa, Flint y Tas recorrieron a pie el último trecho. La suya fue la última caravana que logró llegar a su destino. Tras la tormenta de la víspera, Laurana y todos los presentes supieron que no recibirían más suministros. El camino de Palanthas era ahora intransitable. Aunque aplicaran el más estricto racionamiento, los soldados quedarían sin comida en pocos días. Los ejércitos de los Dragones, por el contrario, parecían poder esperar un invierno entero. Las lanzas Dragonlance fueron desmontadas de los agotados animales que las trasladaban y, por orden de Derek, apiladas en el patio. Algunos de los caballeros las examinaron con curiosidad, para luego ignorarlas. Se les antojaron armas demasiado pesadas e inútiles. Cuando Laurana se ofreció tímidamente a instruirles en su gobierno, Derek se burló de ella. Alfred, por su parte, se asomó a la ventana para contemplar en silencio las fogatas de campaña en el horizonte, y los celos de la muchacha se vieron materializados al mirar inquisitiva a Sturm.

—Laurana —dijo él con tono cordial, cubriendo su mano entre las suyas—, no creo que el Señor del Dragón se tome ni siquiera la molestia de enviar a sus escuadras voladoras. Si no logramos abrir de nuevo las vías de abastecimiento, la Torre sucumbirá porque sólo quedará un puñado de muertos para defenderla.

Las lanzas Dragonlance yacían pues en el patio sin ser utilizadas en el más absoluto olvido, enterradas sus argénteas puntas bajo la nieve.

Capítulo 11

La curiosidad de un kender

Los caballeros atacan

S Sturm y Flint paseaban por las almenas la noche de la ceremonia de la investidura, compartiendo sus recuerdos.

—Un pozo de pura plata, refulgente como una joya, en las entrañas del Monumento del Dragón Plateado —dijo Flint con sobrecogido—. De aquella plata se sirvió Theros para forjar las lanzas Dragonlance.

—Me habría gustado más que nada en el mundo visitar la tumba de Huma —se lamentó Sturm. Al desviar los ojos hacia los campamentos enemigos, se detuvo y apoyó la mano en el antiguo muro de piedra. La llama de una antorcha encendida al otro lado de una ventana próxima brilló en su enjuto rostro.

—La visitarás —le reconfortó el enano—. Volveremos cuando termine la guerra. Tas dibujó un mapa, aunque su precisión deja mucho que desear... Mientras refunfuñaba contra el kender, Flint estudió, preocupado, a su otro amigo. La expresión del caballero era grave y melancólica, algo que en Sturm no resultaba del todo inusual. Pero se reflejaba en su semblante algo nuevo, una calma que no era fruto de la serenidad sino del desaliento.

—Iremos juntos —prosiguió, tratando de olvidar el hambre—. Tanis, tú y yo. Supongo que también el kender, además de Caramon y Raistlin. Nunca creí que llegaría a añorar al enteco mago, pero un hechicero nos sería de gran utilidad en este apurado trance. Sin embargo, me alegro de que Caramon no esté aquí. ¿Te imaginas los improperios que podría ladrar con el estómago vacío?

S Sturm esbozó una sonrisa ausente, perdido en sus cavilaciones. Cuando habló, el enano comprendió que no había escuchado sus palabras.

—Flint —susurró sin salir de su nostalgia—, sólo necesitamos un día soleado para abrir el camino. Si eso ocurre, prométeme que te llevarás a Tas y a Laurana de la Torre.

—¡En mi opinión, todos deberíamos irnos! —le espetó el enano—. Lo más conveniente sería reagrupar a los caballeros en Palanthas. Podríamos guarnicionar la ciudad y resistir el ataque de los dragones. Sus edificios son de piedra maciza, no como este lugar. — Miró desdeñoso la mole, construida por los humanos—. No resultaría difícil defender Palanthas.

—Sus habitantes no lo permitirán —respondió Sturm—. Sólo les preocupa su hermosa urbe. Mientras piensen que puede salvarse, rehusarán luchar. ¡No!, ¡debemos permanecer aquí!

—No tenéis ninguna posibilidad de sobrevivir —le razonó Flint.

—Te equivocas, aguantaremos si logramos que se establezca de nuevo el suministro. Contamos con hombres suficientes, por eso no nos han atacado los ejércitos de los Dragones.

—Existe otra solución —declaró una voz.

Sturm y Flint se volvieron. La llama de la antorcha iluminaba a un rostro macilento, y los rasgos del caballero se endurecieron.

—¿Cuál es, Derek? —preguntó Sturm con forzada cortesía.

—Gunthar y tú creéis haberme derrotado —dijo el Comandante Derek, ignorando a su interlocutor. El resentimiento quebró su voz cuando clavó en él sus ojos—. ¡Pero no es así! Bastará un acto heroico para que los caballeros coman en la palma de mi mano — añadió, a la vez que la extendía debidamente enguantada y su armadura aparecía destellante bajo la luz—, y ambos seréis destruidos. Despacio... —y apretó el puño.

—Tenía la impresión de que guerreábamos contra los ejércitos de los Dragones — comentó Sturm.

—No me vengas con sermones farisaicos —le insultó Derek—. Disfruta de tu nueva condición de caballero, Brightblade. Sin duda has pagado generosamente para que se te otorgue. ¿Qué le prometiste a la mujer elfa a cambio de sus embustes? ¿Desposarla quizá, convertirla en una persona.

—La Medida me prohíbe luchar contigo, pero nada me obliga a oírte mancillar el honor de una mujer tan bondadosa como valiente.

Girando sobre sus talones, Sturm hizo ademán de alejarse.

—¡No te atrevas a dejarme con la palabra en la boca! —le amenazó su oponente, aferrando el hombro del caballero.

Sturm se volvió encolerizado, apoyada la mano en la empuñadura de su espada. También Derek cerró los dedos en torno a su acero, y por un instante pareció que la Medida iba a ser ignorada. Pero Flint se apresuró a refrenar a su amigo, quien emitió un hondo suspiro y apartó la mano de su arma.

—¡Adelante, Derek, habla! —le apremió Sturm sin apenas controlar su ira.

—Estás acabado, Brightblade. Mañana conduciré a los caballeros al campo de batalla. No pienso languidecer en esta mísera prisión. ¡Dentro de veinticuatro horas mi nombre se habrá inscrito en la leyenda!

Flint consultó a Sturm con la mirada, y vio en su rostro la lividez de la muerte.

—Derek —le recriminó el recién investido caballero—, has perdido el juicio. Son millares de soldados, os despedazarán.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —se mofó el otro—. Cuando despunte el alba tenlo todo dispuesto, Brightblade.

Aquella noche Tasslehoff, agobiado por el frío, el hambre y el aburrimiento, decidió que el mejor modo de olvidar las protestas de su estómago era explorar el recinto. Debe haber centenares de escondrijos donde ocultar objetos. Éste es uno de los edificios más extraños que he visto nunca —pensó el kender.

La Torre del Sumo Sacerdote se asentaba sólidamente sobre el flanco occidental de paso de Westgate, el único cañón que atravesaba la cordillera Habbakuk, a su vez frontera natural entre la zona este de Solamnia y Palanthas. Como bien sabía la Señora del Dragón, cualquiera que intentase acceder a la ciudad sin utilizar esta ruta tenía que recorrer centenares de millas bordeando las montañas, o bien adentrarse en el desierto o en el mar. Y las naves que fondeaban en las Puertas de Paladine eran una diana perfecta para las catapultas de fuego de los gnomos.

La Torre fue construida en la Era del Poder. Flint era un entendido en la arquitectura de este período, ya que fueron miembros de su raza quienes diseñaron la mayor parte de las edificaciones. Sin embargo, no habían intervenido en su realización. Flint se preguntaba cuál era la identidad de su artífice, al que tachaba de insensato y de borrachín.

Un muro exterior de piedra formaba la base octogonal del recinto, coronada en cada ángulo por una torreta. Varios pasillos almenados unían estos salientes mientras que otra pared, también octogonal, configuraba el diseño de una serie de torres y contrafuertes que se erguían gráciles hacia la torre central.

Se trataba de una estructura corriente, pero lo que desconcertaba al enano era la inexistencia de puntos internos de defensa. Tres enormes verjas de acero surcaban la muralla externa en lugar de una sola puerta, más razonable desde el punto de vista de la seguridad pues se precisaban nutridas guarniciones para custodiar tantos accesos. Cada una de estas cancelas se abría a un angosto patio, en cuyo extremo un rastrillo conducía a un inmenso vestíbulo. ¡Y los tres vestíbulos confluían en las entrañas de la Torre!

—Es como invitar al enemigo a tomar el té en el salón —rezongó el enano—. Nunca me había tropezado con un esquema tan ridículo en una fortaleza.

Nadie entraba en la Torre. Para los caballeros era inviolable. El único que podía internarse en ella era el Sumo Sacerdote mas, como no había ninguno, los caballeros estaban dispuestos a defender los muros a costa de su vida sin pisar jamás sus sagradas estancias. En un principio la Torre sólo guardaba el paso, no lo bloqueaba. Pero los palanthianos construyeron un anexo a la estructura principal, que sellaba su acceso. Era en este edificio más moderno donde se alojaban los caballeros y sus soldados.

Nadie osaba penetrar en la Torre... salvo Tasslehoff. Guiado por su insaciable curiosidad y por la corrosiva hambre, el kender recorrió la parte superior de la muralla externa. Los caballeros que allí montaban guardia le observaron recelosos, asiendo las espadas con una mano y las bolsas con la otra. Pero se relajaron en cuanto hubo pasado, de modo que Tas pudo deslizarse sin ser visto por la escalera en pos del patio central.

Sólo las sombras frecuentaban aquel lugar. No ardía ninguna antorcha, no había centinelas apostados. Unos anchos peldaños conducían al rastrillo. Tas los subió sigiloso y, llegado al arco donde se hallaba encajado, se asomó entre los barrotes. No vio nada al otro lado, y lanzó un suspiro. La oscuridad era tan impenetrable que se creyó en las puertas del abismo. Frustrado, intentó izar la verja más por la fuerza de la costumbre que abrigando la esperanza de levantarla. Sólo Caramon o diez caballeros juntos poseían la energía necesaria para lograrlo.

¡Cual no sería la sorpresa del kender al comprobar que el rastrillo obedecía a su impulso! Comenzó a elevarse, con un chirrido ensordecedor que le obligó a detenerlo. Miró asustado hacia las almenas, convencido de que toda la guarnición estaba bajando para capturarlo.. Pero al parecer los caballeros sólo eran capaces de escuchar los rugidos de sus vacíos estómagos.

Centró su atención en el rastrillo. Había un espacio abierto entre las afiladas puntas metálicas y el pétreo suelo, un espacio hecho a su medida. No perdió un instante en reflexionar sobre las consecuencias. Tendiéndose cuán largo era, reptó bajo las rejas.

Se encontró en una vasta sala, de casi cincuenta pies de anchura. Apenas veía su entorno inmediato, mas, pronto, descubrió unas antorchas apagadas en el muro. Unos ágiles saltos le bastaron para asir una y encenderla con la yesca de Flint, que por fortuna guardaba en su saquillo.

Ahora Tas pudo examinar el gigantesco salón donde se hallaba. Tenía forma alargada y se perdía en las entrañas de la Torre. Unas extrañas columnas se alineaban a ambos lados, como ristras de dientes. Se encaramó a una de ellas, y detrás no vio sino un nicho.

La estancia estaba vacía. Decepcionado, Tasslehoff avanzó unos pasos con la esperanza de encontrar algo interesante. Llegó a otra reja, ésta ya izada. «Aquello que resulta fácil acaba causando más complicaciones de las que merece», rezaba un antiguo proverbio de su raza. Pese a su disgusto, no renunció a traspasar el rastrillo para introducirse en un salón, quizá un corredor, más angosto que el primero —medía sólo unos diez pies de anchura pero provisto de idénticas columnas dentadas.

¿Por qué construir una torre tan fácil de abordar? —se preguntaba Tas.

La muralla exterior era imponente, pero una vez traspasada cinco enanos ebrios podían ocupar la plaza. El kender alzó la mirada. ¿Y por qué tan alta? La sala principal sobrepasaba los treinta pies.

Quizá los caballeros de la época eran verdaderos gigantes —especuló con interés mientras se deslizaba por el pasillo, espiando las puertas abiertas y agazapándose en las esquinas.

Pasado este segundo trecho se tropezó con un tercer rastrillo. Era diferente de los anteriores, y tan extraño como el resto de la Torre. En efecto, se dividía en dos mitades que se unían en el centro. Lo más misterioso de todo, no obstante, era que un gran agujero se abría en medio de las rejas.

Atravesó el hueco sin dificultad y accedió así a una sala más pequeña. Frente a él se erguía una enorme puerta de acero de doble hoja. El kender la empujó distraído, llevándose un mayúsculo sobresalto al comprobar que estaba cerrada con llave. Ninguno de los rastrillos había supuesto un obstáculo. No había nada que proteger.

Lejos de desalentarse, Tas se dijo que al fin había dado con algo capaz de mantenerle ocupado y olvidar el ronroneo de su estómago. Trepó a un banco de piedra para ensartar la antorcha en un soporte del muro, y revolvió en sus bolsas. No tardó en palpar las herramientas que habían de permitirle forzar la cerradura, y que eran inseparables de los kendens. «¿Por qué insultar el propósito de una puerta atrancándola?» era una de sus expresiones predilectas.

Eligió el artilugio adecuado y se puso manos a la obra. La cerradura era sencilla. Un leve chasquido le anunció que había tenido éxito en su tarea, de modo que guardó las herramientas en su bolsillo. La puerta se abrió hacia adentro con un ligero balanceo y el kender aguzó el oído. No detectó nada. Oteó el horizonte, sin percibir tampoco contornos susceptibles de orientarle. Se encaramó de nuevo al banco recogió la antorcha y cruzó sigiloso la puerta.

Al alzar la tea vislumbró una vasta sala circular. Estaba vacía salvo por un polvoriento objeto, similar a una fuente, que se erguía en su centro. Había llegado al final del recorrido pues, aunque se dibujaban otras dos puertas en la sala, resultaba obvio que sólo conducían a los otros pasillos de acceso. Estaba en las entrañas mismas de la Torre, en un lugar sagrado. ¡Tanto enigma para nada!

Procedió a examinar el recinto, iluminando los rincones con su antorcha. Aunque se sintió desencantado, decidió inspeccionar también la fuente antes de partir.

Tas vio al acercarse que no se trataba en absoluto de una fuente, si bien la capa de polvo que cubría la estructura era tan gruesa que no acertaba a identificarla. Su altura era pareja a la del kender, de unos cuatro pies. En su parte superior, una especie de esfera se apoyaba en un fino pedestal de tres patas.

Escudriñó el objeto con creciente ansiedad, y al no verlo como deseaba contuvo el aliento y sopló enérgicamente. El polvo se introdujo en su nariz, haciéndole estornudar y casi soltar la antorcha. Quedó ciego unos instantes, hasta que el polvo volvió a posarse. Cuando el ingenio se reveló a sus ojos se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Oh, no! —gimió. Tras hurgar en otro saquillo, extrajo un pañuelo y frotó la superficie circular. El polvo se desprendió, y ya no albergó la menor duda—. ¡Caramba! Tenía yo razón. ¿Qué voy a hacer?

A la mañana siguiente el sol asomó rojizo entre la neblina que producía el humo de las fogatas. En el patio de la Torre del Sumo Sacerdote se inició la actividad antes de que se dispararan las sombras nocturnas. Un centenar de caballeros montaron a sus corceles, ajustaron las cinchas, reclamaron sus escudos y se abrocharon la armadura mientras los soldados de a pie corrían a su alrededor en busca de sus formaciones.

Sturm, Laurana y el comandante Alfred se hallaban en un umbrío portalón contemplando silenciosos cómo Derek, entre risas y chanzas dirigidas a sus hombres, supervisaba el ajetreo. El caballero resplandecía en su armadura, y la rosa de su peto se realzaba bajo los primeros rayos del sol. Los soldados desbordaban de júbilo, la perspectiva de la batalla les ayudaba a olvidar el hambre.

—Debes impedirlo, señor —dijo Sturm en voz baja.

—No puedo —se lamentó Alfred, ajustándose los guantes. La luz matutina ponía al descubierto su desencajado rostro. No había conciliado el sueño desde que Sturm le despertara, ya de madrugada—. La Medida le otorga el derecho a tomar esta decisión.

Vanos habían sido todos los argumentos de Alfred para convencer a Derek de que debía esperar unos días más. El viento comenzaba a agitarse, trayendo cálidas brisas del norte.

Derek se mostró inflexible. Estaba resuelto a abandonar la Torre y cargar contra los ejércitos de los Dragones. En cuanto a la superioridad numérica de éstos, no provocó sino su risa desdeñosa. ¿Desde cuándo podían equipararse los goblins con los Caballeros de Solamnia? Habían combatido en una proporción de cincuenta a uno favorable a tales criaturas, reforzadas, además, por los ogros, en la guerra que tuvo lugar un siglo atrás en el alcázar de Vingard, y lograron ponerles en fuga.

—Pero en esta ocasión te enfrentas a draconianos —le advirtió Sturm—. No son como los goblins, sino inteligentes y astutos. Cuentan con magos en sus filas, y sus armas son las más sofisticadas de Krynn. Incluso moribundos pueden aniquilar a sus rivales.

—Creo que les venceremos sin dificultad, Brightblade —repuso Derek bruscamente—. Te sugiero que despiertes a tus hombres y les organices cuanto antes.

—No voy a acompañarte —le espetó Sturm con firmeza—. Ni tampoco ordenaré a mis hombres que te sigan.

El demente caballero palideció de ira. Tan enfurecido estaba que se quedó sin habla. Incluso Alfred sufrió un sobresalto.

—Sturm —le preguntó precavido— ¿sabes bien lo que haces?

—Sí, mi señor —respondió el interpelado—. Somos el único obstáculo que se interpone entre las huestes enemigas y Palanthis. No podemos abandonar la guarnición. Yo me ocuparé de defender esta plaza.

—De modo que desobedeces una orden expresa —le imprecó Derek—. Tú eres testigo, Comandante Alfred. ¡Haré que le decapiten por desacato!

Se alejó brioso. Alfred, con expresión sombría, fue tras él, dejando solo a Sturm. El caballero había dado a sus hombres libertad de acción. Podían permanecer a su lado sin riesgo para sus vidas, pues al hacerlo obedecían el mandato de su oficial directo, o partir con Derek. Mencionó que así había obrado Vinas Solamnus hacía muchos años, cuando los caballeros se alzaron en rebeldía contra el corrupto emperador de Ergoth. Los soldados no necesitaban que les recordase esta antigua leyenda. Veían en ella una señal del destino y, como ocurrió en el caso de Solamnus, optaron en su mayoría por quedarse con el superior al que profesaban tanta admiración como respeto.

Observaron entristecidos los preparativos de sus compañeros para lanzarse al ataque. Era la primera brecha ostensible que se abría en la historia de su Orden, un momento crítico que a todos afectaba.

—Reflexiona, Sturm —le recomendó Alfred mientras éste le ayudaba a montar—. Derek tiene razón, los draconianos no han sido adiestrados como los Caballeros de Solamnia. Existe la posibilidad de que les arrasemos en la primera carga, sin apenas víctimas.

—Rezaré para que así sea, Señor —declaró Sturm obstinado.

—Si eso sucede, Brightblade, Derek no cejará hasta que se te juzgue y ejecute por tu oposición. Gunthar nada podrá hacer para impedirlo.

—Prefiero sucumbir a esa muerte antes que ver confirmados mis temores. Quizá con mi actitud logre evitar una catástrofe.

—¡Maldita sea! —estalló el Comandante Alfred—. Si nos derrotan, ¿qué ganarás quedándote aquí? ¿No podrías ahuyentar ni a un ejército de enanos gully con tan escaso contingente armado. Supón que se abren los caminos; no resistirás el tiempo suficiente para que te envíen refuerzos desde Palanthis.

—Al menos ganaremos un par de días y podrá evacuarse la ciudad.

Derek Crownguard situó su caballo entre los de sus hombres. Lanzando una furibunda mirada a Sturm refulgentes sus ojos tras el yelmo, alzó la mano para conminar a todos al silencio.

—De acuerdo con la Medida, Sturm Brightblade —bramó—, te acuso de conspirar contra...

—¡Al diablo con la Medida! —exclamó Sturm, agotada su paciencia—. ¿Dónde nos ha llevado? No ha suscitado sino escisiones, recelos e intrigas. Nuestros hombres prefieren tratar con los ejércitos enemigos antes que convivir. ¡La Medida ha fracasado!

Un letal murmullo se elevó entre los caballeros reunidos en el patio rota tan sólo por el incesante piafar de los caballos o el tintineo que producían las armaduras al cambiar los jinetes de posición.

—Ora para que yo muera, Sturm Brightblade— le amenazó Derek—, o juro por los dioses que yo mismo te cercenaré el cuello en tu ejecución.

Sin pronunciar otra palabra, tiró de las riendas de su cabalgadura y se colocó en cabeza de la columna.

—¡Abrid las puertas! —ordenó.

El sol se abrió paso entre la humareda, ascendiendo hacia el cielo. El viento soplaba del norte, azotando el estandarte que coronaba la Torre. Brillaron las armaduras, las espadas se entrechocaron contra los escudos y el clamor de las trompetas puso en movimiento a los encargados de abrir las gruesas puertas de madera.

Derek blandió su acero y, pronunciando el saludo que los Caballeros Solámnicos solían dedicar al enemigo antes de la batalla, partió al galope. Los oficiales a su mando se unieron al desafío y cabalgaron en pos del campo donde, tiempo atrás, Huma obtuviera su mayor victoria. Marcharon a su vez los soldados pedestres, tamborileando sus pies sobre el pétreo suelo. El Comandante Alfred abrió la boca como si quisiera hablar a Sturm y a quienes, junto a él, contemplaban la escena. Pero se limitó a menear la cabeza y alejarse.

Se cerraron las puertas tras él, atrancándose con la pesada barra de hierro que había de dejar a buen recaudo a los hombres de Sturm. Todos los presentes se encaramaron a las almenas para presenciar la liza. Todos salvo el caballero, que permaneció inmóvil en el centro del patio con su macilento rostro vacío de expresión.

El joven y apuesto oficial que dirigía los ejércitos de los Dragones en ausencia de la Dama Oscura acababa de despertarse. Se disponía a desayunar y vivir otra ociosa jornada cuando un estruendo de cascos agitó el campamento.

El capitán Bakaris vio disgustado que se acercaba uno de sus exploradores. Cabalgaba éste a gran velocidad entre las tiendas, esparciendo a su alrededor marmitas y desprevenidos goblins. Los centinelas draconianos se pusieron en pie y profirieron mil maldiciones contra el intruso, pero él los ignoró.

—¡La Señora del Dragón! —vociferó mientras desmontaba frente a Bakaris—. Debo verla de inmediato.

—La Señora del Dragón no está aquí —dijo el edecán—. Yo la sustituyo hasta que regrese —le espetó Bakaris—. ¿Qué quieres?

El recién llegado lanzó un rápido vistazo a su entorno, temeroso de cometer un error. Se tranquilizó al no ver el menor rastro de la Dama Oscura, ni del Dragón Azul que siempre la acompañaba.

—¡Los caballeros han invadido el campo!

—¿Cómo? —el oficial apretó las mandíbulas—. ¿Estás seguro?

—¡Sí! —contestó el explorador, que parecía enloquecido—. ¡Los he visto! Varios centenares a caballo, armados con jabalinas y espadas, y unos mil a pie.

—¡Ella estaba en lo cierto! —exclamó Bakarís con abierta admiración—. Esos necios han dado un paso en falso.

Llamó a sus criados y entró precipitadamente en su tienda.

—Que suene la alarma —ordenó, impartiendo instrucciones a diestro y siniestro—. Convocad a los oficiales, quiero que estén aquí dentro de cinco minutos para ultimar los preparativos. Y enviad un emisario a Flotsam, la Dama Oscura debe ser informada —concluyó, tan excitado que apenas acertaba a ajustarse la armadura.

Los lacayos goblins partieron en todas direcciones, y al poco rato resonaron los clarines en el campamento. El oficial al mando consultó con premura el mapa que yacía desplegado en su mesa, y salió al encuentro de sus inmediatos subordinados.

Lástima —meditaba al andar—. La contienda habrá terminado antes de que ella reciba la noticia. ¡Cuánto le habría gustado asistir a la caída de la Torre del Sumo Sacerdote! De todos modos —se reconfortó—, quizá mañana pueda dormir en Palanthas. En mi compañía.

Capítulo 12

Muerte en el llano

El descubrimiento de Tasslehoff

El sol se elevó en el cielo. Los caballeros permanecieron en las almenas de la Torre, oteando el llano hasta que les dolieron los ojos. Sólo veían una oleada de negras figuras arremolinadas en el campo, dispuestas a enfrentarse con la culebra de llameante plata que avanzaba rauda a su encuentro.

Se entabló la contienda. Los caballeros se esforzaron en presenciarla, pero un brumoso velo ceniciento cubría la tierra. Se impregnó el aire de intensos olores, como los que desprendía el hierro al fundirse. La niebla se espesó, ensombreciendo incluso el sol.

Nada se divisaba desde aquella Torre que parecía flotar en un mar de niebla. Era tan densa que hasta amortiguaba los sonidos. Aunque al principio se oía el entrechocar de las armas y los gritos de los moribundos, al poco rato se disipó el tumulto y todo pareció sumirse en el silencio.

Así transcurrió la jornada. Laurana, que recorría inquieta los muros de su sombría alcoba, encendió velas cuyas llamas oscilaron en el viciado aire. La acompañaba el kender. Al asomarse a su alta ventana la Princesa atisbó a Sturm y Flint apostados en las almenas, bajo el fantasmal resplandor de las antorchas.

Un criado le sirvió el mendrugo de pan y carne desecada que constituía su ración diaria. Se percató entonces de que, pese a la penumbra reinante, era sólo media tarde.

De pronto llamó su atención un desusado movimiento en las almenas. Vio a un hombre, ataviado con un peto de cuero cubierto de fango, que se acercaba a Sturm. Convencida de que se trataba de un mensajero, se apresuró a abrochar las hebillas de su armadura.

—¿Vienes? —preguntó a Tas, pensando que el kender había guardado un inquietante silencio—. Ha llegado un mensajero de Palanthas.

—Supongo que sí —respondió él sin el menor interés.

Laurana frunció el ceño, temerosa de que su amigo se estuviera debilitando con tantas privaciones. Pero Tas meneó la cabeza al comprender su preocupación.

—Estoy bien —susurró—. Es sólo que el ambiente me deprime.

Laurana olvidó al kender para bajar la escalera a toda velocidad.

—¿Hay noticias? —indagó al llegar junto a Sturm, que se asomaba por la muralla en un vano intento de vislumbrar el campo de batalla—. He visto a un mensajero.

—¡Ah, sí! —dijo el caballero con una leve sonrisa—. Y buenas. El camino de Palanthas vuelve a ser practicable, la nieve se ha fundido lo suficiente para jalonarlo. He ordenado a un heraldo que esté alerta para llevar una misiva a la ciudad, si somos derrotados.

Se interrumpió y, tras respirar hondo, añadió:

—Quiero que estés preparada para regresar con él a Palanthas.

Laurana esperaba esta reacción y había preparado una respuesta. Pero ahora que se le ofrecía la oportunidad de pronunciar su discurso, no logró articular palabra. El corrompido aire le había reseca los labios, sentía la lengua torpe e hinchada. No, no era ése el motivo, sino que estaba asustada.

Admítelo —se amonestó—, deseas refugiarte en Palanthas. Ansías salir de este lóbrego lugar donde la muerte parece acecharte en las sombras.

Apretando el puño, golpeó nerviosa la piedra a fin de conferirse coraje.

—Me quedaré aquí, Sturm —balbuceó.

Hizo una pausa y, ya más segura de su voz, prosiguió:

—Sé bien lo que vas a decir, pero antes debes escucharme. Necesitarás la ayuda de todos los guerreros diestros que puedas conseguir. Conoces mi valía.

Sturm asintió. Sus palabras eran ciertas, pocos de sus soldados manejaban el arco con mayor precisión. También era diestra en el arte de la espada y, además, había tomado parte en la guerra, algo que no podía decirse de los jóvenes caballeros que tenía a su mando. Por eso había inclinado la cabeza. Sin embargo, estaba resuelto a alejarla de la Torre.

—Soy la única que sabe utilizar la Dragonlance.

—Te olvidas de Flint —la interrumpió Sturm.

Laurana clavó en el enano una penetrante mirada. Atrapado entre dos personas que quería y admiraba, el hombrecillo se ruborizó y aclaró su garganta antes de hablar.

—Es verdad que he aprendido a usarla, pero debo reconocer que mi pequeña estatura me plantea ciertos problemas —titubeó.

—En cualquier caso, no hemos visto indicios de dragones —se apresuró a declarar Sturm al detectar la expresión de triunfo de la elfa—. Según nuestros informes se encuentran en el sur, luchando para hacerse con el control de Thelgaard.

—Pero eres consciente de que no tardarán en presentarse, ¿verdad? —replicó Laurana.

—Quizá —admitió el caballero a regañadientes.

—No sabes mentir, Sturm, así que no lo intentes. Me quedo. Es lo que habría hecho Tanis.

—¡Maldita sea! —la espetó el caballero, ruborizándose—. Vive tu propia vida. Tú no eres Tanis, ni yo tampoco. ¡El no está aquí! Tenemos que afrontar ese hecho.

Dio media vuelta de forma abrupta y repitió:

—¡El no está aquí!

Flint suspiró, a la vez que contemplaba pesaroso a la muchacha. Nadie reparó en Tasslehoff, que estaba acurrucado en un rincón.

—Sé que nunca podré ocupar el puesto de Tanis en tu estima, Sturm —reconoció Laurana rodeando al caballero con su brazo—, ni tampoco lo pretendo. Pero puedes estar seguro de que haré cuanto esté en mi mano para ayudarte. A eso me refería. No necesitas darme un trato distinto del que dispensas a tus hombres.

—Lamento mi brusquedad —se disculpó él—, eres una excelente amiga.

La atrajo hacia sí y le explicó:

—Si quiero que te vayas de la Torre es porque me horroriza la idea de que te ocurra algún percance. Tanis nunca me lo perdonaría.

—Te equivocas —repuso la Princesa—. Lo comprendería. Me dijo en una ocasión que llega un momento en el que debes arriesgar tu vida por una causa más noble que tu propia existencia. ¿No lo entiendes, Sturm? Si huyera del peligro en pos de mi seguridad, abandonando a mis compañeros, Tanis afirmarí que había obrado con prudencia. Pero en el fondo me despreciaría, porque no es así como él actúa. Además —concluyó sonriente—, aunque no existiera el semielfo nada en el mundo podría impulsarme a dejaros en una situación tan apurada.

Sturm la miró a los ojos, constatando que ningún argumento lograría disuadirla. La estrechó contra su costado, mientras apoyaba el otro brazo en el hombro de Flint para acercarle también a su cuerpo.

De pronto Tasslehoff prorrumpió en sollozos, se levantó y se lanzó sobre ellos azotado por violentas convulsiones. Todos lo observaron atónitos.

—¿Qué ocurre, Tas? —inquirió Laurana alarmada.

—¡Ha sido culpa mía! He roto uno. ¿Acaso estoy condenado a deambular por la faz de Krynn destruyendo esos objetos?

Al ver a Tas en aquel estado de demencia, tan poco habitual en él, Sturm le zarandó y dijo con firmeza:

—Cálmate. ¿De qué hablas?

—Anoche encontré otro —acertó a contestar el kender con, voz entrecortada—. En las entrañas de la Torre, en una inmensa cámara vacía.

—¿Otro qué, botarate? —intervino Flint exasperado.

—¡Otro Orbe de los Dragones! —gimió Tas.

El manto de la noche se asentó sobre la Torre como una niebla más densa aún que la que respiraran durante el día. Los caballeros encendieron las antorchas, pero sus llamas no hicieron sino poblar la penumbra de fantasmas. Mantuvieron la guardia desde las almenas, ansiosos por ver u oír algo.

Tras varias horas de oscuridad y silencio llegaron hasta ellos, no los gritos victoriosos de sus compañeros ni los estridentes clamores del enemigo sino un tintineo de arneses, y el suave relinchar de algunos caballos que se acercaban a la fortaleza. Apiñándose en las almenas, los caballeros estiraron las manos que sostenían las antorchas en un intento de traspasar la bruma. Las pisadas se detuvieron al pie de la Torre.

—¿Quién cabalga hasta la Torre de los Sumos Sacerdotes? —inquirió Sturm, apostado encima de la verja.

Una tea refulgió en la entrada. Laurana, que escudriñaba ansiosa la penumbra, sintió que le flaqueaban las rodillas y se apoyó en el muro de piedra para no desfallecer. Los caballeros emitieron gritos de horror.

El jinete que blandía la llameante antorcha vestía la inconfundible armadura de los oficiales de los ejércitos de los Dragones. Era rubio y sus facciones, aunque atractivas, reflejaban crueldad. Sujetaba las riendas de otro caballo en cuya grupa yacían atravesados dos cuerpos, uno decapitado y ambos sangrantes, víctimas de horribles mutilaciones.

—He venido para devolveros a vuestros oficiales —dijo el hombre con voz siniestra—. Uno está muerto, como veis. El otro creo que aún vive, o por lo menos no había exhalado el último aliento cuando inicié el camino hacia aquí. Espero que aún le resten fuerzas para relataros lo ocurrido hoy en el campo de batalla. De todos modos, no sé si se puede llamar «batalla» a nuestro enfrentamiento.

Bañado por el resplandor de su tea, el individuo desmontó. Comenzó a desatar los cuerpos, utilizando una mano para deslizar las cuerdas que los mantenían afianzados a la silla. Antes de concluir esta operación, alzó la cabeza y dijo:

—Podrías matarme ahora, soy una diana perfecta a pesar de la niebla. Pero no lo haréis. Sois Caballeros de Solamnia —el sarcasmo ribeteaba su voz—, valoráis el honor tanto como la vida. No atacaríais a un hombre desarmado que os restituye los cuerpos de vuestros jefes.

El oficial dio un tirón de las ligaduras, y el cadáver decapitado se deslizó hasta el suelo. Tras arrastrar el otro cuerpo fuera de la montura arrojó la antorcha a la nieve y, cuando ésta se hubo extinguido con un leve siseo, se dejó engullir por las tinieblas.

—En el campo de batalla encontraréis los resultados de vuestro arraigado sentido del honor —les anunció. Se oyó el crujido de sus botas de cuero, y resonó la armadura mientras montaba de nuevo a su caballo—. Os doy hasta mañana para rendiros. Cuando despunte el día, arriad el estandarte. El Señor del Dragón será generoso con vosotros.

De pronto alguien tensó un arco, y una flecha surcó sibilante el aire para clavarse en la carne del oficial. El individuo profirió una exclamación de sorpresa. Los caballeros, no menos sobresaltados que el herido, dieron media vuelta y contemplaron a la solitaria figura que se erguía junto al muro.

—Yo no soy un caballero —declaró Laurana, bajando el arco—. Soy Laurana, hija de la casa real de Qualinesti. Nosotros los elfos tenemos nuestro propio código del honor y, como sin duda sabes, puedo verte en la oscuridad. No te he matado porque no he querido hacerlo. Me basta con comprobar que durante mucho tiempo no podrás valerte de tu brazo. Lo cierto es que nunca más blandirás una espada.

—Esta es la respuesta que debes llevar a tu Señor del Dragón —coreó Sturm con tono áspero—. Sucumbiremos a la peor de las muertes antes que arriar nuestra bandera.

—Acabáis de decidir vuestro destino —les amenazó el oficial, apretados los dientes a causa del dolor. El resonar de los cascos de su caballo se perdió en la noche.

—Entrar los cuerpos —ordenó Sturm.

Con suma cautela, los caballeros abrieron las puertas. Salió una avanzadilla de guardias para cubrir a los encargados de alzar los cuerpos y transportarlos al interior. Los centinelas se retiraron entonces a la fortaleza y atrancaron los accesos.

Sturm se arrodilló en la nieve junto al cuerpo del caballero decapitado. Asiendo su mano, desprendió de su frío anular una sortija. La armadura del cadáver presentaba numerosas abolladuras y manchas de sangre. Tras depositar de nuevo la inerte mano en el suelo, susurró con voz anodina:

—El Comandante Alfred. —Señor —informó uno de los jóvenes oficiales—, el otro caballero es Derek. El repulsivo ser que lo ha traído estaba en lo cierto: sigue con vida.

Sturm se levantó y se dirigió al lugar donde Derek yacía sobre el empedrado. El rostro del dignatario estaba ceniciento, sus ojos centelleaban febriles. La sangre sellaba sus labios en una gruesa capa, tan viscosa como la piel. Uno de los caballeros que le sostenía llevó un cuenco de agua a sus labios, mas Derek no pudo beber.

Desazonado ante tan dantesco espectáculo Sturm vio que Derek se apretaba la mano contra el vientre, por donde fluían las últimas gotas de su savia pero no con la suficiente rapidez para poner fin a su agonía. Esbozando una fantasmal sonrisa, el maltrecho oficial aferró el brazo de Sturm con su ensangrentada mano.

—¡Victoria! —acertó a exclamar—. Se dieron a la fuga al divisarnos, pero les perseguimos. ¡Ha sido un combate glorioso! ¡Me nombrarán Gran Maestre! —se ahogó su voz, Y un hilo de sangre afluyó a las comisuras de sus labios en el momento en que se abandonaba en los brazos del joven caballero, quien miró a Sturm esperanzado.

—Quizá sea cierto, señor, y el enemigo ha empleado esta argucia para desorientarnos —aventuró. Sin embargo, enmudeció al contemplar el desencajado rostro de Sturm—. Claro que no se puede dar crédito a las palabras de un loco —apostilló, posando de nuevo sus ojos en Derek.

—Lo único que importa ahora es que se muere, y lo hace como un bravo caballero —susurró Sturm.

—¡Victoria! —repitió Derek, y sus ojos se fijaron vidriosos en la bruma.

—No, no debes romperlo —recomendó Laurana.

—Pero Fizban dijo... —intentó protestar Tas.

—Lo recuerdo bien —le atajó, impaciente, la muchacha—. No alberga el Bien, ni tampoco el Mal. No es nada pero lo es todo. ¡Muy propio de Fizban!

La elfa y el kender se hallaban frente al Orbe de los Dragones. Descansaba el objeto sobre su pedestal en el centro de la estancia circular, cubierta de polvo su superficie salvo donde la había limpiado Tas. La sala estaba oscura y sumida en un misterioso silencio, tan sobrenatural que los dos amigos no osaban levantar la voz.

Laurana contemplaba el Orbe, fruncido el ceño en actitud meditabunda. Tas observaba a la joven inquieto, temeroso de adivinar sus pensamientos.

—¡Estas esferas tienen que funcionar, Tas! —exclamó la Princesa—. Fueron creadas por poderosos magos que, al igual que Raistlin, no toleraban el fracaso. Si supiera cómo utilizarlas.

—Yo sé hacerlo —confesó Tas en un susurro.

—¿Cómo? ¿Es eso verdad? No entiendo por qué...

—Ignoraba que lo sabía, por así decirlo —balbuceó el kender—. De pronto me di cuenta. Gnosh, el gnomo, me reveló que había descubierto en el interior del Orbe unas letras que se arremolinaban en la niebla. No pudo leerlas porque las palabras que formaban estaban escritas en una lengua extraña.

—El idioma de la magia.

—Sí, así lo afirmó él.

—¡Pero este hecho no nos proporciona ninguna ayuda! —protestó Laurana—. Ni tú ni yo podemos interpretar sus signos. Si Raistlin...

—No necesitamos a Raistlin —le atajó Tasslehoff—. No soy capaz de hablar esa lengua, pero sí de leerla. Tengo unos anteojos mágicos de «visión verdadera», según los definió el hechicero. Me permiten traducir cualquier símbolo, incluidos los que utilizan los maestros arcanos. Lo sé porque Raistlin me amenazó con convertirme en grillo y devorarme si me sorprendía leyendo sus pergaminos. ,

—¿Crees que podrás leer las palabras que se perfilan en el Orbe?

—Nada pierdo con probarlo —se ofreció el kender— pero, Laurana, Sturm nos aseguró que no nos acechaba ningún dragón. ¿Por qué arriesgamos a utilizar el Orbe? Fizban declaró que sólo osan hacerlo los magos más poderosos.

—Escúchame, Tasslehoff Burrfoot —le susurró la elfa arrodillándose junto a él y clavando en su rostro una penetrante mirada—. Si nos ataca un solo reptil en estos parajes, todo habrá terminado. Y si nos han dado un plazo para rendimos en lugar de arrasamos es porque necesitan ganar tiempo hasta que lleguen los dragones. ¡No podemos desperdiciar semejante ocasión!

Un camino oscuro y una liviana senda. Tasslehoff recordó las predicciones de Fizban y bajó la cabeza:... puede que algunos de los que amamos pierdan la vida... pero tú tienes el coraje necesario para recorrer el camino oscuro...

Despacio, el kender embutió la mano en el bolsillo de su lanuda zamarra, extrajo los anteojos y acopló a sus puntiagudas orejas la montura de alambre

Capítulo 13

Sale el Sol

Descienden las tinieblas

La bruma se disipó con la llegada del nuevo día. Despuntó una mañana despejada y clara, tanto que Sturm, al recorrer las almenas, vislumbró los prados ahora cubiertos de nieve de su lugar natal, próximo al alcázar de Vingard y ahora totalmente bajo el dominio de los ejércitos de los Dragones. Los primeros rayos solares iluminaron el estandarte de los Caballeros de Solamnia, un martín pescador que, bajo una corona dorada, sostenía en sus garras una espada decorada con una rosa. El áureo emblema destellaba en la intensa luz. De pronto Sturm oyó unos estridentes clarines.

Provenían de las huestes enemigas que, poco después del alba, iniciaron la marcha hacia la Torre.

Los jóvenes caballeros —el centenar que quedaban en la fortaleza— se congregaron en las almenas para contemplar en silencio cómo el numeroso ejército desfilaba por el llano, con la inexorable avidez de una marabunta.

Al principio Sturm no comprendía el sentido de las palabras del moribundo Derek: «Se dieron a la fuga al divisarnos». ¿Por qué habían huido los ejércitos de los Dragones? Tras una breve reflexión, no obstante, se hizo la luz en su mente. Las tropas hostiles habían sabido sacar partido de la arrogancia de los caballeros al valerse de una táctica antigua, aunque eficaz: «Finge desmoronarte frente al enemigo, de un modo que no sea demasiado ostensible sino haciendo que la avanzadilla muestre el miedo suficiente para resultar verosímil. Ordena que tus hombres rompan filas como si les atenazara el pánico. El adversario se desplegará y se lanzará a la carga. Cuando esté cerca, tus soldados podrán cerrarse sobre el enemigo, rodearlo y despedazarlo sin remedio».

No precisaba Sturm ver los cadáveres que yacían en la nieve ensangrentada para constatar que estaba en lo cierto. Se hallaban todos en el lugar donde habían tratado de reagruparse a fin de resistir el embate. En cualquier caso, poco importaba cómo habían muerto. Se preguntó quién contemplaría su inerte cuerpo cuando todo hubiese concluido.

Flint se asomó por una grieta del muro.

—Al menos sucumbiré en terreno seco —declaró. Sturm esbozó una sonrisa, mientras se atusaba el bigote. Al reflexionar sobre la muerte no pudo por menos que otear la región donde naciera, un hogar que apenas había conocido, un padre que casino recordaba y un país, en suma, que había condenado a su familia al exilio. Estaba a punto de sacrificar su vida para defender este país. ¿Por qué? ¿No sería acaso más lógico abandonarlo y regresar a Palanthas?

Durante toda su existencia había respetado el Código y la Medida de la Orden. Est Sularns oth Mithas, Mi Honor es mi Vida: esta divisa era todo cuanto le quedaba. La Medida se había esfumado, había demostrado ser un completo error. Rígida e inflexible, sus dictados agarraron a los Caballeros Solámnicos en una funda de acero más pesada que sus armaduras. Al verse aislados, luchando para sobrevivir, sus compañeros se habían aferrado a ella en un acto desesperado, sin comprender que era un ancla que les hundía en lugar de sacarlos a flote.

¿Por qué adopté yo una actitud diferente? —se preguntó.

Pero adivinó la respuesta al oír rezongar a Flint. Fue a causa del enano, del kender, del mago, del semielfo... Ellos le habían enseñado a ver el mundo a través de otros ojos, almendrados unos, redondos y saltones los otros, incluso pupilas con forma de relojes de arena. Los caballeros como Derek sólo admitían el blanco y el negro, mientras que él había observado su entorno en su radiante colorido, en los incontables matices del gris.

—Ha llegado la hora —le anunció a Flint, y ambos descendieron del elevado punto de mira en cuanto las primeras flechas enemigas, con sus envenenadas puntas, trazaron su circular trayectoria sobre los muros.

Entre gritos y amenazas, clamores de trompetas, estruendo de escudos y espadas, los ejércitos de los Dragones atacaron la Torre del Sumo Sacerdote en el instante en que la luz del sol inundaba el cielo

Al anoecer, el estandarte ondeaba aún en su mástil. La Torre estaba incólume, pero la mitad de sus defensores habían muerto.

Durante el día los vivos no tuvieron tiempo de cerrar sus párpados ni de recomponer sus miembros, retorcidos en agónicas posturas. Debían concentrar sus esfuerzos en conservar su propia integridad. Llegó la paz con la penumbra, cuando los ejércitos se retiraron para descansar y esperar un nuevo amanecer.

Sturm caminaba de un lado a otro de las almenas, dolorido su cuerpo tras la agotadora jornada. Pero cada vez que intentaba relajarse sufría violentos calambres, sentía su cerebro a punto de estallar. Reanudaba entonces su deambular con paso lento y mesurado, sin saber que su aparente firmeza borraba de las mentes de los jóvenes caballeros los terribles recuerdos del día. Aquéllos que, en el patio, trasladaban los cadáveres de amigos y compañeros pensando que quizá mañana alguien haría lo mismo con ellos, oían las pisadas de su Comandante y veían aliviarse sus temores.

Lo cierto era que las sonoras pisadas del caballero reconfortaban a todos salvo a él mismo. Sus cavilaciones lo sumían en un auténtico tormento. Presagiaba la derrota y se decía que moriría de una forma innoble, sin honor; recordaba como una tortura el sueño en el que se le apareciera su cuerpo mutilado por las siniestras criaturas que ahora se hallaban acampadas a escasa distancia.

¿Se hará realidad la pesadilla? ¿Desfallecería al final, incapaz de controlar su miedo? ¿Le decepcionaría el Código como lo había hecho la Medida? — se preguntaba con un estremecimiento.

Un paso, otro, otro más... ¡Ya es suficiente! —se ordenó enfurecido—. No tardarás en volverte loco como el pobre Derek.

Al girarse repentinamente sobre sus talones, Sturm se tropezó con Laurana. Se entrecruzaron sus miradas, y la luz que de ella dimanaba iluminó sus negros pensamientos. Mientras existieran en el mundo una serenidad y una belleza como las suyas quedaría esperanza. Le sonrió y la muchacha ensanchó también sus labios, borrándose al instante de su rostro los surcos de la fatiga y la preocupación.

—Descansa —dijo Sturm—. Pareces agotada.

—He intentado dormir —contestó la elfa—, pero he tenido espantosas pesadillas. He visto manos aprisionadas en urnas de cristal, enormes dragones que volaban por pasillos de piedra —meneó la cabeza y se sentó, exhausta, en un rincón resguardado de la gélida brisa.

Sturm desvió los ojos hacia Tasslehoff que, tumbado al lado de la joven, dormía profundamente con el cuerpo encogido. El caballero le miró sonriente. Nada inquietaba a Tas, que había tenido un día glorioso destinado a pervivir para siempre en su

memoria.

—Nunca antes tomé parte en un sitio —había oído Sturm, durante la contienda, que le confesaba a Flint cuando este último se disponía a decapitar a un goblin con su hacha guerrera.

—Todos moriremos —refunfuñó el enano, limpiando la sangre que dejara el caído en la hoja de su arma.

—Eso mismo afirmaste en aquella batalla contra un Dragón Negro en Xak Tsaroth —protestó el kender— y también en Thorbardin, o a bordo de la barca.

—¡Esta vez acertaré en mis predicciones! —le espetó furioso Flint—. Si no lo hace el enemigo, yo mismo acabaré contigo...

No habían sucumbido, por lo menos, hoy. Veremos qué ocurre mañana —recapitó Sturm, a la vez que posaba su mirada en el enano. El hombrecillo estaba apoyado en el muro, tallando un grueso leño.

—¿Cuándo arremeterán de nuevo? —preguntó Flint, que había alzado los ojos al sentirse observado...

Sturm lanzó un suspiro y desvió la vista hacia el horizonte.

—Al amanecer —contestó—. Todavía faltan unas horas.

—¿Resistiremos? —la voz del enano no delataba ninguna emoción, la mano con que sostenía el tronco se mantuvo firme.

—Tenemos que hacerlo —explicó el caballero—. El heraldo llegará a Palanthas esta noche. Aunque actúen de inmediato, necesitarán dos días para enviarnos refuerzos. Debemos darles ese tiempo.

—¡Si actúan de inmediato! —repitió el enano con un gruñido.

—En efecto —admitió Sturm—. Creo que sería mejor que regresarais a Palanthas —añadió mirando en dirección a Laurana, quien salió enseguida de su modorra—. Id a Palanthas y convencedles del peligro.

—Tu mensajero se encargará de hacerlo —replicó la muchacha entre bostezos—. Si él no lo logra, tampoco mis palabras les conmoverán.

—Laurana, escucha...

—No, escucha tú —le interrumpió la Princesa—. Quizá me equivoque, pero creo que puedo serte útil aquí.

—Sabes que sí. —Sturm había quedado maravillado durante la refriega de la fortaleza inquebrantable de la elfa, de su valor y de su pericia con el arco.

—En ese caso, me quedaré —se limitó a concluir Laurana, antes de arrebujarse en la manta y cerrar los ojos. Aunque había declarado que no podía conciliar el sueño, su respiración no tardó en tomarse tan regular como la del kender.

Sturm meneó la cabeza, diluyendo el asfixiante nudo de su garganta. Intercambió una mirada con Flint, que suspiró y reemprendió su tarea. Ninguno de ellos habló. Ambos pensaron lo mismo, que su muerte sería atroz si los draconianos penetraban en la Torre. Lo que imaginara Laurana podía ser algo más que una pesadilla.

El horizonte comenzaba a iluminarse, augurando la próxima aparición del sol, cuando los caballeros fueron despertados de sus inquietos letargos por un clamor de trompetas. Se apresuraron a levantarse, empuñar sus armas y apostarse en las murallas para escudriñar el aún oscuro llano.

Las fogatas del campamento ardían ya sin llama, desatendidas ante el inminente despuntar del alba. Llegaban a oídos de los caballeros los ecos del ajetreo que reinaba entre las temibles huestes. Todos aferraron sus armas en una tensa espera, pero sucedió lo imprevisto. Los soldados se miraron unos a otros, atónitos.

¡Los ejércitos de los Dragones se retiraban! Aunque apenas se les vislumbraba en la media luz, resultaba evidente que la negra marea se alejaba. Sturm observaba la escena desconcertado. Sí, las tropas se diseminaban por el horizonte, pero seguían allí. El caballero lo sabía, lo presentía.

Algunos de los soldados más jóvenes comenzaron a elevar gritos de júbilo.

—¡Silencio! —ordenó Sturm.

Aquel griterío desquiciaba sus ya erizados nervios. Laurana se situó a su lado y miró perpleja su rostro, ceniciento y desencajado bajo las antorchas. El caballero cerraba una y otra vez los enguantados puños, apoyados sobre una almena. Sus ojos, convertidos en meras rendijas, oteaban la parte oriental de la planicie.

Al sentir el creciente miedo que invadía a Sturm, la muchacha se puso rígida. Recordó lo que le había dicho a Tas.

—¿Es lo que temíamos? —inquirió, posando la mano en el robusto brazo.

—¡Ojalá me equivoque! —exclamó Sturm con voz entrecortada.

Transcurrieron varios minutos. Nada sucedió. Flint se reunió con los compañeros, aunque tuvo que encaramarse a una fragmentada roca para asomarse al otro lado del muro. Tas despertó al fin, impertérrito.

—¿Cuándo desayunamos? —preguntó.

Pero nadie le prestó la menor atención. Vigilaron, esperaron. Todos los caballeros, presas de un miedo inexplicable, se alinearon en las almenas y contemplaron el horizonte sin saber por qué.

—¿Qué está pasando aquí? —susurró Tas sin atreverse a alzar la voz. Se irguió sobre la roca que sustentaba a Flint y vio cómo el rojizo contorno del sol bañaba el panorama, cubriendo el negro cielo de matizaciones purpúreas y eclipsando a las estrellas.

—¿Qué es lo que miramos? —insistió, pero, de pronto contuvo el aliento—. Sturm... —balbuceó.

—¿Qué quieres? —El caballero se volvió alarmado hacia él.

Tas fijó los ojos en un punto lejano. Sus vecinos le imitaron aunque no vislumbraron lo que tanto le llamaba la atención, pues su vista no era tan aguda como la del kender.

—Dragones —anunció Tasslehoff—. Dragones Azules.

—Eso suponía —confirmó Sturm—. Si las tropas se han replegado es porque los humanos que luchan en su filas no han podido resistir el pánico que inspiran los reptiles. ¿Cuántos hay?

—Tres —contestó Laurana—. Yo también los veo.

—Tres —repitió el caballero con voz anodina.

—Escúchame, Sturm —le rogó Laurana a la vez que ambos se alejaban de las almenas—No pensaba revelártelo, ya que en principio carecía de importancia. Pero ahora la situación ha cambiado. Tasslehoff y yo sabemos cómo utilizar el Orbe de los Dragones.

—¿El Orbe de los Dragones? —preguntó el caballero, que estaba absorto en sus cavilaciones.

—Sí, el que se encuentra en las entrañas de la Torre —insistió la elfa, zarandeándolo para que atendiera a sus palabras—. Me lo mostró Tas. Conducen a él tres vastos pasillos y... —su voz se apagó y visualizó de nuevo, con tanta claridad como lo hiciera su subconsciente la noche anterior, a aquellos dragones que volaban por pétreos corredores.

—¡Sturm! —exclamó nerviosa, sin cesar de agitar sus brazos—. ¡He desentrañado el secreto del Orbe! Sé qué hay que hacer para matar a esos reptiles. Si disponemos de unos minutos, deseo...

Sturm se agarró a ella, cerrando sus fuertes manos sobre los hombros de la muchacha. Aunque se conocían desde hacia tiempo, no recordaba haberla visto nunca tan hermosa. Su rostro, lívido a causa del cansancio, recibía la llama de la excitación en un indecible contraste.

—Habla, deprisa —la apremió.

Laurana inició su relato, describiendo imágenes que adquirirían vivacidad a medida que se aclaraban sus ideas. Flint y Tas les observaban apostados detrás de Sturm, espantado el enano, y el kender con la consternación dibujada en el semblante.

—¿Quién utilizará el Orbe? —inquirió Sturm.

—Yo —respondió la elfa.

—Pero Laurana —protestó Tas—, Fizban dijo...

—¡Cállate! —le imprecó ella con los dientes apretados—. Por favor, Sturm, accede. Es nuestra única esperanza. Quizá las Dragonlance y ese objeto nos darán la victoria —le razonó.

El caballero miró de hito en hito a la muchacha y a los reptiles, que avanzaban a gran velocidad por el este.

—De acuerdo —dijo al fin—. Flint y Tas, bajad al patio y agrupad a los hombres. ¡Rápido!

Tras estudiar una última vez el inmutable rostro de Laurana, Tasslehoff bajó de la roca que le servía de atalaya seguido por Flint, más lento de movimientos. El enano, en ademán meditabundo, se dirigió a Sturm cuando se hubo posado en el suelo.

¿Tienes que hacerlo? —le preguntó sin palabras, hablando con los ojos.

El caballero asintió y esbozó una sonrisa con la mirada fija en la muchacha.

—Yo me encargaré de comunicar a Laurana mi decisión —susurró Sturm—. Cuida del kender, Flint. Adiós, amigo.

El enano tragó saliva y meneó su vieja cabeza. Transfigurada su faz en una máscara de dolor, el enano se enjugó las lágrimas que afloraban bajo sus párpados y dio a Tas un empellón.

—¡Vamos, muévete! —le espetó

El kender se volvió perplejo mas, sin proferir ninguna queja, se encogió de hombros y jalonó las almenas impartiendo órdenes a los desprevenidos caballeros.

—¡Acompáñame, Sturm!—le rogó Laurana mientras tiraba de su brazo como un niño ansioso por mostrar a su padre un mágico descubrimiento—. Si quieres, yo misma explicaré el plan a los hombres. Luego dejaré que des las instrucciones pertinentes para la formación de combate.

—Eres tú quien está ahora al mando —la atajó Sturm.

—¿Cómo? —Laurana se detuvo y el temor reemplazó a la esperanza en su ánimo, tan bruscamente que sintió un insoportable dolor.

—Necesitas tiempo para preparar la estrategia —declaró Sturm, ajustándose el cinto en un intento de evitar sus ojos—. Debes organizar a los soldados y concentrarte a fondo, si quieres que el Orbe responda. Yo te proporcionaré ese tiempo —asíó un arco y una aljaba llena de flechas.

—¡No, Sturm! —vociferó temblorosa la elfa—. ¡No puedo ponerme al mando ni prescindir de ti! No te hagas eso a ti mismo —sus palabras se redujeron a un quedo susurro—, no me lo hagas a mí.

—Estás capacitada para dirigir la operación —la tranquilizó Sturm, tomando aquel bello rostro entre sus manos y besándolo con ternura—. Adiós, querida muchacha. Tu luz brillará en este mundo. Ha llegado la hora de que se extinga la mía. No te apenes, no llores —añadió a la vez que la estrechaba en un abrazo—. El Señor del Bosque Oscuro nos recomendó que no lamentáramos la pérdida de quien ha cumplido su tarea. La mía ha concluido y ahora apresúrate, Laurana. Cada segundo es vital.

—Por lo menos llévate la Dragonlance —le suplicó. Sturm meneó la cabeza y apoyó la mano en la empuñadura de la antigua espada que perteneciera a su padre.

—No sabría manejarla. Despidámonos, hermosa elfa. Dile a Tanis que... —se interrumpió—. No —añadió melancólico—. Él comprenderá qué sentimientos alberga mi corazón.

—Sturm... —ahogada por las lágrimas, se sumió en el silencio. No acertaba sino a contemplar al caballero en una muda plegaria.

—Vete —ordenó él.

Ciega, a trompicones, la muchacha dio media vuelta y bajó sin saber cómo la escalera hasta llegar al patio. Una vez allí, una mano firme aferró la suya..

—Flint —dijo, entre sollozos, al reconocerle—. Sturm va a...

—Lo he leído en su rostro, no es preciso que me lo expliques. Creo que ya estaba escrito mucho antes de que le conociera. Ahora todo depende de ti, no le falles. La elfa emitió un largo suspiro y se secó las lágrimas que fluían por sus mejillas. Tras respirar hondo, irguió de nuevo la cabeza.

—Estoy preparada —anunció sin permitir que se le quebrara la voz—. ¿Dónde se ha metido Tas?

—Aquí —se apresuró a responder el kender.

—En una ocasión pudiste interpretar las palabras que se arremolinaban en el Orbe. Baja y hazlo otra vez, pero asegúrate de que no te equivocas.

—Sí, Laurana. —Tas tragó saliva y se alejó a todo correr.

—Los caballeros están reunidos —le informó Flint—. Aguardan tus órdenes.

—Mis órdenes —repitió la Princesa con ademán ausente. Alzó los ojos. Los rojizos rayos de sol se reflejaban en la brillante armadura de Sturm mientras el caballero subía la angosta escalera que conducía a un alto muro, situado cerca de la Torre central. Laurana bajó la mirada hacia el patio, donde le esperaban los soldados.

Inhaló aire de nuevo y avanzó hacia ellos, ondeando el penacho de su yelmo, reluciendo su áureo cabello en la luz matutina.

El sol, tibio y frágil, tiñó el cielo de unos tonos sanguinolentos que se intensificaron al mezclarse con el aterciopelado azul de la moribunda noche. La Torre se erguía todavía entre sombras, aunque los rayos del astro hacían destellar los dorados hilos del estandarte.

Sturm alcanzó la cúspide del muro. La Torre se erguía sobre él, y el parapeto en el que se había instalado se extendía unos cien pies a su izquierda. Su superficie de piedra era lisa, carente de nichos o rincones donde cobijarse.

Al mirar hacia el este, vio a los dragones. Eran reptiles azules, y a lomos del cabecilla de la formación cabalgaba un Señor del Dragón revestido de una armadura de escamas que refulgía a la luz del sol. Podía distinguir la espantosa máscara y la capa negra ondeando en tomo a sus hombros. Otros dos animales, con sus respectivos jinetes, seguían al primero. Sturm les observó desdeñoso. Nada le importaban, con quien debía librar su batalla; era con el comandante.

El caballero bajó los ojos hacia el lejano patio, por cuyas paredes comenzaban a encaramarse los haces luminosos del día. Vio cómo éstos se reflejaban en tonalidades rojizas sobre las puntas de las Dragonlance que empuñaban los hombres, y cómo se enmarañaban en el áureo cabello de Laurana. Algunos de los soldados alzaron la cabeza hacia donde él se encontraba y, aferrando su espada, la blandió en el aire. Refulgó la tallada hoja entre purpúreos destellos.

Sonriéndole, aunque apenas lo vislumbraba a través de las lágrimas, Laurana levantó su lanza en señal de saludo, en señal de despedida. Reconfortado por el ánimo que ella le transmitía, Sturm dio media vuelta dispuesto a enfrentarse al enemigo.

Se situó en el centro del parapeto. Era, apenas, una pequeña figura entre la tierra y el cielo. Los dragones podían planear sobre él o trazar círculos en su derredor, pero no era eso lo que deseaba. Tenían que verle como una amenaza y tomarse un tiempo antes de arremeter.

Tras envainar el acero, ajustó una flecha a su tenso arco y apuntó al animal que encabezaba la escuadra. Esperó paciente, conteniendo el aliento.

No puedo echarlo todo a perder. Debo aguardar —se decía.

El dragón se puso a tiro. La flecha de Sturm surcó certera la refulgente atmósfera matutina, para golpear el cuello de su diana. Sin casi lastimarle el proyectil, rebotó contra las azuladas escamas, pero el reptil levantó la cabeza a causa del molesto

aguijonazo. La sorpresa y la irritación hicieron que aminorase la marcha, justo lo que su agresor deseaba. Disparó de nuevo, esta vez al dragón que volaba detrás del cabecilla. La flecha desgarró la membrana de un ala, y el herido lanzó un bramido de rabia. Sturm reanudó su ataque, Si bien en esta ocasión el jinete logró esquivar el dardo. No importaba, el caballero había logrado su propósito: llamar su atención, demostrar que era un reto, obligarles a embestir. Oyó ecos de pisadas en el patio, sucedidos por el agudo chirriar de los manubrios que izaban los rastrillos.

El Señor del Dragón se puso en pie sobre la silla. Confeccionada como una cuadriga, ésta podía sostener a su jinete en pie sin que corriera el riesgo de caer. El dignatario portaba una lanza, que sujetaba con la mano enguantada. Sturm se deshizo del arco y, desenvainando la espada, se mantuvo firme mientras veía acercarse a la fiera de furibundos ojos ígneos y brillantes colmillos blancos.

En lontananza sonó el clamor de una trompeta, gélida su música como el aire de las nevadas montañas que albergaban su olvidado hogar. Las puras y agudas notas de la llamada le traspasaron el corazón al elevarse majestuosas por encima de la muerte y la desesperanza que lo rodeaban.

Sturm respondió al clarín con un salvaje grito de guerra. Empuñó su acero, dejando que el sol iluminase de nuevo su hoja. El dragón dibujó una pirueta hacia él.

Sonó de nuevo la trompeta, y, de nuevo, contestó el caballero. Alzó la voz cuanto pudo, pero no alcanzó el timbre deseado porque, de pronto, comprendió que había oído antes aquellos acordes. ¡El sueño!

Se detuvo, cerrando en torno a la empuñadura unos dedos que sudaban bajo el guante. El dragón se cernía sobre él, cabalgado por un ser siniestro cuya córnea máscara se teñía de púrpura. La lanza del enemigo, en posición horizontal, parecía presta a ensartarle.

El miedo atenazó el vientre de Sturm, su piel se heló. Por tercera vez hendió el aire el clamor de la trompeta. Igual que en el sueño; si sus augurios se cumplían no tardaría en caer. El pánico hizo presa en su ánimo. ¡Escapa!, le ordenaba su instinto.

¡Escapar! Los dragones se abalanzarían sobre el patio. Quizá los caballeros aún no estaban preparados y morirían en el acto, así como Laurana, Flint y Tas. La Torre se desmoronaría.

Sturm logró dominarse. Todo lo demás se había diluido en la nada: sus ideales, sus ambiciones, sus sueños. La Orden se hallaba al borde de la destrucción, la Medida había fracasado. Su vida entera carecía de sentido. No podía ocurrir lo mismo con su muerte. Daría tiempo a Laurana mediante el sacrificio de su existencia, que era cuanto le quedaba por ofrecer. Perecería según dictaba el Código, era lo único a lo que podía aferrarse.

Alzando su espada dedicó al enemigo el saludo propio de los Caballeros Solámnicos. Para su sorpresa, su llamada fue respondida con grave dignidad por el adversario. Sin más preliminares el dragón se lanzó en picado, abiertas sus mandíbulas a fin de desgarrar la carne de su víctima entre sus ristas de afilados colmillos. Sturm trazó un agresivo arco, obligando al atacante a retirar la cabeza bajo riesgo de morir decapitado.

Abrigaba la esperanza de interrumpir su vuelo, pero las alas de la criatura permanecieron impávidas. El jinete guiaba su montura con mano segura, sosteniendo equilibrada la refulgente lanza en todo momento.

El caballero estaba de cara a levante, tan cegado por el brillo del sol que sólo vislumbraba a su rival como un inmenso punto de negrura. El animal descendió a increíble velocidad hasta situarse por debajo del parapeto, y entonces Sturm se percató de que pretendía absorberlo en sentido opuesto a la vez anterior para que fuera el jinete quien le atacase. Los otros dos dragones se rezagaron, dispuestos a entrar en acción si su jefe precisaba su ayuda llegado el momento de aniquilar a tan insolente individuo.

El cielo se vació durante un momento de criaturas siniestras hasta que el dragón surgió abruptamente por el borde del parapeto, lanzando estruendosos rugidos que hicieron estallar los tímpanos de Sturm. Le mareaba el aliento del reptil, le dolía la cabeza de forma irresistible. Aunque se balanceó un instante, logró mantener el equilibrio y arremeter con su espada. La vetusta hoja abrió un surco en el hocico del animal, del que brotó una cascada de sangre negra. El dragón bramó enfurecido.

El golpe fue certero, pero letal para Sturm. No tuvo tiempo de recobrase. El Señor del Dragón empuñó la lanza, brillando su punta bajo los nacientes rayos solares. Se inclinó entonces hacia adelante y embistió. El acero traspasó armadura, carne y hueso. La luz del caballero se extinguió, su sol se ensombreció.

Capítulo 14

El Orbe de los Dragones

Las Dragonlance

Los caballeros corrían hacia el interior de la Torre del Sumo Sacerdote a uno y otro lado de Laurana, apostándose donde ella les había indicado. Aunque escépticos al principio, renacieron las esperanzas cuando la elfa les expuso su plan.

El patio quedó vacío al abandonarlo los soldados. Laurana sabía que debía apresurarse. En aquel momento tendría que haber estado junto a Tas, preparándose para utilizar el

Orbe, pero no lograba desviar los ojos de la solitaria figura que se erguía sobre el parapeto.

Se recortó la silueta de los dragones frente al sol, y lanza y espada relampaguearon en el luminoso día que no había hecho más que comenzar.

El universo de la elfa cesó de girar. El tiempo transcurría lento, como en su sueño. El acero se tiñó de sangre. El reptil aulló. La lanza permaneció equilibrada durante una eternidad. El astro rey se detuvo. El arma enemiga se incrustó en su diana.

Un objeto destellante cayó despacio al patio. Era el acero de Sturm, desprendido de su inerte mano, el único movimiento que detectó Laurana en un mundo estático. El cuerpo del caballero se paralizó, ensartado en la lanza del Señor del Dragón. El animal quedó suspendido en las alturas con las alas extendidas. Nada se agitaba, reinaba una quietud absoluta.

Liberó la lanza de su presa el dignatario hostil y los despojos de Sturm se desplomaron sobre el muro, convertidos en una masa oscura que se perfilaba a contraluz. El dragón rugió encolerizado, y un ígneo relámpago brotó de su boca ensangrentada para estrellarse contra la Torre del Sumo Sacerdote. Con un resonante estallido, las piedras se partieron. Ardieron llamas que eclipsaron al sol. Los otros dos reptiles se lanzaron en picado hacia el patio, en el mismo momento en que la espada de Sturm aterrizaba con un ominoso repiqueteo.

El tiempo reanudó su avance. Laurana vio a los dragones que la acosaban. El suelo tembló bajo sus pies cuando los fragmentos de roca llovieron sobre ella, levantando una densa nube de humo y polvo. Aun así, no pudo moverse. Hacerlo significaba transformar en realidad la pesadilla. Una voz inane le susurraba al oído: Si permaneces donde estás, nada de esto habrá ocurrido.

La espada, no obstante, yacía a unos pies de ella. Y, bajo su hipnótica mirada, el Señor del Dragón agitaba su lanza para incitar al ataque a las tropas que aguardaban en el llano. Laurana oyó el clamor de las trompetas. Visualizaba en su imaginación a los ejércitos avanzando por la planicie cubierta de nieve.

De nuevo azotó su cuerpo un intenso temblor. Vaciló un instante más, mientras se despedía en silencio del espíritu del caballero. Al fin echó a correr, tropezando contra las protuberancias del resquebrajado patio y abrumada por los espantosos relámpagos que rasgaban el aire. Se detuvo para recoger la espada del suelo y blandirla en actitud de desafío.

—¡Solias! Arath! —exclamó en lengua elfa, y su voz resonó más poderosa que el estruendo de la destrucción. No pretendía sino excitar a los dragones que se aprestaban a atacarla.

Los jinetes se rieron, y respondieron a su llamada con desdeñosos retos. Los animales, a coro con sus monturas, emitieron bramidos de júbilo ante la matanza que se avecinaba. Los dos rezagados que escoltaban al Señor del Dragón emprendieron la persecución de su víctima.

Laurana corrió hacia los enormes y abiertos rastrillos, aquellas absurdas entradas de la Torre. Los pétreos muros retrocedían en una nebulosa, tal era la velocidad que imprimía a sus piernas. Oía a su espalda las evoluciones de un reptil, sus estentóreos resoplidos y el aire que desplazaban sus alas. También alcanzó sus tímpanos la orden que impartía a su animal uno de los jinetes, que interrumpió la persecución hacia las entrañas de la mole. «¡Espléndido!», se dijo la muchacha con una triste sonrisa. Tras cruzar la primera sala, atravesó otro rastrillo. Había allí algunos caballeros, preparados para bajar la reja.

—¡Mantenedlo abierto! —les recordó casi sin aliento. Asintieron, y la elfa siguió corriendo. Se hallaba ahora en la sombría cámara de extrañas y dentadas columnas, que parecían volcarse sobre ella como amenazadores colmillos. Detrás de los pilares, vio varios rostros lívidos embutidos en los metálicos yelmos. La luz reverberaba en las puntas de las lanzas Dragonlance. Los caballeros espiaban su paso en silencio.

—¡Retroceded, ocultaos tras las columnas! —vociferó.

—¿Y Sturm? —preguntó alguien.

Laurana meneó la cabeza, demasiado agotada para hablar. Traspasó el tercer rastrillo, aquel que exhibía un boquete en su centro. Aguardaban junto a él cuatro caballeros, y también Flint. Era la posición clave. Laurana quería que la ocupase uno de sus amigos, uno de los seres en quien podía confiar. Sólo tuvo tiempo para intercambiar una mirada con el enano, pero fue suficiente. Flint leyó el desenlace de la batalla de Sturm en su rostro. Inclino un momento la cabeza, a la vez que cobijaba el rostro entre sus manos.

Laurana no titubeó. Al fondo de la pequeña sala, salvó la doble puerta de recio acero y se introdujo en la estancia donde reposaba el Orbe de los Dragones.

Tasslehoff había limpiado el polvo del objeto con su pañuelo. La elfa veía en su interior una bruma rojiza, que se arremolinaba en medio de destellos multicolores. El kender estaba frente a él, escudriñándolo, calados los anteojos mágicos en su exigua nariz.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó

Laurana con voz entrecortada, casi sin aliento.

—Recapacita —le suplicó él—. He leído que si no logras controlar la esencia de los Dragones que contiene esta esfera serán ellos quienes vendrán, Laurana, y se adueñarán de ti.

—Dime qué debo hacer —repitió ella con resuelto ademán.

—Coloca tus manos sobre el Orbe y... —se quebró su voz—. ¡No, detente!

Era demasiado tarde. La muchacha ya había posado sus delicados dedos sobre el gélido globo de cristal. Se produjo en el torbellino un estallido de luz, tan brillante que el kender tuvo que apartar los ojos

—¡Laurana, escúchame! —vociferó con su agudo timbre—. Debes concentrarte, descartar todo pensamiento que no sea el de doblegar el Orbe a tu voluntad. Laurana, por favor...

Sí lo oyó, no emitió ninguna respuesta. Tas comprendió que estaba ya enzarzada en la batalla que debía librar para; dominar la esencia del poder. Recordó tembloroso la advertencia de Fizban, su augurio de muerte y, peor aún, la pérdida del alma. Apenas interpretaba las palabras escritas en los llameantes colores del Orbe, pero era consciente de que la integridad espiritual de Laurana pendía de un hilo.

La contemplaba desenchajado, ansioso por ayudarla pero a sabiendas de que no osaría actuar. La Princesa permaneció varios minutos inmóvil, extendidas sus manos sobre el objeto y tan pálida que la vida parecía escapar en pos de la bruma. Tenía la mirada absorta en los arremolinados colores y, cuando el kender trató de imitarla, se sintió mareado y se alejó unos pasos. Se produjo otra explosión en el exterior. El polvo que se acumulaba en el techo se esparció por la cámara. Tas se estremeció, mas Laurana se mantuvo impertérrita.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza sin apartar las manos: del Orbe. Tal era la fuerza con que ahora lo aferraba, que sus dedos se tornaron blancos. De pronto comenzó a convulsionarse y a gemir, como sí intentara desesperadamente soltar la maligna esfera. Sí era ésa su intención no lo logró, el objeto la atenazaba.

Tas se preguntó desconcertado qué podía hacer. Deseaba correr junto a Laurana y liberarla. Lamentó no haber roto el Orbe. No le restaba sino contemplar la escena en una total impotencia.

El cuerpo de la elfa se retorció en un estremecimiento y el kender la vio caer de rodillas, aunque sin desasir la redonda superficie. Su sumisión, sin embargo, duró poco. Meneó la cabeza iracunda y, farfullando frases ininteligibles en lengua elfa, forcejeó para incorporarse ayudada por la fuerza que manaba de su singular contrincante. Sus manos palidieron aún más debido al esfuerzo, y el sudor goteó sobre su frente. Era ostensible que aplicaba a su empeño toda la fuerza que albergaba en su ser. Al fin, con agónica lentitud, se levantó.

El Orbe derramó un nuevo fulgor y sus colores se fundieron en uno solo, indescriptible. Una luz pura, fúlgida, brotó de su circunferencia. Laurana, erguida ante ella en majestuosa postura, relajó sus facciones en una sonrisa.

No había hecho más que esbozarla cuando se derrumbó, inconsciente, sobre el suelo.

En el patio de la Torre del Sumo Sacerdote, los dragones se afanaban en reducir a escombros los muros de piedra. El ejército se aproximaba al recinto con los draconianos en primera línea, preparados para atravesar las brechas de las paredes y matar a toda criatura viviente. Su comandante trazaba círculos sobre el caos, teñido el hocico de su animal por su propia y negruzca sangre, mientras supervisaba la destrucción. Todo parecía desarrollarse de un modo satisfactorio cuando la luz diurna fue eclipsada por un

resplandor puro, deslumbrador, surgido de las tres enormes entradas que conducían a las entrañas de la mole.

Los jinetes contemplaron los misteriosos fulgores, preguntándose su significado sin darle excesiva importancia. Pero los dragones que montaban tuvieron reacción muy distinta. Alzaron sus cabezas, se empañó su vista. Habían oído la señal.

Capturada por antiguos magos, sometida al control de la muchacha elfa, la esencia de los Dragones que se revolvía en el Orbe hizo lo que debía al recibir órdenes: lanzó su irresistible llamada y los reptiles no tenían otra opción que responder al reclamo y tratar de hallar su fuente.

En vano se esforzaron los jinetes para detener a sus cabalgaduras. Los dragones no oían las imperativas voces de quienes hasta ahora les conducían, sino el mensaje del Orbe. Los animales volaron en dirección a los incitantes rastrillos mientras los gritos y forcejeos de los desesperados humanos se malgastaban sin atraer su atención.

El alba luz se extendió más allá de la Torre, bañando las filas de las tropas, y los comandantes tuvieron que contemplar inermes cómo sus subordinados se dispersaban enloquecidos.

La llamada del Orbe era oída con total claridad por los dragones. Pero los draconianos, que sólo eran reptiles en parte, la captaron como una voz ensordecedora que impartía confusos mandatos. A cada uno le llegaba de forma distinta, cada uno recibía un estímulo diferente.

Unos caían de rodillas, sujetándose la cabeza en medio de un dolor agónico. Otros huían en desbandada como si un horror invisible les acechara en la Torre, y no faltaron los que soltaron las armas para echar a correr hacia aquélla. En escasos momentos un ataque organizado, bien concebido, se convirtió en un caos irrefrenable en el que los draconianos corrían en todas las direcciones posibles. Al ver cómo se rompían las formaciones, los goblins también se dieron a la fuga y los humanos quedaron aturdidos en el campo de batalla, a la espera de órdenes que nadie había de comunicarles.

La cabalgadura del Señor del Dragón mantuvo la serenidad, aunque a duras penas, merced a la fuerza de voluntad de su jinete. Mas los otros dos reptiles y el deshecho ejército eran ingobernables. El dignatario se agitaba en su ira impotente, tratando de averiguar qué significaba aquella luz blanca y de dónde procedía para desvirtuarla si podía.

Uno de los dos Dragones Azules llegó al primer rastrillo y se adentró en la enorme sala, con tal ímpetu que su montura apenas tuvo tiempo de bajar la cabeza para no estrellarse contra el muro. Obediente a la llamada del Orbe, el animal atravesó rápidamente la estancia con las puntas de sus alas rozando la piedra.

Franqueó la segunda reja y se introdujo en la cámara de los pilares aserrados. Olió aquí a acero y carne humana, pero era tal el poder de atracción del haz luminoso que hizo

caso omiso de los efluvios. La anchura de la sala, inferior a la de la precedente, le obligó a doblar las alas sobre su cuerpo y dejarse llevar por el impulso.

Flint observó su accidentado vuelo. En sus ciento cuarenta años de existencia nunca había presenciado una escena semejante, y esperaba que no se repitiera. El miedo a los dragones se enseñoreó de los hombres apostados en la cámara como una ola hipnotizadora. Los jóvenes caballeros se arrimaron a las paredes y sin desasir las lanzas, cubrieron sus ojos cuando aquel monstruo de escamas azules pasó por su lado.

El enano tropezó hacia atrás, apoyando débilmente su temblorosa mano en el mecanismo que debía bajar el rastrillo. Nunca le había invadido un terror tan intenso, hasta la muerte se le antojó acogedora si debía poner fin a aquel espanto. El dragón, ignorante de todo salvo de la llamada del Orbe, siguió su camino ajeno a todo lo que le rodeaba.

La descomunal cabeza se asomó por el rastrillo con el boquete en el centro. En un acto instintivo, consciente tan sólo de que no debía alcanzar su objetivo, Flint liberó el manubrio. Se cerró la verja que cubría el curioso hueco en torno al cuello del animal, aprisionándole. Su forcejeante cuerpo se debatió inútilmente, se apretaron las alas contra los flancos en la estancia donde los caballeros lo espiaban con las Dragonlance prestas para el ataque.

El dragón comprendió demasiado tarde que estaba atrapado. Rugió con tal furia que las rocas temblaron y se resquebrajaron, antes, incluso, de que abriera la boca para destruir el Orbe mediante su ígneo aliento. Tasslehoff, absorto hasta entonces en reanimar a Laurana, se encontró frente a dos ojos llameantes. Vio un par de gigantescas mandíbulas que se abrían, al parecer para tomar aliento. Brotó el relámpago de la cavernosa garganta, arrojando al kender al suelo. Estalló la piedra en la estancia y la mágica bola se tambaleó sobre su pedestal. Tas yacía cuan largo era, anonadado por el impacto. No podía moverse, pero tampoco deseaba hacerlo. Permaneció donde estaba aguardando la segunda bocanada, que sin duda mataría a Laurana —si aún vivía— y a él mismo. Llegado a este punto, poco le importaba.

El dragón nunca lanzó su segunda llama. Después de activarse el mecanismo que desplomó la primera verja, la doble puerta de acero se cerró frente al hocico de reptil y dejó inmovilizada su cabeza en la estancia intermedia.

Se sumió el recinto en un letal pero breve silencio, que rompió un estremecedor aullido. Retumbaron en la sala agudas, quejumbrosas y agónicas notas, provocadas por los caballeros al salir de sus escondrijos tras los pilares y hundir sus plateadas Dragonlance en el cuerpo azul y convulsionado del dragón. Tas se cubrió las orejas con las manos a fin de amortiguar los terribles ecos. Evocó una y otra vez las imágenes de la destrucción infligida por los reptiles malignos al asolar las ciudades, al matar a centenares de inocentes. Sabía que aquel monstruoso animal lo habría aniquilado sin piedad, que quizá ya habría acabado con la vida de Sturm. Se lo repitió incesantemente, deseoso de endurecer su corazón, pero no pudo sino enterrar la cabeza entre sus manos y prorrumpir en sollozos.

—Tas —susurró una voz, a la vez que lo acariciaban unos suaves dedos.

—¡Laurana! —El kender alzó la vista—. Lo lamento, Laurana. No debería importarme lo que hacen con esa criatura abyecta, y sin embargo su sufrimiento se me hace insoportable. ¿Por qué matar? ¡Es superior a mis fuerzas! —las lágrimas fluían por sus mejillas.

—Lo comprendo —lo reconfortó la elfa, mezclándose en su mente los recuerdos de la muerte de Sturm con los gemidos del dragón—. No te avergüences, Tas. Alégrate por ser capaz de compadecerte de la muerte de un enemigo. El día en que cese de afectarnos, aunque se trate de seres hostiles, habremos perdido la batalla.

Se intensificaron los alaridos de dolor y Tas se abrazó a Laurana, quien lo estrujó contra su cuerpo. Ambos se aferraban el uno al otro para aliviar el horror que les producían aquellos gritos desgarradores. De pronto oyeron un sonido distinto, la llamada de alerta de unos caballeros. El segundo dragón había penetrado en la estancia contigua, aplastando a su jinete contra el muro en un intento de traspasar la estrecha estancia para responder a los designios del Orbe. En aquel instante la Torre se agitó sobre sus cimientos, sacudida por la violenta lucha del reptil torturado.

—¡Sígueme! —vociferó Laurana—. Tenemos que salir de aquí.

La elfa incorporó a Tas de un fuerte tirón y emprendió carrera hacia una pequeña puerta empotrada en el muro, que les conduciría al patio, a través de un túnel. Abrió la puerta de madera, en el mismo momento en que aparecía en la sala la cabeza del segundo animal. Los caballeros habían corrido la tapia de acero al comprobar que tenían dominado al que volaba en cabeza, preparados para repetir la estratagema. Tas no pudo evitar el detenerse, y contemplar tan fascinante espectáculo. Vio los furibundos ojos del gigantesco animal, enloquecido al oír los estertores del moribundo y comprendiendo que había caído en la misma trampa. Retorcó la boca en una agresiva mueca, y tomó aliento. La doble puerta comenzó a cerrarse frente al prisionero, pero se detuvo a medio camino.

—¡Laurana, se ha atascado la tapia! —advirtió el kender—. El Orbe...

—¡Vámonos! —lo apremió ella, arrastrándolo hacia el pasadizo. Brotó el relámpago de fuego y Tas percibió cómo las llamas prendían en la cámara. Al volver la mirada, reticente a abandonar la escena, vio que el rocoso techo se derrumbaba sobre la estancia. El alba luz del Orbe quedó enterrada entre los escombros cuando la Torre se desmoronó sin remisión. La sacudida hizo perder el equilibrio a Laurana y a Tas, arrojándoles contra el sólido umbral de la cámara. Tas ayudó a la elfa a ponerse en pie y reanudaron la precipitada marcha en pos de la luz del día.

La tierra cesó de agitarse, se disipó el retumbar de las rocas al desprenderse. Sólo se oían ocasionales zumbidos, ecos difusos que anunciaban nuevas resquebrajaduras. Deteniéndose para recobrar el aliento, Tas y Laurana giraron la cabeza y vieron que el final del pasadizo había sido bloqueado por las rocas de la Torre.

—¿Qué ocurrirá con el Orbe? —preguntó Tas.

—Supongo que se ha destruido. Es mejor para todos.

Ahora que la luz diurna alumbraba el rostro de la elfa, Tasslehoff la contempló. Quedó atónito. Su tez revestía una lividez mortal, incluso sus labios se habían tomado blancos. Tan sólo había color en sus verdes ojos, que espantaban por las dilatadas pupilas y las sombras purpúreas que los cercaban.

—No podría volver a utilizarlo —murmuró, más para sus adentros que para el kender—. Casi abandoné. Mis manos... ¡No quiero hablar de ello! Se cubrió los ojos, aún temblorosa..

—De pronto recordé a Sturm erguido en el parapeto, afrontando la muerte en solitario. Si me dejaba vencer, su sacrificio carecería de sentido. No podía permitirlo, no podía defraudarlo. Obligué al Orbe a obedecer, pero sería incapaz de repetirlo. ¡No soportaría de nuevo tan terrible trance!

—¿Ha muerto Sturm? —inquirió Tas. Casi no le salían las palabras.

—Discúlpame, Tas, olvidé que lo ignorabas —respondió Laurana ya más serena—. Pereció en la lucha contra el Señor del Dragón.

—¿Fue...?

—Sí, fue rápido —explicó la elfa en tonos apagados—. Apenas sufrió. Tas inclinó afligido la cabeza, pero la alzó de nuevo cuando otra explosión agitó lo que quedaba de la fortaleza.

—¡Los ejércitos de los Dragones! La batalla no ha concluido —Laurana apoyó la mano en la empuñadura de la espada de Sturm, que había ajustado a su delgado talle—. Ve a buscar a Flint. Laurana abandonó el túnel para aparecer en el patio, donde la luz la hizo parpadear. Le sorprendió que no hubiera anochecido. Tantos eran los sucesos acaecidos que tenía la impresión de que habían transcurrido años enteros. Sin embargo, el sol estaba empezando a elevarse tras los muros del recinto.

La Torre del Sumo Sacerdote había desaparecido, derruyéndose sobre sí misma hasta convertirse en un montón de escombros acumulados en el centro del patio. Las entradas y salas que conducían al Orbe no habían sufrido más daño que el provocado por los dragones al atravesarlas. Los muros exteriores estaban en pie, aunque presentaban numerosas brechas y manchas negras allí donde los reptiles habían lanzado sus bocanadas.

Ningún ejército se filtraba a través de las grietas. Reinaba una extraña paz, que apenas mancillaban los gemidos del segundo dragón y los ásperos gritos de sus verdugos al otro lado de los abiertos túneles.

¿Qué les había sucedido a las tropas? se preguntó Laurana, examinando asombrada su entorno. Deberían haber traspasado las murallas. Miró temerosa hacia las almenas, convencida de ver a las fieras criaturas dispuestas a abalanzarse.

Lo único que vislumbró fue el reverberar de los rayos solares sobre una armadura, la masa informe de Sturm tendida en el parapeto.

Recordó entonces el sueño, la imagen que ofrecían las ensangrentadas manos de los draconianos al despedazar el cuerpo del caballero.

¡Impediré que cometan semejante atrocidad! —se dijo.

Desenvainando la antigua espada de su amigo, atravesó presurosa el patio. Unos pocos pasos la persuadieron de que el arma era demasiado pesada para ella. Pero ¿de qué otro artilugio podía valerse? Escudriñó el patio en busca de una alternativa. ¡Las lanzas Dragonlance! Dejó caer el acero para hacerse con una de aquéllas más livianas que portaban los soldados pedestres, e inició la escalada sin el más mínimo entorpecimiento.

Llegó a las almenas y oteó el panorama, esperando divisar en el llano la negra marea de las huestes enemigas. No ocupaban la vasta superficie más que algunos grupos dispersos de humanos, que miraban desconcertados a su alrededor.

¿Qué significaba todo aquello? La elfa no acertaba a adivinarlo, y además, estaba demasiado cansada para pensar. Decayó su momentáneo ánimo, sustituido por el agotamiento y una pesadumbre que parecía aplastarla. Culminó el ascenso y, arrastrando la lanza, se acercó a trompicones al cadáver que yacía en la nieve manchada de sangre.

Laurana se arrodilló junto al caballero, extendió la mano y apartó el enmarañado cabello para contemplar una vez más el rostro de su amigo. Descubrió en sus ojos sin vida una paz que nunca antes había observado.

—Duerme, querido Sturm —susurró cogiéndole la ya rígida mano y apoyándola contra su mejilla—, no permitas que los dragones enturbien tus sueños.

Al depositar de nuevo la amoratada mano sobre la armadura, distinguió un brillante destello en la nieve. Recogió el objeto que lo despedía, tan ensangrentado que al principio no lo identificó. Al limpiarlo minuciosamente, se reveló a sus ojos una joya. La elfa no sabía a qué atenerse, estaba perpleja.

Pero antes de que acertara a preguntarse de dónde procedía, una oscura sombra se cernió sobre ella. Oyó el crujido de unas enormes alas, el palpito de un cuerpo gigantesco. Asustada, se puso en pie y dio media vuelta.

Un Dragón Azul se disponía a aterrizar a su espalda. La quebrantada piedra cedió bajo sus garras y, al sentirse desprovista de apoyo, la criatura batió las alas. En la silla del ancho lomo un Señor del Dragón estudiaba a Laurana, con ojos impenetrables tras la horrenda máscara.

La elfa dio un paso atrás, presa del pánico. La Dragonlance se deslizó por su mano inerte y también la joya, que cayó en la nieve. Quiso escapar, pero no tenía dónde ir. Se desplomó sobre el suelo, al lado de Sturm, sacudida por violentos temblores.

En su acceso de parálisis, no lograba apartar el sueño de su mente. La muerte le había sobrevenido estando junto a Sturm. Llenó su visión un manto de escamas azules cuando la criatura irguió el cuello a escasa distancia.

¡La lanza! Gateó por la humedecida nieve hasta que sus dedos se cerraron en torno al mango de madera. Hizo ademán de incorporarse, resuelta a hundir el arma en la garganta del dragón.

Una bota negra se posó firme sobre la lanza, aplastando casi la mano de Laurana. La muchacha estudió la bruñida caña, decorada con una áurea filigrana que centelleaba al sol. Examinó la figura que pisaba la sangre de Sturm y respiró hondo, antes de amenazarle:

—Si osas tocar este cuerpo, morirás. Ni siquiera tu dragón podrá salvarte. Este caballero fue mi amigo, y no consentiré que su asesino lo mutile.

—No tengo intención de mutilar a nadie —declaró el dignatario enemigo. Con exagerada lentitud, el individuo se inclinó hacia adelante y cerró los párpados de Sturm para dar reposo a aquellos ojos que miraban al sol sin verlo.

El Señor del Dragón se situó frente a elfa, que permanecía arrodillada en la nieve, y retiró la bota de la Dragonlance.

—También fue mi amigo. Lo reconocí en el momento en que me disponía a matarte.

—No te creo —replicó Laurana, observando al mandatario con inequívocas muestras de cansancio—. No es posible.

Despacio, el Señor del Dragón se desprendió de la córnea máscara.

—Supongo que has oído hablar de mí, Lauranthalasa. Así te llamas, ¿verdad? Laurana asintió en silencio, a la vez que se ponía en pie.

—Yo soy... —quiso presentarse, con una sonrisa encantadora pero ambigua.

—Kitiara.

—¿Cómo lo sabes?

—Te me apareciste en un sueño —explicó la elfa.

—¡Ah, sí, el sueño! —Kitiara pasó una mano enguantada por su oscuro y ensortijado cabello—. Tanis me lo mencionó en una ocasión. Imagino que todos lo compartisteis. Al menos, él piensa que sus amigos lo conocen —bajó la mirada hacia el yaciente Sturm—. Resulta extraña la forma en que la muerte de este caballero ha confirmado el vaticinio. Tanis me comentó que también en su caso se ha realizado, al menos la parte en que yo le salvaba la vida.

Laurana comenzó a temblar una vez más. Su semblante blanquecino por el agotamiento, se tornó casi translúcido al dejar de regarlo la sangre.

—¿Has visto a Tanis?

—Hace dos días. Lo dejé en Flotsam para ocuparse de todo durante mi ausencia. Las frías palabras de la señora del Dragón traspasaron el alma de la elfa como hiciera su lanza con la carne de Sturm. La muchacha sintió que la piedra se deslizaba bajo sus pies, dejándola en el vacío. Se mezclaron el cielo y la tierra, el dolor la partió en dos. Miente —pensó para aliviar su desasosiego. Pero sabía con punzante certeza que, aunque Kitiara no reparaba en contar embustes si le convenía, ahora decía la verdad.

Laurana se bamboleó y estuvo a punto de desmayarse. Sólo la determinación de no revelar su flaqueza delante de aquella humana la mantuvo erguida. Kitiara no advirtió su titubeo. Agachándose, asió el arma que la elfa había soltado y la estudió con vivo interés.

—De modo que ésta es la famosa Dragonlance —afirmó más que preguntó.

Laurana se recompuso y contestó, esforzándose por conferir firmeza a su voz:

—Sí. Si quieres ver de lo que es capaz, puedes entrar en la fortaleza y examinar los despojos de tus dragones.

La humana dirigió una fugaz mirada hacia el patio, una mirada más desdeñosa que inquieta.

—No son las Dragonlance las que han atraído a mis reptiles a la trampa —declaró, escudriñando a su oponente con sus ojos pardos—, ni tampoco las que han dispersado a mi ejército a los cuatro vientos.

Al oírle mencionar a las tropas, Laurana volvió una vez más la vista hacia el llano.

—Sí —prosiguió la Señora del Dragón al constatar que la elfa empezaba a comprender—. Hoy me has derrotado. Saborea tu victoria, porque no ha de perdurar.

La comandante manipuló diestramente la lanza en su mano y apuntó al corazón de Laurana, que permaneció frente a ella inmóvil con su delicado rostro vacío de emociones. Kitiara sonrió. Un hábil sesgo le bastó para voltear la mortífera arma y clavarla en la nieve.

—Gracias por obsequiármela —dijo—. Nos han informado sobre estos artefactos y ahora podré averiguar si son tan invencibles como proclamáis.

La humana hizo una leve reverencia a la Princesa. Se ajustó de nuevo la máscara, empuñó la lanza y se dispuso a partir. Antes de alejarse, no obstante, miró con respeto el cadáver de Sturm.

—Encárgate de que se le dispensen los honores que merece —ordenó—. Tardaré por lo menos tres días en reagrupar mis tropas, te concedo ese tiempo para organizar la ceremonia fúnebre.

—Sabemos cómo enterrar a nuestros muertos —la espetó Laurana altiva—. No necesitamos tus consejos

El recuerdo de la muerte de Sturm y la visión de su cadáver, restituyeron a la elfa a la realidad como el agua fría que se vierte sobre la faz de un durmiente. Colocándose en actitud protectora entre los despojos de su amigo y la Señora del Dragón, desafió a los ojos pardos que refulgían detrás de la máscara.

—¿Qué vas a explicarle a Tanis? —la interrogó.

—Nada —se limitó a contestar Kit—. Nada en absoluto.

Mientras regresaba junto a su reptil, Laurana contempló su grácil andar, la negra capa que ondeaba, movida por la tibia brisa del norte. El sol se reflejaba en el trofeo que le había arrebatado, y le asaltó la idea de impedir que se lo llevase. Había un ejército de caballeros en la fortaleza, no tenía más que llamarles.

Pero su agotamiento de cuerpo y de mente no la dejó actuar. Ya hacía un esfuerzo sobrehumano para no desmoronarse, sólo el orgullo la mantenía en pie.

Quédate con la Dragonlance —accedió sin palabras—. Te prestará un gran servicio.

Kitiara se detuvo junto al gigantesco dragón. Los caballeros se habían reunido en el patio, donde varios hombres depositaban ahora la cabeza de uno de los reptiles que cayeron en la trampa. Skie meneó su propia testa al ver la de su compañero, y un salvaje gruñido resonó en su pecho. Atraídos por su eco, los soldados se volvieron hacia el parapeto y distinguieron al reptil, a la dignataria hostil y a Laurana. Algunos de ellos aprestaron sus armas, pero la Princesa elfa levantó la mano para indicarles que no debían atacar. Fue el último gesto que sus fuerzas le permitieron hacer.

La Señora del Dragón dedicó a los caballeros una despreciativa mirada y, posando su mano en el cuello de Skie, lo acarició en un intento de apaciguarlo. Se tomó unos minutos, quería demostrarles que no le inspiraban ningún temor.

Aunque a regañadientes, los soldados depusieron las armas. Con una desagradable risa Kitiara se encaramó a su montura.

—Adiós, Lauranthalasa —se despidió. Empuñando la Dragonlance, la comandante ordenó a Skie que alzara el vuelo. El descomunal reptil desplegó las alas y se lanzó al aire sin esfuerzo para, guiado por su hábil jinete, trazar un círculo sobre Laurana.

La muchacha elfa observó los llameantes ojos del dragón. Descubrió la herida de su hocico, aún ensangrentada, y los colmillos que surcaban su boca abierta en una siniestra mueca. A su grupa, sentada entre las gigantes alas, se hallaba Kitiara. El sol iluminaba la refulgente armadura de escamas y también la máscara, que despedía innegables fulgores. Los dorados rayos conferían una especial majestad a la Dragonlance al reflejarse en su punta.

De pronto el arma cayó de la enguantada mano de la Señora del Dragón para, tras hacer en el aire aparatosas piruetas que realzaron aún más su destellante contorno, aterrizar con estruendo a los pies de Laurana.

—¡Consérvala! —vociferó Kitiara—. ¡Vas a necesitarla!

El Dragón Azul batió las alas, alcanzó las corrientes de aire y surcó el cielo hasta desvanecerse en lontananza

Capítulo 15

El funeral

La noche invernal era oscura y sin estrellas. La brisa se había convertido en un huracán que arrastraba cellisca y nieve, cuyos copos traspasaban las armaduras con la crudeza de las flechas hasta congelar la sangre y el ánimo. No se establecieron turnos de vigilancia, cualquier hombre apostado en las almenas de la Torre del Sumo Sacerdote habría muerto bajo los rigores del ventisquero.

Tampoco eran necesarios los centinelas. Durante todo el día, mientras brilló el sol, los caballeros otearon el llano sin percibir indicios del regreso de los ejércitos de los Dragones. Ni siquiera después de anochecer se distinguieron más que algunas fogatas aisladas en el horizonte.

En esta impenetrable oscuridad, con el vendaval aullando entre las ruinas de la derrumbada Torre, como si pretendiera imitar los gritos de los dragones asesinados, los Caballeros de Solamnia enterraron a sus muertos.

Los cadáveres fueron trasladados a un sepulcro cavado en la roca debajo de la Torre. Tiempo atrás, se había utilizado para albergar los despojos de los miembros de la Orden. Pero eso ocurrió en un pasado inmemorial, cuando Huma cabalgó hacia su gloriosa muerte en los campos. La cámara mortuoria habría caído en el olvido de no ser por la curiosidad de un kender. En una época debió estar custodiada e incólume pero el transcurrir de los años la había arruinado. Cubría los pétreos ataúdes una capa de polvo. Una vez la hubieron limpiado, nada pudo leerse de las inscripciones talladas en la roca.

Llamado la Cámara de Paladine, el sepulcro era una estancia rectangular construida en un subterráneo donde no pudo sufrir los efectos de la destrucción de la mole. Una larga y angosta escalera conducía a sus entrañas desde una inmensa puerta de hierro en la que

aparecía grabado el emblema de Paladine: el dragón de platino, antiguo símbolo de la muerte y el renacer. Los caballeros iluminaron la sala con antorchas, que ajustaron a oxidados pedestales metálicos sujetos por herrumbrosas tachuelas a los muros.

Los féretros de piedra de los caballeros muertos en viejas lides jalonaban las paredes de la estancia. Sobre cada uno de ellos una placa de hierro anunciaba el nombre de su ocupante, su familia y su fecha de nacimiento. Un pasillo central conducía, entre las hileras de tumbas, hacia un altar de mármol. Fue en este corredor de la Cámara de Paladine donde los caballeros depositaron a los fallecidos de las últimas jornadas.

No había tiempo para construir ataúdes. Todos sabían que las hordas hostiles volverían y los caballeros tuvieron que consagrar cada minuto disponible a reforzar las murallas de la fortaleza, no a confeccionar moradas eternas para quienes no habían de precisarlas. Llevaron los restos de sus compañeros a la Cámara y los distribuyeron en una larga fila sobre el frío suelo de piedra. Amortajaron sus cuerpos mediante vetustas telas de lino que en principio estaban destinadas a las ceremonias de investidura. Tampoco había tiempo para confeccionar lienzos adecuados. Se colocaron las espadas encima de los pechos de los yacientes, mientras que a sus pies se dispusieron algunas pertenencias del enemigo: aquí una flecha, allí un escudo abollado o las garras de un dragón.

Una vez hubieron transportado a la Cámara todos los despojos, los caballeros se reunieron. A la luz de las antorchas, cada uno se situó junto al cuerpo del amigo, del compañero o del hermano. Al fin, en medio de un silencio tan impenetrable en el que todos oían su propio palpito, fueron entrados en la sala los tres últimos cadáveres. Tendidos sobre parihuelas, los escoltaba una solemne Guardia de Honor.

Debería haberse celebrado un regio funeral, resplandeciente, con los requisitos prescritos por la Medida. En el altar se habría erguido el Gran Maestre, revestido con la armadura de gala. Le habrían acompañado el Sumo Sacerdote, ataviado también con una armadura engalanada por el manto blanco de los clérigos de Paladine, y el Juez Supremo, que se reconocía gracias a la capa negra de la judicatura. El altar habría sido circundado por guirnalda de rosas, y los dorados emblemas del martín pescador, la corona y la espada habrían refulgido sobre la marmórea superficie.

Pero en el ara sólo había una muchacha elfa, vestida con una armadura abollada y manchada de sangre. La flanqueaban un viejo enano, con la cabeza inclinada a causa del dolor, y un kender cuyo rostro exhibía también los surcos del sufrimiento. La única rosa que adornaba el altar era una de color negro, hallada en el cinto de Sturm, al lado de una Dragonlance de plata ennegrecida por la sangre seca. La guardia llevó los cuerpos al fondo de la Cámara y los depositó, en actitud reverente, frente a los tres amigos. A la derecha estaba el cadáver del Comandante Alfred Markenin, ocultos piadosamente sus mutilados restos bajo un retazo de lino blanco. A la izquierda se hallaba el también Comandante Derek Crownguard, al que habían tapado el rostro con un paño para que nadie viese la espantosa mueca adoptada al sobrevenirle la muerte. En el centro yacía Sturm Brightblade. Ningún lienzo le cubría, tan sólo la armadura que luciera durante el día. La espada de su padre descansaba en su pecho, sujeta por sus rígidas manos. Se vislumbraba otro ornamento sobre su devastado pectoral, una prenda que no reconoció ninguno de los caballeros.

Era la Joya Estrella, que Laurana había encontrado en un charco de sangre del propio caballero. Su superficie estaba opaca, habiéndose extinguido su brillo mientras la elfa la sostenía en su palma. Más tarde comprendió su secreto, cuando tuvo ocasión de estudiarla. Era así como habían compartido el sueño en Silvanesti. ¿Había descubierto Sturm el poder de la gema? ¿Conocía la dimensión del vínculo que lo unía a Alhana? Probablemente no, se dijo la muchacha con tristeza, ni tampoco había adivinado la intensidad del amor que representaba. Ningún humano podía hacerlo. Pensó, afligida, en aquella mujer elfa de cabello azabache, que debía saber que el corazón sobre el cual yacía había enmudecido para siempre. La guardia de honor retrocedió, manteniéndose en posición de firmes. Los caballeros allí congregados inclinaron unos segundos la cabeza, antes de alzar los ojos hacia Laurana.

Había llegado el momento de los discursos, de las inflamadas evocaciones de las proezas realizadas por los caballeros muertos. Sin embargo, no se oían en la sala sino los sollozos del viejo enano y los quedos gemidos de Tasslehoff. Laurana contempló el sereno rostro de Sturm, y se ahogaron las palabras que afloraban ya a sus labios.

Por un instante envidió al caballero con toda su alma. Estaba más allá del dolor, del sufrimiento y de la soledad. Había librado su batalla, saliendo victorioso del trance.

¡Me has abandonado! ¡Permites que me enfrente a la situación sin ayuda! Primero Tanis, luego Elistan y ahora tú. ¡No puedo, no soy lo bastante fuerte! No dejaré que te vayas, Sturm. ¡Tu muerte carece de sentido! Ha sido un fraude y una vergüenza. No dejaré que te vayas. ¡No en silencio, no sin cólera! —le imprecó en plena agonía.

Cuando levantó la cabeza, sus ojos centelleaban bajo las antorchas.

—Esperáis una noble arenga —declaró, con voz tan fría como el ambiente del sepulcro—Una noble arenga para honrar las hazañas de estos tres caballeros. ¡Pues bien, no vais a oírla! No por mi boca.

Los presentes intercambiaron sombrías miradas.

—Estos hombres, que deberían haber permanecido unidos en una hermandad forjada cuando Krynn era aún joven, murieron en una abyecta discordia provocada por el orgullo y la ambición. Vuestros ojos confluyen en Derek Crownguard, pero guardaos de culparle sólo a él. Mis reproches se dirigen a todos vosotros. ¡Sí, a vosotros que habéis tomado partido en tan cruenta lucha por el poder!

Algunos de los caballeros palidecieron, presas de sentimientos encontrados como el arrepentimiento y la cólera, mientras Laurana hacía una pausa. El llanto le impedía continuar, pero, de pronto, palpó la mano que Flint deslizaba en la suya para apretársela. Su contacto la reconfortó. Tragó saliva, respiró hondo y dijo:

—Sólo un hombre se mantuvo ajeno a tales intrigas, sólo uno entre vosotros vivió el Código cada día de su existencia. Y, sin embargo, durante la mayor parte del tiempo no fue un caballero. O sí lo fue no constaba así en las listas oficiales, tan sólo en su corazón y en su alma. En lo más importante.

Estirando la mano hacia atrás, Laurana asió la ensangrentada Dragonlance que yacía en el altar y la alzó sobre su cabeza. Al hacerlo, sintió que su espíritu también se elevaba y que se desvanecían las alas de negrura esparcidas en su derredor. Se fortaleció su voz, y los caballeros la contemplaron admirados. Su belleza les bendecía como un amanecer primaveral

—Mañana abandonaré este lugar —anunció, fijando su mirada en la lanza—. Iré a Palanthas como portadora de la historia de este día. Llevaré conmigo este arma y la cabeza de un dragón. ¡Arrojaré la siniestra cerviz en la escalinata del magnífico palacio de los Caballeros Solámnicos, me erguiré sobre ella y les obligaré a escucharme! Los habitantes de Palanthas oirán mi relato, comprenderán el peligro. Luego viajaré a Sancrist, a Ergoth y a todos aquellos rincones de nuestro mundo donde las personas rehúsan olvidar sus mezquinos odios y unirse contra el enemigo común. Porque hasta que no venzamos la mediocridad que anida en nosotros, como hizo este hombre, no conquistaremos la perversa fuerza que amenaza con aniquilarnos.

»¡Paladine! —exclamó vuelta hacia el invisible cielo, y sus palabras resonaron como la llamada de una trompeta—. ¡Paladine, te invocamos como leal escolta de los caballeros que murieron en la Torre del Sumo Sacerdote. Otorga a quienes quedamos en un mundo arrasado por la guerra la nobleza de espíritu que encarnó Sturm durante toda su existencia!«

Laurana cerró los ojos y dejó que las lágrimas fluyeran por sus mejillas. Ya no lloraba por Sturm. El pesar que la abrumaba era por sí misma, por añorar su presencia, por tener que revelar a Tanis la muerte de su amigo, por seguir viviendo sin el respaldo de tan digno caballero.

Despacio, depositó la lanza en el altar. Se arrodilló unos instantes frente a ella, sintiendo el brazo de Flint en torno a su hombro y los acariciadores dedos de Tasslehoff en su mano.

Como respuesta a su plegaria oyó las voces de los caballeros a su espalda, unidas en el cántico que todos dedicaban a Paladine, el gran dios de la antigüedad.

Devuelve a este hombre el seno de Huma.

Deja que se pierda en el sol luminoso,
en el coro de aire donde se funde el aliento;
recíbelo en la frontera del firmamento.

Más allá del cielo imparcial

asentaste tu morada,

en constelaciones de estrellas donde la espada traza
un arco anhelante, donde nuestro canto se realza.

Concédele el descanso de un guerrero;
por nuestras voces alentados, por la música del mundo,
converjan los lustros de paz en un día
en el que habitar pueda las entrañas de Huma.

Y guarda el último destello de sus ojos
en un lugar seguro, sagrado,
por encima de palabras y de esta tierra que tanto estimamos,
mientras de las Eras recuento pasamos.

Libre de la asfixiante nube de la guerra,
como un infante que sano crece,
vivirá en un mundo eterno y brillante
donde Paladine será el estandarte.

Sobre las antorchas de las estrellas
se dibuja la gloria inmaculada de la inocencia;
de este país errado, nido de violencia
líbrale ¡oh, Huma!

Haz que la última bocanada de su aliento
perpetúe el vino, la esencia de las rosas;

del amor abyecto, de lides no venturosas,
líbrale ¡oh, Huma!

Haz que se refugie en el tibio aire
de la espada de acero que gélida desciende,
del peso de la batalla siempre inclemente,
líbrale ¡oh, Huma!

Por encima de los sueños de las aves de rapiña, donde
quiso descansar, sin rendirse, en un mundo inmutable;
sí allí encuentra ahora el estigma abominable de la guerra,
líbrale ¡oh, Huma!

Sólo el halcón recuerda la muerte
en un universo perdido; de la oscuridad,
de la aniquilación de los sentidos,
te lo suplicamos agradecidos
líbrale ¡oh, Huma!

Pronto se alzaré la sombra de Huma
del seno de la muerte, quebrando su vaina,
del cobijo de la mente en una bruma vana,
te lo suplicamos agradecidos
líbrale ¡oh, Huma!

Más allá del cielo imparcial
asentaste tu morada,
en constelaciones de estrellas donde la espada traza
un arco anhelante, donde nuestro canto se realza

Devuelve a este hombre al seno de Huma,
más allá del cielo imparcial,
concédele el descanso del guerrero
y guarda el último destello de sus ojos,
libre de la asfixiante nube de la guerra,
sobre las antorchas de las estrellas.

Haz que la última bocanada de su aliento,
haz que se refugie en el tibio aire,
por encima de los sueños de las aves del rapiña,
donde sólo el halcón recuerda la muerte.

Pronto se alzaré la sombra de Huma
más allá del cielo imparcial.

Terminado el cántico, los caballeros desfilaron despacio, uno tras otro, con paso solemne, por delante de los muertos. Todos se arrodillaron unos momentos frente al altar para rendir el debido homenaje a quienes les habían guiado. Abandonaron acto seguido la Cámara de Paladine, regresando a sus fríos lechos en un intento de hallar cierto reposo antes de que amaneciera.

Laurana, Flint y Tasslehoff quedaron solos junto a su amigo, estrechados en un abrazo y con los corazones palpitantes. El gélido viento penetró, con su poderoso silbido, en la sala de los sepulcros donde la Guardia de Honor esperaba para sellar su puerta.

—Kharan bea Reorx —susurró Flint en lengua enanil, a la vez que se frotaba el rostro con su mano ajada y temblorosa. «Los amigos se reunirán en el seno de Reorx».
Revolvió en su saquillo, extrajo un pequeño tronco tallado en forma de rosa y colocó

tan delicada obra de artesanía en el pecho de Sturm, al lado de la Joya Estrella de Alhana.

—Adiós, Sturm —dijo Tas trastornado—. Sólo puedo hacerte un obsequio que merezca tu aprobación. No creo que comprendas su significado, aunque nunca se sabe. Quizá lo conozcas mejor que yo mismo —el kender introdujo una liviana pluma blanca en la inerte mano del caballero.

—Quisalan elevas —le tocaba ahora el turno a Laurana, que habló en elfo. «El nexo de nuestro amor es eterno». Hizo una pausa, incapaz de abandonarle en la penumbra.

—Vamos, Laurana —le ordenó Flint con dulzura—. Nos hemos despedido de él, debemos dejar que se vaya. Reorx le aguarda. La muchacha obedeció. En silencio, sin volver la mirada atrás, los tres amigos ascendieron la angosta escalera del sepulcro y salieron al exterior, donde la cellisca de aquella cruda noche invernal azotó sus rostros.

Muy lejos de la helada región de Solamnia, otra persona se despidió de Sturm Brightblade. Silvanesti no había cambiado con el paso de los meses. Aunque había concluido la pesadilla de Lorac y su cuerpo yacía bajo la tierra de su amado país, en la superficie quedaban vestigios del espantoso sueño. El aire olía a muerte y podredumbre, los árboles se inclinaban y retorcían en una interminable agonía y los maltrechos animales vagaban por el bosque, ansiosos de poner fin a su torturada existencia.

En vano acechaba Alhana, desde su alcoba en la Torre de las Estrellas, una señal que anunciara el cambio.

Los grifos habían regresado, de acuerdo con sus predicciones, al desaparecer el dragón. En un principio abrigaba la intención de dejar Silvanesti para volver a Ergoth, junto a su pueblo. Pero los grifos trajeron inquietantes noticias: había estallado la guerra entre elfos y humanos.

El hecho de que la perturbasen tales nuevas demostraba la transformación que se había obrado en Alhana, sobre todo, después de tantos meses de sufrimiento. Antes de conocer a Tanis y a los otros aceptado una contienda entre ambas razas, quizá incluso la habría aplaudido. Pero ahora sólo veía en ella la evidencia de que unas fuerzas malignas querían destruir el mundo.

Sabía que debía regresar al lado de su pueblo, desde donde quizá podría poner fin a aquella locura. Pero no cesaba de repetirse que el tiempo era inadecuado para emprender el viaje. En realidad, temía enfrentarse a la sorpresa y desconfianza que manifestarían los suyos cuando les contase la destrucción de su tierra y la promesa que hiciera a su padre moribundo de que los elfos volverían y la reconstruirían, después de ayudar a los humanos en su lucha contra la Reina de la Oscuridad y sus esbirros.

Vencería, no le cabía la menor duda. Pero le asustaba la idea de abandonar la soledad del exilio que ella misma se había impuesto para mezclarse con el tumulto que bullía fuera de Silvanesti.

También la espantaba, aunque en el fondo lo deseaba, el encuentro con el humano que amaba, aquel caballero cuya noble y orgullosa faz se le aparecía en sueños, cuya alma compartía a través de la Joya Estrella. Sin que él lo supiera Alhana sufrió su agonía y llegó a descubrir los íntimos recodos de su espíritu. Crecía cada día su amor, a la vez que el miedo que le causaba amarle.

La elfa posponía su marcha, inmersa en tales cavilaciones. Partiré —se decía—, cuando vea una señal que pueda transmitir a mi pueblo a fin de infundirle nuevas esperanzas. De otro modo no regresarán. Se hundirán en el desánimo.

Día tras día, se asomaba a su ventana. No recibió la señal. Las noches invernales se alargaron, la oscuridad se tomó más intensa. Un atardecer Alhana paseaba por las almenas de la Torre de la Estrellas mientras en Solamnia, en plena mañana, Sturm Brightblade combatía a un Dragón Azul y su jinete, la Dama Oscura. De pronto asaltó a la elfa una extraña y lacerante sensación, como si el mundo hubiera cesado de girar. Un dolor insoportable se adueñó de su cuerpo, arrojándola sobre la piedra. Entre sollozos de pesar y miedo, aferró la Joya Estrella que pendía de una cadena ceñida a su cuello y contempló angustiada la progresiva extinción de su brillo.

—Así que ésta es mi señal—balbuceó amargamente, estrujando en su mano la empañada gema y agitándola frente al cielo—. ¡No hay esperanza! ¡No nos resta sino morir en el más hondo de los desalientos!

Sujetando la joya con tal fuerza que sus afiliados cantos se hundían en su carne, Alhana atravesó a ciegas la penumbra hacia su alcoba en la Torre. Desde allí espionó una vez más su agostada tierra antes de cerrar los postigos de madera de su ventana con un estremecimiento. Dejemos que el mundo siga su camino. Mi pueblo elegirá cuál ha de ser su fin. El Mal prevalecerá, y no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Yo moriré aquí, junto a mi padre —pensó entristecida.

Aquella misma noche hizo su última excursión por los dominios que la rodeaban. Cubrió sus hombros, en actitud despreocupada, con una liviana capa y se encaminó hacia una tumba situada bajo un árbol nudoso y torturado.

Sostenía en su mano la Joya Estrella. Se lanzó al suelo y empezó a cavar frenéticamente con las manos desnudas, arañando la helada tierra con los dedos hasta hacerlos sangrar. Agradeció aquel dolor, más llevadero que el que atenazaba su corazón.

Abrió un pequeño agujero. Lunitari, la luna roja, se alzó en el cielo y al hacerlo tiñó de sangre la plateada esfera de su hermana Solinari. Alhana clavó sus ojos en la Joya Estrella hasta que las lágrimas le impidieron verla, instante en que la arrojó al hoyo. Hizo un esfuerzo de voluntad para contener el llanto, se enjugó el humedecido rostro y comenzó a llenar el hueco. De pronto se detuvo. Las manos le temblaban cuando, vacilante, se inclinó y limpió de polvo a la Joya Estrella mientras se preguntaba si el exceso de pesar le había trastornado el juicio. No, de la gema brotaban tenues resplandores que se intensificaron bajo su mirada. Alhana retiró de la tumba paterna el refulgente objeto.

—El ha muerto —se repetía en voz alta sin apartar los ojos de la alhaja, que se iluminaba bajo el influjo de Solinari—. Sé que la muerte le ha reclamado. Nadie puede cambiar este hecho. Mas entonces, ¿por qué esta luz?

Un repentino crujido interrumpió sus meditaciones retrocedió sin incorporarse, temerosa de que el deformado árbol que custodiaba la última morada de su padre hubiese estirado sus reseca ramas para aprisionarla. Pero, al levantar la vista, descubrió que los retorcidos miembros se liberaban de su tormento y, tras permanecer un instante suspendidos, se volvían hacia el cielo entre quedos suspiros. El tronco se enderezó y la corteza, alisada su superficie, reavivó los reconfortantes rayos de plata. Las hojas, antes sin vida, sintieron de nuevo en sus venas el fluir de la savia vital. Alhana emitió una ahogada exclamación. Se puso en pie para, tambaleándose, otear el horizonte. Nada había cambiado en su entorno, los otros árboles conservaban sus siniestros perfiles. Únicamente se había transformado el guardián de la tumba de Lorac.

—Estoy perdiendo la razón —murmuró y, temiendo ver confirmada su sospecha, centró su atención en el árbol, la metamorfosis era real. Todo su contorno se embellecía por segundos.

Alhana restituyó la Joya Estrella a su lugar, prendida de su pecho. Giró entonces sobre sus talones y regresó a la Torre. Le quedaba mucho por hacer antes de partir hacia Ergoth. A la mañana siguiente, cuando el sol derramó su pálida luz sobre la maltrecha tierra de Silvanesti, Alhana escudriñó el bosque. No había sufrido la menor alteración, una bruma verdosa se extendía sobre los retorcidos árboles. Supo que nada cambiaría hasta que los elfos regresasen y trabajaran para recuperarlo. Sólo el custodio de la tumba de Lorac ofrecía un esperanzador contraste con el fantasmal paisaje.

—Adiós, Lorac —se despidió Alhana—. Prometo volver.

Llamó a su grifo, trepó a su fornido lomo y pronunció una orden. El animal desplegó sus emplumadas alas y se alzó en el aire, trazando raudas espirales sobre la marchita tierra de Silvanesti. Al recibir una breve indicación de Alhana, giró la cabeza hacia el oeste y emprendió el largo vuelo rumbo a Ergoth. A sus pies, en lontananza, las verdeantes hojas de un árbol se destacaban en la negra desolación del bosque. Se mecían en el viento invernal, entonando dulces acordes mientras sus ramas se desplegaban para proteger la tumba de Lorac de los rigores de la estación. La primavera estaba cerca.

FIN